LAURIE FOREST
LA MAREA NEGRA
LAS CRÓNICAS DE LA BRUJA NEGRA IV
Rocaeditorial

La marea negra

Las crónicas de la Bruja Negra

VOLUMEN IV

Laurie Forest

Traducción de Laura Fernández

Roca editorial

LA MAREA NEGRA
(Las Crónicas de la Bruja Negra IV)

Laurie Forest

LA MAREA NEGRA ES IMPARABLE…

Ahora que todo el mundo sabe que ella es la Bruja Negra de la profecía, Elloren Gardner ha huido sin saber si en su camino hallará amigos o enemigos. Con su pareja, Lukas Grey, muerta o en manos del Gran Mago Marcus Vogel, Elloren sabe que la única forma de darle la vuelta a la guerra que se avecina es encontrar aliados dispuestos a escucharla en lugar de asesinarla a sangre fría.

En el Reino de Oriente, la fae de agua Tierney Calix y Trystan, el hermano de Elloren, se han unido al Wyvernguard y se están preparando para el ataque de Vogel. Pero Trystan lucha en dos frentes distintos, pues es el miembro de la guardia más odiado y del que todos desconfían. Y el vínculo de Tierney con el río más poderoso de Erthia ha sacado a la luz un peligro más aterrador que la inminente guerra.

La Bruja Negra ha vuelto y la profecía ha llegado. Es hora de luchar. Pero Vogel todavía tiene una revelación crucial para todos.

ACERCA DE LA AUTORA

LAURIE FOREST vive en las afueras de Vermont, y delante de sus bosques y con una taza de té imagina mundos posibles y sueña con cuentos de dragones, dríadas y varitas. *La marea negra* es la cuarta novela de la serie de fantasía juvenil que empezó con *La Bruja Negra* y a la que le siguió *La flor de hierro* y *La varita negra*.

ACERCA DE LA SERIE

«Nos sentimos bajo el hechizo de este rico y diverso mundo universitario a lo Harry Potter. Preparaos para convertiros en fans de esta nueva serie.»
JUSTINE MAGAZINE

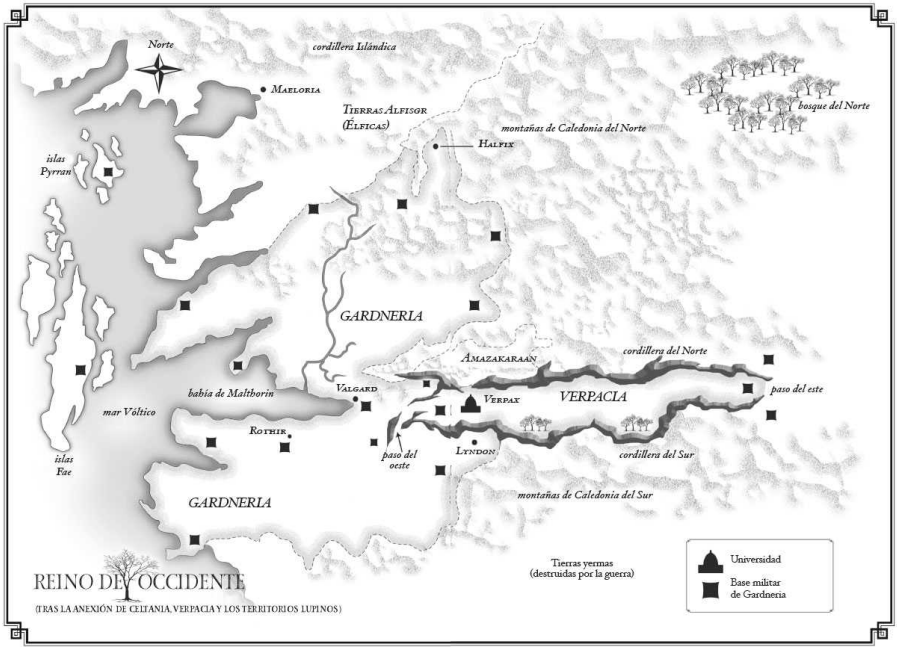
«Con fuertes mensajes feministas, grandes personajes secundarios y un rival especialmente conseguido, los fans de Harry Potter devorarán las más de 600 páginas de este libro, y exigirán la secuela.»
PUBLISHERS WEEKLY

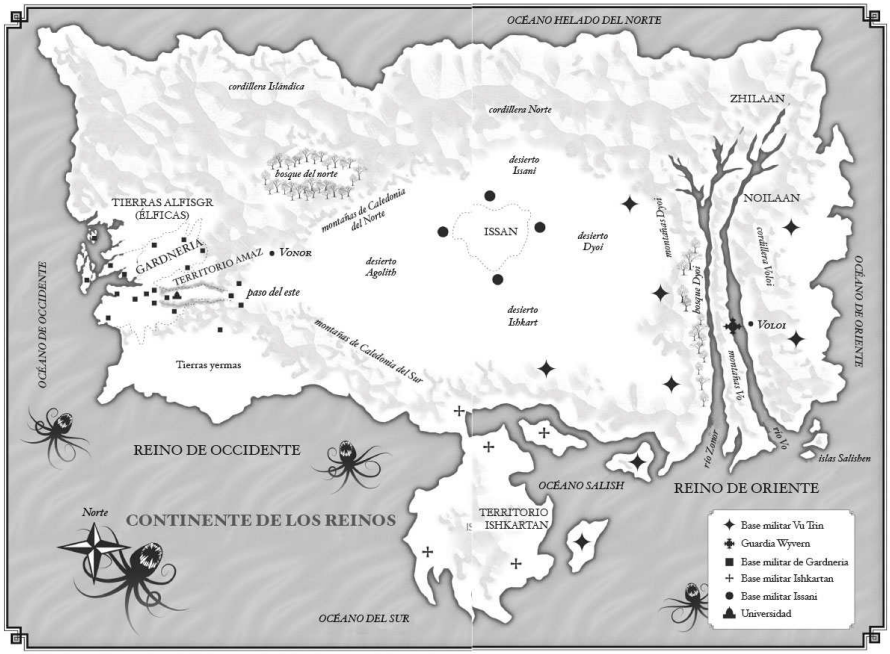
«Esta novela trepidante promulga el poder transformador de la educación, creando unos personajes muy interesantes en un universo rico y alternativo que nos ayuda a comprender mejor el nuestro.»
KIRKUS (starred review)

«He devorado absolutamente La bruja negra. Una lectura repleta de energía que aborda con elegancia un tema muy difícil y relevante en un entorno de fantasía. ¡Perfecto tanto para nuevos lectores como para lectores antiguos del género!»
Lindsay Cummings, autora *bestseller* de *THE NEW YORK TIMES*

«Me encanta *La Bruja Negra*. No puedo esperar para leer el segundo libro. Máximo suspense, y un tratamiento inusual de la magia; un acercamiento completamente nuevo y apasionante.»
Tamora Pierce, autora *bestseller* de *THE NEW YORK TIMES*.

A mi círculo de amigos escritores y lectores, pues vosotros sois las mejores y más talentosas personas de todos los reinos. Espero que la luna púrpura de Xishlon os ilumine a todos.


Norte
cordillera Islándica
Maeloria
Tierras Alfisgr (Élficas)
montañas de Caledonia del Norte
Halfix
bosque del Norte
islas Pyrran
GARDNERIA
Amazakaraan
cordillera del Norte
bahía de Maltborin
Valgard
Verpax
VERPACIA
paso del este
mar Voltico
Rothik
paso del oeste
Lyndon
cordillera del Sur
islas Fae
montañas de Caledonia del Sur
GARDNERIA
REINO DE OCCIDENTE
(TRAS LA ANEXIÓN DE CELTANIA, VERPACIA Y LOS TERRITORIOS LUPINOS)
Tierras yermas (destruidas por la guerra)
Universidad
Base militar de Gardneria


OCÉANO HELADO DEL NORTE
cordillera Islándica
cordillera Norte
ZHILAAN
bosque del norte
desierto Issani
TIERRAS ALFISGR (ÉLFICAS)
montañas de Caledonia del Norte
ISSAN
desierto Dyoi
montañas Dyoi
NOILAAN
GARDNERIA
TERRITORIO AMAZ.
Vonor
desierto Agolith
bosque Dyoi
cordillera Voloi
OCÉANO DE OCCIDENTE
paso del este
desierto Ishkart
Voloi
OCÉANO DE ORIENTE
montañas de Caledonia del Sur
Tierras yermas
montañas Vu
río Zamar
río Vo
islas Salishen
REINO DE OCCIDENTE
OCÉANO SALISH
REINO DE ORIENTE
Norte
CONTINENTE DE LOS REINOS
TERRITORIO ISHKARTAN
Base militar Vu Tirin
Guardia Wyvern
Base militar de Gardneria
Base militar Ishkartan
Base militar Issani
Universidad
OCÉANO DEL SUR

PRÓLOGO

La marea negra
Seis años antes

La varita percibe la llamada de la oscuridad como el roce de una mosca en una tela de araña.

Su poder se estremece, y entonces abre sus sentidos vacuos… preparada para volver a reinar.

El continente perdido

ALARIC FYNNES

Océano de Occidente

Alaric Fynnes, aprendiz de sacerdote, estrecha con fuerza *El Libro de los Ancestros* mientras pasea por la cubierta del Flor de Hierro azotado por la brisa del océano. El atuendo de aprendiz de sacerdote brilla a la luz del sol, y en la sagrada túnica negra luce el pájaro mensajero blanco del Gran Ancestro bordado con un reluciente hilo plateado. El velamen del barco se sacude agitado por la brisa, y en la lona negra también se distingue el pájaro del Gran Ancestro, en cuyas garras lleva un ramillete de flores de hierro.

Alaric solo tiene diecisiete años y su joven corazón late de alegría mientras contempla el mar iluminado por el sol sin terminar de creer todavía que lo hayan elegido, entre tantos aspirantes, para acompañar a su mentor, el sacerdote Marcus Vogel, en esta fantástica aventura.

Buscar el continente perdido de occidente.

La misión sagrada del mismísimo Gran Ancestro.

Alaric sonríe y aprieta el libro sagrado con más fuerza mientras a su alrededor se empiezan a oír voces que anuncian el avistamiento: «¡El continente perdido!», aúllan. Observa a los marineros magos que señalan hacia las olas coronadas de espuma blanca, absortos en una oleada de excitación generalizada, y enseguida vuelve la vista hacia la masa de nubes negras que se alzan en el horizonte, evocando la imagen de una bestia terrorífica.

Se le acelera el corazón. ¿De verdad han llegado a su destino después de haber pasado semanas en el océano de Occidente infestado de krakens? La tripulación había zarpado a toda prisa en dirección al continente perdido con el objetivo de encontrar la varita que confería su poder a los malignos. Una varita que se le había aparecido en

sueños al sacerdote Vogel, una misión divina idéntica a la de otros tres seers de la iglesia, y también de un inquietante número de seers impíos. Por eso es fundamental para la supervivencia del Reino Mágico que el sacerdote Vogel sea el primero en conseguir esa varita.

Para destruirla.

Alaric ve a su mentor cerca de la proa del barco, mirando a través de un telescopio rúnico. Se le corta la respiración al observar los atractivos rasgos del joven sacerdote, el elegante y carismático porte de Vogel, su cabello negro como el ónice largo hasta los hombros, con la varita y una espada de hierro envainadas a la cintura.

Vogel se vuelve y mira a Alaric a los ojos. Esboza una pequeña sonrisa y el poder de nivel cinco de Alaric conjura una explosión azul en los confines de su mente, el sagrado tono de la flor de hierro tiñe la magia de luz que él proyecta hacia delante. Alaric ha reprimido la atracción que ha sentido siempre por los colores prohibidos, y ha logrado borrar la fascinación infantil que sentía por los blasfemos tonos morados y azafrán de los fae como si de un veneno se tratara.

El joven se dirige con tiento hacia Vogel, que encarna todo cuanto aspira a ser algún día.

Marcus Vogel ha estado magnífico a lo largo de la peligrosa travesía, luchando bajo una tormenta de leyenda contra los letales krakens que habitan en el océano de Occidente. Jamás podrá olvidar la imagen de Vogel en la proa, en plena noche y con la varita en alto, lanzando un rayo tras otro de su plateado fuego mago para acabar con aquellas gigantescas bestias, a las que alcanzaba con tanta fuerza que sus cabezas estallaban envueltas en una nube sangrienta.

Tampoco olvidará nunca el nivel de compromiso que ha visto en ese barco, cuya tripulación está formada por gardnerianos de la casta Styvian procedentes de los hogares magos más estrictos del reino. No hay lugar para espíritus prohibidos en esta embarcación. Y todos los miembros de la tripulación están comprometidos, incluso los adolescentes de la cabina. Todos salvo el sacerdote Vogel. Y él. Y esa devoción colectiva ha conseguido que Alaric se contagiara de la euforia de sentirse guiado por la propia mano del Gran Ancestro a la era del esquilado, tras la que conseguirán que los malignos

desaparezcan de la faz de Erthia.

Alaric se detiene junto a la túnica del sacerdote Vogel con el corazón acelerado. Las nubes negras del horizonte se ciernen sobre ellos, como si quisieran engullir la embarcación en su letal abrazo. Y justo enfrente, allí donde las nubes se encuentran con el océano, se adivina el perfil de un continente.

Vogel se vuelve hacia Alaric y los demás con un brillo tan entusiasta en su penetrante mirada verde que le provoca un escalofrío al aprendiz. Todos aguardan inmóviles.

—Queridos magos —dice Vogel—, ha llegado la hora de atacar la fuente de poder de los malignos.

Cuando la embarcación atraca en un antiguo malecón, Alaric es más consciente de la importancia de ese momento que le ha tocado vivir. Se agarra a la barandilla cada vez más intranquilo mientras observa las extrañas nubes negras del cielo, que se enroscan como grotescos racimos de garras, mientras una marea de bruma oscura repta en dirección al barco y lo envuelve trepando por los pies del joven.

Sus líneas de afinidad de nivel cinco se agarrotan dolorosamente al tiempo que todos los colores del mundo se apagan de golpe. Alaric se mira la piel y descubre que su brillo verde se ha desvanecido, igual que el de los magos que lo rodean: no queda más que un brillo tenue. Las flores de hierro que adornan las velas de la embarcación son ahora de un apagado tono gris, y los ojos de la tripulación, que hace solo un momento eran verdes, de pronto se ven grises como el acero.

Alaric se aferra al pájaro blanco que le cuelga del cuello y murmura la oración de protección del Gran Ancestro: «Purifica Erthia, no permitas que los malignos la mancillen…».

El aprendiz desembarca junto a cuatro soldados de nivel cinco, todos tras los decididos pasos del sacerdote Vogel. El joven contempla, cada vez más asustado, los grotescos destellos de los relámpagos en el cielo oscuro. Baja la vista hacia las sombras que se alzan a su alrededor dibujando sobrenaturales hélices de humo con la inquietante y creciente sensación de que el humo tiene conciencia propia.

Vogel se detiene, y Alaric y el resto de los soldados también se paran.

Ante ellos se extiende un bosque, pero todo está mal. Los árboles parecen hechos de una masa de bruma gris y sus ramas se enroscan como miles de dedos esqueléticos.

No hay nada verde. Nada vivo.

—Y los bosques serán mancillados y proyectarán un manto de sombras sobre la tierra —entona Vogel. Clava su mirada plateada en los magos—. Tened fe, hermanos. El Gran Ancestro nos acompaña.

Alaric empuña con fuerza su varita, envalentonado, mientras todos dibujan la señal de la estrella sagrada de cinco puntas sobre sus respectivos pechos. Se internan juntos en la oscuridad; todo está inquietantemente tranquilo, como si el bosque estuviera conteniendo la respiración.

Al poco se abre un claro. Alaric clava la vista justo en el centro y se sobresalta abrumado por una punzada de terror. Distingue un montículo gris que se erige entre la niebla del suelo con una entrada arqueada en la base.

Y ante él aguarda un fae de la muerte.

El pálido demonio está extrañamente quieto y su altura es antinatural; tiene los ojos completamente negros, sin una pizca de blanco, y las orejas completamente puntiagudas. De la cabeza le brotan unos cuernos negros y tiene un montón de brazos con los que rodea el montículo.

Y, a medida que los magos se van acercando, entorna sus insondables ojos.

A Alaric le flaquean las piernas. Se mete la mano en el bolsillo, aprieta con fuerza su ejemplar de *El Libro de los Ancestros* y murmura oraciones a medida que se van acercando al diablo en persona.

Vogel se detiene a tan solo unos palmos de distancia y la criatura se endereza. De pronto en su rostro parece reflejarse un gran alivio. Sus cuernos desaparecen entre su puntiagudo pelo negro, y la desalmada y sólida oscuridad de sus ojos se contrae dejando ver la parte blanca. Recoge también todos sus brazos, y su altura se reduce hasta que ante ellos solo queda un joven.

—Dríades —dice el demonio; su voz subterránea resuena en el interior de Alaric con un temblor inquietante—. Percibo vuestras líneas de afinidad elementales. Bendito sea el poder de III. —Pasea la vista por sus varitas—. Esperaba que fueran amigos del equilibrio los que vinieran a por la varita negra. ¿Hay más? ¿Habéis venido con un ejército de dríades a buscar la varita negra?

Alaric espera que Vogel corrija sin piedad a esa bestia recordándole que son magos, no un grupo de fae asquerosos, pero el sacerdote conserva la compostura.

—Venimos con un ejército —se limita a exponer, cosa que sorprende mucho al aprendiz.

—En ese caso, acercaos, dríades. —El demonio los anima a avanzar haciendo señas con sus garras negras—. La varita está deseando erigirse y atrae seers de todas partes. —Guarda silencio un momento con una mirada afligida en los ojos—. Quiere hacerle a vuestro continente lo que le hizo al nuestro.

—Nos protegeremos —le asegura Vogel, y a continuación se vuelve hacia sus soldados—. Quedaos aquí para proteger la zona.

Y a continuación, y con el corazón acelerado, Alaric sigue a Marcus Vogel y al demonio hacia el montículo.

Alaric sigue de cerca los pasos del demonio fae y el sacerdote Vogel, baja por una escalera en espiral y después recorre un corto pasillo hasta llegar a una pequeña estancia. Sus paredes curvas están iluminadas por una órbita suspendida que proyecta luz plateada; también hay una mesa circular de granito negro en el centro y varias estanterías llenas de libros junto a las paredes.

Y en medio de la mesa ve una varita gris con el mango en espiral.

Se reúnen alrededor de la mesa. El fae de la muerte no le quita ojo a la varita.

—No la toquéis —les advierte—. Os daré un trapo y una caja protegida para llevarla.

—¿Qué es lo que hizo? —pregunta Vogel haciendo señas para indicar el mundo que ha quedado fuera sobre nuestras cabezas.

El fae de la muerte mira a Vogel a los ojos y la estancia se oscurece.

—El poder oscuro lo destruyó todo. Excepto a mí.

Alaric desconfía. «Eres un fae de la muerte —piensa—. Probablemente tú seas el responsable de lo que ocurriera allí arriba, maligno. Por eso eres lo único que ha quedado con vida junto a la varita negra.»

—Luché contra ella —explica el demonio recuperando esa mirada afligida—. Pero resultó ser demasiado poderosa. Id con cuidado, dríades, cuanta más división haya entre las personas, más poder tendrá la varita negra: se alimenta de la división. Y a continuación destruye el equilibrio.

—¿El equilibrio? —pregunta Vogel.

—Desajusta la naturaleza. Corrompe los elementos. Extrae su poder de un vacío que ansía consumirlo todo. Incluso a nosotros. —Le clava la mirada a Vogel—. No se lo permitáis.

«Dijo el maligno», protesta Alaric para sus adentros incluso a pesar de la creciente preocupación que empieza a apoderarse de él.

El fae señala la varita con uno de sus largos y pálidos dedos.

—Los habitantes de estas tierras se dividieron antes de que creciera el poder de esta rama. Olvidaron la verdad del Árbol Primigenio que anida en el centro de su fe y empezaron a rendir culto a esas divisiones. Olvidaron los lazos que los unían a la naturaleza. —Al demonio se le dilatan las aletillas de la nariz—. Se dividieron en facciones y entonces… —Mira a Vogel con recelo—. Las fuerzas celtas se hicieron con la varita negra.

—¿Y? —insiste el sacerdote sin despegar los ojos de la varita.

El demonio fae también mira la varita con los ojos entornados.

—La rama duplicó su poder alimentándose de la discordia entre las personas. Se peleaban cada vez con mayor crudeza a medida que la oscuridad iba proyectando su poder en la naturaleza y envenenaba las aguas. Corrompía el aire. Asfixiaba los árboles. Despojaba al mundo de sus colores y proyectaba la oscuridad sobre todas las cosas. Y mientras las personas se peleaban entre ellas, la naturaleza se desmoronaba bajo sus pies. —El fae de la muerte se queda completamente inmóvil con lágrimas en los ojos—. Y entonces murió.

Guarda silencio y, cuando vuelve a hablar, su voz es más áspera y grave.

—Pronto empezaron a pelearse por la comida. Por el agua que quedaba. Se aferraban a sus creencias religiosas de la antigüedad. Intentaban acumular todo lo que podían y no lo compartían. Y, mientras tanto, la oscuridad iba avanzando.

Su mirada se torna implorante y la feroz sinceridad que desprende desconcierta a Alaric, pues, en este momento, el fae de la muerte no parece un ser maligno en absoluto, parece un joven asustado intentando transmitir una severa advertencia.

—Tened cuidado con su poder, dríades —suplica el fae de la muerte —. Dedicad vuestras vidas a impedir que nadie llegue a acceder a él. De lo contrario, lo que ha ocurrido aquí pasará también en Erthia.

El demonio mira a Alaric y el nivel de urgencia que ve en los ojos de la criatura le provoca otra punzada de temor.

—¿Has empuñado la gran varita de la profecía? —insiste—. ¿La rama del Primer Árbol? Se me ha aparecido en sueños.

Alaric se indigna al escuchar a ese fae de la muerte hablando de la varita sagrada del Gran Ancestro, pero Vogel permanece increíblemente sereno ante tamaño sacrilegio.

—Claro —le asegura al demonio apaciguando a la criatura.

—El reverdecimiento de la rama del Primer Gran Árbol es la última esperanza de devolver el equilibrio a Erthia —insiste el fae de la muerte. Se acerca a una estantería y coge algo que parece un diario manuscrito—. He estado tomando notas de lo que ha sucedido por aquí —explica con aspecto, durante un extraño momento, de ser un erudito en lugar de un maldito demonio—. Llevaos la crónica —les dice sacando un diario tras otro—, y contádsela a todo el mundo para que no vuelva a suceder. —Les clava a ambos su oscura mirada—. La Sombra quiere consumir Erthia. No se lo permitáis. Proteged el equilibrio.

Y continúa apilando diarios mientras Vogel alarga la mano y coge la varita negra.

Alaric se queda sin respiración y se pone rígido. Las sombras empiezan a enroscarse por el brazo de Vogel, que observa la varita con serena curiosidad.

El fae de la muerte se vuelve asombrado.

—No somos dríades —reconoce Vogel lentamente.

El otro tuerce el gesto confundido.

—¿Qué?

Vogel desenvaina su espada a la velocidad del rayo y la lanza hacia el otro extremo de la mesa. El arma impacta contra el pecho del demonio: en el rostro del joven se dibuja una mirada de sorpresa mientras se desploma en el suelo y el diario que tenía en la mano cae sobre el suelo de piedra. Le brotan los cuernos entre el pelo y empiezan a crecerle las uñas; se le oscurecen los ojos con una expresión de rabia, al tiempo que una larga lengua negra le brota de la boca y se sacude sin parar. Del cuerpo le salen varios brazos que se extienden hacia la espada, pero solo consigue agitarlos con impotencia alrededor del arma, como contenidos por un escudo invisible.

Vogel sigue contemplando la varita mientras el demonio jadea y se retuerce en el suelo con una expresión de pura agonía en el rostro.

—No somos malignos —asegura Vogel con un suave tono de voz—. Somos los Benditos Primeros Hijos del Reino Mágico Puro y Sagrado. Tuve una visión que me advirtió de tu presencia aquí. La espada está hecha de acero puro. Has sido destruido en nombre del Gran Ancestro.

Los cuernos del demonio vuelven a desaparecer y recupera la parte blanca de los ojos. La lengua se esconde en su boca y los brazos también se desvanecen, hasta que solo le quedan dos.

Clava sus devastados ojos en Alaric.

—Así es como empieza —jadea—. Si permites que se lleve esa varita, estarás condenado. Convertirás el lugar al que regresas en esto. —Gesticula con aspereza abarcando todo el mundo que lo rodea—. Y el fin será el fin…

Una vid oscura colisiona con el fae de la muerte, y Alaric se estremece al oír el jadeo que se le escapa cuando la vid le clava la espada con más fuerza. De la hoja del arma emergen unos brotes de humo negro que se enroscan alrededor del fae.

Alaric se vuelve hacia Vogel, que está apuntando al demonio con la varita negra. El fae de la muerte jadea de nuevo, y Alaric se vuelve justo a tiempo de ver su apasionada mirada de advertencia antes de que sus ojos se queden vacíos.

El joven apenas es capaz de moverse o respirar mientras el cuerpo del demonio se disuelve transformándose en un espeso humo negro que se eleva hacia el cielo hasta desaparecer. Alaric se vuelve hacia Vogel, los ojos de su mentor brillan como la plata en llamas.

—No será fácil descubrir la forma de destruir esta varita —afirma Vogel con un tono grave y firme—. Hasta que lo consigamos, lo mejor será decir que ya ha sido destruida.

Alaric asiente nervioso. No hay duda de que deben mantener en secreto esa varita que, supuestamente, es imposible de destruir. Y no hay duda de que es Vogel quien debe guardarla y encontrar la forma de destruirla, pues ningún mago es más puro que él.

El sacerdote mira fijamente a Alaric y el joven puede sentir cómo esa mirada plateada le resbala por la espalda. A continuación, Vogel se mete la varita bajo la capa, levanta las manos y entona con mucha serenidad el exorcismo de los demonios. Alaric se obliga a repetir las palabras de la oración, pero enseguida descubre que no puede despegar los ojos del lugar en el que está guardada la varita negra.

A medida que empiezan a alejarse del continente, los colores regresan a su mundo.

La tripulación de magos empieza a entonar baladas acerca de su viaje. Cantan sobre la victoria de Vogel sobre el fae de la muerte. Cómo destruyó el poder de la varita negra antes de que los malignos pudieran hacerse con ella. Y cómo ahora ya solo deben encontrar la bendita varita de la profecía del Gran Ancestro para concluir con su misión sagrada.

Alaric se agarra con fuerza a la barandilla del buque sin dejar de mirar hacia el oeste con el ceño fruncido.

El horizonte le devuelve la mirada desde su línea fija, con una brillante puesta de sol vestida de infinidad de colores. Alaric recuerda que cuando partieron también vio una puesta de sol como esa, vertiendo sobre el horizonte todos los colores imaginables. La magia del joven se había perturbado y tuvo que contener la alegría refleja que había sentido al ver aquella confusa mezcla de tonos sagrados y profanos. Exactamente igual que le ocurría en ese momento: no puede evitarlo y piensa que todo parece extrañamente alterado. Contempla

la hermosa puesta de sol y su inquietante belleza, incapaz de desprenderse del miedo que se ha afincado en él como una piedra alojada en lo más profundo de su alma.

—Bendita tu tarde, mago.

Alaric se sobresalta cuando la grave voz de Vogel se acerca a él con expresión serena. El joven siente una punzada de emoción al descubrirse a solas frente a la carismática y segura presencia de su mentor, pero la sensación enseguida se disipa. No puede evitarlo. Sus ojos resbalan con recelo hacia el contorno de la varita envainada bajo la capa de Vogel.

Incapaz de reprimir la incomodidad, Alaric entona la esperada y educada respuesta:

—Que la luz sagrada del Gran Ancestro te bendiga.

Vuelve a mirar hacia la varita y advierte, al ver cómo Vogel vuelve la vista, que su mentor se ha dado cuenta de que lo está mirando.

—¿Qué te preocupa, mago? —pregunta con su penetrante mirada verde pálido.

—Me preocupa… —empieza a decir Alaric esforzándose por ordenar sus pensamientos mientras su mentor aguarda con paciencia —. Me preocupa que… —Vuelve a mirar la varita—. Me preocupa que estemos cometiendo un error al llevar eso al continente de los reinos.

Vogel asiente con serenidad, como si ya esperara ese comentario.

—Ya has oído lo que ha dicho el demonio —comenta—. La varita estaba proyectando señuelos para conseguir que los malignos la encontrasen y se la quedasen. Gracias a la intervención del Gran Ancestro, el fae de la muerte nos ha confundido con demonios dríades.

Alaric asiente. «Hemos tenido muchísima suerte.» Observa el contorno de la varita, incapaz de contener sus rebeldes pensamientos. «¿De verdad ha sido suerte? ¿O deberíamos huir de esta cosa?»

—¿Cómo sabemos que la varita no nos utilizará para hacer el mal? —espeta Alaric incapaz de olvidar la advertencia del fae a pesar de proceder de un ser maligno.

Vogel frunce los labios.

—Porque somos magos. Gozamos de la gracia del Gran Ancestro. En nuestras manos, cualquier herramienta de poder se transforma

automáticamente.

El joven siente una punzada de alarma.

—Pero… dijiste que la íbamos a destruir.

Se vuelve hacia el oeste y advierte que la puesta de sol ya no es más que una tenue huella y que las explosiones de color han desaparecido.

Engullidas por la oscuridad.

—Cualquier mago que duda de la voluntad del Gran Ancestro es un mago profano —murmura Vogel.

Alaric alza las cejas al oír cómo Vogel recita ese pasaje del libro sagrado. Se vuelve justo cuando el sacerdote alza su varita y recita el hechizo de los penitentes, el hechizo de tierra que se utiliza para castigar a los aprendices de sacerdote descarriados. El hechizo que proyecta una pequeña ráfaga de poder hacia el aprendiz para animarlo a continuar por el buen camino.

Pero Vogel está empleando la varita negra para invocarlo.

La protesta se atranca en la garganta de Alaric justo cuando Vogel lo apunta con la varita.

—Espera…

De la punta de la varita brota una ráfaga de sombras que rodean con fuerza al joven, que se queda sin aire en los pulmones; y a continuación lo lanza por la borda dibujando un arco imposible.

Una pared de agua oscura del océano se alza hacia el rostro del joven cuando este colisiona con las olas, y el agua fría se abalanza sobre él mientras el poder de las sombras lo empuja hacia las profundidades. Cuando entiende lo que está pasando, Alaric se siente presa del pánico.

«Me está ahogando. Y la varita negra se acerca rápidamente a Gardneria.»

El poder oscuro disminuye y de pronto las piernas y los brazos de Alaric quedan libres. El joven echa los brazos hacia atrás y empieza a nadar hacia la superficie tragando agua salada.

De pronto ve el reflejo de varios pájaros blancos; sus cuerpos brillantes iluminan las aguas oscuras con las alas extendidas mientras él asciende hasta la superficie. El miedo de Alaric se transforma en un terror absoluto cuando inhala más agua y agita los brazos y las piernas

sin control, no puede nadar; empieza a ver manchas negras: la superficie está demasiado lejos como para llegar a tiempo.

Una enorme foca blanca aparece en el agua ante él, y su borroso contorno enseguida se transforma en una mujer desnuda de piel azul con la melena plateada y agallas en el cuello.

«Es una selkie —advierte Alaric con alarmada sorpresa—. Una de esas monstruosas mujeres foca.»

Ya no le quedan fuerzas para evitar que la mujer lo coja del brazo y lo arrastre hacia la superficie mucho más rápido de lo que él hubiera podido nadar por sí mismo. La mujer observa las luminosas aves blancas que vuelan sobre el mar y después mira a Alaric con sus ojos sobrenaturales. Separa los labios dejando entrever sus dientes afilados. Pero la mirada de asombro que tiene…

«Es humana.»

No es demoníaca ni maldita.

No es como el fae de la muerte.

Alaric hace acopio de fuerzas y señala hacia arriba. Sus pulmones piden oxígeno a gritos mientras la selkie lo arrastra hacia la superficie del agua y el mundo se funde en negro.

La oscuridad

EL ALZAMIENTO DEL PODER VACÍO

El buque Flor de Hierro se dirige al continente de los reinos

Algunos segundos después de tirar al aprendiz por la borda y arrastrarlo hasta el fondo de las profundidades, la oscuridad aguarda el momento perfecto encerrada en la varita que el sacerdote empuña con fuerza.

La oscuridad percibe que el sacerdote pasea la mirada por las aguas en calma.

Y entonces es cuando decide actuar.

Lentamente, proyecta sus tentáculos alrededor de la mano del sacerdote; se enroscan con líneas de afinidad y se erigen como un dragón oscuro.

Alimentándose de la escisión que se ha creado en el interior del joven sacerdote.

La oscuridad se desliza en el interior de su mente y lee sus pensamientos.

«¡Arrepiéntete!», grita una voz de mujer. El recuerdo está anidado en las oscuras profundidades de su mente. La mujer viste de negro y tiene una pálida mirada verde cruel y decidida; su luminoso rostro verde es tan atractivo como el del sacerdote, y lleva la lustrosa melena negra recogida en un moño muy elegante.

Le adorna el cuello un colgante con un pájaro sujeto por una fina cadena de plata.

La mujer se abalanza sobre él y la oscuridad percibe el repentino dolor en el brazo del niño que fue el sacerdote cuando ella le clava las uñas y lo lanza contra uno de los guayacos empotrados en las paredes; el dosel de ramas desnudas serpentea por el techo.

«¡Eres malo! —ruge ella mientras alza la larga rama oscura que

empuña con los ojos llenos de odio—. ¡Arrepiéntete!»

«No, mamá…»

Cae una lluvia de golpes sobre el rostro y los pequeños hombros del sacerdote mientras se hace un patético ovillo al tiempo que suplica con su vocecita infantil:

«Mamá, para…, ¡no! ¡Me arrepiento! ¡Juro que me arrepiento!»

«¡Dilo! —le ordena apretando la vara con fuerza—. ¡Di que eres malo y suplica clemencia al Gran Ancestro!»

«¡Soy malo! ¡Soy malo! Por favor, mamá, no…»

Más golpes. El pequeño sacerdote llora tanto que apenas puede respirar. La mujer morena se alza sobre él con sus prendas de seda perfectamente planchadas, una pulcritud que nada tiene que ver con su salvaje rostro desencajado.

Sin previo aviso, rodea el cuello del pequeño y lo empotra contra el árbol. El niño se queda laxo mientras se esfuerza por respirar.

«Vas a obedecer todas y cada una de las leyes del Gran Ancestro a la perfección, ¿me has entendido? ¡Vas a ensalzar su sagrado nombre!»

El niño se esfuerza para asentir por encima de la mano que lo asfixia. La mujer aparta la mano y el niño sacerdote jadea con fuerza al desplomarse en el suelo.

«Dilo —insiste ella—. Obedeceré al Gran Ancestro a la perfección.»

«Obedeceré al Gran Ancestro a la perfección», jadea el niño temblando y con las emociones paralizadas.

La mujer se endereza recuperando la compostura, como si corriese una cortina. Apunta al escritorio con su vara. Sobre la mesa descansa *El Libro de la Antigüedad* junto a algunos pergaminos, una pluma y un tintero.

«Transcribe el primer libro —ordena la mujer mirando con los ojos llenos de odio al niño—. Reflexiona y arrepiéntete. Después te traeré algo de comer y rezaremos juntos para que el Gran Ancestro se apiade de tu miserable alma.»

Y dicho esto, la mujer apoya la vara contra la pared y desaparece por la pesada puerta de guayaco, cuyo ruido al cerrarse rompe otro pedacito del corazón del niño.

Desesperado por complacer a la mujer y al Gran Ancestro, y por

dejar de ser malo, el niño se obliga a levantar su cuerpo maltrecho y arrastra su escuálido cuerpecito hasta el escritorio. Y mientras sus hombros se convulsionan a causa de su silencioso llanto, se pone a escribir.

PRELUDIO

Origen de la profecía
Actualidad

La profecía amaz

(presagiada mediante la astragalomancia del olmo rojo sagrado por los seers de la Diosa)

¡Hijas de la Diosa, prestad atención!

Una gran fuerza oscura se alzará desde el maldito mundo de los hombres.

Y, entre esa oscuridad, un varón Wyvern y una Bruja Negra se alzarán y se enfrentarán, sembrando la destrucción en el mundo.

¡A las armas, benditas Hijas! ¡Ha llegado la hora de salvar Erthia!

1

Vínculo Zayin'or

FREYJA ZYRR

Ciudad de Cyme, territorio amaz

La comandante de la Guardia Real Freyja Zyrr examina la base de la translúcida cúpula protectora de Cyme en busca de amenazas con el hacha rúnica sujeta a la espalda y un montón de cuchillos prendidos al cuerpo.

Ella siempre está preparada para entrar en combate, especialmente esa noche.

Todo está sereno y en calma. Se respira una tranquilidad engañosa. Freyja mira hacia el exterior de la cúpula y pasea la vista por el bosque que se extiende al otro lado. Sabe que es muy probable que los magos anden por allí, que estén merodeando alrededor de la ciudad. Quizá también hayan llegado los alfsigr, ambos son pueblos malvados que buscan la forma de acabar con las amaz y borrarlas de la faz de Erthia. Y después está la profecía, y todas y cada una de sus seers están convencidas de que ha llegado la hora. Freyja encoge los hombros: el peso del hacha a su espalda es lo único que la tranquiliza esa noche.

Se oye un susurro entre los árboles que tiene detrás. La guerrera se da media vuelta y observa detenidamente la curiosa silueta de los búhos que de pronto aparecen posados sobre las ramas del olmo; las aves nocturnas están suavemente iluminadas por las runas de color púrpura de la cúpula, y la miran con sus ojos redondos, sin parpadear. Freyja se saca la esquirla de una piedra de luz del bolsillo, y el resplandor ambarino se proyecta sobre su mano morena y por la espesa arboleda. Alza la vista y contempla a los hijos de la noche de la

diosa. Tres búhos reales de ojos dorados, posados sobre una rama. Dos grandes cárabos lapones con sus penetrantes miradas amarillas. Varios búhos élficos con expresiones tan feroces para sus minúsculas miradas que resultan casi cómicos.

Baja la vista y observa con atención a la pareja de lechuzas blancas espectrales que están posadas sobre los hombros de Wynter Eirllyn; la ícara alfsigr aguarda entre las sombras, tal como Freyja había supuesto en cuanto vio los pájaros.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunta Wynter con timidez y las alas negras plegadas alrededor de su esbelta figura.

Freyja asiente y espera mientras Wynter aparece en el pequeño claro que rodea Cyme; el límite de la cúpula de la ciudad se erige justo por detrás de la guerrera. Wynter se detiene ante ella, las runas escarlata tiñen el cabello de alabastro de la ícara de un ligero tono rosado.

—Necesito que me ayudes —admite con una vocecita apagada; la desesperada gravedad de su mirada plateada presagia una petición que sin duda será monumental.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunta Freyja, y aguarda mientras Wynter parece debatirse con su petición con los labios temblorosos.

—Necesito ayuda para mi hermano Cael y su segundo, Rhys Thorim —espeta al fin—. Necesito que me ayudes a liberarlos de su cautiverio en Alfsigroth.

Se pone tensa de golpe, como si estuviera esforzándose mucho para pelear contra alguna avalancha interna que quisiera ocultar esos pensamientos.

Freyja entorna los ojos mientras observa el contorno del collar Zalyn'or grabado alrededor del pálido cuello de Wynter, el mismo que ponen a todos los alfsigr cuando cumplen los doce años. Ese collar alfsigroth tiene atrapada a Wynter —tiene atrapados a todos los alfsigr —, salvo por la rebelde parte de la mente de la elfa, que se niega a dejarse arrastrar. A Freyja le preocupan mucho los Zalyn'ors, tanto como a la reina Alkaia. Por eso, Freyja se encarga de supervisar a Wynter varias veces al día, por si acaso Marcus Vogel se infiltrara en el vínculo del Zalyn'or y se hiciera con el control de su mente.

Pero es evidente que la petición de Wynter procede únicamente de ella.

Una petición en favor de dos hombres.

—¿Por qué me lo pides a mí? —pregunta Freyja fulminando a Wynter con los ojos de un modo que da a entender lo claro que tiene por qué se lo pide a ella.

—Porque tú amas a un hombre —confiesa Wynter con la absoluta certeza de una émpata.

Freyja se maldice por haber dejado que Wynter le tocara la mano. Porque ahora Wynter sabe que Clive Soren, el cabecilla de la desaparecida resistencia celta, había ido a verla la noche anterior.

Aguardaba tras el perímetro de la cúpula rúnica, a varios pasos de donde están ellas en ese momento, y en su alta figura se reflejaba el brillo escarlata de las runas; estaba esperando a Freyja. Tenía el pelo castaño revuelto y la miraba con una urgencia apasionada.

Freyja había sentido una feroz punzada de emoción al encontrarlo allí y se le había parado la respiración, como si de pronto estuviera atrapada en un tornillo de banco.

—¿Qué haces aquí? —espetó rastreando el bosque con desesperación en busca de gardnerianos o alfsigr, o alguna amaz que pudiera reducirlo a cenizas en un segundo.

Un celta sin poderes.

«Estoy enamorada de un celta sin poderes», se lamentaba Freyja con el corazón en un puño al ver ese rostro al que tanto había añorado.

—¡Márchate a oriente! —siseó con ganas de cruzar la cúpula y empujarlo con tantas fuerzas que él no pudiera hacer otra cosa que marcharse. Y así él se daría cuenta de que le estaba rompiendo el corazón al ver que él seguía allí, expuesto a un peligro terrorífico, cuando ella pensaba que ya estaría en Noilaan—. Las vu trin de las tierras bajas que están escondidas por aquí pueden ayudarte a cruzar hasta oriente a través de algún portal. ¡Vete!

—No pienso irme sin ti —espetó Clive—. No me marcharé sin ti, Freyja.

—¿Y conmigo sí te irías? —preguntó ella con incredulidad—. No puedes estar conmigo. Yo estoy en esta parte de la cúpula rúnica, y

aquí es donde pienso quedarme.

«Separada de ti para siempre para poder proteger a mi pueblo. Pero, maldito seas, Clive, por lo menos márchate a oriente. Déjame pensar que por lo menos todavía tienes una oportunidad contra los magos cuando lleguen.»

Pero la cruda verdad se erigió con las zarpas extendidas:

«Los míos no tienen ninguna posibilidad contra el poder de los magos».

—Llévate de aquí a las amaz —insistió Clive.

Dio un paso hacia la cúpula como si esta no supusiera ningún obstáculo para él, incluso a pesar de que ambos sabían perfectamente que, en cuanto la cruzase, estallaría en llamas rúnicas y el fuego lo consumiría.

—¿Y dónde quieres que vayamos? —le respondió Freyja con aspereza.

Clive le clavó los ojos apretando los dientes, como si estuviera conteniendo un montón de maldiciones.

—A oriente —espetó—. Sois una isla en medio de un monstruo que no deja de crecer. ¡Llévate a tu pueblo a oriente!

Freyja avanzó hacia la cúpula, que ya solo estaba a un palmo de él.

—¿Cómo? —increpó con rabia—. ¿Cómo podríamos llegar hasta oriente?

—Tenéis hechiceras noi…

—Y si nos marchásemos a oriente…, ¿cómo viviríamos allí? ¿Rodeadas de hombres? Nuestra religión y toda nuestra cultura nos prohíbe relacionarnos con hombres.

Clive suavizó la expresión con una mirada de deseo.

—Y, sin embargo, aquí estás. Conmigo.

A Freyja se le contrajo el corazón mientras aguantaba la apasionada mirada de Clive al tiempo que recordaba la última vez que habían estado juntos, un mes atrás. Escondidos en el bosque del sudoeste. Entregándose el uno al otro en cuanto estuvieron lo suficientemente lejos de las tierras amaz y tomándose el uno al otro con una intensidad que le robó el aliento a Freyja, que acabó presa del intenso deseo de estar siempre con Clive. De luchar contra los magos a su

lado. De no volver a separarse de él jamás.

—Ya sabes que he elegido a mi pueblo —le recordó con frustración al pensar en la decisión que se había visto obligada a tomar—. Clive —dijo con la voz rota al pronunciar su nombre—, los noi nos han negado la entrada. Y los ishkart también.

—Pues los noi y los ishkart pueden irse al infierno —rugió Clive acercándose un poco más; estaba a punto de tocar la cúpula—. También les han cerrado la puerta a los míos. Así que al infierno con ellos. Marchaos a oriente de todas formas, Freyja. Los gardnerianos se dirigen hacia aquí seguidos de los alfsigr. Y ellos traspasarán esta cúpula.

—No pueden. De lo contrario ya estarían aquí.

—Acabaron con los lupinos en una sola noche. Vendrán, Freyja.

La guerrera se sentía muy confusa.

—La reina Alkaia quiere una tierra sin hombres. Incluso aunque los noi nos abrieran las puertas, no nos interesa formar parte de Noilaan. Somos libres.

—No sois libres —respondió Clive—. Sois prisioneras de vuestra propia rigidez. Si os aferráis a ella, acabaréis masacradas. Los magos matarán a las niñas, Freyja. Os matarán a todas. Os ven de la misma forma que a nosotros, como paganos desalmados. Os matarán a todas.

—He intentado convencer a la reina Alkaia para que transija y nos deje ir hacia oriente —admitió ella; la necesidad de cruzar la cúpula y abrazarlo cada vez era más potente—. He intentado convencer al consejo. —Una lágrima de frustración le resbaló por la mejilla y ella se la limpió. Le temblaron los labios al esbozar una pequeña y amarga sonrisa—. Pero me consideran defectuosa. —Hizo un gesto para señalarlos a ambos—. Como si estuviera corrompida por esto de lo que nunca hablo.

Clive frunció el ceño con una mirada apasionada en los ojos.

—Cruza el escudo protector, Freyja —le pidió con delicadeza; el feroz amor que ardía en sus ojos proyectaba una cálida avalancha en el interior de la guerrera.

—No —jadeó negando con la cabeza—. Me quedo aquí. —Señaló el suelo con firmeza—. En este lado. Aquí es donde debo estar. Me

necesitan, Clive.

Él la observaba con expresión triste.

—Ya lo sé.

—Tenemos una oportunidad de cruzar un portal a oriente —le explicó—. La reina Alkaia ha reunido a todas las amaz bajo su cúpula y le ha pedido al círculo de hechiceras que construyan una serie de portales de emergencia. Así que deja que me aferre a esa esperanza y piense que, si conseguimos cruzar el portal a oriente, podría encontrarte allí.

Clive apretó los dientes y se le llenaron los ojos de lágrimas, apartó un momento la mirada para después volver a clavarle sus feroces ojos marrones.

—Te encontraré. No hay ningún escudo, pared rúnica, religión o cultura que pueda alejarme de ti. Te quiero, Freyja.

La guerrera suspiró algo temblorosa mientras observaba la ondulante silueta de Clive a través del velo de lágrimas que ya no era capaz de contener.

—Yo también te quiero, Clive Soren.

—Te encontraré —prometió él alejándose de la cúpula e ignorando las lágrimas que le resbalaban por las mejillas—. Te encontraré en oriente.

Y a continuación dio media vuelta, se internó en el bosque y desapareció.

—Sí, amo a un hombre —admite Freyja mirando a Wynter.

Las palabras son como una explosión que se queda suspendida en el aire. Al admitirlo con tanta sinceridad, siente miedo y liberación.

En ese lado de la cúpula.

—Lo sé —contesta Wynter con la mirada compasiva.

—Pero, Wynter —añade Freyja con tristeza—, no podemos salvar a tu hermano y a Rhys Thorim de los alfsigr. No podríamos hacerlo aunque fueran mujeres. Lo siento.

Wynter esboza un gesto de dolor y aparta la mirada encerrándose un poco más entre sus frágiles alas. Se vuelve con una mirada implorante.

—Entonces suplícale a la reina que se lleve a las amaz a oriente. Y

pídeles que encuentren al hechicero rúnico Rivyr'el Talonir. Para que libere a los alfsigr de nuestros Zalyn'ors.

Freyja clava los ojos en el tatuaje que rodea el cuello de Wynter.

—¿Sientes algo en él?

—Solo el mismo control de siempre —admite la elfa con aspereza, como si le costara pronunciar las palabras—. Vogel no se ha hecho con el control. Todavía.

El profundo dolor que anida en los ojos plateados de Wynter provoca una chispa de compasión en Freyja. Se acerca a ella con repentina decisión, incluso a pesar de temer que la diosa vaya a descender de los cielos para reprenderla.

—Se lo pediremos juntas —promete—. Y cuando lleguemos a oriente, Wynter Eirllyn, te ayudaré a encontrar a Rivyr'el Talonir. Y les pediremos a las vu trin que ayuden a tu hermano y a su segundo.

En los labios de alabastro de Wynter se dibuja una sonrisa.

De pronto los búhos se sobresaltan y a Wynter se le borra la sonrisa. Se vuelve un poco confundida hacia sus parientes y observa cómo los pájaros ululan con nerviosismo antes de levantar el vuelo.

Freyja observa a Wynter y ve cómo la ícara abre los ojos como platos al advertir algo a su espalda.

La guerrera desenvaina su hacha rúnica y se da media vuelta petrificada al observar lo que hay al otro lado de la cúpula rúnica.

Son elfos alfsigr, pálidos como la luz de la luna. Pero están alargados de una forma muy rara, es como si alguien los hubiera estirado a la fuerza.

Y sus ojos…

Son enormes, y en su interior anida una espiral gris. Casi como los de un insecto. Y llevan runas hechas de sombras repartidas por sus túnicas alfsigr y en las empuñaduras de las espadas que portan en las manos.

Unas espadas muy raras con las hojas en espiral.

Freyja siente un escalofrío en la espalda mientras los cuenta. «Siete asesinos marfoir.»

Los marfoir se acercan a la cúpula con unos movimientos coordinados y antinaturales.

—Marchaos de nuestras tierras —ruge Freyja avanzando hacia el escudo.

—No luches contra ellos —suplica Wynter—. Te matarán.

La guerrera alza el arma y se le dilatan las aletas de la nariz.

—Ve a por la guardia amaz —le ordena a Wynter lanzando una rápida mirada por encima del hombro—. ¡Corre!

Wynter asiente, pero se queda de piedra al volverse y descubrir que de las espaldas de los marfoir emergen unas patas de araña. Unas patas blancas como la piel de los marfoir.

A Freyja se le oprime el pecho y da un paso atrás.

Los marfoir sonríen a la vez.

Avanzan hacia delante al mismo tiempo, extienden las patas y las contraen de nuevo en dirección al escudo, casi hasta tocarlo. Un tirabuzón de sombra empieza a elevarse de la punta de cada una de las patas de araña y flota hacia la cúpula, rodea la superficie y se extiende, y los marfoir se van oscureciendo a medida que la niebla negra avanza.

Lo último que ve Freyja en el mundo exterior son los ojos insectívoros del marfoir que tiene delante, que la mira con una aterradora sonrisa en los labios blancos como el hueso. El pánico se apodera de ella, además de la feroz voluntad de salvar a su pueblo, y la guerrera se debate entre atacar a los intrusos o avisar a las amaz.

Una vez decidida, llama mentalmente a su yegua verde, se interna en el bosque para encontrarse con su querido animal y monta de un salto. Y entonces espolea al caballo, sube a Wynter a su espalda y galopa sobre su yegua en busca de la reina.

2

La era del esquilado

MARCUS VOGEL

Cordillera Norte

Contemplando la ciudad de Cyme, tierras amaz

Reino de Occidente

Marcus Vogel contempla la impía ciudad de Cyme. Está sentado a lomos de un dragón con la varita negra en la mano, en la abrupta cima de la cordillera Norte iluminada por la luz de la luna, y la nieve cruje bajo las patas del animal. Un viento helado azota el fino escudo gris con el que Vogel se ha rodeado protegiéndose tanto a él como al cuervo con decenas de ojos que lleva posado sobre el hombro, mientras contempla la niebla de sombras que ondula por encima de la cúpula rúnica que encierra el valle que se extiende a sus pies.

«Las amaz están atrapadas —presume—. Como insectos en un vaso.»

Contempla hipnotizado cómo la niebla se arremolina alrededor de las runas amaz de color escarlata que ve en la cúpula. La impactante visión del poder oscuro iniciando el asalto sobre las runas de la fortaleza le provoca un escalofrío de excitación que recorre sus líneas de fuego. Reprime un suspiro tembloroso.

El territorio amaz, ese perseverante bastión de resistencia impía, está a punto de ser derrotado.

«Esas zorras blasfemas se lo tienen bien merecido —ruge Vogel para sí—. Por su hostilidad contra el Reino Mágico. Y por haber acogido a esa ícara alfsigr.»

Cada vez siente más rabia.

Las amaz jamás volverán a desafiar al Reino Mágico.

La era del esquilado ha llegado.

Alineados sobre la cresta de la cordillera aguardan más de mil magos a lomos de sus dragones junto a un contingente de letales marfoir alfsigr. Y justo por debajo de él, en un saliente helado, aguardan Fallon Bane y sus hermanos Damion y Sylus, los magos de nivel cinco preparados para liderar el ataque. Con la aterradora comandante Fallon Bane en cabeza.

Fallon se vuelve y mira a Vogel con un brillo en sus ojos verdes. El Gran Mago la mira fijamente y asiente mientras se pregunta, y no por primera vez, por qué el Gran Ancestro proporcionaría a la traicionera Elloren Gardner Grey los poderes de la Bruja Negra, en lugar de haber elegido a la fiel Fallon Bane.

«El recipiente maltrecho siempre se puede purificar.»

El verso sagrado aparece en la mente de Vogel y el sacerdote recupera la esperanza de la redención.

Redención para Elloren Grey.

Redención para sí mismo.

Y para toda Erthia.

La esperanza aumenta mientras contempla el valle, cada vez más sombrío. El peso del cuervo lleno de ojos que tiene posado en el hombro lo mantiene centrado. Baja los párpados y se concentra para ver a través de los muchos ojos del animal. Vogel disfruta del brillo del poderoso presente del Gran Ancestro así como de su furia divina. Nota cómo esa furia le purifica las líneas, todo marcha según el plan sagrado del Gran Ancestro.

El ícaro de la profecía está muerto.

La marea negra ha sido transformada por el propósito divino.

Y la Bruja Negra…

Vogel mira su varita verde y disfruta del inesperado mando cedido por el Gran Ancestro, un mando que pondrá a Elloren Gardner bajo su control; así como la varita de la profecía que el Gran Ancestro puso en manos de la joven. El sacerdote percibió la energía de la gran varita, que le proporcionó a Elloren una puntería perfecta con la que ella acabó con sus escorpiones; fue impresionante ver la guerrera en la que se había convertido. Y ahora, las dos varitas de poder pronto se unirían para defender el Reino Mágico.

Vogel entorna los ojos y contempla la cúpula amaz mientras la red de sombras trepa por su estructura y los marfoir aguardan ante ella; sus siluetas blancas como el hueso son apenas unas motitas desde aquella distancia. Vogel calcula con perversión que la noticia de la desaparición del territorio amaz tardará por lo menos tres días en llegar a las tierras Noi con el desfase de tiempo, incluso con la ayuda del mejor de los portales ocultos de las vu trin.

Sonríe.

«Para cuando los noi descubran que el Reino Mágico tiene el poder necesario para destruir runas, ya habrán caído.»

Y los impíos de los alfsigroth también serán consumidos muy pronto a través del cautiverio de sus collares Zalyn'or, incluyendo a Wynter Eirllyn, la asquerosa criatura alada que se oculta bajo esa cúpula.

Vogel siente un escalofrío de repulsión al pensar en esos apéndices alados antinaturales. Pero entonces siente cierto alivio que se abre paso a través de esa reflexiva punzada de odio. Solo se trata de una criatura indefensa, con unas alas raídas con las que no puede volar y que, además, ya no tiene fuego.

Será muy sencillo someterla.

Vogel disfruta de la idea de entregársela a los elfos para que acaben con ella como mejor les parezca. El rey de los alfsigr, Iolrath Talonir, insistió en custodiar a la criatura, pues la religión de los alfsigr es idéntica a la de los gardnerianos por lo que se refiere a esos demonios alados.

«Dejaré que los alfsigr disfruten de ese triunfo —considera Vogel magnánimo, incluso a pesar de lo mucho que le gustaría acabar con esas alas personalmente—. Dejaré que disfruten de la bendición de poder castigar a ese demonio antes de hacernos con el dominio de sus tierras.»

De pronto suena el silbido de unas alas agitándose a su lado que lo aleja de sus pensamientos. Vogel se vuelve justo cuando un soldado mago aterriza con su dragón. Unos cuernos de sombras asoman entre el pelo mago del glamour de demonio pyrr —unos cuernos que solo Vogel y sus soldados oscuros pueden ver—, y el brillo rojo de los ojos del demonio reluce por debajo del color verde del glamour.

El sacerdote mira al demonio controlado por la oscuridad sin conseguir ocultar del todo su desprecio. Para que los magos consigan controlar el poder oscuro, necesitan a esas criaturas repugnantes, de las que se desharán una vez que haya concluido la era del esquilado.

El soldado se apea del dragón.

—Acaba de llegar un halcón rúnico, excelencia —anuncia; sus ojos sulfúricos brillan como dos trozos de azabache.

—¿Qué noticias trae?

La llama insondable que arde en los ojos del dragón adopta un tono de rojo más siniestro.

—Nos informa de que el asesino de Yvan Guryev, el Maestro de Varitas Mavrik Glass, ha huido a tierras Noi.

Una catastrófica ráfaga de fuego recorre las líneas de Vogel y su sensación de triunfo se desvanece mientras él va asimilando las ramificaciones de aquella información.

«Si Mavrik Glass, nuestro mejor asesino, es un traidor…, entonces el ícaro de la profecía está potencialmente… vivo.»

—¿Qué confirmaciones tenemos? —pregunta Vogel con lenta y mortal firmeza mientras la imagen de unas alas negras empieza a proyectarse en su cabeza.

—Torturamos a una espía vu trin que habíamos capturado —responde el enviado—. Ella nos confirmó que Yvan Guryev sigue con vida. Su muerte fue un engaño.

El fuego interior de Vogel se aviva y la rabia lo devora.

—¿Cómo es posible? El ícaro acabó empalado.

—Es un fae lasair —le recuerda el demonio—. Las vu trin dijeron que utilizó sus poderes de curación fae para regresar de entre los muertos.

«Y engañó a todo el Reino Mágico.»

A los ojos de Vogel asoman unas llamas plateadas, pero él consigue controlar rápidamente su tormenta interior.

—Pues dejemos que la profecía se cumpla. Muy pronto el Reino Mágico tendrá en sus manos el arma más poderosa de Erthia, y entonces atacará a ese demonio ícaro sin compasión y acabará con él.

El enviado agacha la cabeza.

—¿Quiere que redoblemos nuestros esfuerzos en la búsqueda de Elloren Grey, excelencia?

—No será necesario. —Vogel frunce los labios—. Sé perfectamente dónde está. Y tengo el cebo perfecto para atraerla.

3

La cúpula oscura
WYNTER EIRLLYN

Ciudad de Cyme, territorio amaz

Reino de Occidente

Wynter Eirllyn aguarda aterrorizada frente a la gigantesca estatua de la diosa que se erige en la bulliciosa plaza de Cyme. La luz carmesí de las antorchas se derrama sobre la plaza asediada. La cúpula de la ciudad flota sobre sus cabezas y sus runas de color escarlata proyectan un brillo bermejo a través de las sombras que avanzan sobre ella.

Un mar de mujeres y jovencitas miran a la reina Alkaia, que aguarda, apoyada en su bastón, en el recio pedestal de la estatua, protegida por la Guardia Real, incluyendo a la amiga guerrera de Wynter, Freyja. Un numeroso contingente del ejército amaz las rodea a todas.

«Estamos atrapadas», piensa Wynter, cuyo miedo se refleja en los camachuelos de color rosa que lleva posados en los hombros.

Wynter percibe la presencia de otro pariente alado, levanta la vista y ve un halcón solitario que desciende hacia ellas dejando atrás el agujerito de las sombras por donde debe de haberse colado. Pero el ave está… mal.

El habitual brillo carmesí del halcón ha adoptado distintos tonos de gris, y los ojos del pájaro son de un color plateado muy antinatural. Una asombrada compasión vibra en el interior de Wynter y percibe el miedo del pájaro en su frenética forma de batir las alas.

«Estás corrompiendo y aterrorizando a mis parientes alados», piensa recordando a Vogel muy dolida. Y entonces percibe algo que no está acostumbrada a sentir. Algo que su collar Zalyn'or suele reprimir,

como lo hace con todos los elfos alfsigr.

Rebeldía.

Una punzada de sublevación alimenta el siguiente pensamiento de Wynter.

«Las cúpulas rúnicas permiten el paso de los animales.»

El halcón gris desciende y se posa sobre el brazo extendido de la pajarera amaz, que enseguida se hace con el mensaje que el pájaro lleva prendido a la pata.

La pajarera aprieta los dientes mientras escanea la misiva con sus ojos color zafiro.

—Alteza —dice mirando a la reina con indignada preocupación—. En el papel pone: «Entregad vuestras tierras al Reino Mágico inmediatamente. O preparaos para la aniquilación total».

Las protestas se repiten a medida que el mensaje se va extendiendo por la plaza.

La reina Alkaia se apoya en su bastón y alza la palma de su mano verde decorada con runas en dirección a su pueblo.

—Pueblo libre de Amazakaran. —Su anciana voz resuena con fuerza amplificada por la runa escarlata que flota suspendida en el aire justo por debajo de su boca—. La profecía de la diosa ha llegado.

Alza la vista hacia la cúpula cubierta de sombras y entorna sus ojos de color esmeralda como si estuviera evaluándola para una posible batalla. A continuación vuelve a posar su feroz mirada sobre su pueblo.

—Los magos creen que pueden aterrorizarnos con su poder oscuro. Piensan que pueden atarnos sogas al cuello. Consideran equivocadamente que pueden someter a las verdaderas hijas de la diosa. —Se endereza y Wynter percibe la voluntad colectiva de todas aquellas mujeres erigiéndose a su alrededor cuando la monarca arruga la nota encerrándola en su puño—. Queridas hijas. ¿Quiénes de vosotras estáis dispuestas a levantar las armas, queréis aventuraros a salir de la cúpula y atacar a estos invasores con toda la furia de la diosa?

Se oye un tremendo rugido mientras las amaz de más de trece años desenvainan sus armas rúnicas y las alzan al aire, todas decoradas con

runas tan rojas como las que brillan en la cúpula de la ciudad.

A Wynter se le seca la garganta, pero no lo siente de la forma habitual.

Es cosa del Zalyn'or.

La elfa tiene miedo de perder la capacidad de hablar si espera un segundo más, así que despliega sus alas raídas y da un paso adelante.

La reina Alkaia y Freyja la miran con evidente asombro. La monarca alza una mano pidiendo silencio, y los gritos de rebeldía se reducen hasta convertirse en un murmullo de poder rúnico.

—¡Quiero mandar un mensaje! —jadea Wynter agitando las alas esforzándose por aliviar la presión que el Zalyn'or está ejerciendo sobre su voz.

La reina Alkaia la mira con fijeza.

—¿Qué mensaje quieres mandar, Wynter Eirllyn?

—¡Quiero enviar a mis parientes alados! —anuncia con la voz ronca antes de quedarse muda.

Gesticula con énfasis en dirección a la cúpula cubierta de sombras.

En los ojos de la reina Alkaia reluce un brillo rebelde.

—Puedes mandar ahora tu mensaje, amiga alada de las amaz —acepta con la voz teñida por la sed de revolución—. Que el primer golpe de esta guerra lo aseste una ícara marcada por el Zalyn'or.

Wynter hinca una rodilla en el suelo y agacha la cabeza al tiempo que extiende las alas y las amaz se retiran para darle espacio. Reúne las minúsculas brasas de poder ícaro que le quedan, respira hondo y proyecta su aura invisible.

De pronto empieza a oírse el ruido de las alas batiendo el aire y comienzan a llegar pájaros de todas direcciones, algunos incluso cruzan la cúpula oscura: estorninos cuellinegros, gorriones de corona blanca. Tangaras enmascaradas. Multitud de halcones y búhos, águilas y aves de presa. Bandada tras bandada de aves que llenan la plaza con sus asustados trinos y graznidos a medida que van descendiendo en dirección a un único objetivo.

Wynter.

Las amaz que rodean a la elfa se retiran asombradas mientras los pájaros van posándose en masa alrededor de su figura alada.

La joven cae presa de un mal augurio cuando advierte que algunas de aquellas aves son del desierto Agolith y que han perdido sus brillantes colores. Los halcones rojos del desierto tienen ahora el plumaje gris. Cucaracheros desérticos y pájaros carpinteros desprovistos de sus tonos dorados. Las águilas de tonos tierra con sus habituales ojos de color azafrán lucen ahora unos extraños ojos de fuego blanco.

«¿Qué os han hecho?»

Los pájaros se acercan a ella y los que están más cerca pegan sus cabecitas a Wynter. El empático corazón de la joven se encoge ante la demostración de cariño de las aves, un amor que ella les devuelve multiplicado por mil. Les acaricia las plumas y cierra los ojos.

La advertencia colectiva de las aves golpea a la elfa con la fuerza de mil relámpagos y ella se estremece de pies a cabeza.

¡OSCURIDAD, OSCURIDAD, OSCURIDAD!

«¡Queridos míos!», responde Wynter proyectando su desesperada empatía a través del yugo del Zalyn'or.

Los pájaros se quedan inmóviles y de la plaza se adueña un respetuoso silencio del que Wynter se alimenta en busca de valor.

«Queridos míos —les dice mentalmente a pesar de que el dolor le está oprimiendo el cráneo, pero sus pensamientos amenazan con desintegrarse si aguarda un solo segundo más—. ¡Volad alto y atravesad la oscuridad! ¡Encontrad a Naga la Libre y pedidle ayuda!»

El Zalyn'or se cierra con fuerza y Wynter resuella, sus pensamientos empáticos se desvanecen justo cuando los pájaros levantan el vuelo. El aleteo colectivo de las aves es una tormenta, un rugido en los oídos de Wynter que crece a medida que todos vuelan hacia la cúpula. La oscuridad que recubre el escudo se fragmenta un momento y el grito de guerra de las amaz resuena con fuerza al tiempo que Wynter alza la vista hacia el cielo observando lo que ha provocado con el corazón desbocado.

Pero entonces siente una repentina punzada de odio.

Se pone rígida y un escalofrío le agita las alas, abrumada por la sensación de que es una mariposa atrapada bajo la punta de un palo. De pronto la plaza desaparece y en su lugar surge la visión de un

bosque oscuro poblado por árboles con troncos ondulados y ramas de humo negro que dibujan espirales hacia el cielo brotando desde un suelo abrasado.

Desorientada y presa del pánico, Wynter mira muy nerviosa a su alrededor.

Marcus Vogel se dirige a ella a través de los árboles con una varita negra en la mano. Wynter recula y su pánico aumenta cuando Vogel le clava sus pálidos ojos verdes.

—Ícara —le dice.

El collar Zalyn'or se estrecha y Wynter echa la cabeza atrás dejando escapar un grito estrangulado. Se estremece presa de un nuevo y poderoso deseo Zalyn'or: nota cómo desaparece el antiguo anhelo de ser una alfsigr pura. Sí, sigue deseando con todas sus fuerzas que desaparezcan esas demoníacas alas de su espalda. Pero ahora anida en ella un deseo asombrosamente intenso: quiere tener el pelo negro, un brillo verde en la piel y vestir ropa negra. Y seguir el único y verdadero camino. Y no se trata del camino de la fe alfsigr, sino el de la religión de los magos.

El único camino hacia la pureza y la verdad.

El único camino a la salvación.

La certeza golpea a Wynter como una ola aplastante.

«Estoy leyendo su mente. No sé cómo, pero estoy leyendo la mente de Vogel a través del Zalyn'or.»

Presa de una nueva motivación consigue aspirar una bocanada de aire tranquilizador, hace acopio de todo su valor y cierra los ojos.

En su empática mente se cuela una espesa nube de humo negro mientras ella persigue su conexión con Vogel, que proyecta todo su poder oscuro hacia la varita que tiene en la mano. Wynter lucha contra sus miedos y avanza en esa dirección… hasta meterse en la varita.

Deja de notar el contacto de las baldosas del suelo de la plaza bajo las rodillas.

Su cuerpo se desploma y ella grita mientras desciende hacia un abismo insondable agitando las extremidades. Está rodeada de ojos oscuros que la observan mientras cae. Son unos ojos crueles,

demoníacos. Algunos son rojos. Otros están llenos de humo. Y Wynter siente la presencia de una maldad infinita, de una escisión.

«¿Qué has hecho? —le grita a Vogel—. ¿Eres consciente de con qué te has aliado?»

Una ráfaga de poder impacta contra sus poderes empáticos y la conexión de Wynter con Vogel se rompe. «¡Ícara asquerosa!», grita a través de ella cuando la conexión se disipa.

La conciencia de la joven regresa a la plaza amaz iluminada de rojo, y la joven jadea con las palmas y las rodillas rozando el suelo.

—Wynter, ¿qué ha pasado?

Levanta la cabeza y se encuentra con los ojos color avellana de Freyja. Incapaz de hablar, alarga las manos temblorosas y tira del cuello de la túnica de la guerrera con tanta fuerza que la tela se rasga.

Las guerreras amaz que la rodean reculan asustadas, incluyendo a Freyja.

Wynter baja la vista y se tambalea. Del tatuaje del Zalyn'or están brotando unos tirabuzones oscuros que se internan bajo su piel como una enfermedad.

La elfa mira a la reina Alkaia sintiéndose como un gorrión enjaulado mientras pelea por evitar que el único rincón libre de su mente sea engullido por el hechizo del Zalyn'or.

—Llévate a tu pueblo a oriente —jadea a través del yugo de Vogel —. Ahora no podréis detenerle. Se va a hacer con el control de todo Alfsigroth. Y puede vernos y oírnos. A través de mí.

La reina Alkaia adopta una expresión letal.

—Pues permitamos que nos oiga —espeta furiosa—. Que oiga que una ícara alza su puño contra el Reino Mágico y bate sus alas contra su marea oscura. Y permitamos que Marcus Vogel oiga que nosotras, el pueblo libre de las montañas de Caledonia, no nos doblegamos ante nadie, salvo ante la reina que nosotras mismas elegimos y la gran diosa de los cielos.

Wynter vuelve a sentir la presencia de Vogel. Pero esta vez es un ser pequeño y astuto. Se esconde justo por detrás de sus ojos cuando un ligero rastro de oscuridad se estremece ante ella y de pronto la joven puede ver a través de los ojos del sacerdote, desde los que contempla

la cúpula oscura de las amaz.

Lo observa todo en compañía de su ejército.

La necesidad de avisar a la reina de sus intenciones atraviesa a Wynter y las palabras pelean por brotar de sus labios. «¡Llévate a tu pueblo a oriente ahora mismo! ¡Ha aliado el Reino Mágico con poderes demoníacos, y está a punto de liberarlos!»

Pero por mucho que se esfuerza, Wynter no puede hablar. Se pega las alas al cuerpo con todas sus fuerzas mientras se esfuerza por gritar el importante mensaje presa de una oleada de náuseas. Incapaz de resistirse a ella, se sacude hacia delante, abre la boca y vomita una sustancia oscura sobre las baldosas de la plaza. Las primeras reacciones de alarma no se hacen esperar cuando ven la sombra que brota de lo que sea que ha salido de Wynter.

Las guerreras que rodean a Wynter, a excepción de Freyja, desenvainan sus armas y preparan sus flechas con los ojos clavados en el cuerpo encogido de la elfa. La joven mira con indefensión el rostro horrorizado de la reina Alkaia mientras se esfuerza por respirar. Se esfuerza por encontrar la voz.

—¡No disparéis! —les pide Freyja abalanzándose sobre el cuerpo agachado de la ícara. La mira con preocupación—. Wynter…, ¿qué has visto?

Las palabras de Freyja son interrumpidas por el destello plateado que brota de las runas carmesíes de la cúpula amaz que ilumina momentáneamente todo el valle.

Todas levantan la vista confundidas.

Y entonces las runas rojas del escudo se apagan como un puñado de estrellas extinguiéndose.

A Wynter se le contrae el estómago.

—Ya están aquí —consigue decir justo antes de que se oiga una explosión ensordecedora y la cúpula protectora de Cyme estalle en una lluvia de oscuridad.

4

La colmena oscura

LUKAS GREY

Lukas Grey ruge al recuperar la conciencia y se esfuerza por respirar.

Se descubre atado con unas vides negras en el suelo de una especie de cárcel cavernosa, separado por unos barrotes hechos de humo negro de otra caverna mucho más espaciosa. Nota una dolorosa tensión en todas las líneas de afinidad, como si alguna fuerza arrolladora estuviera tirando de ellas. Mira asustado a su alrededor inmerso en una especie de bruma, y de pronto le asalta un pensamiento desesperado:

«¡Elloren!».

No hay ni rastro de ella.

Recuerda la última y agónica imagen que conserva de ella al otro lado del interior dorado del portal, cuando Elloren gritaba su nombre. Cierra el puño derecho con fuerza presa de la desesperación, deseando tener una varita.

Examina la caverna con atención tomando nota de todos y cada uno de los detalles: el joven guardia de nivel cinco apostado al otro lado de los barrotes ondulantes, las extrañas catacumbas que se erigen a ambos lados de la colosal caverna abovedada (parecen no terminar nunca, como si fuera un avispero gigantesco), de las celdas emergen soldados magos con brillantes ojos grises que descienden con una agilidad antinatural, más magos de ojos grises caminando con determinación por la caverna; algunos de ellos acompañados de dragones con docenas de ojos marcados con sombras negras, y los poderosos cuerpos de los animales parecen recubiertos con placas de acero.

Lukas ve a un soldado al que conoce, Curren Dell. Recuerda que, en

Verpacia, Curren era un talentoso e idealista aprendiz de soldado de nivel cuatro, con una buena reputación y muchas ganas de defender el Reino Mágico. Lukas se queda horrorizado cuando ve la feroz mirada vacía del joven.

Entorna los ojos mirando hacia arriba y contempla a los depravados elfos marfoir que trepan por las paredes con unas patas de araña blancas como la sal y los murciélagos fantasma alargados con docenas de ojos que cuelgan de todos los salientes. En la base de la caverna ve una hilera de escorpiones contaminados por la oscuridad; chirrían por lo bajo con el tórax salpicado de runas negras. La mayoría de los escorpiones tienen más de dos ojos, y Lukas ve a uno con el cuello y la cabeza recubiertos de un amasijo de ojos.

El poder de sus líneas se enciende y nota una llamarada de calor en el pecho. Examina la escena una vez más hasta posar los ojos en la varita que su guardia tiene en su brillante mano verde. Con mucho sigilo, empieza a poner a prueba sus ataduras negras hasta encontrar una zona más débil por encima de su mano izquierda…

Como si hubiera advertido su fugaz punzada de rebeldía, el guardia le clava su implacable mirada gris y alza la varita.

Una ráfaga de oscuridad impacta en Lukas provocándole una punzada de dolor: arquea la espalda, se le escapa un grito y se desvanece.

Cuando vuelve en sí, se está moviendo: cuatro magos lo están arrastrando por un túnel de piedra negra. Las antorchas de fuego plateado proyectan una intermitente luz del color del peltre.

Lukas aprieta los dientes mientras lo arrastran por el suelo áspero, abrumado por el intenso dolor que le provocan las heridas que le cruzan la piel de un extremo al otro de la espalda. Flexiona los músculos comprobando la tensión de las ataduras. Localizando la proximidad de cada una de las varitas…

Sus guardias magos aminoran el paso. Lukas vuelve la cabeza y ve a Vogel dirigiéndose hacia él con los pálidos ojos verdes en llamas. Lleva un pájaro blanco bordado en la túnica sacerdotal y la capa negra se agita a su paso.

Los soldados magos lo sueltan a los pies de Vogel.

Lukas se obliga a ponerse de rodillas jadeando a causa del dolor que palpita por sus líneas. Mira fijamente a Vogel y esboza una sonrisa despiadada.

—Hola, Marcus. La imagen de sacerdote diabólico te sienta muy bien.

Vogel recula un poco y le pega una bofetada. Lukas hace ademán de abalanzarse sobre él cegado por una bola de ardiente rabia blanca, pero enseguida aparecen muchas ataduras más proyectadas por los guardias magos, que lo inmovilizan en el suelo con los brazos extendidos mientras ellos le apuntan con sus varitas.

Lukas mira a Vogel con rabia y enseña los dientes.

—Me gustaría ver cómo lo intentas sin la ayuda de tus perritos falderos —sisea.

A pesar de la intensa rabia que siente, advierte enseguida el destello de frustración que brilla en los ojos de Vogel.

—Vaya —se burla Lukas ignorando la sangre que le resbala por la cara y el palpitante dolor de la mejilla—. ¿Te han salido mal los planes? —Sonríe con más ganas con la esperanza de provocar a Vogel, pues está desesperado por conseguir alguna información sobre Elloren —. Se te ha escapado, ¿verdad?

Vogel entorna los ojos y desliza los dedos por la varita con aspecto de estar más sereno, aunque en sus ojos se sigue adivinando el brillo de un fuego plateado.

—Tenías tanto potencial… —Vogel niega con la cabeza—. Debería haber imaginado que causarías problemas cuando descubrí tus blasfemias puntuales, pero pensaba que eras leal. Y, sin embargo, has hecho todo lo que has podido para convertir a mi Bruja Negra en una zorra *staen'en* contraria a todas las cosas puras y buenas. Y ahora me lo vas a compensar.

Vogel alza la varita y Lukas jadea al sentir cómo las sogas negras se vuelven más ásperas y se le clavan en la piel como cuchillas. Reprime el grito que amenaza con escapar de su garganta.

En su lugar, consigue soltar una risotada burlesca.

—Elloren tiene más poder que tú. Y te aplastará con él.

Vogel frunce los labios.

—¿Tú sabías que el ícaro Yvan Guryev ha sobrevivido?

Una punzada de celos recorre el poder de Lukas.

Vogel sonríe.

—Vaya, lo he notado.

Lukas se alarma.

—¿Cómo? —jadea confuso por las habilidades empáticas de Vogel.

El sacerdote hinca la rodilla en el suelo con un brillo calculador en los ojos mientras alza la varita negra y apoya la punta en la mano derecha de Lukas.

El joven se estremece cuando unos tirabuzones oscuros brotan de la varita y se internan en sus líneas de compromiso.

—¿Qué estás haciendo? —inquiere perdiendo un poco la compostura.

Vogel lo mira con astucia, como diciendo «ahora te he pillado».

—Infiltrándote el hechizo —afirma—. Para conectar con mi Bruja Negra.

Lukas ve un destello de luz blanca y se le escapa un rugido mientras proyecta hasta el último ápice de su formidable fuerza hacia las ataduras.

—Te voy a matar —espeta muy confundido—. Como la toques te mato.

Cuando habla, Vogel adopta un tono grave y burlón.

—¿Te duele saber que el único motivo por el que has sobrevivido a mi fuego es que ella está mancillada por ese ícaro? ¿A causa de su profundo beso serpentino?

Cuando comprende el motivo de su supervivencia, siente una nueva punzada de celos mezclada con un odio atroz hacia Vogel: el fuego wyvern de Elloren. Debido al vínculo que tiene con Yvan Guryev.

—Únete a mí —lo desafía Vogel muy serio con fuego en los ojos—. Juntos podremos derrotar a Yvan Guryev y proporcionarle a Elloren un poder inigualable.

Lukas se abalanza hacia la varita del sacerdote aprovechando que una de sus ataduras está un poco suelta, pero Vogel recula a la velocidad de una víbora. A continuación, el sacerdote agita la varita y de la punta brotan nuevos tirabuzones oscuros, y Lukas ruge cuando lo

obliga a extender el brazo derecho. Fulmina a Vogel con una mirada cargada de rabia advirtiendo cómo el gris de los ojos del sacerdote se intensifica; Lukas se pone rígido al comprender lo que eso significa.

—Te unirás a mí por las buenas o por las malas —espeta Vogel con calma. Ladea la cabeza con una expresión casi compasiva—. Igual que le ocurrirá a mi Bruja Negra. Ha perdido el norte, pero yo la ayudaré a redimir su alma. Elloren será quien cumpla la profecía: acabará con el demonio ícaro y limpiará oriente.

Lukas siente una ola de amor protector. Mucho más intensa que los celos por Yvan Guryev. Más intensa que cualquier otra cosa de Erthia, y su impulso protector crece mientras un espantoso cuervo con docenas de ojos desciende para posarse sobre el hombro de Vogel.

«Encuentra a Yvan Guryev, Elloren —ruge Lukas mentalmente—. Encuéntralo a él y a cualquiera que tenga algún poder y con quien puedas aliarte. Libérate de nuestro hechizo de compromiso y desata tu poder. Y después préndele fuego a este bastardo con toda la fuerza de tu poder de Bruja Negra.»

5

Fuego y sombra
ELLOREN GREY

Bosque Dyoi

Reino de Oriente

«Elloren.»

La profunda voz de Yvan resuena en mi interior y se me acelera el pulso. El aura de fuego que me embarga brilla en mis ojos, envuelve mi mirada con una caótica marea dorada, y el hostil bosque púrpura que me rodea desaparece de mi vista.

El aura de fuego crece procedente del nordeste. Mi cuerpo se estremece contra su intensidad mientras se interna por mis líneas de afinidad con un ardor desconcertante. Como si estuviera tratando de abrir un camino entre los dos.

Jadeo incrédula incluso a pesar de estar sintiéndolo.

«Yvan, ¿sigues vivo?»

Las llamas crecen y siento un deseo explosivo en su poder. Mi mente trata de encontrarlo. Esta aura ha aparecido muy rápido tras el ataque del escorpión, después de que Lukas me empujara por el portal hacia el Reino de Oriente.

Sacrificando su vida por mí.

El dolor me atenaza la garganta. Apenas puedo respirar al recordar la última vez que vi a Lukas, mirándome con sus ojos verdes justo cuando lo alcanzaba el fuego negro de Vogel.

El aura de fuego parece percibir mi angustia y su flujo crece a mi alrededor llegando incluso a vibrar.

«Santísimo Gran Ancestro.»

Estoy convencida de que es el fuego de Yvan. Ya he sentido antes la

fuerza de este fuego wyvern, durante el beso que nos unió.

Caigo presa de una desorientación infinita al valorar la increíble posibilidad de que Yvan siga con vida y la certeza de haber perdido a Lukas para siempre. Recuerdo las palabras de Yvan y un llanto devastado me nubla la mirada:

«El beso de un dragón lo une a su pareja. Sabré cuándo estés en peligro. Y percibiré tu dolor».

Cada vez estoy más angustiada. ¿Habrá encontrado Yvan la forma de sobrevivir y estará escondido como yo? Así estoy yo, huyendo, y escondida bajo este glamour elfhollen…

El grito de una niña se abre paso por encima del rugido del fuego wyvern.

Me sobresalto y el fuego desaparece de mis líneas con fuerza, salgo despedida hacia ese flujo que desaparece en dirección nordeste y termino a cuatro patas en el suelo. El paisaje púrpura reaparece ante mis ojos y noto cómo me escuece la runa para rastrear demonios que Sage me grabó en el abdomen.

Con el pulso acelerado, observo con atención todo lo que me rodea.

Estoy en un campo de hierba violeta que se mece agitada por el viento, a ambos lados yacen los cadáveres humeantes de los tres escorpiones que acabo de matar, y el bosque púrpura se extiende ante mí. En él veo a una adolescente morena con aspecto de maga seguida de su madre (una mujer con las orejas puntiagudas y la piel lila) y su hermana pequeña. La joven lleva una espada en la mano, y todas tienen los ojos desmesuradamente abiertos; de pronto oigo un crujido a mi espalda acompañado de un siseo.

Me doy media vuelta. Cuatro enormes murciélagos fantasma, tan altos como hombres, están descendiendo en el claro con sus alas curtidas. Exhiben sus colmillos afilados y se abalanzan hacia mí. El que va en cabeza se alarga cuando entra en mi campo de visión, es una pesadilla llena de dientes…

Ruedo hacia un lado esquivando su ataque y me levanto de un salto. Noto el impacto de una ráfaga de aire y vuelvo a caer al suelo. Rujo a causa de la colisión, y la hierba áspera me araña la cara; siento una punzada de miedo visceral.

Oigo la voz de Lukas en mi cabeza.

«¡Reprime tu miedo! ¡Se alimentan de él!»

Aprieto los dientes, tiro con fuerza de mi poder de fuego tal como me enseñó Lukas e incinero mis emociones. Me pongo en pie justo cuando algo me agarra de la cintura y me lanza hacia arriba; me quedo sin aire en los pulmones mientras mi cuerpo dibuja una V. El mundo a mis pies desaparece y yo pateo y agito los brazos tratando de alcanzar mis cuchillos rúnicos presa del pánico mientras los otros tres murciélagos fantasma extienden las alas y levantan el vuelo.

La joven corre hacia mí con un gesto de pura determinación en esa cara suya en forma de corazón al tiempo que lanza su arma dibujando una ráfaga plateada que surca el aire.

El cuchillo alcanza su objetivo justo por encima de mí emitiendo un ruido sordo.

El murciélago sisea con rabia y me suelta de golpe: la pared de hierba lavanda se acerca a toda prisa hacia mi cara. Flexiono las piernas por instinto, aterrizo en el suelo con fuerza y ruedo por el áspero manto de hierba.

La varita de la profecía me hormiguea pegada a la pantorrilla y yo alargo la mano para cogerla con el corazón desbocado, su empuñadura en espiral sigue escondida en el lateral de mi bota.

«Sigo teniendo una puntería perfecta.»

Presa de una determinación digna de la más feroz de las guerreras, me pongo en pie, desenvaino los dos cuchillos rúnicos que llevo asidos a los laterales del cuerpo; con la mano derecha empuño el poderoso cuchillo Ash'rion que me dio Valasca. Entorno los ojos observando al murciélago que me había cogido; se posa en el suelo rugiendo y retorciéndose mientras trata de librarse del cuchillo que le ha clavado la joven. Los otros tres aterrizan tras él y fijan en mí sus oscuros ojos rasgados.

El entrenamiento al que me han sometido Lukas, Valasca y Chi Nam toma el mando y enseguida advierto la única runa negra que cada uno de los murciélagos lleva grabada en el pecho. «No son runas de desviación», advierto con frialdad al tiempo que tomo conciencia de otra gran verdad:

Estoy en guerra con Marcus Vogel.

Una guerra por controlar mi poder.

—No me someterás —rujo presa de una ardiente rabia alimentada por el recuerdo de las pacientes manos de Lukas sobre las mías, enseñándome cómo usar estos cuchillos, deslizando mis dedos por las runas cargadas mientras murmuraba los hechizos amplificadores tal como yo estoy haciendo en ese momento.

Los murciélagos avanzan encorvados, con las aletas de la nariz dilatadas, siseando, escupiendo y enseñando los dientes. Pero yo ya he superado el miedo, pues una rabia volcánica se ha erigido en mi interior reduciéndolo a cenizas.

—Al infierno con tu Reino Mágico —le rujo a Vogel.

Echo los brazos atrás y aparecen en el aire esas translúcidas líneas verdes de la varita que solo puedo ver yo, brotando de mis cuchillos directamente hasta el cuello de las bestias que tengo más cerca: el murciélago herido y el que aguarda amenazador a su lado.

Lanzo los cuchillos dejando escapar un rugido.

Las dagas surcan el aire y atraviesan el cuello de las criaturas con sendos ruidos sordos. Las bestias abren la boca y dan unos gritos metálicos justo antes de que a las dos les estalle la cabeza envuelta en una brillante bola de fuego dorado; la del cuchillo Ash'rion es la más potente de las dos.

Los otros dos murciélagos se abalanzan sobre mí y yo echo a correr.

Oigo el jadeo de su aliento húmedo a mi espalda y algo me agarra del tobillo y tira de mí. Me doy media vuelta y presiono las runas de recuperación que Valasca me grabó en las palmas de las manos y que ahora están ocultas por mi glamour gris.

Mis cuchillos emergen de los cadáveres humeantes de los murciélagos, regresan dibujando un arco borroso en el cielo y las empuñaduras impactan contra mis palmas provocándome sendas punzadas de dolor muy satisfactorias. Presiono las runas de fuego y le clavo el cuchillo al murciélago que me tiene atrapada, y a continuación lanzo el otro justo entre los ojos del que se está acercando. Las cabezas de ambas criaturas estallan envueltas en rugientes bolas de fuego.

Una ráfaga de calor me recorre de pies a cabeza mientras noto cómo se afloja la fuerza de lo que fuera que me había agarrado el tobillo. Me escabullo a toda prisa con la respiración agitada mientras los murciélagos en llamas se sacuden y se convulsionan y, finalmente, yacen inmóviles. Al levantarme, observo con atención el campo de color lavanda y el bosque púrpura; estoy completamente alerta. Todavía tengo el corazón acelerado, pero no percibo más amenazas. Solo oigo el susurro de las hojas mecidas por el viento, veo la tormenta que está oscureciendo el cielo y percibo el aura de hostilidad del bosque, tan espesa como el aire.

Alzo las manos y los cuchillos se desclavan de las bestias y regresan volando a mis palmas, donde noto el calor de las empuñaduras al impactar contra mi piel, que ahora es resistente al fuego. La energía de la varita vibra contra mi pantorrilla y yo me siento muy agradecida por contar con su ayuda. Me vuelvo hacia la joven, la mujer urisca y la niña con la sensación de haber recibido una buena inyección de acero líquido en las venas.

La chica me lanza una mirada combativa, como si todavía estuviera en plena batalla. Su madre se ha retirado hacia la orilla del bosque y la niña aguarda junto a ella. La pequeña me mira con las mejillas llenas de lágrimas, y el terror que se refleja en su inocente rostro gana mis simpatías.

—¿Estás bien? —le pregunto.

La niña se asusta y se esconde detrás de su madre, que me está observando con sus febriles ojos y una expresión de evidente desconcierto en el rostro demacrado. La joven la mira, después me mira otra vez a mí y asiente con decisión.

Me obligo a mover mi maltrecho cuerpo, envaino los cuchillos y me acerco a uno de los murciélagos en llamas. Meto la mano en las llamas y arranco el cuchillo de la chica del cuerpo de la bestia. A continuación me vuelvo y camino hacia ella ignorando el intenso dolor del tobillo. Le tiendo la empuñadura del arma sosteniéndola por la hoja.

Ella me mira y a sus ojos asoma una evidente vulnerabilidad. Suspira algo temblorosa y, a continuación, asiente más aliviada

aceptando el cuchillo.

La inmensidad de la situación empieza a desplomarse sobre mí como un peso muerto. Por fuera estoy calmada, pero la sangre me aporrea las sienes y el pánico va creciendo en la boca de mi estómago.

Estoy en pleno enfrentamiento con Vogel y la profecía.

Lukas ya no está. Chi Nam tampoco. Y solo el Gran Ancestro sabe lo que le ha ocurrido a Valasca.

Me paso los dedos por el pelo enredado presa de una mezcla de dolor y añoranza por Lukas que me arrasa con fuerza. La emoción me abre en canal y me cuesta respirar.

«¿Cómo voy a enfrentarme a esto yo sola?»

Me asalta un desgarrador recuerdo de Lukas. «Eres más fuerte de lo que piensas. Estoy convencido. Siempre lo he estado.»

El deseo de luchar se abre paso a través del dolor y vuelve a tomar el control.

Intensificado por el dolor.

Me sorprende advertir la intensidad y la tenacidad con la que lo siento. «Es lo que él habría querido —me digo apretando el pecho contra el creciente dolor—. Es lo que todos hubieran querido. Ellos querrían que me mantuviera despierta y que perseverase.»

Una vez recompuesta, vuelvo junto a los murciélagos, cuyos cráneos carbonizados escupen llamas y humo negro. Me detengo junto al cadáver que tengo más cerca y examino la extraña runa negra que lleva en el pecho, sabiendo que estoy mirando a mi enemigo.

El enemigo que mató a Lukas.

—Debes estar alerta y vigilar cualquier movimiento en los árboles o en el cielo —le advierto a la chica por encima del hombro.

Asiente y empuña el cuchillo con más fuerza mientras yo me concentro en esa bestia depravada y me agacho hincando una rodilla en el suelo.

De la runa circular de su pecho emergen unos tirabuzones de sombras finos y casi elegantes, y una energía palpable flota en el aire a su alrededor. Paso la mano por el humo con cautela y los tirabuzones emiten un destello plateado y me hacen cosquillas en la mano provocándome un escalofrío antinatural. El sutil y

tranquilizador zumbido de la varita de la profecía que siento contra la pantorrilla desaparece.

Como si se estuviera escondiendo.

Me concentro un poco más mientras paso la mano por los tirabuzones de humo y noto cómo se intensifica ese escalofrío desconcertante. Y entonces poso la palma de la mano sobre la runa negra.

La energía explota hacia fuera y el mundo púrpura se apaga. Mis líneas de compromiso brotan por debajo de mi glamour y las intrincadas líneas negras van tomando forma alrededor de mi mano y mi muñeca. Me muevo con la intención de retirar la mano, pero me asusto mucho al descubrir que se ha quedado pegada a la runa.

Entonces aparece una imagen traslúcida de Lukas superpuesta a la escena que tengo ante mis ojos. Respira con dificultad a pecho descubierto; su musculoso cuerpo está inmovilizado contra el suelo de piedra presa de una especie de ataduras hechas de sombras, y tiene el brazo derecho extendido e inmovilizado al suelo de la caverna. Tiene el pecho lleno de heridas ensangrentadas y tras él se alzan unos barrotes también hechos de sombras.

Mis emociones se amotinan con rabia.

—¡Lukas!

Me mira a los ojos; en las profundidades verdes de su mirada veo brillar una intensa rebeldía.

—Vete al infierno, Marcus —ruge mientras una mano fantasma que empuña una varita negra se alza ante mí como si fuera mi mano, mi visión. La varita desciende y se posa sobre las marcas de compromiso de Lukas, al que se le agarrota todo el cuerpo presa de un evidente dolor.

—¡Lukas! —vuelvo a gritar tratando de tocarle, pero mi mano atraviesa la imagen fantasma.

Noto una energía que me eriza el vello de la nuca y tengo la extraña sensación de que es una conciencia provocada.

La imagen de Lukas se desvanece y vuelvo a ver el cadáver del murciélago fantasma; la runa oscura me suelta la mano de golpe.

Se me cierra la garganta.

—No… Lukas…, no.

Presiono ambas manos sobre la runa, pero el humo que emanaba de ella ha desaparecido junto a la bruma que brotaba de las runas de los demás murciélagos, y ya solo quedan sus marcas grises. Levanto las manos y me mareo unos segundos al descubrir que mis marcas de compromiso han vuelto a desaparecer bajo mi glamour.

Como si alguien hubiera cortado la conexión.

Se me acelera el corazón.

«Lukas está vivo. Está vivo.»

Me esfuerzo como puedo por aclarar mis pensamientos. Me doy cuenta de que el portal por el que crucé, que no estaba cargado del todo, debía de tener un desfase temporal importante, incluso a pesar de que el viaje pareció pasar en un abrir y cerrar de ojos.

Ahora estoy más preocupada. «¿Cuánto tiempo llevará Lukas en manos de Vogel? ¿Por qué he podido ver mis marcas de compromiso durante unos segundos? Y el fuego oscuro de Vogel… ¿Cómo es posible que Lukas haya sobrevivido a un ataque como ese?»

La respuesta me impacta como un rayo directo al corazón.

«Del mismo modo que sobreviví yo.» El vínculo de fuego wyvern de Yvan me confirió el poder de ser inmune a las quemaduras del fuego. Y yo le pasé ese mismo fuego wyvern a Lukas cada vez que él me besaba y se alimentaba de mi poder.

Y eso significa que debo de haber extendido el vínculo de fuego de Yvan hasta incluir también a Lukas.

La cabeza me da vueltas. «Santísimo Gran Ancestro. El fuego de Yvan ha salvado a Lukas.»

Pero si Lukas está vivo… ¿Dónde está?

Me pongo rígida de golpe presa de una punzada de náusea y sin darme cuenta alzo la mano derecha en busca del cuchillo Ash'rion.

«Tengo que volver a occidente para salvarlo.»

—¡Ny'lea!

La voz de la chica se cuela en mis rebeldes planes. Me doy media vuelta cuando por fin tomo conciencia de que no para de llamarme empleando mi falso nombre elfhollen.

—¿Qué día es hoy? —pregunto.

Me mira con evidente confusión.

—Me parece que estamos en la tercera semana del séptimo mes. He perdido la cuenta exacta.

Me pongo a pensar. «Más de una semana. Lukas lleva más de una semana a merced de Vogel.»

—¿A quién estabas llamando? —contesta a mi pregunta con otra pregunta.

La miro con fijeza.

—A alguien a quien debo salvar.

Mientras me levanto se pone a llover. Paseo la vista por encima de las copas de los árboles sin dejar de pensar.

Necesito liberar mi poder, y rápido, así podré volver a por Lukas. Y eso significa que necesito ayuda de personas con experiencia en magia compleja.

Necesito llegar hasta el Wyvernguard.

Allí es donde Lukas, Chi Nam y Valasca querían llevarme. Y es donde podré encontrar a algunas de las hechiceras y hechiceros más poderosos de ambos reinos, incluyendo algunas expertas en portales; y si quiero regresar al desierto lo más rápido posible, voy a necesitar un portal.

Y aunque Chi Nam ya no esté conmigo, me siguen quedando aliados allí.

«Trystan. Tengo que encontrar a mi hermano.»

Respiro hondo algo temblorosa aferrándome a la esperanza de que mi hermano pequeño llegara sano y salvo al Wyvernguard cuando se marchó a oriente en compañía de nuestro hermano mayor Rafe y los demás. Tierney, Sage… Ellas también estaban decididas a unirse a los wyvernguard.

Paseo la vista por el bosque hostil abrumada por la inmensidad del viaje que tengo por delante mientras visualizo el mapa que había en el Vonor de Chi Nam. Las montañas Vo suponen un obstáculo formidable, incluso sin la presencia de sus letales tormentas. Y por delante de las montañas pasa el traicionero río Zonor…

—Ny'lea, ¿qué ha pasado? —pregunta la chica con fuego en los ojos verdes, como si por fin hubiera reunido el valor suficiente para

hacerme preguntas. Señala los murciélagos—. ¿Qué clase de runas son esas?

Observo su mirada intranquila bajo la fina lluvia.

—Son runas magas alteradas —explico lamentando haberla arrastrado a ella y a su familia a mi espantoso mundo.

Miro a su madre enferma y a su hermana pequeña. La niña tose y lo entiendo todo: su situación es tan precaria que viajar con la Bruja Negra y ser perseguidas por innumerables y poderosas fuerzas probablemente sea la mejor oportunidad que tengan de sobrevivir.

—Tengo que llegar al Wyvernguard —le digo a la chica.

—¿Por qué? —pregunta con una expresión tensa.

Un relámpago se recorta en el cielo y se oye un trueno que resuena sobre nuestras cabezas.

Estoy a punto de contestarle con tono desafiante que soy la Bruja Negra y tengo toda la intención de darle la vuelta a la profecía a lo grande.

Pero le digo:

—Mi hermano está en el Wyvernguard. Él puede ayudarnos. —Hago un gesto agradecido señalando el cuchillo que tiene en la mano—. Me has salvado la vida.

—Tú has salvado la nuestra —contesta, como si eso zanjara el asunto.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

Ella vacila un momento adoptando una postura defensiva.

—Nym'ellia —responde, y enseguida comprendo el motivo de que esta chica sienta la necesidad de anunciar su nombre como si fuera un desafío. Es un nombre claramente urisco. Para una chica con el pelo negro, la piel con el distintivo brillo verde y los ojos verde bosque de una gardneriana. Una chica que parece completamente maga.

Me resulta imposible no advertir las orejas que sobresalen entre el cabello sucio de Nym'ellia. Están coronadas por sendas cicatrices que no dejan lugar a dudas, es evidente que en su día fueron puntiagudas, pero probablemente se las cortaran en occidente. Podadas con crueldad por la misma gentuza que atacó a Olilly. Miro a la febril madre de Nym'ellia y a su hermana y alzo las cejas con actitud

inquisidora.

La chica se relaja un poco.

—Mi madre se llama Emberlyyn —comenta frunciendo el ceño, preocupada al advertir por dónde voy—. Y mi hermana se llama Tibryl. —Me mira fijamente—. Tienen la gripe roja.

—Lo sé —confieso—. Yo la tuve de niña.

Vuelvo a mirar a Emberlyyn, que está sentada contra uno de los enormes árboles de color púrpura abrazada a su hija. Las dos tienen las mejillas coloreadas por la fiebre y alrededor de sus labios se distinguen claramente los granos propios de la gripe roja.

«Necesitan tintura de norfure, y cuanto antes.»

Me vuelvo hacia Nym'ellia.

—¿Os dirigís a Voloi?

La chica asiente y se saca la brújula de oro del bolsillo de la túnica.

—Estamos a menos de una legua del río Zonor. —Consulta la brújula y señala el horizonte a través del bosque que se extiende ante nosotras—. Por ahí.

«Hacia oriente.»

Envaino mis cuchillos y respiro hondo.

—Pues vámonos. —La miro con complicidad envalentonada al sentir la cálida y burbujeante energía que vuelve a brotar de la varita que llevo pegada a la pantorrilla—. Vámonos a las tierras Noi —afirmo—. Encontraremos a mi hermano y conseguiremos una cura para tu madre y tu hermana.

«Y recemos para que, estas últimas semanas, el nieto mago de la Bruja Negra haya sido aceptado y se haya integrado en el Wyvernguard de los noi.»

PARTE I

Reino de Oriente

Un mes antes

1

Mago wyvernguard

TRYSTAN GARDNER Y VOTHENDRILE XANTHILE

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Norte, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis; el mes más largo del año del reino

VOTHENDRILE

—Espero que machaquen a ese cuervo —sisea la hechicera rúnica Heelyn a mi lado mientras observamos la maniobra militar junto a un grupo de cadetes vestidos con uniformes de color zafiro.

Estamos reunidos en la terraza a la orilla del río, junto al gigantesco dragón de mármol que se prolonga por todo el perímetro de la isla Wyvernguard del Norte, sintiendo la caricia de la brisa procedente del río Vo.

Las palabras de Heelyn provocan una turbulenta corriente en mis auras de agua y viento mientras observo cómo Trystan Gardner adopta una posición defensiva alzando la varita en dirección a las seis guerreras vu trin que se preparan para pelear ante él, y las mira con una expresión decidida bajo el brillo verde de sus ojos. Las guerreras vestidas de negro murmuran un hechizo de protección al unísono mientras desenvainan espadas y cuchillos sin dejar de mirar fijamente al gardneriano.

El viento sopla con más fuerza. Respiro hondo y entrelazo su frialdad con mis poderes climáticos interiores tratando de serenar las crecientes emociones que me embargan cada vez que estoy con este nieto de la Bruja Negra al que me han pedido que vigile. Y lo ha hecho la mismísima comandante del Wyvernguard, Ung Li.

Todavía no me ha confesado sus motivos, pero estoy convencido de que me han nombrado escolta del cadete para que consiga que el injuriado mago se marche.

La luz del sol se refleja en las espadas rúnicas de las guerreras, en sus cuchillos y sus estrellas, pues las hechiceras están preparadas para desviar el formidable poder de nivel cinco del mago y derribarlo. El escudo mágico que han proyectado se adhiere a sus siluetas cubriéndolas de un iridiscente brillo color zafiro.

Miro a Heelyn. Mi amiga de infancia es una de las hechiceras rúnicas más poderosas de Noilaan. Su cortísimo pelo brilla iluminado por la poderosa luz del sol; lleva un dragón rapado en uno de los

laterales de la cabeza, y en este momento siente tanto odio que está completamente tensa. Me mira con impaciencia, sin duda esperando a que yo me una a su ardiente muestra de odio contra el mago, una reacción a la que me hubiera sumado gustoso hace solo algunas semanas.

Inexplicablemente irritado, dejo de mirar a Heelyn y vuelvo a concentrarme en Trystan. Y entonces vuelvo a sentir esa tormenta de emociones que me resulta tan familiar.

«Está de nuestro lado.»

Lo he tenido claro desde la noche en que llegó, por mucho que yo me esforzara por negarlo, porque mis sentidos wyvern y mi poder empático me obligaron a admitir una verdad absolutamente inesperada.

Me esfuerzo por contener mis dudas. La controversia que ha provocado la llegada del gardneriano es explosiva. ¿Cómo no iba a serlo? Yo también me resistí al principio: un cuervo que quiere luchar en el bando del Reino de Oriente, el nieto de la Bruja Negra, nada menos.

¿Cómo era posible?

Es inaceptable. Tan inaceptable como la llegada de otros magos a estas tierras. Y la mayoría del Wyvernguard empieza a preguntarse si la formidable comandante mayor Vang Troi habrá perdido la cabeza.

Me remonto a aquel día, justo antes de conocer a Trystan, cuando yo mismo expedí una petición para evitar que le dejasen entrar. La firmaron miles de soldados y cadetes. Y cuando Vang Troi se negó a aceptarla, organicé una protesta por la que tanto yo como mi círculo de amistades fuimos severamente castigados. Incluso a pesar de que obtuvimos todo el apoyo de la mayoría del cónclave noi y del cónclave zhilon'ile de mi pueblo, incluyendo a toda mi familia, además de la del comandante Ung Li.

Pero ahí está Trystan Gardner, y cada vez es más difícil negarlo:

«Está de nuestra parte».

Puedo olerlo en su piel, el sincero deseo de luchar junto a oriente. Y la integridad que lo rodea en todo.

Su maldita integridad.

Me he esforzado para pillarlo mintiendo, para detectar la intención siquiera. He intentado detectar esa ligera capa de sudor que suele acompañar las falsedades, percibir ese aumento casi imperceptible de las pulsaciones. Pero… nada.

Y esa incómoda certeza lleva instalada conmigo las últimas semanas que he dedicado a acompañarlo a todas partes. Al entrenamiento con armas, peleas de varitas, navegación rúnica, comidas. No he percibido ni una sola falsedad en él, incluso a pesar de que la he buscado con una intensidad prácticamente obsesiva. Para poder justificar el trato que está recibiendo en este sitio.

La forma en que yo mismo lo estoy tratando.

Tengo una bola de ansiedad instalada en el estómago y aprieto los dientes mientras observo cómo Trystan adopta una dura mirada al tiempo que murmura esos hechizos de cucaracha para cargar su varita de letal poder mago. El mismo poder que mató a tantos noi'khin.

«Mi familia tiene razón —pienso con rabia—. Aquí no debería haber ni un solo cuervo.»

Es verdad que algunas de las protestas completamente justificadas han dado pie a abusos, pero ¿cómo ha podido pensar la comandante mayor Vang Troi que Trystan sería aceptado aquí o en cualquier lugar de oriente?

Sin embargo, yo cada vez me siento peor.

Cada día que pasa veo como Trystan Gardner se sume en un silencio protector, y eso ha empezado a remorderme la conciencia. Y para mayor confusión, el silencioso fae de la muerte no deja de seguirlo a todas partes, parece decidido a incluirlo en su círculo de descastados.

—Vu trin, preparad vuestros poderes —ordena la comandante Ung Li desde un lateral con el pelo de punta al sol y los brazos cruzados sobre el pecho.

Trystan se concentra en las guerreras que tiene delante, entorna los ojos y alza un poco la varita. A su alrededor brota una carga invisible que se vierte en mi poder. Siento el pinchazo de cientos de agujas por toda la piel.

—¡Fuego! —ordena Ung Li.

Trystan agita la varita hacia delante.

De la punta brota una ráfaga de agua a presión acompañada de brillantes relámpagos azules, y la potente aura de energía oceánica que la atraviesa me impacta como un tifón.

El agua colisiona contra las hechiceras, les arranca las armas de las manos y las hace recular; sus pies resbalan sobre el suelo de la terraza hasta topar con la barandilla, y los relámpagos azules atraviesan las runas de sus espadas. Los cadetes que aguardan a mi alrededor se retiran chillando alarmados cuando recibimos el impacto de los punzantes rayos del mago al bifurcarse hacia los laterales.

Pero yo no puedo evitarlo. Doy un paso adelante. Soy incapaz de resistirme a la atracción de ese poderoso torbellino. Mis cuernos brotan hacia arriba mientras yo respiro hondo y aspiro su energía antes de que llegue a disiparse. Trystan se vuelve y me mira; cuando nuestros poderes conectan intercambiamos una chispa invisible. Y entonces un racimo de disparos de luz de color zafiro impactan en el centro de su pecho tirándolo al suelo.

Me vuelvo hacia las guerreras y veo como todas y cada una, a excepción de la comandante Ung Li, le están lanzando ráfagas de poder rúnico de las armas nuevas que han desenvainado con expresiones de rabia. La energía emocional colectiva que flota en el aire se torna inestable y sanguinaria, y con mis sentidos de cambiaformas puedo percibir hasta el último ápice de la creciente nube de odio.

—¡Muere, cuervo! —ruge una de las guerreras echando el brazo hacia atrás y lanzándole una estrella rúnica plateada a Trystan.

Yo me adelanto para lanzarle un rayo a la estrella justo cuando Trystan agita la varita y su propio relámpago azul brota de la punta desviando la estrella hasta el río Vo.

—¡Deteneos! —ordena la comandante Ung Li lanzando una piedra rúnica entre Trystan y las guerreras.

De la piedra brota un muro de translúcida energía azul. Los dos últimos rayos de hechicería rúnica impactan contra el muro provocando varias explosiones de brillante luz zafiro.

Ung Li se coloca ante el muro mirando a sus guerreras. Las fulmina con los ojos.

—Si le matáis —espeta—, no podréis aprender a dominar el poder de los magos de nivel cinco.

La energía sangrienta del grupo no disminuye. Percibo su sabor en el paladar. Trystan Gardner sigue de rodillas, se coge la mano derecha con la cabeza gacha, y yo percibo el intenso dolor que está sintiendo por el modo en que su poder brota caótico de su brazo derecho. Tiene un enorme moretón en la frente, alguien le ha lanzado un rayo de energía rúnica a la cara: me tiene muy preocupado. Y soy incapaz de reprimir esa preocupación.

—Lo repetiremos mañana —les dice Ung Li a las guerreras mirando con resentimiento al mago que sigue de rodillas.

Trystan recoge la varita con la mano temblorosa y se levanta.

—No —dice.

Me lo quedo mirando con la misma fijeza que todos los presentes, y la sorpresa carga mi poder con la energía de un chisporroteo.

—Estoy bien —le asegura Trystan a Ung Li antes de volver a mirar a las hechiceras con rabia y preparar la varita—. Cuando Vogel llegue a oriente, tendréis que enfrentaros a un ejército de magos idénticos a mí: vuestra respuesta rúnica deberá ser más rápida y habréis de escudaros mejor, porque mi poder ha atravesado vuestras runas. —Mira a Ung Li y le advierte con aspereza—: Solo he empleado una pequeña parte de mi poder.

El miedo se apodera de los presentes y yo me quedo mirando al gardneriano con la boca abierta.

Ung Li frunce el ceño sin dejar de mirar a Trystan.

—Recalibrad vuestras runas, noi'khin —ordena a las guerreras sin dejar de mirar al mago—. Preparaos para recibir el ataque del mago.

Cuando acompaño a Trystan de vuelta a su habitación del Wyvernguard, ya es muy tarde.

Camina en silencio y yo me esfuerzo por ignorar el modo en que se sujeta el brazo derecho. Las antorchas de fuego rúnico azul alineadas en la pared del pasillo de piedra negra iluminan su rostro magullado y su expresión dolorida.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta la fae de la muerte Sylla Vuul desde las espesas telarañas que cuelgan del pasillo de sus habitaciones.

Levanto la vista y veo el oscuro rostro humano de Sylla observándonos preocupada con su docena de ojos desde lo alto de un cuerpo de araña negra.

También hace muy poco tiempo que los fae de la muerte están aquí con nosotros, y es evidente que Ung Li decidió alojar a Trystan en la habitación contigua para conseguir que se marchara.

El mago mira un segundo a Sylla, como si solo la viera a medias por entre la bruma de un intenso dolor. Un dolor que percibo claramente agitándose en su poder, además de la agonía del brazo derecho de Trystan. Me intranquiliza imaginar que tendrá la piel completamente amoratada.

—No es nada —contesta Trystan antes de abrir la puerta de su dormitorio, meterse dentro y cerrarla.

Percibo su energía atormentada a través del suelo, cada vez más intensa.

Se me seca la boca cuando el reflujo del poder de Trystan se interna en el mío. Me vuelvo hacia Sylla, que se ha transformado de nuevo en araña y tiene una expresión acusadora en los ojos. Me cuesta mucho sostener esa mirada y vuelvo a mirar la puerta de Trystan.

—Él lucha para el bando de oriente —afirma haciendo resonar su voz en mi interior.

Trago saliva y mi poder conjura una tormenta tan intensa como la de Trystan mientras me resisto a las palabras de la fae. A las ramificaciones de esas palabras. Todas las personas a las que me siento unido aquí son contrarias a la presencia de Trystan Gardner en el reino, y mucho menos en el Wyvernguard. Toda mi familia, incluyendo a mi padre, el regente de Zhilon'ile, y la mayor parte del pueblo de Zhilaan, están en su contra.

No tendría que costarme tanto rehuir al mago.

Me vuelvo hacia Sylla con la magia amotinada; la fae se ha transformado en una humana con ocho ojos. Ya no me mira con censura, ahora ha adoptado una expresión profundamente triste.

—Vaya, Vothendrile. Sí que le tienes miedo.

Noto una punzada de rebeldía y mi aura invisible se abalanza sobre Sylla. Al contrario que la mayor parte de los habitantes del

Wyvernguard, a mí no me importa relacionarme con los misteriosos fae de la muerte, y he formado una especie de vínculo con Sylla Vull; sin embargo, a veces su extraña filosofía me supera.

—¿Crees que le tengo miedo? —pregunto—. Soy tan poderoso como él.

Sylla sonríe, cosa que resulta muy desconcertante en la expresión de alguien con tantos ojos.

—Olvidas que puedo leerte la mente —se jacta con un tono contundente—. No es su magia lo que temes. Es algo mucho más poderoso.

—Muy bien, Sylla. —La tormenta de emociones contenida que rodea al mago se desboca—. Venga, dímelo —le pido—. Dime exactamente qué es eso que tanto miedo me da.

Sylla entorna todos sus ojos con actitud depredadora y su oscuridad nos envuelve a ambos y me provoca un escalofrío que me resbala por la espalda. Pero yo me mantengo firme de todas formas.

—Te da miedo que esté diciendo la verdad —espeta con la inquebrantable franqueza propia de los fae de la muerte.

TRYSTAN

«Le gustan los hombres.»

Me di cuenta en cuanto conocí a Vothendrile, el dragón cambiaformas que me han asignado como escolta.

Y resulta más que evidente en este momento, mientras veo cómo Vothe flirtea descaradamente con el imponente Basyl Hollen. Me doy cuenta de que estas observaciones son triviales en comparación con la situación a la que debo enfrentarme. La situación a la que debe enfrentarse oriente. Pero no puedo evitar sentirme atraído por esos destellos de la vida privada de Vothe.

Vothe y el soldado elfhollen están apoyados en la brillante pared de piedra a unos cuantos palmos de donde me he sentado yo, en el comedor de paredes negras del Wyvernguard. Basyl pasea sus dedos grises por el musculoso brazo de Vothe entreteniéndose un segundo más de la cuenta, cosa que provoca una chispa sugestiva en los ojos del cambiaformas, unos ojos que están clavados en la cautivadora mirada plateada de Basyl.

Un racimo de relámpagos resbala caótico por mis líneas y noto un calor creciente en la base del cuello. Me impacta mucho ver su seductor coqueteo a la vista de todos, algo que hubiera sido motivo de encarcelamiento en Gardneria.

Intento no recrearme observando el modo en que Vothendrile acaricia con despreocupación un largo mechón del cabello plateado de Basyl. El modo en que mira a Basyl, las venas de relámpagos blancos que resbalan por la piel de Vothe se entrelazan con acalorado interés. Prácticamente puedo sentir el chisporroteo de la magia en su mirada wyvern; y en los ojos de Basyl rebosa el mismo deseo.

¿Y por qué no?

Vothe es como una tormenta de medianoche viviente.

Se me tensan las líneas de afinidad presa de un melancólico anhelo. ¿Por qué me han tenido que asignar un guardia tan irresistible? Su atractivo es sobrecogedor: tiene la piel negra como el ónice y salpicada de relámpagos, el cabello negro con las puntas plateadas, y

los ojos negros con unas peligrosas pupilas wyvern. Rasgos angulosos perfectos. Un cuerpo insuperable.

Y mi magia se siente atraída por Vothe con la fuerza de una tormenta. Me esfuerzo por apartar la mirada e ignorar la atracción de su poder, pero me resulta imposible, es frustrante.

Oigo la simpática risa de Basyl mientras este desliza la palma de la mano por el fornido pecho de Vothe y vuelvo a notar el aguijón de otra inútil punzada de deseo en la garganta.

A Vothe no le faltan admiradores. Todos lamentan profundamente que le hayan encargado la tarea de vigilar al peligroso e injuriado nieto de la Bruja Negra al que tantas ganas tienen de echar de allí. Lo desean incluso las mujeres, que a veces se lo quedan mirando fijamente cuando lo ven pasar. En especial cuando cambia parcialmente y sus cuernos negros brotan de su espesa cabellera. Y en una ocasión, cuando desplegó las alas negras a su espalda, a mí se me cortó la respiración unos segundos: la imagen era gloriosa.

Los hombres con esas inclinaciones demuestran el deseo que sienten por él de forma tan abierta que resulta asombroso y fascinante al mismo tiempo, y todavía me sorprende ver las caricias y las miradas invitantes que le dedican. Porque aquí no revisten ningún peligro. No hay nada vergonzoso en ello. La religión dominante no lo condena.

Y a veces no puedo evitar odiarlos a todos por tener tan claro quiénes son. Odio su sentido de la seguridad y el privilegio mientras ellos me rechazan con absoluta firmeza. Y desprecio su ignorancia respecto a mí, a lo poco que saben acerca de toda mi vida.

Suspiro con fuerza y me encuentro con los ojos negros de Viger Maul, el alto y pálido fae de la muerte sentado frente a mí y que, sorprendentemente, se ha hecho amigo de Tierney Calix. Vuelvo la cabeza y me encuentro con los ojos negros de la menuda Sylla. La araña cambiaformas me lanza una mirada cargada de comprensión que ya me ha ayudado en muchas ocasiones desde que estoy aquí. Los silenciosos fae de la muerte son los únicos cadetes que se sientan conmigo a la hora de comer, incluso a pesar de que ellos nunca comen nada.

Es una muestra de solidaridad muda que me conmueve

profundamente.

Incluso la oscura serpiente venenosa que se me enrosca en el cuello y el suave roce de las arañas en los tobillos: todo me resulta extrañamente reconfortante, porque percibo la intención de los fae de la muerte.

Ellos me aceptan del todo. Al contrario que el resto de los habitantes del reino, decididos a hacerme sentir como un apestado.

Intento recordar que, apestado o no, estoy aquí para luchar en favor de oriente junto a mi familia y mis amigos, aunque no pueda estar con ellos en este momento. He venido a luchar contra las barbaridades de occidente para que otros puedan disfrutar de un futuro mejor. Y si no me aceptan aquí, me da igual.

La serpiente agita su lengua morada contra mi mejilla mientras yo vuelvo los ojos de nuevo hacia Vothendrile y lo miro a través de la niebla oscura que suele flotar alrededor de la fae de la muerte. Basyl levanta la mano, entierra los dedos en las puntas grises del pelo de Vothe y le da un acalorado beso de despedida.

En mis líneas estalla un relámpago invisible que chisporrotea en dirección a Vothe.

Él abre los ojos y me mira. Cuando deja de besar a Basyl, salta una chispa entre nosotros, y estoy convencido de ver el destello de un relámpago brillando en los ojos de Vothe antes de que él aparte la mirada. Pero ahora su expresión es más contenida. Tensa.

«Eres todo un misterio», pienso sintiéndome atrapado en esta frustrante atracción que no deja de provocar relámpagos residuales en mis líneas.

Y el comportamiento de Vothe… Está distinto conmigo.

Es un cambio muy sutil, pero está ahí. Ya no siente solo odio; ahora hay conflicto. Advierto sus miradas de curiosidad y yo también le observo a él.

Como estoy haciendo en este momento.

Me pregunto por qué las pullas sarcásticas de Vothe ya no son tan frecuentes. Y que cuando aparecen en su discurso, parece que Vothe estuviera defendiéndose de alguna amenaza. Yo siempre reacciono con alguna respuesta igual de ácida, porque me niego a dejar que Vothe

sepa que sus comentarios cortantes me afectan tanto.

Basyl se marcha y deja solo un momento al cambiaformas, que normalmente siempre está rodeado de gente. Me despido de Viger y Sylla flexionando el brazo para animar a la serpiente de Viger a bajarse y volver con él mientras las arañas se alejan para regresar con Sylla. A continuación me levanto, cruzo la niebla de los fae de la muerte y me acerco a mi deslumbrante escolta.

Vothe borra su débil sonrisa y tensa el cuello al levantarlo.

—Es la hora —digo con sequedad levantando mi pequeña esfera temporal rúnica—. Tengo entrenamiento de armas.

Me lanza una mirada cargada de confusión, una expresión que cada vez conozco mejor y que amenaza seriamente con hacerme perder la compostura.

—Vamos —contesta con una expresión distante—, será mejor que no los hagamos esperar.

VOTHENDRILE

—Tenemos una sorpresita para el cuervo.

Me estremezco mentalmente al oír el insulto de Heelyn. Estoy con ella en la misma terraza de hace unos días esperando a que empiece el entrenamiento de armas. Cada vez me molesta más oír cómo llaman «cuervo» o «cucaracha» a Trystan Gardner, yo enseguida dejé de hacerlo. Lo escriben en sus cosas personales. En las paredes. Y Trystan siempre afronta la agresión con la misma fachada estoica e inquebrantable. Pero yo puedo percibir lo que hay al otro lado. Percibo en el poder de Trystan lo mucho que esto le hiere, y cada vez estoy más preocupado.

—Estoy de acuerdo en que no debería estar aquí —digo—, pero es evidente que quiere ayudar a las vu trin; quizá deberíamos dejar de llamarlo así.

Estoy harto del insistente odio de Heelyn. Estoy cansado de todo el Wyvernguard. Y estoy molesto conmigo mismo.

Heelyn parece asombrada, pero ignora la reacción con una astuta y conspiradora mirada.

—Le hemos bloqueado la varita.

Me quedo helado. Con el pulso acelerado, miro hacia donde Trystan se está preparando para enfrentarse a un escuadrón de diez guerreras. Está a punto de salir muy malherido.

—¡Preparad las armas! —ordena la comandante Ung Li.

Una tormenta se adueña de mi poder y soy incapaz de reprimir mi protesta.

—¡Esperad! —grito y me acerco a Ung Li con el corazón acelerado.

No tengo valor de mirar a Trystan. Lo maldigo interiormente por lo que estoy a punto de hacer.

Pero darle una varita bloqueada no está bien. Es completamente injusto.

—Su varita está bloqueada —informo a Ung Li plenamente consciente de la furiosa mirada con la que Heelyn me está atravesando la espalda.

Ung Li me fulmina con la mirada al tiempo que le tiende la mano a Trystan, y yo siento la ira de la guerrera como el azote de una tormenta salvaje que se dirige a mí y a todos los cadetes que aguardan a mi espalda.

—Dame tu varita, Trystan Gardner —ordena.

La rabia se apodera de los demás cadetes. Una rabia dirigida a mí.

Trystan se acerca y le tiende la varita. Ung Li pasa sus manos decoradas con runas por la superficie del arma y a continuación la sujeta con ambos puños, cierra los ojos y murmura un hechizo.

Las runas negras de sus manos se iluminan hasta adoptar un tono zafiro y de sus puños emana un destello de luz azul. Abre los ojos muy enfadada. Nos mira y yo aguardo advirtiendo cómo el caos se apodera de mi poder.

—Dame una varita nueva —le ordena Ung Li a Fir Yyo, su ayudante vu trin ataviada de negro.

La guerrera coge una varita nueva, se la entrega a Ung Li para que la inspeccione y después se la ofrece a Trystan; su fría y recelosa actitud deja bien claro que lo ve como un mal que está obligada a soportar.

—Mago Gardner —dice la comandante Ung Li fulminándolo con la mirada—, de ahora en adelante yo misma supervisaré tus armas.

Percibo la devastación que ruge en el poder de Trystan a pesar de la expresión estudiadamente impasible del mago.

—Sí, comandante Ung Li —responde acompañando sus palabras del clásico saludo noi llevándose el puño al pecho del uniforme. La comandante contempla el gesto con evidente desdén.

Se me atenaza la garganta.

«Esto está mal.

»Ha estado mal lo que ha hecho Heelyn y quienquiera que estuviera involucrado. Podrían haberlo matado.

»Y él ha venido a luchar en nuestro bando.»

—Me has ayudado. ¿Por qué? —pregunta Trystan esa noche cuando llegamos a la puerta del barracón.

Vacilo mientras me esfuerzo por evitar que mi poder se abalance sobre él y noto que él hace lo mismo.

—Porque sé que dices la verdad —admito—. Sé que has venido a pelear con nosotros.

Trystan asiente y los dos nos quedamos callados reprimiendo nuestro poder. Con fuerza. Y a duras penas.

Trystan respira hondo y me observa con atención.

—Gracias, Vothe —dice mientras nos miramos fijamente, y su forma de decir mi nombre me provoca un escalofrío en la espalda.

Cierra la puerta y yo vacilo, estoy nervioso. Puedo notar cómo me mira Sylla Vuul desde algún rincón de su oscuro túnel de telarañas. Como en este momento no estoy de humor para escuchar sus secas verdades de fae de la muerte, me doy media vuelta y vuelvo por el pasillo en dirección a la principal escalera de caracol. Veo al guardia de noche de Trystan un poco más abajo, está hablando con una hechicera noi, y una extraña hostilidad flota en el aire.

—¿Ahora eres amante de magos? —pregunta una voz muy familiar.

Me doy media vuelta y veo a Heelyn apoyada de brazos cruzados en la pared iluminada por las antorchas. Es evidente que me estaba esperando.

Suspiro; ya sabía que pasaría esto. Heelyn nunca rehúye la confrontación.

—No, Heelyn —espeto deteniéndome junto a ella bajo la luz azul de las antorchas—. Soy amante de la justicia. Trystan Gardner ha venido a luchar con nosotros. Podríais haberlo matado.

Los ojos negros de Heelyn brillan de ira.

—¿Eso quiere decir que ahora piensas que debería estar aquí?

«Traidor.»

No necesita decir la palabra. Está suspendida entre los dos, provocándome una gran confusión. Sé muy bien adónde puede llevarme este camino. Podría ponerme en contra de todos mis amigos y familiares. Contra la jerarquía del Wyvernguard y la mayoría del cónclave noi. Pienso en mi tío Sholin, a quien expulsaron del Shilaan cuando se hizo amigo de un mago y después se unió afectivamente a él.

—No sé qué pensar, Heelyn —reconozco con los poderes revueltos.

Nos fulminamos con la mirada el uno al otro durante un intenso

momento.

—Elige, Vothe —ruge mi amiga—. Y elige con cuidado. Si te alías con un cuervo será el fin de nuestra amistad. Si te alías con un cuervo, todos querremos que te marches de aquí. Incluso Ung Li lo quiere fuera de aquí. Y no creo que derramara ni una sola lágrima si aplastamos a esa cucaracha en…

—En serio, ya basta —le digo mientras brotan los cuernos de mi cabeza.

Heelyn adopta una expresión dolida que me destroza.

—¿Es que has olvidado que esas cucarachas gardnerianas mataron a mis padres?

Sus palabras son como un golpe directo a mi estómago, y le contesto con la voz entrecortada:

—Ya lo sé, Heelyn.

—¡Pues renuncia a él! —grita—. ¡Regresa al bando correcto!

—¿Y cuál es ese bando?

Deseo borrar esas peligrosas palabras en cuanto escapan de mi boca.

Heelyn me está mirando atónita.

—¿Qué te está pasando, Vothe? —Niega con la cabeza con los ojos llenos de lágrimas—. Ya no te conozco.

Y entonces se da media vuelta y se marcha, dejándome a solas con la violenta tormenta de mi interior.

Oigo cómo se aproxima el chasquido de las patas insectiles de Sylla Vuul antes de que doble la esquina.

No me molesto en volverme.

—Déjame en paz, Sylla —le suelto antes de bajar por la escalera de caracol y perderme en la noche.

2

Guerra asrai

TRYSTANTIERNEY CALIX

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Sur, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

«¿Dónde diantre estás, Elloren?»

Tierney contempla el río Vo apoyada en el dragón de piedra que rodea la terraza de la base de la isla Wyvernguard del Sur, es idéntico al que rodea la isla del norte como si fuera una barandilla. El sol de la tarde, oculto por una cortina de nubes bajas, refleja la tristeza de Tierney.

La poderosa aura de agua del río Vo rodea a Tierney atrayéndola con su feliz abandono. Pero el cariñoso abrazo del río con el que ahora está emparentada no basta para que olvide la inquietud que la asola. Porque aunque las vu trin le han asegurado a Tierney que un contingente noi se está encargando de que su amiga sin poderes llegue a oriente, ya hace más de un mes desde la última vez que vio a Elloren y todavía no sabe nada de ella.

Tierney ha enviado a sus kelpies en una misión de incógnito en busca de Elloren, pero no han encontrado nada, y tampoco han sido capaces de seguir el rastro de ese poder oscuro que percibió con tanta claridad cuando tocó las aguas del río Vo.

Algo no va bien.

Tierney lo sabe, lo siente en su fuero interno.

Y teme lo peor; en especial después de haber recibido la espantosa

noticia acerca de la muerte de su amigo Yvan Guriel, y de saber que en realidad no se llamaba así, sino Yvan Guryev, aunque ni siquiera sus mejores amigos conocían su verdadera identidad.

Parpadea varias veces para reprimir las lágrimas que amenazan con brotar de sus ojos.

«¿Tú sabías quién era Yvan, Elloren? ¿Y ya sabes que las fuerzas de Vogel lo han asesinado? ¿Sigues con vida?»

Un aura de agua golpea a Tierney con fuerza llamando su atención. Percibe perfectamente la irritación que fluye por la magia. Una irritación que provoca la suya también.

—¿Estamos interrumpiendo tu ensoñación, soldado cadete Calix?

Se oye una voz masculina dominante desde la otra punta de la larga terraza en curva.

Tierney aprieta los dientes y se vuelve hacia el joven comandante de piel azul, el irritante y apuesto Fyordin Lir, que la está fulminando con los ojos a cierta distancia. El resto de la división de fae asrai la observa inquisitoriamente desde su posición en la amplia terraza, sin duda esperando a que ella se una a la maniobra militar. Asra'leen Filor'ian, la compañera de cuarto de Tierney de tez arcoíris y cabello de espuma, alterna la mirada entre su amiga y Fyordin con una expresión precavida en su amable rostro, aunque Tierney la ignora descaradamente. «Al cuerno con la diplomacia.»

Tierney mira con agresividad a Fyordin y proyecta su ráfaga de magia invisible hacia el poder con que él la está asaltando, pero es incapaz de atravesarlo y sumergirse en el río Vo. Porque, para la infinita frustración de Tierney, el Vo los ha nombrado guardianes de sus aguas a ambos. Y eso significa que sus formidables poderes de agua son irritantemente igual de fuertes.

—No, comandante de división Lir —responde Tierney con una mordaz y exagerada formalidad militar—. Asrai'lir Tierney Calix lista para el servicio.

Cruza la distancia que los separa pensando en la rabia que le da que el apuesto rostro de Fyordin sea del mismo tono azul que el río Vo. E idéntico al de ella.

A veces, como en ese momento, Tierney no soporta la atracción que

siente por Fyordin Lir. Porque es un fae muy arrogante.

Incluso aunque sea —y Tierney odia tener que admitirlo— un comandante de división pasable.

Enfadada y peleando contra el cansancio debido a las muchas semanas que llevan de riguroso entrenamiento, Tierney coge una piedra rúnica noi del estante de las armas y ocupa su puesto en la línea de fae de agua, entre Asra'leen y la esbelta y grácil Ra'in.

«Antes preferiría morirme que dejarte ver lo cerca del límite al que me has llevado», le ruge mentalmente a Fyordin. Porque eso es lo que hace, llevarla al límite en todos los sentidos. En realidad parece disfrutar haciéndolo, pues la presiona más que a cualquier otro asrai.

Fyordin se coloca delante de ellos acercándose con sus largas y decididas zancadas y una expresión militar y distante en el rostro. Pero Tierney percibe cómo vuelca su atención en ella, como suele ocurrir últimamente, y su poder de agua impacta contra el de ella con una insistencia singular. A Tierney le da mucha rabia advertir que su poder también se siente atraído por Fyordin, en lugar de cernirse sobre la piedra rúnica noi que ella tiene en la mano, que es donde debería proyectarse.

—Asrai'kin —anuncia Fyordin con una seriedad en sus ojos azul lago que tensa los nervios de Tierney y la pone en alerta—. Las vu trin han recibido noticias del Reino de Occidente. Las fuerzas magas han empezado a avanzar en bloque por la frontera occidental del desierto central.

La tensión se adueña del aura de agua colectiva de toda la división.

—Su llegada a oriente es inminente —afirma Fyordin con una postura combativa—. Pero cuando avancen en dirección a nuestro reino, estaremos aquí para recibirlos junto a las legiones de guerreras vu trin que se están preparando a lo largo de la frontera oriente del desierto. —Guarda silencio un momento y entorna los ojos con una intensidad letal—. Atacaremos a sus dragones desde el cielo. Los recibiremos con tormenta y rabia. —Yergue la espalda—. Asrai'kin, nos desplegaremos el día después del Xishlon. Empecemos.

Fyordin se hace a un lado y Tierney observa sus movimientos fuertes y fluidos. Se pone tensa presa del deseo de enfrentarse a las

fuerzas de los magos y proyectar olas asesinas que asolen hasta la última legión. Pero entonces siente un tirón todavía más fuerte que entra en conflicto con ella.

Pierde la mirada por la vasta extensión del río Vo y nota una punzada que le atraviesa el corazón. Porque, a pesar de las ganas que tiene de ir a occidente a luchar contra los magos, no quiere dejar desprotegido su río. Cada vez está más convencida de que abandonar al Vo es como abandonar su corazón.

—¡Conectad con vuestros Asrai'myyr! —aúlla Fyordin recuperando la atención de Tierney.

Aprieta la piedra y se alimenta de su burbujeante flujo de poder elemental de amplificación. A continuación levanta la otra mano con la palma hacia el río, al mismo tiempo que toda la hilera de asrai, y tira del poder del agua. Una fría y potente corriente de agua se interna en ella con una potencia vigorizante.

«Mi dulce río.»

También percibe la conexión de Fyordin con el agua, y parte del poder del río se desvía hacia él. Se pone tensa e intenta bloquear el aura de Fyordin mientras se alimenta de la energía del Vo.

—¡Haced uso de vuestros Asrai'myyr! —ordena Fyordin.

Una hilera de ráfagas de agua cobra vida sobre la superficie del río, la mayoría estrechos y compactos. El de Asra'leen es como una fina cascada invertida rodeada de arcoíris brillantes que escupe espuma blanca hacia el cielo.

Tierney proyecta el poder que ha absorbido hacia la palma de su mano y se le acelera el pulso presa del pánico cuando advierte el reflujo del poder hermano de Fyordin en él. Su energía combinada le brota de la mano y el Vo forma una rápida columna de agua que se eleva con fuerza y amenaza con colisionar con las nubes bajas que flotan en lo alto. Gira y gira ensanchándose hasta formar un potente tifón que consume hasta la última ráfaga de agua integrándola en su caótico y violento embudo.

—¡Retira tu poder! —le ruge Fyordin acercándose a ella.

Tierney baja la mano y suelta la piedra rúnica cortando su conexión con el chorro de agua. Al cortarlo de forma tan repentina es como si

sintiera un latigazo en la piel, pues el poder de Fyordin se desliza por el interior de Tierney y regresa a él. El chorro de agua se desintegra desplomándose en el suelo de la terraza con gran estruendo y empapando a todos los asrai allí presentes.

Tierney, chorreando y con la respiración acelerada, se da media vuelta con cierto recelo y se encuentra con la hiriente mirada iracunda de Fyordin.

—¡Controla tu fuente de agua, asrai!

—Yo no pretendía alimentarme de tu poder —le responde Tierney —. Ha ocurrido sin más.

Fyordin le lanza una mirada ciclónica.

—No. Tú lo has permitido. Controla tu poder tal como hemos practicado, cadete Calix. De lo contrario no podrás desplegarte.

Tierney se enfurece.

—¡Se supone que eres tú quien debería enseñarme a controlarlo! ¡Lo que hemos practicado no funciona!

La magia de Fyordin atraviesa la de Tierney y su aura conjunta los envuelve a ambos. Una nube negra escapa al control de la joven y aparece flotando sobre su cabeza.

Ella maldice entre dientes mientras Fyordin observa la nube con evidente enfado. Da otro paso hacia ella hasta que su rostro salpicado de agua queda a un palmo del de Tierney.

—No funciona porque actúas contra mi poder, en vez de hacerlo con él —ruge—. Estás intentando reclamar el río Vo solo para ti, cuando él nos ha elegido a los dos. Debes anteponer el río a tu absurda disputa territorial. El Vo decide con quién se vincula. No tú.

Tierney lo fulmina con la mirada presa de un caos emocional, pues no soporta estar vinculada al río con alguien tan exasperante como Fyordin. Alguien con tantos prejuicios contra los gardnerianos, incluyendo a sus queridos amigos y su familia adoptiva, recientemente emigrados a Voloi.

—Eres la última persona de Erthia con la que quiero compartir el Vo —espeta dejando clarísimo que ha cruzado la línea de la insubordinación.

—Soy muy consciente de ello —responde el otro con el poder

revuelto—. Pero lo cierto es que un auténtico asrai no pelea contra sus aguas.

—¡Estoy harta de que insinúes que no soy asrai!

—¡Pues compórtate como tal!

La nube que sigue suspendida sobre la cabeza de Tierney escupe varios relámpagos.

—¿Quieres que trabaje conjuntamente con tu poder? —pregunta enfadada acercándose a él—. Muy bien, Fyordin.

Indignada, Tierney agarra el musculoso brazo de Fyordin. Tras hacerse con el control de su poder conjunto, pone la palma de la mano hacia arriba y la eleva hacia el cielo haciendo girar las nubes.

El cielo se va oscureciendo y la nube empieza a escupir intensas ráfagas de viento. Las olas del Vo se levantan y se agitan mientras un sinfín de relámpagos impactan contra el agua envolviendo el Wyvernguard y la ciudad de Voloi con una serie de explosiones blancas y cegadoras.

Asombrada, Tierney jadea y suelta a Fyordin justo cuando él alarga el brazo para agarrarla a ella con firmeza. De sus ojos ha desaparecido cualquier rastro de rabia, y ya solo flota un asombro que permanece mientras una lluvia torrencial asola toda la ciudad.

—Ha sido extraordinario —jadea Fyordin mientras sus poderes giran alrededor de ambos.

—¡Asrai fae'kin! —aúlla una voz, y los dos se dan media vuelta.

Un soldado viene hacia ellos muy decidido con una expresión implacable en el rostro.

—Debéis presentaros en el despacho de la comandante Ung Li ahora mismo.

Los ojos de Ung Li desmienten la aparente serenidad con la que la comandante de pelo puntiagudo los observa desde el otro lado del escritorio negro con dragones grabados.

—Comandante Lir y cadete Calix —dice—. ¿No habéis jurado proteger Noilaan?

Aprieta los labios como si estuviera reprimiéndose para no matarlos allí mismo.

—Así es —responden Tierney y Fyordin al unísono mientras sus

poderes de agua se arremolinan ansiosos el uno sobre el otro.

Tierney tira de su poder molesta por el efecto que provoca ese maldito asrai sobre ella. Lo mira de soslayo fulminándolo con los ojos y le veo fruncir los labios con desdén, lo que hace que ella sienta ganas de proyectar sus poderes contra su rostro ridículamente apuesto.

—¿Y os parece que provocar una lluvia de relámpagos sobre Voloi es lo que uno hace para proteger la ciudad? —pregunta Ung Li.

Tierney siente un gran remordimiento.

—No, Ung Li —contestan a la vez mientras ella reprime el impulso de volver a fulminarlo con la mirada.

—Comandante Lir —continúa Ung Li entrelazando las manos sobre el escritorio—. Te voy a destituir, ya no eres comandante de la división asrai.

Tierney puede sentir la repentina rabia que recorre el poder de Fyordin.

—Nor Ung Li —responde él con un grave tono de voz muy contenido—, si he presionado demasiado a la cadete Calix es solo porque ella es una de las asrai más poderosas de nuestras fuerzas vu trin. Y como yo, está vinculada al río más grande de toda Erthia…

—Motivo por el cual —lo interrumpe la comandante—, cuando volváis a entrenar juntos, deberéis acompasaros como es debido.

—Un momento —interviene Tierney sin darse cuenta—. ¿Acaba de decir que seguiremos entrenando juntos?

Ung Li entorna los ojos y fulmina a Tierney con la mirada.

—Sí. Os desplegaréis juntos en occidente el día después del Xishlon. Os voy a asignar a los dos el mismo rango de consejero militar fae. Vosotros sois los asrai más poderosos de nuestras fuerzas y estáis vinculados por igual con el mayor río de Erthia, por lo que tiene sentido que tengáis la misma autoridad militar. Un rango desigual es negativo para ambos y, probablemente, también para Noilaan. —Vuelve a concentrarse en Fyordin—. Tu primera misión consistirá en trabajar con la consejera Calix hasta que ella llegue a controlar su vasto poder. —A continuación mira fijamente a Tierney—. Trabajad juntos. —Suspira y, al hacerlo, su expresión pierde parte de su rigidez —. Os necesitamos a los dos en esta lucha, asrai'kin.

Tierney baja la vista abrumada por haber sido ascendida de rango tan deprisa; es profundamente consciente de que no ha estado muy concentrada durante los últimos entrenamientos. Había olvidado lo que es más importante. Por mucha rabia que le dé admitirlo, Fyordin tiene razón en una cosa: «Debo trabajar con el Vo, no en su contra».

Y, de pronto, el poder de Fyordin se pasea por su interior de un modo distinto. Es casi vacilante. Incluso… dulce.

Tierney traga saliva, inquieta. Se arma de valor para mirar a Fyordin y lo ve completamente abstraído en la comandante Ung Li, incluso a pesar de que su poder sigue concentrado en Tierney.

—Estaré encantado de trabajar con la consejera Calix —afirma Fyordin.

La comandante lo mira fijamente:

—Comparte tu experiencia militar, consejero Lir. —Se le iluminan los ojos—. Si aparecen más relámpagos descontrolados, ambos seréis castigados. —Entonces se dirige a Tierney—. Consejera Calix, tómate la tarde libre de los entrenamientos asrai para reflexionar sobre lo que significa trabajar con tus compañeros vu trin en lugar de hacerlo contra ellos. —Le tiende un documento oficial que ella acepta—. Durante el resto del día dependerás del laboratorio de geomancia de Or'myr Syll'vir. Acaba de regresar del norte de Noilaan y parece que necesita poder de agua. Ya ha sido informado de tu ascenso. —Vuelve a mirarlos a ambos—. Podéis retiraros.

Tierney se mete la citación en el bolsillo sin mirar a Fyordin, pues en ese momento la delicadeza de su poder de agua le resulta más inquietante que su ataque. Se despide de Ung Li y se dirige a la puerta.

—Tierney —la llama Fyordin mientras ella avanza por el pasillo iluminado por las antorchas.

Su voz, que normalmente desprende un tono masculino muy dominante, parece insegura, cosa que confunde todavía más las alteradas emociones de Tierney.

Lo ignora y sube varios tramos de la escalera de caracol en dirección al laboratorio de Or'myr Syll'vir.

Tierney irrumpe con la fuerza de un tifón en el laboratorio de

geomancia regado de luz púrpura; tiene las emociones completamente revueltas. El joven y alto hechicero rúnico que encuentra dentro deja de anotar algo en una libreta y la mira con la misma rebeldía.

Ella observa su silueta de piel violeta y orejas puntiagudas sin poder evitar fijarse en sus desconcertantes ojos verdes. Brillan como dos luceros entre los tonos púrpura de su propio cuerpo y prácticamente todo lo que hay en el interior del laboratorio, pues el diminuto espacio está incrustado en una roca púrpura en el pináculo de la isla sur del Wyvernguard.

Viste un uniforme vu trin completamente púrpura, y las mesas de su desordenado laboratorio están cubiertas de cristales y piedras lilas, mezcladas con otras rocas negras salpicadas de brillantes runas de color lavanda. Hay algo en él que le resulta familiar. Tanto que a Tierney la aturde no identificar de qué se trata.

Or'myr Syll'vir la mira fijamente sin dar muestra alguna de la inquieta intimidación que Tierney suele provocar en todo el mundo. Sin embargo, él parece extrañamente embelesado.

—Supongo que tú debes de ser Tierney Calix —dice con una sonrisita en la comisura de los labios—. Yo soy Or'myr Syll'vir, como imagino habrás leído ya en la citación. Y seré tu compañero de laboratorio durante algunos días. Tengo que proyectar poder de agua en las armas y necesito que sea lo más intenso posible. —Gesticula señalando el laboratorio—. Y, bueno, me han dicho que eres bastante buena en eso. —Le tiende la mano—. Un placer conocerte.

Su cálida expresión despierta las defensas de Tierney. Está cansada de este juego al que se ve sometida una y otra vez, harta de que todo el mundo la reciba con mucha amabilidad hasta que descubren que ella tiene sus propias ideas. Unas ideas que no siempre están dispuestas a obedecer normas estrictas.

Tierney no le estrecha la mano.

Se cruza de brazos.

—Muy bien, Or'myr —dice con un tono desafiante—, pues deberías saber cuanto antes que me han desterrado aquí.

Él alza una ceja y baja la mano.

—¿Ah, sí?

Tierney nota cómo se atrinchera mientras lo mira de arriba abajo.

—Pues sí. Porque Trystan Gardner es el mejor amigo que tengo aquí. Y Elloren Gardner es mi mejor amiga. Y ya me han repetido muchas veces que mis amistades me han pervertido sin remedio. —Pasea los ojos por el laboratorio—. Tú pareces tener cierta influencia. Así que debes saber que es posible que perjudiques tu posición social si trabajas conmigo.

Or'myr suelta una corta carcajada con un brillo travieso en los ojos.

—Mi vida no está precisamente exenta de controversia. Teniendo en cuenta que soy nieto de la Bruja Negra.

Tierney se queda de piedra. Lo mira con la boca abierta y, de pronto, todo lo que le resultaba familiar de él se pone en su sitio.

«Elloren.

»Se parece mucho a Elloren.»

En los ojos de Or'myr asoma un destello de rebeldía.

—Me apellido Gardner —afirma—. Mi madre tuvo una aventura con Edwin Gardner que jamás ha querido hacer pública. Porque estaba locamente enamorada de él. Así que, consejera Calix, tu tendencia a relacionarte con personas poco aconsejables no me afecta en absoluto.

Tierney se posa una mano en la cadera abrumada por la sorpresa.

—Entonces ¿eres primo de Elloren?

Lo mira y examina detenidamente sus rasgos, tan parecidos a los de Elloren, y que tanto asombra descubrir en un rostro masculino.

—Exacto —afirma Or'myr mientras se miran en el abarrotado laboratorio.

Abrumada, Tierney observa la multitud de varitas confeccionadas a partir de diferentes maderas violetas, además del montón de piedras rúnicas cargadas procedentes de una gran variedad de culturas, incluyendo la gardneriana. No hay duda de que este geomante de ojos verdes rodeado de multitud de libros de hechizos de distintas zonas es partidario de mezclar distintas clases de magia.

La asrai ladea la cabeza.

—Me parece que vas a la tuya, ¿no?

La perspectiva le resulta maravillosa.

—Y tú pareces toda una rebelde, asrai —responde Or'myr

reprimiendo una sonrisa.

Se sonríen y Tierney se deja arrastrar por una sensación que su misantrópico corazón no suele experimentar: una conexión instantánea.

Le tiembla un poco la sonrisa cuando comprende algo:

—Me parece que nos vamos a llevar muy bien, vu trin Syll'vir.

Él sonríe con más ganas.

—Llámame Or'myr. Es un placer conocerte, consejera Calix.

—Llámame Tierney —responde adoptando una expresión más seria —. Or'myr…, ¿te han permitido conocer a Trystan? ¿Sabe él siquiera que tiene un familiar aquí?

El hechicero frunce el ceño.

—Me parece que a estas alturas ya sabrá de mí. Pero no, no me han dejado conocer a mi propio primo. Y eso que se lo he pedido muchas veces a Ung Li. —Pierde la vista por la ventana ovalada del laboratorio en dirección a la isla norte del Wyvernguard; la tensión flota en el aire—. Si tardan mucho más en darme permiso, tengo intención de forzar las cosas presentándome allí directamente.

—¿Te has enterado de lo que está pasando? —insiste Tierney incapaz de reprimir la rabia que se adueña de su voz—. Sé que lo llaman cuervo y cucaracha…

—La verdad es que sí —admite Or'myr—. Ya conozco esa clase de insultos. —La mira con complicidad—. ¿Crees que Trystan es la clase de chico que puede ignorarlo? ¿Crees que es capaz de concentrarse en la lucha en la que todos deberíamos unirnos?

Sus miradas se cruzan y Tierney nota una punzada de dolor.

—Yo también tengo problemas con eso a veces —admite, y Or'myr la observa con atención, como si estuviera sorprendido por su sinceridad.

—Es duro para todos —confiesa.

Tierney lo mira con incredulidad.

—Eres… ridículamente magnánimo.

—Para nada —contesta—. Desagrado a muchas personas y suelo estar de mal humor.

A ella se le escapa una carcajada.

—Entonces tú y yo tendríamos que llevarnos la mar de bien. —Pasea la vista por el laboratorio púrpura—. ¿Empezamos ya a proyectar poder de agua en las piedras y armas rúnicas?

—¿Para arrasar a Vogel y a sus fuerzas y sepultarlos bajo una gran ola de agua? —se suma Or'myr con una sonrisa traviesa.

Tierney sonríe, levanta la palma de la mano y respira hondo formando una esfera de agua poblada por relámpagos que se queda suspendida sobre su mano extendida.

—Exacto. Eso mismo. La lucha en la que todos deberíamos estar unidos. Pongámonos manos a la obra. Y después, puedes compensarme convirtiéndote en mi aliado.

Or'myr alza la ceja con actitud burlona.

—¿Para que puedas cometer crímenes?

Ella niega con la cabeza.

—Mmm…, más bien… transgresiones. Voy a saltarme las normas, Or'myr. Iré a ver a Trystan. Y creo que deberías venir conmigo.

Le dedica una mirada juguetona.

—Si me salto las normas y voy a verlo, lo más probable es que me gane una severa reprimenda y acaben degradándome. Pero tú podrías conseguir que te echaran de aquí.

Tierney hace ondear el papel de la citación y esboza una sonrisa astuta.

—No creo —ronronea—. Los dos tenemos mucho poder, y las vu trin lo necesitan. Igual que Trystan, tanto si quieren admitirlo como si no.

3

Tormenta cambiante
VOTHENDRILE XANTHILE

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Norte, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

Me doy cuenta de que está pasando algo en cuanto veo al kelpie que me mira desde las oscuras aguas del Vo. Me separo de la barandilla en forma de dragón que rodea la base de la isla donde estoy apoyado al percibir la presencia de dos auras distintas, poder de agua y geomancia púrpura. Proceden del río y se proyectan hacia donde está Trystan, que aguarda junto a la barandilla de piedra de la terraza inferior.

Siento cómo brota en mi interior un poder defensivo cuando una joven hecha de agua salta de repente por encima de la barandilla; su silueta brilla iluminada por la luz de la luna. Se solidifica rápidamente, se da media vuelta y extiende la mano para ayudar al geomante Or'myr Syll'vir a saltar por encima de la barandilla que tiene al lado.

También puedo percibir la sorpresa de Trystan y el estrecho vínculo que tiene con esta fae, que debe de ser Tierney Calix. Ella y Or'myr Syll'vir me miran de arriba abajo, como si me estuvieran evaluando.

—Trystan —dice; se le quiebra la voz mientras se acerca a él.

La sorpresa de Trystan da paso a un abrumador alivio cuando ambos se abrazan, y yo me quedo mirando incrédulo a Or'myr Syll'vir y a Tierney: no puedo creer su osadía.

Ya sabía de la existencia de Or'myr, el primo de Trystan al que este todavía no conocía. Y Sylla Vull me había hablado de Tierney Calix, la asrai que huyó a oriente con Trystan. La rebelde fae de agua que se niega a repudiarlo y a quien la jerarquía del Wyvernguard ha alojado en la isla Wyvernguard del Sur para mantenerlos alejados. Para aislar a Trystan de la mejor amiga que tiene aquí.

No puedo evitar sentirme impresionada. Esta chica se está saltando algunas normas muy severas. Y Or'myr también.

Mi deber sería delatarlos a ambos. Y, sin embargo, me incomoda mucho sentir la tristeza de Trystan y su sentimiento de soledad, que se libera en cuanto abraza a su amiga asrai; el afecto que siente por ella es conmovedor.

Tierney se retira con los ojos llenos de lágrimas y gesticula en dirección a Or'myr.

—Trystan —dice con la voz alterada por la emoción—, este es tu primo, Or'myr Syll'vir.

Noto la sorpresa de Trystan, que mira asombrado a Or'myr. La invisible aura geomante del otro cobra vida en un intermitente brillo violeta.

—¿Mi primo? —repite Trystan mientras una intensa emoción palpita en su magia.

—Soy hijo de Edwin —le aclara Or'myr, que también parece abrumado. Le tiende la mano—. Me alegro mucho de conocerte, primo.

La punzada que me atenaza se intensifica cuando veo las lágrimas que resbalan por las mejillas de Trystan al estrechar la mano de su primo por primera vez. Sé que el Wyvernguard ni siquiera ha permitido que el mago pueda ver a su hermano lupino, que ahora forma parte de la manada que se ha establecido en el bosque del nordeste. Tampoco le han dejado verse con ninguno de los miembros de su familia que tiene en oriente. Yo estaba presente, apostado detrás de Trystan, mientras Ung Li le informaba de su existencia, y la noticia pareció dejarlo completamente sorprendido.

Trystan, Or'myr y Tierney me van mirando de soslayo, y después con más descaro, como si me estuvieran desafiando en silencio a que

los delatara. Trystan me lanza una mirada provocadora.

Me podrían expulsar del Wyvernguard por no informar de esto. Pero enseguida me doy cuenta de que no voy a hacerlo. Porque la manera en que lo han aislado no me gusta. Él está de nuestra parte. Todos están de nuestra parte. Noto la incredulidad que resbala por el poder de Trystan cuando nuestras miradas se cruzan y yo no me inmuto. Al darse cuenta de que no tengo intención de delatarlos.

Tierney y Or'myr vuelven a mirarme y me evalúan de nuevo antes de alejarse con Trystan hacia la otra punta de la terraza hablando en voz baja, tan absortos en su conversación que parecen olvidar que tengo sentidos de cambiaformas.

Y esos sentidos me empujan a cuestionarme todo lo que creía saber acerca de Trystan Gardner.

«Y hay algo más —pienso asombrado mientras acompaño a Trystan en silencio hasta su dormitorio percibiendo el olor de sus emociones —. Se siente atraído por mí, y mucho.»

—Gracias —dice Trystan con un tono forzado cuando se detiene ante su puerta; percibo la inestabilidad de su poder, que tira con fuerza hacia mí—. Por permitirme verlos.

Mi poder también se descompensa en respuesta a la gratitud que veo en sus ojos. Asiento con sequedad, pues soy incapaz de formular una respuesta. Porque es innegable que aquí se está cociendo algo que es muy difícil de reprimir.

Y me rindo por un momento. Miro fijamente a Trystan e inhalo su poder mientras la puerta se cierra entre los dos.

4

Crece el vínculo con el río

TIERNEY CALIX

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Norte, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

La noche siguiente, Tierney vuelve a estar junto al Vo, apoyada en la barandilla de piedra e iluminada por el brillo de la luna. Piensa en Trystan y en la batalla que les espera. Las olas trepan por el borde de la terraza y le lamen juguetonamente los pies, pues ella se ha quitado las botas y los calcetines para poder sentir mejor esa ansiada y vigorizante conexión.

La tersa agua del río se alimenta de sus venas de asrai, y ella respira hondo percibiendo la vasta red de afluentes del Vo con la misma facilidad con la que puede percibir su propia forma de fae de agua. Se pone tensa al percibir el sutil rastro de otro poder en los confines de esa red, en dirección a occidente, un inquietante rastro de oscuridad cerca de uno de los arroyos. Está al acecho, pero no se ha internado en el agua.

Todavía.

La preocupación se apodera de Tierney, que hace una promesa mirando hacia el oeste.

«Como te atrevas a hacerle algo a las aguas de mi río, Vogel, te atacaré con toda la rabia de mi tormenta.»

Pero a pesar de su valentía, cada vez está más preocupada.

«Vulnerable. Mi río es vulnerable.»

Cada vez tiene más ganas de estar con Viger Maul, sentir la serenidad del fae de la muerte a su alrededor mientras le habla de esos miedos, cosa que hace cada vez más; él le contesta siempre con pocas palabras, pero Tierney siempre se siente comprendida. Ha adquirido la costumbre de buscarlo por las noches en la base de la isla, después del último toque de queda.

Pasea la vista por la translúcida cúpula protectora de Noilaan y la hilera de tormentas fabricadas por el Wyvernguard que flotan sobre las montañas Vo y escupen relámpagos plateados con sus furiosas nubes grises. Hace poco que han reforzado la barrera de tormentas, y un numeroso contingente de guerreras vu trin ya se han desplegado por la zona más oriental del desierto central. Otra barrera mortal que Vogel deberá atravesar.

«Pero ¿qué barrera defenderá mi río de la invasión?»

Preocupada, Tierney piensa que el Vo se quedará desprotegido cuando ella y miles de soldados se desplieguen por occidente para hacer frente a las fuerzas de Vogel en el desierto.

Esboza una mueca de dolor consciente de que las vu trin necesitarán hasta la última gota de poder fae para detener al Reino Mágico y a los alfsigr.

«Pero ¿de qué servirá si Vogel consigue contaminar las aguas?»

Recuerda cómo ella y Elloren utilizaron flores de guayaco para bloquear los hechizos magos, pero le da la impresión de que haya pasado toda una vida desde aquello.

«Me vendría muy bien tu ayuda, Elloren —piensa—. Tú y yo…, se nos da bastante bien resolver problemas. Seguro que podríamos descubrir un modo de proteger los ríos. Pero has desaparecido sin dejar rastro. Y lo que estoy percibiendo es tan sutil que dudo que pueda convencer siquiera a Fyordin para que me crea. Pero tú seguro que me escucharías.»

Tierney deja de mirar la franja de tormentas y se vuelve hacia el bosque y la brillante frontera rúnica. Frunce el ceño mientras vuelve a preguntarse…

«¿Dónde estás, Elloren?»

Una pequeña ráfaga de agua burbujea a su alrededor internándose

en sus líneas con suavidad.

Tierney se pone tensa. Ya sabe que la conexión que tiene Fyordin con el mismo río que ella significa que a él le cuesta más controlar la atracción hacia ella, de la misma forma que a ella le cuesta evitar que su poder fluya hacia el de él, pero sigue resultándole de lo más irritante. Aprieta la barandilla con fuerza y reprime su aura esforzándose para evitar que su magia se deslice en busca de la de él.

Fyordin aparece detrás de ella y clava los ojos en el agua que baña los pies de Tierney.

—¿Celebrando que te has liberado de mi reino de terror, Tierney Calix?

El tono sarcástico de su voz la enfurece todavía más.

—Pues sí.

Le lanza una mirada burlona.

Fyordin se la devuelve arqueando una de sus cejas añiles.

—Te he presionado porque eres brillante y poderosa. —Su voz dominante desprende una calidez que vuelve a desconcertarla—. Me alegro de que puedas tomarte un respiro. Te lo mereces. —Pierde la vista por el Vo—. También deberías encontrar tiempo para disfrutar del Xishlon.

«Xishlon.»

Se sorprende al oír mencionar la festividad. Hace varias semanas que no se habla de otra cosa. La fiesta de la luna púrpura es la mayor de las trece festividades de la luna de Noilaan, y la mayor parte de los soldados podrán disfrutar del día completo o de algunas horas de permiso antes de desplegarse.

Tierney se queda mirando el río, es plenamente consciente del intenso modo en que la magia de Fyordin burbujea a su alrededor. El asrai es una mezcla de emociones muy confusa. Se muestra muy duro con ella durante los entrenamientos, la presiona tanto que acaba agotada y lo único que quiere hacer es sumergirse en el Vo y olvidarse del Wyvernguard. Pero cuando no le está gritando órdenes y poniéndola al límite…, últimamente su magia está muy concentrada en ella. Igual que sucede con la suya. Y la atracción es cada vez más intensa, como dos mareas decididas a colisionar la una con la otra.

El poder de agua de Fyordin roza el de ella con delicadeza y Tierney proyecta una barrera de agua para evitar el contacto.

—Tenemos que frenar esto… Este trance mutuo por el que nos dejamos arrastrar —se obliga a decir Tierney—. Lo que lo alimenta es el vínculo que los dos tenemos con el Vo.

Él aprieta los dientes.

—Yo ya he intentado controlar mi magia.

—Yo también —añade ella apenas capaz de mantener la compostura.

—Ya lo sé —reconoce él; cada vez acumula más tensión en el flujo de su aura—. Pero para mí, esto ya no es solo una atracción entre iguales. Como tu comandante no podía reconocer el interés que siento por ti.

Tierney le mira sorprendida y parpadea.

—Entonces… —dice desconcertada—, ¿estás… interesado?

Fyordin deja de mirar el Vo y sus miradas de río se encuentran.

—Bastante.

Tierney se sonroja. Niega con la cabeza.

—Antes de llegar aquí nunca había recibido esta clase de atención. La verdad es que no sé cómo actuar.

Fyordin entorna los ojos, asombrado.

—¿Nadie se ha interesado nunca por ti?

Tierney reprime un escalofrío. Es demasiado consciente de los contornos masculinos del cuerpo de Fyordin, tan cerca del suyo. Traga saliva, turbada.

—He vivido oculta bajo un glamour desde que tenía tres años para evitar llamar la atención de los magos.

—¿Y no tienes ni idea de lo preciosa que eres?

Tierney está cada vez más sonrojada, pero la pregunta es completamente sincera. Y decide seguirle la corriente.

—No. Es un cambio demasiado grande. Y están pasando demasiadas cosas en el mundo como para pensar en eso.

—Pero tendrás un espejo, ¿no?

El rubor de las mejillas de Tierney resbala por su cuello al recordar lo asombrada que se había quedado esa misma mañana al ver su

imagen en el espejo del baño, su larga melena es un hipnótico caleidoscopio de tirabuzones de tonos azules. Tiene unos rasgos delicados y amplios sin duda arrebatadores, y las curvas de su figura se ven resaltadas por ese ondulante tono azul que combina a la perfección con las fascinantes y cambiantes aguas del Vo.

Tierney admira el espectacular físico de Fyordin enmarcado por su ceñida túnica wyvernguard de color zafiro.

—Tú no lo entenderías —contesta—. Estás acostumbrado a ser ridículamente atractivo.

A los ojos de Fyordin asoma un brillo cómplice.

Tierney aparta la mirada molesta consigo misma por permitir que le afecte el impresionante atractivo de Fyordin. Porque lo que más desea, cuando no está concentrada en la inminente guerra, es establecer una conexión con alguien que vaya mucho más allá de la superficie.

—Yo también me oculté bajo un glamour durante un tiempo —admite el asrai cogiéndola por sorpresa—. Cuando mi familia huyó hacia oriente, nos ocultamos bajo un glamour que nos hacía parecer celtas para conseguir el permiso para cruzar el desierto central. Yo era muy pequeño, pero todavía puedo acceder al glamour.

Fyordin entorna los ojos, como si se estuviera concentrando. Su cuerpo ondula y pierde el tono azul al transformarse rápidamente en un celta castaño de ojos marrones.

Un celta muy atractivo.

—Cielos —espeta Tierney olvidando todo recato y observándolo con descaro—. No me extraña que seas tan creído.

Fyordin se ríe y recupera su apariencia asrai.

—Dominas muy bien lo del glamour —admite Tierney suspirando —. Yo no tengo capacidad para crear un glamour. Si la tuviera, te enseñaría el cuerpo en el que estuve atrapada para evitar acabar comprometida.

En cuanto las palabras salen de sus labios, Tierney lamenta el temblor emocional de su voz. Se le cierra la garganta y desvía la mirada avergonzada de su ataque de sinceridad y el modo en que sus respectivos poderes fluyen alrededor de los dos.

Fyordin la golpea suavemente con el hombro y el contacto le

provoca un escalofrío que le recorre el aura.

—Quizá algún día seas capaz de proyectar un glamour —dice poniéndose serio—. Todavía no sabes de qué eres capaz, asrai'lir. —Se retira y la observa con atención y una calidez en la mirada que le acelera el pulso a Tierney—. Pasa el Xishlon conmigo.

Tierney se queda de piedra; lo mira alzando una de sus cejas azules.

—Fyordin…, dejando a un lado nuestra atracción mágica… Cuando no me estás gritando órdenes, estás poniendo en duda mi lealtad hacia los fae asrai porque tengo amigos gardnerianos. ¿Y ahora de repente quieres que pase la fiesta de la luna púrpura contigo?

—Quiero que seas mi Xishlon'vir.

«Cielo santo.»

Tierney parpadea asombrada incapaz de verbalizar una respuesta coherente.

Pedirle a otra persona que sea tu Xishlon'vir no es algo que se haga a la ligera, o besar a alguien el día más sagrado del calendario noi. La noche de la luna púrpura sagrada Vo, cuando la demostración de amor universal de la diosa Vo reina por encima de todas las cosas. Se considera que besar a alguien esa noche es una gran bendición, e implica el comienzo de un cortejo serio.

—¿No estamos aquí para luchar en una guerra? —pregunta Tierney con la cabeza hecha un lío—. ¿Cómo puedes pensar al mismo tiempo en la fantasía del Xishlon y el fin del mundo?

Fyordin observa a Tierney como si fuera un rompecabezas que estuviera decidido a resolver. Se pega a la barandilla para mirarla de frente.

—Nos destinarán muy pronto. Es muy probable que estemos en guerra durante mucho tiempo. Pero nos queda este Xishlon. —Guarda silencio unos segundos mientras la mira fijamente—. Y me gustaría pasarlo contigo.

Ella parpadea desconcertada por esa extraña y sincera cortesía, consciente de que está tan ruborizada que le arden las mejillas.

—¿Es una proposición sincera, Fyordin Lir?

—Sí, Tierney Asrai'lir —responde él sin vacilar—. Quiero besarte bajo la luna púrpura del Vo. O también puedes sumergirte conmigo

ahora en las profundidades del Vo y dejar que te bese allí.

Tierney reflexiona con el pulso acelerado. Imagina que lo más probable es que a Fyordin se le dé muy bien besar en las profundidades de ríos poderosos.

Y tiene razón. Pronto estarán en guerra. No queda mucho tiempo para festivales de lunas púrpuras o para besarse en el fondo de los ríos, y sin embargo…

Siente que está vacío. Tentador, pero vacío.

Porque en realidad no conoce a Fyordin, solo sabe que es muy atractivo y que grita órdenes y utiliza su vasto poder como arma. Y ella no quiere que su primer beso sea superficial después de haber esperado tanto.

—Yo… no puedo. Esta noche no —dice a pesar de que su magia se muere por abalanzarse sobre la de él.

Fyordin arquea una ceja.

—¿Quizá otra noche? —la presiona con tono invitante.

«Me desea de verdad», piensa Tierney; la mera idea le resulta insólita. Es como un torbellino esperando a que ella lo absorba. Se estremece. Pero se contiene. Es muy consciente de que allí hay un joven que se ha ofrecido para ser su Xishlon'vir. Un joven cuya oferta no debería desear. Pero últimamente no para de imaginar cómo sería besarle.

Una brillante conciencia revolotea en su mente, quizá se deba a que está pensando en Viger Maul. «Está aquí —advierte—. Ha estado aquí todo el tiempo.»

La fae se asombra al advertir que es capaz de percibir la presencia de Viger, el fae de la muerte. Se da media vuelta y ve que se está formando un punto de bruma negra en el otro lado de la terraza. Su alta y pálida silueta se materializa brotando de esa niebla y su presencia corporal la deja casi sin aliento.

Fyordin sigue la dirección de su mirada y Tierney nota la punzada de antipatía que tiembla en su poder.

—Míralo —se burla Fyordin como si percibiera que Viger tiene algo que ver con las dudas de Tierney—. Un fae de la muerte enamorado de ti. Ten cuidado, asrai'kin. No hay ningún fae de la muerte que esté

realmente de parte de este reino. O de cualquier reino.

—¿Estás diciendo que son traidores? —pregunta ella poniéndose a la defensiva.

—Hay un motivo por el que las cortes Sidhe fae les prohibieron estar aquí. Y también hay un motivo para que nuestras religiones los tachen de malvados y…

—Será mejor que pares, Fyordin —le interrumpe ella—. Vengo de un lugar en el que se repartían etiquetas de «malvados» con mucha alegría, así que será mejor que no intentes que yo se la cuelgue a nadie.

El poder de Fyordin la rodea con actitud protectora. Cosa que ella no desea. A Tierney no le interesa que la protejan.

—Tú eres asrai —le dice mientras su energía adopta una tensión codiciosa—. Tenlo presente.

Ella se molesta.

—¿Y qué pasaría si fuera deathkin? —pregunta con tono desafiante —. ¿O gardneriana incluso?

—Pero no lo eres.

—Pero ¿y si lo fuera, Fyordin? —insiste reprimiendo su maldito poder de agua, que sigue intentando abalanzarse sobre el inmenso poder de él.

Fyordin reprime una sonrisa.

—Es intensa, ¿verdad?

—¿Qué? —pregunta ella.

—La atracción que sientes por mí.

Abrumada por la exactitud de su análisis, Tierney siente de pronto que algo la aleja de él. Se vuelve hacia Viger y ve que el fae de la muerte la está mirando fijamente alzando una de sus cejas negras. Se transforma en una nube de humo oscuro, desaparece, y de pronto se materializa a su lado rodeado de un aura de tirabuzones negros.

Tierney parpadea. En ese momento Viger parece casi delicado. No se le ven los cuernos y sus ojos no son dos pozos negros. Ha escondido las garras. Un par de serpientes se enroscan alrededor de sus hombros y su cuello, y las dos enseñan sus lenguas de color púrpura.

—Buenas noches, Viger —lo saluda Tierney con ironía.

Fyordin le dedica una sonrisa antipática.

—¿Ya has jurado lealtad a las vu trin, fae de la muerte? ¿Has recitado el juramento de protección del Reino de Oriente?

Viger se vuelve hacia Fyordin.

—La muerte no se alía con nadie.

Su tono monótono es tan sosegado como el agua en calma.

—¿Ves cómo lo admite? —dice Fyordin volviéndose hacia Tierney con una sonrisa engreída—. Nada de alianzas. —Se dirige de nuevo a Viger con una energía resentida—. Y si no tienes intención de aliarte con nosotros, ¿qué estás haciendo aquí, Viger? —Observa detenidamente el uniforme negro de aprendiz que luce Viger—. Y con un uniforme wyvernguard, o algo así.

Silencio. No se oye ni una mosca, solo el siseo que las serpientes emiten con su lengua. Tierney no puede evitar admirar esa serenidad tan propia de las aguas profundas.

—Estamos a punto de entrar en guerra, fae de la muerte —lo provoca Fyordin tensando los músculos del cuello—. Tienes que decidir de qué lado estás.

—Estoy del lado del mundo natural —contesta Viger con tranquilidad.

El asrai suelta una carcajada burlona.

—Al que quieres matar.

—Sí —reconoce Viger—. Para compensar.

—¿Y cómo puedes luchar por algo que también quieres matar? —se burla Fyordin.

El aire que los rodea se oscurece mientras Viger le clava sus ojos negros al asrai.

—Es demasiado profundo para que puedas comprenderlo.

—Soy un asrai. Comprendo perfectamente el mundo natural, deathkin.

—Tú solo comprendes una parte de él —sigue diciendo Viger frunciendo los labios con agresividad—. Tú moras en aguas superficiales, Fyordin Lir. Tierney Calix comprende las aguas profundas. Las conexiones.

—Yo comprendo las aguas profundas, deathkin —espeta Fyordin, su

poder empieza a cargarse de una energía incendiaria—. He reclamado el Vo.

En la mirada de Viger brilla un destello agresivo.

—Eso no significa que el Vo te haya reclamado a ti completamente.

Tierney se queda muy asombrada. Cuestionar el vínculo de un asrai con sus aguas hermanas es un insulto muy feo.

Los ojos de Fyordin se oscurecen tanto como las profundidades del Vo.

—¿Qué sabrás tú del agua?

—Soy un ser primordial —responde Viger sin vacilar—. Estamos unidos de forma natural con la matriz de la naturaleza.

La rabia se adueña del poder del asrai.

—A la que quieres aniquilar.

A Viger se le oscurecen los ojos, le brotan los cuernos de la cabeza y se le alargan los dientes, que se le ponen tan negros como los labios. Se los enseña a Fyordin y acompaña el gesto de un violento brillo en los ojos que le provoca un escalofrío a Tierney; le recorre todo el poder de agua.

—Nosotros nos aliamos con la muerte. Es lo nuestro.

Fyordin da un paso hacia Viger, y Tierney nota cómo su poder coge impulso, como si estuviera a punto de lanzarle un ciclón al fae de la muerte.

—Tú quieres matar y no te vas a aliar con el Reino de Oriente —ruge Fyordin—. Y eso te convierte en un traidor para la matriz del mundo natural. Y en un traidor para Noilaan. —Se vuelve hacia Tierney con una mirada tormentosa—. Ten cuidado con quien te alias, asrai.

El poder de Tierney también despierta, con tanta ferocidad como el de Fyordin.

Con más ferocidad.

«Se acabó. A por todas.»

—Que no quiera besarte no me convierte en una traidora, Fyordin —espeta.

A él se le dilatan las aletas de la nariz y una punzada de celos recorre su poder.

—Tierney, me preocupas. Pasas tu tiempo en compañía de caballos de agua deathkin y fae de la muerte. Te criaste en una familia gardneriana y te vieron en Voloi con ellos vestida con ropa gardneriana. Y usas un nombre gardneriano al que te niegas a renunciar. A pesar de que tienes un nombre asrai.

Tierney siente una punzada de dolor. «Un nombre que no he utilizado desde que tenía tres años. Y cada vez que lo oigo no puedo evitar acordarme de cómo lo gritaba mi madre. O cuando lo pienso, incluso.»

Y después está el asunto del trato que está recibiendo su familia gardneriana en Voloi. Los hay que son amables, pero otros son tan crueles que Tierney siente el impulso de mostrarse ferozmente solidaria con ellos. Cuando se encontró las palabras «CUCARACHA ASQUEROSA» escritas en la puerta de su habitación, la asrai sintió tal ataque de rebeldía que se puso sus prendas gardnerianas y se marchó a la ciudad a ver a sus padres adoptivos.

Un pie en el mundo asrai y otro en el mundo gardneriano.

Fyordin mira fijamente a Tierney con el poder casi tan agitado como el de ella.

—Y no solo eres amiga de Trystan Gardner, también eres amiga de su hermana, Elloren Gardner. Me preocupa que seas más gardneriana que asrai. Tienes aspecto de fae, pero ¿no serás un cuervo en el fondo?

La rabia la engulle. Sin embargo, al mismo tiempo percibe una embriagadora sensación de oscuridad en su interior, pues el humo negro de Viger la rodea y ella nota cómo su hechizo empieza a activarse.

—Ten cuidado —le advierte Viger a Fyordin sereno como la muerte, y sus serpientes venenosas enseñan los colmillos y sisean.

Fyordin no deja de mirar a Tierney. Esboza una mueca burlona.

—¿Vas a hacer que tu fae de la muerte me ataque? ¿Solo por decir la verdad?

—Él no es mi fae de la muerte —le responde ella sintiendo cómo el hechizo de Viger la engulle. Se vuelve y lo fulmina con la mirada.

«Cielo santo, ¿qué está pasando?»

Viger le clava su aterradora mirada, pero ella está demasiado

indignada como para sentirse intimidada por ninguno de los dos.

—Controla tu hechizo, Viger —le advierte—. Sé librar mis propias batallas.

Viger tiene el descaro de enseñarle los dientes.

—¿En serio? —se asombra Tierney incrédula—. ¿Es que me vas a morder?

Viger echa la cabeza ligeramente hacia atrás y cierra la boca; su humo negro y el resto de su hechizo se disipan.

—Os podéis quedar aquí los dos y haceros pedazos, si queréis —suelta Tierney mientras un relámpago ruge en su poder interno. Sobre su cabeza se forma una nube de tormenta que empieza a escupir lluvia. Fulmina a Fyordin con la mirada—. Lucha contra tus aliados, Fyordin. Es lo que se te da mejor.

—¿Adónde vas? —le pregunta el asrai.

Ella se acerca a él con actitud agresiva y apretando los puños.

—Al fondo del Vo. Sola. Y sí, ya sé que el Vo también te ha elegido a ti. Pero esta noche el Vo es mío. Ni te acerques a mis aguas.

Tierney les da la espalda a los dos, salva la barandilla de un salto, se sumerge y deja que las aguas frías del río la rodeen.

Cuando emerge pasada la medianoche, Viger la está esperando.

Está sentado en la cola de la escultura del dragón Vo. Las estrellas brillan en el cielo y flota una cálida brisa que le acaricia la piel. Apenas se ven criaturas surcando el río o el aire, las luces de la ciudad se han apagado y la terraza, iluminada por las runas, está desierta.

Tierney sale del agua, se deshace de la humedad y cruza la terraza mientras Viger la observa en silencio. No hay ni rastro de su hechizo. Solo ese intenso silencio que acostumbra a acompañarlo y que Tierney tanto anhela de pronto.

Se sube a la escultura del dragón y se sienta a su lado. El fae de la muerte ha escondido los cuernos y los colmillos, y sus serpientes ya no están. Pero sigue enseñando las garras. Tierney se vuelve para mirarlo y él no hace ademán de atraerla con su hechizo.

«¿Vas a besarle en el fondo del Vo?»

Ella adivina que a Viger se le ha escapado ese pensamiento, por la repentina tensión de su expresión y el modo en que lo ignora. Y

entonces se da cuenta del miedo que debe de rodear la atracción que siente por Fyordin. De lo contrario, Viger jamás hubiera sido capaz de percibirla.

«¿Los fae de la muerte se besarán? —se pregunta Tierney—. ¿Alguien habrá besado alguna vez a Viger? Y si estamos conectados mentalmente por mis miedos, ¿yo también podría seguir esa conexión hasta llegar a los suyos? ¿Los fae de la muerte sienten miedo?»

De pronto se siente temeraria y respira hondo para abrirse a sus temores: el miedo que le da que Vogel pueda atacar sus aguas, que la guerra le arrebate a la poca familia que le queda, de no llegar a ser vista por la persona que es de verdad, de enamorarse de Viger Maul. El miedo va llegando en oleadas, y Tierney nota cómo Viger conecta con ellos, como si fuera una cerradura que se abre.

Y entonces ella sigue esa conexión hasta él.

Y allí donde flota un único miedo que los conecta, y su lengua viperina regresa a ese mismo miedo de él una y otra vez, hasta que un pensamiento escapa de su mente.

«Quiero cortejarte.»

Tierney se retira perpleja y en la expresión de Viger ve el reflejo de una punzada de dolor, y ella no solo percibe ese miedo, sino la intensidad del deseo físico que lo envuelve.

Viger se convierte en una nube de humo negro y empieza a desvanecerse en la noche mientras las emociones de Tierney pelean por no perder el contacto.

—Viger, vuelve —le dice a la bruma negra.

Pero la bruma desaparece y Tierney siente una inexplicable tristeza mientras se baja de la escultura.

—Asrai.

Tierney se da la vuelta y ve a Viger apoyado en la escultura de dragón con una expresión recelosa.

—Viger —empieza a decir incómoda pero muy convencida de lo que necesita de él—. Es posible que…, bueno… —vacila ruborizándose—, que sintamos cierto interés el uno por el otro. —Le mira fijamente ignorando la repentina intensidad de sus sentimientos —. Pero ahora necesito que seas mi amigo. Nada más. ¿Podrás hacer

eso por mí?

Viger se acerca a ella mediante un delicado y lánguido movimiento. Chasquea las garras y toda la terraza desaparece, la oscuridad solo está iluminada por una bruma plateada que los rodea. Aguarda en silencio con cierta tensión en su hipnótica mirada. Pero Tierney se da cuenta de que está dejando a un lado lo que siente por ella, y está muy impresionada.

Y atraída.

—Me pareces muy atractivo —dice—. Voy a admitirlo directamente.

La bruma oscurece y se divide en una serie de tirabuzones que los envuelven a ambos. Los cuernos de Viger brotan de su cabeza y a sus ojos asoma un brillo travieso. Levanta la mano y ella suspira temblorosa mientras él le acaricia la mejilla con la punta de la uña con la suavidad de una pluma.

—No quiero pasar el Xishlon besando a nadie —dice Tierney dejándose arrastrar por su hechizo con la sensación de que el suelo se inclina y ella resbala hacia esa figura vestida de negro—. Quiero pasarlo inspeccionando las aguas.

—Yo las inspeccionaré contigo, asrai —se ofrece Viger; su profunda y atractiva voz parece venir de todos lados a la vez.

Tierney asiente.

—Estoy preocupada, Viger. Percibo que se está gestando una batalla mayor por debajo de la evidente. —Guarda silencio un momento, abrumada por una repentina punzada de amor por su río—. Mi vínculo con el Vo… Quizá se anteponga a las ganas que tengo de luchar con los wyvernguard.

Vuelve a guardar silencio asustada por su arranque de sinceridad.

Viger levanta la palma de la mano y la deja suspendida junto a su mejilla al tiempo que, con las garras, ejerce una delicada presión sobre la cabeza de Tierney que le provoca un delicioso escalofrío por la espalda.

—Puedes contármelo, asrai —afirma con un tono asombrosamente compasivo.

—Hay algo en juego que es mucho más grande que el dominio de los reinos —consigue decir Tierney cada vez más imbuida de la

sensación de estar suspendida en la bruma. Se agarra al brazo de Viger para sentirse más segura y él le desliza la mano por detrás hasta posarla en su espalda para sujetarla mientras la ayuda a flotar más pegada a él. El cuerpo de Tierney reacciona a la cercanía desprendiendo calor, sus labios están muy cerca…

«¿Qué se sentirá besando a un fae de la muerte?»

—¿Hemos desaparecido en la bruma? —pregunta con la respiración acelerada.

—Sí, asrai —afirma con un susurro que parece vibrar en el interior de Tierney.

—¿Pueden oírnos?

—No, asrai —le asegura; la palabra asrai resbala por su oscura lengua púrpura de un modo delicioso.

«Tiene la lengua del mismo color violeta que sus serpientes —advierte Tierney, a quien le hace un poco de gracia admitir que se siente atraída por ese sorprendente rasgo—. Y huele como las frías sombras de verano. En la oscuridad de la noche…»

—No creo que se pueda luchar contra Vogel de un modo evidente —opina esforzándose para no perder la compostura ante el creciente hechizo de Viger—. Y también pienso que la amenaza que supone es distinta a cualquier cosa a la que Erthia se haya enfrentado hasta ahora.

—Estoy de acuerdo, asrai —tercia Viger mientras su niebla oscurece; Tierney lo agarra del otro brazo y él la estrecha con más fuerza—. Vogel es una amenaza para la muerte —afirma presa de una incomodidad que se desliza por su poder.

Tierney lo mira.

—¿Cómo es posible que alguien pueda ser una amenaza para la muerte?

El fae de la muerte guarda silencio mientras se miran a los ojos flotando en la oscuridad, perdidos en su abrazo.

—Intentaré demostrártelo —dice al fin—. Durante el Xishlon. Antes de desplegarme en occidente para pedir la ayuda de las serpientes del desierto en defensa de oriente. Te encontraré y te lo demostraré.

—Me encantaría —accede Tierney presa de una inesperada punzada

al pensar que él está a punto de marcharse—. Demuéstrame a qué te refieres durante el Xishlon. Y después ayúdame a librar la batalla que se desatará bajo la superficie de la evidente.

«La batalla por la naturaleza», piensa Viger en la mente de Tierney percibiendo el miedo que ella siente por el Vo. Por todos los ríos. Por la desintegración de la matriz de la naturaleza.

—Sí, Viger —afirma presa de su tranquilizadora mirada de medianoche—. La batalla por la naturaleza.

5

Desierto rojo
SPARROW PRILLIUM

Desierto Agolith

Tierras del desierto central

Mes seis

—Cuidado con el cuervo —le advierte la guerrera Ulluwyn a Sparrow con una mueca en su boca azul al tiempo que mira de soslayo a Thierren con sus ojos color zafiro—. He visto cómo te mira.

Ulluwyn alza una ceja con complicidad y Sparrow devuelve su sincera mirada cada vez más ofendida. Es desesperante que Ulluwyn se haya apropiado del papel de protectora de Sparrow durante el trayecto hacia oriente que su pequeño grupo debe hacer a través del vasto y tormentoso desierto. Nadie se lo ha pedido.

Y Sparrow preferiría la compañía y la ayuda de Thierren.

Llevan varias semanas viajando acompañados de un contingente de vu trin, en dirección a un portal del desierto oculto que los conducirá hasta Noilaan. Sparrow siente un profundo agradecimiento cada vez que recuerda cómo Thierren negoció la forma de asegurarles el traslado a oriente tanto a ella como a su joven protegido, Effrey, el pequeño dragón Raz'zor, y Aislinn Bane. Todos dan por hecho que Thierren, Effrey y Raz'zor se unirán a las fuerzas militares vu trin, con las que Thierren lleva aliado en secreto varios meses.

Y aun así, y para decepción de Sparrow, la labor encubierta de Thierren en favor de las vu trin no ha conseguido ganarse del todo la aceptación de ese grupo de hechiceras en particular.

Sparrow se vuelve hacia la amplia caverna de piedras carmesíes donde Thierren está colocando su saco de dormir, y frunce el ceño al

advertir, y no por primera vez, lo mucho que se esfuerza él por alejarse del resto del grupo. A continuación mira a Aislinn, que, como siempre, ha ocupado un lugar al otro lado de Sparrow y Effrey, lejos también de las vu trin, pues esta reservada, atenta y amable gardneriana es tan poco bienvenida como Thierren.

Fue Vang Troi, la inconformista comandante mayor de las fuerzas vu trin, quien dio la orden de permitir la entrada de Thierren y Aislinn en el Reino de Oriente. Pero aunque las guerreras que los acompañan parecen respetar el poder militar de Vang Troi, todas comparten la misma idea inflexible:

No se debería permitir la entrada de magos en Noilaan.

Sparrow se vuelve hacia la entrada de la caverna, que enmarca una vista panorámica del desierto. El sol está cada vez más cerca del horizonte, la luz es de un brillante tono azafrán y las paredes que la rodean proyectan un asombroso brillo dorado. Raz'zor, el dragón de color marfil del tamaño de una cabra, está tumbado sobre la cornisa de la caverna junto al joven Effrey, y con una de las alas extendidas sobre la espalda del niño escudriña los alrededores como un centinela decidido a cumplir con la promesa que le hizo a Elloren Gardner cuando le juró que protegería el grupo.

La arena del desierto carmesí es de un precioso rojo anaranjado que inspira la artística mente de Sparrow, quien, por un momento, quisiera tener un buen material de dibujo, una libreta con papel del bueno y unos colores, para poder recrear las formaciones rocosas rojizas que se arquean por encima de la arena del desierto como verdaderos brochazos de pintura.

Esa zona del desierto central es impresionante, pero Sparrow está deseando cruzar el portal al día siguiente y dejar occidente atrás. Y jamás habría llegado tan lejos de no haber sido por Thierren.

—Thierren me ha ayudado… Y a Effrey también —intenta explicarle a Ulluwyn mientras la musculosa guerrera está tumbada en su saco de dormir y toma un buen trago de agua mirando a Thierren con evidente desprecio.

Thierren se vuelve hacia Ulluwyn como si percibiera su mirada. Después pasea la mirada hasta Sparrow, y ella siente un escalofrío

acalorado del que se avergüenza enseguida, en especial por estar allí sentada en compañía de esa mujer urisca que ha pasado un año en las islas Fae.

Nota la punzada de un dolor que empieza a resultarle familiar. La amistad que la une a Thierren es una de las pocas cosas auténticas de su vida. Y, sin embargo, lo que siente por él parece una traición a su pueblo, algo ilícito e incomprensible que está mal.

Pero cada vez que piensa que deberá olvidarlo cuando empiece su nueva vida en oriente, se le oprime tanto el corazón que llega incluso a dolerle, pues el vínculo que han formado esos últimos meses es una fuente de gran consuelo para ella y, de un tiempo a esta parte, también teñido de deseo.

Y allí, en el desierto, Sparrow cada vez siente más ganas de estar cerca de él. De cogerlo de la mano. De descubrir el tacto de su pelo negro en los dedos. De besar sus brillantes labios verdes.

Su boca de mago.

Cada vez está más confundida.

—Ha sido… muy amable —insiste la joven tratando de contener una marea imparable, tanto para Ulluwyn como para ella misma. Incluso a pesar de no tener nada concreto de lo que avergonzarse.

Ulluwyn hace un ruidito de disgusto y le lanza a Thierren una mirada desdeñosa.

—Pues claro que finge ser amable. Te quiere en su cama. Pero para él no eres más que un murciélago. No lo olvides nunca.

Las palabras de Ulluwyn duelen, pues desentierran la rabia que ha sentido Sparrow al ser víctima de tantas crueldades humillantes en los campos de trabajo de las islas Fae. Y en la Gardneria continental.

Vuelve a mirar a Thierren cada vez más inquieta, pues, por cómo él entorna los ojos, ella sabe que ha oído perfectamente lo que ha dicho Ulluwyn. El gardneriano se levanta y sale de la caverna. Effrey alarga el brazo para tocarle la mano cuando lo ve pasar y Thierren se detiene para intercambiar una sonrisa cariñosa con el niño; le alborota el pelo violeta, que ahora lleva mucho más corto y de punta.

Sparrow se siente muy triste. Ulluwyn cierra su petaca, se limpia la boca con la manga y se levanta ella también. Mira a Aislinn con

desprecio.

—Vang Troi está cometiendo un error con esto —insiste; los últimos rayos de sol se reflejan sobre las apretadas trenzas de su corto pelo azul—. No deberíamos dejar que los magos entrasen en Noilaan. Ten mucho cuidado, Sparrow. —La advertencia le eriza el vello de la nuca —. Olvídate de ese cuervo. Estás a punto de empezar una vida nueva en oriente. Con lo buena modista que eres, enseguida encontrarás un buen trabajado bien remunerado. Pero no podrás ser una noi si tienes una relación con un mago. Te odiarán tanto como a esas cucarachas, y con razón.

Ulluwyn le lanza a Sparrow una mirada de advertencia y sale de la caverna, y ella se reprende por las ganas que tiene de salir también de allí e ir en busca de Thierren.

Solo para poder estar con él esa noche.

Reprime las lágrimas mientras alisa el saco de dormir presa de un ciclón de emociones encontradas. Respira hondo algo temblorosa, se sienta y se queda allí un momento mirando fijamente la pared que tiene delante.

—He visto cómo te mira.

Sparrow se vuelve asombrada al oír la suave y seria voz de Aislinn. La maga no suele hablar, apenas come y es muy reservada. Tiene una mirada afligida, y Sparrow advierte, dolida, que es una mirada que ya ha visto otras veces, en las islas Fae. En los ojos de algunas jóvenes uriscas, después de que los magos abusaran de ellas. Igual que le ha ocurrido a Aislinn, que ha sufrido los abusos del que quizá sea el peor mago de todos.

Sparrow presenció la depravación de Damion Bane la noche que atacó a Elloren Grey. Se alegró en secreto cuando Lukas Grey le dio una paliza que lo dejó inconsciente, pues sabía muy bien la propensión de Damion a abusar de todo el mundo; era algo que todos los uriscos comentaban en Valgard y en otros lugares, para evitar que ninguno de ellos se lo tropezara donde quiera que estuviese.

Y Aislinn está comprometida con ese monstruo.

Sparrow se estremece al pensar en esa chica delgada, estudiosa y bondadosa en manos de ese sádico, el único mago dispuesto a

comprometerse con ella después de que Aislinn profesara públicamente el amor que sentía por el lupino Jarod Ulrich.

—Y también me he fijado en cómo miras tú a Thierren —sigue diciendo Aislinn casi entre susurros.

—No hay nada entre nosotros —afirma Sparrow con la boca seca y el corazón en un puño—. No puede ser.

Aislinn parece dolida. Guardan silencio durante un buen rato antes de que la maga vuelva a mirarla con los ojos verdes en llamas.

—No dejes que nadie te diga nunca a quién puedes amar y a quién no.

Las apasionadas palabras de la joven son como un dardo directo al corazón de Sparrow, y a la urisca le tiemblan los labios. Se muerde el labio inferior para intentar evitarlo.

Aislinn le lanza una mirada amarga cargada de complicidad.

—Yo dejé que el mundo me dijera a quién podía y a quién no podía amar. —Esboza una mueca desgarradora y se le saltan las lágrimas—. Y por eso perdí al amor de mi vida. Y ahora todo ha terminado para mí. Jarod jamás me aceptará, porque es lupino… y ellos se emparejan para toda la vida. Y yo… ya estoy mancillada. Pero tú… —Mira hacia el lugar por donde ha salido Thierren—. Todavía puedes conseguir a tu amor, Sparrow. No lo dejes escapar.

Le resbala una lágrima por la cara y niega con la cabeza, incapaz de tomar la decisión y atormentada por siquiera desearlo. Mira a Aislinn.

—Llevo varios días sin lavarme. ¿Quieres venir conmigo a bañarte?

La maga le dedica una sonrisita melancólica.

—Sí, gracias. Estaría muy bien.

Sparrow echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos disfrutando del agua caliente que le resbala por el cuerpo.

Sus compañeras vu trin han colocado sus espadas rúnicas en una cornisa que hay al otro lado de la entrada de la caverna y, gracias a unas runas de calor y los hechizos adecuados, han creado una cascada de agua caliente que surge de las espadas. El calor del agua le provoca una sensación muy agradable en contraste con el aire fresco del desierto, y se desprende de la sensación rasposa de la arena que se le había acumulado en la piel.

Se pregunta qué ocurriría si de pronto Thierren doblara la esquina y la sorprendiera allí, completamente desnuda, se quitara la ropa y se metiera bajo el agua caliente con ella para presionar su alto y musculoso cuerpo contra el suyo…

«Santo Ge'o'din.» Sparrow se ruboriza e ignora el escandaloso pensamiento. Se afana en limpiarse los últimos restos de arena y cuando se vuelve hacia Aislinn…

La realidad del mundo la aplasta.

Aislinn tiene todo el cuerpo lleno de moretones. Lo suficientemente espantosos y violentos como para permanecer en su cuerpo tantos días después de que escapara de Valgard. Tiene marcas de latigazos por todo el cuerpo y moretones en los pechos. Y señales de mordiscos…

Sparrow aparta la mirada con el corazón encogido y sale del agua. Impactada, coge una toalla añil justo cuando una ráfaga de arena roja le aguijonea la piel desnuda.

Se levanta una furiosa tormenta de arena y Sparrow levanta las manos para protegerse los ojos de la violenta bruma roja mientras el desierto que las rodea se alza en un tifón granuloso. Retrocede alarmada al ver las siluetas borrosas de dos enormes arañas negras que emergen de la arena del desierto con el tórax salpicado de unas extrañas runas humeantes. En la parte superior de la cabeza tienen un montón de ojos y sus cuerpos alargados están cubiertos por un velo de bruma gris.

Sparrow grita y se abalanza sobre la espada rúnica que tiene encima justo cuando una araña salta sobre ella y el impacto la tira al suelo; se queda sin aire en los pulmones y se le cae la toalla.

—¡Thierren! —aúlla mientras forcejea con la aterradora bestia que ha apresado su cuerpo desnudo.

El mundo empieza a dar vueltas mientras se ve rodeada por varias tiras sedosas que la envuelven a una velocidad asombrosa, después el bicho la eleva y la apoya en su durísimo tórax.

«No puedo morir así —piensa con rabia mientras protesta pateando contra la bestia—. ¡No puedo morir así cuando solo falta un día para que lleguemos a oriente!»

—¡Thierren! —grita de nuevo mientras la criatura echa a correr por

la arena.

Un rayo de luz azul impacta contra la bestia haciendo estallar la bruma que la envuelve en una cegadora explosión de luz zafiro. Sparrow empieza a oír los gritos de sus protectoras vu trin y ve las siluetas borrosas que corren hacia ella, entre ellas a Ulluwyn, que avanza furiosa con la espada rúnica en la mano.

Una dura ráfaga de viento impacta contra la araña acabando del todo con su escudo de humo negro.

El mundo empieza a dar vueltas cuando la araña se desploma y la tormenta de arena se disipa. Thierren corre hacia ella con la varita en la mano y una encendida mirada en sus ojos verdes, como si estuviera dispuesto a arrasar el desierto entero para salvarla. Las vu trin corren tras él mientras un destello blanco desciende sobre la segunda araña y descarga una lluvia de fuego carmesí que hace estallar la enorme cabeza del animal reduciéndola a una bola de fuego rojo.

Thierren ruge un hechizo, hinca una rodilla en el suelo y apunta con su varita hacia la araña que ha capturado a Sparrow.

De la varita del mago brota un rayo de hielo cristalino que atraviesa la cabeza de la araña, de la que se expande una ráfaga de icor negro, y la joven siente el contacto de un torbellino frío que le provoca un gélido hormigueo por la piel. Sparrow se desploma en el suelo atrapada bajo las patas de la araña.

Thierren desenvaina la espada y empieza a amputarle las patas al animal con rabia, a continuación se agacha y la rodea con sus fornidos brazos para cogerla. La joven se gira una vez más y se le revuelve el estómago al ver a la criatura descabezada que, con solo la mitad de las patas, se sacude espasmódicamente en el suelo.

Él la deja en el suelo y se miran a los ojos. Sparrow siente un escalofrío apasionado, no le resulta fácil sostener la intensidad que advierte en los ojos de Thierren. El mago desenvaina un cuchillo y empieza a cortar las espesas y pegajosas telarañas que le rodean el cuerpo con un decidido impulso que roza la desesperación.

Sparrow levanta la cabeza buscando a Aislinn muy alterada y con el corazón tan acelerado que amenaza con perforarle el pecho.

—¡Aislinn! —grita al ver el cuerpo de su amiga envuelto en

telarañas.

Se le quiebra la voz, tose y escupe la arena que se le ha colado en la boca mientras pelea contra las lágrimas.

—Está bien —le asegura Thierren algo alterado mientras le quita una gruesa capa de telarañas, pero se detiene al descubrir que debajo está completamente desnuda. Se la queda mirando con ojos de asombro.

—Thierren, quítame esto —le pide ella más preocupada por liberarse que por el pudor.

—¡Quítale las manos de encima, cucaracha!

El grito de Ulluwyn corta el aire: aparece de pronto, aparta a Thierren de un empujón y le clava una censuradora mirada azul.

El mago se retira y alterna la mirada entre Ulluwyn y Sparrow, y después aparta la vista como aturdido.

—¿De qué iba todo esto, cuervo? —espeta Ulluwyn.

Thierren la mira confundido.

Ella señala con el pulgar la araña que tienen más cerca.

—¿Ese escudo que solo ha podido perforar tu magia? ¿Las runas grises de cuervo que tiene por todo el cuerpo? ¿Quiénes son tus aliados?

Thierren la mira boquiabierto.

—¿Crees que estoy aliado con esas cosas?

—No sé qué pensar, mago —espeta Ulluwyn antes de apresurarse a cortar el resto de las telarañas para liberar las piernas de Sparrow con su espada rúnica.

A Sparrow se le encoge el corazón al ver la mirada devastada de Thierren. Se incorpora y vuelve la cabeza. Ve a las demás vu trin y a Raz'zor liberando a Aislinn. Thierren se acerca a Effrey, que no puede dejar de llorar mientras mira asustado a Sparrow.

El mago se arrodilla ante Effrey y le posa la mano en el hombro. Después le habla con un tono sereno y grave, sin dejar entrever ni una pizca de la angustia que ella sabe que lo embarga.

—Ella está bien. Effrey, Sparrow está bien.

Ulluwyn le cede su capa a la joven mientras le murmura algunas palabras tranquilizadoras en urisco y la ayuda a levantarse. Después la

acompaña de vuelta hasta la caverna rodeándola por el hombro. Y se vuelve para lanzarle a Thierren una mirada ácida que enfurece muchísimo a Sparrow.

Sparrow sigue muy alterada y va en busca de Thierren esa noche. Viste una túnica noi añil limpia a juego con los pantalones, lleva la melena violeta húmeda y recogida, y ya no queda en su cuerpo ni rastro del icor negro, la arena o ningún resto de telaraña.

Sparrow lo encuentra sentado en la entrada de la cueva con la mirada perdida en la lluvia de estrellas carmesíes del desierto.

Se sienta en silencio a su lado y contempla el oscuro paisaje nocturno suavemente iluminado por una luna rojiza; lo ocurrido aquella tarde todavía les pesa mucho a los dos.

Comparten un largo silencio, pero Sparrow percibe la tensión creciente entre ambos.

—Te quiero —dice al fin Thierren sin mirarla. Las palabras son tan rotundas que le roban el aliento a Sparrow—. Ya sé que no podemos estar juntos —añade con los ojos clavados en la tormenta que flota en el horizonte escupiendo racimos de relámpagos—. Pero te quiero y te querré siempre.

Sparrow aprieta el borde de la cornisa con tanta fuerza que la piel se le pega a los huesos.

«Yo también te quiero», desea decir, pero no puede. Las palabras se niegan a salir. Aquí no. Todavía no. No en la frontera del Reino de Occidente, donde le han dispensado un trato tan inhumano. Pero sigue queriendo decirlo de todas formas. Las palabras de Aislinn le vienen a la cabeza atravesando la tormenta de emociones como un faro.

«No dejes que nadie te diga a quién puedes amar y a quién no.»

La tormenta que ruge en su interior es cada vez más intensa, rivalizando con la tempestad que hierve en el horizonte.

Sparrow se levanta y se aleja de Thierren con el corazón en un puño. Vuelve a meterse en la cueva oscura iluminada por una única piedra rúnica azul. Se hace un ovillo en su saco de dormir mirando hacia la pared de la caverna y llora en silencio; al poco advierte el suave contacto de la mano de Aislinn en el hombro, donde la deja toda la noche.

«No dejes que nadie te diga a quién puedes amar y a quién no.»

Las palabras resuenan en la cabeza de Sparrow y van ganando intensidad a medida que la noche avanza y Aislinn se queda dormida a su lado. Effrey está acurrucado al otro lado de Sparrow con Raz'zor, que también está dormido con una de las alas marfileñas sobre el hombro del niño.

Sparrow se incorpora y se vuelve hacia Thierren, que está completamente dormido en la otra punta de la caverna. El único que está despierto es el centinela, el joven soldado Twyne Ko, que está apostado en la entrada de la gruta oteando la noche de espaldas al resto de los ocupantes.

Sparrow se levanta y se acerca hasta donde duerme Thierren. Se tumba en el duro suelo de piedra a su lado y se queda mirando su precioso rostro mientras lo observa respirar.

«Te quiero», articula antes de que el sueño también se apodere de ella.

Sparrow tiene un sueño precioso.

Está tumbada junto a Thierren en una cueva de paredes color azafrán iluminadas por la luz de las velas, y él la está mirando con sus ojos de bosque. Ella alarga la mano para acariciarle la mejilla y él abre los ojos, sorprendido cuando ella se desliza bajo su manta y lo abraza.

Sparrow suspira y se pega a él en su maravilloso sueño; nota los fuertes latidos del corazón del mago pegado al suyo. Y se siente bien. Muy bien.

Como si hubiera encontrado su verdadero hogar, que no es oriente, sino él.

Le posa los labios en la cálida base del cuello, nota un escalofrío y Thierren se estremece pegado a ella. Ella le acaricia la espalda, el costado, el hombro, y su cuerpo reacciona a sus atrevidas caricias mientras ella misma nota cómo le sube la temperatura.

—Te deseo —susurra con los labios pegados a su cuello.

—Sparrow —susurra él con la voz ronca y la respiración acelerada; se retira unos centímetros—. Me parece que estás soñando. Despierta, preciosa.

Sparrow parpadea: la bruma de la caverna se solidifica y la suave y

ambarina luz de las velas desaparece tras el frío brillo azul de la piedra rúnica noi.

La vergüenza la catapulta de su estado de duermevela y mira a Thierren muy avergonzada.

—Lo siento —consigue decir con la voz ronca justo antes de que se oiga exclamar a alguien al otro lado de la caverna.

Se vuelve y se da cuenta de que Ulluwyn le está clavando su furiosa mirada.

—Furcia amante de cuervos —espeta la vu trin en urisco.

Sparrow se aparta de Thierren y se tumba boca arriba muerta de vergüenza. Cierra los ojos tratando de bloquear todo lo ocurrido y se lleva las manos a la cara para esconderse.

—Sparrow —dice Thierren, que parece tan afectado por la situación como ella; pero ella es incapaz de mirarlo, pues es presa de un intenso conflicto.

Al final lo mira a los ojos.

—No puedo, Thierren —admite con tristeza—. No puedo hablar de esto hasta que estemos en oriente. Siento mucho haberme abalanzado sobre ti de esta forma…

Él asiente con los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces espera —le dice mirando de soslayo a Ulluwyn—. Espera a estar instalada en oriente para decidir lo que sientes por mí.

Sparrow asiente con rabia mientras su tormenta interior se agita y ruge contra la crueldad del mundo.

6

Wyvernguard

TRYSTAN GARDNER Y VOTHENDRILE XANTHILE

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Norte, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

VOTHENDRILE

—¿Todavía tienes que seguir a ese cuervo a todas partes? —pregunta Basyl con tono bromista.

Me muerdo la lengua para no reaccionar al insulto de Basyl mientras le doy un abrazo despreocupado, todavía no me he recuperado de la reacción de Heelyn a mi arranque de sinceridad de hace unas noches. Sé muy bien que si no me ando con cuidado podría perder mucho más que mi puesto y mis amigos. Lo único que he deseado siempre y por lo que tanto me he esforzado es poder regresar a Zhilaan algún día para defender y proteger las fuerzas climáticas del nordeste, una parte vital de la extensa alianza del Reino de Oriente.

Pero si empiezo a relacionarme con Trystan, ese sueño podría convertirse en un imposible.

Basyl aguarda su respuesta con una sonrisa seductora. Estamos apoyados en la pared de uno de los muchos pasillos que rodean los laberínticos archivos del Wyvernguard, una biblioteca excavada en la piedra negra de la base de la isla norte, sumergida bajo el río Vo.

«Tan subterránea como la frustrante atracción que siento por Trystan Gardner», pienso compungido. Miro hacia la puerta del final del pasillo y veo pasar a Trystan, que acaba de estar por aquí examinando los volúmenes. Mientras yo lo vigilo.

La mirada expectante de Basyl se torna incrédula cuando no le contesto, los duros ángulos de sus esculpidos rasgos élficos se ven suavizados por la luz color zafiro de los candiles.

«Sí, todavía tengo que seguir al cuervo a todas partes, y eso me está complicando mucho las cosas», me muero por confesarle.

Decir las palabras que me convertirían automáticamente en un proscrito despreciado por todos.

Igual que el gardneriano.

Mi conflicto interior se encabrita cuando pienso que el espantoso tratamiento que Trystan recibe durante los entrenamientos con armas no ha cambiado ni un ápice. Pero Trystan sigue volviendo día tras día.

Y trabaja estoicamente con las vu trin mientras ellas prueban distintas combinaciones para encontrar la mejor forma de bloquear su poder mago y evitar su asombrosa habilidad para infiltrarse en sus runas. Lo atacan en grupos cada vez más numerosos, y él aguanta sus golpes, incluso cuando las guerreras lo lastiman a propósito, hasta el punto de que Ung Li ha tenido que intervenir unas cuantas veces.

Ha llegado a tal punto que el otro día tuve que ofrecerle mi ayuda a Trystan cuando advertí que se examinaba el brazo derecho durante un descanso, y cuando vi el espantoso moretón que le oscurecía todo el brazo me enfurecí muchísimo.

—Te acompañaré al despacho de Ung Li y hablaremos con ella —le dije mientras aguardábamos retirados junto a la pared de piedra—. No está bien que te traten así.

Trystan reaccionó a mi propuesta con una mirada tan encendida que me asombró y se me clavó en el corazón al mismo tiempo. Su habitual reserva se fracturó cuando decidió no contestarme, cosa que solo agitó con más fuerza mi tormenta de emociones. Miré a Ung Li al notar que ella también advertía las heridas de Trystan, y me volví hacia el resto de los aprendices y guerreras justo a tiempo de ver cómo una de ellas fruncía los labios con vengativa satisfacción.

Y como siempre, nadie hizo nada por mandarlo a la curandera del Wyvernguard. Y él ha rechazado todos los intentos que he hecho yo por acompañarlo a la consulta. Él prefiere ignorar su dolor y su creciente colección de heridas. Ignora el resentimiento de las guerreras por tener que aprender a enfrentarse al poder de un gardneriano, un poder que las supera una y otra vez. Un poder que requiere el uso de armamento avanzado y numerosos contingentes de vu trin. Porque él desea de corazón que las vu trin sean capaces de doblegar la magia gardneriana.

«Incluso aunque lo matemos mientras aprendemos a hacerlo.»

—Olvídate del gardneriano.

Basyl me pasa los dedos por el pecho y su seductora caricia rebaja un poco la tensión que anida en mis conflictivos pensamientos.

De pronto se abre una puerta al final del pasillo y Trystan sale con un montón de libros bajo el brazo. Me clava sus ojos verdes y se

detiene.

Me atraviesa una punzada de calor y el resto del mundo se disipa. Mientras nos miramos, veo un relámpago plateado y un repentino e inexplicable deseo me seca la garganta.

También noto la atracción que Trystan siente por mí. Su poder de fuego se contrae y se sacude hacia mí con una fuerza que me estremece hasta los huesos.

«No —me digo esforzándome por reprimir mi poder—. No puedo sentirme así por él. No puedo rendirme a esto.»

Ha llegado el momento de ponerle fin.

Tiro de Basyl hacia mí y advierto la sorpresa de Trystan cuando el otro se ríe y empieza a besarme el cuello. Pega su musculoso cuerpo al mío y me acaricia la espalda deslizando las manos por mis caderas, me estrecha con fuerza y miro a Trystan. A él se le acelera la respiración y a mí también. Me inclino hacia delante y paseo la lengua por debajo de la oreja de Basyl mientras él se contonea provocativamente contra mí. Lo único que intento es alejar a Trystan.

Cuando, en realidad, solo deseo atraerlo.

Noto que Trystan está hipnotizado. Inmovilizado por el deseo y la fascinación. Y de pronto, en lugar de buscar la forma de conservar los límites, lo que quiero es saltármelos y avivar su deseo. Provocarlo hasta que desee más esto que todo lo que haya deseado en su vida.

Hasta que se muera por estar entre mis brazos.

«Eso es, gardneriano», pienso sosteniéndole la mirada mientras deslizo los dedos por la espalda de mi amante descendiendo poco a poco. Basyl deja escapar otra grave carcajada, me besa y nuestras lenguas se enredan mientras yo sigo mirando a Trystan, invitándolo, jugando con él.

El creciente poder del mago frena de golpe. Me lanza una mirada tan abrasadora que podría fundir acero, y después se marcha.

Al notar la punzada de la reacción de Trystan, siento una vorágine de remordimiento.

Aparto a Basyl con delicadeza.

Él intenta volver a abrazarme.

—Ven aquí…

Fuerzo una débil sonrisa.

—Tengo que irme —digo, de pronto soy incapaz de concentrarme en la belleza de Basyl, en sus provocativas caricias y en la placentera tensión que noto en la entrepierna, en lo fácil que me resulta encender el despreocupado deseo de mi amigo. Basyl no es más que una distracción para mí, a los dos nos gusta flirtear sin compromiso. Somos dos amigos que disfrutan el uno del otro, pero no hay nada más profundo entre nosotros.

Pero Trystan…

El conflicto se apodera de mí cuando invoco el nombre del mago en mi mente.

—Nos vemos mañana, cariño —le digo a Basyl besándole el cuello mientras él finge una quejosa protesta acariciándome por última vez. Me deshago de sus brazos y me marcho rápidamente en busca de Trystan.

Soy su escolta y sé que necesito encontrarlo, pero me asusta enfrentarme a él.

Los muros que nos separan parecen cada vez más finos.

TRYSTAN

Vothendrile llama a mi puerta de un modo extrañamente vacilante, y yo reprimo el impulso celoso de desenvainar la varita y proyectar un rayo a través de la madera. Aprieto el puño derecho y abro la puerta maldiciendo el relámpago que me recorre las líneas cuando me encuentro con la mirada plateada de Vothe.

La mirada confundida de Vothe.

«¿Te he complicado la vida? —quisiera preguntarle—. ¿Acaso tu cruel actitud te está incomodando? Me alegro.»

—¿Puedo hablar contigo? —pregunta.

Mis relámpagos internos escupen fuego y lo fulmino con la mirada. Quiero espantarlo. Quiero que termine rápido con esto, sea lo que sea.

—Di lo que tengas que decir —espeto.

Él vacila un poco tenso, como si tuviera una tormenta alojada en la garganta.

—Aquí no. —Vuelve la vista hacia el final del pasillo—. ¿Crees que podríamos dar un paseo? ¿Alejarnos de todos?

—¿Podemos hacerlo? —pregunto con tono sarcástico—. ¿Teniendo en cuenta que soy una amenaza para el reino?

Aparto la vista de la magnífica y alta figura de Vothe.

¿Por qué tiene que ser tan dolorosamente atractivo? ¿Por qué? Es como si alguien hubiera convertido un relámpago en el hombre más atractivo que cualquiera pueda imaginar. Y, por supuesto, atrae a los jóvenes más interesantes y carismáticos. Los besa con libertad y abiertamente. Y cuando le veo, siempre siento cómo se me estremecen las líneas. La mayoría de los encuentros parecen despreocupados y provocativos, pero a veces… Es como si él internase sus relámpagos en el hombre al que está besando.

Y me cuesta mucho más enfrentarme a Vothe ahora que he empezado a soñar.

Unos sueños que no deseo. Sueño que me llevo a Vothendrile a mi dormitorio, lo empotro contra la pared y le demuestro lo que son los relámpagos de verdad.

—¿No deberías seguir vigilándome discretamente? —pregunto, y me resulta imposible reprimir la amargura.

Vothendrile me mira fijamente y a mí me sorprende ver algo nuevo en su expresión, una especie de consternación. Y frustración.

«Pero ¿por qué?»

Casi me marcho con él. Casi le dejo decir lo que quiere decirme.

Pero la herida es demasiado profunda, y no me interesa su evidente falta de valor. No me interesa fingir educación cuando las emociones son tan profundas.

Le lanzo otra mirada silenciosa que da a entender demasiadas cosas y cierro la puerta.

VOTHENDRILE

Los fae de la muerte siempre comen con Trystan.

La noche siguiente los observo desde la periferia, apenas consciente de que Basyl me está acariciando el brazo, tratando de ganarse mi atención junto a un grupo de amigos. Yo fuerzo sonrisas fugaces a pesar de que mi atención regresa de nuevo hacia Trystan empujada por una marea inagotable.

Todos los fae de la muerte primordiales están sentados con él, como ocurre cada día a la hora de comer: el alto y poderoso Viger, la menuda cambiaformas arácnida Sylla, y el misterioso y elegante Vesper. Las mesas que hay a su alrededor se han vaciado como ocurre siempre, y ellos están ahora rodeados por una oscura bruma que encierra y aísla a su extraño grupo.

Comparten su habitual silencio mientras los escorpiones venenosos, arañas y alguna que otra serpiente se enroscan en la esbelta figura de Trystan a modo de fraternal pero mortal abrazo. La presencia de los fae de la muerte en este lugar es pasajera, y los tres se están sometiendo a un entrenamiento básico antes de partir: Viger está a punto de desplegarse en el desierto Dyoi para reunir a sus gigantescas serpientes del desierto, Sylla pronto se instalará en el desierto Agolith para apoyar a las guarniciones vu trin con sus mortales arañas de tormenta, y Vesper se apostará en una base militar del norte de Noilaan, pues al enigmático hechicero rúnico se le da muy bien vincular su magia mortal a las runas militares noi.

Me siento muy confuso al darme cuenta de que por un lado me alivia ver que Trystan ha hecho tan buenos amigos, pero, por otro, me preocupa saber que se marcharán pronto.

Pues la antipatía hacia Trystan aumenta al mismo tiempo que las crecientes tensiones entre Noilaan y Gardneria. Estoy dejando de ser un guardia que protege el Wyvernguard para ser un guardia que lo protege a él.

Y las simpatías que yo provocaba por aquí están empezando a menguar.

«¡Es horrible que te obliguen a vigilar a esa cucaracha!»

«¿No podrías hacer algo para que tuviera un accidente?»

«Vang Troi ha perdido la cabeza. Échalo de aquí, Vothe. Cueste lo que cueste.»

Incluso las cartas que recibo de mi familia de Zhilaan dejan entrever una creciente confusión y censura en su refinado discurso Zhilon'ile:

«Vothe, eres el guardián del gardneriano. ¿Cómo es posible que siga aquí?».

«Vothe, ¡POR QUÉ SIGUE AQUÍ?»

Y yo estoy empezando a perder la paciencia; cada vez me cuesta más aguantarme para no reaccionar a sus insultos, y mi numeroso grupo de amigos y admiradores está empezando a desmoronarse. Cuchichean afirmando que he perdido el norte. Que me estoy aliando con el enemigo. Cuando en realidad estoy haciendo todo lo contrario. Y cada vez tengo más ganas de apoyar a Trystan Gardner.

Pero sigo quedándome al margen, incapaz de dar lo que me parece un salto al vacío. Porque la marea de odio hacia Trystan cada vez es más intensa. Y yo sé muy bien lo que supondría quedar atrapado en la resaca, incluso aunque me dejara arrastrar por la brillante corriente verde de Trystan.

Mi indecisión aumenta mientras le veo comer; ahora tiene un cuervo negro posado sobre el hombro. Siento una punzada de vergüenza.

Porque hizo falta que un fae de la muerte se enfrentara a todo el odio que hay en este lugar y lo aceptara.

Heelyn viene a buscarme antes del alba, justo antes de que yo empiece mi turno vigilando a Trystan. Se dirige a mí cruzando la terraza del Wyvernguard y deja atrás a un grupo de cadetes. La silueta musculosa de Heelyn se recorta contra el intenso color gris del cielo, y se acerca con una ardiente mirada mientras el viento helado agita el pergamino que lleva en la mano.

Mi cuerpo reacciona con tensión y el alterado propósito de Heelyn parece potenciar esa tensión, pues el tormentoso poder de mi interior parece cobrar vida provocando una serie de destellos que me aguijonean la piel.

—Toma —dice tendiéndome el documento.

—¿Qué es esto? —pregunto sin hacer ademán de cogerlo.

—Una oportunidad de redimirte —responde.

Lo cojo consciente de que mi vieja amiga es perfectamente capaz de interpretar el relámpago que brilla en mis ojos. Cuando leo el nombre de Trystan en el documento se me acelera el corazón. Es una petición para prohibir que el mago vista el uniforme del Wyvernguard.

Arrugo el papel completamente indignado.

—¿Acaso crees que estás haciendo algo por oriente con esto?

—¡Lo mismo que hacías tú cuando intentaste evitar que entrase! —me contesta—. ¿Ya has olvidado todo lo que defendías?

Suelto una risita desdeñosa.

—Por favor, dímelo tú, Heelyn. ¿Qué defendía? ¿Que debíamos condenar a una persona incluso antes de conocerla? ¿Basándonos solo en su linaje? ¿Ese es el Vothe al que tanto añoras?

De pronto me asalta la impresión de que la muchedumbre que tengo ante mí se queda en silencio. Y todos me miran.

La bruma furiosa que flota en los ojos de Heelyn adopta un aire apasionado.

—Añoro al Vothe que anteponía el Reino de Oriente a cualquier cosa. Si Vang Troi necesita al gardneriano para que podamos analizar su magia retorcida, que así sea. Lo utilizaremos para nuestro beneficio militar. Preferiblemente, acabaremos con él mientras lo hacemos. Pero no permitáis que ese cuervo vista prendas wyvernguard. Dejadle claro que jamás será bienvenido. —Señala el documento que tengo en la mano—. Ponte de parte del bando correcto.

La fulmino con la mirada.

—Es increíble lo convencida que estás de encontrarte en el lado correcto.

La luz de su expresión desaparece y me mira apretando los dientes de pura rabia. Se acerca a mí con los puños en alto.

—Es un insulto contra todo aquello por lo que peleamos.

Soy incapaz de evitar que me broten los cuernos de la cabeza.

—¿De qué forma, Heelyn? ¿Cómo puede ser un insulto contra todo aquello por lo que peleamos?

Me mira los cuernos y me contesta con un tono grave e implacable:

—Si tienes que preguntarlo significa que has caído. —Da un paso atrás con un duro brillo en los ojos—. Nos reuniremos con Ung Li. Y te aseguro que conseguiremos que ese cuervo deje de llevar un uniforme que jamás debió ponerse. Y después seremos nosotros quienes consigamos que lo expulsen, ya que tú pareces completamente incapaz de conseguirlo.

De pronto estoy tan enfadado que no puedo quedarme ni un segundo más allí. Si lo hago, podría decir algo que destruiría nuestra amistad para siempre.

Le doy la espalda y me crecen las garras. A continuación arrugo el papel, le prendo fuego en la palma de la mano y tiro las cenizas al suelo.

7

Noi’khin

TRYSTAN GARDNER Y VOTHENDRILE XANTHILE

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Norte, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

VOTHENDRILE

—A partir de ahora, tendrás que ponerte este uniforme —le ordena Ung Li a Trystan dos noches después mientras yo aguardo en posición de firmes junto al mago en el despacho que la comandante tiene en la torre.

Coge una pila de prendas negras muy bien dobladas de un estante y, cuando me doy cuenta de lo que es, se me contrae la garganta.

Me engulle la rabia. El Wyvernguard se altera tanto ante la presencia de alguien con rasgos gardnerianos que vistiera las prendas propias del Reino de Occidente, que cualquiera pensaría que corremos peligro de implosionar y desplomarnos en las profundidades del Vo. Y las crecientes protestas cada vez son más ridículas, porque todos los cambiaformas que hay aquí están percibiendo lo mismo que yo respecto a Trystan, y muchos de ellos ya me han admitido que «parece que esté verdaderamente comprometido con el Reino de Oriente».

Pero solo lo admiten entre susurros, cuando nadie más puede oírlos, pues así de peligroso es simpatizar con el gardneriano.

La hipocresía está empezando a ser lastimosa.

Trystan no hace ningún ademán de aceptar los ropajes gardnerianos negros.

—No pienso ponerme eso —responde con frialdad.

Me tenso y miro a Trystan asombrado.

—Estás incomodando a mucha gente —le suelta Ung Li.

Trystan esboza una pequeña sonrisa.

—¿Por negarme a ponerme esta ropa?

—Es una decisión política.

El poder de agua de Trystan brota cargado de una energía desafiante y se le borra la sonrisita de los labios.

—También lo es ponerse la ropa que viste un pueblo con el que estamos a punto de entrar en guerra.

Ung Li entorna los ojos.

—Has jurado obedecer al Wyvernguard. Si te ordeno que te quites

ese uniforme y me desafías, te despojaré de tus privilegios de cadete y te expulsaré.

—Pues expúlsame —espeta Trystan con sorprendente rebeldía—. Pelearé contra los gardnerianos de todas formas. Pelearé contra los alfsigr. Pero no pienso volver a ponerme esa ropa nunca más.

—Te ordeno que la aceptes.

Trystan y Ung Li se miran fijamente: parecen dos dragones enfrentados. La creciente ola que se erige en el interior del mago va ganando altura. Me esfuerzo para evitar que mi confuso poder se una a él. Pero entonces Trystan lo frena e interna la creciente tormenta tan dentro de sí que ya no puedo sentirla.

—Hoiyon, Nor Ung Li —dice cogiendo las prendas, se endereza y saluda a nuestra comandante llevándose el puño al pecho con una expresión militar puramente formal.

Me mira a los ojos con un desafío tan evidente que provoca en mí un destello de rayos invisibles.

Vuelvo a sentir la fuerza del conflicto, y apenas soy capaz de reprimir las ganas que tengo de protestar contra algo que me parece completamente injusto. Me vuelvo hacia Ung Li mientras las palabras de protesta trepan por mi garganta, pero las engulle el silencio en cuanto veo la frialdad con la que está mirando la espalda de Trystan.

«Nuestra comandante quiere que se marche.»

Me doy cuenta de que no hay forma de ganar. Ni para Trystan, ni para mí. Ni para cualquiera que se alíe con un mago en contra de todo oriente. Una cosa es discutir con los demás cadetes, pero cuestionar a tu comandante es muy distinto.

Me esfuerzo por justificar mi silencio. «No puedes seguir involucrándote emocionalmente en esto y ser su escolta al mismo tiempo. No dejas de cometer ese error.»

Un racimo de relámpagos crepita a través de mí tratando de llegar a Trystan, pero yo los contengo con fuerza y consigo que vuelvan.

«Eres su guardia, no su aliado», me recuerdo con terquedad mientras sigo al mago.

Pero por mucho que luche contra ello, sé muy bien que mis lealtades han cambiado.

—Te estás complicando la vida —le advierto a Trystan mientras lo sigo hasta la terraza que hay junto al agua en la base del Wyvernguard.

En el cielo no brilla ni una estrella, es un manto negro como un tizón, y el río que fluye junto a la terraza de ónice suena con un vaivén rítmico muy musical.

Trystan me ignora sin aminorar el paso cuando se cruza con un grupo de cadetes que lo fulminan con la mirada, y a continuación recorre la curva de la terraza hasta una zona solitaria. Se detiene ante la barandilla de piedra y tira las prendas negras al suelo mojado.

Me quedo estupefacto.

—Tienes que ponerte eso y dejar de intentar parecer un noi'khin —le advierto.

—Quiero ser noi'khin —espeta él con los ojos verdes en llamas.

Su descarada declaración me enfurece. Se está engañando a sí mismo. Jamás podrá ser un auténtico ciudadano de oriente. Una cosa es que Trystan espere ser tolerado, pero otra muy distinta es formar parte intrínseca de estas tierras.

Alzo las cejas.

—Trystan, tienes que aceptar la realidad. Eres el nieto de la Bruja Negra. Jamás podrás ser noi'khin.

Él se acerca a mí, su poder de agua y de fuego le recorre las líneas como una tempestad.

—Y entonces ¿qué soy? —pregunta.

Yo también doy un paso hacia él, mis relámpagos se recortan en dirección a los suyos.

—Un gardneriano.

En sus labios se dibuja una sonrisa oscura y cortante.

—Entonces ¿debería regresar al Reino de Occidente? ¿Para que me readmitieran en sus filas?

Del poder de Trystan emerge una perturbación caótica que atraviesa mi magia. Abro los ojos sorprendido. Porque puedo sentir el dolor que habita en esa perturbación.

Y entonces lo comprendo: «En el Reino de Occidente odian a los hombres como nosotros».

Es un pensamiento surrealista. Me cuesta entenderlo. ¿Cómo es posible que una religión pueda odiar una cosa como esa? Pero ya había oído que el libro sagrado de los gardnerianos contiene pasajes enteros que condenan a cualquiera que ame a otra persona de su mismo sexo. Además de otros pasajes en los que el Gran Ancestro exige que se odie a cualquier ser alado o capaz de cambiar de forma. De ahí la obsesión de Marcus Vogel por asesinar o acabar con cualquier ícaro, además de aniquilar a todos los habitantes del wyvern.

Un lugar que ellos consideran un infierno despreciable.

De pronto me doy cuenta de que jamás me había parado a pensar en cómo habrá sido la vida de Trystan allí. Porque la idea de un lugar como ese es demasiado grotesca como para siquiera considerarla.

Sostengo la tortuosa mirada del mago abrumado por el repentino deseo de entenderle.

—Sé que te sientes atraído por mí.

Mis palabras brotan sin control, y la devastada reacción del mago me hace sentir como si estuviera empuñando un arma.

Le tiembla un poco el labio y me asombra ver las grietas en su impenetrable fachada de serenidad.

—Todo el mundo se siente atraído por ti, Vothe —me contesta con un tono amargo.

Trago saliva tratando de controlar mi aura de agua para que no se abalance sobre la de Trystan Gardner.

—¿Tenías que esconderte cuando estabas allí?

A sus asombrosos ojos asoma un destello de ira.

—¿Tú qué crees?

Me impacta mucho darme cuenta de que Trystan estaba más marginado en el Reino de Occidente que aquí.

—Ellos no lo entienden —susurro levantando la vista hacia el Wyvernguard—. ¿Verdad?

Trystan aprieta los labios con desdén y me clava una áspera mirada.

—¿Y crees que tú sí?

Me molesta advertir su tono acusador al tiempo que comprendo algo todavía más importante. He sido muy desconsiderado al besar a

Basyl delante de él para alejarlo cuando, en el lugar del que viene Trystan, besar a un hombre de esa forma hubiera bastado para acabar en la cárcel. O algo peor.

Me acerco un poco a él.

—Quiero entenderlo.

—¿Quieres entenderlo? —dice Trystan enfadado—. Bien. Te ayudaré a entenderlo. Si yo hubiera abrazado a alguien de mi mismo sexo allí…

Se le apagan las palabras y pierde la mirada por el río apretando los dientes; tiene el poder de agua muy agitado.

—Si yo abrazara a alguien de la misma forma que tú abrazaste a Basyl… —Vuelve a guardar silencio y respira hondo; a continuación se gira hacia mí con fuego en los ojos como si quisiera que yo lo entendiera todo solo gracias a la intensidad de su mirada—. Si yo besara a un hombre allí, como tú puedes hacerlo aquí, nos habrían detenido y probablemente también nos hubieran ejecutado. Nuestras vidas quedarían destruidas. La vida de nuestras familias quedaría arrasada a menos que renegaran de nosotros. Así es como yo he vivido toda mi vida; ¿crees que puedo olvidarlo sin más y volver a ser gardneriano?

Trystan me fulmina con los ojos y puedo sentir la rabia que vibra en su vasto poder.

—Me dicen que debo llevar prendas gardnerianas. Que soy gardneriano. Pero no lo he sido nunca. —Adopta un tono áspero—. Lo que yo soy no es aceptable en el Reino de Occidente. Soy un renegado. Un maligno.

Mira hacia la punta de la isla Wyvernguard con rabia en los ojos y a continuación vuelve a mirarme mientras en sus preciosos y luminosos labios verdes se dibuja una fría sonrisita.

—Jamás he sido gardneriano —dice con más emoción de la que le he visto mostrar jamás—. Y nunca lo seré. Me da igual cuántas veces destrocen mis prendas noi. Me da igual lo que hagan para expulsarme. Jamás volveré a ponerme las prendas negras de los gardnerianos. —Da otro paso hacia mí con los ojos en llamas—. Y tanto si el pueblo de Noilaan me quiere aquí como si no, aquí es donde voy a estar. Y

pienso luchar con todo lo que tengo por esta intolerante tierra tolerante.

Me quedo de piedra. La lágrima que resbala por el anguloso rostro de Trystan hace brotar las mías.

—Apártate, Vothe —me pide con tono seco y un brillo letal en los ojos.

Acerca la mano a la varita que lleva envainada junto a su cadera.

—¿Por qué?

Y entonces el mago desenvaina la varita y proyecta una violenta ráfaga de fuego que impacta en las prendas gardnerianas del suelo y las envuelve en una abrasadora bola de fuego.

—Min Lo. —Intento razonar con mi amiga de la infancia y guerrera Vu trin—. No lo arrestes. Es más complicado de lo que tú crees.

—¿Qué es tan complicado? —pregunta Min Lo. Los mechones plateados y violetas de su pelo puntiagudo proyectan un brillo azulado bajo la luz rúnica de la terraza, y lleva una hilera diagonal de estrellas plateadas prendidas en el uniforme. Gesticula en dirección a Trystan, que aguarda inmóvil junto a la barandilla con la ropa chamuscada a sus pies. Aprieta la varita del mago con la mano y me clava sus ojos negros—. Acabas de utilizar magia gardneriana sin permiso. Cosa que bastaría no solo para expulsarte del Wyvernguard, sino de todo el reino. Pensaba que no querías que estuviera aquí.

Aprieto los labios con frustración. Estoy a punto de cruzar una línea que, una vez superada, ya no tiene vuelta atrás. Miro a Trystan a los ojos y nuestros relámpagos invisibles centellean unos contra otros.

Me vuelvo de nuevo hacia Min Lo.

—Percibo su honestidad con toda claridad. Ha venido a pelear en el bando de oriente. Y, además, le gustan los hombres.

Ella guarda silencio un momento como si estuviera tratando de entender adónde quiero ir a parar. Es así desde niña: dura, pero reflexiva y justa.

Las consecuencias de la situación de Trystan parecen asomar a los ojos negros de Min Lo. Mira a Trystan frunciendo el ceño, como si de pronto lo viera con una nueva perspectiva.

—Allí eso es ilegal. Lo sabes, ¿no? —dice con tono grave

mirándome de nuevo—. Para los magos es inadmisible.

Asiento un poco abrumado por estar pidiendo indulgencia para el nieto de la Bruja Negra, pero soy incapaz de olvidar esa lágrima resbalando por el angustiado rostro de Trystan y cada vez tengo más ganas de comprender por lo que ha tenido que pasar.

—Minyl —digo bajando la voz y aludiendo a nuestra amistad al llamarla por su nombre de pila—. Por favor. Haz una excepción. No le delates.

TRYSTAN

Aguardo mientras Vothe y la guerrera del pelo de punta deliberan, apenas incapaz de pensar con claridad a través del tornado de emoción y poder volátil que se ha apoderado de mí mientras contemplo las prendas gardnerianas quemadas deseando ahora con todas mis fuerzas estar con la familia o con Tierney. Respiro hondo algo tembloroso, desesperado por recuperar la compostura, pero incapaz de lograrlo.

La guerrera Min Lo me lanza una mirada confusa mientras corta el aire con las manos; la luz de color zafiro que baña la terraza enfatiza sus angulosos rasgos. Vothe y Min Lo guardan silencio mientras se miran el uno al otro muy serios. Y entonces se vuelven hacia mí.

Clavo los ojos en Min Lo, pues no me siento capaz de mirar a Vothe. No quiero sentir el aura de relámpagos que cobra vida y me provoca un deseo dolorosamente inútil cada vez que nos miramos a los ojos. La preocupación que asoma en la expresión de Min Lo parece convertirse en determinación. Aprieta los dientes y los labios acercándose con mi varita en la mano.

Se detiene ante mí.

—Le voy a pedir a Ung Li que te permita seguir llevando el uniforme del Wyvernguard —afirma.

Me quedo perplejo y el poder de mis líneas se descontrola presa del frenesí. Min Lo me devuelve la varita.

—Gracias —consigo decir al aceptarla.

Min Lo fulmina con la mirada a Vothe. Y a continuación se marcha y sus pasos resuenan en el suelo de piedra.

Me la quedo mirando mientras resisto las ganas que tengo de mirar a Vothe. La atracción que ejerce sobre mí es muy intensa. Maldita y abrumadoramente intensa. Pero como todo mi cuerpo palpita y tira con fuerza para fusionarse con el poder de Vothe, acabo cediendo, me doy la vuelta y busco su mirada oscura.

La energía de un relámpago crepita entre nosotros y su intensidad vibra en mis líneas hasta llegar a la planta de mis pies, y por la cara

que está poniendo Vothe, sé que él también la siente. Se le separan los labios, como si dejara escapar un suspiro asombrado, y me mira fijamente a los ojos mientras en sus labios cobran vida las siluetas de unos rayos blancos. Su boca de relámpago se cierra y se abre de nuevo, como si se muriera de ganas de decir algo, y está muy tenso, presa de la intensidad que lo acompaña.

Dos jóvenes cadetes doblan la curva de la terraza y nosotros nos volvemos hacia ellas, lo que pone fin a la conexión entre nosotros. Vothe aparta la vista y pasea la mirada por el Vo con aire distraído mientras se muerde los labios con una expresión de intensa frustración. Las venas de luz que se recortan en su boca desaparecen tras un rápido parpadeo y al mismo tiempo también se apaga una parte de mi corazón.

«Se avergüenza de la atracción que siente por mí.»

Cada vez más desesperado, observo a las dos jóvenes que se acercan fulminándome con miradas de repulsión. La más alta de las dos, que lleva un peinado de trenzas morenas con mechones azules, le da unas palmadas en el hombro a Vothe cuando pasa por su lado.

—*Koilu*, noi'khin —dice dedicándole a Vothe una mirada solidaria.

«Sé fuerte, hijo de Noilaan.»

Vothe se pone tenso. Pero guarda silencio.

Un silencio sepulcral.

Las cadetes llegan a la otra punta de la terraza y desaparecen de nuestra vista mientras a mí se me contrae el corazón presa de un dolor atenazante.

—Tengo que volver —me obligo a decir evitando su mirada para no ver en ella la decisión que ha tomado: la decisión de alejarme.

Porque sé que ahora mismo, el rechazo de Vothe tiene el poder de destruirme por completo.

No miro a Vothe ni una sola vez durante todo el trayecto de vuelta a mi dormitorio, y él no inicia ninguna conversación, y su silencio expresa más océanos de los que podría expresar su voz. El dolor me oprime el pecho.

Cuando llegamos a mi dormitorio me paro con la mano en el pomo de la puerta. Noto que él también se ha detenido, percibo la tormenta

que se ha creado entre los dos del mismo modo que puedo sentir cómo Sylla me clava sus muchísimos ojos desde su rincón preferido en el interior de las telarañas del pasillo. Levanto la vista y advierto su oscura figura en forma de araña cerca del techo, observándonos con atención, su quietud de fae de la muerte impregna la atmósfera que nos rodea a todos.

—Trystan… —dice Vothe, y en su voz percibo tanto la rebeldía como la rendición. Las pocas ganas que tiene de disculparse por su cobardía. Porque ambos estamos sintiendo lo que está surgiendo entre nosotros.

—Vete —le digo con muchas ganas contenidas de atravesar el poder de Vothe con una ráfaga de fuego y poder así alejarlo de mí para siempre.

Miro fijamente el pomo de la puerta consciente de que, si miro a Vothe, mis relámpagos encenderán algo que no seré capaz de reprimir.

Aguarda durante un agónico y exasperante momento mientras en el aire flota todo lo que hay entre nosotros, y yo pienso:

«¡No te deseo! ¡Si eres incapaz de superar todo esto cuando más importa, no te deseo!».

Vothe suspira con indecisión, se da media vuelta y se marcha. El ruido de sus botas contra la piedra del suelo me perfora el corazón. No me muevo. Solo me quedo allí, temblando, con la mano en la puerta.

—Estoy en apuros —le confieso a Sylla.

Se oye un crujido en las telarañas, como cuando alguien roza una tela.

Cuando levanto la vista, la veo todavía encaramada cerca del techo, pero ha adoptado su diminuta forma humana, salvo por los ocho ojos negros. No dice nada, pero noto cómo desciende un silencio más profundo —un silencio de fae de la muerte— y de pronto me asalta la sensación de estar cayendo por un pozo, y la tenue luz del pasillo oscurece un poco más. Y puedo sentirlo en ese silencio sobrenatural. Su comprensión.

Engulléndome como esa bruma negra que ahora está brotando de las paredes, y me reafirma. Alivia el temblor y el océano de angustia que amenaza con destrozarme.

Me doy la vuelta, abro la puerta de mi dormitorio y jadeo.

Un sinfín de brillantes telarañas cuelgan del techo y decoran los marcos de todas las ventanas, envolviéndolas como cortinas. Me asombra la hermosura de los diseños: elaborados patrones geométricos que sobresalen hacia fuera, más intrincados que cualquier cosa que haya visto hasta ahora, de una belleza hipnótica y delicada.

Entro en la estancia y lo observo todo asombrado. De los adornos cuelgan varias arañas de largas hebras plateadas, y me miran con ávida expectativa.

«Lo ha hecho ella —advierto sorprendido—. Me ha decorado la habitación.»

Y en el centro de una de las telarañas en una esquina de la habitación, ha escrito algo con una elaborada caligrafía noi.

«Noi'khin.»

Se me llenan los ojos de lágrimas al advertir que esta es la forma radical de Sylla de reaccionar a las innumerables ocasiones en las que he abierto la puerta o he doblado una esquina y me he encontrado esos insultos escritos en la pared.

Es un gesto precioso.

«Lo ha decorado todo para mí.»

Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras me engulle el dolor.

Me vuelvo hacia ella, que ahora aguarda en el marco de la puerta en forma parcialmente humana, con las manos entrelazadas, un tímido brillo en los ojos, las largas y oscuras patas de araña flexionadas con delicadeza alrededor del cuerpo.

Me la quedo mirando, es temible y hermosa al mismo tiempo. Y entonces me doy cuenta de que así es como son las arañas. Da miedo mirarlas. Es aterrador pensar en lo que hacen, en su forma de matar. Pero al mismo tiempo son artistas de la más alta hegemonía. Vuelvo a pasear la vista por la habitación y admiro los maravillosos diseños, tan preciosos que me encogen el corazón. Y entonces me doy cuenta de que Sylla también es una gran artista.

Las numerosas arañas están allí colgadas, inmóviles, como si estuvieran conteniendo el aliento, aguardando para ver mi reacción a

esta extraña y hermosa muestra de amistad.

—Es emocionante —le digo con la voz rota esforzándome por encontrar las palabras con las que expresar mi gratitud—. Lo que haces es precioso —consigo decir con absoluta sinceridad—. Y muy complejo.

—Abraza la complejidad —dice ladeando la cabeza mientras su quietud nos envuelve a ambos.

Toso tratando de esconder un sollozo y hago una mueca; se me escapan las lágrimas.

—Ya lo intento —digo con la voz ronca—. Lo intento. Pero lo estoy pasando mal.

—También debes abrazar eso —dice con un grave y profundo tono de voz que me resuena hasta en los huesos. Los fae de la muerte son muy dados a esta clase de declaraciones crípticas y filosóficas, y ahora mismo sus palabras me están salvando la vida.

—Me siento muy solo, Sylla —admito desmoronándome e incapaz de reprimir los sollozos que me arrasan. El dolor me cierra los ojos.

Ella no hace ni un ruido al cruzar la estancia, y noto el ligero peso de su pata de araña sobre el hombro.

—Debes ser valiente, noi'khin —me dice mientras yo sigo sollozando—. Y ten paciencia con Vothendrile. Está perdido, como tú.

8

As’lorion
TIERNEY CALIX

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Sur, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

Tierney se dirige a la habitación de Fyordin. Tiene una bola de nervios en el estómago a causa de la impulsiva decisión que ha tomado; y ya es cerca de medianoche.

Suspira algo temblorosa y llama a la puerta del asrai percibiendo el flujo de su poder justo al otro lado. El pasillo está en silencio, iluminado solo por un candil rúnico de color zafiro. Maldice entre dientes incapaz de controlar la forma en que su poder de agua se abalanza sobre la puerta con una fuerza turbulenta.

Una de las fluidas líneas del poder de Fyordin conecta con la suya a través de la puerta de madera, y toda su magia cobra vida cuando un pequeño arroyo de esta encaja con la tempestuosa corriente de Tierney. En el interior de la habitación se oyen unas fuertes pisadas.

Se abre la puerta y Fyordin aparece ante ella.

Tierney respira hondo. No lleva camisa, va descalzo y se le ven los *piercings* que luce en los pezones. Los finos pantalones que viste penden con elegancia de sus caderas, y en ese momento sus líneas masculinas destacan con mucha más claridad que cuando lleva uniforme…

Pero lo más desconcertante es cómo la está mirando. En sus ojos de lago se adivina una creciente preocupación. En su mirada, que cuando

ha abierto la puerta se veía indecisa a causa del sueño, se concentra una energía rebelde y es evidente que su magia está preparada para lo que haga falta, ya sea para defenderse o aliarse.

Tierney se da cuenta de que la ira que siente hacia él se sofoca bajo el peso de esa mirada de alianza asrai'kin.

—Quiero nadar hasta el fondo del Vo contigo —le suelta de golpe.

El aura de agua de Fyordin brota hacia ella con potencia, pero él la retiene con una fuerza impresionante. La mira con curiosidad e inquieta exasperación.

—Me estás mandando un montón de señales contradictorias, consejera Calix.

—Fyordin —responde con aspereza, en parte con censura y en parte con un urgente ruego en la voz—. Necesito tu ayuda.

Él frunce el ceño y un pequeño tirabuzón de poder se le escapa para adentrarse en la tormentosa aura de Tierney, y ella advierte cómo él pone la evidente inquietud de ella por encima de la intensa necesidad que siente de dejar que sus olas impacten contra la magia de ella. Abre más la puerta y Tierney entra en la estancia sin preocuparse por el decoro. Fyordin cierra la puerta y aguarda ante ella.

Tierney estudia la habitación, la cama revuelta, los distintos libros y armas que tiene repartidos por ahí, y todo iluminado por la luz de la luna que entra por los ventanales después de reflejarse en el Vo.

—¿Qué clase de ayuda necesitas?

Ella lo mira a los ojos y entre ellos salta una chispa.

—Nosotros tenemos la capacidad de amplificar el poder del otro —empieza a decir algo incómoda—, y… —traga saliva y se le acelera el pulso al notar la inquietante caricia de su magia conjunta—, pues que… necesito nadar hasta el fondo del Vo y tocarte.

Fyordin alza una de sus cejas azules y una intensa corriente de su poder brota hacia ella.

—¡No de esa forma! —espeta viendo como la diversión asoma a los ojos del asrai.

—Y entonces ¿a qué te refieres, asrai? —pregunta con cálida preocupación.

—Necesito conseguir una mejor percepción del río —vuelve a

explicar Tierney demasiado consciente de su cercanía. De lo solos que están. De que el río está justo ahí—. Fyordin… —consigue decir cuando sus poderes unidos se liberan y se fusionan en una apasionada caricia.

La agradable sensación parece cogerlos a ambos por sorpresa. Fyordin se pone tenso y un deseo fluido asoma a sus ojos mientras Tierney se olvida de lo que estaba diciendo incapaz de luchar contra la marea.

De pronto ya no quiere luchar más contra eso. Se acerca a él con el pulso acelerado y le posa una mano temblorosa en el hombro desnudo.

El poder de Fyordin se abalanza sobre ella con una fuerza oceánica que le recorre las líneas. Las paredes de la habitación parecen licuarse y los torbellinos de magia cobran vida bajo la piel del asrai para internarse en la palma de ella.

—Vaya —es todo cuanto consigue decir Tierney, que siente la atracción hacia él mientras Fyordin entorna los ojos y se le escapa un suspiro entrecortado.

—El contacto de tu piel —jadea— es mejor de lo que había imaginado…

Sus auras se desatan. Tierney tira de él al mismo tiempo que Fyordin la abraza, y su magia y sus fuertes brazos la envuelven en un poderoso abrazo. Tierney se estremece abrumada por sus respectivos poderes unidos con una urgencia tan apasionada que le roba el aliento; el furioso apetito de su magia conjunta crece hasta adoptar niveles tempestuosos, y el cuerpo de él pegado al suyo le provoca una excitación salvaje. Como las profundidades del Vo.

Fascinada, Tierney alarga una mano temblorosa para tocar el sedoso pelo de Fyordin. A él se le acelera la respiración y cierra los ojos con arrebato mientras ella enreda los dedos en sus mechones fascinada por el tacto de cascada que descubre en él. Cuando Fyordin vuelve a mirarla, sus ojos y su poder están agitados por el poder del Vo.

—Me estoy enamorando de ti. Mucho —ruge con aspecto de haber perdido cualquier control sobre sus poderes.

Otro tirabuzón de su aura se enrosca en ella provocándole un

estremecedor placer que jamás había sentido.

—Vaya —vuelve a exclamar Tierney sorprendida y fascinada.

—Bésame una vez, asrai —propone Fyordin inclinándose seductoramente mientras le habla en voz baja—. Solo una vez.

«Está temblando», advierte Tierney asombrada del efecto que tiene sobre él mientras el deseo que siente ella empieza a alcanzar alturas abrumadoras. Las paredes que los rodean se contraen y ella pelea contra el deseo de estrecharlo con más fuerza, pero, en lugar de abandonarse a esa necesidad, lo retiene.

—Fyordin…, esto es un error. No es una verdadera atracción. La mayor parte del tiempo nos odiamos.

Una brillante ráfaga del poder de Fyordin la recorre de pies a cabeza.

—Yo no te odio siempre, asrai —ronronea con un brillo travieso en los ojos; Tierney siente unas ganas enormes de fusionarse con él como lo hace con el Vo. Del todo. Sin contenciones.

Pero… no. Lo que están sintiendo es la magia del río, que los está confundiendo.

Tierney da un paso atrás muy decidida y rompe el contacto físico. Respira hondo y mira los ojos hambrientos de Fyordin mientras las paredes fluyen a su alrededor.

—No debería haber venido aquí así —consigue decir con la voz temblorosa—. Me he equivocado…

—Desde que nos conocimos, me quedo despierto todas las noches —confiesa Fyordin con tono atormentado— pensando en las ganas que tengo de llevarte al fondo del Vo y… fusionar nuestras corrientes.

Guarda silencio apretando los dientes y ella nota que hay algo más profundo, cierto nerviosismo que habita en ese intenso deseo.

—Yo también me quedo despierta a veces pensando en ti —admite —. Pienso en llevarte hasta el fondo del río y…

Se le apagan las palabras y se ruboriza.

A Fyordin se le enciende la mirada.

—Pues vamos, asrai'lir. Ahora mismo. Y así podremos fusionar nuestros poderes como asrai'lure.

Tierney se sobresalta. Sabe muy bien lo que significa eso, es el

matrimonio asrai.

Un vínculo eterno entre dos asrai que fusionan sus vínculos acuáticos y la custodia sobre esas aguas como si fueran un solo ser. Y es en ese momento cuando se da cuenta de lo perdido que está Fyordin en su febril atracción, como un arroyo revuelto donde todo está empañado.

Tierney sacude la cabeza tratando de aclarar las ideas. La distancia ayuda, pues sofoca su atracción líquida mientras la estancia se solidifica. Se frota el puente de la nariz y empieza a respirar con normalidad.

—Nuestra atracción asrai nos está embotando los sentidos. Ni siquiera nos llevamos bien.

—Asrai…

—Fyordin —lo interrumpe Tierney—, por favor, escúchame. Creo que los dos pensamos en llevarnos mutuamente al fondo del río porque no queremos abandonarlo. Porque estamos percibiendo una amenaza.

A la expresión de Fyordin asoma una vulnerabilidad que atraviesa el deseo.

—¿Tú también lo notas?

—Sí —admite, y su temor latente empieza a aumentar—. Es algo sutil, pero me carcome. No quería acudir a ti en busca de ayuda porque… estaba enfadada contigo y… —Guarda silencio reacia a verbalizar la admisión—. Tenías razón. Quería el Vo para mí sola. No quería tu ayuda. Pero… —Vuelve a guardar silencio con el corazón acelerado, consciente de que lo que está a punto de decir podría hacer que la castigaran o la expulsaran del Wyvernguard—. Fyordin, no creo que debamos abandonar las aguas de oriente.

Los dos se quedan callados mirándose fijamente a los ojos, concentrados en las posibles consecuencias de tamaña insubordinación.

—Las fuerzas de Vogel están en occidente —dice Fyordin con evidente énfasis—. Las vu trin necesitan que las apoyemos con nuestro poder para pelear contra él allí.

—Ya lo sé —responde ella temblorosa—. Y eso me preocupa, pero…

Tú también lo sientes, ¿verdad? ¿Notas ese poder sobrenatural presionando los confines del río? Creo que el Vo nos necesita. Si las aguas caen, la vida entera se desmorona. Y entonces será imposible ganar la guerra. Todo terminará.

Fyordin suspira, da un paso atrás y se pasa la mano por el pelo. Pasea los ojos por la habitación y dice algunas palabras en idioma noi; y entonces vuelve a mirarla a los ojos llevándose sus fuertes manos azules a las caderas.

—Quiero que vengas al fondo del Vo conmigo ahora mismo —dice Tierney muy seria—. Pero no para fusionarnos como asrai'lure, porque en realidad no estás pensando con claridad. Ni yo tampoco. Somos espejos del Vo, lo que sentimos es la llamada del río.

—La as'lorion —jadea Fyordin mirándola con complicidad.

Tierney se queda de piedra al oírle nombrar algo de lo que jamás había oído hablar hasta llegar allí: la intensa llamada de los fae de agua. Una llamada que solo llega una vez a lo largo de varias generaciones.

La llamada asrai a proteger las aguas por encima de cualquier cosa.

Mientras la observa, de su rostro desaparece esa mirada atormentada, y su poder conjunto empieza a fusionarse en una corriente más unificada.

—¿Qué eres antes, Fyordin? —le pregunta Tierney con tono desafiante pero sin una pizca de rencor—. ¿Vu trin o asrai? Me parece que el río nos está pidiendo que nos decidamos ya.

Fyordin traga saliva y le clava los ojos.

—Asrai, Tierney. También soy vu trin, pero primero soy asrai. Siempre. —La pasión asoma a sus ojos—. Y Tierney, mi asrai'lir, creo que me estoy enamorando de ti de verdad, a pesar de nuestras diferencias.

Ella se sonroja presa de una gran empatía por ese asrai exasperante, en ocasiones desconsiderado y equivocado, pero absolutamente leal.

—No es a mí a quien amas. Es al Vo que hay en mí. Y no puedo evitarlo… Yo también amo el Vo que hay en ti.

Fyordin guarda silencio y la emoción impregna su poder conjunto. Finalmente le tiende la mano algo vacilante, como en una ofrenda de

paz. Y Tierney la acepta.

Alza la mano azul de Tierney, de un tono idéntico al suyo, y la observa con atención mientras la acaricia con el pulgar. Una punzada de calor atraviesa el poder de Tierney, y Fyordin la mira con seriedad y complicidad. A continuación se lleva la mano a los labios y le da un beso; ahora tiene el poder contenido, no es más que un pequeño arroyo que fluye por el poder asrai de Tierney como un abrazo delicado.

—No es solo nuestro vínculo con el Vo —dice mientras baja las manos y entrelaza los dedos con los de ella. Tierney le deja hacer mientras sus poderes se fusionan.

—Entonces ¿somos aliados, Fyordin? —pregunta ella—. Por el Vo.

—Somos aliados, asrai —acepta él estrechándole la mano con fuerza.

—Bien —responde satisfecha por la decisión conjunta que han tomado de ir en solitario, de hacer lo necesario—. Pues ven conmigo, asrai'kin. Vamos a escuchar a nuestro río. Juntos. A ver qué podemos oír con nuestros poderes unidos.

9

Tormenta en el Zonor

TRYSTAN GARDNER Y VOTHENDRILE XANTHILE

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Norte, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

VOTHENDRILE

—¡Los problemas del Reino de Occidente deben quedarse en el Reino de Occidente! —insiste Heelyn discutiendo con Min Lo al tiempo que agita sus manos decoradas con runas.

Observo el dragón que Heelyn lleva rasurado en un lateral de la cabeza en representación de la diosa Vo, mientras presencio el enfrentamiento entre las dos amigas de la infancia. Trystan aguarda a unos metros de distancia ataviado con su uniforme de cadete vu trin de color zafiro, y no puedo evitar recordar cómo quemó sus ropas gardnerianas hace algunas noches.

—Hay niños…, familias enteras que mueren cada día en su peregrinaje al Reino de Oriente —explica Min Lo a la sala llena de cadetes y guerreras ignorando la censura de Heelyn—. ¿Quién quiere volar conmigo esta noche para ir a ayudar a esas personas?

Observo a la multitud que se ha reunido en la espaciosa sala de armas circular, todo el mundo está esperando a que llegue el maestro de armas Jyl Hin. La luz azul de las antorchas proyecta un brillo tenue sobre ellos y las paredes de piedra, que están llenas de armas rúnicas dispuestas en letales y ordenadas hileras.

A Min Lo le arden los ojos, y el silencio con el que el público recibe su propuesta solo sirve para encabritarla todavía más.

—Las personas que huyen hacia aquí no tienen ni idea de cómo son las aguas del río Zonor. Esta noche se esperan tormentas, y siempre existe el peligro de que haya alguna migración de krakens. Las rastreadoras vu trin han avistado un grupo de habitantes de occidente dirigiéndose al río. Necesitan nuestra ayuda.

Suspiro. «Minyl, tú siempre tan rebelde. Siempre de parte del bando más impopular y presionando a los demás para que te apoyen.»

—Y rescatando celtas y uriscos solo conseguirás que vengan más y que se pongan en peligro —tercia Heelyn.

—¿Acaso crees que se quedarán donde están si no evitamos que algunos de ellos acaben ahogándose en el río?

Minyl formula su pregunta con evidente serenidad, pero yo sé que cada vez está más indignada.

—Yo pienso que, si no vamos con cuidado, el Reino de Oriente se convertirá en el Reino de Occidente —opina Heelyn—. Los celtas y los uriscos son tan retrógrados como los gardnerianos.

—Sé muy bien cómo te sientes, Heelyn —declara Minyl en un evidente intento de silenciar a la otra.

—El ejército celta no permite el acceso de las mujeres a sus filas —le recuerda Heelyn—. Las mujeres tienen prohibido llevar armas. Y todo porque lo dice su libro sagrado. El mismo libro sagrado de los cuervos, a excepción de algunas páginas, quizá. ¿Eso es lo que quieres que ocurra en el Reino de Oriente?

—¿Has olvidado que los celtas fueron nuestros aliados en la guerra de los Reinos? —le ruge Min Lo.

Heelyn resopla con desdén.

—Las amaz también. Y ellas matan a cualquier hombre que ponga un pie en su territorio. Y llevan a los bebés varones al bosque, donde los dejan morir.

Min Lo da un paso hacia Heelyn empuñando con fuerza las armas que lleva envainadas en las caderas.

—Lo único que yo sé, Heelyn —prosigue—, es que mientras estamos aquí discutiendo, esas familias están a punto de cruzar el Zonor sin tener ni idea de la corriente de fondo que se creó en sus profundidades por un hechizo durante la guerra de los Reinos. O de lo rápido que se mueven las tormentas y los krakens. —Minyl mira las caras que la rodean con una petición silenciosa en busca de comprensión—. ¿No lo veis? Podría tratarse de cualquiera de nosotros de haber nacido en un lugar donde hubiera un conflicto. Hay personas dirigiéndose hacia aquí mientras nosotros hablamos. Ayudémosles. ¿Quién está conmigo? Ung Li me ha dado permiso para llevarme cuatro esquifes rúnicos.

Advierto las miradas incómodas que intercambian los noi uniformados, tanto cadetes como guerreros, a excepción de Trystan, y siento piedad de Minyl cuando veo que nadie se presenta voluntario.

Está librando una batalla perdida. La debilidad de la comandante Ung Li por los refugiados que vienen del Reino de Occidente —a

excepción de los gardnerianos y los alfsigr— no es su faceta más popular. Las opiniones de los habitantes del Reino de Oriente están cambiando. Antes, cuando solo llegaba un goteo de refugiados, la mayoría de ellos fae que aportaban su poder al Wyvernguard, sentían mucha simpatía por ellos, y todos estaban unidos en contra de los gardnerianos y sus aliados, los alfsigr. Pero ahora que el flujo está aumentando…, las puertas están cerradas a cal y canto.

Mi pueblo también está de parte del cónclave noi en este asunto, y yo me siento inclinado a pensar igual que ellos. Heelyn tiene razón. Los problemas del Reino de Occidente deben quedarse en el Reino de Occidente. Las amaz traerán su odio hacia los hombres. Los celtas traerán su maldito *El libro de la Antigüedad*. Los uriscos traerán su lucha de clases y esa geomancia potencialmente peligrosa. Los fae traerán sus grupos revolucionarios que pretenden devolver la supremacía fae a ambos reinos. Y los lupinos…, la creciente manada de Gerwulf no rinde pleitesía a nadie, ni siquiera al cónclave noi. De momento son aliados de oriente, pero ¿siempre será así? Y ahora están empezando a entrar incluso algunos refugiados magos.

El Reino de Oriente está al borde del caos.

—La semana pasada se ahogó un bebé —insiste Minyl. Me mira fijamente—. Vothe, tú eres un buen amigo. Siempre has sido una persona muy íntegra. Ven a ayudarme.

—Minyl… —Me apena mucho tener que decepcionarla en público —. No puedo ayudarte. Ya lo sabes. Soy el hijo del regente Zhilon'ile. Se vería como una declaración política…

—¿Ya has olvidado qué significa el dragón que llevas en el uniforme? —me desafía Minyl con la voz entrecortada por la emoción —. ¿La compasiva Vo? ¿La diosa de la misericordia?

—La diosa de la religión noi —dice Heelyn—. No la diosa de los celtas o los uriscos.

—¿En serio, Heelyn? —responde Minyl—. ¿Y dónde pone exactamente en las *Enseñanzas de la Misericordiosa Vo* que la compasión solo es para los noi?

—¡No habrá más *Enseñanzas de la Misericordiosa Vo*, o incluso una tierra Noilaan, si dejamos que occidente arrase el Reino de Oriente! —

grita Heelyn.

—Yo me presento voluntario.

La voz de Trystan Gardner resuena como el golpe de un martillo por toda la estancia.

Minyl se pone tensa y se sobresalta, y yo advierto que los cadetes y los guerreros se distancian un poco más de ella. Heelyn fulmina a Trystan con la mirada y después se vuelve hacia Min Lo con una sonrisa desagradable como diciendo: «¿Ves? Tengo razón».

—No necesito tu ayuda —le dice Min Lo a Trystan clavándole los ojos enfadada, pero mientras lo mira airada, yo percibo el conflicto interior que la atenaza.

—Acabo de superar mi entrenamiento de vuelo —apunta Trystan aparentemente impertérrito por el desdén colectivo que flota en la estancia, y cuesta mucho no dejarse impresionar por su imperturbable actitud en este momento—. Quiero ayudar.

—Aquí nadie necesita tu ayuda, cuervo —ruge Heelyn, y yo le lanzo una mirada de censura.

—Soy un mago de agua y fuego de nivel cinco —le recuerda Trystan a Min Lo ignorando el insulto de Heelyn—. Puedo controlar tormentas y aguas turbulentas. Y apuesto a que podría partir en dos a un kraken.

Min Lo se lo queda mirando y yo percibo cómo ella empieza a ceder terreno respecto a su decisión de mantener al mago al margen.

«No es fácil, ¿verdad, Minyl? Este mago no lo pondrá fácil para ninguno de nosotros. —Mientras pienso en la valiente y temeraria postura de Trystan, en mi interior estalla un incómodo relámpago—. Este atractivo, decidido y combativo mago.»

—¿Y qué derecho tienes? —le espeta Heelyn a Trystan con rabia.

Trystan clava los ojos en su mirada incendiaria.

—Yo también soy un refugiado —afirma sereno como el ojo de un huracán.

—Tú has elegido venir aquí —comenta Heelyn con la voz quebrada por la rabia—. ¡Pero ellos tienen que esconderse aquí porque vosotros, las cucarachas, estáis destruyendo todo el Reino de Occidente! ¿Y ahora se supone que nosotros debemos permitir que los problemas del Reino de Occidente, unos problemas que ha causado tu pueblo,

lleguen al Reino de Oriente y acaben arrasándolo también todo?

Me estremezco por dentro en respuesta a las cortantes palabras de Heelyn. Porque ahora tengo clarísimo que Trystan Gardner no tiene elección.

Mi tormenta interior se intensifica porque la pregunta de Heelyn también tiene validez, una validez tras la que se encuentra mi pueblo, pues la regencia Zhilon'ile de mi país natal, Zhilaan, ha tomado la firme decisión, no hace mucho, de no permitir el paso de más refugiados en el Reino de Oriente. Y han presionado para conseguir que se creen varias capas de tormentas tras las montañas Vo para que occidente tenga que permanecer en su sitio además de repatriar a la mayoría de los refugiados y devolverlos al Reino de Occidente.

Occidente a un lado y oriente al otro. Una división limpia.

Problema resuelto.

—Está bien —le dice Min Lo a Trystan de pronto poniéndose completamente tensa—. Aceptaré tu ayuda, Trystan Gardner.

La estancia se llena de exclamaciones de sorpresa y censura, igual que me sucede a mí mientras percibo la propia sorpresa de Trystan rugiendo en su poder de agua.

«Oh, Minyl —pienso cuando mi poder se erige en una tormenta que hierve bajo mi piel—. ¿Qué has hecho?»

—Te espero en el muelle occidental a las dieciocho horas —le ordena a Trystan. Me tenso cuando veo que Minyl me lanza una mirada desafiante—. Supongo que eso te convierte a ti también en voluntario, Vothe.

TRYSTAN

—Hace tiempo que deberías haber visto esto con tus propios ojos, Vothe —dice Min Lo mientras pilota la embarcación rúnica por el oscuro río Vo y el brillo de color zafiro de las vibrantes runas de la nave se refleja en las ondulantes curvas del agua.

Me vuelvo hacia el Wyvernguard. Nos siguen tres embarcaciones rúnicas conducidas por algunos de los cadetes que apoyan la causa de Min Lo, además de una guerrera.

Entonces me vuelvo hacia occidente. El crepúsculo ha convertido en una acuarela de tonos negros y violetas las imponentes cumbres de las montañas Vo y sus bosques, y desde el río sopla una agradable brisa que agita las puntas plateadas del pelo negro de Vothe.

—No creo que vayas a conseguir que cambie de opinión —afirma Vothe. Se apoya en la barandilla. En cierto modo parece que esté pidiendo disculpas.

Mientras escucho su debate, me doy cuenta de que Vothe y Min Lo deben de ser amigos desde hace tiempo a pesar de sus diferencias políticas.

También sé que a Min Lo le gustan las mujeres, de la misma forma que a Vothe le gustan los hombres. Y no lo oculta. Aquí está completamente aceptado. Yo mismo la he visto en compañía de su pareja, la encantadora y esbelta guerrera Ru Sol, en más de una ocasión; hace poco las vi en la terraza, donde compartían un beso apasionado y Min Lo había enterrado la mano decorada con runas en la cascada de mechones negros de Ru Sol. Las estuve observando durante un instante, fascinado, casi mareado a causa del choque cultural. Mientras comprendía que allí las cosas eran mucho mejores en ese sentido, me di cuenta de lo arbitrarias que pueden llegar a ser las normas religiosas. Y en las pesadillas que pueden provocar esas mismas leyes.

«Pero hay más de una forma de fabricar pesadillas para los demás.»

El inquietante pensamiento me asalta mientras nuestra embarcación rúnica se remonta por la orilla occidental y deja atrás el contingente

de vu trin que están apostadas allí y, a continuación, la luz azul de la frontera rúnica. De cada una de las runas de la embarcación brota una ligera luz azul. Cruzamos el control fronterizo y la cúpula translúcida que encierra Noilaan.

Al traspasar la cúpula protectora de Noilaan por primera vez en meses me asalta una repentina sensación de vulnerabilidad.

«Hacia occidente.»

Me mentalizo y observo el campo de refugiados que ha aparecido en el lado occidental de la frontera, cuyas tiendas han sido donadas por los noi'khin que simpatizan con la causa de las personas que huyen a oriente, con esos refugiados a quienes ahora les han prohibido el paso. Cada día hay más gente y más tiendas.

—Hay un brote de gripe roja —le comenta Min Lo a Vothe con un grave tono desafiante mientras nos dirigimos hacia las montañas—. Necesitan cuidados. Y no vivir en esas finísimas tiendas sin la ayuda de los médicos suficientes para atenderlos a todos. Estoy organizando grupos de médicos y auxiliares de farmacia. Hemos pedido que nos permitan cruzar la frontera para ayudarlos.

Vothe guarda silencio y frunce sus cejas negras mientras observa las tiendas en la lejanía y el extenso campamento iluminado solo por alguna antorcha.

—Esta semana han muerto dos personas de gripe —sigue explicando Min Lo muy seria—. Una madre y su hijo de ocho años.

Cuando Vothe mira a Min Lo, advierto el intenso conflicto que brilla en sus ojos.

Estoy empezando a darme cuenta de que hay dos Vothes: el Vothe poderoso que encandila a todo el Wyvernguard y lo domina a su antojo, y el Vothe que escucha reflexivo mientras Min Lo le desafía. El que se niega a evitar a los fae de la muerte y se lleva estupendamente con Sylla Vuul.

El que es capaz de cambiar de opinión a pesar de lo mucho que le cuesta pelear contra su tendencia natural.

«Ese es el Vothe con el que me muero por estar. —Una oleada de calor me recorre las líneas—. Ese es el Vothe al que me gustaría clavarle mis relámpagos.»

De pronto Vothe se vuelve y me mira con los ojos entornados. Un escalofriante relámpago estalla entre los dos despertando hasta el último nervio de mi cuerpo.

Min Lo da un golpecito sobre el panel de control y la embarcación empieza a subir hacia la masa de relámpagos de las tormentas eléctricas creadas por el wyvern que flotan sobre las cumbres de las montañas Vo. Presiona los controles y aparece una vibrante cúpula translúcida alrededor de la embarcación; de pronto ya no se nota la caricia del viento.

—Sujetaos con fuerza —advierte volviéndose para mirarme por encima del hombro—. Vamos a cruzar las tormentas.

VOTHENDRILE

En cuanto dejamos atrás las montañas Vo y su tormenta pre-fabricada y nos internamos en el caos que reina al oeste, una racha de viento muy violenta agita nuestra embarcación, pues ya han llegado las anunciadas borrascas, con varias horas de antelación. Nuestra visibilidad es prácticamente nula, llueve con fuerza y no dejan de caer relámpagos que impactan sobre nuestro escudo.

Un escudo que se está deteriorando muy rápido.

Min Lo se vuelve hacia nosotros muy preocupada.

—Se suponía que las tormentas tardarían un poco más en llegar… No tengo carga suficiente en las runas protectoras.

Con la espalda pegada a la barandilla, extiendo las palmas de las manos hacia arriba para entrar en contacto con la energía crepitante del escudo, después cierro los ojos y exhalo con fuerza vertiendo mi poder de agua y viento en la superficie exterior del escudo, encantado de sentir cómo mi magia entra en contacto con la poderosa tormenta.

Otra fuente de poder se interna en la mía y su intensidad me roba el aliento.

Abro los ojos y veo que Trystan también tiene la mano pegada al escudo, aunque solo tiene permitido emplear sus poderes para matar krakens. Me cuesta mucho concentrarme abrumado por esta sensación nueva: mi poder fusionado con el de Trystan; proyecto más viento contra el escudo y él propulsa lo que parece un océano de agua a través de este: nuestros poderes unidos son casi como un ciclón.

Trystan baja la vista, me mira y un reflujo de nuestro poder conjunto nos atraviesa a ambos. Él esboza una sonrisita y le brillan los ojos, y yo peleo contra el repentino deseo de abalanzarme sobre él, besarlo y potenciar todavía más nuestro poder conjunto.

El grito de un niño cruza la tempestad y rompe el hechizo.

En los ojos de Trystan brilla la misma sorpresa que en los míos.

—¿Puedes sostener el escudo? —le grito por encima del rugido del viento.

Él asiente y murmura un hechizo proyectando una ráfaga más

poderosa de sus poderes de fuego y agua.

Me quito la túnica, cierro los ojos y suelto el aire mientras las alas brotan de mi espalda. Me pica la cabeza cuando mis cuernos asoman hacia arriba. A continuación extiendo las palmas contra el escudo y proyecto una ráfaga de agua definitiva contra él y contra la abrumadora avalancha de poder de Trystan.

Cuando abro los ojos, descubro que Trystan me está mirando las alas desplegadas. Una vigorizante punzada de su aura de relámpagos me chisporrotea en la piel cuando me doy la vuelta y bajo de un salto de la embarcación rúnica.

El viento me azota en cuanto cruzo la acuosa superficie del escudo. Pliego las alas y me zambullo en dirección al Zonor justo cuando otro grito se abre paso contra el rugido del viento y los truenos. A lo lejos veo las siluetas de las demás embarcaciones, meros puntitos de brumosa luz zafiro que se recortan contra el gris metálico de la tormenta, todos obligados a dirigirse al sur. De pronto consigo ver con mayor claridad la violenta y agitada superficie del agua a través de la cortina de lluvia, y se me encoge el estómago.

Embarcaciones destruidas. Personas agarradas a las piezas flotantes de los barcos.

Una niña urisca trata de mantenerse a flote justo por debajo de mí agarrándose a su madre sobre una bamboleante plancha de madera. Mientras las miro, veo cómo la violenta corriente del Zonor las separa, la madre se queda atrapada en un remolino y la niña pequeña grita tratando de escapar; y entonces se queda en silencio cuando también la succiona.

No hay tiempo para pensar en quién debería poder entrar en el Reino de Oriente y quién no. Lo único que siento es el impacto de ver a toda esta gente ahogándose.

Me interno en el agua como la flecha de una ballesta y la respiro profundamente hasta que me llega a los pulmones, disfrutando de la reflexiva ráfaga de placer que siempre me proporciona fusionarme con el agua, cuanto más agitada esté, mejor. Nado hacia arriba con las alas plegadas y diviso la borrosa imagen de la niña, que agita sus delgadas piernas; a la madre no la veo por ninguna parte. La cojo en brazos y

me elevo hacia la superficie cruzando las olas agitadas hasta adentrarme en la tormenta.

—¡Mamá, mamá! —grita en urisco atragantándose con el agua y extendiendo los brazos hacia el río; se me encoge el corazón mientras escudriño las aguas, pero no consigo localizar a la madre.

Con la única idea de ponerla a salvo, me dirijo a toda prisa hacia la embarcación rúnica mientras la niña grita histérica e intenta deshacerse de mis brazos; tiene el pelo enredado a causa de la humedad y la cara de un tono azul muy pálido a causa del frío. No debe de tener más de seis años.

Cruzo el escudo de nuestra embarcación y aterrizo en su estrecha cubierta. Min Lo mantiene la barca estabilizada sobre las peligrosas aguas; ahora que la cúpula protectora vuelve a estar en su sitio, Trystan ha bajado la varita y el escudo aguanta por sí solo. A sus ojos verdes asoma una expresión de alarma cuando ve a la niña, que no deja de gritar.

—¡Voy a buscar a la madre! —le digo volviéndome para entregársela.

—¡Un mago! —aúlla la pequeña al verlo mientras intenta aferrarse a mí.

—No tengas miedo —trata de tranquilizarla Trystan tocándole el brazo con suavidad.

—¡No! ¡No! —grita ella apartándose con fuerza—. ¡Mamá! ¡Mamá!

Antes de que yo pueda responder, Trystan alza la varita y murmura un hechizo. Queda cubierto por un fino escudo acuoso que le rodea la cabeza y el torso; y entonces salta por la borda. Min Lo me mira con decisión y yo le entrego a la niña antes de saltar de la barca.

Los siguientes minutos son un auténtico caos. Una búsqueda desesperada por las aguas turbulentas. La tormenta descargando con rabia sobre nuestras cabezas. El río lleno de niños gritando en busca de sus padres. Padres llamando a sus hijos y buscándose entre ellos.

Saco a una mujer celta con evidentes signos de gripe roja de las poderosas aguas del Zonor y ayudo a Min Lo a llevarla hasta nuestra embarcación. La mujer se desmorona en la cubierta sin dejar de toser mientras la niña pequeña sigue llamando a su madre a gritos.

Me marcho volando y rescato a otro niño, un pequeño celta rubio, pálido y traumatizado, que tirita de frío. Su padre consigue nadar hasta la embarcación y Min Lo le ayuda a subir. A continuación llega la madre del niño, que no deja de gritar histérica «¡Mi bebé! ¡Mi bebé!» mientras nosotros subimos a la barca al hijo adolescente de la familia.

Y entonces emerge Trystan arrastrando a una mujer urisca inconsciente con la piel completamente azul. Min Lo me ayuda a subir su cuerpo flácido por encima de la barandilla hasta la cubierta de madera negra; el mago vuelve a sumergirse en el agua.

—¡Mamá! —chilla la pequeña, y yo la agarro antes de que pueda abalanzarse sobre la mujer inconsciente.

Minyl se arrodilla junto a la mujer, le pone las manos sobre el pecho y empieza a ejercer presión a intervalos, buscándole el pulso mientras la niña intenta soltarse de mis brazos. Caigo presa de una gran angustia cuando veo que Minyl se detiene respirando hondo, le tiemblan los labios.

«No, Minyl, por favor, no.»

Suelto a la niña, que sigue gritando con agonía abalanzándose sobre su madre.

A Minyl se le contrae el rostro cuando empieza a llorar, pero se recompone enseguida y se seca las lágrimas. Se pone en pie y me mira, ambos estamos devastados.

Las demás embarcaciones rúnicas han conseguido seguir hacia el norte y zigzaguean por el agua. Desde donde estoy puedo ver sus luces enturbiadas por la tormenta, que ha amainado un poco, pero ninguna de las barcas ha llegado a tierra. Y entonces me doy cuenta, con el corazón encogido, de que cualquiera que no haya subido a una embarcación a estas alturas es muy probable que ya haya muerto.

Trystan asoma la cabeza sobre la superficie del agua. Lleva un bebé celta rubio en los brazos que, al emerger, escupe y se echa a llorar con todas sus fuerzas. Me precipito a la barandilla del bote y cojo al bebé, se lo entrego a Min Lo, y después agarro con fuerza la mano de Trystan notando el relámpago que chisporrotea por nuestros brazos entrelazados cuando lo ayudo a subir a cubierta.

Todas las personas que han subido a la embarcación reculan asustadas.

—¡Cuervo! —aúlla el pequeño pegándose a la borda de la barca.

—¡No te acerques! —le advierte el chico adolescente apretando los puños; se pone en pie y lo mira con los ojos desorbitados y completamente aterrorizado—. ¡Si nos haces daño, te mataré!

La mujer enferma desplomada en la cubierta grita y se protege levantando las manos, como si un monstruo acabara de aparecer en cubierta.

—¿Por qué trabajáis con un cuervo? —le grita el hombre a Min Lo al tiempo que desenvaina un cuchillo y se coloca delante de su familia; su mujer ya tiene al bebé en brazos y mira a Trystan con evidente desconcierto.

—¡La has matado! —aúlla la pequeña abrazando a su madre muerta con expresión devastada y mirando a Trystan con un odio lacerante en sus ojos azules.

Cuando entiendo lo que está ocurriendo se me rompe el corazón por la niña. Ella debe de imaginar que esta tormenta ha sido provocada por algún hechizo de los magos, y que la magia de Trystan ha ahogado a su madre.

Trystan contempla el cuerpo inerte de la mujer del pelo azul tendido ante su hija y su poder interior se hace añicos, pierde el control, y yo noto cómo me atraviesa una ráfaga de su brillante aura. Recula hasta un lateral de la embarcación, suelta la varita y levanta las manos.

Todo ocurre tan rápido que soy incapaz de impedirlo.

El adolescente celta ruge, se abalanza sobre él y lo tira al agua.

TRYSTAN

Caigo al agua y todo se desploma sobre mí con la fuerza de un millón de tormentas: la mirada de los refugiados, su justificadísimo odio, la madre ahogada…, la niña huérfana.

«Cuervo. Cucaracha.»

«Mago.»

Y de pronto, mi poder se descontrola y me ahogo en esas palabras. Mi magia es tan caótica que apenas noto el torbellino del río que se cierra sobre mí, el embudo de agua es como una perturbación lejana que se erige ante la marea de angustia y poder que corre desatada por mi corazón y mis líneas.

VOTHENDRILE

«Santísimo Vo», pienso cuando Trystan desaparece bajo la superficie del agua engullido por la corriente.

Pliego las alas y me zambullo tras él.

Me interno en el agua como una flecha y nado hacia el fondo percibiendo el poder oceánico de Trystan a través del embudo de energía del río, y enseguida diviso su larga silueta, que se aleja engullida hacia las profundidades.

Me apresuro hasta donde está y le rodeo el torso con los brazos.

Trystan me fulmina con la mirada e intenta soltarse con todas sus fuerzas, su poder está completamente alterado y nosotros forcejeamos rodeados de burbujas. Y en ese momento, al percibir la angustia que brota de su poder, me doy cuenta de que Trystan ha perdido el norte: no está luchando para evitar que yo pueda salvarlo, pelea contra todo el dolor que hay en el mundo y contra el dolor que ha tenido que soportar durante tanto tiempo.

Y no pienso dejar que ese dolor lo destruya.

«Maldito idiota —me desgañito mentalmente—. ¡No pienso dejarte morir!»

Aguanto con todas mis fuerzas mientras nuestros poderes forcejean y sus relámpagos estallan con violencia contra los míos, provocando brillantes bifurcaciones que se recortan contra el agua a nuestro alrededor.

Y entonces Trystan deja de forcejear y en su rendición también hay algo devastador. Pero no tengo tiempo de sentirlo muy profundamente. Creo una corriente de aire a nuestra espalda que nos propulse a ambos hasta la superficie, nos rodeo con un escudo y alzo el vuelo de vuelta a oriente.

Trystan se desmorona.

Percibo las oleadas inconexas de poder que brotan de él mientras Ung Li le interroga por haber utilizado su magia sin permiso y yo intento defenderlo. Me preparo para que lo expulsen inmediatamente

del Wyvernguard, pero Ung Li se limita a decir que tiene que «reflexionar tranquilamente sobre lo ocurrido» y, milagrosamente, nos deja marchar sin sancionarnos.

Trystan no me dirige la palabra mientras les acompaño hasta su barracón, tiene el pelo y la ropa empapados, y una mirada vacía en los ojos que me rompe el corazón.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Sylla Vuul con preocupación desde las telarañas del pasillo.

Cambia de forma y abandona su aspecto de araña gigantesca para adoptar la imagen de fae de la muerte menuda, se baja de la telaraña y fusiona sus ocho ojos hasta formar solo dos completamente negros.

Trystan abre la puerta, entra en silencio en la habitación y la cierra.

Me quedo inmóvil unos segundos. Soy incapaz de hablar. Me quedo allí mirando la puerta fijamente.

—Ha asustado a la gente a la que pretendíamos ayudar —consigo decir al fin con la sensación de que voy a desmoronarme yo también —. Y alguien lo empujó al Zonor. Me parece que por un momento la situación lo superó y… el río lo succionó.

De pronto me cuesta respirar y me veo obligado a dejar de hablar para luchar contra la necesidad de dejarme arrastrar por el desaliento.

No consigo quitarme de la cabeza la imagen de esa niña abrazada al cadáver de su madre, una de las muchas personas que se han ahogado hoy, y los otros cuatro cadáveres que hemos sacado de las despiadadas aguas.

Entonces oigo unos pasos por el corredor y veo aparecer a Min Lo seguida de Wyn Juun, el sacerdote más anciano del Wyvernguard, que se encarga de las necesidades espirituales de los cadetes. La túnica de sacerdote color zafiro de Wyn Juun lleva bordados varios dragones de colores distintos que representan las muchas manifestaciones de Vo. Y un collar con un colgante con la forma de una de las palomas sagradas de Vo le adorna el cuello.

El sacerdote noi me mira y enseguida veo la preocupación reflejada en su arrugadísimo rostro moreno; lleva el pelo blanco recogido en un moño y la larga barba atada con un nudo que cuelga por debajo de su barbilla.

—¿Está ahí? —pregunta Wyn Juun con impaciencia gesticulando en dirección a la puerta de Trystan.

—Se lo he contado todo —me aclara Min Lo, que todavía tiene la ropa empapada y las puntas del pelo pegadas.

—No es practicante de la religión Vo'lon —le advierto al sacerdote —. Es gardneriano.

—¿Ah, sí? —espeta Wyn Juun. Llama a la puerta y adopta un tono muy delicado al hablar—. Trystan Gardner. Soy Wyn Juun, sacerdote Vo'lon. He venido a preguntarte si quieres hablar conmigo.

Silencio.

Pero entonces se abre la puerta y asoma el rostro de Trystan pálido y manchado de lágrimas.

—Noi'khin Gardner —dice Wyn Juun con gran delicadeza, empleando a propósito la fórmula que identifica a una persona como miembro del Reino de Oriente—, te pido permiso para entrar.

Trystan esboza una mueca.

—Intenté salvar a la madre. Lo intenté. —Se desmorona y se echa a llorar—. Todo es culpa nuestra. De los magos. Estamos obligando a esas personas a huir. Nosotros tenemos la culpa. Somos monstruos.

—Has salvado a un bebé —tercia Min Lo con la voz ronca por la emoción.

Wyn Juun se acerca a Trystan y lo aparta con suavidad para poder entrar.

—Rezaremos por ella —dice adoptando un tono grave y compasivo; posa la mano sobre el hombro tembloroso de Trystan—. Rezaremos por todas las personas que huyen hacia oriente. Y también rezaremos por ti.

Wyn Juun me mira y a continuación mira a Min Lo y a Sylla. Y después cierra la puerta.

Estoy destrozado. Me dejo caer contra el muro de piedra sin advertir apenas los esfuerzos de Min Lo y Sylla, que tratan en vano de hablar conmigo. Sin apenas advertir los ligeros pasos de las arañas venenosas que trepan por mis piernas, los brazos y las mejillas; mientras el dolor se apodera de mí y me dejo arrastrar por él.

10

Vo’khin

TRYSTAN GARDNER Y VOTHENDRILE XANTHILE

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Norte, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

VOTHENDRILE

Cuando voy a buscarlo antes del alba, Trystan sale de su habitación con un rosario Vo'lon compuesto por trece cuentas de piedra, una por cada una de las doce manifestaciones de la diosa Vo, y una de marfil en el centro, que simboliza a la diosa dragón en su forma unificada. Y de esa cuenta de marfil del centro cuelga un pequeño pájaro blanco, símbolo de los centinelas ahxhil de Vo.

Busco los ojos de Trystan y lo miro fijamente. Ninguno de los dos dice ni una sola palabra mientras mi magia se agita y las pesadillas que me despertaron ayer por la noche se hacinan en mi cabeza.

El caos del río Zonor.

Niños llamando a sus padres a gritos, padres llorando por sus hijos.

La madre muerta.

La imagen de Trystan soltando la varita y cayendo al Zonor de un empujón. Lo rodeo con los brazos y me mira a los ojos bajo el agua, en ellos veo un fuego verde poblado de relámpagos que estallan con un dolor infinito.

—Wyn Juun me ha invitado a asistir al servicio Vo'lon al amanecer —me dice.

Siento una punzada de preocupación. Sé muy bien el tipo de reacción que probablemente provoque Trystan cuando aparezca con el collar Vo'lon alrededor del cuello.

«Espera —me gustaría advertirle—. Si sales con el collar Vo'lon, te van a odiar todavía más.

»Y ya no quiero que te odien.»

Pero entonces me viene otra imagen a la cabeza que eclipsa todas las demás.

Trystan emergiendo de las aguas con el bebé en brazos.

Sé que Wyn Juun ayudó a Trystan de un modo vital y misterioso. Y que el collar Vo lo simboliza de algún modo. Pienso en mi propio collar Vo'lon que tengo escondido en el fondo de algún cajón. Solo lo saco para los festivales religiosos y los días señalados. Las oraciones

recitadas de memoria con cada una de sus desgastadas cuentas. Esta ha sido mi religión desde que nací y, sin embargo, no me ha pertenecido de ese modo tan poderoso. Y ahora no me sirve de mucha ayuda. Mi mente cansada intenta entender por qué Trystan se siente atraído por esa creencia, tengo las emociones hechas un lío.

Trystan me mira a los ojos como si estuviera esperando algo de mí. Algo que no puedo darle, porque estoy perdido en unas aguas desconocidas sin nada sólido a lo que agarrarme.

Entorna un poco los ojos, como si estuviera viendo algo en mí que le doliera, y percibo una alteración en el poder que él se esfuerza por alejar de mí, y un pequeño escalofrío envuelto en relámpagos que lo recorre.

Aparta la mirada y echa a andar por el pasillo.

Cuando entramos en el templo, nos encontramos con unos veinte soldados y cadetes, además del sacerdote Wyn Juun. Los cadetes están sentados con las piernas cruzadas alrededor de la estatua central de Vo, una representación esculpida en marfil de la diosa en la que se la ve enroscada alrededor de la columna. De la cabeza de la diosa emergen algunos pájaros que se extienden por la cúpula del techo. Y en el suelo de piedra pueden verse las doce manifestaciones de Vo.

Todos los ojos se posan en nosotros y todo el mundo se queda muy asombrado, excepto Wyn Juun. El anciano sacerdote se limita a recibirnos con una agradable sonrisa desde el lugar donde está arrodillado.

Minyl está aquí, tal como me aseguró la noche anterior con un tono desafiante, pues sus oraciones son una forma de protestar contra un mundo decidido a expulsar a otras personas.

Decidido a permitir que los niños se ahoguen.

Su amada de larga melena, Ru Sol, está sentada a su lado, preparada para recitar los versos de protección para las personas que huyen a oriente. Para recitar los versos de luto por aquellos que se han ahogado.

Min Lo me mira antes de clavarle los ojos a Trystan; advierto el conflicto en sus emociones y sé, por los círculos negros que rodean sus ojos, que ella también sigue en el río Zonor.

Se oye un murmullo alborotado en la estancia cuando Trystan y yo nos detenemos cerca del templo, y las miradas de asombro enseguida se convierten en muecas de protesta.

La anciana voz de Wyn Juun resuena en los muros circulares del templo mientras recita la tradicional bienvenida al templo.

—*Vo'nor'ysh, Vo'khin.*

«Sed bienvenidos, hijos sagrados de Vo.»

Se oye un murmullo indignado y la mayoría de los noi'khin se levantan para marcharse, solo se quedan Wyn Juun, Minyl, Ru Sol y tres cadetes que parecen muy desconcertados.

Los relámpagos de Trystan cabalgan por sus líneas y mi poder brota hacia él con tanta fuerza que consigue borrar todo lo demás. Quiero abrazarlo y alejarlo de estas aguas poco compasivas.

Trystan se acerca con cautela al pilar de la diosa Vo cruzando la manifestación de la diosa en forma de agua azul. Toma asiento frente al pilar presa de una intensa tormenta interior cargada de agonía y dolor. A continuación cruza las piernas y apoya las manos en sus rodillas con las palmas hacia arriba.

Minyl me mira con complicidad. A los ojos de largas pestañas de Ru Sol asoma una mirada de preocupación cuando observa a Minyl.

La otra decide levantarse, se acerca con delicadeza a Trystan y se sienta a su lado tocándole el hombro con suavidad antes de adentrarse en sus oraciones. Entonces Ru Sol se levanta con la elegancia de un cisne y su larga melena se balancea a su espalda mientras ella se sienta al otro lado de Trystan.

Conozco a los cadetes que se han quedado. Me miran con aparente asombro, estoy pegado a la pared, atrapado en mi papel de guardián. Deseando, con todas mis fuerzas, que su fe siguiera significando algo para mí.

Deseando ser yo quien estuviera sentado al lado de Trystan Gardner.

«Ayer por la noche leí esto», le dice Trystan a Wyn Juun con un libro en la mano tras el servicio de meditación.

Los caminos de Vo.

El libro de oraciones que casi todas las personas nacidas en Noilaan se saben de memoria. Lo conozco tan bien como una canción infantil.

Me es absurdamente familiar. Pero enseguida me doy cuenta de que para Trystan es algo completamente nuevo.

Algo revolucionario.

—Por favor, enséñame —le pide Trystan a Wyn Juun.

TRYSTAN

Jamás pensé que aquí encontraría una religión. O que descubriría que la religión puede ser mucho más de lo que me han enseñado. Yo pensaba que no era más que un conjunto de frases airadas. Un decálogo que enseñaba a quién odiar. Cómo evitar que te odiaran. Odiar a los seres alados. Odiar a los hombres que aman a otros hombres. Odiar a los cambiaformas. Odiar a los fae.

Odio y odio y odio.

O ser desterrado, tachado de maligno.

Pero aquí el libro sagrado no es tan literal. No está plagado de qué colores hay que evitar. La ropa que debes vestir. En qué clase de rígidas líneas tienes que encajar.

La diosa Vo es un símbolo de lo inefable con sus doce manifestaciones en Erthia:

Las manifestaciones elementales: aire, agua, fuego, luz y tierra.

Las manifestaciones propias del viaje: niño, joven, peregrino y anciano.

Las manifestaciones de Erthia: vida, muerte.

Y la manifestación central: amor.

Siempre en el centro de todo, el amor.

Y mientras leía, algo encajó en mi interior. Algo propio de esta religión ancestral que me resuena hasta en los huesos. Algo que me ayuda a gestionar el luto sin dejarme engullir por él.

Me dolió mucho ver cómo casi todos los noi'khin abandonaban el templo de Vo. Me ha dolido mucho sentirme rechazado en este salvavidas que me han lanzado. Pero Wyn Juun me ha acogido, y eso ha bastado para acallar la tormenta que rugía en mi interior y me permitió sentarme y aceptar las cuentas del rosario que Wyn Juun me puso en la mano. Y empezar a memorizar las oraciones asociadas a cada una de las manifestaciones de Vo.

Estas desconocidas y hermosas oraciones despiertan algo en mi corazón, incluso aunque al mismo tiempo se esté desatando una tormenta en mi interior. Puedo percibir a Vo en esta sala, dándome

fuerzas, aplacando la tormenta.

Dándome amor.

Me interno en las escrituras del Reino de Oriente como si fuera un hombre hambriento cuya alma empieza a recibir alimento. Porque en esta fe no hay más que una puerta abierta. Y ahí no hay nada que me destierre.

11

Noi'khin Gardner
VOTHENDRILE XANTHILE

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Norte, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

Trystan está cambiando.

Se levanta antes del alba para meditar con Minyl y Ru Sol. Y a continuación, tras el servicio del alba, pasa un rato hablando en privado con Wyn Juun; el anciano sacerdote abraza a Trystan con un cariño paternal antes de marcharse y dejarle algunos libros nuevos sobre religión Vo. Los mismos libros que tanta rabia me daba tener que recitar cuando era un niño. Me ponía nervioso durante las sesiones de meditación. Estaba impaciente por que finalizara el servicio y llegara la reunión de después con toda esa comida.

Y siento una melancolía inexplicable por el modo en que Trystan está encontrando en mi propia religión algo que lo centra de este modo tan poderoso. Porque yo me siento cada vez más perdido.

No dejo de soñar.

Cada noche veo de nuevo a esa niña llorando sobre el cadáver de su madre. Y en los sueños, los pájaros ahxhil de Vo están por todas partes, posados en las barandillas de la embarcación y proyectando una tristeza que siento directamente en el corazón. Levantan la vista todos a la vez y me clavan los ojos.

Me despierto envuelto en una maraña de relámpagos preguntándome cuántas madres más estarán por venir. Cuántas niñas

huérfanas más.

—Tengo una reunión con Ung Li —me informó Trystan hace unos días con expresión perdida.

«Es una pesadilla —quisiera confesarle—. Lo que está ocurriendo al otro lado de nuestras fronteras… no debería estar pasando. Tenemos que proteger a las personas que huyen hacia aquí. Mi familia no debería prohibirles el paso. Se equivocan. Yo estaba equivocado. Trystan, estaba equivocado, y estoy muy confundido. Minyl tenía razón. No podemos aislarnos del Reino de Occidente y fingir que no existe.»

Pero no digo nada, porque noto que él necesita mantenerse alejado de mí.

Así que dejo que los relámpagos de mi interior rujan, se agiten y me consuman.

—Te voy a quitar la vigilancia después del Xishlon —anuncia Ung Li con sequedad desde el otro lado del escritorio de su despacho del Wyvernguard.

Tanto el poder de Trystan como el mío rugen asombrados, y noto como mi aura de relámpago me crepita por toda la piel.

Trystan tarda un momento en encontrar la voz:

—Eso significa que…

—Que disfrutarás de los mismos privilegios que los demás aprendices —explica—. Unos privilegios que van acompañados de las mismas restricciones, claro. Y voy a permitir que hagas un mayor uso de tu varita.

Se me saltan las lágrimas al pensar en lo que esto significará para Trystan. Me vuelvo para observar su expresión asombrada.

Ung Li firma el permiso que tiene en la mesa y se lo tiende.

—También te concedo un día de permiso para ir a Voloi este fin de semana para comprar la ropa que te estropearon. Y te concederé total libertad para viajar por Noilaan y por la isla Wyvernguard del Sur después del Xishlon.

Puedo oler el creciente asombro de Trystan mientras sus relámpagos se fusionan con los míos.

Xishlon, la festividad de la luna púrpura que se celebrará dentro de

unas pocas semanas.

La mayor festividad de oriente. La celebración de la manifestación de Vo más venerada, su manifestación del amor divino.

—¿Puedo ver a mi hermano? ¿A mi familia y a Tierney?

El deseo que destila el tono de Trystan me contrae el corazón y me hace pensar que yo siento el mismo deseo.

Y sé que lo siento, por el mago que está de pie a mi lado.

Ung Li deja el bolígrafo en la mesa y mira a Trystan con el ceño fruncido.

—Tienes que entender por qué te he mantenido aislado, Trystan.

Él la mira fijamente y yo percibo una punzada de resentimiento en él, un fuego que se apresura a extinguir. Trystan asiente apretando sus brillantes labios verdes.

Ung Li sigue mirándolo con fijeza.

—Me he enterado de lo que hiciste —dice bajando la voz con gravedad y un ápice de extraña emoción—. Sé lo de la criatura que salvaste. Y yo misma he visto como soportabas durísimos entrenamientos de armas para ayudarnos a combatir el poder de los magos. Al principio tenía mis dudas, pero he sido testigo de tu lealtad. Has demostrado tu valía, noi'khin Gardner.

Trystan se endereza y se pone rígido como un poste, pero yo percibo el repentino desequilibrio en el poder de agua de sus líneas. Noi'khin. Un auténtico ciudadano de Noilaan.

Aceptado. Bienvenido.

Parpadeo contra la emoción que ha asomado a mis ojos mientras una lágrima resbala por la rígida expresión militar de Trystan, a quien se le ha acelerado un poco la respiración.

—Siguiendo mis recomendaciones —anuncia Ung Li entrelazando los dedos de las manos—, el cónclave noi te va a conceder la ciudadanía de Noilaan.

Respiro hondo.

Trystan se pega el puño al corazón y la saluda poniéndose rígido como una estaca.

—Gracias, Nor Ung Li —dice con la voz tomada por la emoción—. Es un honor pertenecer a los noi'khin del Wyvernguard. Es un honor

defender a Noilaan.

Ung Li lo mira con los ojos entornados.

—Te juzgué mal, noi'khin Gardner. Te has ganado el sitio aquí, más de lo que crees; y a pesar de lo que puedan decir aquellos que no se den cuenta de lo mucho que has demostrado.

—Tengo familia aquí. A algunos ni siquiera los conozco —explica Trystan.

Tiene la voz un poco ronca a causa de las lágrimas y yo reprimo el impulso de abrazarle y besarle hasta que desaparezcan.

—Así es —confirma ella con ese frío tono tan propio de su voz, aunque también advierto una nota ligeramente triste—. Te hemos mantenido alejado de ellos, incluso aunque ellos habían pedido poder verte. Necesitábamos saber quién eras realmente, noi'khin Gardner. La vida de un soldado vu trin no está hecha para los débiles. Pero ya va siendo hora de que puedas ir a visitar a los tuyos. —Esboza una sonrisita al tiempo que niega con la cabeza—. Sois todos unos rebeldes. —En su mirada brilla una amable aprobación—. Rebeldes de los buenos.

Trystan esboza una sonrisita y no hace ademán de limpiarse las lágrimas, que luce como un estandarte. Y en ese sentido también lo considero muy valiente. Y tan apuesto que me duele el corazón.

—Toma, tu paga como cadete.

Ung Li le tiende un sobre lacrado con cera negra que contiene la escasa paga que reciben todos los que se preparan para ser soldados vu trin. Unos fondos de los que habían privado a Trystan, junto a todo lo demás.

—Retírate —ordena Ung Li haciendo un gesto despreocupado con el dedo en dirección a la puerta. Mira a Trystan con astucia—. Cámbiate de ropa para poder tener algo que ponerte los días libres. Tómate un día de asueto para ver la ciudad y conocer lo que estás defendiendo. —Alza una de sus cejas negras al tiempo que le dedica una sonrisa irónica—. Intenta no provocar mucho alboroto en Voloi.

12

Transformación

TRYSTAN GARDNER Y VOTHENDRILE XANTHILE

Ciudad de Voloi, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

TRYSTAN

—Aquí no vendemos nada a las cucarachas.

El hombre noi me fulmina con la mirada y entorna los ojos muy enfadado. Veo que lleva un collar Vo. Al otro lado de la calle, algunos comerciantes ataviados con las ropas típicas de Noilaan aguardan plantados delante de sus puestos con los brazos cruzados, como si quisieran protegerlos de una invasión hostil.

Vothe aguarda un poco apartado con sus musculosos brazos cruzados. Una fresca brisa sopla desde el río en dirección a este cuarto nivel de la ciudad montaña de Voloi, y agita las puntas plateadas del pelo de Vothe, que brilla bajo la luz del sol. Es increíble lo guapo que es, incluso aunque me mire con esa expresión de frustración en los ojos. No me cabe ninguna duda de que está preocupado; he insistido en que puedo enfrentarme a esta situación yo solo sin necesidad de la ayuda que me ha ofrecido.

Porque necesito emplear mi propia voz y mi propia moneda para ser yo. Se acabó el esconderse o secuestrar a la persona que quiero llegar a ser.

Observo detenidamente las fachadas de las tiendas bañadas por el sol mientras las nubes blancas avanzan por el brillante cielo azul surcado por una bandada de pájaros toi'nirde con su característico plumaje violeta. La bulliciosa ciudad es una maravilla, y todo está decorado para recibir la festividad del Xishlon. De casi todas las tiendas cuelgan banderillas de color púrpura con las manifestaciones de la diosa Vo en forma de dragón, ya sea el marfil o el púrpura, y se agitan mecidos por el viento. Las calles están provistas de mesas con ropa, joyas, pañuelos y adornos para el pelo de todos los tonos de púrpura. En los quioscos ofrecen hileras interminables de la tradicional guirnalda en forma de corazón hecha con flores de lavanda, y tarjetas de felicitación confeccionadas con flores secas. Y entre todas esas tiendas, veo el salón de algún tatuador y peluquerías que ofrecen diseños especiales para el Xishlon, animando a los

noi'khin a que empiecen cuanto antes a prepararse para la celebración.

Pero todos los vendedores han rechazado mis monedas, y cada una de las negativas me ha sentado como una bofetada.

—Me gustaría comprar algunas prendas de ropa —le digo a una mujer noi que tiene una expresión amable.

Una niña la sujeta del brazo y me mira con inocencia. La pequeña se aferra a una muñeca de trapo lila que lleva abrazada al pecho, y tanto la hija como la madre visten túnicas y pantalones con el mismo diseño bordado: iris de color púrpura, tan grandes como las flores reales, cosidos en la reluciente seda púrpura, y llevan el pelo decorado con brillantes gemas de color lavanda.

La mujer mira mi uniforme wyvernguard y a continuación observa mis rasgos magos sin perder su amable expresión en ningún momento. Pero entonces tropieza con las miradas de los demás vendedores y comprende enseguida la advertencia que encierran sus miradas.

—Lo siento —me dice con aspereza apartando la vista—. Ya veo que trabajas para defendernos…, pero no me es posible venderte nada.

Ignoro con terquedad el desánimo que empieza a apoderarse de mí y sigo deteniéndome en todas las tiendas de la carretera, pero me rechaza un vendedor tras otro. Hay mucha gente en la calle, y casi todo el mundo se fija en mí. De vez en cuando, las miradas de desconcierto inicial se convierten en solidaridad, sonrisitas, personas que asienten con complicidad. Pero lo más frecuente es que me miren con rabia y me dediquen algún que otro insulto: cuervo, cucaracha, mago asqueroso.

Me paro, me siento paralizado. Sobre mi cabeza cuelgan varias hileras de esferas de cristal que contienen runas violetas y se agitan mecidas por la brisa, la mayoría de ellas están decoradas con rosas púrpura pintadas a mano o con corazones violeta con muchas filigranas, y casi todas las personas que pasean por la calle lucen las elegantes galas lila propias del Xishlon. Flota un ambiente festivo en el aire y todo el mundo sonríe, pero dejan de hacerlo en cuanto ven mis rasgos magos, y yo me pregunto, anhelante, qué se sentirá formando parte de verdad del inminente festival de la luna lavanda.

Vothe aguarda en silencio a mi lado, percibiendo, sin duda, el frustrado dolor que me resbala por las líneas.

—¿Qué pone ahí? —le pregunto señalando un cartel que cuelga por encima de un puesto donde venden adornos para el pelo.

Es el mismo cartel que cuelga en casi la mitad de las tiendas y los puestos, escritura negra noi sobre un fondo púrpura junto a un dibujo de la diosa dragón Vo en color marfil. Ya me he dado cuenta de que los vendedores de esos puestos han sido los más desagradables.

Percibo un escalofrío que recorre el poder de agua y viento de Vothe. Se vuelve hacia mí con una expresión tensa.

—Significa «Noilaan para los noi».

El golpe me impacta con una fuerza sorprendente. Por un momento vuelvo a estar en el río Zonor. Personas tratando de sobrevivir en el agua empujadas por la corriente del río.

«Noilaan para los noi.»

Me recompongo rápidamente decidido a pelear contra lo que parece una tormenta en ciernes. Y no solo estoy decidido por mí, por ellos también.

—Trystan —dice Vothe poniéndome la mano en el brazo—, no vas a encontrar a nadie dispuesto a venderte nada. Si me dejaras, yo te ayudaría. —Sus palabras están teñidas de frustración, pero su mirada y su contacto desprenden una solidaridad tan cálida que me coge desprevenido, y a él también parece desconcertarlo. La tensión crece entre nosotros y mi poder tira con fuerza hacia el suyo. A sus ojos asoman unos relámpagos que también brillan en sus labios, y se me entrecorta la respiración cuando veo que me mira la boca—. Deberíamos marcharnos —dice con la voz ronca, como si hubiera caído presa de un trance—. Irnos a algún sitio más privado.

Las personas que nos rodean se desvanecen cuando pienso asombrado:

«Quiere besarme».

Es completamente nuevo que él me deje ver su deseo de esta forma tan abierta. Pero percibo que lo empuja una corriente inestable, un caos que parece haberse apropiado de él desde que regresamos del Zonor. Quiere besarme de la misma forma que besa a Basyl. Como

besa a otros dos hombres con los que le he visto relacionarse. Para evadirse. Por diversión.

Y en mi caso, en secreto.

Y ese no es el Vothe al que yo quiero besar, porque lo que siento por él está empezando a ser muy intenso, por muy absurdo que sea.

Quiero un imposible.

Quiero a un Vothe que declare abiertamente lo que siente por mí. En medio de la plaza de la ciudad.

—No pienso marcharme hasta que encuentre a alguien dispuesto a venderme ropa —afirmo alejándome de las caricias que tanto deseo y cargado de frustración. Sintiéndome atrapado en mi propia piel, desesperado por liberarme.

No puedo seguir siendo esta versión falsa de mí mismo. Es de vital importancia que no vuelva a ser eso.

Este gardneriano.

—¡Mago, ven aquí!

Sobresaltado por el jovial y pícaro tono de una mujer, me doy la vuelta y veo a una anciana vendedora zhilon'ile vestida de negro que me sonríe. Tiene el rostro negro lleno de tatuajes carmesíes y de la cabeza le brotan un par de cuernos en espiral. Está delante de un puesto de tatuajes y ropa. Lleva la larga melena blanca muy bien trenzada y adornada con gemas rojas y negras, y por debajo de la piel se le ven horquillas de relámpagos, como a Vothe.

—Ven aquí, mago —repite mientras uno de esos relámpagos asoma a sus ojos y esboza una sonrisa—. Trystan Gardner. Quiero hablar contigo.

VOTHENDRILE

—¿Qué estás buscando? —le pregunta a Trystan la renegada de mi tía abuela.

Le tiende peligrosamente las zarpas negras, que lleva muy bien afiladas y adornadas con tinta para tatuajes. Luce unos brillantes aros metálicos de color negro que le decoran las cejas, las orejas puntiagudas, la nariz y un lateral de la boca. Y en el brazo lleva el tatuaje de un dragón escarlata que representa la manifestación de la diosa guerrera Vo.

—Te presento a mi tía abuela, Sithendrile —le digo a Trystan deseando haber sido más cuidadoso para evitar toparme con mi tía émpata, pues pensaba que estaría en las islas Salishen.

Siempre hemos estado muy unidos, pero ahora mismo no quiero que descubra lo que siento por Trystan o nada de lo que me pasa por la cabeza. Le lanzo una ráfaga de poder de agua con la intención de conseguir que me mire. Deja escapar una risa y me mira con astucia mientras con total despreocupación rodea mi aura con su aura tormentosa y presiona mi poder hasta que lo pega al suelo, de donde brota una nube de vapor blanco que flota unos momentos alrededor de los tres. Me mira entornando los ojos sin bajar la mano.

Alzo una ceja con obstinación.

—Antes de tocarte debería saber que eres émpata —la regaño para avisar a Trystan al mismo tiempo que advierto el pálpito de una energía irregular deslizándose por mi poder.

Porque tengo clarísimo lo que supondrá ese inesperado apretón de manos.

En el Wyvernguard hay un buen número de cadetes wyvern, y es muy probable que alguno de ellos le haya dicho que han percibido una atracción. Y ahora quiere percibirla ella misma, quiere sentir la intensa atracción que siento por este gardneriano. Este mago, cuyas lágrimas quiero hacer desaparecer a besos. Que se cuela en mis sueños y ha puesto mi vida patas arriba.

Trystan no vacila. Clava los ojos en la intimidante mirada de mi tía

abuela, alarga el brazo y le estrecha la mano.

Ella lo mira divertida mientras le rodea la mano con sus zarpas.

—Busco una transformación —anuncia Trystan lanzando las palabras como quien lanzaría un reto—. Busco la forma de convertirme en la persona que verdaderamente soy.

A mi tía abuela se le borra la sonrisa y respira hondo, frunce el ceño mientras le estrecha la mano y en su rostro se dibuja una mueca de asombro. Me doy cuenta de que está percibiendo el vasto poder que habita en el interior de Trystan, esa continua tormenta letal que mora justo por debajo de su piel.

La tormenta sobre la que me quiero abalanzar.

Ella cierra los ojos y agacha la cabeza mientras lo analiza, asiente unas cuantas veces, en ocasiones con aparente asombro, en otras, como si comprendiera algo.

Cuando mi tía abuela abre los ojos, advierto una pesada gravedad en ellos.

—Ven conmigo —le anuncia a Trystan soltándole la mano.

Cuando ella lo anima a entrar en su tienda haciéndole un gesto con su uña negra, él la sigue al interior del establecimiento.

Yo hago ademán de seguirlos, pero ella me lo impide extendiendo la palma de la mano.

—No, Vothendrile. Esto es entre Trystan, yo y la gran Vo que está en los cielos. Ahora esto no te concierne.

Me erizo; me siento un poco herido.

«¿No me concierne? ¿A la persona que se ha convertido en la sombra de este mago durante casi un mes? ¿El mismo que lo sacó de las profundidades del Zonor?»

Doy un paso atrás repentinamente abrumado por una tristeza que no entiendo.

Mi tía abuela suaviza la expresión. Alza la mano y me acaricia la mejilla, y yo reprimo una intensa e inexplicable soledad. Yo no debería sentirme solo. A pesar de que elija apoyar a Trystan, sigo teniendo muchos amigos y familiares que me amparan.

Pero también sé que muchos de mis familiares se sentirían repugnados si supieran las ganas que tengo de besar a Trystan

Gardner. Lo mucho que deseo encontrar el valor para rodearlo con los brazos como hice en las profundidades del Zonor, pero en esta ocasión no para rescatarlo.

Sino para que él me rescate a mí.

—He visto lo que sentís el uno por el otro —me dice mi tía en voz baja.

«Santísima Vo, lo está percibiendo todo con solo tocarme.»

Me aparto de ella avergonzado de mis pensamientos más privados y de mi incapacidad para comprender el difícil terreno emocional en el que he aterrizado.

—No abandones el Zonor —me dice mi tía mirándome fijamente. Sus inesperadas palabras me llegan al alma—. Ahí es donde encontrarás la fuerza que necesitas —insiste—. Y tu transformación. No le tengas miedo, Vothendrile.

—Los nuestros se equivocan cuando piden que demos la espalda a occidente —le explico a esta tía renegada que a menudo es demasiado descarada, ferozmente revolucionaria y suele ponerse en contra de la casa real zhilon'ile y de la mayor parte de mi familia. Más o menos como mi amiga Min Lo—. Es diferente —le confío—. Es muy distinto verlo con tus propios ojos. Hay personas que mueren tratando de llegar hasta aquí. Niños. Familias enteras. Tengo pesadillas con esas cosas. Ya hace una semana. Soy incapaz de quitarme de la cabeza lo que está pasando.

—Pues vuelve —me desafía con un relámpago en los ojos— y pronúnciate. Aunque lo pierdas todo.

Me estrecha el brazo con cariño, pero esta vez lo hace por encima de la tela del uniforme, donde los dos sabemos que no puede leerme el pensamiento. Entonces se da media vuelta y cruza la cortina detrás de Trystan, dejándome fuera.

TRYSTAN

—¿Qué quieres que te haga? —pregunta Sithendrile.

En su estudio veo todos los colores de tinta para tatuajes imaginables. Me quito la túnica y me siento ante la larga mesa que tiene delante.

En la pared de mi lado hay un estante con joyas metálicas de todos los estilos, varios botes de tinte justo encima, y decenas de cajas de cosméticos y lápices de ojos, que es algo que utilizan los hombres noi.

Recuerdo a la pequeña que gritaba en el barco. Cómo chilló horrorizada cuando vio mi pelo negro. Mis rasgos gardnerianos.

Levanto la mano y cojo un puñado de mi corto pelo negro.

—Puedes empezar con esto —le digo.

VOTHENDRILE

Después de todas las horas que he pasado deambulando por las calles sin dejar de mirar la puerta esperando a que apareciera, cuando Trystan emerge por fin del estudio de mi tía, mis emociones son un caos. El crepúsculo ha descendido sobre la ciudad, las esferas rúnicas decoradas con flores y corazones violeta flotan sobre las calles y las iluminan con su delicado brillo púrpura.

Trystan se para y me mira a los ojos cuando empiezo a alejarme del ciruelo donde estaba apoyado: me quedo de piedra.

La metamorfosis es completa.

Me mira fijamente a los ojos, con descaro; todo el mundo se desvanece a nuestro alrededor y yo reprimo un suspiro tembloroso.

Lleva los ojos rodeados de una fina línea negra, y el contraste les cambia el color, el intenso verde bosque es ahora un brillante tono esmeralda, y el efecto es tan impactante que un relámpago se desliza por mi poder. Su imagen desprende algo profundamente erótico, incluso a pesar de que la moda de delinearse los ojos está muy extendida entre los hombres noi.

Pero en Trystan es muy sugestivo.

Y ahora tiene el pelo azul. El color negro ha desaparecido. Del todo.

Mi tía le ha puesto *piercings*. Varios. Lleva unos aros de metal negro que le decoran ambas cejas y las orejas, y en una esquina del labio inferior luce un arito. Peleo contra la intensa necesidad de dejar crecer mis dientes y morder ese *piercing*.

Y el tatuaje.

Santísima Vo, el tatuaje.

Un dragón azul zafiro le cubre el lateral del cuello y su serpenteante figura desaparece bajo el cuello de su casaca. Está rodeado de relámpagos azules que trepan por la garganta de Trystan.

Lleva una túnica y unos pantalones noi de un brillante violeta azulado, y en un lateral de la túnica veo un dragón de color zafiro bordado: es idéntico al que se ha tatuado en el cuello.

Mientras lo miro, una energía tormentosa crepita por todo su

cuerpo, y nuestros poderes tiran el uno hacia el otro con la fuerza de los relámpagos. Trystan esboza una sonrisa ladeada a medida que su poder se intensifica con una fuerza que no se deja ignorar.

Y es entonces cuando de pronto me doy cuenta, mientras contemplo esa mirada devastadoramente llamativa, de que estoy viendo al verdadero Trystan Gardner por primera vez.

Trystan se da cuenta también de que no dejo de mirar su tatuaje mientras regresamos al Wyvernguard, y de nuevo cuando se detiene un momento al otro lado de la puerta de su dormitorio. Sus eróticos ojos perfilados me observan con atención mientras yo paseo la mirada por su cuello y la dejo resbalar por la que imagino será la dirección que tome el resto del tatuaje por su cuerpo.

Por esas duras planicies que imagino por su cuerpo.

—¿Te cubre todo el pecho? —pregunto con la voz temblorosa por el intenso deseo que siento por este atractivo hombre tan valiente.

Trystan no contesta. Solo me mira con los ojos entornados mientras la tormenta de su interior se intensifica y sus relámpagos crepitan con fuerza. Entonces da un paso atrás y se quita la túnica.

«Santísima Vo.»

Me quedo sin aire en los pulmones y los relámpagos me recorren las venas mientras contemplo su impresionante belleza. Su esbelto pecho cubierto por ese ligero brillo verde. El enorme dragón zafiro deslizándose por su costado, la cola desapareciendo por encima del hueso de la cadera…

Cuando levanto la vista para mirarlo a los ojos adivino un desafío en su mirada. Un reto.

Lo veo en sus ojos, está preparado para adentrarse en lo desconocido esta noche. A su mirada asoma una evidente invitación y de pronto le deseo con todo mi ser. Quiero cruzar la puerta de su habitación y contemplarlo lo más de cerca posible.

Pero no me muevo. Porque esto no sería algo casual y despreocupado. No sería una diversión.

Sería auténtico, una de esas cosas que te cambian la vida.

Y vacilo como un cobarde, dejando que los muros entre nosotros vuelvan a levantarse. Dejo que el miedo se interponga a la implacable

intensidad de este sentimiento que está surgiendo entre nosotros. Al mismo tiempo que peleo contra un deseo tan intenso e implacable que lo único que quiero es abalanzarme sobre él y clavarle los dientes en el cuello para hacerlo mío.

Y, sin embargo, no me muevo.

A Trystan se le oscurece la mirada, y veo una chispa de dolor en sus ojos. Me mira con dureza, empuja la puerta y yo noto el portazo resonando por toda la espalda.

TRYSTAN

Tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para cerrarle la puerta a Vothe. Al inconfundible deseo que brilla en sus ojos. Un deseo contra el que sigue luchando. Quizá incluso se odie por sentirlo.

Es irónico y chocante que, aquí en oriente, lo vergonzoso no es que los dos seamos hombres. No. Aquí lo vergonzoso es algo completamente diferente.

Es porque soy gardneriano.

Puedo sentir a Vothe desde el otro lado de la puerta. Lo siento como si yo también fuera un cambiaformas.

«Jamás se rendirá a lo que siente por ti. Nunca podrás hacerlo tuyo.»

Me quedo allí maldiciéndome por estar atormentándome de nuevo. Una y otra vez. Después de haber sentido más que una amistad por Gareth Keeler durante años. Después de haber sufrido por Yvan Guriel.

Y ahora por enamorarme del joven más deseado de todo el Reino de Oriente. Un hombre al que, a pesar de sentir cada vez más aliado, jamás terminará de aceptar que pueda desear a un gardneriano.

Que nunca aceptará que me desea.

VOTHENDRILE

Me estoy enamorando de Trystan Gardner.

VOTHENDRILE

No puedo enamorarme de Trystan Gardner.

13

La resaca del Zonor

TRYSTAN GARDNER Y VOTHENDRILE XANTHILE

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Norte, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

VOTHENDRILE

—No puedes estar con el nieto de la Bruja Negra.

Miro de reojo a mi hermano mayor, Gethindrile, y se me pone el vello de punta al percibir su paternal tono de censura. Estamos apoyados en la barandilla del pasadizo más alto de los que conectan las islas norte y sur del Wyvernguard, y la brisa del río Vo nos acaricia la piel. No esperaba que mi hermano viniera a verme desde Zhilaan, pero ahora ya sé el motivo de su visita.

—¿Ahora te dedicas a controlar por quién me siento atraído? —me burlo con tono desafiante—. Te recomiendo que lo dejes. No te quedará tiempo para hacer nada más.

—Vothe —dice mirándome con preocupación—, debes tener cuidado.

—¿Y qué pasa si me he cansado de tener cuidado, Geth? —pregunto, molesto por la intromisión—. ¿Sabías que Trystan se está convirtiendo a la fe Vo'lon? ¿Que está cubierto de moretones por dejar que las vu trin lo ataquen de cualquier forma imaginable para que puedan tener alguna oportunidad de vencer a los magos?

—Nuestra familia te expulsará si lo eliges como pareja —responde Geth, a quien siempre se le ha dado muy bien discutir las cosas con tranquilidad. Ponerse de parte de mamá y papá. Ponerse de parte de la regencia Zhilon'ile. Pero no lo hace con malos modos, y eso resulta todavía más molesto—. Sabes que te repudiarán —argumenta—. Igual que repudiaron al tío por fugarse con Fain Quillen. Vothe, Trystan Gardner es mago.

—Trystan ha salvado a un montón de refugiados, Geth —espeto exasperado por el conflicto que me está provocando mi hermano. Un hermano que ha sido siempre muy bueno conmigo. Un hermano que está intentando ser bueno conmigo ahora también. Pero un hermano que, en realidad, no entiende nada—. Evitó que un bebé celta se ahogara en el Zonor.

«Y ahora el que se ahoga soy yo —me gustaría gritarle—. Me ahoga

el deseo que siento por Trystan Gardner.»

—También tenemos que hablar de eso —dice Geth mirándome a los ojos. Puedo imaginar la incómoda conversación que tendría con mis padres sobre su rebelde hijo—. El cónclave noi está en plena negociación con nosotros —explica—. Puede que Vang Troi siga permitiendo estas misiones de rescate por el momento, pero el gobierno está a punto de cerrar las fronteras. —Veo la advertencia en los relámpagos que brillan en los ojos de mi hermano—. Vothe, se acabaron los voluntariados con Minyl.

TRYSTAN

Estoy viendo cómo Vothe contempla la brillante ciudad de Voloi. Los distintos niveles están iluminados por un millón de luces violeta en espera de que comience en Xishlon. Aguarda apoyado en la barandilla de la terraza de la sexta planta del Wyvernguard, iluminada por el brillo nocturno de sus candiles de tonos zafiro.

—Me han prohibido volver a presentarme voluntario para las misiones de Minyl —confiesa—. Mi hermano ha venido a verme para informarme. Sospecho que ha sido idea de mi padre.

Le miro sorprendido. Vothe jamás ha compartido conmigo nada de su vida privada. Y ahora me está hablando como si lo hubiera hecho siempre. Pero resulta abrumadoramente natural derribar esa barrera entre nosotros. ¿Y por qué no? Ya hace varias semanas que pasamos juntos todas las horas del día. Y pronto dejará de ser mi guardia.

Al pensarlo siento una punzada, y una parte de mí lo encuentra divertido. Recuerdo lo mucho que me molestaba tener un vigilante. Y encima uno que fuera tan desconcertantemente atractivo. Lo mucho que me desequilibraba, lo que todavía ocurre. Me apoyo en la barandilla a su lado viendo pasar una única nube bajo nuestros pies. Esta noche el oscuro río está en calma y en el cielo brillan millones de estrellas.

Me vuelvo completamente hacia Vothe.

—¿Y qué vas a hacer?

Me mira de soslayo y entre nosotros salta la chispa de un relámpago. Vothe me mira el tatuaje. Su mirada muestra un ligero deseo y sonríe con rebeldía. Me asalta el deseo y la necesidad de besarlo allí mismo y demostrarle lo que es la rebeldía de verdad.

Él también se vuelve del todo hacia mí y su poder crece con una fuerza asombrosa.

—Voy a presentarme como voluntario para salir con Minyl —afirma mientras su poder crepita—. Y tú y yo vamos a dominar la resaca del Zonor.

VOTHENDRILE

Trystan alza las cejas en respuesta a mi declaración, y noto cómo la sorpresa invade su poder.

—Muy bien, Vothe —dice—. Vamos a domar ese río.

Lo dice con despreocupación, pero no hay ni pizca de ligereza en el poder que transita entre nosotros mientras la brisa del Vo nos envuelve con su agradable caricia.

Me asalta un pensamiento que me preocupa. El recuerdo de Trystan dejándose arrastrar por el río Zonor, abrumado por sus propios demonios.

—Trystan…

Parece percibir mi intranquilidad y se pone tenso.

—Ahora soy más fuerte —dice mientras un destello de poder crepita entre nosotros—. Y las personas que huyen… lo más probable es que ahora ya no me tengan miedo.

Me quedo paralizado al comprender de repente el motivo de que decidiera cambiar tanto su aspecto. Un gardneriano que ya no es gardneriano. Con el pelo azul, los *piercings* y los tatuajes que, según me han dicho, están prohibidos por el libro sagrado de los gardnerianos. Toda una demostración de su absoluto rechazo hacia la religión gardneriana y los valores de occidente.

Pero ese no es el motivo principal por el que ha cambiado su aspecto de esta forma tan drástica. No lo ha hecho solo por él. Ha sido por un motivo mayor y que para él es más importante que todo lo demás.

Lo ha hecho para volver al Zonor.

Durante el entrenamiento de la mañana siguiente, Trystan y yo nos damos la mano y entrelazamos los dedos con fuerza mirándonos fijamente. Estamos al borde de la terraza del río iluminada por la luz del sol.

La comandante Ung Li y una multitud de aprendices y guerreros nos observan con atención mientras nosotros nos preparamos para hacer

algo revolucionario, pues no buscamos la forma de atravesar el vasto poder de Trystan, sino de fusionarlo con el mío. Queremos comprobar hasta qué punto puede amplificar el poder wyvern la magia de un mago.

También le hemos confesado a Ung Li el otro motivo que tenemos para probar esto, que no es otro que el de apaciguar la letal resaca sobrenatural del río Zonor, y hemos conseguido un apoyo moderado, además de contar con el de la mayoría de los fae asrai. Por eso vamos a probar primero el efecto de nuestro poder conjunto sobre el Vo.

Me vuelvo para mirar a Min Lo y a Ru Sol, que nos observan muy sonrientes rodeadas de expresiones enfurecidas. Paseo los ojos por la multitud y advierto la sutil sonrisita de Ung Li, además de algunas miradas de apoyo por parte de algunos cadetes vu trin. Me duele toparme con las miradas de rabia de algunos de mis amigos, pero la sensación de estar haciendo lo correcto al aliarme abiertamente con Trystan es maravillosa.

Me siento atraído por una masa negra en la cara montañosa del Wyvernguard y levanto la vista para encontrarme con Sylla Vull, en forma de araña, colgada de la cabeza del relieve de dragón, junto a Tierney y Viger Maul.

—¿Preparado? —pregunta Trystan tan relajado como siempre, pero yo noto la energía excitada e impaciente que crepita en su interior.

Asiento y él apunta hacia el agua con la varita y empieza a murmurar hechizos mientras yo conjuro mi energía tormentosa y alzo la mano que tengo libre hacia el cielo.

—*Vihlshhri, shuunir, vehlthru* —cuento en zhilon'ile—. *¡Vheerno!*

Liberamos nuestro poder conjunto y de la mano que tengo levantada brota un tornado en dirección a las nubes del cielo al mismo tiempo que de la varita de Trystan sale una ráfaga de relámpagos hacia el río Vo. Las nubes del cielo desaparecen en el horizonte cuando un vórtice centrífugo se interna en el Vo hasta proporcionarnos unas fantásticas vistas del oscuro lecho del río. Las aguas del Vo giran lentamente alrededor del embudo, y entonces se detienen.

Me estremezco al mismo tiempo que Trystan cuando nos miramos a

los ojos. Nos tiemblan las manos, pero sujetamos con fuerza nuestra magia conjunta, que se desliza del río hasta el cielo. Se me despliegan las alas en la espalda. La sensación que me provoca la fusión de nuestros respectivos poderes unidos es tan estimulante como tragarse una tormenta, y el calor de la mano de Trystan pegada a mi piel me está generando una avalancha de relámpagos por toda la piel.

Y entonces Trystan me sonríe y en ese momento sé, con brillante certidumbre, que no querré soltarlo nunca.

TRYSTAN

Dos días después, la embarcación rúnica de Minyl se está internando en la vorágine del Zonor. Enseguida veo algunos botes atrapados en el torbellino letal de las aguas del río.

—¿Estás preparado? —le pregunto a Vothe alzando la varita.

Vothe me sonríe con los dientes afilados, los cuernos visibles sobre la cabeza y las alas extendidas a su espalda. Nos damos la mano y los relámpagos empiezan a crepitar entre nosotros mientras nuestros rayos combinados se deslizan por mi brazo derecho y la mano que él tiene extendida hacia arriba. Apunto al río Zonor con la varita y él alza la palma de la mano al cielo.

Dos ráfagas de magia tormentosa envueltas en relámpagos brotan de nosotros con rabia, una hacia el torbellino del Zonor, y la otra hacia el turbulento cielo. Deja de llover y las aguas del río se empiezan a calmar rápidamente, y ahora la tormenta no es más que un rugido apagado contra la cúpula de poder que hemos proyectado hacia arriba para abarcar una buena porción del río.

Minyl mira a su alrededor con evidente asombro y a continuación se centra en las frágiles embarcaciones que ahora cabecean tranquilamente sobre las aguas en calma del río, y desde las que se oyen las voces de los pasajeros con claridad. Tres embarcaciones rúnicas wyvernguard se dirigen rápidamente a las barcas mientras Vothe baja la mano y yo relajo el brazo; sin embargo, nuestro poder conjunto sigue en su sitio.

Observo la escena encantado mientras veo el centelleo de los relámpagos de la tormenta que hemos atrapado tras nuestra cúpula protectora, y los destellos se reflejan en las aguas plateadas del Zonor. Es precioso.

Me pierdo en la chispeante mirada de Vothe mientras nos agarramos las manos con fuerza y Minyl pilota nuestra embarcación en dirección a una de las barcas. A bordo hay una familia elfhollen y ayudamos a Minyl a subirlos a nuestro esquife rúnico: una madre y un padre con sus hijas gemelas; las pequeñas tienen las trenzas

empapadas.

Todos se me quedan mirando mientras los ayudamos a instalarse en la barca. Parecen muy confundidos al ver mi varita y el brillo verde de mi piel. Pero su preocupación va menguando cuando ven mi pelo azul, los tatuajes y los *piercings*, y cómo le doy la mano a Vothe. Esta vez no hay miedo. No veo pánico en los rostros de las niñas. Me vuelvo hacia Vothe disfrutando del aura del tormentoso poder que se desliza entre nosotros.

Nos sonreímos y no creo que haya visto nada más hermoso en mi vida que su rostro salpicado de lluvia, y los relámpagos que le recorren la piel mientras los rayos de nuestra tormenta se reflejan en el agua y la cúpula.

Esta vez nadie se ahoga. Ninguna niña pierde a su madre.

Y mientras me agarro a Vothe y experimento una alegría inusitada en mi interior, me doy cuenta de que este es el motivo por el que he venido a oriente.

No importa lo que ocurra, no importa cuántas fronteras rúnicas erijan los países de Erthia, no importa qué normas impongan, yo jamás dejaré de volver al Zonor.

14

El cambio

AISLINN BANE

Territorio lupino de oriente

Bosque noi del norte, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

Aislinn observa el bosque púrpura que la rodea mientras sigue a sus guías vu trin por el nuevo territorio lupino de oriente. Sigue asustada desde que se separó de Sparrow, Thierren, Effrey y el dragón Raz'zor tras su arduo viaje por el desierto central y después de cruzar varios portales en la franja de tormentas, cuando sus compañeros partieron hacia Voloi y ella continuó su viaje hacia el norte.

Se mira las manos muy consciente del brillo verde de su piel maga, que se ve más intenso sobre las sombras del bosque y que no deja de recordarle ni un momento que en aquellas tierras es una extranjera. Parte de una raza terrorífica que acabó con la vida de casi todos los seres queridos de Jarod y Diana. Y lo que Damion Bane le hizo a ella en occidente… No puede evitar creer que la mancilló de un modo inaceptable para una raza de cambiaformas que sin duda percibirán lo lastimada que está.

Pero sigue aferrándose a la esperanza de que no la expulsen en cuanto la vean. Y está deseosa de averiguar, en cuanto consiga hablar con ellos en privado, si han oído algo acerca de Elloren y Lukas Grey. Una bandada de pájaros desconocidos revolotea en el crepúsculo, una grulla de color lavanda planea sobre su cabeza mientras las hojas lilas crujen bajo los talones de sus botas y el sucio camino empieza a

estrecharse.

Acercándola más a Jarod.

Cada vez está más nerviosa. Cuando intenta prepararse para encontrarse cara a cara con él se le encoge el corazón. Recuerda la última vez que vio a Jarod en el vestíbulo de la Torre Norte, conmocionado tras el asesinato de toda su familia. Mientras a ella se la llevaban por la fuerza dos soldados magos y gritaba insultos al asesino de su padre.

Y después la comprometieron con Damion Bane, ese monstruo decidido a destrozarla.

Y en parte lo consiguió. Salvo por una frágil esquirla de voluntad que espera poder acabar con él para que jamás pueda lastimar a otra. Pero la Aislinn que era antes, la pura y completa Aislinn a la que amaba Jarod, esa Aislinn quedó destruida sin remedio.

Aislinn sabe que volver a ver a Jarod, ahora que jamás podrá estar con él, podría romperle el corazón. Pero sigue queriendo transformarse en lupina para poder regresar a proteger a otras personas.

Y quiere que sea Jarod quien lo haga.

Un poco más adelante se oye una animada conversación que se intensifica a medida que avanza con sus guías vu trin. Las voces cordiales se llaman las unas a las otras, y Aislinn tiene la sensación de que hay un buen número de personas reunidas; una energía feroz flota en el ambiente. Se le oprime el corazón y se le acelera el pulso. En el bosque se abre un claro con algunos árboles.

Aislinn observa la escena asombrada. Ve un grupo de jóvenes lupinos, quizá haya unos treinta de distintos orígenes raciales, que trabajan juntos para construir un gran refugio coronado por una cúpula. Lo están haciendo con la madera violeta del bosque. Alrededor del claro ve algunos cobertizos pequeños.

Sus jóvenes guías, las guerreras Sorra Yil y Umbra Tir, la miran con sendas expresiones cómplices; aminoran el paso y se retiran en la entrada del claro.

Aislinn sigue avanzando, pero se detiene de golpe cuando ve a Rafe y a Diana.

Los dos se vuelven como si hubieran percibido su presencia.

En el rostro de Diana se dibuja una deslumbrante sonrisa salvaje. Ruge con alegría y echa a correr hacia Aislinn seguida de su melena rubia mientras Rafe sonríe asombrado por debajo de sus ojos ambarinos al acercarse a saludarla.

Diana la abraza con tal entusiasmo que la levanta del suelo y la hace girar en círculos antes de soltarla. Aislinn se obliga a sonreír con los labios temblorosos mientras sigue buscando a Jarod. Los demás lupinos dejan las herramientas y algunos de ellos transforman sus garras en manos humanas antes de acercarse para darle la bienvenida.

Pero entonces todo se desvanece a su alrededor cuando ve a un joven varón lupino rubio al otro lado del claro, y Aislinn deja de respirar. Aminora el paso cuando la reconoce y a continuación echa a correr.

Se queda de piedra. Apenas presta atención al alegre saludo de Rafe, ni se da cuenta de cómo Diana aparta a todo el mundo para dejarles espacio. El amor que siente por Jarod la engulle como una ola mientras él también corre hacia ella y a su cabeza vuelven todos los recuerdos: se ve leyendo poesía con él en la biblioteca de la universidad, ya entrada la noche, sus preciosos ojos ambarinos clavados en ella, siempre en ella, haciéndola sentir como una estrella brillante en lugar de la chica normal y corriente que sabe que es; el amor que él sentía por los mismos libros, el mismo arte; lo bueno que era con ella; su tacto y su inteligencia.

Y ese beso.

La noche que se besaron por primera vez, Aislinn sintió una felicidad que jamás imaginó posible. Gracias a sus sentidos lupinos, él parecía saber exactamente cómo quería que la acariciara, hasta dónde quería llegar, y siempre paraba cuando ella lo necesitaba, incluso aunque Aislinn sentía el poderoso deseo que sentía él. Con Jarod, siempre estaba todo impregnado de amor.

Y cuando llega hasta ella y a ella se le llenan los ojos de lágrimas, se da cuenta de todo lo que ha perdido para siempre. Lo ve en su fortaleza y en sus poderosas zancadas, en la luz salvaje de sus ojos ambarinos… Allí él se ha recuperado, mientras que ella es una

criatura mancillada y destrozada.

Cae presa de la angustia, y cuando Jarod la abraza se le escapa un sollozo desgarrador.

—Aislinn —susurra apasionadamente besándole la sien, entierra la nariz en su cuello e inhala su olor como si le fuera la vida en ello.

A ella le flaquean las piernas y llora abrumada por haberlo perdido.

—Aislinn —repite Jarod alarmado cuando ella se deja caer de rodillas y él se agacha para poder abrazarla mientras ella contempla su hermoso rostro borroso a través de la cortina de lágrimas.

—Te quiero mucho —se lamenta Aislinn sin dejar de llorar y con la respiración muy agitada—. Lo siento, Jarod. Lo siento de verdad.

En el rostro salpicado de lágrimas del lupino se adivina la confusión.

—Aislinn…, ¿por qué?

—Debería haberme marchado contigo… cuando me lo pediste… —dice sin apenas poder respirar—. Me obligaron… me obligaron…

—Lo sé —reconoce Jarod con una expresión dolida—. Me enteré hace unos días de lo que pasó.

—Fui tonta —solloza destrozada—. Ya te quería entonces y… debería haberme marchado contigo. Lo siento… Lo he echado todo a perder…

—Aislinn, espera —insiste Jarod con los ojos encendidos por la emoción—. Tú no has echado nada a perder.

Ella levanta los brazos y le muestra las espantosas marcas de compromiso que le recorren las manos como una telaraña. Y las muñecas. Una jaula que la alejará de él para siempre. La prueba de su deshonra.

—Estoy mancillada —admite Aislinn con gravedad.

A Jarod se le escapa un quejido y la abraza con fuerza.

—No es verdad…, Aislinn…

Ella mueve la cabeza negando y se hace un ovillo tratando de aislarse del mundo entero y de su amado, al que ha perdido para siempre. Le duele mucho sentir cómo la rodea con sus brazos. Percibir su reconfortante olor. A Aislinn se le rompe el corazón mientras sigue moviendo la cabeza, la agacha y se tapa la cara con las manos.

—Lo siento, Jarod —repite asolada por un dolor y una vergüenza espantosa.

—Aislinn. —Jarod le acaricia el pelo con delicadeza negándose a soltarla—. Mírame. Por favor.

Ella traga saliva; el dolor le contrae todo el cuerpo. Levanta la cabeza y se encuentra con sus hermosos ojos ambarinos que la miran con un amor tan intenso que Aislinn tiene la sensación de que todo su mundo se está poniendo del revés.

—No estás mancillada —insiste Jarod con ternura y la voz rota por la emoción—. Aislinn, te quiero. Solo te quiero a ti. Me estaba preparando para volver a occidente a buscarte y acababa de conseguir que me autorizaran para utilizar un portal vu trin.

Aislinn se siente muy confusa.

—Pero… vosotros os emparejáis de por vida. Y yo… ahora ya estoy usada y… —Esboza una mueca destrozada—. Ahora estoy sucia y soy… impura…

Jarod se queda asombrado.

—Eso no es cierto. Esa es una forma retorcida y cruel de pensar acerca de cualquiera. Tú no eres ninguna de esas cosas. Y te quiero.

Aislinn cada vez está más desconcertada. La visión que siempre ha tenido del mundo empieza a dar vueltas en su cabeza. Todo lo que le habían enseñado acerca de que su valor estaba estrechamente ligado a su pureza, su perfecta sumisión a las costumbres magas. Pero allí, bajo el brillo del decidido amor de Jarod, esa forma de ver el mundo empieza a desmoronarse y a mostrarse como algo débil y degradante. Y, sin embargo, sigue resonando en su interior, pues la lleva impresa en el alma.

—Pero, Jarod…, estoy…

—Emparejarse de por vida significa unirse a la persona que uno ama con todo su corazón. Para siempre —insiste Jarod—. Eso es lo que significa. —Aprieta los labios con rabia—. Esa creencia de que las personas puedan ser impuras y sucias…, esa es una creencia propia de los magos, no nuestra. —Adopta una expresión implorante mientras le coge la cara con sus cálidas manos—. Escúchame…, te quiero. Eres el centro de todos los poemas que he leído. De todas las puestas de sol

que he visto. Tú estás en el centro de todas las cosas que me parecen hermosas y buenas. Te quiero y te deseo. Solo a ti. Para siempre.

Aislinn contempla los apasionados ojos de Jarod mientras la embarga una esperanza tan intensa que jamás pensó que volvería a sentir. Y se aferra a ella como si fuera un salvavidas.

—¿No te he perdido? —pregunta asombrada, y parpadea agarrada al brillante hilo de su inquebrantable amor.

Jarod sonríe emocionado y le seca las lágrimas.

—Oh, Aislinn. Me has encontrado. Jamás podrías perderme.

Y entonces vuelve a abrazarla, y esta vez ella le devuelve el abrazo con unas lágrimas muy distintas, fruto de la esperanza. Pero entonces se retira un poco de él y le tiemblan los labios al recordar su traumática experiencia. Debe ponerse a su altura. Por muy mal que la haga sentir, tiene que confiarle parte de la espantosa verdad.

—Jarod… —Baja la vista y mira hacia otro lado apenas capaz de controlar su voz entrecortada—. Él… me hizo cosas horribles. —La atenazan los espantosos recuerdos—. No sé cuánto tardaré…, yo no… No puedo estar contigo del todo por ahora. No sé cuándo…

—Te esperaré —insiste con un amor incondicional—. Te esperaré siempre.

Aislinn suspira. A continuación mira sus ojos ambarinos con incredulidad y esperanza al mismo tiempo, pues su sincero amor está empezando a recomponer un pequeño fragmento de su cuerpo y su alma destruidos.

—Por poco no coincidimos —dice Jarod algo aturdido—. Pensaba partir mañana para occidente. Iba a ir a buscarte. —Le cambia la cara y a sus ojos asoma un brillo salvaje—. Y a matar a Damion Bane.

—No —contesta Aislinn con firmeza—. Lo mataré yo. —Guarda silencio un momento y se prepara para la importante petición. Una petición que le cambiará la vida—. Ya sé que esto va en contra de vuestra tradición, pues hoy todavía no hay luna llena, pero… no puedo seguir siendo maga.

Levanta la mano y la apoya sobre el fuerte y constante corazón de Jarod.

—Jarod, quiero que me transformes.

Esa noche se adentran en el corazón del bosque noi.

La lleva a un pequeño claro. La luna plateada brilla en el cielo y ellos están a punto de romper con la tradición apoyados por la bendición de toda la manada.

—¿Estás preparada? —le pregunta Jarod cogiéndola de la mano.

A Aislinn se le acelera el corazón. Está asustada. Ansiosa.

Segura.

—Sí —afirma.

Jarod alarga la mano y le aparta el cuello de la túnica para dejar al descubierto la base de su esbelta garganta.

—Tengo que sacarte un poco de sangre —le explica serio y pesaroso al mismo tiempo.

Los dos saben muy bien lo que eso implica: lo que van a hacer es violento, y ella ya ha pasado por mucho.

Pero Aislinn también sabe que eso es algo muy distinto, supone dejar constancia de un vínculo de sangre, no tiene nada que ver con un acto cruel hecho a propósito, y el resultado es completamente opuesto.

—Te vinculará a la sangre de la manada —le explica con delicadeza — y al bosque.

Aislinn asiente con seguridad a pesar de que los nervios le obstruyen la garganta y le han acelerado el corazón.

—Lo entiendo —dice—. Hazlo.

Jarod se acerca a ella y Aislinn trata de reprimir el miedo cuando él le coge la cara y le besa la frente con una delicadeza exquisita. El brillo ambarino de sus ojos se intensifica de pronto, retira un poco los labios y se le alargan los colmillos. Posa los labios en la base del cuello de Aislinn, la besa… y le clava los dientes en la piel.

Ella jadea y se arquea contra él. Siente una punzada de dolor de una intensidad abrumadora, como si de pronto estuviera en llamas. La luna parece crecer y brillar con más fuerza, pero, a pesar de la ligera bruma de dolor, Aislinn se siente abrumada por su hipnótica y luminosa belleza, y en ese momento tiene la sensación de que su ardiente cuerpo podría ascender flotando hasta ella.

Se agarra con fuerza a los brazos de Jarod mientras el dolor la

recorre, pero se mantiene firme y lo acepta sin inmutarse porque, en ese salvaje instante iluminado por la luna, Aislinn no está preocupada por su seguridad.

Quiere transformarse.

De pronto ve un destello ambarino y algo asombroso anida en ella. Sus líneas de afinidad se reducen hasta desaparecer y sus marcas de compromiso se desvanecen mientras la energía de todo el bosque se erige para acogerla. El dolor empieza a disminuir cuando la fuerza de la manada fluye a través de ella, y a Aislinn la asalta un único y luminoso pensamiento:

«No importa lo que esté por venir, jamás volveré a formar parte del Reino Mágico».

15

Xishlon’vir

TRYSTAN GARDNER Y VOTHENDRILE XANTHILE

El Wyvernguard

Isla Wyvernguard del Norte, Noilaan

Reino de Oriente

Mes seis

VOTHENDRILE

—Pareces más contento.

La noche siguiente, estamos los dos apoyados en la barandilla de la terraza más baja del Wyvernguard contemplando las montañas Vo y el río Zonor. Trystan me mira:

—He conseguido hacerme un pequeño hueco aquí —comenta—. Con Minyl y Ru Sol, y Sylla y Viger… —Se vuelve hacia mí—. Y contigo.

Una ráfaga de energía nos recorre a ambos y enciende el deseo en sus ojos. Y es intenso. Trystan separa los labios y a mí se me entrecorta la respiración por la euforia.

—Quiero que seas mi xishlon'vir, Trystan Gardner —le pido sin aliento.

Él se queda de piedra.

—¿Qué me estás pidiendo?

—El xishlon'vir es… Es la persona a la que eliges besar bajo la luna del Xishlon. Pero es más que un beso. Es el comienzo de un cortejo formal. Y empezar el cortejo durante el Xishlon supone una gran bendición.

Espero a que responda atrapado en el deseo que siento crepitar a través de su magia.

Trystan esboza una sonrisa ladeada.

—¿Quieres cortejarme?

Mi poder se eriza.

—Sí —admito abriéndole mi corazón—. Sé mi xishlon'vir, Trystan.

Él suspira algo tembloroso. Frunce el ceño y se le saltan las lágrimas.

—¿Te han besado alguna vez? —pregunto con un tono seductor y a la vez mortalmente serio. Me gustaría borrar sus lágrimas a besos.

Trystan suelta una carcajada.

—No.

—Me gustaría convertirte en mi xishlon'vir ahora mismo.

Ladea la cabeza y acerca el *piercing* de sus labios verdes a un centímetro de mi boca.

—Yo… he pensado en besarte más de una vez.

—¿Eso es un sí?

Trystan me dedica la sonrisa más emotiva que le he visto esbozar jamás, y me embarga la felicidad. Puedo percibir el «sí» que encierra esa sonrisa. Y en la forma en que su magia presiona la mía.

—¡Mago Gardner!

Su nombre resuena desde el otro lado de la terraza y los dos nos volvemos hacia el grupo de cuatro guerreras que se dirige decididamente hacia nosotros con expresiones serias y decididas.

Trystan y yo compartimos el estallido de algunos relámpagos cargados de energía defensiva.

La rígida guerrera que abre la marcha se detiene delante de Trystan y lo mira fijamente; a nosotros ya hace un rato que se nos ha borrado la sonrisa de la cara, pues enseguida hemos percibido la gravedad de la situación.

La guerrera mira fijamente a Trystan.

—Requieren tu presencia en el despacho de Ung Li. Inmediatamente.

TRYSTAN

—Tu hermana Elloren Gardner es la Bruja Negra.

Mi poder de agua se estremece y se congela, suspendido en mi centro mientras yo miro perplejo a la comandante Ung Li. La claridad desciende sobre mí y entonces comprendo perfectamente por qué estamos en la torre privada de Ung Li rodeados de guerreras. Y el motivo por el que me han confiscado la varita antes de entrar.

Y por qué Elloren está tardando tanto en llegar hasta aquí.

El destello de un relámpago se recorta en el cielo negro y por espacio de un segundo ilumina los tonos zafiro de la estancia. Los truenos resuenan en poniente.

—No puede ser —protesto desesperado por poner fin a ese espantoso malentendido. Consciente de lo que ello podría suponer para mi hermana—. Elloren no tiene ningún poder. Es una maga de nivel uno.

—No lo es. —La comandante Ung Li me lanza una mirada cargada de trascendencia—. Nuestras fuerzas le han hecho un examen de varita.

En este momento me siento muy confundido.

—No lo entiendo.

—Tu hermana nunca había sido sometida a un auténtico examen de varita. Hasta que lo hicieron nuestras guerreras. Tiene más poder del que tenía tu abuela.

La certeza de las palabras de Ung Li provoca un relámpago que recorre todo mi poder.

—¿Dónde está? —pregunto mientras las consecuencias de todo aquello empiezan a abrirse paso en mi cabeza. Llevan varias semanas diciéndome que está de camino. Bajo la protección de un contingente vu trin.

Ung Li frunce el ceño vacilante, lo que me provoca otra punzada de alarma.

Porque Ung Li no suele vacilar.

—Lo más probable es que esté muerta —afirma con una firmeza

devastadora.

Mi poder se desmorona asolado por el dolor. Me inclino hacia delante y me llevo las manos al estómago, que se me ha contraído al recibir el impacto de esas palabras.

—Tu hermana se vio sorprendida por el fuego cruzado cuando nuestras fuerzas orientales atacaron al Consejo de Magos.

Alzo la mirada perdida hacia ella, desesperado por corroborar que la inseguridad que destilan sus palabras sea cierta.

—Pero ¿no lo sabéis seguro?

Ung Li entorna sus ojos negros.

—Existe una pequeña posibilidad de que siga con vida. —Aprieta los labios—. Vas a ver carteles por todo el Wyvernguard y por la ciudad con un retrato aproximado de tu hermana.

—¿Carteles? —jadeo.

—Si tu hermana ha sobrevivido —dice Ung Li con un tono y una expresión que parecen contradecir dicha posibilidad—, y consigue llegar al Reino de Oriente, deberá ser entregada de inmediato a las vu trin. —Se hace una pausa demasiado larga—. Para su protección.

La comandante esboza una sonrisa tranquilizadora; su mirada permanece dura como una roca.

Mis poderes de agua se congelan cuando una pesadilla más oscura desciende sobre mí.

«No es una búsqueda.

»Es una cacería.»

Ung Li me está clavando los ojos.

—Si tu hermana ha sobrevivido y viene a las tierras Noi —dice con un tono meditadamente neutro—, es muy probable que os busque a ti o a vuestro hermano Rafe. Y si eso ocurre, deberás entregárnosla sin dilación. ¿Me has entendido, mago Gardner?

La esperanza y la rabia se apoderan de mí al tiempo que mi aura de agua invisible se expande por toda la estancia.

«Elloren está viva. Y tú me estás mintiendo.»

Tenso mis líneas y reprimo mi poder encerrándolo en el centro de mi cuerpo. Me llevo el puño al pecho saludando a Ung Li con sequedad y formalidad.

—Sí, comandante —afirmo dispuesto a mentir yo también. Dispuesto a hacer lo que haga falta para encontrar a Elloren y esconderla de las vu trin—. Si mi hermana ha sobrevivido y viene a buscarme, te la traeré enseguida.

VOTHENDRILE

—Trystan…

Se enfrenta a mí en el pasillo plagado de telarañas que pasa por delante de la puerta de su habitación y me clava los ojos con rabia.

—Xishlon'vir o guardia —dice—. Elige, Vothe. No puedes estar conmigo y en contra de mi hermana.

Siento una punzada de desconcierto y de rabia. Y mucho remordimiento. Porque lo que ha dicho Ung Li me ha impactado tanto que por un momento ha apagado mis emociones. Porque esto lo cambia todo.

—Trystan —digo—, es la Bruja Negra.

Los ojos verdes de Trystan arden de indignación.

—Se equivocan.

—Es un arma capaz de destruir un reino entero. Al menos en potencia. Un arma letal capaz de arrasar todo el Reino de Oriente.

No hay ninguna necesidad de entrar a valorar lo que se esconde tras esta reunión con Ung Li. Los dos tenemos muy claro que las vu trin no están buscando a Elloren para protegerla.

Trystan me mira fijamente y nuestros relámpagos crepitan caóticamente a nuestro alrededor.

—Sé cómo me llamabas antes de que yo llegara aquí —dice—. Cuervo. Cucaracha. Y sé lo de la petición que organizaste para que me expulsaran del Wyvernguard y del Reino de Oriente.

Sus palabras son como una lanza que se me clava en el corazón. Me acerco a él muy arrepentido.

—Lo siento, Trystan. Lo siento…

—Te perdono —dice con apasionada sinceridad—. Pero, Vothe, me llamabas de esa forma porque no me conocías. Y tampoco conoces a mi hermana. Ella también quiere luchar contra Vogel.

—No es tan sencillo, Trystan —contesto incrédulo—. ¡Pregúntame por las muchas personas de mi familia que murieron a manos de tu abuela durante la guerra de los Reinos! —Aprieto los dientes, que ahora se han alargado. Y noto cómo me empiezan a brotar los cuernos

de la cabeza—. Pregúntamelo.

Trystan me mira fijamente a pesar del dolor que adivino en sus ojos y de la agonía que percibo en su magia.

—Fueron muchos —digo—. Y prácticamente todas las familias de oriente perdieron seres queridos a causa del fuego de tu abuela. Así que no te comportes como si esta fuera una elección fácil para mí. —Se me quiebra la voz y la magnitud de lo que siento por él se abre paso en mi discurso—. No me hagas elegir entre tú y todo el Reino de Oriente.

—Jamás te pediría eso —responde Trystan, en cuya expresión brilla un creciente desafío—. Xishlon'vir o guardia, Vothe. Elige.

Noto cómo se me rompe el corazón.

—Te deseo, Trystan —digo presa de la devastación—. Pero tiene que ser guardia.

El poder invisible de Trystan estalla y yo noto la detonación en el centro de mi cuerpo. A continuación me lanza una mirada cargada de agonía, se da media vuelta, abre la puerta y se mete en su habitación. Yo hago ademán de seguirle cuando él se deja caer sentándose en la cama, entierra la cabeza entre las manos y se agarra el pelo azul.

—Quédate fuera —me ordena, y yo me quedo inmóvil en el umbral.

Las espesas telarañas del pasillo crujen y de ellas emerge una araña gigantesca que se descuelga con elegancia y se me acerca haciendo resonar sus patitas por las baldosas del suelo. Sylla me lanza una mirada apenada mientras entra en la habitación de Trystan.

Me muero por acercarme a él; Sylla se sube a la cama y vuelve a adoptar forma medio humana salvo por un juego de piernas de más. Rodea a Trystan con uno de sus brazos humanos y una pata de araña.

Él se agarra a la pierna del insecto como si fuera un salvavidas.

—¿Cómo es posible que el mundo haya llegado a esto? —implora con la cara tapada con las manos y la voz rota—. ¿Cómo ha ocurrido todo esto? ¿Por qué tenemos tantas ganas de matarnos los unos a los otros? ¿Cómo se ha creado Gardneria? ¿De dónde ha salido Vogel? ¿Cómo es posible que una religión consiga que un país odie a todos los demás?

—De la misma forma que ocurre todo —dice Sylla abrazándolo con

un sólido brillo en sus ocho ojos—. Por creer en una historia como si todo lo que esta cuenta fuera real.

TRYSTAN

—¿Vothe ya se ha marchado?

Sylla asiente examinándome con atención y rodeándonos a ambos con su bruma negra de fae de la muerte.

La miro fijamente; mi poder se agita con rabia.

—Sylla, quiero que me leas la mente. Quiero que leas hasta el último de mis temores.

Ella guarda silencio un buen rato mientras me mira fijamente sin apenas un parpadeo, como si estuviera evaluando la sinceridad de mi petición. A continuación, me levanta la mano, la pega a su fría y negra mejilla y cierra los ojos.

El mundo se vuelve todo negro y solo queda una ligera bruma plateada de la que brota el pánico que siento por Elloren. Me pongo a temblar.

—Tu miedo —anuncia; su voz sobrenatural parece venir de todos lados—, hay un océano entero.

Su voz suena ronca, como alterada por un repentino éxtasis. Deja resbalar mi mano por su cara y pega los labios a la palma.

—Síguelo —insisto temblando—. Sigue hasta el último trazo.

Me aprieta los labios a la mano con más fuerza.

Sus ojos de araña reaparecen cuando se retira y me mira con una repentina y peligrosa intensidad. Esboza una mueca de desprecio.

«El poder de la Bruja Negra podría provocar el fin de la naturaleza.»

Su ominosa premonición me resuena en la cabeza y me sorprende advertir que sus pensamientos suenan en mi interior mientras su oscuridad nos envuelve a ambos.

—Entonces, ¿tú crees toda la historia como si todo en ella fuera real? —la desafío.

Sylla se abalanza sobre mí en un abrir y cerrar de ojos. Se ha vuelto a transformar en araña y vuelvo a ver perfectamente la habitación mientras ella me encierra en una jaula de patas y me pega la mandíbula a la cabeza.

«¿Qué diantre quieres, mago insignificante?»

Su voz resuena en mi cabeza con una vibración sobrenatural, pero llegados a este punto ya no me siento intimidado por los fae de la muerte.

Clavo los ojos en su letal mirada.

—Ayúdame a encontrar a mi hermana —le suplico—. Antes de que la encuentren las vu trin.

16

La bruja oscura
FALLON BANE

Amazakaran

Mes siete, presente

Fallon Bane desciende planeando sobre su dragón desde la cumbre de la cordillera Norte iluminada por la luna. Damion y Sylus la flanquean de camino a Cyme. El viento agita su melena negra y empuña con fuerza la varita gris.

Vogel ha reforzado la varita con su poder oscuro; la pericia del mago ha transformado la legendaria perversión de esa magia en un poder virtuoso. Fallon nota el flujo de esa fuerza amplificada en sus líneas.

Sonríe y un escalofrío eufórico de hielo gris la recorre de pies a cabeza mientras intercambia una mirada perversa con su hermano Damion, que vuela a su izquierda, y a continuación se vuelve en busca de su hermano Sylus, a su derecha; a su espalda, una horda de soldados magos a lomos de dragones adiestrados.

Se agarra con fuerza al cuerno que su dragón tiene en el hombro y entorna los ojos oyendo el grito de guerra de las amaz, que resuena a sus pies como una ola gigantesca.

«Las haremos callar enseguida.»

De pronto piensa en su madre y en cómo los impíos oprimieron a los magos durante varias generaciones. Cómo esclavizaron a muchos de ellos y asesinaron al resto con el objetivo de eliminarlos de la faz de Erthia. Cómo, durante la guerra de los Reinos, su propia madre estuvo cautiva con otras jóvenes magas en una jaula mientras sus familias eran encerradas en un granero que esas bestias planeaban

reducir a cenizas.

«Nunca jamás.» Fallon alza el brazo derecho y se prepara para ocupar el lugar de la siguiente Bruja Negra de Erthia: al diablo con la furcia de esos impíos, Elloren Gardner. Y Lukas Grey será suyo en cuanto le quiten de las manos y las muñecas las marcas de compromiso con esa zorra *staen'en*.

Una ráfaga de escarcha le recorre las líneas provocándole un agradable enfriamiento; murmura un hechizo y el poder de viento brota en dirección a su varita.

—¡Cubridlas! —grita Fallon a su ejército haciendo señas con la mano en alto. A continuación agita el brazo con energía.

Fallon y los demás magos sacuden sus brazos. De cada una de las varitas brota una ráfaga de bruma negra que se extiende por el valle hasta formar una cúpula de bruma espectral.

—¡Invocad a los árboles! —ordena, y todos agitan de nuevo sus varitas y las ráfagas de sombras impactan contra la cúpula.

La cúpula se fragmenta y una serie de enormes columnas de sombra se internan desde lo alto de la superficie curvilínea, espesas como edificios. Se oyen una serie de explosiones que resuenan en todo el cuerpo de Fallon. Echa la cabeza hacia atrás y toma una extática bocanada de aire a medida que las columnas empiezan a ramificarse, y a sus pies se forma un gigantesco bosque de sombras y la cúpula empieza a transformarse en un dosel de extremidades grises ondulantes.

Los aterrorizados gritos de las civiles se multiplican cuando Fallon y su ejército se cuelan en la cúpula de sombras. La maga se encorva sobre su dragón y hace la señal de descenso. Los magos atraviesan la cúpula, todos con sus respectivas runas en el antebrazo que les ayudan a cruzar sin problemas.

«Están atrapadas como reses», se regodea Fallon con actitud vengativa.

En el interior de la cúpula está oscuro. La ola de sombras que Vogel ha proyectado a través del valle ha desprovisto a Cyme de sus colores, a excepción del brillo verde de la piel de los magos, y las preciosas runas de las amaz han perdido su poder y el color escarlata.

El ejército de Fallon rodea los árboles gigantescos recibiendo el ataque de una cortina de flechas que parecen mosquitos impactando inofensivamente contra sus armaduras grises. A sus pies hay una legión de guerreras amaz ridículamente salvajes; apuntan al ejército de Fallon con sus armas rúnicas gritando órdenes, y las mujeres y las niñas salen corriendo en dirección al Auditorio de la Reina.

«Ya podéis correr», alardea Fallon oyendo gritar a las niñas con regocijo y recordando lo que le había contado su madre de lo mal que lo habían pasado los niños magos cuando ella era pequeña.

—¡Preparaos, magos! —ordena animada por la abrumadora ventaja del poder de los magos. Echa la varita hacia atrás y el resto de los magos la siguen.

Fallon murmura un hechizo y el poder del hielo crepita por su cuerpo; el aire se enfría a su alrededor y se forman un montón de agujas de hielo dispuestas a desplegar su venganza sobre las mujeres aterrorizadas, las niñas que lloran y sus patéticas guerreras. «Solo es una práctica», se jacta.

Respecto a lo que están a punto de hacerle al Reino de Oriente.

Imbuida de su propósito, Fallon echa el brazo hacia atrás y después lo empuja hacia delante gritando su orden con rabia.

—¡Fuego!

PARTE II

La Bruja Negra

1

Oriente
ELLOREN GREY

Bosque Dyoi

Reino de Oriente

Mes siete, dos días para el Xishlon

«Bruja Negra.»

Observo con atención el bosque púrpura que me rodea mientras me ocupo de la pequeña Tibryl. Tose un poco, pero consigo mantener pegada la hoja de mi cuchillo Ash'rion a su cuello para bajarle la fiebre colocando los dedos sobre la combinación rúnica que proporciona poder de hielo, de forma que el arma sigue congelada en mi mano.

Me duelen las sienes. Los árboles no dejan de proyectar su oleada de odio como lo han hecho durante todo el día sin parar hasta el atardecer. Pero me importa un pimiento lo que haga el bosque: estoy decidida a seguir internándome en el Reino de Oriente hasta encontrar a mi familia y mis aliados.

Hasta encontrar a Trystan.

Aprieto con fuerza la empuñadura glacial del Ash'rion esforzándome por no perder la compostura al pensar en Lukas. Su nombre resuena en mi cabeza cada vez que me late el corazón y me muero por encontrarlo. Incluso a pesar de que el ardiente eco de lo que parecía el fuego wyvern de Yvan me hierve en las líneas.

La asombrosa posibilidad de que ambos puedan seguir con vida tira con agonía y esperanza de mi corazón en direcciones opuestas. No consigo quitarme ambas imágenes de la cabeza. La desolada mirada en el rostro de Lukas cuando me empujó a través del portal, la pasión

que ardía en sus ojos verdes cuando grité su nombre. E Yvan… El brillo dorado de sus ojos en la caverna subterránea cuando nos despedimos, cómo me sujetó la cara con las manos después de proyectar su fuego wyvern en mi interior con ese intenso y salvaje beso.

«Espérame», me dijo antes de que nos separásemos. Pero no esperé. No puse en duda la noticia de su muerte. Me comprometí con Lukas y me enamoré de él con la misma pasión.

Noto una punzada de dolor en el pecho al pensar en lo mucho que le dolerá a Yvan —si de verdad sigue con vida— descubrir que me he comprometido con Lukas en todos los sentidos. Y Lukas… ¿cómo reaccionará al saber que Yvan ha sobrevivido?

Pero no tengo tiempo de ocuparme de ninguna de las dos cosas, y todo palidece en comparación con la situación a la que me enfrento.

Tibryl empieza a tiritar y yo le aparto el cuchillo de la piel repentinamente esperanzada. Las puntas de sus orejas parecen menos rojas, y ya no tiene la mirada tan vidriosa. Suspiro aliviada mientras la incesante animosidad del bosque palpita en mi interior.

«Bruja Negra.»

Emberlyyn, la madre de Tibryl, estornuda, y mi alivio se evapora. Está desplomada contra la pequeña, y ambas siguen apoyadas en una roca cubierta de musgo violeta. Miro a Nym'ellia, que está a mi lado, y advierto enseguida la preocupación en el brillante rostro verde de la adolescente.

—En Voloi, a veces la luna emite un brillo violeta y todo parece un prado de flores de color púrpura —comenta de pronto la pequeña Tibryl, cuyos ojos verdes y amatista se ven vidriosos pero despiertos.

La miro y parpadeo sorprendida.

—Recuerdo haber leído algo acerca de la fiesta de la luna lavanda —cuento tratando de esbozar una sonrisa motivadora, incluso a pesar de que todos mis músculos me apremian empujados por la necesidad de moverme y de que no dejo de escudriñar el bosque en busca de más criaturas de Vogel.

—En Noilaan todo es mejor —opina Tibryl, que parece haber superado parte de su timidez mientras asiente con seguridad a su

propia afirmación.

Imagino que tendrá unos siete años. Su melena morena con mechones violetas está sucia y apelmazada y enmarca muy enredada su rostro violeta.

—Allí haré mis propias pinturas —me dice con los febriles ojos iluminados—, y pintaré la luna y todas las flores. Allí hay unos pajarillos minúsculos que se te posan en el dedo, y los niños noi los adoptan como mascotas. Y hay tortitas en forma de corazón con aroma de violetas. Y todo es precioso.

Vuelve a sufrir un ataque de tos y yo le coloco de nuevo la hoja del cuchillo Ash'rion en el cuello; siseo tratando de calmarla mientras su madre le acaricia la espalda masticando las hojas de filipéndula que les he ido a buscar a las dos para aliviar su estado febril.

Y con la esperanza de que así podamos acelerar nuestro peligrosísimo paso, tan lento.

El ataque de tos desespera a la pequeña y se echa a llorar. Vuelvo a retirar el cuchillo y Nym'ellia le ofrece un poco de agua.

Me paso los dedos por el pelo enredado, consciente de la abrumadora ventaja de Vogel, vinculada como estoy a estas personas extremadamente vulnerables y con los poderes bloqueados.

—Hemos hecho un viaje muy largo desde Valgard —dice Emberlyyn mientras la pequeña bebe—. Los magos están expulsando a cualquiera que no sea mago del Reino de Occidente. —Lanza una mirada tensa hacia el oeste antes de volver a mirarme con una expresión exhausta —. El desierto fue implacable.

Guarda silencio para toser llevándose el puño a la boca.

Tibryl le ofrece el agua a su madre y esta la acepta asintiendo agradecida. La niña apoya la cabeza en el regazo de su madre y cierra los ojos, y Emberlyyn le acaricia con delicadeza el cabello apelmazado. Cada vez que respira, oigo un ruido preocupante en los pulmones de la pequeña. «El estadio final de la gripe.»

Nym'ellia me mira con miedo en los ojos y percibo el pánico que siente al pensar en lo que pueda sucederle a su hermana.

«Conmigo no están a salvo —pienso con culpabilidad mientras escudriño el bosque hostil—. Vogel sabe dónde estoy y conoce mi

glamour. Pero si las abandono, Nym'ellia no tardará en convertirse en una refugiada huérfana.»

—Descansad un rato más —les propongo a Emberlyyn y a Tibryl levantándome para enfundarme el cuchillo y ocultarlo bajo la túnica para que nadie pueda verlo—. Vamos a esperar a que la filipéndula os baje la fiebre. Después podremos avanzar más deprisa. Yo os protegeré.

Emberlyyn asiente con una mezcla de agradecimiento y mal presentimiento en sus ojos amatista, unos ojos que cierra enseguida. Todo está en calma salvo por algún trueno ocasional, el canto de los pájaros asustados por la tormenta y el chirrido de los insectos. Algo me roza el pulgar y cuando bajo la vista me encuentro con dos arañas violeta: aquí las arañas me trepan con inquietante frecuencia. Hay tantas que no dejo de sacudírmelas de encima. Incluso nos hemos topado con un velo de telaraña tan ancho que hemos tenido que rodearlo para poder seguir avanzando hacia oriente.

Me las sacudo de la mano derecha. Los tonos púrpura que muchas de las criaturas de este bosque utilizan para camuflarse son tan imaginativos que no dejan de sorprenderme.

—Me van a odiar en Noilaan.

Levanto la vista sobresaltada y me encuentro con la mirada fija de Nym'ellia. Está apoyada en un ciruelo violeta con cara de estar cansada; demasiado exhausta para una chica de su edad.

—Allí odian a las cucarachas —afirma—. Y yo me parezco a ellas.

Me estremezco al oír el insulto. No quiero creerla, pero me temo que lo que dice es verdad.

—No creo que todo el mundo vaya a odiarte —opino tratando de parecer segura—. Siempre hay personas así, pero no serán todos iguales.

Frunce los labios.

—Tú no lo entiendes. No pareces una cucaracha.

Se me escapa una risa amarga e incrédula.

«Oh, Nym'ellia. No te haces una idea.»

—Nadie me quiere en ninguna parte.

Se retrae con actitud protectora al tiempo que lanza una rápida

mirada hacia Emberlyyn y Tibryl, que duermen profundamente apoyadas en la roca cubierta de musgo.

—Pues a mí me gusta que estés aquí —respondo buscando su mirada torturada—. Y a mi familia y a mis amigos también.

Frunce el ceño.

—¿Tienes amigos en Noilaan?

Su pregunta desprende una frágil esperanza.

—Sí.

Miro hacia oriente presa de una ráfaga de añoranza por mis hermanos y otros seres queridos. Y por Yvan…

Emberlyyn abre los ojos y se interna en mi pensamiento. Se sobresalta y mira asustada a su alrededor como si no estuviera segura de cómo ha llegado hasta allí.

—Tenemos que irnos —digo tendiéndole la mano.

La acepta e intenta despertar a Tibryl dándole un suave empujoncito con el codo, y Nym'ellia y yo las ayudamos a ponerse en pie. Nos llega un crujido del bosque.

De entre los árboles emerge una silueta negra y yo me pongo en alerta. Hago ademán de desenvainar los cuchillos, pero me quedo de piedra cuando noto la vibración de advertencia de la varita pegada a la pantorrilla. Con las manos posadas sobre las armas escondidas, miro a las cuatro guerreras vu trin que tengo delante, todas con sus espadas rúnicas en alto y las runas de color zafiro grabadas sobre el acero.

Santísimo Gran Ancestro.

—Alto —ordena la más seria de las guerreras. En su cabeza afeitada se distingue claramente la silueta de un dragón.

Se me acelera el corazón mientras las vu trin se acercan con las armas en alto y Tibryl se aferra a la túnica de su madre sollozando. Aprieto los puños preparada para blandir mis armas, pero entonces me doy cuenta: las vu trin no me están mirando a mí, sino a Nym'ellia.

—Identifícate, gardneriana —ordena la guerrera más seria en la lengua común, y Nym'ellia se sobresalta como si la hubiera golpeado.

Entonces es cuando me asalta la terrible epifanía: «Creen que Nym'ellia es la Bruja Negra».

—Por favor, noi'khin, no nos hagáis daño —suplica Emberlyyn

mientras Tibryl se echa a llorar, cosa que parece sacar de su momentáneo estupor a Nym'ellia.

—¡Dejad de asustarla! —exige.

Yo también me indigno.

—Nym'ellia no es gardneriana —insisto a pesar de que cada vez tengo más miedo de que me descubran.

—Mírale las orejas —consigue decir Emberlyyn respirando con dificultad.

La hechicera se adelanta y le aparta el pelo con aspereza a la adolescente. Nym'ellia se aparta y yo reprimo las ganas de estrangular a la guerrera.

—Se las han cortado —comenta otra de ellas en idioma noi y con cara de preocupada. Es joven y muy hermosa, y lleva las largas trenzas atadas a la espalda. Se relaja y baja la espada—. Heelyn —le dice muy seria a la brusca guerrera—, ¿entiendes lo que le han hecho a esta chica?

Heelyn mira con los ojos entornados a Emberlyyn y Tibryl, y advierto cómo van encajando las piezas de la situación en su mente, la historia de estas chicas medio gardnerianas y medio uriscas. Hace una mueca y a continuación fulmina a Emberlyyn con la mirada, y es casi como si pudiera escuchar sus pensamientos. «Ha tenido relaciones con un mago.»

Entonces me mira a mí y el miedo me atenaza.

—¿Y tú quién eres? —pregunta en elfhollen.

—Ny'laea Shizorin —consigo responder con la boca seca.

—¿Dónde te diriges?

Me obligo a aguantar su mirada penetrante.

—A oriente.

—¿Has visto a algún mago?

Heelyn mira a Nym'ellia con recelo, como si su pelo negro y su brillante piel verde le bastaran para sospechar de ella.

Cada vez estoy más enfadada.

—No —digo molesta por cómo está tratando a la adolescente—. ¿Estáis buscando a alguien?

Me arrepiento de haberlo preguntado en cuanto lo digo.

Heelyn me clava sus ojos negros y yo siento un escalofrío cargado de angustia. Ahora tengo la piel más grisácea y los ojos plateados, pero mis rasgos de Bruja Negra siguen intactos.

—Estamos buscando a una mujer gardneriana —dice—. De unos diecinueve años. De rasgos angulosos. Se parece a la última Bruja Negra.

Trago saliva.

—No he visto a nadie que encaje con esa descripción.

«Excepto en el espejo.»

Se me queda mirando durante un momento larguísimo y se me cierra el estómago. Entonces se relaja un poco, adopta una expresión como de desasosiego y vuelve a envainar el arma.

—Volved por donde habéis venido —nos dice empleando de nuevo la lengua común—. La frontera está cerrada.

Alguien coge aire con fuerza a mi espalda y yo me quedo sin palabras.

—¿Cuándo… cuándo la han cerrado? —pregunta Nym'ellia con la voz quebrada.

La guerrera llamada Heelyn la mira frunciendo el ceño con antipatía y la ignora abiertamente.

—¿Está cerrada para todo el mundo? —pregunto asombrada.

Vuelve a mirarme y veo un destello de simpatía en sus ojos que no aparece cuando mira a Nym'ellia y a sus hijas, y enseguida me doy cuenta de que me ha clasificado en la categoría cultural correcta, pues en Noilaan sienten mucha simpatía por los elfhollen. Pero no sienten lo mismo por una mujer urisca con dos hijas con sangre maga.

Heelyn asiente con aspereza.

—La frontera lleva varios días cerrada —me dice—. Son órdenes del cónclave noi. Deberíais volver. Aquí no hay sitio para vosotras. —Guarda silencio un momento y frunce el ceño—. Si estáis pensando en cruzar el río Zonor y las montañas Vo para llegar hasta la frontera, os aconsejo que no lo hagáis. Son lugares muy peligrosos. Sabemos que las aguas están infestadas de krakens. Y dentro de unos días, el muro de tormentas zhilon'ile que flotan sobre las montañas Vo se extenderá por toda esta zona. Marchaos a casa. Es infranqueable. Y la cosa se va

a poner mucho más peligrosa.

«¿A casa? —me gustaría decirle—. ¿Y dónde se supone que está eso exactamente para Nym'ellia, Emberlyyn y Tibryl? ¿O para mí?»

—Están enfermas —le dice la guerrera del pelo largo a Heelyn con una mirada abrasadora.

La otra pone los ojos en blanco y se vuelve hacia ella.

—Eso ya lo veo, Ru Sol —dice en idioma noi sin duda pensando que no la entenderemos, pues no sabe que llevo una runa de traducción detrás de la oreja—. Pero eso no cambia nada, no las dejarán cruzar la frontera. En especial teniendo la gripe.

—Pero está mal —insiste Ru Sol negándose a dejar de hablar en el idioma común—. Necesitan cuidados.

—Te estás excediendo, guerrera —le espeta Heelyn en noi—. ¿Has olvidado la tarea que nos han encomendado?

«Vuestra maldita frontera está a punto de desaparecer —pienso indignada—. Porque Vogel es capaz de destruir las runas militares noi. ¿Y a vosotras os preocupa que una pequeña familia desesperada pueda entrar en vuestro territorio?»

Me cuesta mucho no compartir con ellas las advertencias acerca de las habilidades oscuras de Vogel que tanto Lukas como Valasca me pidieron que comunicara a las vu trin. Pero estoy convencida de que estas hechiceras no me creerían. A menos que les confesara mi verdadera identidad.

Y la realidad es que tampoco así me creerían. Sencillamente me matarían.

No. Tengo que encontrar a mis hermanos y a mis amigos. Y a Yvan.

—Lo siento —me dice la guerrera Ru Sol, y yo percibo que el remordimiento se le enrosca en la garganta por cómo tensa el cuello y la mandíbula. Después mira a su alrededor como si estuviera pensando en algo que hacer para ayudar. Y entonces se lleva la mano al cuello, se quita el collar y me lo tiende.

Me quedo mirando el colgante en forma de dragón de color marfil que cuelga de la cadena y enseguida me doy cuenta de que representa a Vo, la diosa noi de la compasión y la misericordia. Hay un par de colgantes a ambos lados. Pájaros mensajeros Vo.

—Que Vo te acompañe —me dice Ru Sol con la voz ronca.

La miro con incredulidad.

—No necesitamos vuestra diosa dragón —contradigo. Miro a Emberlyyn y a Tibryl, que vuelven a sufrir ataques de tos—. Necesitamos tintura de norfure y camas calientes.

«¡Y yo tengo que evitar la inminente destrucción de todo el reino!»

—Lo siento —repite antes de darse la vuelta.

Ru Sol me lanza una última mirada apesadumbrada por encima del hombro antes de que todo el grupo se interne en el bosque y desaparezca de nuestra vista.

Cuando me vuelvo, Nym'ellia está llorando.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —me pregunta la adolescente con la voz temblorosa.

La rabia se apodera de mí con una fuerza implacable.

—Seguiremos avanzando hacia oriente —le aseguro empuñando mi cuchillo Ash'rion—. Y cruzaremos esa frontera.

2

El Zonor
ELLOREN GREY

Río Zonor

Reino de Oriente

Dos días antes del Xishlon

El río Zonor es un impacto para los sentidos.

Un áspero viento azota mi cabello gris, que me sacude la cara, mientras Nym'ellia, Emberlyyn, Tibryl y yo contemplamos su vasta extensión al anochecer, y sus aguas grises resbalando agitadas hacia el sur. Huele a energía fría. Como si un poder puro lamiera el aire. Y yo me pregunto qué clase de criaturas monstruosas merodearán por sus profundidades.

Miro hacia las montañas negras que se alzan a lo lejos, cuyas cumbres son casi tan altas como las cordilleras del norte y del sur. Por encima de ellas flota un muro de tormentas preñadas de relámpagos. «Tormentas creadas por los wyvern.» Mortales e indiferentes a todo menos a los militares noi.

«No pienses en las probabilidades —me apremio—. Tú sigue avanzando hacia oriente.»

Me vuelvo hacia Nym'ellia y veo que la adolescente está contemplando el Zonor con cara de inquietud y con la pequeña Tibryl en brazos. Un relámpago se recorta en el cielo ensombrecido.

—¿Es aquí? —pregunto.

Nym'ellia frunce el ceño y me tiende su intrincada brújula de oro para que pueda comprobarla. Todas las flechas de la brújula señalan exactamente este punto.

—Los celtas que nos organizaron el viaje en Issan nos dijeron que

esperásemos aquí a que una barca viniera a recogernos —dice Emberlyyn.

Nos volvemos hacia ella. Ha apoyado su frágil cuerpo contra uno de los sauces púrpuras de la ensenada, y la cortina de ramas nos rodea a todas.

Los árboles están extrañamente callados, en el aire flota un zumbido de energía húmeda y no se oye el canto de los pájaros; la tormenta que acecha desde el norte se va acercando.

Emberlyyn se saca una moneda negra del bolsillo y me la da con expresión de cansancio en el rostro. Le doy la vuelta y en su brillante superficie veo la imagen de una trucha.

—Utilizamos todo lo que teníamos para pagar el pasaje —admite con un hilo de voz.

«Qué arriesgado. —Sopeso la moneda unos segundos y después se la devuelvo—. Pagar algo en occidente confiando en que lo encontrarás al llegar a oriente.» Pero es evidente que no es más que otra elección de la larga lista de decisiones peligrosas que ha tenido que hacer esta pequeña familia. También es evidente que Emberlyyn está llegando al final del camino. Las elecciones que se tomen en adelante deben ser las acertadas si ella y sus hijas quieren sobrevivir.

«Por favor, que no tengan que lamentar haberse aliado conmigo.»

Me bajo las mangas y el dobladillo de la túnica para ocultar bien todas mis armas como me enseñaron a hacer Lukas y Valasca. Se me encoge el corazón al pensar en ellos: la necesidad que siento de encontrarlos es como un fuego que arde con fuerza en mi interior.

Oigo un crujido entre los árboles y me llevo las manos a los cuchillos. Pero lo que sale del bosque no son escorpiones ni murciélagos fantasma. Es un hombre celta que se acerca agachado por debajo de las ramas púrpura y viene muy decidido. Es corpulento y musculoso, con aspecto de estar curtido por las inclemencias del tiempo, y con el pelo rubio sucio y despeinado.

Me mira a los ojos y se me eriza el vello. Advierto algo sospechoso en sus ojos azules y tengo la sensación de que me está evaluando con frialdad. Esboza una sonrisita de medio lado mientras me mira de arriba abajo con un interés inquietante. Yo pego la mano a la

empuñadura del Ash'rion advirtiendo que el celta lleva un cuchillo bastante largo envainado en la cintura.

«Pero no tiene runas.»

Se agacha, coge una cuerda negra de entre la maleza violeta y tira de ella.

De entre las ramas que hay en la orilla emerge un bote escondido. Los oscuros tonos grises de la pequeña embarcación se funden con los de acero del río.

—¿Estáis buscando una embarcación?

Sus ojos tropiezan con Nym'ellia y la mira de arriba abajo de un modo que me enfurece todavía más.

—Hemos pagado un pasaje para cruzar el río —explico mientras Emberlyyn se adelanta para darle la moneda.

El hombre observa la moneda y después le clava sus pequeños y brillantes ojillos.

—Necesito doscientos florines más.

Me quedo con la boca abierta. Con eso podría comprarse una manada de caballos. Y solo tengo 170 florines en el monedero que Valasca me metió en el bolsillo antes de que Lukas me lanzara por el portal.

—El pasaje ya está pagado —le recuerdo con frialdad.

Señala con desprecio a Emberlyyn y a Tibryl.

—Están enfermas. —A continuación apunta a Nym'ellia con el dedo y la mira con desdén—. Y vais con una cucaracha.

Ahora la adolescente lo está mirando como si fuera un animal acorralado; está hundida.

Yo miro al tipo con los ojos entornados.

—Es mucho dinero.

Él me observa como si me estuviera evaluando.

—Siempre podéis cruzar a nado. Sabéis nadar, ¿no?

El fuego estalla en mis líneas cuando me doy cuenta de que no voy a poder negociar con este hombre. Es evidente que tiene mucha práctica aprovechándose de los refugiados que buscan asilo en oriente.

Me saco el monedero del bolsillo y se lo tiendo.

—Aquí hay ciento setenta —admito con sequedad.

Coge el monedero y vacía el contenido en su mano. A continuación alza la vista y vuelve a mirarme de arriba abajo.

—Pues ya tienes pasajes. —Me lanza una mirada gélidamente sugestiva—. Ya encontrarás alguna forma de pagarme lo que falta.

Miro la barquita con recelo.

—Muy bien —me arriesgo a aceptar—. Pero llévanos hasta la otra orilla.

El tipo hace un ruidito divertido al percibir mi seguridad y esboza una mueca de desdén, como si quisiera recordarme que no estoy en posición de dar órdenes.

«Pero sí que estoy en posición de dar órdenes —pienso. Pues a pesar de lo corpulento que es este hombre, no es más grande que tres escorpiones y cuatro murciélagos fantasma. Y su cuchillo no es mágico —. Sí, puedo contigo», me digo un poco sorprendida de estar barajando una idea tan agresiva.

—Eres peleona, ¿eh? —dice sonriendo abiertamente.

Vuelve a mirarme de arriba abajo y yo comprendo todo lo que transmite esa mirada: piensa que puede mirarme con lascivia abiertamente y que yo no puedo hacer absolutamente nada para evitarlo.

—Cuando tengo que serlo —contesto devolviéndole la sonrisa.

Un trueno rompe el cielo con un retumbo impresionante y todos levantamos la vista con nerviosismo.

Me vuelvo hacia ese hombre tan repugnante.

—Estamos preparadas. Vámonos.

Asiente con actitud eficiente y tira de la cuerda para acercar más la barca y sujetarla mientras yo ayudo a subir a Tibryl, Emberlyyn y Nym'ellia. Subo a bordo y noto cómo mi poder reacciona en cuanto toco la madera y su origen se refleja en mi mente.

«Roble gris.»

El celta sube a la embarcación, coge los remos y nos aleja de la orilla rocosa de la ensenada. Se saca del bolsillo una piedra plana de color negro sobre la que veo una runa noi azul; a continuación pega la piedra a una runa noi más grande que está grabada en el fondo gris de la barca.

A ambos lados de la embarcación aparecen seis runas circulares tan grandes como ruedas de carro, y la luz zafiro que emiten ilumina algunos de los peces que nadan por la orilla de la caleta. El celta presiona la piedra sobre una de las runas más pequeñas que hay marcadas en el interior del bote y todas las runas de la embarcación pierden el brillo adoptando el mismo tono de camuflaje que el bote y el río. Toca tres runas más con una piedra, la embarcación se sacude de pronto hacia delante, y todas nos agarramos a las cuerdas pegadas a los laterales.

Empezamos a bordear la ensenada en silencio y con atención; las ramas de los sauces nos rozan al pasar por debajo de los árboles, que no dejan de maldecirme ni un segundo.

Salimos al centro de la corriente y noto cómo se estrecha un poco más el yugo al que los árboles tienen sometidas mis líneas, como si estuvieran reforzando el nudo que me paraliza la magia antes de que pueda escaparme. Y, al poco, dejamos los sauces atrás y la tensión va aminorando a medida que avanzamos por el Zonor.

Es intimidante.

Ver el río desde la orilla es una cosa, pero aventurarse por sus aguas es otra muy distinta. Discurre de norte a sur, y la cordillera negra que delimita su extensión parece estar a muchos kilómetros de distancia. Nos azota una corriente fría mientras la barca cabecea al pelear contra la incesante corriente del río, que tira de la embarcación hacia el sur.

No somos las únicas que están intentando cruzar el río. Un poco más al norte veo una familia de celtas rubios con tres niños pequeños en otro bote. Y en otra barca un poco más lejos hay dos jóvenes elfhollen. Miro a mi alrededor y cuento hasta seis embarcaciones más, la mayoría se ven diminutas a lo lejos; todos nos dirigimos a oriente.

—¿Cómo se maneja esta embarcación? —le pregunto al celta.

Cuando me vuelvo, advierto que me está mirando fijamente y que no parece preocupado por la inminente tormenta y la fuerza del río, incluso a pesar de que en este momento estamos demasiado lejos de ambas orillas como para nadar hasta tocar tierra.

El celta esboza una sonrisa antipática.

—Eres una muchachita gris muy bonita. Ven aquí y te enseñaré.

Da una palmada en el banco que tiene al lado.

—Enséñamelo desde aquí —le contesto con frialdad.

—No, te lo enseñaré desde aquí —insiste sin dejar de sonreír, y en su voz adivino una amenaza que podría agravarse.

Imagino a Lukas desenvainando la varita y envolviendo a este bastardo con sus vides negras sin pensarlo ni un segundo. «Tíralo por la borda, Elloren.» Casi puedo oír la voz de Lukas animándome.

Me levanto y camino un poco agachada para no perder el equilibrio, y me acerco al celta. Me siento a su lado y me enfrento a su mirada lasciva mientras mi poder enjaulado tira hacia la madera que tengo bajo las palmas de las manos.

—Eres muy curiosa, ¿eh?

Me pone la mano en el muslo.

Me muero del asco.

—Pues sí. Enséñame cómo funciona.

Señala distraídamente hacia la runa del casco.

—La navegación está integrada en esa runa —me dice estrechándome el muslo al tiempo que se acerca—. Y consigue que la barca avance contra corriente.

—Entonces la barca… ¿cruza sola al otro lado?

—Exacto —presume—. Así que tenemos mucho tiempo para encontrar una forma de que me pagues lo que falta. Si te quitas la túnica, te rebajaré cinco florines.

Ahora imagino a Lukas aplastándole la cabeza con un remo.

—De acuerdo —le digo con amabilidad mientras él sigue manoseándome el muslo.

Me levanto y empiezo a contonearme hacia él metiéndome la mano por debajo del dobladillo de la túnica, rodeo la empuñadura del Ash'rion hasta encontrar la runa de aire. Mi enredada línea de aire cobra vida. Murmuro un hechizo y la runa enseguida extrae parte de mi poder.

—Quítatela —me anima con la voz ronca por un deseo agresivo.

En mis líneas enredadas se enciende un poder elemental. De un letal movimiento desenvaino el cuchillo y echo el brazo atrás. Las brillantes guías verdes se iluminan y lanzo el arma hacia el hombro del tipo.

El cuchillo encuentra su objetivo y el salvaje rugido de viento catapulta al hombre por encima del lateral de la barca, hacia el cielo. El celta aúlla y dibuja un arco por encima del agua antes de desplomarse en el río provocando una violenta oleada.

Aprieto el dedo en la runa de recuperación con el corazón acelerado. El cuchillo emerge del río y regresa volando a la palma de mi mano al mismo tiempo que el celta saca la cabeza del agua, jadeando y escupiendo. Me mira.

—Como te acerques a esta barca te mataré —le grito apuntándole con el cuchillo a la cabeza al tiempo que preparo la runa de fuego.

Me mira con odio e ignora mi amenaza y avanza en dirección al bote nadando con el brazo herido mientras yo aprieto los dientes y me preparo para volarle la maldita cabeza.

De pronto mueve violentamente el cuello hacia atrás, suelta un grito estrangulado y desaparece bajo el agua. Jadeo asombrada y noto cómo la varita vibra pegada a mi espinilla.

Observo el agua con atención y el pulso acelerado.

Una sombra gigantesca se desliza por debajo de la superficie del río. Mucho más grande que un hombre.

El miedo me atenaza. «Santísimo Gran Ancestro. No. No. No.»

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Nym'ellia con miedo en los ojos.

Se levanta un poco de viento y empieza a llover.

Nuestra barca se bambolea con fuerza, como si alguien la hubiera golpeado por debajo con un puño gigante. Gritamos todas al unísono y nos desplomamos hacia un lado. La barca está a punto de volcar y el río nos cubre con una de sus sábanas de agua helada. Se me cae el cuchillo y resbalo. Me desplomo sobre el banco de madera y recibo un doloroso impacto en el hombro. Sujeto con fuerza el brazo de Nym'ellia. Por suerte, Emberlyyn se ha agarrado a una cuerda y de Tibryl. Nos miramos alarmadas.

—¡Kraken! ¡Kraken! —grita un hombre en elfhollen desde la distancia y con la voz amortiguada por el viento y la lluvia al tiempo que empiezan a oírse más gritos de alarma por el río.

—Agachaos —les ordeno a mis compañeras mientras recupero el cuchillo—. Pegaos al fondo de la barca y cogeos con fuerza de las

cuerdas.

De pronto emerge del agua una cabeza negra y me quedo sin aire en los pulmones.

El kraken que ha emergido a lo lejos es espantoso como una fusión demoníaca entre un calamar y un insecto, con una aceitosa y serpenteante cabeza negra, unas fauces gigantescas llenas de dientes brillantes y múltiples tentáculos que emergen del agua para enroscarse en la proa de la barca de la familia celta. El viento se lleva los sollozos de los niños y los gritos de los padres, que desde aquí resultan del todo incomprensibles.

Nym'ellia se pone delante de su madre y de su hermana y una vez de espaldas a ellas se agarra con fuerza a los asideros de cuerda con los ojos desorbitados. Yo echo el brazo atrás y me preparo para lanzar el Ash'rion, pero las líneas brillantes que proyecta la varita hasta el objetivo se quedan a medias en esta ocasión, desapareciendo antes de llegar a la bestia.

«Está demasiado lejos», advierto angustiada mientras la familia aúlla cuando el bote se hunde en el agua.

Del río emergen las cabezas de varios krakens más, lo que provoca gritos en más de un idioma. El cielo se abre del todo y los truenos rugen sobre nuestras cabezas. Tibryl solloza y nuestra barca cabecea mecida por las olas, que cada vez son más grandes. De pronto las runas de la embarcación se apagan.

Se me acelera el corazón y noto una ráfaga de fuego wyvern que me recorre por dentro procedente del nordeste. Veo un destello dorado ante los ojos. Observo el agua y el cielo con atención rezando para que Yvan descienda de pronto.

Aparecen unos tentáculos y yo jadeo cuando se agarran a la barca con sus afiladas uñas. Son más grandes que las de los dragones. Me quedo sin aliento cuando veo emerger la cabeza del kraken.

Su imagen se me graba en el cerebro en un angustioso segundo.

Dos ojos gigantes y membranosos. Enormes fauces fétidas y una boca cavernosa llena de dientes afilados. Oigo el grito de Tibryl en ese segundo al tiempo que caigo presa de una emoción más intensa.

Una rabia cruda y despiadada.

—¡No te las llevarás! —le grito presa de la rabia. Me abalanzo sobre la criatura saltando de la barca y clavo el cuchillo en uno de sus enormes ojos buscando con los dedos la runa de fuego. Rujo un hechizo rúnico y suelto la empuñadura del cuchillo.

La cabeza del kraken estalla en llamas y se desata el caos. La criatura aúlla y se desploma hacia atrás, como un edificio gigantesco que se desmorona arrastrándome bajo las olas.

Otra dura pared me impacta desde atrás robándome el aire de los pulmones al tiempo que esa cosa me saca del agua con su larguísima cola. Vuelo por los aires esforzándome por respirar antes de volver a desplomarme en el agua.

Abro los ojos bajo el agua y veo una enorme silueta negra nadando hacia mí. La runa para rastrear demonios empieza a vibrar en mi abdomen.

Presa del pánico, nado hasta la superficie y saco la cabeza justo antes de que algo me agarre del tobillo y vuelva a tirar de mí para abajo. Ya no noto la vibración de la varita sujeta a mi espinilla.

Intento nadar con fuerza empleando los brazos y la pierna que tengo libre mientras el kraken me arrastra con su tentáculo. Me arden los pulmones, necesito respirar. Sacudo la pierna mientras la criatura tira de mí en dirección a su terrorífica cabeza borrosa.

Está alterada. Tiene un montón de membranosos ojos de insecto por toda la cabeza y me amenaza con sus dientes afilados. Y entonces me atenaza un miedo todavía más paralizante.

En el centro de su gigantesca frente veo un astuto ojo inquisitivo.

Un ojo de un pálido color verde.

Vogel.

La poderosa necesidad de pelear se apodera de mí y el fuego wyvern que me recorre las líneas se intensifica. Hago ademán de coger los cuchillos que llevo prendidos a los costados, pero unos tentáculos me agarran de las muñecas y la cintura, y emerjo del agua tosiendo y escupiendo.

Respiro con rabia mientras forcejeo rodeada de un auténtico caos: hay krakens por todas partes y la gente grita bajo la lluvia. Estoy un poco alejada de nuestra barca, desde donde Nym'ellia, Emberlyyn y

Tibryl me miran aterrorizadas. Los tentáculos que me agarran se ciñen con más fuerza a mi cuerpo y el fuego wyvern de mis líneas sube de temperatura hasta convertirse en un infierno. Y con la cabeza asomando justo por encima de la superficie del agua, noto cómo empiezo a alejarme a toda prisa de la orilla oriental.

—¡Socorro! —grito mientras me arrastran hacia occidente y me alejo de las barcas, que poco a poco van volcando y sus indefensos pasajeros caen al agua.

La orilla occidental del río Zonor aparece ante mis ojos a través de la salvaje tormenta. Junto al agua veo varios escorpiones rúnicos que me observan con sus ojos depredadores. Y entonces lo entiendo todo:

«Me llevan ante él».

Me desespero.

—¡Socorro! —grito forcejeando con todas mis fuerzas contra el kraken de Vogel justo cuando veo aparecer un grupo de naves rúnicas por entre las nubes.

Son del tamaño de un esquife y lo más increíble es que surcan el cielo como si fueran aves rodeadas de tenues halos de luz azul gracias a las runas que vibran bajo ellas y pegadas a sus laterales. Pasan a toda prisa en dirección a los botes que siguen a flote.

Los esquifes rúnicos disparan rayos de luz zafiro que hacen estallar los krakens reduciéndolos a bolas de fuego azul. La tormenta amaina de golpe. Un hombre con alas y cuernos salta de uno de los esquifes y emprende el vuelo. De sus puños brotan relámpagos blancos en dirección a una de las bestias marinas. La cabeza del kraken estalla envuelta en una esfera de brillante fuego blanco al tiempo que se oye el retumbar de un trueno.

—¡Aquí! —les grito con la voz ronca a los esquifes rúnicos—. ¡Socorro! ¡Ayudadme!

Los tentáculos del kraken de Vogel me sumergen y yo forcejeo desesperada mientras una urgencia apasionada palpita el fuego wyvern que me abrasa las líneas.

Algo pálido cruza el agua, es como una lanza de hielo. Impacta en el kraken, lo empala y una ráfaga de sangre negra brota de la herida junto a una ráfaga de aire frío.

La bestia me suelta de golpe y yo nado con fuerza hacia arriba alejándome de ella y esquivando su cuerpo, que ahora se convulsiona bajo el agua. Emerjo a la superficie del río.

Vuelvo a percibir sonidos: truenos, gente gritando, los aullidos de los krakens. Jadeo y me atraganto con el agua del río. Lo veo todo azul a pesar de que el color dorado del fuego wyvern centellea en mis ojos.

Hay un esquife flotando delante de mí, justo por encima de la superficie del agua, y veo una silueta oscura recortada contra la luz rúnica de la nave. Es un joven alto y esbelto con una varita en la mano. Me esfuerzo por verlo bien a través de los tonos dorados que me nublan la vista y me asalta un intenso poder de agua.

«Un mago. Es un mago.» Pero no hay tiempo para preguntas. —¡Socorro! —grito—. ¡Por favor, ayúdame!

El joven envaina la varita y se inclina por el lateral del esquife.

—¡Dame la mano! —grita en elfhollen.

Me asalta la confusión y me siento desorientada. «Esa voz. Yo conozco esa voz.»

Me acerco a nado y me agarro a la mano que me tiende el mago.

Un rayo centellea en el cielo y nos miramos a los ojos. La luz ilumina al joven por un segundo y yo parpadeo para poder ver por detrás del velo dorado wyvern que tengo ante los ojos. Y entonces le reconozco. Viste una llamativa túnica noi de color azul con un dragón bordado en el pecho, su pelo azul está empapado y enredado y lleva los ojos perfilados de negro. Veo que tiene varios aros negros en las orejas, las cejas y el labio inferior.

Se me encoge el corazón cuando me mira presa de la misma sensación; me recorre una ráfaga de poder de agua.

—¡Trystan! —consigo exclamar con la voz quebrada de felicidad mientras él me coge del otro brazo y me ayuda a subir a bordo.

3

El mago dragón

ELLOREN GREY

Montañas Vo, Noilaan

Reino de Oriente

Dos días para el Xishlon

Una ráfaga del poder de Trystan me recorre cuando él tira de mí por encima de la borda del esquife. Veo cómo la emoción asoma a sus ojos cuando nos abrazamos. El tiempo se detiene y un gigantesco nudo de tensión que no sabía que llevaba dentro se deshace de golpe y me obligo a reprimir un sollozo.

De pronto, Trystan adopta una expresión decidida y yo noto cómo controla su poder.

—Agáchate —me ordena señalando el suelo del esquife.

Miro a mi alrededor y siento un gran alivio cuando veo que están ayudando a Nym'ellia, Tibryl y Emberlyyn a subir a una de las naves envueltas en luz azul. Me apresuro a agacharme en el suelo empapado de lluvia de la nave mientras palpo en busca de la varita que llevo en la bota y compruebo que sigue en su sitio.

—Esconde la cara y finge que estás herida —me susurra Trystan—. Eres gris, pero sigues pareciéndote a ella. Hay carteles con tu cara por todo Noilaan.

Pego la mejilla a la madera. El árbol de ébano del que ha salido el tablón aparece en mi cabeza al mismo tiempo que las chispas doradas de fuego wyvern desaparecen de mi vista y los últimos tirabuzones de fuego se esfuman.

«Yvan —articulo sin aliento con el pulso acelerado—. No me pierdas.»

Mi aura de fuego tira en dirección nordeste desesperada por recuperar la conexión justo cuando un segundo esquife rúnico aparece a nuestro lado. Una guerrera vu trin armada hasta los dientes ocupa la proa de la nave, en la que lleva una familia de celtas. La observo entre los dedos de las manos presa de la ansiedad.

—¿Va todo bien? —le pregunta a Trystan en idioma noi.

Entorna los ojos al mirarme, cosa que me provoca una punzada de miedo.

—Está muy malherida, Oura Vil —responde mi hermano sereno como un lago, pero yo puedo percibir los relámpagos defensivos que crepitan por sus líneas—. La voy a llevar al médico de la frontera. Me reuniré allí con Vothe.

La guerrera me observa con atención, parece confusa y preocupada al mismo tiempo. Yo contemplo sus cuchillos rúnicos rezando para que no se dé cuenta de que tiene a la Bruja Negra tendida a sus pies.

Y que está a punto de colarse en el país.

La mujer asiente con sequedad y se marcha volando.

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo mientras mi hermano se acerca a un tablón confeccionado a base de runas conectadas que se extiende por toda la proa de la nave. Gira una runa con la punta de la varita y la embarcación se eleva por el cielo. Yo me agarro a una de las abrazaderas metálicas de la borda mientras la superficie revuelta del río se aleja rápidamente y siento un atisbo de vértigo en la tripa.

—Vogel sabe cómo destruir las runas noi —le digo a Trystan en cuanto nos alejamos de cualquiera que pudiera oírnos.

Se vuelve hacia mí.

—¿A qué te refieres?

—A que puede destruir las runas noi con solo agitar la varita. Incluso las runas militares más avanzadas. Mató a Chi Nam, la mejor hechicera de portales vu trin. —Se me rompe la voz al recordarlo y siento el impacto de una dolorosa punzada—. No pude evitarlo porque los árboles… me han bloqueado los poderes.

Un relámpago recorre el aura de afinidad de mi hermano.

—Quédate agachada y aterrizaré en algún lugar escondido.

Me lanza una mirada de advertencia y me doy cuenta de por qué tenemos que escondernos. «Lo vigilan de cerca. Porque es mi hermano.»

Vira con brusquedad inclinando la nave hacia arriba y cuando el esquife da la vuelta puedo ver la orilla occidental del río. Y me atenaza el pánico.

El grupo de escorpiones que había en la orilla ha aumentado. Desde aquí no son más que un grupo de sombras borrosas a lo lejos, pero sus movimientos insectiles son inconfundibles. Un relámpago cae sobre ellos y el hombre alado con cuernos desciende. Las criaturas chirrían y se dispersan atacadas sin piedad.

—Esos escorpiones vienen a por mí —le digo a Trystan con la voz temblorosa a causa de la humedad.

Vuelve a mirarme muy preocupado.

—Los gardnerianos consiguieron abrir un portal y mandaron un montón de criaturas de esas. Las vu trin lo cerraron, pero todavía estamos peleando con ellos. Agárrate fuerte.

Gesticula en dirección a una manecilla en la madera.

Me agarro mientras el esquife asciende con fuerza y me tambaleo hacia atrás. El tamaño del río disminuye a toda prisa cuando Trystan se dirige hacia lo alto de las montañas Vo. La monstruosa masa de nubes se extiende iluminada por varios racimos de relámpagos. Mi hermano manipula los controles y a nuestro alrededor aparece un escudo translúcido que nos rodea encerrando el esquife y aislándonos de la lluvia. A continuación agita la varita y seca la humedad de nuestra ropa.

Nos internamos en la tormenta y el esquife empieza a agitarse. A nuestro alrededor las nubes rugen y se ciernen sobre la nave. De pronto descendemos en picado y a mí se me revuelve el estómago mientras Trystan apunta hacia arriba con la varita murmurando un hechizo.

De la punta de la varita brota una ráfaga de aire que atraviesa el escudo y se interna en la tormenta formando una cúpula de nubes a nuestro alrededor. A continuación, dibuja un arco hacia abajo con la varita para abrir un claro por el que empezamos a ver un paisaje

poblado por escarpados picos negros.

Mi hermano guía la nave hasta una depresión rocosa y aterrizamos en un claro rodeado de enormes rocas afiladas. Después apunta al cielo con la varita y hace descender la cúpula de tormenta hasta formar un techo abovedado, un caos de relámpagos que rodea nuestro escondite. Presiona una de las runas del panel de control y desaparece el escudo rúnico del esquife, y también el resto de las luces que rodean la nave, salvo por una pequeña runa. Rodeado por una tenue luz zafiro, Trystan envaina la varita y se vuelve hacia mí.

Nos miramos a los ojos y nuestras auras mágicas se expanden liberando un montón de emociones, y yo tengo la sensación de que me van a estallar las costillas.

Nos abalanzamos el uno sobre el otro y Trystan clava una rodilla en el suelo ante mí. Nos damos un protector abrazo y libero de golpe todo lo que estaba conteniendo en mi interior. Soy incapaz de reprimir las lágrimas. Estoy abrazando el sólido cuerpo de mi querido hermano. Es real.

—¿Cómo me has encontrado? —jadeo con la voz pegada a su hombro.

—Arañas —contesta Trystan sorprendiéndome—. Hay una fae… Las arañas le explicaron que llegaban refugiados, aunque yo no sabía que uno de ellos serías tú, por el glamour…

—Tenía miedo de no volver a verte.

Estoy tan aliviada que me cuesta respirar.

—Yo tenía miedo de no volver a verte a ti.

Me retiro unos centímetros y observo el rostro borroso de mi hermano a través de una cortina de lágrimas.

—¿Dónde está Rafe? ¿Está bien?

Trystan asiente. Tiene la voz entrecortada.

—Está bien. Todos están bien. —Me coge de la cara. Él también tiene las mejillas mojadas por las lágrimas—. Las vu trin nos dijeron que lo más probable es que estuvieras muerta. Pero yo no me lo creí.

Se me encoge el corazón.

—Trystan, Vogel tiene a Lukas.

Mi hermano frunce el ceño.

—¿A Lukas Grey?

Mis palabras brotan teñidas por la pasión.

—Está de nuestra parte. Pensaba que había muerto por salvarme, cuando me ayudó a cruzar el portal, pero le he visto a través de una runa. Lo tiene Vogel. Tengo que conseguir liberar mi poder para ir a buscarlo.

Trystan respira hondo, me estrecha la mano con fuerza y adopta una expresión serena mientras su poder se consolida a mi alrededor.

—Cuéntame todo lo que ha ocurrido.

Y tropezando con las palabras, se lo explico todo. Cómo me separaron de Yvan y me llevaron al desierto a entrenar. Cómo provoqué ese río de fuego al recitar el hechizo para encender una vela y una facción de las vu trin se volvió contra mí e intentaron matarme. Cómo tuve que huir a Gardneria, buscar la protección de Lukas para evitar que el ejército vu trin de Noilaan acabara conmigo, y luego… cómo descubrí que Lukas estaba de parte de la Resistencia y cómo escapamos de Vogel mediante la única vía posible: la ceremonia de compromiso.

Y que al estar convencida de que Yvan había muerto, me enamoré de Lukas Grey.

Le explico cómo Lukas, Valasca y Chi Nam me llevaron al desierto Agolith y me enseñaron a pelear, siempre dispuestos a sacrificar sus vidas para salvarme y mandarme a oriente.

Para que yo me convirtiera en un arma para oriente.

—Vogel puede destruir runas militares noi del más alto nivel. Sin dificultades —apunto nerviosa—. Cosa que significa que puede acabar con las cúpulas rúnicas de Amazakaran y Noilaan y entrar en los dos países.

Trystan permanece sereno, pero un torrente de relámpagos le crepita por las líneas.

—Ren, si Vogel es capaz de desmantelar las runas vu trin, el Reino de Oriente estará básicamente desprotegido. Y la ciudad caerá. La mayor parte de la arquitectura de Noilaan se asienta en las runas de la cúpula. Igual que todas las naves rúnicas, como esta… y las embarcaciones, todas extraen el combustible de la cúpula. Por eso no

pueden alejarse mucho de la frontera.

Sostengo la intensa mirada de mi hermano.

—Por eso tienes que avisar inmediatamente a las vu trin y a las amaz.

Aguardamos durante un tenso momento hasta que Trystan asiente y el poder de su aura se estabiliza.

—¿Cuánto pueden tardar en cruzar el desierto las fuerzas de Vogel? —pregunto.

Mi hermano respira hondo y aprieta los dientes.

—Un mes, quizá dos. Las fuerzas de oriente podrían tener tiempo de prepararse para un ataque mago.

—El poder oscuro de la varita de Vogel… Chi Nam pensaba que procedía de alguna especie de poder demoníaco primordial.

Trystan parece reflexionar al respecto.

—Si ese es el caso, podría ser que las runas smaragdalfar fueran útiles. Los elfos de las minas desarrollaron esas runas para luchar contra los demonios que los alfsigr utilizan para controlarlos.

Pero no consigue tranquilizarme del todo.

—¿Crees que los gardnerianos podrían tener más portales por los que cruzar?

Trystan niega con la cabeza.

—Los escorpiones pusieron a las vu trin sobre aviso acerca de ese portal escondido. Después de aquello, rastrearon todo Noilaan en busca de más, pero no encontraron ninguno. Ese portal se lo habían robado a las amaz. Y no podía utilizarse para mandar grupos demasiado numerosos de personas o bestias a una distancia tan larga. —Hace una pausa y me mira muy serio—. Ren… Era el portal que utilizaron los magos para mandar al asesino que mató a Yvan. Me acabo de enterar.

—No. Yvan sigue vivo —respondo con empatía. Le explico lo de la poderosa aura de fuego wyvern que me asaltó cuando los escorpiones me atacaron y cómo se repitió exactamente lo mismo cuando me defendí del kraken—. Le he sentido, Trystan. Sé que era el fuego de Yvan.

—No lo entiendo. ¿Cómo?

Siento un ramalazo de dolor.

—Yvan me besó y me dio su fuego wyvern. Se… se unió a mí de ese modo. Pero entonces nos separamos. No creo que la conexión pueda sentirse desde muy lejos. Pero cuando crucé el portal que me trajo hasta aquí…

—Volvías a estar lo bastante cerca —concluye Trystan empezando a atar cabos.

—¿Qué te explicaron acerca de la muerte de Yvan?

Me mira muy serio.

—Kam Vin me dijo que lo había matado un maestro de varitas con un glamour enviado por Marcus Vogel. Ren, Vogel mandó a un espía para confirmar la muerte de Yvan. ¿Estás segura de que lo que sentiste era su fuego?

La duda asoma la cabeza y yo trato de acallarla. ¿Y si Yvan murió y lo que estoy percibiendo es algún eco de su poder que me mandara antes de morir? O… ¿y si la sensación de fuego wyvern era algún hechizo de Vogel, algo que haya proyectado a través del hechizo de compromiso para atraerme?

¿Y si Lukas e Yvan están muertos y Vogel está jugando conmigo?

—No estoy segura —admito algo temblorosa mirándome la mano derecha mientras le cuento a Trystan lo de las líneas oscuras que aparecieron durante algunos segundos en mi piel—. Creo que Vogel se ha infiltrado en mis marcas de compromiso.

Mi hermano se pone más serio.

—Lo más probable es que haya encontrado una forma de proyectar un hechizo para rastrearte a través de ellas.

Me quedo inmóvil atenazada por la sensación de que me he enemistado contra un poder que puede vencerme y manipularme con facilidad.

—Aunque hay una parte buena —comenta, y yo le miro con curiosidad—. Si Vogel está utilizando tus marcas de compromiso para buscarte, tiene que mantener a Lukas con vida y en condiciones para poder hacerlo. Y, Ren —añade con un brillo de astucia en los ojos—, a los hechizos de rastreo puede accederse desde ambos lados.

Y entonces lo comprendo.

—Y eso significa que puedo encontrar a Lukas gracias a él —jadeo.

Mi hermano sonríe y asiente.

—Solo tienes que recuperar el control de tu poder.

Mi cabeza da vueltas acuciada por esa nueva aunque pequeña ventaja. De pronto me estremezco emocionada por la posibilidad no solo de ir en busca de Lukas, sino también de localizar a Yvan.

—Yvan me dijo que nuestro vínculo wyvern le permitiría saber cuándo estoy en peligro. Si pudiera conectar con su fuego wyvern durante el tiempo suficiente, quizá también podría encontrarlo a él. —Frunzo el ceño, preocupada—. Casi siento ganas de enfrentarme a más krakens para alimentar la conexión.

Al pensar en el kraken de Vogel me llevo la mano al cuchillo Ash'rion por un impulso inconsciente.

Y entonces me doy cuenta de que está en el río.

—Apártate —le advierto a Trystan cuando los dos nos levantamos, y entonces alzo la palma y presiono la runa de recuperación que Valasca me hizo en la palma de la mano. Un segundo después, el Ash'rion cruza el techo de nubes, desciende por nuestra fisura rocosa y la empuñadura impacta contra mi mano. Y mientras me envaino el cuchillo veo que mi hermano me mira asombrado.

Alza una ceja.

—Has matado a algunos krakens ahí abajo, ¿no?

—He matado uno. Y voy a matar a Marcus Vogel.

Trystan me observa con atención, como si me estuviera viendo de un modo completamente nuevo.

—En este momento, las vu trin podrían suponer un problema más grave para ti.

—Bueno, las vu trin ya han intentado matarme una vez, pero escapé. —Suspiro—. Soy un arma que oriente va a necesitar. Tanto si lo entienden como si no. Porque la varita de Vogel… Me parece que es la varita negra de la leyenda.

Alargo el brazo y me saco la varita de la profecía del lateral de la bota. Emite un suave brillo perlado y vibra con suavidad sobre la palma de mi mano.

—¿Es la misma varita que estuve utilizando en Verpacia? —

pregunta.

—La misma —afirmo—. Creo que es la mítica fuerza opuesta a la varita negra de Vogel. La sagrada varita de la profecía. Pero si lo es, tenemos un problema. Porque no es ni de lejos tan poderosa como la varita de Vogel. Parece que se esconda de ella.

—¿Cómo se volvió verde?

—Solo… ocurrió. En el desierto. Me parece que está saliendo de alguna especie de letargo.

Le explico que la varita me ayuda a tener una puntería perfecta y que me proyecta imágenes de vigilantes cuando menos lo espero. Vuelvo a metérmela en la bota y me embarga una automática sensación de bienestar.

—Pero la puntería perfecta no basta —me lamento—. Necesito liberar mi poder mago. Y rápido.

—Pues vamos a liberarlo —dice Trystan, y se me vuelve a encoger el corazón de lo agradecida que me siento de volver a estar con él. Desenvaina su varita y golpea con suavidad el panel de control del esquife. Las runas que rodean la nave se encienden y empiezan a rotar, y Trystan vuelve a protegernos con un escudo.

—Ren —dice vacilando un segundo mientras las runas vibran cada vez más deprisa emitiendo una luz azul—. Tenemos familia aquí. Familiares que nos habían escondido.

¿Familia? Me quedo sin habla unos segundos.

—¿A qué te refieres?

—Tenemos un tío aquí. Y un primo. Nada es como nos dijeron que era.

Las runas empiezan a verse borrosas y el esquife se eleva.

—Pero… ¿cómo es posible?

—El hermano de nuestra madre, Wrenfir, está vivo. Y el tío Edwin tiene un hijo.

Me quedo estupefacta. Pero entonces recuerdo que la tía Vyvian había mencionado muy enfadada que el tío Edwin había mantenido una relación prohibida con una mujer urisca.

—Y a nuestros padres… —continúa diciendo Trystan poniéndose cada vez más serio a medida que vamos ascendiendo hacia la cúpula

que contiene la tormenta— no los mataron los celtas.

Abro los ojos sobresaltada.

—¿Qué quieres decir?

—Estaban luchando en secreto contra los militares gardnerianos. Contra nuestra abuela.

—Gran Ancestro —murmuro—. Eso significa…

Trystan asiente y me clava los ojos mientras nos envuelve la tormenta y su rugido amortiguado nos engulle.

—Nuestros padres formaban parte de la Resistencia, Ren —afirma sin dejar de pilotar la nave hacia delante—. Y nuestra abuela los asesinó por eso.

4

Poder tormentoso

ELLOREN GREY

Noilaan

Reino de Oriente

Dos días antes del Xishlon

Trystan conduce el esquife rúnico por la densa bruma de tormentas que se extiende por encima de las cumbres de las montañas Vo mientras el viento ruge y los relámpagos centellean por encima del escudo translúcido. Me agarro con fuerza al asidero cuando empezamos a descender rápidamente mientras me esfuerzo por hacer las paces con la idea de que nuestros padres, Vale y Tessla, eran miembros de la Resistencia.

Cuando la nave cruza la tormenta, me esfuerzo por olvidar el impactante descubrimiento, enseguida salimos a la noche y veo por primera vez la ciudad montaña de Voloi.

Emite un brillo azul y púrpura a lo lejos, justo detrás del río Vo, en cuya superficie se reflejan las espectaculares luces de la ciudad, y coronando la imagen, se alza la estrella púrpura del Xishlon de Oriente como si fuera una baliza. La ciudad es asombrosamente vertical y está ceñida a la altísima cordillera Voloi y dispuesta en varias plantas a modo de escalera que parecen franjas de pintura brillante sobre las montañas de color púrpura y negro.

Trystan baja el escudo y avanzamos hacia la ciudad. Las montañas Vo dan paso a un bosque iluminado por la luz de la luna que fluye como una alfombra. Justo por detrás del bosque veo una frontera rúnica de color zafiro que rodea la orilla occidental del río Vo y que se extiende hasta donde me alcanza la vista. Por encima del muro rúnico

parpadean varios esquifes rúnicos que parecen un grupo de luciérnagas muy atareadas.

Pero ninguna de estas cosas es la que me ha robado el aliento.

Erigiéndose desde la frontera y extendiéndose sobre el río y la ciudad montañosa veo una gigantesca cúpula translúcida salpicada de tenues runas azules.

«El escudo protector de Noilaan.»

Es tan grande que hace que la cúpula rúnica que protege la ciudad amaz de Cyme parezca un simple cesto de la compra que alguien hubiera puesto boca abajo para cubrir el valle.

El miedo me atenaza cuando me asalta la imagen de Vogel destruyendo la cúpula que cubría el Vonor de Chi Nam con solo agitar la varita negra.

A medida que nos vamos acercando a la frontera de color zafiro, los esquifes rúnicos que patrullan la frontera se van viendo con mayor claridad. En la base hay una ciudad de tiendas. La oscuridad que reina en ella solo se abre de vez en cuando gracias a alguna hoguera, y la falta de luz de esta parte de la frontera supone un contraste mayúsculo con la animada luminosidad de la ciudad.

Recuerdo las palabras de la guerrera en el bosque púrpura: «Volved a vuestras casas. La frontera está cerrada». Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Adónde van a llevar a los supervivientes del ataque de los krakens? —le pregunto a mi hermano.

Trystan ladea la cabeza en dirección al oscuro campamento.

La urgencia me apremia.

—Trystan, la pequeña familia con la que crucé el bosque Dyoi…, dos de las niñas están muy enfermas. Hay que ponerlas en cuarentena y proporcionarles cuidados médicos de inmediato.

—Ren, un cuarto de las personas de ese campamento tiene la gripe roja —me responde mi hermano muy serio—. Es parte del motivo por el que las noi quieren mantenerlos fuera.

Me horrorizo y la ilusión que me había hecho de llegar al perfecto Reino de Oriente se hace pedazos. Vuelvo a tener la misma sensación que en el Reino de Occidente. Recuerdo los labios de Olilly, su boca

destruida por la gripe roja y esos ojos amatista tan rojos antes de que yo le llevara la medicina necesaria a la cocina de la universidad. Los refugiados smaragdalfar enfermos a los que los profesores Fyon Hawkyyn y Jules Kristian estaban ayudando a cruzar hasta oriente, la mayoría eran niños. Oigo el inquietante ruido de la grave tos de Tibryl.

—Se lo prometí a las tres —digo mientras nos embarga la energía rúnica de la frontera—. Les prometí que las ayudaría a ponerse a salvo.

—Dime sus nombres —se ofrece—. Mandaré a alguien a buscarlas. Esta noche.

Asiento mientras descendemos, pero solo me he tranquilizado un poco.

«¿Y qué pasa con todas las demás personas que están atrapadas al otro lado del muro?»

Pero no hay tiempo para lamentarse. La frontera se alza ante nosotros, es la mitad de alta que la cordillera que tenemos a la espalda. Cuando alcanzo a verla con todo detalle, mi asombro por la hechicería rúnica noi es todavía mayor. Está hecha con luminosas runas giratorias apiladas unas sobre otras, y rotan muy despacio, como un sistema de engranajes de tamaño colosal.

Cuando Trystan vira el esquife en dirección a la cima de la frontera patrullada por una abrumadora cantidad de esquifes rúnicos militares, algunos mechones de cabello gris me azotan el rostro. Las naves las pilotan algunas guerreras vu trin que lucen en sus uniformes el mismo dragón marfil estampado en la bandera zafiro de Noilaan. La cima del muro está dividida en segmentos delineados por unas runas flotantes gigantescas, y veo un esquife rúnico militar vigilando cada uno de los segmentos.

Trystan vira hacia la derecha y se dirige a uno de los esquifes.

A medida que nos acercamos, la nave vuela hacia nosotros. Un fino haz de luz zafiro brota de la embarcación hasta conectar con la base de nuestro esquife. De pronto aparecen varias runas del tamaño de un plato que orbitan alrededor de nuestro esquife.

—Quédate agachada, Ren —me ordena mi hermano reduciendo la

velocidad.

Me pego al suelo de la nave mientras reducimos hasta quedarnos prácticamente inmóviles. Me armo de valor para mirar la nave que se nos acerca con el pulso acelerado. La pilota una guerrera joven; tiene el pelo negro corto y de punta, salpicado de mechones plateados y violetas. Me clava su intensa mirada y entorna los ojos observándome antes de volverse hacia Trystan.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta con aspecto de estar aliviada y preocupada al mismo tiempo—. Vothe te ha estado buscando por todas partes. No tienes autorización para pilotar el esquife sin él.

El corazón me aporrea el pecho.

—Minyl, está muy malherida —contesta Trystan con una serenidad increíble. Gesticula en mi dirección—. No puedo pensar en Vothe ahora mismo. Tengo que llevársela a Wrenfir para que se ocupe de ella.

Me sobresalto asombrada al oírlo mencionar al tío que jamás he conocido.

La mujer frunce el ceño, se acerca a él y baja la voz.

—Trys, ya sabes que se supone que no debemos dejarte cruzar sin Vothe.

—Tiene la pierna rota por varios sitios —la interrumpe Trystan con aspereza—. Ya sabes que a este lado de la frontera no recibirá los cuidados apropiados.

—Esa es una infracción de nivel rojo.

—¿Acaso tiene pinta de ser la Bruja Negra, Minyl? —pregunta mi hermano con un tono muy seco, y yo cada vez estoy más nerviosa.

Minyl aprieta los labios al pensar y a sus ojos asoma un brillo tenso.

—Te dejaré pasar —espeta al fin mirando a su alrededor con disimulo antes de clavarle los ojos a Trystan—. Pero encuentra a Vothe en cuanto puedas e informa de todo.

—Lo haré —le promete Trystan mientras yo me pregunto quién será el tal Vothe.

Minyl alza un disco rúnico y las runas que orbitan alrededor de nuestro esquife se apagan. A continuación pone en marcha su barco y

Trystan la sigue de cerca mientras ambas naves aceleran rápidamente. La seguimos hasta la frontera rúnica virando hacia arriba para dirigirnos al segmento de la cima y pasar por encima. El esquife de Minyl sobrevuela la cúpula rúnica como si estuviera hecha de agua, y ante nosotros se abre un agujero abovedado por donde la seguimos.

Y entonces surcamos el cielo por encima del río Vo en dirección al brillante mundo violeta y azul de Voloi. Minyl hace un giro en forma de horquilla y se despide de Trystan con la mano antes de regresar a la frontera.

Me siento tan aliviada que me desoriento.

«Noilaan».

Estoy en Noilaan.

Todos los preparativos que Lukas, Chi Nam y Valasca hicieron para traerme hasta aquí toman forma de repente y la deslumbrante ausencia de mis amigos me abre una herida en el corazón.

«Se supone que debíais estar aquí conmigo. Todos.»

Pero Lukas se encuentra tan lejos que parece que esté en otro mundo, y corre un terrible peligro, Chi Nam ha muerto, y Valasca… Solo el Gran Ancestro sabe adónde fue transportada Valasca cuando cruzamos ese portal que no estaba cargado del todo.

La angustia que siento se transforma rápidamente en una resolución férrea.

«Os encontraré», les prometo a Lukas y a Valasca mientras flotamos en dirección a la brillante ciudad; cuánto desearía poder proyectarles el pensamiento.

Nuestro esquife vira hacia el sur y ante nosotros se erigen un par de islas montaña, las masas de tierra son tan altas que atraviesan las nubes. Pisos y pisos de estructuras en forma de castillo conectadas por pasillos, como si fueran los peldaños de una escalera gigantesca. Un enorme relieve en forma de dragón recorre las bases, y están rodeadas por multitud de dragones vivos y esquifes militares.

«Santo Gran Ancestro. Es la base militar de Noilaan.»

—Eso es el Wyvernguard —me explica Trystan clavándome los ojos, y yo me pego un poco más al suelo.

Pasamos de largo y suspiro aliviada cuando lo dejamos atrás.

—¿Dónde está Rafe? —le pregunto a Trystan desesperada por estar a salvo rodeada de mi familia. E impaciente por ver a mi querido hermano mayor.

—Está en el nuevo territorio lupino, al nordeste de aquí —me explica volviéndose para mirarme con sus ojos perfilados—. Ahora Rafe es lupino.

Siento un gran alivio.

—¿Y Diana?

—Está con Rafe —me asegura—. Y Jarod, Aislinn y Andras… Todos están allí. Y todos son lupinos.

—¿Aislinn también?

—Jarod la ha convertido hace poco. Ahora todos forman parte de la nueva manada de Gerwulf.

Suspiro con fuerza pensando que si Aislinn ha conseguido llegar hasta aquí, probablemente eso signifique que Sparrow, Effrey y Thierren también estén en oriente.

—¿Y Tierney? —pregunto.

—Está en el Wyvernguard. Conmigo. Ahora está emparentada con el río.

Gesticula en dirección al asombroso y vasto río que fluye bajo nuestros pies.

Se me escapa una risa cargada de emociones.

—Pues claro. Es el río más grande de toda Erthia.

Trystan me mira con complicidad.

—¿Y Sage? —pregunto disfrutando de la compañía de mi hermano a pesar de la fragilidad de la situación.

Asiente.

—Se ha unido al Wyvernguard y se ha instalado en las minas de oriente con Ra'Ven, su pareja, y con su hijo.

«Fyn'ir. El pequeño ícaro de alas violetas.»

—Fyn'ir está bajo estrecha vigilancia smaragdalfar.

Trystan me clava los ojos.

—Santo Ancestro —susurro al recordar el celo con el que Yvan ocultó su identidad en Verpacia escondiendo sus alas bajo un glamour. De pronto siento una intensa añoranza que me oprime el pecho y

vuelvo la vista hacia el nordeste.

«Sé que lo que sentí era tu fuego —pienso proyectando las palabras hacia Yvan—. Tienes que seguir con vida, por favor.»

Trystan sortea el tráfico aéreo, estamos rodeados de esquifes rúnicos de todas las formas y tamaños.

—Gareth está aquí —me dice virando hacia el sur—. Ahora está en la marina vu trin. Destinado cerca de las islas Salishen. Y Olilly y Fern están viviendo aquí. Jules Kristian y Lucretia. Todas las personas que Kam Vin prometió traer hasta oriente.

Cada vez me siento más aliviada.

—Oh, Trystan…

Mi hermano alarga el brazo hacia atrás y me coge de la mano, y yo se la estrecho muy aliviada.

—Trystan —digo sintiéndome capaz de hablar a duras penas—, el tío Edwin…

Aprieta los dientes y una ráfaga de caóticas turbulencias le recorre las líneas cuando me mira a los ojos.

—Ya lo sé. Jules me lo contó poco después de llegar a Voloi.

Guardamos silencio unos segundos mientras Trystan sortea el tráfico aéreo sin dejar de mirar atrás por encima del hombro como si quisiera cerciorarse de que nadie nos sigue.

Me asalta una ligera preocupación.

—¿Crees que nos van a seguir?

Ladea la cabeza como sopesando la idea.

—Sí, pero informaré de todo antes de que mi ausencia empiece a alarmarlos. Me parece que hemos llegado en el momento perfecto.

Asiento un poco más tranquila justo antes de que un calor repentino me recorra la espalda y se me tensen todos los músculos. Me vuelvo alarmada hacia el origen y abro los ojos del todo al mirar por encima de la popa del esquife.

Un hombre alado y con cuernos vuela tras nosotros; a sus ojos asoma un brillo plateado. Me golpea un aura de relámpagos blancos que proyecta justo hacia nosotros.

—Trystan —jadeo con el pulso acelerado—. Detrás de nosotros…

Mi hermano se vuelve y en sus ojos veo claramente que lo conoce

bien. Se da la vuelta y acelera; su aura estalla emitiendo un racimo de relámpagos azules.

—¿Quién es?

Vuelvo a mirar al hombre alado, que se acerca a nosotros rápidamente.

—Vothendrile —dice mi hermano con la voz entrecortada—. Mi poli. Es un dragón cambiaformas émpata, cosa que significa que puede percibir las habilidades mágicas. Así que intenta reprimir tu aura mágica todo lo que puedas. Él podría percibirla cuando esté lo bastante cerca.

Me alarmo.

—¿Y qué pasará si descubre quién soy?

Empuño con fuerza el cuchillo Ash'rion mientras me esfuerzo por reprimir mi tumultuosa aura.

Trystan se vuelve un momento.

—No lo sé.

Miro a nuestra espalda empuñando mi arma.

—Se está acercando.

—Sí, no podremos despistarlo.

Por las líneas de Trystan resbala una caótica y feroz energía que me asusta todavía más.

Mi hermano presiona los controles con su varita y viramos bruscamente a la izquierda siguiendo la curva de la cordillera Voloi en dirección a los límites de la ciudad; en la parte superior de las montañas hay menos edificios, y a medida que ascendemos ya no se ve ninguno. Trystan acelera hasta una cumbre de color violeta oscuro, el refugio más alto y aislado excavado directamente en la piedra. Una luz azul rúnica ilumina las ventanas, balcones y la amplia terraza, y juro que desde donde estoy diviso dos dragones negros que nos observan desde las rocas cercanas.

—¿Adónde nos llevas? —pregunto nerviosa al darme cuenta de que todavía no me lo ha dicho.

—A casa de Fain Quillen.

El nombre me suena. «Es el hermano de Lucretia Quillen que vivía en las tierras Noi.»

Trystan aterriza con habilidad en el suelo de piedra de la terraza y las runas de la nave pierden potencia hasta apagarse del todo.

—Quédate a bordo —me pide Trystan con las líneas rebosantes de tensión.

A continuación se baja del esquife y aguarda mirando hacia el cambiaformas wyvern que se acerca a nosotros.

Aguardo entre las sombras y observo cómo el joven alado llega y aterriza sin dejar de mirar a Trystan. Pliega las alas negras y noto el impacto de una energía tormentosa invisible tan intensa que me estremezco.

La abrumadora aura de potentes relámpagos del cambiaformas crepita alrededor de mi hermano y la magia de agua de Trystan reacciona reculando con violencia; y me quedo de una pieza cuando veo que mi hermano no hace ningún ademán de desenvainar la varita.

El joven alado se acerca a Trystan; la luz azul de la terraza envuelve su figura.

Su belleza es tal que resulta casi sobrenatural: alto y musculoso, con un tono de piel tan negro como una noche sin estrellas, las orejas puntiagudas y unos cuernos brillantes. Tiene el pelo negro y las puntas plateadas, y se ven racimos de relámpagos palpitando en su pecho escandalosamente desnudo. Pero es de sus ojos de lo que no puedo apartar la vista. Sus iris son de un hipnótico negro salpicado de relámpagos y en ellos brilla un evidente poder de tormenta.

El cambiaformas no se fija en mí. Sus crecientes auras de agua y viento se abalanzan con tal celeridad sobre mi hermano que yo suspiro aliviada. Se detiene a algunos palmos de Trystan y sus auras elementales combinadas rugen alrededor de ambos como si los hubiera sorprendido una violenta tormenta.

—Vothe —dice mi hermano con una ligera advertencia en la voz.

—Pensé que la segunda oleada de krakens te había alcanzado —lo interrumpe el tipo de los cuernos en idioma noi. Tiene un acento muy marcado y en su tono se advierte una evidente acusación—. He sobrevolado toda la cordillera. Te he buscado por todas partes.

Se me acelera el corazón y preparo mi cuchillo.

—Estoy bien —dice Trystan con la voz un poco ronca mientras el

cambiaformas sigue ignorándome.

—¿Pensabas venir a buscarme en algún momento de la noche? —espeta Vothe.

—En algún momento sí —le asegura mi hermano.

Vothe da un paso hacia Trystan y los relámpagos centellean en su poder.

—¿Cómo se supone que voy a vigilarte si me evitas a propósito?

Trystan adopta un tono frío al contestar:

—¿Eso es lo que estás haciendo, Vothe? ¿No te parece que llegados a este punto es un poco absurdo?

El poder crepita con mayor intensidad en el aire que flota entre ambos y, por un momento, Vothe no contesta.

—Pensaba… —Vothe se queda sin palabras mientras una serie de visibles destellos procedentes de sus relámpagos se enroscan en mi hermano. A su expresión asoma una mueca de apasionada preocupación y continúa hablando con la voz rota—. Cuando ha aparecido el segundo grupo de krakens… y no te encontraba por ninguna parte…, pensaba que te había pasado algo.

«Santo Gran Ancestro. ¿Están enamorados?», advierto de pronto.

El poder de mi hermano muta de golpe, sigue azotando a Vothe, pero se está esforzando por mantenerlo alejado de mí, como si quisiera que el cambiaformas siguiera sin advertir mi presencia.

Se me corta la respiración.

—Soy un mago de nivel cinco, Vothe —le recuerda Trystan con aspereza—. Puedo con unos cuantos krakens.

Ahora se están lanzando relámpagos invisibles con tanta fuerza que veo un montón de chispas blancas al mismo tiempo que otra aura de evidente fuego se interna de pronto en mis líneas…

Llamas doradas y una ráfaga de fuego bermellón que arde como una antorcha.

Jadeo. Los relámpagos de Vothe y Trystan desaparecen tras todo el fuego wyvern que me asalta dejando un sinfín de chispas púrpuras a su paso. Abro bien los ojos al reconocerlo. Conozco tan bien ese fuego rojo como las llamas doradas, incluso a pesar de que esas miríadas de chispas púrpuras son nuevas.

Es Raz'zor, el diminuto dragón que me juró lealtad.

El calor dual arde en mi interior procedente tanto del nordeste como del norte, de donde recibo ese caos volcánico de fuego wyvern.

«Por todos los dioses, ¿acaso me están buscando Yvan y Raz'zor?»

A Vothe se le dilatan las aletas de la nariz y se vuelve hacia mí.

Se me hace un nudo en la garganta cuando noto que un destello de los relámpagos de Vothe se ha colado en mis líneas enredadas y arde por entre el fuego wyvern provocando una corriente cálida e implacable. Trystan libera su poder del control de Vothe y me rodea con actitud protectora.

Y entonces emerjo de entre las sombras con el cuchillo en la mano y una poderosa mezcla de fuego wyvern y relámpagos centelleando ante mis ojos.

Vothe ladea la cabeza y adopta una expresión confundida.

—Eres idéntica a Or'myr…

La magia de Trystan se erige con violencia y Vothe se vuelve hacia él antes de volver a clavarme los ojos. El asombro se dibuja en su expresión al tiempo que el relámpago que se recorta en su piel brilla con fuerza.

—Santísima Vo —murmura—. Es tu hermana.

Doy un paso atrás al percibir que el poder de Vothe se vuelve caótico. Impacta contra mí y extiende sus poderosas alas. Me enseña los dientes y da un paso adelante.

Trystan se coloca entre los dos y desenvaina la varita, al mismo tiempo que yo alzo el cuchillo empapada en sudor.

—Vothe —le suplica Trystan a pesar de que su poder se duplica y se consolida en el interior de la varita—. Por favor. Si alguna vez has creído en mí…

Vothe sisea lo que parece una serie de intensas maldiciones en un idioma sibilante que mi runa de traducción noi no consigue descifrar. Me ha clavado sus electrizantes ojos.

Aguanto su mirada encendida y de mi interior brota una ferocidad tan intensa como la del cambiaformas.

—¿Tú luchas por el Reino de Oriente? —le pregunto con tono desafiante con el fuego desatado cabalgando por mis líneas.

Vothe se asombra tanto que echa la cabeza para atrás. Me mira entornando su ardiente mirada.

—Sí, bruja —sisea—. Y por los wyvern Zhilon'ile y nuestro dominio.

Me bajo del esquife con decisión. La fuerza de todo el poder elemental y wyvern me rodea como un infierno preparado para arrasar Noilaan.

—Ren —me advierte mi hermano cuando paso por su lado y evito que me coja del brazo.

Me acerco a Vothe, que extiende un poco más las alas a modo de demostración amenazadora.

—Eres un cambiaformas —espeto— y sabes perfectamente si estoy diciendo la verdad. Así que lee mi mente. He venido a luchar por el Reino de Oriente. Dime, ¿has percibido alguna mentira?

Vothe frunce el ceño, presa de un conflicto que ruge en su aura.

—Sabes que digo la verdad —afirmo con vehemencia—, así que escucha la verdad: Vogel es capaz de desmantelar vuestras runas. Todas vuestras runas. Vuestro muro rúnico, la cúpula que cubre la ciudad… —Dibujo un arco con el brazo—. Las armas del ejército vu trin… Puede destruirlo todo.

—¿Y cómo lo sabes? —ruge Vothe enseñándome sus larguísimos dientes.

—Vogel vino a por mí cuando yo estaba en el desierto. Hace una semana. Porque sabe que soy su enemiga. Y porque quiere mi poder de Bruja Negra para él. Destruyó la barrera rúnica que la hechicera Chi Nam erigió alrededor de su Vonor…

—¿Estabas en el Vonor de Chi Nam? —me interrumpe con una expresión confundida, y una parte de su poder de aire se dispersa y se agita por la terraza.

El dolor que siento al pensar en Chi Nam me atraviesa el pecho.

—Ella sacrificó su vida para salvarme de Vogel. —Se me quiebra la voz—. Dime, cambiaformas, ¿has percibido alguna mentira?

Vothe está paralizado. Su poder huracanado impacta contra el mío.

—¿Por qué percibo doble fuego wyvern en tus líneas?

Siento la punzada de un fuego apasionado.

—Porque estoy vinculada al ícaro Yvan Guryev. Gracias a su beso. Y

el dragón Raz'zor me ha jurado lealtad. Me parece que los dos están por aquí, en el Reino de Oriente.

Vothe suelta el aire y su poder de viento aumenta de intensidad.

—Yvan Guryev está muerto.

Yo niego con la cabeza, convencida.

—No. Sé que lo que estoy sintiendo es su fuego.

Con el rabillo del ojo veo un movimiento en el río y me vuelvo hacia él. Tres puntitos de luz azul se dirigen hacia nosotros perfectamente alineados, en formación militar.

El fuego ruge en mis líneas y las llamas wyvern se intensifican.

—Santo Ancestro…

Doy un paso atrás al tiempo que los poderes de Vothe y Trystan reculan.

Vothe me clava sus ojos tormentosos durante una fracción de segundo.

—Por favor… —le suplico.

Sus relámpagos impactan contra mi fuego wyvern y en sus labios se dibuja un rugido.

—Llévala dentro —le ruge a Trystan—. O morirá.

5

La guarida
ELLOREN GREY

Noilaan

Reino de Oriente

Dos días antes del Xishlon

Mi hermano y yo corremos agachados y cruzamos la terraza en dirección a la puerta que da a la montaña ocultos por las alas extendidas de Vothe, mientras él se queda atrás para enfrentarse a los esquifes militares vu trin que se van acercando.

Trystan abre la puerta y entramos a toda prisa. Las conexiones de fuego wyvern de Yvan y Raz'zor desaparecen de golpe de mis líneas de afinidad, como si acabara de cruzar algún umbral mágico.

Con el corazón acelerado, corro hacia uno de los laterales y me dejo caer bajo una de las ventanas que rodean el vestíbulo circular asiendo el Ash'rion con todas mis fuerzas. Sin querer advierto el suelo añil pulido que tengo delante, donde hay incrustada una imagen de un dragón zafiro. Toda la estancia está bañada por una tenue luz añil que procede de dos lámparas rúnicas colgadas en los muros de piedra, cuyos apliques de hielo helado descansan sobre dragones de latón.

Trystan clava los ojos en los vitrales de las ventanas. Se endereza y proyecta poder hacia su mano derecha con una impresionante fuerza oceánica.

—No permitiré que se te lleven —afirma justo cuando se abre de golpe una puerta del otro extremo del vestíbulo.

De ella sale un mago de rasgos elegantes; debe de tener más o menos la edad del profesor Kristian. Avanza hacia nosotros con urgencia y fuego en los ojos verdes.

Noto cómo se forma una bola de confusión en mi estómago.

Viste conservadoras ropas gardnerianas y en el cuello luce un collar con la órbita de Erthia.

Su intensa aura oceánica ruge en mi interior y, por un momento, todo el vestíbulo ondula como si estuviéramos bajo el agua.

—Trystan —dice el mago muy aliviado mientras su vasto poder rodea a mi hermano con una fuerza protectora—. Lucretia acaba de informarme del ataque de los krakens. Dicen que no informaste a Vothe, así que… —Pasea su luminosa mirada hasta mí y me clava los ojos—. ¿Quién es…?

Entonces advierte el cuchillo rúnico que tengo en la mano, mira hacia la terraza y ve los esquifes militares. Vuelve a mirarme y veo cómo encaja todas las piezas.

Otra ola de su poder oceánico impacta contra mí.

Jadeo y retrocedo. Su magia inunda mis líneas con una fuerza titánica.

Él abre los ojos sorprendido y entonces su aura de poder se desvanece sin más. Yo me inclino hacia delante tratando de recuperar el aliento y me doy cuenta, muy asombrada, de que debe de ser un émpata de poder, como yo.

El mago se vuelve hacia mi hermano y esboza una sonrisa felina.

—Envaina la varita, Trys —ordena mientras el aura de mi hermano escupe una ráfaga discordante de relámpagos invisibles—. Vas a salir ahí y vas a informar de todo —propone suave como el satén—. Yo te acompaño.

—¿Quién eres? —jadeo viendo cómo Trystan vuelve a envainar la varita muy despacio y sin dejar de mirar lo que ocurre fuera.

—Fain Quillen, querida —se presenta el mago con una serenidad exagerada—. Y te sugiero que te quedes exactamente donde estás. O la guerra se desatará en esta terraza. Y moriremos todos. ¿Lo entiendes, querida?

Asiento mientras Fain y Trystan intercambian una mirada penetrante y veo cómo la nuez de mi hermano sube y baja al tragar saliva antes de adoptar una expresión completamente inexpresiva. Fain asiente, abre la puerta, y ambos salen juntos a la terraza.

Yo aguardo con la sensación de que el tiempo se ha detenido mientras fuera oigo el sonido sofocado de varias voces hablando en noi; el tono autoritario de una mujer, severo e insistente; la agradable respuesta de Fain seguida de la afirmación de Trystan y el empático tono grave de Vothe; la risa divertida de Fain. La respuesta de la mujer, teñida de sarcasmo, y, a continuación, el movimiento de la runa azul impactando contra las paredes con más fuerza que el rugido de las ráfagas de viento que azotan los muros de piedra y las ventanas. La frenética luz añil cambia y se inclina… y de pronto se desvanece sin más.

Fain regresa al vestíbulo y de un elegante movimiento se pone de rodillas delante de mí con la mirada cargada de preocupación.

—¿Dónde está Trystan? —pregunto nerviosa.

Él me hace callar agitando la mano en el aire, como si quisiera aliviar mis preocupaciones.

—Informando con Vothe. Está bien. Es solo un trámite. —Su mirada se torna un poco líquida mientras me mira—. Gran Ancestro… Elloren, eres igual que tu padre.

La puerta del lado opuesto del vestíbulo se abre y Lucretia Quillen entra en la estancia arrastrando su aura de agua de nivel cuatro.

—He visto la luz rúnica —le dice a Fain con un tono angustiado—. ¿Trystan está bien…?

De pronto me ve y se me queda mirando. Su poder de agua se paraliza mientras ella observa con atención mis rasgos grises y yo me quedo asombrada al ver lo mucho que ha cambiado su aspecto. Se ha alejado tanto de la imagen gardneriana como Trystan. Ya no viste las conservadoras prendas de la secta Styvian, las ha sustituido por una túnica esmeralda que lleva por encima de unos pantalones de color verde oscuro. En la tela luce un dragón añil bordado y veo una varita hecha con madera púrpura envainada en su cadera. Lleva varios aros metálicos en las orejas y el largo cabello negro recogido en varias trenzas al más puro estilo noi.

Su poder de agua tira hacia mí.

—¿Elloren? —pregunta asombrada.

—Vogel puede destruir las runas —les explico a ambos sin dilación

—. Todas las runas. Tiene la varita oscura de la profecía. Y su poder es… devastador. Sabe dónde estoy y lo que soy, y me parece que me está rastreando mediante mis marcas de compromiso. Viene a por mí. Viene a por el Reino de Oriente. —El cansancio me tienta y lucho contra él—. Yo tengo otra, me parece que es la Zhilin, la varita de la profecía. Y me ha proporcionado una puntería perfecta. Pero mi poder…, el bosque lo ha bloqueado. —Se me quiebra la voz a causa de la frustración—. Necesito liberar mi poder, y rápido. Para poder luchar contra Vogel y rescatar a mi pareja. Los magos lo tienen prisionero.

Fain y Lucretia intercambian una mirada mientras el recuerdo de haber visto a Lukas atado y golpeado abre un abismo a mis pies y no encuentro nada a lo que agarrarme.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste o pudiste dormir? —pregunta Fain.

—No hay tiempo para eso —insisto apretando con fuerza la empuñadura de mi cuchillo; tengo todos los músculos maltrechos y amoratados—. Vogel ya viene…

—Pues adelante —me interrumpe Fain con aspereza. Gesticula con la mano señalando todo lo que le rodea—. Toda la guarida está vigilada y el espacio aéreo que la rodea también. Y aquí tenemos los magos con poderes suficientes como para oponer una buena resistencia. —Señala las cumbres de las montañas Voloi—. En lo alto de la montaña también hay una pequeña manada de dragones vish'nile con los que me llevo estupendamente. Por otra parte, Vogel controla varios ejércitos que ya ha reunido en la frontera occidental del vasto desierto. No voy a negar que eso supone un problema, y quizá sea más grave de lo que habíamos imaginado, pero no es una amenaza inmediata. —Fain se balancea sobre los talones con un brillo calculador en los ojos—. El ejército de Vogel necesita como mínimo un mes para cruzar esa distancia, querida. Asumiendo que pueda acallar todas las tormentas con solo hacer ondear su estupenda varita.

Suspiro desesperada.

—Cuenta con ello.

—Ya lo hago —admite Fain cuando una nueva ola de su poder

oceánico ondea en mi interior.

—¿Estás en el ejército? —le pregunto.

Fain sonríe como si fuera algo evidente.

—En la marina vu trin. Con tu amigo Gareth Keeler. —A sus ojos asoma un brillo cariñoso—. Conozco a Gareth desde que era un bebé.

No tengo tiempo de preguntarme cómo es que Fain Quillen conoce a mi amigo de la infancia, porque la urgencia de mi interior apremia con rabia.

—No hay tiempo que perder —insisto cada vez más impaciente—. No sé dónde tiene Vogel a mi pareja. Tengo que encontrarlo…

Fain alarga el brazo para cogerme del hombro y yo suspiro temblorosa mientras su poder de agua resbala por mis líneas enredadas con una fuerza implacable.

—Te ayudaremos a localizar a tu pareja. —Pone su mano sobre la mía con delicadeza—. Ahora estás en familia, querida.

Le miro con lágrimas en los ojos y una abrumadora ráfaga de emociones me embarga.

Fain sonríe con amabilidad.

—Bienvenida a casa, Elloren.

6

Familia
ELLOREN GREY

Noilaan

Reino de Oriente

Dos días para el Xishlon

—Un mes. —Una iracunda voz masculina suena al otro lado de la puerta mientras yo sigo a Fain y a Lucretia por un vestíbulo tallado en la piedra negra y púrpura de la montaña—. Un mes y tendremos a esos malditos cuervos llamando a nuestra puerta.

Fain abre la puerta y la conversación se apaga al tiempo que todas las personas que hay dentro de la estancia se vuelven hacia mí.

Me encuentro en una pequeña biblioteca con una mesa circular de cobalto en el centro con un dragón azul grabado. Ante ella veo a dos personas uriscas con la piel púrpura: una encantadora anciana con una túnica floral de color ciruela que debe de tener la edad de Fain, y un joven de rostro anguloso que debe de tener mi edad. Viste un uniforme militar vu trin con un curioso tinte violeta, y su aura mágica invisible emite una luminosa penumbra púrpura. Ante ellos hay un hombre con aspecto de estar muy enfadado, quizá de la edad de Lukas, y de su potente aura de magia de tierra brota una intensa tensión en forma de punzantes tirabuzones negros; enseguida imagino que ese es el hombre que estaba despotricando contra los cuervos hace solo un momento.

Aunque él mismo sea uno de esos cuervos.

Y el mago más extravagante que he visto en mi vida, a excepción de Ariel Haven.

Tiene un enorme tatuaje en forma de cuervo que le ocupa la mitad

del cuello verde, y al lado del ojo lleva tatuada una araña que extiende las patas por su frente y toda su mejilla. Sus rabiosos ojos verdes están rodeados por una gruesa línea negra, como la de Trystan, y luce varios *piercings* de metal negro en las orejas, las cejas y la punta de la nariz. Viste un atuendo noi completamente negro, lleva los labios pintados de negro, el pelo moreno de punta, y su aura proyecta un aire lúgubre y amenazador.

También me asombra lo mucho que se parece a mi hermano Rafe.

Y el joven de piel violeta se parece mucho a mí.

La mujer urisca jadea y alterna la mirada muy asombrada entre el hombre violeta y yo, y alza la mano púrpura para taparse la boca. El joven urisco ha adoptado una expresión de fría especulación y se mece en su silla mientras observa mi glamour con una aprobación casi divertida. Sus intensos ojos de color verde bosque destacan muchísimo en contraste con su piel púrpura, y enseguida quedo fascinada.

Es exactamente igual que yo: si yo fuera hombre, mis orejas fueran puntiagudas y tuviera la piel violeta.

—Atención todos —dice Fain lentamente y con aires de importancia —, esta es Elloren Gardner Grey. —Me mira de soslayo—. Oculta bajo un glamour —añade con una pequeña sonrisa.

El mago de la araña tatuada abre como platos sus ojos perfilados y me dedica una sonrisa traviesa.

—Vaya, qué giro más inesperado.

Advierto que hay tres gatos merodeando a su alrededor: dos gatos calicó en la mesa y otro blanco que ronronea adorablemente pegado a su pierna.

—Hola, Elloren —me saluda el joven de la piel púrpura con un tono muy agradable y un brillo en los ojos. Parece muy tranquilo de encontrarse ante la Bruja Negra.

—Elloren —dice Fain con delicadeza ladeando la cabeza en dirección al hombre violeta—, este es el hijo de Edwin, tu primo, Or'myr.

Se me obtura la garganta incluso a pesar de que Trystan ya me había hablado de él. Una cosa es descubrir un familiar que no sabía que tenía, pero otra muy distinta es verlo en persona.

El esbelto Or'myr se levanta y me asombra advertir lo altísimo que es. A continuación rodea la mesa y se acerca a mí extendiendo la mano. Yo la acepto sin saber qué decir, y él me dedica otra breve sonrisa mirándome con ojos inteligentes.

—Me alegro mucho de conocerte, prima.

«Prima. Es el hijo del tío Edwin.»

Mis emociones se amotinan. Percibo una faceta más amable del intenso fuego violeta y la magia de tierra de Or'myr, cuyas líneas de fuego están forjadas con piedra púrpura y cristal.

—Nos parecemos —consigo decir al fin.

El parecido que tengo con este joven al que no había visto en mi vida es muy superior al que guardo con Rafa o Trystan.

A sus ojos asoma un brillo burlón.

—Pues sí. Aunque tú no eres púrpura.

—Tampoco soy de este color —admito señalándome.

Or'myr pierde la sonrisa.

—Me alegro de que te hayas ocultado bajo un glamour, prima. —Observa con atención mi rostro gris—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Es un glamour smaragdalfar. —Busco las palabras adecuadas—. Es único.

Miro la varita con incrustaciones de amatistas que Or'myr lleva envainada al costado antes de volver a concentrarme en sus astutos ojos. Irradia una serenidad reservada muy similar a la de Trystan, cosa que me tranquiliza un poco.

—Entonces ¿tienes poderes magos?

Or'myr esboza una sonrisa ladeada.

—Un poco. —Se vuelve hacia Fain y, por la divertida mirada que comparten, enseguida comprendo que es una ironía—. Soy un mago de fuego y tierra de nivel cinco —aclara—. Y también soy geomante.

Me asombra descubrir que Or'myr y yo tenemos las mismas afinidades predominantes. Aprecio la fina cadena que luce colgada en diagonal sobre el uniforme militar, pues lleva incrustadas pequeñas amatistas de distintos tonos de lavanda.

Or'myr sonríe.

—Trabajo con tus amigas Sagellyn Gaffney y Tierney Calix. Todos

somos investigadores mágicos del Wyvernguard.

Me quedo de piedra al descubrir que Sage, Tierney y mi nuevo primo están conectados de esa forma.

—Y esta es la madre de Or'myr, Li'ra —entona Fain cuando la esbelta mujer urisca se levanta y se acerca a mí—. Es la *shonorin* de Edwin. —Fain nos sonríe con cariño a Li'ra y a mí—. Con la que tiene un vínculo geológico. Y eso la convierte en tu tía, Elloren.

Siento una punzada de dolor al observar los ojos de pestañas púrpura de la mujer urisca que tengo ante mí y a mi altísimo primo.

Aquí están.

Or'myr y Li'ra.

La otra vida del tío Edwin. Quizá su verdadera vida. No con Rafe, Trystan y conmigo, sino aquí, en el Reino de Oriente, con esta mujer, su amor secreto, y su hijo. Un hijo y una pareja de la que había vivido separado durante todas nuestras vidas.

Y jamás nos lo dijo. Ni una palabra.

Como si advirtiera el conflicto en mis emociones y el repentino brillo de las lágrimas en mis ojos, Li'ra frunce el ceño y se acerca a mí para murmurarme con delicadeza en urisco.

—Elloren, *shushonin* —dice abrazándome. Y cuando nos estrechamos una contra la otra no puedo evitar derramar algunas lágrimas—. Me alegro mucho de conocerte.

Cuando nos separamos al fin, las dos tenemos las mejillas brillantes de lágrimas y su expresión es idéntica a la mía: la mezcla de dolor y alivio que provoca reunirse con familiares de los que uno lleva mucho tiempo separado.

—Y este es tu tío Wrenfir —anuncia Fain gesticulando hacia el otro gardneriano con su tatuaje de araña y la profusión de gatos.

«Wrenfir. El jovencísimo hermano de mi madre.»

Wrenfir me tiende la mano. Lleva más arañas tatuadas en los dedos y en el reverso de la mano. En sus ojos brilla una intensa rebeldía, como si me estuviera desafiando a estrecharle la mano.

—Bruja Negra —dice riendo.

Acepto su mano llena de arañas tatuadas y me embarga la sensación de unas raíces negras subterráneas.

—Hola, tío.

—Wren —me corrige, pero no lo hace con desdén—. Puedes llamarme Wren.

—Creía que habías muerto —le confieso con la voz ronca por pensar en las muchas mentiras que nos habían dicho a mis hermanos y a mí —. Nos dijeron que habías fallecido.

Wren frunce los labios con amargura.

—Ya imagino.

—Os dijeron muchas cosas, querida —dice Fain con delicadeza posándome la mano en el hombro—. Ven. —Gesticula en dirección a la mesa—. Siéntate. Quiero ver cómo se las ha apañado el bosque para bloquear tus líneas; a ver qué se puede hacer para liberar tu poder y encontrar a tu pareja. Y después nos pondremos al día de toda la verdad.

7

Toda la verdad

ELLOREN GREY

Noilaan

Reino de Oriente

Dos días para el Xishlon

—Es un bloque complejo.

Fain se concentra en mi mano derecha con los ojos cerrados y una rodilla clavada en el suelo. Tengo la varita de la profecía sobre el regazo y su luminosa empuñadura verde emite una tenue y reconfortante calidez en mi mano mientras en mi mente se proyecta el árbol de estrellas del que salió. Me he remangado la manga manchada con la sangre del kraken y el poder de agua de Fain fluye por mis líneas enredadas provocándome un escalofrío.

—Puedes percibir las afinidades, ¿verdad? —digo más como observación que como pregunta. Estoy tan cansada y tan preocupada por Lukas que me cuesta mucho pensar en otras cosas mientras me aferro al etéreo árbol de la varita para que me dé fuerzas—. Yo también puedo percibirlas.

Fain esboza una sonrisa ladeada sin soltarme la mano.

—Lo has heredado de tu madre.

Me enderezo.

—¿Ella también podía hacerlo?

Fain asiente y entonces abre los ojos y me mira con una expresión melancólica en sus elegantes rasgos. Se me cierra la garganta y las mil preguntas que querría hacerle sobre mi madre se me quedan atascadas en el cuello. Preguntas que tendrán que esperar.

Me suelta la mano derecha y mira a mi primo Or'myr.

—Cinco niveles de magia elemental. Muy bien entretejidos. —Me mira con complicidad—. Parece que el bosque se ha empleado a fondo contigo, querida.

—Necesitaremos varias runas de resonancia para liberarla —afirma Or'myr.

Me vuelvo hacia mi primo.

—¿Y eso qué es?

Or'myr me clava los ojos.

—Unas runas que reflejan todos los elementos implicados en otro sistema de hechizos mágicos.

—Es como una traducción —añade Fain meciéndose sobre los talones—, de magia elemental del bosque a magia rúnica del reino.

—Primero tendremos que conectar las runas de resonancia que coincidan con cada una de las partes del bloqueo del bosque —explica Or'myr—. A continuación deberemos crear otra serie de runas para contrarrestar y derribar cada uno de esos hechizos segmentarios.

Siento una punzada de emoción.

—Entonces ¿creéis que podéis eliminar el hechizo del bosque?

Fain ladea la cabeza como si estuviera analizando la situación con cautela.

—Parece que el bosque está muy empeñado en esto. Es muy probable que se resista a nuestra intrusión. Pero sí, creo que podemos intentarlo.

—Aquí están algunos de los mejores investigadores mágicos de Noilaan, Elloren. —Or'myr esboza una astuta sonrisa—. Creo que podremos con esto.

Fain mira a Or'myr con los ojos entornados.

—Cuando Sage conecte las runas de resonancia, ¿cuánto crees que tardaremos en deshacernos del bosque?

Me estrecha el hombro con delicadeza al levantarse del suelo para después sentarse a la mesa a mi lado.

Or'myr se encoge de hombros con despreocupación.

—¿Un día, tal vez? Quizá dos.

Fain esboza una astuta sonrisa, incluso felina.

—Sagellyn es especialmente buena con la magia de resonancia. Y

cuando encuentre los hechizos adecuados para liberar tu magia, conectaremos nuestro propio hechizo de rastreo a tus marcas de compromiso para encontrar a tu pareja.

Se me acelera el pulso.

—¿Cuánto tardaremos en encontrarlo? —insisto.

—No mucho —responde Or'myr—. Algunas horas, en función de la distancia. Pero teniendo en cuenta a lo que nos enfrentamos, tendrás que viajar a occidente acompañada de un ejército. No puedes ir sola.

Me paso los dedos por la melena enredada presa de una intensa claustrofobia.

—Tengo mucho miedo por Lukas. Esperar antes de actuar… Es una tortura.

—Elloren —dice Or'myr con delicadeza—. No puede ocurrirle nada muy malo mientras Vogel lo esté utilizando para localizarte. Si Vogel le hace daño, debilitará la conexión que utiliza para rastrearte.

—Pude ver a Lukas con bastante claridad a través de la runa de aquel murciélago fantasma. —Soy incapaz de reprimir la preocupación—. Su pecho… estaba cubierto de latigazos.

—Lo hallaremos lo más rápido posible —me asegura Fain cogiéndome la mano—. Pero necesito un día o dos para encontrar la forma de reunir a todo el mundo sin llamar la atención de las vu trin.

—Probablemente necesitemos la ayuda de Rivyr'el Talonir —apunta Lucretia.

El nombre alfsigr me sorprende, lleva el mismo apellido que el monarca elfo, Iolrath Talonir.

—¿Quién es? —pregunto.

—Un elfo renegado —me aclara Wrenfir—. Hijo de la monarquía alfsigr. Se unió a la Resistencia en occidente y juró lealtad a una smaragdalfar que luchaba por la libertad, para vergüenza de su ilustre familia. Después huyó a oriente con ella y un grupo de refugiados de las minas a los que rescataron, la mayoría niños. Una vez aquí, se unió a las vu trin. No ha dejado de dar dolores de cabeza a la monarquía alfsigr.

—Bueno, a mí tampoco deja de darme disgustos —añade Or'myr suspirando con cansancio—. Pero es bastante bueno rastreando

hechizos y desvíos elementales. —Entorna los ojos mirando a Wrenfir —. Tendremos que coger algunas cosas del Wyvernguard.

—Te refieres a que tendremos que robarlas —dice mi tío con una sonrisita cómplice.

Or'myr sonríe.

—Coger suena mucho mejor.

Wrenfir suelta una sonora carcajada y a continuación mira a Fain poniéndose serio.

—No puedes tenerla aquí mucho tiempo. —Me clava sus ojos perfilados de negro—. Las vu trin vigilan de cerca a cualquiera que esté relacionado con ella. Y es más que probable que los issani y los ishkart hayan mandado a más de un asesino en busca de la Bruja Negra.

—Deberías esconderla en tu Vonor —le sugiere Fain a Or'myr—. Está vigilado y es imposible de localizar.

Or'myr lo mira alzando una ceja.

—Cosa que sería ideal excepto por el evidente detalle de que ella no es intrínsecamente púrpura. Así que, básicamente, la estaríamos mandando directamente contra un muro de piedra.

—Tiene cierta magia de luz —tercia Fain con una expresión astuta. Se vuelve hacia mí como si estuviera ideando un nuevo plan.

—¿Tienes un Vonor? —le pregunto a Or'myr asombrada de que mi primo sea lo bastante poderoso como para tener su propio enclave secreto de hechicero, como Chi Nam.

Or'myr asiente.

—Pues sí. Y en cuanto Sagellyn consiga extraer el color púrpura de tus líneas de luz, podremos esconderte allí.

—Por fin alguien se va a colar en tu nidito secreto de libertinaje — exclama Wrenfir lanzándole una mirada divertida a Or'myr.

Yo miro con curiosidad a mi primo mientras este fulmina a Wrenfir con los ojos antes de volverse hacia mí.

—El glamour de mi Vonor está conectado con las rocas violetas de esta cordillera —explica—. Solo pueden entrar seres intrínsecamente púrpuras, o que puedan sentirlo o visualizarlo, por lo que no he recibido muchas visitas. Tú serás la primera.

—Eso lo arregla todo —me dice Lucretia—. Te trasladaremos a un sitio más seguro antes del alba, encontraremos un lugar donde podamos reunir a todo el mundo que pueda ayudarnos a liberar tu poder y amplificar el color púrpura de tus líneas. —Mira a Or'myr—. Y después podrás esconderla en tu Vonor hasta que consiga hacerse con el control de su poder.

—A continuación negociaremos una alianza con las vu trin y conseguiremos un portal por el que poder llegar hasta occidente —añade Fain lanzándome una mirada tranquilizadora.

—¿Y adónde me llevaréis ahora? —pregunto recelosa de abandonar su círculo de protección.

—A algún lugar en el que puedas fusionarte con la ciudad —contesta Lucretia.

—Volveremos a buscarte al día siguiente —me asegura Fain—. Solo tenemos que encontrar una buena forma de reunir a todo el mundo sin llamar la atención.

Siento una feroz punzada de resolución que supera incluso el debilitador cansancio que me atenaza.

—Quiero que los lupinos me acompañen cuando nos presentemos ante las vu trin —digo—. Y también existe la posibilidad de que nos presentemos ante ellas con Yvan Guryev.

Todos los presentes me miran sorprendidos.

—Yvan Guryev está muerto —me informa Fain con delicadeza.

Yo lo desmiento con tranquilidad hablándoles de las diversas y claras ocasiones en las que he percibido el fuego de Yvan, que acude en busca del mío y se une a él.

—Pero ¿cómo es posible que puedas percibirlo con tanta claridad? —pregunta Or'myr con evidente desconcierto—. La empatía de poder no tiene alcance a tanta distancia.

Vacilo un momento y me tenso al pensar en la imposible situación.

—Estamos unidos como pareja.

Wrenfir alza sus cejas negras. Intercambia una mirada de asombro con Or'myr.

—¿Eres la pareja del ícaro de la profecía? —pregunta Or'myr.

Asiento sin saber qué decir, confusa al pensar que estoy unida a dos

hombres; dos hombres a los que quiero mucho y a los que me muero por encontrar, incluso a pesar de imaginar lo dolorosos que serán esos reencuentros debido a mi compromiso con Lukas y el evidente vínculo wyvern que me une a Yvan.

—Pensaba que Yvan había muerto —consigo decirle a Or'myr—, pero entonces… —Se me apagan las palabras y mi poder se estremece liberando un ardiente y tormentoso caos.

A los ojos de mi primo asoma un brillo cómplice.

—Parece una situación complicada, de eso no hay duda. Y el hecho de que los pueblos de ambos reinos estén tan aferrados a la profecía sin duda la complica todavía más.

Asiento estrechando con fuerza la empuñadura en espiral de la varita de la profecía, y me siento más aliviada después de las comprensivas palabras de Or'myr y gracias a la tenue visión del árbol plateado extendiendo sus hojas de estrellas.

«El Reino de Oriente está en peligro —me recuerdo—. Olvídate de todo esto y piensa como una guerrera.»

—Voy a necesitar todos los aliados posibles —les digo—. Incluyendo al dragón Raz'zor. Me parece que está aquí, en oriente. Estamos unidos, pertenecemos a la misma tribu.

—Perteneces a una tribu de dragones —comenta Or'myr con renovado asombro—. ¿Con el dragón de luna Raz'zor?

Le miro y parpadeo varias veces.

—¿Conoces a Raz'zor?

Wrenfir mira a Or'myr y en sus labios negros se dibuja otra de sus astutas sonrisas.

—Me parece que ya no soy la oveja negra de la familia.

—No, me parece que has pasado a ser el «normal» —le contesta Or'myr sin dejar de mirarme muy asombrado—. Raz'zor se ha aliado con el Wyvernguard. Está en una base militar al norte de Noilaan.

Asiento atando cabos.

—Percibí su fuego rojo procedente del norte.

Me vuelvo y veo que Fain me está observando con atención y una pequeña sonrisa en los labios, como si me estuviera viendo de un modo completamente nuevo.

—¿Crees que podríamos encontrar a Yvan utilizando nuestro vínculo de fuego? —pregunto.

Fain vacila.

—No es muy probable. El vínculo de fuego lazra'thil de los wyvern de oriente es una magia muy privada. Si fueras wyvern serías capaz de rastrear a Yvan Guryev, en caso de que siga con vida, como tú afirmas. Pero como no eres lazra'thil, no puedes localizarlo desde tu extremo.

—Él podría estar rastreándome mientras hablamos —supongo.

—Podría ser —admite Fain un tanto vacilante, pero entonces se pone un poco más serio—. Siempre que sea realmente a Yvan a quien estás percibiendo, y no algún eco de su poder.

«Se refiere a algún eco que haya persistido después de que lo asesinaran.»

Mis esperanzas flaquean por un momento, pero entonces me alzo en feroz rebeldía en contra de esa espantosa idea.

—Esperemos que Raz'zor sea lo bastante listo como para no guiar a las vu trin directamente hasta ti —me advierte Fain.

—El festival Xishlon le vendrá muy bien —opina mi tía Li'ra con un precioso acento urisco—. La ayudará a ocultarse a la perfección.

—Las chicas de una familia de refugiadas que conocí en el bosque Dyoi me hablaron de esa festividad —comento.

—Es la fiesta más importante de los noi —me explica Li'ra con un brillo en sus ojos amatista de pestañas lilas—. Una de las trece celebraciones lunares de Noilaan. Esta es en honor a la encarnación amorosa de la diosa Vo la noche de la luna lavanda.

Recuerdo el entusiasmo con el que la pequeña Tibryl me hablaba de la luna púrpura de Noilaan.

—¿La luna se pone púrpura de verdad?

—Sí —contesta Li'ra muy sonriente.

—Es un fenómeno meteorológico que ocurre una vez al año —aclara Or'myr—. Esa noche, la luna y las estrellas se alinean de tal forma que reflejan la luz púrpura de la estrella Xishlon. Y el fenómeno proyecta un estado anímico tal sobre Noilaan que consigue que todo el mundo se predisponga a manifestaciones de amor de cualquier clase:

romance, amistad, lazos familiares. Y si alguien intenta pensar demasiado en algo que no sea eso, el hechizo incluso consigue doblegar la voluntad de esa persona. Y, por suerte, la festividad del Xishlon se celebra pasado mañana.

—El Xishlon es una fiesta absurda —espeta Wrenfir frunciendo sus labios rodeados de patas de araña con evidente desdén—. Todos los noi se pasean por ahí decorándolo todo con guirnaldas en forma de corazón y esferas lunares rúnicas, profesando su amor y besándose entre ellos.

Or'myr sonríe al oír su comentario.

—También es el momento perfecto para burlar la vigilancia de las vu trin. Las guerreras que no hayan partido todavía para occidente estarán bajo el influjo de la luna.

De pronto se abre la puerta trasera de la biblioteca.

Nos volvemos todos de golpe y a mí se me acelera el pulso.

Bajo el umbral aguarda un hombre con cuernos y la piel salpicada por el brillo de los relámpagos. Es evidente que se trata de otro cambiaformas zhilon'ile wyvern. Al igual que Vothe, el tono de su piel es parecido al negro medianoche, sus ojos negros están iluminados por el destello de los relámpagos y tiene las pupilas rasgadas en vertical. Es atractivo, tiene las orejas puntiagudas, los cuernos son espirales negras como la obsidiana y parece que sea más o menos de la edad de Fain, pues en su cabello negro se ven algunos mechones grises. Me relajo un poco al advertir que todos los demás están muy tranquilos.

—Sholin'toiya —saluda Fain con entusiasmo levantándose para recibir al hombre con brillo en los ojos al tiempo que su afinidad de agua se abalanza para rodear al cambiaformas, que recibe su poder con su formidable magia de agua.

Me siento muy confundida. Porque el cambiaformas viste el sagrado uniforme negro de los gardnerianos, igual que Fain, y el mismo collar con el pájaro blanco colgado del cuello.

—Este es Sholindrile Xanthile —anuncia Fain sonriendo de oreja a oreja—. Mi toiyanon.

«Es su pareja.»

Me asombro al ver que Fain desliza la mano alrededor de la cintura

del recién llegado y se inclinan el uno hacia el otro intercambiando una mirada cariñosa al tiempo que sus poderes convergen en una relajada caricia. La sorpresa que he sentido al ver las ropas gardnerianas disminuye cuando pienso en lo increíblemente diferente que es todo aquí en oriente. Aquí, Fain y su amor no tienen que ocultarse en la sombra.

Y eso significa que Trystan tampoco tendrá que hacerlo.

De pronto se relaja la tensión que llevaba enterrada en lo más profundo de mi ser, algo que no sabía que estaba conteniendo. Las injusticias del Reino de Occidente llevan tanto tiempo arraigadas en mi mente que solo podía pensar en términos de encubrimiento y fuga para Trystan. Nunca pensaba en él en términos de libertad de la amenaza que suponía para él esa espantosa crueldad.

Pero ahora estamos aquí, en un mundo completamente distinto, y esa crueldad ya no existe.

Y me doy cuenta de que, por muy imperfecta que resulte ser esta tierra, aquí hay cosas que son mucho mejores que en el Reino de Occidente. Cosas por las que vale la pena luchar.

—Sholin'toi —entona Fain muy despacio y con gravedad al tiempo que me señala—: Esta es Elloren Gardner Grey. La sobrina de Edwin y Wrenfir.

Mi poder de fuego se estremece contra Fain por haber anunciado mi identidad con tal despreocupación.

Sholindrile alza sus cejas negras y los relámpagos de sus ojos centellean con más fuerza. Entretanto, Fain se pone un poco más serio, probablemente porque ha percibido la alteración en mi poder.

—Toiya, con Sholin estás a salvo —me asegura—. Tanto Sho como yo estamos aliados con mi hermana y Jules Kristian en todos los sentidos.

Me vuelvo con recelo hacia Sholindrile y advierto que me está observando con curiosidad. Tiene la misma mirada penetrante y draconiana de Vothendrile, pero su expresión irradia una serenidad que alivia mi preocupación a pesar de su inquietante atuendo. Me saluda agachando la cabeza con formalidad y me lanza una mirada muy seria.

—Bienvenida a nuestro hogar, hija de la Resistencia.

—¿Por qué llevas el atuendo gardneriano de color negro? —espeto sin poder evitarlo.

Sholindrile esboza una sonrisa.

—Me convertí a la iglesia gardneriana de los Primeros Hijos y estudio muchas religiones. Doy clases de filosofía y teología en la universidad Voshir de Noilaan.

La cabeza me da vueltas: no encuentro la forma de encajar esas piezas. Pienso en cómo reaccionarían los sacerdotes del Reino de Occidente si supieran que Fain y Sholindrile profesan la misma fe que los magos. Se quedarían de una pieza.

—Los magos no… —Guardo silencio unos segundos tratando de encontrar las palabras adecuadas—. No permiten que los no gardnerianos compartan su fe.

La expresión serena de Sholindrile permanece inmutable.

—La mayoría de las religiones, cuando se interpretan de formas rígidas, tienen muchas líneas prohibidas. —A sus ojos negros asoma un brillo cómplice—. Yo no interpreto las distintas religiones de Erthia desde un punto de vista tan estricto. Esta fe es importante para Fain, y por tanto es importante para mí.

Fain y Sholindrile intercambian una mirada de afecto.

—Estoy estudiando el hechizo de compromiso con Sagellyn —me explica Fain—. Si Sage y yo conseguimos dominar el hechizo, Sho y yo nos comprometeremos. —En los ojos de Fain brilla una chispa de rebeldía—. Públicamente.

En la expresión de Fain anida algo tan explosivamente subversivo que su descaro me provoca un intenso regocijo. Y me siento avergonzada por haber juzgado la fe que han elegido, por mucho que me cueste entenderlo. Porque en realidad es algo muy personal.

—¿Qué te parece, toiya? —me pregunta Fain con una sonrisa traviesa—. ¿Crees que deberíamos invitar a Marcus Vogel a nuestra ceremonia de compromiso?

Antes de que pueda responder, se abre la puerta y Trystan entra en la sala, lo que me provoca un gran alivio. Hago ademán de levantarme para recibirlo, pero me hace señas para que me quede sentada.

—¿Dónde está Vothe? —pregunto.

—Fuera —responde Trystan—. Haciendo guardia.

—¿Las vu trin sospechan algo? —quiere saber Lucretia.

Trystan niega con la cabeza y me mira.

—Le he pedido a Jules Kristian que informase a Kam Vin acerca de los nuevos poderes de Vogel, y también informará a Ni Vin sobre la situación de Valasca. Y he organizado todo lo necesario para que alguien vaya a ayudar a las refugiadas con las que llegaste. Bleddyn Arterra las ayudará a cruzar la frontera y las llevará con Jules Kristian. Esta noche.

Me quedo estupefacto.

—¿Bleddyn Arterra?

Recuerdo muy bien a la alta y musculosa Bleddyn fulminándome con la mirada. Bleddyn, la chica de tez verde que tanto me odiaba cuando yo trabajaba en las cocinas de la Universidad de Verpax.

A Trystan le brillan los ojos.

—Se ha unido a la guardia fronteriza de las vu trin. Y al brazo de la Resistencia del Reino de Oriente.

—Pensaba que aquí la Resistencia no haría falta —comento con seriedad mirando a Fain y a Lucretia.

Fain y su hermana intercambian una mirada triste; es la misma mirada que he visto en los rostros de Lucretia y Jules en tantas ocasiones, cuando se enfrentaban a situaciones espantosas en occidente.

—La Resistencia nació durante la guerra de los Reinos —explica Fain suspirando—. Cuando conseguimos traer a los fae y otras criaturas. Y ahora que están cerrando las fronteras y que hay tantas personas de occidente desesperadas por llegar a oriente… sencillamente hemos tenido que ampliar nuestro enfoque.

Recuerdo lo activa que era Bleddyn en el Reino de Occidente cuando ayudaba a los refugiados uriscos y a los smaragdalfar a huir hacia oriente.

—Las personas con las que vine… —digo muy preocupada—. Están muy enfermas. Van a necesitar medicinas.

Wrenfir hace una mueca de dolor.

—Yo les conseguiré tintura de norfure —me asegura; ahora está sentado con un gato en el regazo y otro acurrucado sobre sus hombros cubiertos de ropas negras.

Le observo asombrada por su ofrecimiento.

—¿Tú también eres guardia fronterizo?

Me mira con frialdad.

—Yo no soy muy de grupos. Trabajo solo. Soy farmacéutico. —Lo dice con cierta agresividad y me da la sensación de que quizá esté algo cansado de este tema de conversación—. Tengo un alijo de norfure —añade suavizando un poco el tono mientras el gato que tiene sobre los hombros se pone a ronronear y él lo acaricia distraídamente—. Lo he hecho con ingredientes… —mira de soslayo a Or'myr— que he tomado prestados.

Mi primo suelta una risita al oír su comentario y yo me siento muy agradecida de pensar que Tibryl y Emberlyyn puedan tener acceso a la medicina que les salvará la vida. Asiento mirando a mi tío y sus arañas, abrumada por esa ráfaga de intensa gratitud.

A sus ojos asoma algo muy parecido a una dolorosa comprensión.

—Jules está avisando a todas las personas que puedan ayudar a liberar el poder de Elloren y mantenerla a salvo —nos informa Trystan —. Está buscando un lugar seguro donde nos podamos reunir mañana por la noche. —Mira a Fain y a Sholindrile—. Algunas vu trin me han visto subir a una mujer elfhollen a bordo de mi esquife. Quizá se abra alguna investigación. Por eso, Bleddyn vendrá a buscarla antes del alba. —Vuelve a mirarme—. Es posible que aquí estés a salvo por esta noche, Ren, pero mañana tendrás que esconderte en Voloi.

8

Hija de la Resistencia

ELLOREN GREY

Noilaan

Reino de Oriente

Dos días antes del Xishlon

—¿Qué les pasó a mis padres? —le pregunto a Fain.

Estoy sentada en el salón delante de un plato con un pedazo de pan negro untado con mermelada de ciruela, acompañado de varias lonchas de anguila del río Vo ahumada. La extraña comida me ha saciado el apetito, pero tengo las emociones revueltas.

Fain suspira y me mira con serenidad reclinándose en la silla y haciendo girar el vino turquesa de su copa mientras rodea con el brazo los corpulentos brazos de Sholindrile.

—Hacia el final de la guerra de los Reinos tus padres estaban muy involucrados en la Resistencia —dice. El vino deja de girar cuando él apoya la copa sobre la mesa—. Tanto tu padre como tu madre ayudaban a los uriscos y los fae, y más tarde a los elfos smaragdalfar a llegar a oriente.

—El tío Edwin también era miembro de la Resistencia, Ren —tercia Trystan con delicadeza y una mirada preocupada en sus ojos perfilados.

Sé que entiende perfectamente lo desconcertante que es toda esta información nueva. Muchas de las cosas que habíamos creído durante toda nuestra vida habían resultado no ser ciertas.

Fain entrelaza los dedos y su aura se consolida formando una densa y opaca nube a su alrededor.

—Tus padres estaban intentando rescatar a un grupo de niños fae

asrai a los que iban a deportar a las islas Pyrran. —Aprieta los labios y toda la estancia se estremece y se oscurece unos segundos—. Tu abuela lo descubrió y los ejecutó.

Miro a Trystan con la boca seca. Está sentado junto a Fain y Sholindrile, y parece bastante tranquilo, pero yo percibo cómo sus auras de viento y agua rugen a su alrededor, igual que ha sucedido con mi fuego, que se ha erigido en una ardiente y abrumadora llamarada.

—Vuestra abuela no quería que nada empañara el ilustre nombre de la familia —prosigue Fain con amargura—. Y fingió que los habían asesinado un grupo de celtas.

Peleo con esa verdad asombrada por el modo en que nos la habían ocultado a mí y a mis hermanos. Me vuelvo hacia Lucretia indignada e incapaz de ocultar mi tono acusador.

—¿Por qué no nos lo dijiste? ¿Por qué no nos dijo nada Jules? ¿Y por qué no nos dijo nada el tío Edwin?

—Elloren, no podíamos —insiste con evidente remordimiento, pero entonces guarda silencio, es evidente que le cuesta encontrar las palabras.

—Era demasiado peligroso —tercia Fain mirando a Lucretia con preocupación—. Todas las personas que sabían que Vale y Tessla eran miembros de la Resistencia fueron asesinadas, pocos se salvaron. ¿No te das cuenta de lo peligrosa que es esa información en el Reino de Occidente? El hijo de la Bruja Negra era miembro de la Resistencia.

Me asalta un recuerdo que se suma a mis muchas preguntas.

—La tía Vyvian me dijo que Jules y nuestra madre estaban… juntos —digo.

Me asalta una repentina ráfaga de un poder de agua muy alterado, y cuando me vuelvo hacia su origen veo que Lucretia tiene los ojos clavados en la mesa. Su aura de agua, siempre tan contenida, rebosa ahora por sus líneas con una intensidad evidente. Recuerdo que Diana me habló de la fuerte atracción que había percibido entre Lucretia y Jules, sin que yo hubiera advertido nada.

Fain mira a Lucretia con simpatía antes de volver a concentrarse en mí algo preocupado.

—Jules y tu madre eran de la misma ciudad fronteriza celta. Río abajo. De joven, Jules estaba enamorado de ella. Pero Tessla solo le veía como un buen amigo. Jamás hubo nada entre ellos y, con el tiempo, Jules acabó comprendiendo que Tessla se comprometiera con su mejor amigo, tu padre, Vale.

Siento cómo el calor me trepa por el cuello y vuelvo a mirar a Lucretia lamentando haber destapado esa vieja herida, pero todavía me asombro al recordar las extrañas y emotivas expresiones que a veces adoptaba el profesor Kristian cuando me miraba. Y que en una ocasión me dijo que le recordaba a alguien sin especificar a quién.

—Entonces todo este tiempo Jules Kristian ha estado ocultándome la larga historia que lo unía a mis padres —le digo a Fain.

—Elloren… —empieza a decir Fain tendiéndome las palmas abiertas en un gesto suplicante.

—Ya lo entiendo —le aseguro un tanto vacilante—. Ya sé por qué no me lo dijo. —Me vuelvo hacia la intensa mirada de Lucretia—. Pero sigo deseando que mis hermanos y yo no hubiéramos vivido completamente a oscuras. —Me vuelvo hacia Li'ra, que aguarda muy callada a mi lado—. ¿Cómo llegasteis tú y Or'myr al Reino de Oriente?

Li'ra tensa sus facciones violáceas.

—Tu abuela descubrió la relación que manteníamos Edwin y yo durante la guerra de los Reinos —explica con un hilo de voz—. Amenazó a Edwin y le dijo… que haría que me mataran si no me mandaba a oriente y renunciaba a tener contacto conmigo. —Guarda silencio y traga saliva, como si le costara hablar—. Por suerte, no descubrió lo de Or'myr, que por entonces solo era un bebé. —Suspira algo temblorosa—. Or'myr y yo tuvimos que marcharnos. No entiendes cómo era tu abuela. Lo decía en serio. Me hubiera buscado y me hubiera matado. Y hubiera asesinado también a Or'myr. Y por mi culpa, a partir de entonces tu abuela tuvo muy controlado a Edwin.

—Mi tía me dijo que solo había descubierto lo vuestro —digo mientras la rabia que había sentido al escuchar las crueles palabras de la tía Vyvian me escalda las líneas.

Li'ra muestra su incredulidad.

—Es evidente que Carnissa nunca le habló a Vyvian sobre lo

nuestro. De haberlo hecho, tu tía jamás hubiera permitido que Edwin se ocupara de ti y de tus hermanos. Pero Edwin y Vyvian sí que sabían que Vale y Tessla habían sido asesinados a traición. Los dos sabían de qué era capaz tu abuela para aferrarse al poder. Y de lo que eran capaces los magos en general.

—Entonces el tío Edwin se quedó en el Reino de Occidente y os mandó a ti y a Or'myr a oriente para salvaros la vida —razono con la voz turbia.

—Y para salvar la vuestra —insiste Li'ra con un tono cada vez más apasionado—. Edwin se preocupaba mucho por ti y por tus hermanos. No podía soportar la idea de dejaros solos en occidente sin protección. —Se le ensombrece la expresión—. Y temía que alguno de vosotros pudiera tener mucho poder.

—El poder de la Bruja Negra —la corrijo consternada.

Li'ra asiente con una mirada triste.

—Edwin sabía que existía esa posibilidad. Y no quería que ese poder cayera en manos de los gardnerianos.

—Él me ocultó mi propio poder —digo con lágrimas en los ojos—. Pero me dijo… antes de morir… —El dolor me asalta y por un momento soy incapaz de hablar, apenas puedo respirar. Mi primo Or'myr me rodea con su largo brazo y Li'ra también se echa a llorar contrayendo el rostro compungida—. Me dijo… —me obligo a seguir con la voz rota— que se equivocó, que no debería haberme ocultado mi poder. Me dijo que debía luchar contra los gardnerianos.

—Tienes que entenderlo, Elloren —dice Li'ra con la voz ronca a causa de las ganas de llorar—. A los magos no les costaba nada matar a cualquiera que fuera contrario a sus ideas. Edwin no quería ver morir a más seres queridos. Y… me parece que pensaba que no se podía luchar contra los magos. Que lo mejor que uno podía hacer era pasar desapercibido.

—Pero cambió de opinión.

Li'ra asiente; de pronto parece demasiado abrumada como para seguir hablando. Trystan se acerca para consolarla y le pone una mano en el brazo, y ella le da unas palmadas de agradecimiento.

—Así que tú y Or'myr abandonasteis el Reino de Occidente —digo

al fin con las lágrimas deslizándose por mi cara.

Li'ra vuelve a asentir y esboza una mueca temblorosa.

—Edwin nos dio todo su dinero. Para que pudiéramos cruzar el desierto y establecernos aquí. —Se le rompe la voz—. Pero yo hubiera cambiado todo ese dinero por la posibilidad de que él hubiera venido con nosotros.

Se desmorona y llora en silencio, y entonces es cuando yo comprendo al fin por qué éramos tan pobres y dependíamos de la tía Vyvian, pues la versión de que mi tío despilfarraba todo su dinero en violines caros no era más que una invención.

Y ahora también comprendo por qué el tío Edwin jamás contrató sirvientes uriscos, ni siquiera cuando la tía Vyvian se ofreció a proporcionárselos, pues siempre se estaba metiendo con mi tío por obligarnos a mis hermanos y a mí a hacer las tareas de la casa, ocuparnos de los animales, el jardín y la tienda de violines. Ahora comprendo por qué mi tío siempre parecía a punto de echarse a llorar cuando pensaba en la situación de los trabajadores uriscos de los Gaffney y en cómo se trataba a los uriscos en general.

«Sufrías en secreto —pienso lamentándome por él—. Ojalá nos hubieras abierto tu corazón. Ojalá Rafe, Trystan y yo pudiéramos, por lo menos, haber intentado consolarte.»

—La única salida era guardar silencio —afirma Li'ra como si me estuviera leyendo la mente—. De verdad, Elloren, no había otro modo.

Me asalta una oleada de calor y miro a Wrenfir, que está sentado al otro lado de la mesa. Or'myr sigue rodeándome los hombros con el brazo y Wrenfir proyecta su magia protectora hacia nosotros.

—¿Cómo llegaste tú hasta aquí? —le pregunto.

—Los magos mataban a todos los que estaban en su contra —explica Wrenfir con rabia en sus ojos rodeados de arañas—. Y cuando asesinaron a mi hermana y a Vale…

Guarda silencio y se pone tenso, presa de lo que parece una dolorosa rabia; niega con la cabeza, parece incapaz de continuar hablando sin quemar antes algo.

—Acompañé a Wrenfir, Li'ra y Or'myr hasta oriente —tercia Fain—. Les hice de escolta durante el viaje a través del desierto, una travesía

muy peligrosa para una mujer sin poderes. —Adopta una expresión amarga y su poder de agua se altera—. A mí también me había llegado la hora de abandonar occidente. La rigidez religiosa estaba ganando mucho terreno.

—Yo me daba perfecta cuenta de cómo trataban a Fain —espeta Wrenfir con rabia mirando a Fain—. Era pequeño, pero lo veía y lo entendía todo.

«Y por eso todos se marcharon a oriente.» Caigo en la cuenta de que Wrenfir debía de haber sido un adolescente por aquel entonces. Mi valerosa familia. Se me hincha el pecho de orgullo.

—¿Y cruzasteis todo el desierto central? —pregunto asombrada mirándolos a todos por turnos.

—Bueno, yo no me acuerdo, porque solo tenía un año —comenta Or'myr con una sonrisita—, pero me han explicado que fue un viaje peligroso.

Fain lo mira divertido.

—No con un mago de nivel cinco y un joven mago de nivel cuatro con poderes de fuego y tierra.

Li'ra, Wrenfir y Fain intercambian unas miradas propias de personas que han compartido muchas cosas.

—Entonces el tío Edwin se quedó para protegernos. —Miro a Trystan a los ojos. La expresión de mi hermano es impenetrable, pero la tensión que asoma a sus ojos y su caótica magia de agua delatan sus tormentosas emociones. Me dirijo de nuevo a Fain—. Y evitó que yo cayera en manos de esos monstruos.

—Estás aquí sentada, viva y de parte de la Resistencia —dice Fain con gravedad—, y con una visión de las cosas completamente distinta a la que te inculcó tu cultura, en gran parte gracias a Edwin Gardner.

Asiento entre lágrimas de nuevo y Or'myr me estrecha con más fuerza. Un abrazo que me cuesta devolver. Porque Rafe, Trystan y yo somos el motivo de que Or'myr jamás tuviera la oportunidad de conocer a su bondadoso, cariñoso y revolucionario padre.

—Siento que no llegaras a conocerle —le digo a Or'myr mirándolo mientras nuestro poder de fuego se desata y nos rodea a ambos.

—Lo sé —responde con la voz entrecortada pero sin perder la

amabilidad—. No es culpa tuya.

Fain retira la silla, coge la copa de vino y se pone en pie mirándonos a todos.

—Un brindis —dice con seriedad alzando la copa—. Por Edwin Gardner. A quien tuve el placer de conocer.

Se queda en silencio mientras los demás alzamos nuestras copas de vino y las tazas de té.

Fain nos mira a mí y a Or'myr con emoción en los ojos.

—A Edwin le hubiera encantado veros juntos… Vernos juntos a todos. Y vuestros padres también se hubieran sentido muy felices y agradecidos.

Todos bebemos por Edwin con los ojos brillantes. El sabor floral del té se mezcla con el sabor salado de las lágrimas mientras rendimos homenaje a mi valeroso tío. Mi bondadoso tío. Y, en el fondo, mi rebelde tío.

Y también rendimos homenaje a mis padres, Vale y Tessla Gardner.

Que murieron luchando por un mundo mejor.

—El tío Edwin murió para que nosotros pudiéramos llegar hasta aquí.

Miro a Trystan aún llorando, pero el sólido contacto de la varita pegada a mi pantorrilla me consuela mucho.

Miro a través del enorme ventanal en el que estamos apoyados. Los dos estamos sentados en el asiento púrpura que hay junto a la ventana de mi habitación, por donde, a través de la noche, se ve la caída imposible que hay hasta el río Vo. La estancia también está oscura, pues han apagado las luces por si alguna vu trin pasara por aquí.

Miro hacia abajo. Vothe está de guardia un piso por debajo de nosotros, junto a un esquife militar rúnico dispuesto en la terraza de la casa, y ante él aparece la negra extensión del río. Y más lejos se ve la brillante línea azul de la frontera y las impresionantes montañas Vo coronadas por las tormentas encadenadas que brillan bajo los relámpagos.

Trystan acerca la mano a la mía y se la estrecho con fuerza mientras las revelaciones de la noche dan vueltas en mi cabeza.

—¿Por qué Wrenfir lleva una araña y un cuervo tatuados en la cara

y el cuello? —pregunto mirando fijamente a mi hermano.

Trystan guarda silencio un momento y en sus ojos veo una expresión que me resulta muy familiar, pues es el reflejo de la reticencia de mi hermano a hablar de los asuntos privados de otras personas.

—Podrías preguntárselo a él —me sugiere con bastante delicadeza.

—No parece la persona más cercana del mundo…

—¿Como Ariel?

Advierto cierto desafío en su voz y me siento escarmentada enseguida al tiempo que una punzada de dolor por Ariel me contrae el corazón.

—Sí. Como Ariel.

—Hace muy pocos días que lo conozco, pero ya he deducido que ha tenido una vida difícil. —Aguardo mientras mi hermano me lanza una mirada sombría—. Wrenfir creció en una pobreza extrema. De niño tuvo la gripe roja y estuvo a punto de perder la vida. Después estuvo a punto de morir a manos de los celtas y los uriscos durante la guerra de los Reinos. —Trystan hace otra pausa, como si estuviera ordenando sus pensamientos—. Cuando tenía unos trece años, nuestra abuela mató a nuestros padres, con los que estaba muy unido. Después huyó al Reino de Oriente con Fain, Li'ra y Or'myr, donde lo odiaban por ser gardneriano.

Me duele oír eso, pero la duda sigue ahí.

—Pero ¿por qué esos tatuajes?

—Se unió al único grupo que no lo trataba como un descastado. Faes de la muerte refugiados. La araña y el cuervo son algunos de sus familiares.

—¿Como los pájaros de Ariel?

Trystan asiente.

—Como sus pájaros. Creo que los tatuajes son su forma de rendir homenaje a esos fae por su bondad.

—¿La bondad de los fae de la muerte?

No sé mucho acerca de esos misteriosos fae, pero por lo poco que he leído, no son precisamente conocidos por su bondad.

Trystan esboza una pequeña sonrisa.

—Pueden llegar a ser muy amables. Yo he conocido a dos. Pero su relación con Wrenfir es irónica, porque él no deja de trabajar en contra de su poder.

—¿A qué te refieres?

—Es un farmacéutico brillante. Como nuestra madre. Como tú. Se pasa todo el día preparando medicinas con las que salvar vidas. Básicamente de la gripe roja.

Me altero de pronto.

—Si trabaja contra los fae de la muerte… ¿Eso significa que ellos son los responsables de la gripe?

Trystan niega con la cabeza.

—No. No directamente. Pero están aliados con fuerzas de la naturaleza que son… complejas.

—¿Como la enfermedad?

Ladea la cabeza como si sopesara la idea.

—Más o menos. Son primordiales, Ren. Es complicado, ninguno de nosotros comprende muy bien su poder. —Trystan mira hacia la frontera rúnica azul y frunce el ceño—. Wrenfir ha ido a llevar tintura de norfure a las personas con las que cruzaste el bosque Dyoi.

Siento un profundo alivio. Emberlyyn y Tibryl se curarán sin más gracias a esa carísima medicina.

—Roba la mayor parte de los ingredientes —me espeta mi hermano sin rodeos—. Y así puede preparar medicamentos para las personas que no se los podrían permitir. Como le ocurría a él de niño, que no podía pagarlos.

Pienso un momento en ello.

—Uno debería tener acceso a los medicamentos aunque no fuera rico. —Trystan asiente y nuestros poderes se fusionan con decisión. Entonces me asalta otra pregunta—. ¿Todos esos gatos son de Wrenfir?

Trystan asiente.

—Perdió al gato que tenía de niño durante la guerra de los Reinos y jamás lo superó. Y ahora rescata todos los que puede.

Se me encoge el corazón al pensar en nuestra gata Isobel, que pasaba el tiempo entre nuestra casa y la de los Gaffney. Mantengo la

remota esperanza de que se haya instalado allí.

—Cuando no está rescatando gatos, Wrenfir pasa las noches preparando medicinas para las personas que siguen atrapadas al otro lado de la frontera —me explica Trystan—. Somos todos bastante raros, pero me encanta nuestra familia.

—Va a salvarles la vida a Tibryl y a Emberlyyn, ¿sabes?

—Sí, bueno, Wrenfir sabe lo que es estar muy enfermo. Y sabe lo que es no ser bienvenido en un lugar nuevo.

Trystan pasea la mirada hasta Vothe y lo mira fijamente. Su poder de agua escapa a su control y fluye hacia el cambiaformas con una insistencia apasionada.

Vothe levanta la vista enseguida. Clava su mirada plateada en los ojos de mi hermano y su poder fluye hacia él empujado por una corriente cargada de energía.

—¿Sabes…? —me aventuro a decir—, Vothe siente algo muy fuerte por ti. Lo percibo en su poder.

Trystan se vuelve hacia mí y parpadea mostrando una evidente y avergonzada sorpresa.

—¿Es que ahora eres lupina?

Me encojo de hombros incapaz de reprimir una débil sonrisa.

—Algo parecido, supongo. Puedo percibir las emociones en la magia de las personas. Vogel despertó algo en mis poderes cuando Lukas y yo… —Siento una vez más el dolor, como un trozo de cristal roto que estuviera alojado en mi corazón—. Cuando Lukas y yo nos comprometimos —concluyo con sequedad abrumada por la necesidad de volver a estar con Lukas en la imaginaria seguridad del Vonor de Chi Nam. Abrazados…

Trystan me estrecha la mano.

—Le quiero —admito con el corazón encogido—. Y también quiero a Yvan, pero pensaba que estaba muerto. Y entonces… me enamoré de Lukas. Y… es muy duro saber que está en alguna parte, en apuros, y que debo esperar antes de ir tras él.

—Le encontrarás —me asegura Trystan—. Liberarán tu poder dentro de un día. Pero, Ren, creo que es importante que no actúes sola. Vogel es muy astuto y hará todo lo posible para atraerte. Y

pienso que, si colaboramos todos, podremos protegerte de ello. Vogel está obsesionado con la profecía, y eso significa que no se detendrá ante nada para llegar hasta ti y hasta Yvan.

Miro a mi hermano muy preocupada.

—También necesito encontrar a Yvan.

—Ya lo sé.

Mis emociones se retuercen con fuerza y acaban más enredadas que mis líneas.

—Pero… cuando averigüe que estoy comprometida con Lukas… —El dolor se intensifica—. Me altera solo pensarlo.

—Pues no pienses en eso de momento, Elloren. Yvan lo superará y todos perseveraremos. Todos somos muy conscientes de que hay mucho más en juego que los deseos de nuestro corazón.

Las lágrimas me nublan la vista y la figura de mi hermano se hace imprecisa.

—También amo a Yvan —digo y se me rompe la voz al admitirlo—. No puedo evitarlo. Es así. Los amo a los dos.

Mi hermano me mira con compasión.

—La vida es complicada, Ren —dice—. La rigidez no perdura. Todos tenemos que sortear los avatares de la vida lo mejor que podemos.

Me esfuerzo por respirar a fondo e intento reprimir el dolor y Trystan guarda silencio un momento. Vuelve a mirar por la ventana, a Vothe, y el poder de mi hermano se proyecta hacia el cambiaformas.

—¿Qué percibes en el poder de Vothe? —pregunta algo vacilante.

Miro a Trystan con atención.

—Es como un ciclón que quiere engullirte. —Vacilo—. Está enamorado de ti, ¿verdad?

Trystan niega con la cabeza y traga saliva.

—No lo sé.

Los dos guardamos silencio un momento.

—¿Tú estás enamorado de él? —pregunto con suave delicadeza.

Trystan esboza una mueca, como si le costara admitir sus sentimientos.

Siento cómo me angustio al advertir el evidente conflicto de mi

hermano.

Me vienen a la cabeza las espantosas palabras de Valasca y se me encoge un poco más el corazón.

«Es muy probable que pierdas todo lo que te importa. Pero perderás esas cosas para evitar que otros tengan que perderlas.»

—Trystan —digo envalentonada por el amor que siento por él—. La vida es corta. Y nos acecha un grave peligro. Y si tú y Vothendrile os amáis… —Guardo silencio y le sonrío con ironía con los ojos alterados por el llanto—. Te sugiero que te rindas a ello antes de que los dos acabéis provocando una tormenta eléctrica que consuma la ciudad entera.

Trystan muestra su confusión. Su poder se agita caótico a su alrededor.

—Es imposible —afirma con un tono dolido—. La familia de Vothe… Ellos ni siquiera aceptarían nuestra amistad. Su hermano vino a verlo para advertirle sobre mí. Ni siquiera puedo entrar en Zhilaan, porque soy el nieto de la Bruja Negra. Su cónclave me ha desterrado formalmente de sus tierras.

Entorno los ojos y lo miro impertérrita.

—¿Y desde cuándo respeta el amor la mezquindad diplomática? Alguien muy sabio me lo hizo ver en una ocasión.

Trystan oculta una risotada tosiendo.

—¿Un hermano muy sabio tal vez?

—Un hermano sapientísimo. —Le observo con atención; a este hermano a quien, en ciertos aspectos, tengo la sensación de estar empezando a conocer. Un hermano que tuvo que ocultar su verdadero yo durante mucho tiempo. Se me borra la sonrisa—. ¿Qué ocurrió cuando llegaste aquí, Trystan?

Suspira y me lanza una mirada cargada de recuerdos.

—Oh, Ren. Hay tanto que contar…

Mi hermano me habla de su viaje a oriente. De su difícil llegada al Wyvernguard.

Me habla de Vothendrile.

En sus palabras y su poder percibo la intensidad de lo que siente por el cambiaformas. Y también advierto que, a pesar de todos los

prejuicios con los que se ha topado, Trystan está encontrando una nueva vida aquí, un lugar, una cultura, e incluso una religión que le gusta de verdad.

A mis ojos asoman lágrimas cargadas de conflicto, y el cansancio potencia mi preocupación.

Trystan deja de hablar.

—Ren, ¿qué ocurre?

—No sé muy bien qué sentir. Es solo que… En cierto sentido, tú has encontrado tu sitio y encajas en este lugar. Tienes a Vothe, incluso aunque tú pienses que no. Y yo siento que… que no encajo en ninguna parte.

Trystan me clava los ojos.

—¿Cómo te crees que me he sentido durante todos estos años? ¿En un lugar en el que jamás podía encajar? Un lugar que me odiaba. Con una religión que me combatía. ¿Y después, en la universidad, cuando yo estaba solo mientras el resto os emparejabais?

—¿Así es como te sentías realmente? —pregunto con recelo.

—Exactamente así.

—Me alegro de que hayas encontrado tu sitio aquí, ¿sabes? —le digo con sinceridad.

Trystan suelta una risotada incrédula.

—Ren, el Wyvernguard se erigió en protesta contra mi inclusión.

—Y, sin embargo, es evidente que has encontrado tu sitio. —Le examino con atención. Sus ojos perfilados. El dragón tatuado que le trepa por el cuello. Su intenso pelo azul y el uniforme del Wyvernguard. Y el círculo de familiares con los que se ha reencontrado, que en su mayoría poseen el mismo poder de agua que él—. Tanto si lo crees como si no —insisto—, parece que formes parte del Reino de Oriente.

Trystan ladea la cabeza como si estuviera reflexionando sobre lo que he dicho.

—Tú también, Ren. Conmigo. Con todos nosotros.

Se me escapa un ruidito amargo.

—¿Aunque sea un bicho raro?

Trystan sonríe.

—En especial porque eres un bicho raro. Lo dices como si fuera algo malo.

No puedo evitar soltar una risa atormentada. Observo a Trystan con atención.

—Vothendrile es muy atractivo.

Mi hermano se ruboriza y desvía la mirada, cosa que me sorprende. Trystan no es dado a sonrojarse.

Entonces se vuelve hacia mí y me mira con una sonrisa de oreja a oreja.

—A pesar de todo —dice—, soy mucho más feliz aquí, Ren… —Se le saltan las lágrimas y se queda sin palabras—. Es posible que uno nazca en el sitio equivocado y de pronto, un día, se encuentre en el lugar adecuado.

A mí también se me escapa alguna lágrima y se me ensancha el corazón al darme cuenta de que mi hermano ha encontrado al fin la felicidad. Pero entonces siento una sensación de vulnerabilidad al percibir la presión de la oscuridad.

—Trystan, tengo miedo. Vogel es mucho peor de lo que todos piensan.

Mi hermano asiente y guardamos silencio, pero entonces la rebeldía le ilumina el rostro.

—¿Y quién necesita tener ventaja? ¿Qué gracia tendría eso?

Me echo a reír y lloro al mismo tiempo.

—Eso debió de decírtelo una persona muy sabia.

Trystan sonríe.

—Una hermana muy sabia.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Te quiero, Trystan.

Él apoya la cabeza sobre la mía y vuelve a estrecharme la mano para darme ánimos.

—Yo también te quiero. Y lucharemos contra Vogel, cueste lo que cueste. Lucharemos juntos.

9

Aliados

TRYSTAN GARDNER Y VOTHENDRILE XANTHILE

Noilaan

Reino de Oriente

Dos días para el Xishlon

TRYSTAN

Salgo a la terraza de Fain y Sholin iluminada por la luz de las runas. Estoy muy tenso. Me preocupa mucho Elloren y tengo miedo de la posible reacción de Vothe a las revelaciones de esta noche.

Vothe se queda inmóvil mientras me acerco. Sus atractivos rasgos se ven iluminados por la luz azul zafiro de la terraza y las puntas plateadas de su pelo se mecen agitadas por la brisa.

Pero no hay ni un ápice de serenidad en su mirada.

En sus ojos anidan un amasijo de relámpagos salvajes, tan discordantes y brillantes que provocan una ráfaga de poder en mis líneas. Enseguida veo que ha desplegado los cuernos, que ascienden orgullosos en espiral como suele ocurrir cuando Vothe es presa de poderosas emociones.

El recelo me atenaza y miro por encima del hombro hacia la habitación de Elloren. Desde aquí distingo su oscura silueta recortada en la ventana, tan pequeña y vulnerable desde aquí, pues me preocupa que su destino esté en manos de este hombre.

Me vuelvo de nuevo hacia él inquieto, consciente de que lo que le estoy pidiendo es de una osadía sin límites y de un riesgo sin precedentes.

—Vothe —suplico, pero guardo silencio en cuanto veo la tormentosa mirada que me dedica.

—Te ayudaré a mantenerla a salvo —me contesta.

Suspiro algo tembloroso y mi poder de agua se erige hacia él.

Vothe me mira de arriba abajo, advirtiendo sin duda mi llamarada emocional. Aprieta los dientes y sustituye parte de su energía beligerante por una mirada tensa.

—Si Vogel es capaz de desmantelar las runas, acabará con las vu trin —afirma mirando la cúpula translúcida de la ciudad.

Asiento con tristeza. Desprovistas de su poder rúnico, las armas del ejército vu trin no son más que madera, acero y piedra.

—Pero el poder de tu hermana no depende de las runas —afirma

Vothe, y las palabras se quedan suspendidas unos segundos entre nosotros.

—No —concedo con la misma decisión.

Él niega con la cabeza y se pasa la mano por su pelo de puntas plateadas. Se topa con uno de sus cuernos, lo agarra distraídamente y maldice entre dientes. Me vuelve a mirar muy serio y pone las manos en las caderas.

—Ella dice la verdad —admite—. Igual que tú, cuando llegaste al Wyvernguard. Yo lo sabía. Lo sabía desde el principio, Trystan. Pero luché contra esa certeza. Y eso podría haberle costado al Wyvernguard un aliado muy poderoso.

Se pone tenso cuando se vuelve de nuevo hacia Elloren, como si se estuviera preparando para las posibles consecuencias de toda la situación.

—Si Vogel es capaz de destruir las runas, vamos a necesitar el poder de tu hermana —dice finalmente—. Y el tuyo. Y el mío. Y el del ícaro que ella asegura que no está muerto. Vamos a necesitar a todo el mundo. Antiguos enemigos y aliados por igual. Si queremos salvar el reino, no podemos estar divididos.

Mi fuego escupe una apasionada llamarada y doy un paso hacia él.

—Lucharé hasta la muerte por este reino.

Vothe me clava los ojos, que brillan con una evidente emoción cuando un relámpago centellea en su mirada.

—Ya lo sé, toiya. —Sonríe con sus labios negros—. Y ese es uno de los motivos por los que te deseo. Por eso quiero saber, si las vu trin no acaban con nosotros por ocultar a tu hermana, ¿serás mi *xishlon'vir*?

Se me escapa una carcajada cargada de asombro y abro los ojos con incredulidad rebosantes de un intenso afecto por él.

—¿De verdad estás pensando en… cortejarme? ¿En un momento como este?

Se pone serio.

—Nunca dejo de pensar en eso, toiya'lon.

Abrumado, alzo la mano y le acaricio la mejilla. Vothe se queda sin aliento cuando le paso el pulgar por el labio inferior observando los delicados racimos de relámpagos que centellean en su boca. Hasta el

último nervio de mi cuerpo cobra vida.

Vothe abre la boca y me muerde la punta del pulgar con delicadeza mientras me clava sus ojos.

VOTHENDRILE

Mientras mordisqueo el dedo de Trystan con suavidad pensando que lo que de verdad quiero es morder el *piercing* que lleva en el labio inferior y sorberlo hasta que engullamos Noilaan entero con nuestra tormenta, razono que sé muy bien qué significa eso ahora. Porque sé que en este preciso momento he cruzado la frontera del único mundo que he conocido para habitar en uno muy distinto para siempre.

Trystan se estremece cuando yo le acaricio la punta del pulgar con la lengua y después lo suelto sin dejar de mirarlo fijamente mientras mi poder brota hacia él. Y la fuerza del brote demuestra la magnitud de la alianza que acabamos de forjar.

—Necesito tu ayuda —reconoce Trystan mientras su poder se abalanza sobre mí y se mezcla con el mío.

—¿Qué necesitas? —le pregunto. Los relámpagos se pasean por mis labios provocándome un delicioso y frenético hormigueo. Trystan me mira la boca con evidente deseo, pero yo noto cómo lo reprime al tiempo que una intensa resolución florece en sus líneas magas.

—Mañana por la noche reuniremos a los aliados de Elloren —me dice clavándome sus ojos verdes—. Así podremos liberar su poder y enfrentarnos a las vu trin para forjar una alianza.

—Querrás decir «forzar» una alianza —le corrijo con socarronería.

—No —responde él—. Yo quiero forjarla. Pero si ellas intentan matarla, nos defenderemos.

—Me parece justo —admito—. Pero ten mucho cuidado, Trystan. Las vu trin están vigilando de cerca a cualquiera que pueda estar de parte de Elloren.

—Bueno, están a punto de caer bajo el influjo del festival de la luna púrpura —contesta con un duro brillo en los ojos—. Y también de una extraña alteración climática. Y necesito a un wyvern climático para eso.

Me cruzo de brazos y le miro con astucia esforzándome para alejar mi poder de él.

—¿Qué tienes en mente?

Trystan no vacila.

—Algo que dificulte bastante seguir a cualquiera.

—¿Quieres que la esconda con niebla? —propongo.

—Sí —admite Trystan con un tono letal—. Para que ella consiga hacerse con el control de su poder y pueda viajar a occidente con todos nosotros. Desde allí derrotaremos al Reino Mágico antes de que Vogel arrase con las amaz y avance hacia oriente.

Le respondo proyectando un pequeño tirabuzón de niebla con el que le rodeo el cuerpo. Trystan se estremece y su poder rodea el mío estableciendo una sólida alianza.

10

El retorno de la guerrera
VALASCA XANTHRIR

Ciudad de Cyme, Amazakaran

Dos días para el Xishlon

Valasca Xanthrir cruza la bruma dorada del portal y aparece en un mundo en guerra.

Está rodeada por un bosque salido de una pesadilla, cuyos gigantescos y ondulantes árboles están hechos de sombras. A su alrededor retumban unas explosiones aterradoras y ella se estremece, y los dragones aúllan a lo lejos oscurecidos por la extraña bruma gris que brota del suelo.

Valasca mira las armas que lleva en las manos tatuadas y siente un aviso de alarma. No solo advierte que el tono azul de su piel se ha apagado y ahora es como grisácea, sino que las runas noi que lleva el cuchillo de su mano izquierda se han apagado. Solo conserva la carga el cuchillo que tiene en la mano derecha —su favorito y el más poderoso, que luce una gran variedad de runas—, pero hay algo raro: la runa huarga smaragdalfar de la empuñadura está tiñendo de verde el resto de las runas, confiriendo un tono esmeralda a las noi y amaz del cuchillo.

Al recordar la facilidad con la que Vogel destruyó la barrera rúnica de Chi Nam, mira las runas de recuperación que lleva en las palmas de las manos. Siente un gran alivio. Siguen ahí. Pero el contorno de las runas noi está rodeado de un extraño tono verde. Y también se ha extendido alrededor de todos sus tatuajes rúnicos. Asimismo ve algo inusual en la pequeña runa huarga smaragdalfar que lleva en la muñeca, la protección que le concedió la hechicera rúnica amaz-

smaragdalfar, Vestylle, que aceptó hacérsela junto a su runa para amplificar el poder de las armas hace más de un año; la runa está emitiendo un brillo extrañamente intenso.

Las consecuencias de todas esas cosas empiezan a desplegarse en su mente cuando Valasca se da media vuelta y descubre que el portal por el que acaba de cruzar se ha desvanecido hasta convertirse en una marca casi imperceptible en el aire.

Sobre su cabeza suena un rugido ciclónico. Mira hacia arriba y abre bien los ojos observando el embudo de sombras que desciende hacia ella como si fuera una anguila gigante.

Se tira al suelo y cae sobre la hierba justo cuando el embudo impacta a su lado con una explosión ensordecedora. Rueda a toda prisa por el suelo, se pone en cuclillas y observa sin aliento la columna oscura que tiene delante. De ella brotan unos tirabuzones de sombra gigantescos que enseguida forman otro árbol de sombras descomunal. Boquiabierta, Valasca levanta la cabeza y observa el macabro dosel que se está extendiendo por el cielo.

Se levanta desorientada y avanza con cuidado hacia la niebla giratoria. Se concentra en los gritos de mujeres y niñas que suenan entre las intensas explosiones. Las víctimas gritan en multitud de lenguas distintas mientras los dragones amaestrados cruzan el dosel de sombras.

Valasca empieza a pensar: «¿Cuánto tiempo ha pasado desde que Lukas Grey me ha lanzado por ese portal parcialmente cargado? ¿Dónde está Vogel? ¿Dónde está Elloren? ¿Dónde estoy yo?».

La cabeza le da vueltas y empuña los cuchillos con fuerza.

—¿Elloren? —grita en dirección a la bruma, pero no recibe respuesta.

Más gritos. Uno es de una niña que no puede estar muy lejos.

Valasca corre hacia el sonido, esquiva los árboles de sombras y baja por una pendiente. Emerge de la parte más densa del bosque de sombras, la bruma se va diluyendo y se encuentra ante la visión del extenso valle asolado por las sombras.

Se le viene el mundo encima.

«Santísima diosa. Estoy en Amazakaran.»

Observa el valle horrorizada concentrándose en el bosque de sombras que flota sobre la ciudad y se da cuenta de que la cúpula protectora ha desaparecido.

Los dragones descienden en picado con jinetes magos a sus espaldas, lanzando sobre la ciudad una ráfaga de fuego plateado tras otra. Y las explosiones se clavan en el corazón de Valasca. Le parece distinguir un grupo de guerreras amaz uniformadas a lo lejos que intentan pelear contra los magos, pero el habitual brillo de sus arcos y cuchillos rúnicos ha desaparecido.

Valasca vuelve a estremecerse cuando una cacofonía de fuego mago procedente de distintos atacantes impacta en la gigantesca escultura de la diosa que se erige en el centro de la plaza, la imagen religiosa más venerada por las amaz. La diosa estalla emitiendo un sonoro estampido, y la preciosa estatua queda reducida a una pila de escombros humeantes.

De los labios de Valasca brota una furiosa maldición, empuña con fuerza los cuchillos y se dirige a la plaza.

—¡Mum'yi!

La pequeña corre hacia Valasca a través de la bruma de la calle mientras llama a su madre en idioma elfhollen. La guerrera corre a toda prisa hacia la niña que está rodeada de edificios en ruinas envueltos en llamas plateadas y azules. Se le encoge el corazón cuando reconoce a la pequeña.

«Inge. Es la hija de Sylvi.» No tiene más de cuatro años.

Un dragón amaestrado cruza el dosel oscuro sobre sus cabezas y se dirige hacia ellas. Valasca entorna los ojos con una intensidad letal, abre los puños, desliza los dedos por las runas de su cuchillo con marcas huargas y lanza las armas emitiendo un grito gutural. Los cuchillos cruzan el aire hasta impactar contra su objetivo: el primero se clava en la frente del dragón, y el segundo alcanza en el cuello al mago que va montado sobre la bestia amaestrada.

El mago se echa hacia atrás y la cabeza del dragón estalla envuelta en una bola de fuego esmeralda. El animal desciende describiendo una serie de giros caóticos y al mago se le cae la varita de la mano.

Valasca presiona las runas de recuperación que tiene en la palma y

el cuchillo rúnico regresa hasta impactar contra su mano mientras el dragón se desploma sobre un edificio en llamas y el mago se cae del lomo del animal y se desploma sin vida en el suelo. La guerrera no pierde ni un segundo: envaina el cuchillo, coge a la temblorosa Inge y sale corriendo por las calles envueltas en niebla mientras la pequeña no deja de gritar: «¡Mum'yi! ¡Mum'yi!».

El miedo de la niña se cuela en las emociones de Valasca a pesar de lo mucho que se está esforzando por reprimir la compasión y dejarse llevar por su mentalidad de guerrera. Pero se le hace un nudo en la garganta al ver los cuerpos de todas esas mujeres y niñas entre los escombros, muchas de ellas conocidas suyas. Y los animales…, preciosos caballos, el pequeño cervatillo de las niñas, Visay'un, mutilado, y tantos cadáveres… La bilis le trepa por la garganta cuando piensa en lo que habrá sido de sus queridas cabras, de los caballos a los que había criado desde que solo eran potrillos…

Y entonces ve a su amiga Evralyr tendida en la calle entre los escombros, con la sonrisa petrificada; su rostro, habitualmente violeta, convertido en una masa pegajosa de color gris, y su larga melena violeta empapada en sangre. Valasca se esfuerza para evitar que el dolor la supere y siente una punzada de rabia todavía más intensa.

Entonces aparece una joven amaz que corre hacia ella a través de los tirabuzones de bruma gris, es una joven alfsigr de unos trece años. Las runas amaz de color negro de su rostro contrastan con fuerza con su piel marfileña, lleva el pelo blanco corto y de punta, y empuña un cuchillo rúnico descargado. Clava sus ojos plateados en Valasca justo cuando la amorfa silueta de un mago aparece entre la bruma a su espalda y el brillante tono verde de su piel resalta sobre los tonos grises que lo rodean.

—¡Coge a la niña y ponte detrás de mí! —ruge Valasca.

La adolescente alfsigr se gira para mirar por encima del hombro y se vuelve de nuevo con los ojos desorbitados corriendo aterrorizada hacia Valasca y deteniéndose solo para coger a la pequeña Inge. El mago avanza al tiempo que varios dragones pasan volando por encima de su cabeza.

Se acerca a ellas casi con despreocupación y su joven y apuesta

figura va tomando forma. Sonríe y entorna sus crueles ojos verdes.

Valasca lo reconoce al instante. Ralentiza sus movimientos y desenvaina el cuchillo cargado y otro que esconde tras la espalda. Ya había coincidido con este monstruo de alta graduación durante sus misiones diplomáticas cuando ella dirigía la guardia de la reina.

Sylus Bane.

Sylus se detiene entre los tirabuzones de bruma. Alza el brazo y apunta a Valasca con su varita con mucha tranquilidad mientras ella empuña con fuerza su cuchillo preferido y murmura un hechizo deslizando los dedos por las runas cargadas.

Alrededor de Sylus aparecen unas lanzas grises que se quedan suspendidas en el aire y de la punta de su varita brotan tirabuzones de sombras. Entonces agita la varita hacia delante con la velocidad de un áspid.

Cuando se le acercan las lanzas de sombras, Valasca actúa por reflejo y cruza los cuchillos formando una X. En cuanto las hojas metálicas se tocan, las runas aletargadas del cuchillo cargado cobran vida y emiten un brillo esmeralda. Ante ella aparece una nube de luz verde que enseguida se transforma en un escudo verde.

Las lanzas de Sylus impactan contra el cristal emitiendo un vibrante clang. El impacto le provoca oleadas de dolor en las muñecas, los brazos y los hombros a Valasca, y cada golpe crea una explosión de fuego gris que se convierte en un nuevo árbol gris que se eleva hacia el cielo.

Valasca advierte la mirada asombrada de Sylus.

«Vaya —piensa vengativa—. Pensabais que nos habíais dejado a todos sin poderes, ¿verdad?»

Y esta vez es ella la que siente una diversión sanguinaria.

—Has decidido perseguir a la amaz equivocada, maldito pedazo de mierda —ruge deslizando los dedos por las runas una vez más cuando la barrera verde desaparece.

Antes de que Sylus pueda murmurar un nuevo hechizo, ella se abalanza sobre él presionando los dedos sobre una nueva combinación rúnica de su cuchillo, y le lanza el arma.

La cuchilla atraviesa la garganta del mago y a los ojos de Sylus

asoma una furiosa sorpresa de la que Valasca disfruta muchísimo; a continuación el mago emite un rugido gutural y se desploma hacia atrás.

La guerrera se precipita sobre él mientras el mago se retuerce en el suelo, y le quita la varita. Alza la palma, presiona la runa de recuperación, y el cuchillo se desclava del cuello ensangrentado de Sylus y vuelve a su mano. Y entonces Valasca vuelve a clavarle el cuchillo en la mano derecha.

Las runas del cuchillo estallan en un satisfactorio fuego verde y la mano del mago queda reducida a un montón de carne picada. Él se estremece y finalmente se queda inmóvil.

—Espero que te pudras en el infierno, mago asqueroso —ruge Valasca inclinándose sobre su cadáver para recuperar el cuchillo ensangrentado, lo limpia en el uniforme de Sylus, se incorpora y se da media vuelta.

La adolescente alfsigr sale de detrás de un montón de escombros que hay a unos metros de distancia con la niña llorosa en brazos, y a sus ojos ha regresado esa mirada salvaje.

«Bien —piensa Valasca mientras la marea oscura las rodea a ambas —. Vas a necesitar esa violencia.»

—¿Cómo te llamas? —le pregunta a la chica acercándose a ella.

—Sylmire.

La chica lo dice como si fuera un desafío, y Valasca queda muy complacida por su reacción combativa.

—¿Adónde huías, Sylmire? ¿Y dónde está todo el mundo?

Reza para que no le diga que están muertas.

La adolescente mira hacia la plaza central de Cyme.

—En la caverna del Auditorio de la Reina. La guardia amaz nos dijo que nos ocultásemos allí.

Entonces Valasca lo entiende todo. «El último recurso, los portales militares de emergencia a oriente.» Unos portales ocultos en la caverna subterránea que se abre bajo el Auditorio de la Reina, donde también hay una base militar amaz.

A Valasca se le encoge el corazón al comprender el destino que aguarda a cualquier amaz que se haya quedado en sus ciudades

hermanas de la cordillera de Caledonia, pues en ellas no hay portales.

«Por favor, querida diosa —reza—. Por favor, ayuda a mi pueblo a llegar a salvo a oriente.»

Siente una ola de devastación cuando mira el cielo engullido por la oscuridad y ve que el bosque demoníaco es cada vez más espeso.

Se acabó.

Su querida Amazakaran ha caído a manos de los magos.

Valasca aprieta los dientes para evitar el dolor. Porque no hay tiempo para dejarse arrastrar por la tristeza.

No mientras quede alguna amaz que pueda llegar a oriente.

—Ven conmigo —le dice a Sylmire adoptando un tono de guerrera decidida que se abre paso entre los sollozos de Inge—. Yo mataré a cualquier mago o dragón que se cruce en nuestro camino. Nos vamos a Noilaan.

11

Rendirse al olvido
WYNTER EIRLLYN

Ciudad de Cyme, Amazakaran

Dos días para el Xishlon

Un grupo de guerreras amaz rodea a Wynter Eirllyn y la apuntan a la cabeza con sus armas. La elfa agita sus finísimas alas con frenesí y unos tirabuzones de sombra se le cuelan bajo la piel mientras ella forcejea contra la opresión que el Zalyn'or está ejerciendo en su cuello.

Clava los ojos en el cuello de botella de las mujeres y niñas amaz que están tratando de llegar a la caverna subterránea del Auditorio de la Reina. Las puertas, salpicadas de runas smaragdalfar, están abiertas de par en par, y en el aire flota una energía desesperada, pues hay familias enteras de mujeres que se apresuran para cruzar los portales militares subterráneos.

Por delante de la multitud de civiles, ve un numeroso grupo de guerreras amaz que rodean todo el Auditorio, entre las que se encuentra también la monarca, a lomos de un corcel negro. Freyja Zyrr y la corpulenta guerrera Alcippe aguardan junto a la reina con sendas hachas en la mano y una expresión salvaje en el rostro. Las guerreras del perímetro han clavado una rodilla en el suelo y todas tienen sus arcos en la mano y apuntan con sus flechas a los magos y los invasores alfsigr marfoir.

Wynter advierte que sus armas están casi todas desprovistas de poder salvo por algunas brillantes runas esmeralda que ve en algunas flechas, arcos y cuchillas.

«Runas huargas smaragdalfar. —El pensamiento penetra en la

desesperación de Wynter—. Han sobrevivido al ataque de la oscuridad.»

Un escudo protector cristalino que emite un tenue color verde cuelga sobre las arqueras, las civiles y todo el Auditorio de la Reina, proyectado con debilidad por la amiga medio dríade de Wynter, Alder Xanthos, y la única hechicera rúnica smaragdalfar amaz, Vestylle Oona'rin.

En los rostros de ambas jóvenes brilla un salvaje desafío. Vestylle sostiene su brillante aguja rúnica verde en alto y Alder hace lo propio con su varita de abedul plateado. Las dos presionan sus varitas contra la superficie interior del escudo, y los brazos de las dos mujeres vibran a causa de la tensión de la magia. La piel esmeralda de Vestylle y el brillo verde bosque de Alder han conservado sus tonos en medio de ese mundo grotescamente gris.

«Así que el poder de los magos no es del todo invencible», piensa Wynter.

La elfa siente una presión muy fuerte en la cabeza. Es evidente que el collar Zalyn'or quiere borrar ese pensamiento indómito. Cosa que hace que la parte rebelde que conserva Wynter se aferre a ella con más fuerza.

La elfa observa la asustada mirada plateada de la guerrera alfsigr Ysilldir. A su joven amiga le han quitado las armas y también está de rodillas y rodeada de guerreras que apuntan sus armas a la cabeza. Como le ha ocurrido a Wynter, tiene el pecho de la túnica manchado de un vómito oscuro y la piel pálida salpicada de venas grises.

Un pinzón desprovisto de sus colas se posa sobre el hombro de Wynter y ella se queda inmóvil mientras el pajarillo roza las plumas de la cabeza contra su cuello.

Un monstruoso aviso le viene a la cabeza: «Una mujer de hielo a lomos de un dragón amaestrado…».

Wynter levanta la cabeza justo cuando Valasca Xanthrir rodea el tronco de un árbol negro que se alza en medio de la plaza central de Cyme. La sigue la joven Sylmire, que lleva una niña en brazos, la pequeña no deja de sollozar. Valasca tiene un cuchillo rúnico cargado en una de las manos grisáceas, y la empuñadura emite un tenue brillo

smaragdalfar.

—¡Wynter! —grita Valasca en cuanto la ve, y enseguida echa a correr.

Wynter alza la palma de la mano con frenesí.

«¡Corred! ¡Ya viene!»

El gigantesco árbol de sombras que se erige junto a Valasca se contrae de pronto. La guerrera se para en seco cuando las ramas se desploman a su alrededor formando una jaula. A continuación brotan algunas ramas más pequeñas que se enroscan alrededor de su cuerpo, le arrebatan los cuchillos y le atan las manos.

—¡Val! —grita Freyja arrancando a correr como si fuera a cruzar el escudo translúcido verde.

La joven Sylmire se tambalea hacia atrás alejándose de la jaula de ramas y se queda mirando a Valasca horrorizada mientras la pequeña que lleva en brazos llama a su madre a gritos.

—¡Quédate detrás del escudo! —le grita Valasca a Freyja antes de clavarle los ojos a Sylmire—. ¡Vete! —le ruge a la adolescente.

La chica corre hacia el escudo, donde Freyja las ayuda a cruzar al otro lado justo cuando Fallon Bane emerge del bosque oscuro a la plaza a lomos de un dragón amaestrado. Llega envuelta de la bruma y seguida de un ejército de magos ataviados de negro y subidos a sus respectivos dragones.

Cuando Fallon atraviesa la bruma, los detalles de su uniforme militar se ven con mayor claridad: el pájaro blanco sobre la tela negra, las cinco bandas plateadas en los dobladillos del uniforme y la única franja plateada que la distingue como comandante por debajo de las otras.

El pinzón posado sobre el hombro de Wynter alza el vuelo aterrorizado. La elfa siente pánico y contrae las alas cuando ve al sádico hermano de Fallon, Damion Bane, que aterriza con su dragón junto a su hermana seguido de varios asesinos marfoir.

Las arqueras amaz apuntan a los magos con sus arcos, y por detrás de ellas las guerreras empuñan toda clase de hachas, cuchillos y espadas.

Todos los marfoir se vuelven a la vez para mirar a Wynter con sus

ojos insectiles de color gris.

Un pánico paralizante le atenaza las alas. Porque Valasca no es la única que ha caído en manos de esos demonios. Cada uno de los marfoir arrastra una red donde lleva varias mujeres y niñas amaz amordazadas con tirabuzones de sombras, entre ellas la pequeña Pyrgo, la niña ícara a la que Wynter le había cogido tanto cariño.

La madre adoptiva de Pyrgo, la corpulenta guerrera Alcippe, ruge con rabia. Empuña el hacha y corre hacia el escudo con una expresión asesina en el rostro tatuado. Pero se para en seco justo antes de llegar al límite, y Wynter imagina que Alcippe ha llegado a la misma conclusión que ella.

«Los magos no se han dado cuenta de que han atrapado a una niña ícara. Porque de ser así, ya le habrían arrancado las alas.»

Wynter siente un pánico atroz por Pyrgo al advertir que por suerte está oculta y atrapada entre dos sanadoras amaz, que la rodean con sus brazos con actitud protectora escondiendo así sus alas.

La elfa mira a Fallon sin apenas poder respirar y se obliga a dejar de pensar en Pyrgo, pues tiene miedo de que Vogel pueda percibir la presencia de la niña a través de la conexión con el Zalyn'or.

Fallon le clava sus gélidos ojos verdes a la reina.

—Reina Alkaia, te ordeno que te rindas y entregues estas tierras al sagrado Reino Mágico de Gardneria.

La reina mira a las amaz atrapadas en las redes y a continuación observa el cuello de botella que su pueblo ha formado para cruzar la entrada subterránea del Auditorio de la Reina. A Wynter se le acelera el corazón.

La reina Alkaia levanta la cabeza y mira a Fallon.

—Suelta a mi gente, permite que se vayan a oriente y me rendiré y te entregaré las tierras.

—¡No, mi reina! ¡No! —protesta Valasca desde su jaula de ramas al mismo tiempo que entre las amaz se levanta una ola de sorpresa colectiva.

Se oyen gritos implorantes y desafiantes en multitud de lenguas procedentes de civiles y guerreras por igual, incluyendo a las amaz atrapadas en las redes.

—¡Querida madre, no!

—¡No te rindas a ellos!

—¡Moriremos por ti!

Fallon esboza una sonrisa mientras observa con atención a la reina Alkaia, como si estuviera evaluando una presa insignificante. Las guerreras de la Guardia Real se alzan en favor de su reina con las armas en alto y las civiles amaz maldicen a las fuerzas magas y marfoir.

La reina Alkaia las silencia alzando la mano y los gritos vengativos se apagan, aunque la rabia de las amaz arde como un fuego incandescente en el aire. La reina observa a su pueblo con adoración.

—Hijas de la diosa. Queridas mías. Os ordeno que partáis hacia oriente y os establezcáis allí. —Se vuelve y mira fijamente los despiadados ojos verdes de Fallon—. Y que desde allí os erijáis con toda la ira de las tormentas. —A continuación se vuelve hacia su guardia hasta encontrar a Freyja—. Freyja Zyrr —anuncia—, te nombro reina de las amaz.

Se oye una oleada de expresiones de sorpresa y Wynter siente un escalofrío de asombro resbalando por su espalda. Sabe que es un momento revolucionario. Jamás se había elegido antes a una mujer joven como reina de las amaz. Y todo el mundo conoce la relación secreta de Freyja con Clive Soren.

—Mi reina… —empieza a decir Freyja con tono de protesta.

—Son órdenes, Freyja —la interrumpe la reina Alkaia con un tono cortante.

Freyja se queda callada y esboza una mueca de tensión. Se vuelve hacia los magos con rabia. Y entonces mira a la reina Alkaia y asiente.

Con la ayuda de su escolta, la reina Alkaia desmonta de su caballo y se coloca ante Freyja mientras una de las guardias le entrega a la monarca su bastón de madera con la serpiente de la diosa esculpida. La reina Alkaia se apoya pesadamente en él, se quita el broche con el pájaro de marfil de la túnica y se lo tiende a Freyja.

—Freyja Zyrr —entona la reina Alkaia con aire de trascendencia—, guía a nuestro pueblo hacia el futuro.

—¡No lo hagas! —grita Valasca—. ¡Mi reina! ¡No te rindas a estas

bestias!

Freyja acepta el broche, se lo prende en la túnica militar y, a continuación, hinca una rodilla en el suelo ante su reina. Se lleva el puño al pecho y empuña el hacha.

—Serviré a tu pueblo, querida reina. Moriré por las tuyas, mi reina eterna.

A Wynter se le saltan las lágrimas y, asolada, se vuelve hacia el monstruo que aguarda ante las puertas, y entonces advierte que Fallon la está mirando fijamente.

—También queremos a la ícara —afirma Fallon con frialdad.

El mundo se congela y Valasca reacciona con rabia:

—¡Wynter, no te acerques al escudo!

La elfa se marea al volverse para mirar la multitud de familias que tiene a su espalda. Las niñas que lloran aferradas a sus juguetes y mascotas. Sus madres, tías y abuelas. A la valiente Freyja y a Ysilldir. Alcippe, Pyrgo, Alder y tantas otras. Estas mujeres a las que tanto ha llegado a querer en tan poco tiempo.

Temblando y con las alas maltrechas pegadas a su frágil figura, Wynter se levanta y da un paso vacilante hacia Fallon Bane.

—Si dejas marchar a las amaz —dice Wynter con la voz entrecortada por el miedo—, me entregaré.

Valasca estalla en una feroz protesta.

—¡No, Wynter, no! ¡Ve al portal y márchate a oriente, ahora!

Fallon se ríe y mira a Valasca con incredulidad.

—Valasca, silencio —le ordena la reina Alkaia, cuya bondadosa mirada no deja de pasearse entre los magos y las mujeres que llevan en las redes.

Fallon clava los ojos en los de Valasca y esboza una sonrisa agresiva.

—Valasca Xanthrir. Esperaba poder conocerte, zorra impía. —Se le borra la sonrisa y el aire se enfría un poco más—. Tú salvaste a Elloren Gardner.

Valasca sonríe con actitud vengativa.

—Ya lo creo. Para que pueda volver aquí y machacar tu culo arrogante.

Fallon la mira con rabia. Agita la varita a la velocidad del rayo y una ráfaga de hielo impacta contra Valasca. La guerrera cae al suelo y alrededor de su cuerpo se forma una jaula de agua congelada.

Wynter deja de temblar y se estremece al ver la mirada asombrada de Valasca, que mueve la cabeza de un lado a otro y ruge a causa del impacto.

—¿Quieres que acabe con ella, hermana? —pregunta Damion Bane gesticulando hacia Valasca, que sigue tendida boca abajo.

—No —contesta Fallon con firmeza—. Es una hechicera rúnica muy poderosa. Vogel querrá que se la llevemos.

Wynter siente un ramalazo de frialdad cuando Fallon vuelve a mirarla.

—Se me está acabando la paciencia, ícara —entona la maga—. Ríndete con tu reina y dejaré que todas estas zorras se vayan a oriente. —Esboza una sonrisa despiadada—. Ya veremos si les gusta lo que encuentran allí.

Wynter se queda paralizada.

«¿Y qué es lo que espera a las amaz en las tierras Noi? ¿Y dónde está Vogel?»

La espantosa respuesta resuena en su mente empática.

«En todas partes.»

Wynter mira a la reina Alkaia, que asiente con gravedad mientras se vuelven a oír gritos de protesta, que alza incluso Alder, con esa voz tan serena como el bosque, que implora:

—No, mi reina, no…

Aterrorizada, Wynter se rodea con las alas y, con las piernas temblorosas, avanza junto a la reina.

Un grupo de guerreras amaz abandona la protección del escudo y liberan a las amaz de las redes para llevarlas hacia la seguridad del escudo, mientras Wynter y la reina Alkaia atraviesan la formación de guerreras amaz, cruzan el escudo protector y se entregan a esos seres diabólicos engalanados con pájaros blancos.

12

Fusión onírica
ELLOREN GREY

Noilaan

Reino de Oriente

Dos días para el Xishlon

Desde la oscuridad de mi dormitorio observo cómo se marcha el esquife militar de Trystan y Vothe. Solo se ven algunas naves rúnicas rodeadas de luz zafiro que salpican el río y el cielo de esta noche tranquila iluminada por la luna. La empuñadura espiral de la varita de la profecía emite un cálido hormigueo en la palma de mi mano.

Paseo la vista hacia la cúpula que cubre Noilaan. Las runas de color zafiro salpican la superficie translúcida de la cúpula y sus siluetas en rotación son como presencias benévolas en el cielo.

Como las runas escarlata de la cúpula de Amazakaran.

De pronto siento una gran preocupación por las amaz, las mujeres a las que conocí, mis aliadas: la reina Alkaia, Alder, Freyja…, incluso la salvaje Alcippe. Y Wynter y la pequeña Pyrgo, las ícaras que se escondían entre ellas. ¿Les llegará a tiempo mi advertencia acerca de las runas?

La preocupación me atenaza el pecho. Me siento atrapada entre un cansancio imponente y el ardiente deseo de salir a buscar a Lukas ahora mismo. No dejo de pensar en sus ardientes ojos verdes, que me encienden la sangre. Esa energía de guerrero que desprende. Su valor. Su fuego.

La añoranza me deja sin respiración y tengo que esforzarme para seguir haciéndolo.

«Ya basta, Elloren —casi puedo oírle decir—. Recupera fuerzas.

Luego pelea con todo lo que tengas.»

Me obligo a inspirar. Lo hago una segunda vez mientras me concentro en la varita del árbol estrellado, que extiende las ramas en mi interior mientras yo noto el zumbido de la varita en la mano.

«Volveré a por ti, Lukas —pienso con rabia mirando hacia el cielo de occidente—. Lo juro. Si tengo que luchar contra todas las vu trin para conseguir un portal a occidente, lo haré.»

Me doy media vuelta y arrastro mi cuerpo maltrecho hasta la cama. Ya me he bañado, me he puesto una túnica y unos pantalones de color púrpura con un estampado de lunas lilas en los dobladillos que me ayudará a pasar desapercibida. Y estoy preparada para marcharme en cualquier momento.

Me meto la varita en el lateral de la bota y me dejo caer en la cama abrumada por la sensación de que me estoy fusionando con su indulgente suavidad, pues me resulta muy raro volver a dormir en un colchón después de tantas semanas de hacerlo en sacos de dormir sobre el musgo. No me quedo dormida, más bien me dejo arrastrar por el abismo del sueño; y siento un ligero hormigueo en las manos cuando la oscuridad me engulle.

Un ramalazo de placer muy intenso me recorre el cuerpo y me arqueo contra ella, la sensación es tan cálida que resulta casi dolorosa, y las ramificaciones se me enroscan a las líneas en una caricia desenfrenada. Unos labios se pegan a los míos provocándome un escalofrío; es un beso envuelto en un apetito apasionado. Una lengua se adentra en mi boca, no tanto para besarme sino para reivindicarme. Unas manos fuertes me agarran de los brazos, y noto un cuerpo masculino pegado al mío.

Un cuerpo de hombre excitado.

Se me escapa un emocionado sollozo. La sensación que me asalta al sentir su cuerpo medio desnudo me resulta muy conocida. Y ese intenso olor a bosque…

El nombre casi escapa de mis labios.

«Lukas.»

Abro los ojos y siento un gran alivio al verme rodeada por los brazos de Lukas, que mueve las caderas contra las mías mientras me

besa con pasión.

Abrumada por una feroz ola de amor, se me escapa una exclamación de alegría amortiguada. Le entierro los dedos en el pelo, me agarro con fuerza a su musculoso brazo y le rodeo con las piernas compartiendo con él un beso profundo y desesperado.

Oigo cómo resuena un rugido en su pecho y el latido del corazón de Lukas se une al mío; él deja resbalar los labios hasta la base de mi cuello pegando la boca a mi piel con un ardor apasionado.

—Elloren… Dios, Elloren…, mi amor…

—Te perdí —digo con la voz ronca y lágrimas en los ojos mientras Lukas arrastra los labios por mi hombro y mi cuello—. No sabía dónde estabas… —consigo decir.

—Estoy aquí —dice con la voz enronquecida—. Estoy aquí. Te quiero.

Se me abre el corazón de par en par.

—Yo también te quiero.

Me agarro a él y consigo que vuelva a posar la boca sobre mis labios salados. Me agarra de la cintura y su fuego da un fuerte tirón; empieza a tirar con urgencia de las prendas que todavía llevo puestas. Arqueo la espalda para ayudarlo. Veo su habitación a nuestro alrededor, las paredes se estremecen como el agua y los colores son cada vez más intensos.

«La casa de sus padres en Valgard…»

De pronto percibo que algo va mal y me desoriento. A nuestro alrededor aparece entonces un refugio hecho con ramas.

«El refugio que hizo Lukas… la noche que huimos de Valgard…»

En el cielo suena el rugido de un trueno a medida que él se va moviendo con más urgencia y su cuerpo me clava contra el suelo cubierto de musgo. Pero la escena está mal. Las ramas son como pinturas borrosas, y el brillo carmesí del candil es extrañamente intenso.

Y entonces lo entiendo.

«Lukas está soñando. Y de alguna forma yo estoy dentro de ese sueño.»

La escena sigue cambiando mientras Lukas me besa. Su mente va

conformando el sueño mediante retales de imágenes y el recuerdo de las sensaciones mientras me arrastra con su apasionada corriente. Siento dolor en las marcas de compromiso y se me acaba el entusiasmo. Me miro la mano y me intranquiliza mucho advertir que mi glamour ha desaparecido y se me ven las marcas sobre la brillante piel verde.

Mi intuición toma el mando.

«Vogel. No sé cómo, pero esto está relacionado con Vogel.»

—Lukas —le digo retirándome un poco.

Lo agarro de los hombros y empujo.

Lukas se retira enseguida. En sus ojos se adivina un deseo salvaje y un ápice de confusión. Tiene las mejillas encendidas y el rubor asoma por encima de su piel verde, y su poder está anclado a mis líneas.

Se acerca para volver a besarme y yo aparto la cabeza para esquivarlo.

—Algo no va bien, Lukas. Estoy en tu sueño…

La excitación asoma a sus ojos.

—Tú siempre estás en mis sueños.

Vuelve a apoderarse de mi boca y proyecta una ráfaga de calor por mi cuerpo; la embriagadora y febril sensación me resbala hasta los tobillos. Me estremezco y mis pensamientos se rinden a su deseo mientras me dejo arrastrar de nuevo por el sueño y pego el cuerpo al suyo. Y, por un momento, soy incapaz de no dejarme arrastrar por él.

«Elloren.»

El susurro casi imperceptible suena en los confines de mi mente y siento una punzada más fuerte en mis marcas de compromiso. La bruma del deseo se disipa y vuelvo la vista para mirarme la mano derecha, con la que estoy agarrando el hombro de Lukas.

Me engulle el pánico.

De mis marcas de compromiso está brotando humo negro.

—Elloren —dice Lukas con suavidad y la voz ronca. Se entierra en mi cuello y me agarra del muslo con fuerza—. Deja que te tome…

—No, Lukas, despierta.

Lo agarro del pelo y tiro con fuerza.

Se aparta con una expresión asombrada.

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí de verdad! —grito de pronto desesperada por llegar hasta él—. ¡Se ha abierto una conexión onírica a través de nuestras marcas de compromiso!

Lukas se detiene un momento antes de mirarme con la respiración acelerada. Parece confuso.

—¿Dónde estás? —le pregunto advirtiendo, cada vez más alarmada, que de las marcas de compromiso de sus manos también brota una tenue bruma gris—. ¡Dime dónde te tiene Vogel!

La escena a nuestro alrededor se desvanece y la presión de su cuerpo sobre el mío desaparece. De pronto estamos de pie en medio de un valle oscuro, es de noche y las estrellas son como un puñado de diamantes repartidos por el cielo. A nuestra espalda se erige la cordillera del Norte, y ante nosotros tenemos la cordillera de Caledonia.

Sé exactamente dónde estamos.

Es el valle donde está apostada la cuarta división gardneriana, pero todos los edificios militares han desaparecido. Solo queda Lukas. Los dos vestimos la ropa verde de la ceremonia de consumación y aguardamos el uno frente al otro, iluminados por la luz de la luna.

—Elloren —dice cuando un piano de cola de madera de guayaco aparece de pronto a su lado y a mí me aparece un violín en una mano y un arco en la otra—. Toca para mí —me pide con la voz tomada por la emoción—. Una última vez, Elloren.

—No —rujo tirando el violín y el arco al suelo. Me acerco a él, lo cojo del hombro y lo sacudo con fuerza—. Estoy aquí. Y voy a salvarte. ¡Dime dónde te tiene Vogel!

De pronto abre los ojos como platos al comprenderlo y sé que he conseguido llegar a él.

—No lo sé —jadea sin duda peleando contra el turbio estado de ensoñación—. En una cueva.

—¿Dónde?

Lukas vuelve a negar con la cabeza.

—No lo sé.

Le poso la mano sobre el corazón.

—¡Descríbela!

Traga saliva y mira a su alrededor con la expresión de alguien que intentara pensar bajo la influencia del alcohol.

—Piedra negra —consigue decir—. Hay unas catacumbas, es como un avispero gigante. Hay soldados magos corrompidos por la oscuridad; tienen los ojos grises. —Cierra los ojos con fuerza, como tratando de mantenerse alerta. Cuando vuelve a abrirlos, se clavan en los míos con repentina claridad—. Elloren. —Me coge de los brazos y adopta una expresión tan intensa que resulta casi violenta—. Libera tu poder. Rompe el hechizo de compromiso. ¡Libérate de él! ¡Lo está utilizando para rastrearte!

—¿Dónde estás, Lukas? —vuelvo a preguntarle.

—No vengas a buscarme —ruge con pasión—. ¡Soy una trampa!

Un brazo fantasma me agarra del hombro y me sacude. Me doy media vuelta y advierto que la escena se está fragmentando y se están formando una serie de grietas que avanzan hacia la cordillera blanca y el campo regado de luz de luna se hace añicos.

Se me escapa un grito de protesta y Lukas y yo nos agarramos el uno al otro con más fuerza. Su fuego de afinidad brota hacia mí mientras él me dedica una última mirada torturada antes de descomponerse en fragmentos negros.

Me despierto de golpe desesperada por Lukas y tratando de respirar. Noto el zumbido de energía que emite la varita pegada a mi pantorrilla. Un hombre con una araña tatuada en la cara me está sacudiendo el hombro en una habitación oscura. A su lado veo otro hombre, alto y con las orejas puntiagudas; y ambos están rodeados de un tenue brillo zafiro.

Empujada por el instinto, desenvaino el cuchillo Ash'rion y lo pego al cuello del hombre de las arañas deslizando los dedos por las runas de la empuñadura, preparada para apuñalarlo y hacer estallar su maldita cabeza. Pero enseguida se disipa la bruma del sueño y me doy cuenta de dónde estoy y de quiénes son las personas que tengo delante.

Mi tío Wrenfir está completamente inmóvil y tiene una asombrada sonrisa en los labios negros, como si no supiera que yo fuera capaz de pelear con tanta sangre fría y estuviera encantado de descubrir que sí.

Retiro el cuchillo a toda prisa y, con el corazón acelerado, advierto la urgente mirada de Or'myr por encima del hombro de Wrenfir. Hago ademán de decir algo, pero los dos me hacen callar llevándose un dedo a los labios. Or'myr señala la ventana del dormitorio.

A través del cristal brillan un sinfín de luces de color zafiro proyectadas desde la terraza del piso de abajo, y la alarma me asalta de nuevo.

Me hacen señas para que me levante y, mientras lo hago, veo tres esquifes militares en la terraza y otros cuatro que se acercan. De las naves desembarca un contingente de vu trin muy bien armadas, y veo que Fain sale de la casa para recibirlas. Empuño el cuchillo con más fuerza. Or'myr se apresura a hacer mi cama mientras Wrenfir me acompaña hacia la puerta del dormitorio.

—Zhi Lo —se oye decir a la cordial voz de Fain desde la terraza mientras nosotros cruzamos la estancia—. ¿A qué debo el placer de esta visita?

—No he venido por placer —dice una voz femenina con aspereza—. Estamos registrando los alrededores.

—¿Y eso? —pregunta Fain consiguiendo parecer verdaderamente confuso mientras nosotros salimos de la habitación.

—Colocad un perímetro rúnico en la zona —ordena la voz de la mujer mientras me guían por un pasillo en curva a toda prisa y tanto Wrenfir como Or'myr desenvainan sus varitas.

Una puerta se cierra de golpe en el piso de abajo y yo me sobresalto al percibir el ruido de unas botas que recorren el vestíbulo y a continuación suben la escalera hacia esa planta. Or'myr se detiene ante una pared negra con retazos púrpuras, se saca una piedra rúnica noi del bolsillo de la túnica y la pega a la pared.

La puerta que hay en la curva del pasadizo se abre justo cuando un arco de brillantes runas púrpura se iluminan por debajo de la piedra de Or'myr. Mi primo presiona el interior del arco y la piedra se disuelve revelando una escalera espiral excavada en la montaña.

Wrenfir me apremia para que entre y yo corro hacia el rellano de la escalera seguida de Or'myr y Wrenfir mientras oímos unos pasos en el otro extremo del pasillo. Mi primo posa la punta de la varita en el arco

rúnico, murmura un hechizo, y la piedra que había desaparecido vuelve a materializarse. Nos quedamos todos quietos, sin apenas respirar, bajo la luz azul rúnica que emite un único candil rúnico y escuchando los pasos de esas botas, que enseguida se apagan.

Or'myr se lleva un dedo a los labios para indicarme que siga guardando silencio y coge el candil. Los sigo a los dos y bajamos los escalones de piedra, nos adentramos por un larguísimo túnel envueltos por la luz azul que proyecta el candil de Or'myr, que se balancea sobre nosotros como un péndulo.

Doblamos una curva muy pronunciada y me paro delante del esquife militar que nos está esperando al final del túnel. A bordo veo una alta y musculosa guerrera vu trin.

El recelo me encoge el estómago cuando veo los ojos verde esmeralda de mi antigua enemiga en las cocinas, Bleddyn Arterra, que lleva una brillante aguja rúnica azul en la mano. La nave no es mucho más grande que una barca de remos y aguarda suspendida apenas unos centímetros por encima del suelo y de una runa de color zafiro que rota sin parar.

La luz del esquife potencia el color verde de la piel de Bleddyn hasta conferirle un tono casi turquesa, y desde donde estoy veo brillar los muchos *piercings* que tiene en las orejas puntiagudas y las cejas. Lleva las mismas trenzas que lucía en la Universidad de Verpax, pero ahora viste el uniforme negro de las vu trin. Me aturde un poco pensar en lo mucho que nos ha cambiado la vida a las dos.

—Tienes suerte de que yo estuviera aquí, Ny'laea.

Bleddyn dice mi nombre falso con evidente sarcasmo, pero me mira con impaciencia al tiempo que me tiende la mano.

—Vendremos a buscarte en cuanto podamos —me asegura Or'myr ayudándome a subir a bordo.

Bleddyn toca el panel de control con su aguja. A ambos lados del esquife aparecen varias runas que empiezan a girar. La araña del tatuaje de mi tío Wrenfir ondula iluminada por las runas.

—Mis marcas de compromiso —les digo presa del intenso deseo de llegar a Lukas. Levanto la mano oculta por el glamour—. Vogel las está utilizando para proyectar sus poderes a través de ellas, tal como

pensábamos.

—Y nosotros haremos lo mismo muy pronto —me asegura Or'myr con firmeza y un brillo rebelde en los ojos verdes.

—Tenemos que irnos —me apremia Bleddyn interrumpiéndonos—. Coge esto —me indica entregándome unos papeles doblados. Me los meto en el bolsillo de la túnica y ella vuelve a tocar los controles. El brillo de las runas del esquife se intensifica.

—Gracias por haberles llevado medicinas a Nym'ellia y a su familia —le digo a Wrenfir con la voz temblorosa cuando el esquife se eleva.

Wrenfir sonríe con sus labios negros.

—De nada, Ren.

—Agárrate a mí —me pide Bleddyn, y yo le rodeo la cintura con los brazos.

El esquife sale disparado como una flecha y se me viene el mundo encima. Me agarro con fuerza a Bleddyn y nos dirigimos a las profundidades de las montañas para adentrarnos por distintos túneles a una velocidad asombrosa.

Finalmente, salimos por un agujero que se abre entre las rocas y aparecemos en el río Vo. Me asombra advertir lo alto que volamos. Una cosa era sobrevolar el Vo con el esquife de Trystan, pero ir subida a esta diminuta nave camino de la cumbre de las montañas sin nada a lo que agarrarse es otra muy distinta. El esquife desciende hacia el agua a una velocidad alarmante.

—Santo Ancestro —jadeo mirando la distancia imposible que nos separa del río a nuestros pies.

—Deja de decir eso —me espeta Bleddyn por encima del hombro al tiempo que frena un poco y estabiliza el esquife—. Ya no eres gardneriana. Será mejor que lo recuerdes.

Vuelvo la vista avergonzada y busco el lugar donde imagino que estaba la casa de Fain, pero ya no se ve. Nos acercamos un poco más al río y el brillo rúnico de nuestro esquife se refleja en el agua mientras Bleddyn rodea la base de otra colina. De pronto aparecen ante nosotras las dos islas montaña del Wyvernguard y la luminosa ciudad de Voloi. Y lo que veo ante ellas me envía un nuevo aviso de alarma.

Hay una nueva hilera azul que se extiende por el río, de una punta a otra, patrullada por un sinfín de esquifes militares rúnicos. Distingo tres aberturas que parecen muy bien vigiladas, y ante ellas veo colas de embarcaciones rúnicas que aguardan a que les permitan la entrada.

—¿Qué es eso? —le pregunto a Bleddyn con un mal presentimiento.

—Silencio —espeta dirigiéndose al punto de control que queda más al este.

Nos acercamos a ella y una guerrera vu trin hace señas por entre dos embarcaciones que avanzan justo por delante de nosotras. Su esbelta figura se recorta contra la luz de color zafiro que sale de la frontera rúnica. El muro de runas luminosas se extiende por la superficie del agua hasta donde alcanza la vista y desaparece en una ondulante bruma de brillo azul.

La guerrera va muy armada y es muy atractiva, tiene las pestañas muy largas y la piel morena. Lleva los labios pintados con una gran variedad de tonos púrpura y se ha espolvoreado purpurina violeta por los párpados y los pómulos, además de llevar el pelo negro decorado con medallones iridiscentes en forma de luna púrpura. Enseguida me doy cuenta de que son adornos propios de la festividad del Xishlon, y rezo con todas mis fuerzas para que la inminente festividad baste para tener distraída a la guerrera.

—¿Qué es todo esto, Yu Zo? —pregunta Bleddyn con simpatía al tiempo que dibuja un amplio arco con la mano.

Yu Zo frunce el ceño y mira hacia occidente antes de concentrarse en Bleddyn.

—Otra redada en busca de la Bruja Negra. Ung Li ha ordenado que registremos toda la ciudad y controlemos el tráfico que llega por el río. Otra vez.

Bleddyn suelta una risotada.

—Pues buena suerte con eso estando tan cerca del Xishlon.

Yu Zo asiente y le lanza una mirada cómplice.

—Es la tercera redada en un mes. ¿Documentación?

Me tiende la mano sin apenas mirarme, pues está más pendiente de mi compañera.

Bleddyn me clava los ojos animándome a seguir el juego. Me obligo

a conservar la calma y respirar, me saco del bolsillo los papeles que me ha dado antes y se los entrego a la guerrera. Yu Zo los estudia por encima, pero se detiene cuando llega a la tercera hoja asombrada por algo.

Bleddyn se inclina hacia ella posándole la mano en la cadera.

—¿Ya has encontrado la luna, Yulon? —le pregunta dedicándole una sonrisa deslumbrante.

Yu Zo se la queda mirando como si estuviera sorprendida, y juro que puedo incluso notar la chispa que salta entre las dos. La joven sonríe y deja de fruncir el ceño pasando a la cuarta hoja de mi documentación, de pronto parece mucho menos concentrada.

—¿Y tú? —contesta con una tímida duda en la voz.

—Pues claro —afirma Bleddyn con picardía. Baja la voz y ronronea —: La llevo en el bolsillo. La estaba guardando para ti.

Yu Zo esboza una gran sonrisa sin dejar de examinar mis documentos, pero advierto que ya no los está mirando.

—¿Quieres darme la luna? —pregunta; y cuando se aventura a mirar a Bleddyn a sus ojos oscuros asoma un brillo que la otra recibe con una sonrisa de oreja a oreja.

—En una bandeja de plata —dice alargando las palabras—. Y con un ramo de rosas del Xishlon.

Yu Zo traga saliva. Se ha olvidado por completo de los documentos y está mirando fijamente a Bleddyn.

—¿Dónde estarás la noche del Xishlon? —pregunta en voz baja mirándome con cierta incomodidad, como si me hubiera convertido en la incómoda testigo de su flirteo.

Bleddyn baja el tono y susurra:

—Estoy destinada en el muelle sur. Libro a las veintiuna horas.

—He oído decir que tu luna brilla con fuerza —comenta Yu Zo casi sin aliento.

—Es la más brillante —responde Bleddyn con delicadeza y un brillo seductor en sus ojos esmeralda—. Y brilla durante toda la noche.

Yu Zo se sonroja. Carraspea y me devuelve los documentos con diligencia.

—Te buscaré —le dice con profesionalidad haciéndonos pasar.

Bleddyn le lanza un beso y Yu Zo sonríe y niega con la cabeza como si quisiera desprenderse del hechizo Xishlon de la otra.

La sonrisa seductora de Bleddyn desaparece en cuanto nos alejamos de Yu Zo y empezamos a ganar velocidad.

—Estate calladita cuando entremos en la ciudad —me ordena con brusquedad—. Y te juro que como vuelvas a repetir las palabras «Gran Ancestro» te daré un mamporro en la cabeza.

—Me parece bien —admito ansiosa después de haber visto el tamaño del contingente que me está buscando—. ¿Adónde me llevas? —pregunto mientras volamos hacia la brillante ciudad montaña envuelta en tonos azules y púrpuras.

Bleddyn me sonríe por encima del hombro con un brillo en sus ojos esmeralda.

—Con alguien que está acostumbrado a las compañías peligrosas.

PARTE III

Tierra del Xishlon

1

Magia smaragdalfar
MORA'LEE STARR'LYRION

Voloi, capital de Noilaan

Reino de Oriente

Tres días antes, cuando faltaban cinco para el Xishlon

«Le han recortado las orejas.»

Mora'lee observa las orejas recortadas de la muchacha urisca y la indignación la acomete al mismo tiempo que siente una feroz compasión por la adolescente de piel lavanda que la está mirando con sus ojos amatista. El luminoso sol de la mañana le ilumina las puntas de las orejas, justo donde deberían estar los picos asomando de su cortísimo pelo irisado, que está lleno de trasquilones.

«También le han cortado el pelo», advierte Mora. Oír noticias acerca de esta clase de prácticas en el Reino de Occidente es duro, pero verlo con tus propios ojos…

En los veintiséis años que tiene, Mora piensa que no ha visto nada tan desolador.

Mira a Bleddyn Arterra, su nueva amiga y aliada en la Resistencia del Reino de Oriente, y se esfuerza por no parecer asombrada. La brisa que sopla desde el río Vo les agita la ropa, las nubes empiezan a desplazarse por el luminoso cielo azul, y la brillante luz del sol hace relucir la piel esmeralda smaragdalfar de Mora. El tráfico comercial y civil ha aumentado mucho en la carretera del sexto nivel de Voloi, que está a solo unos metros de distancia de la barandilla metálica exterior de su restaurante.

«Bleddyn se ha dado cuenta de que he visto las orejas mutiladas de la chica», piensa Mora'lee con tristeza al advertir la seria mirada de

Bleddyn.

—Mora —dice Bleddyn con simpatía; a la luz del sol, su uniforme negro de las vu trin se ve un poco más claro—, esta es Olilly. Olilly, te presento a Mora.

Mora le sonríe con cariño y le coge la mano, pues está acostumbrada a ofrecer asilo y cobijo a los refugiados y a los trabajadores de la Resistencia en su embarcación aérea propulsada por runas smaragdalfar y protegida por runas huargas. Olilly le estrecha la mano algo vacilante; no deja de mirarse los pies.

A Mora se le encoge el corazón y se esfuerza para no volver a mirarle las orejas, pero siente una rabia atroz contra los magos.

«Monstruos. Sois unos malditos monstruos. No puede tener más de catorce años.»

Recuerda que Bleddyn ya le había hablado de Olilly. Le había explicado que trabajaban juntas en las cocinas de la Universidad de Verpax y que la noche de las estrellas sagradas, un grupo de magos atacó a Bleddyn y se llevaron a Olilly a un callejón y la atacaron a ella también, le cortaron las puntas de las orejas y le esquilaron el pelo. Mora recuerda lo mucho que se sorprendió al descubrir que fue precisamente Elloren Gardner quien rescató a la chica y también fue decisiva para conseguir que Olilly y su hermana pudieran huir hasta allí. Pero hace algunas semanas, la hermana de diez años de la joven se fue a las minas orientales con su nueva familia adoptiva smaragdalfar, y Olilly está cada vez más encerrada en sí misma. Y Bleddyn ha decidido intervenir.

Y allí está Olilly.

En la puerta de Mora'lee.

«Sería más apropiado decir que es la puerta de una nave rúnica», piensa Mora con una sonrisita en los labios mientras aguardan reunidas en el comedor de su restaurante. Mira su embarcación, amarrada a unos metros de distancia, planeando por encima del acantilado que bordea el sexto nivel de Voloi.

Mora se endereza y se obliga a esbozar una sonrisa acogedora, incluso a pesar de lo mucho que padece por esa chica. Porque ya ha llegado la hora de que Olilly disfrute de un poco de luz en su vida.

—Me ha dicho Bleddyn que eres una pastelera excelente —dice Mora apartándose el pelo verde trenzado y poniendo los brazos en jarras.

Olilly asiente un tanto vacilante con los hombros encogidos.

—¿Te gustaría aprender a hacer las exquisiteces propias del Xishlon?

Olilly mira a Mora.

—¿Para la fiesta?

—Mmm-mmm —responde Mora con una sonrisa traviesa—. Rollitos lavanda rellenos de violetas caramelizadas. Fideos de calamar con tinta violeta. Empanadas de setas con su brillo púrpura. Hay muchas cosas que no creo que cocinaras o probaras en el Reino de Occidente.

A Olilly le brillan los ojos.

«Bien, he despertado su interés —advierte Mora complacida—. Bleddyn tenía razón, tiene corazón de chef.»

—Me… me gustaría aprender —admite la joven.

Mira a Bleddyn como si buscara su aprobación y esta le devuelve la mirada y asiente para animarla.

—Pues está decidido —concluye Mora—. Si te apetece, Olilly, te contrato como ayudante de cocina ahora mismo. Nos va a tocar trabajar muchas horas, porque el Xishlon está a la vuelta de la esquina, pero la paga es excelente en esta época del año, además del alojamiento y la comida. ¿Qué me dices?

—¿Paga?

Olilly mira a Bleddyn confundida y Mora siente un nuevo mordisco de dolor. Ya ha oído hablar de las condiciones de contratación del Reino de Occidente. Allí tienen que trabajar para pagar las imposibles tarifas de los contratos que han firmado para escapar de las islas Fae, ya sea por medios legales o ilegales. Y jamás llegan a ver ni un solo céntimo.

—Pues claro, ganarás un sueldo —le asegura Mora con un tono alegre—. Y deberías conocer a nuestro pequeño equipo. ¡Ghor'li! —llama en dirección a la puerta abierta de la cocina levantando la voz con alegría.

Una niña urisca con la piel azul y las orejas puntiagudas asoma la

cabeza y sus ojos color zafiro se iluminan al ver a Olilly. La pequeña lleva bajo el brazo el cuaderno de dibujo que le regaló Mora. Va vestida con ropa smaragdalfar: una túnica y unos pantalones verde esmeralda, y Mora le ha hecho un peinado muy parecido al suyo, unas trenzas atadas con un brillante lazo verde; y también ha decorado los tirabuzones azules de la niña con orquídeas lilas de las cavernas.

Ghor'li se acerca corriendo y se agarra a la túnica de Mora, detrás de la que se esconde un poco para observar a Olilly y a Bleddyn.

Mora siente mucho cariño por la pequeña. Le da unas palmaditas en la cabeza y le sonríe, y Ghor'li le devuelve la sonrisa con timidez. A Mora se le vuelve a entristecer el corazón al mirar los asustados ojos de la niña, unos ojos que han visto demasiadas cosas. Pero Mora deja a un lado la congoja.

—Esta es Ghor'li —le dice a Olilly—. Ghor'li, te presento a Olilly. Va a trabajar para mí y vivirá con nosotras, y todas seremos grandes amigas.

Olilly esboza una mueca confundida mientras pasea la mirada entre Ghor'li y Mora.

«¿Qué hace aquí esta niña?», parecen decir sus ojos.

«Está aquí porque es huérfana —piensa Mora, pero no lo dice en voz alta—. La sacaron del río Zonor junto a su madre ahogada hace solo unas semanas; y fueron precisamente Vothendrile Xanthile y Trystan Gardner quienes lo hicieron. Y ahora la pequeña se niega a hablar y solo dibuja. Básicamente son escenas del viaje que hizo con su madre cuando huían hacia oriente. Las dos en el desierto. Las dos en el bosque Dyoi.

»Su madre ahogándose en el Zonor.»

Pero no es momento de contestar la pregunta que brilla en los ojos de Olilly. Ya han sufrido duelo suficiente para diez vidas. Ahora es momento de disfrutar de la fiesta de la luz púrpura del Xishlon.

Por la cariñosa luz de la diosa Vo.

—¿A quién le apetece un buen cuenco de sopa nu'dul? —les pregunta Mora a Olilly y a Ghor'li con gran entusiasmo. Porque si hay algo en lo que Mora'lee cree con todo su corazón, aparte de que una siempre debe tener la puerta abierta y un felpudo de bienvenida ante

ella, es en el poder de la comida para unir a las personas y sanar parte de las cicatrices de la vida. Mira a Olilly y sonríe—: ¡Seguro que nunca has comido sopa smaragdalfar!

—¿Has conseguido los documentos para Ghor'li? —le pregunta Mora a Bleddyn en voz baja.

Están en la pequeña cocina de la embarcación rúnica. La estancia está decorada con guirnaldas de esferas rúnicas del Xishlon adornadas con flores violetas, y en el fuego hay un gran caldero con caldo hirviendo. La puerta lateral está abierta, por lo que desde allí pueden ver cómo las chicas se toman la sopa nu'dul sentadas a una de las mesas iluminadas por la brillante luz del sol.

Bleddyn tiene una taza de té lavanda del Xishlon en sus grandes manos verdes y no deja de mirar la concurrida carretera principal.

—Todavía no —susurra—, pero Jules Kristian los está redactando. —Se saca un pergamino doblado del bolsillo—. Pero sí que tengo documentos para Olilly. La han aprobado enseguida porque llegó con los lupinos. —Bleddyn se encoge de hombros y frunce los labios—. Llegó con el paquete militar. Como yo.

Mora frunce el ceño y se guarda los importantes documentos.

—Una niña no debería necesitar apoyo militar para conseguir el estatus de refugiada.

—Así es como funcionan las cosas, Mora —comenta Bleddyn mirándola con tristeza—. Pregúntame cuánta compasión les demostraban a las niñas uriscas en el Reino de Occidente.

—En Noilaan deberíamos ser mejores que ellos —insiste Mora—. Antes lo éramos.

Bleddyn esboza una sonrisa irónica.

—Mora'lee, tienes que aceptar que los noi parecen decididos a ir por el mismo camino que el Reino de Occidente.

Bleddyn mira el restaurante que queda al otro lado de la calle, en cuya entrada ondean un montón de banderas noi. De la fachada del restaurante cuelga un cartel púrpura con caligrafía negra noi. Mora ya se ha dado cuenta de que cada vez hay más carteles como ese por todas partes: «NOILAAN PARA LOS NOI».

Un hombre noi de avanzada edad ataviado con las prendas púrpura

del Xishlon está colocando las mesas. Las ve observando y les lanza una mirada antipática.

—Así es como empieza —dice Bleddyn mirando al hombre con los ojos entornados—. Primero se izan las banderas. Después vienen los carteles. Después se nombra a la religión dominante como la «Única Fe Verdadera». —Mira a Mora—. Y antes de que te des cuenta, tienes un montón de niños amontonados en tiendas al otro lado de la frontera rúnica infectándose con la gripe roja. Y casi nadie levanta un solo dedo para ayudar.

—Y se declara la guerra —afirma Mora con tristeza.

—Y se declara la guerra —concede Bleddyn cogiendo uno de los pastelillos que están apilados en una bandeja de color lavanda. Le da un bocado y mira a Mora con admiración. Pero entonces observa de nuevo el restaurante del otro lado de la calle y se vuelve a poner triste —. Todo se está yendo al infierno, Mora. No creo que esto vaya a tener un final feliz. —Ladea la cabeza en dirección a Olilly y Ghor'li —. Por lo menos, estas niñas podrán disfrutar de un buen Xishlon. Por Dios, Mora, qué ricos están estos pastelillos.

Mora suelta una carcajada, pero deja de reír en cuanto mira a Olilly y a Ghor'li.

—Por lo menos han podido probar los nu'duls antes de que los magos se nos echen encima.

Bleddyn da unas palmadas sobre el cuchillo rúnico que lleva envainado en la cadera.

—Les plantaremos cara. No les va a ser tan fácil hacerse con el control del mundo.

—Quizá Noilaan consiga ganar —responde Mora con astucia, pero le cuesta reprimir el miedo que amenaza con apoderarse de ella.

Bleddyn vuelve a mirar el cartel del restaurante del otro lado de la calle.

—Mora —dice muy triste—, Noilaan ya está perdiendo.

Un altísimo hombre smaragdalfar procedente de la calle abarrotada se adentra en el comedor exterior de Mora. La luz del sol se cuela por entre los ciruelos y proyecta motas doradas en la piel esmeralda del hombre.

A Mora se le acelera la respiración tal como le ocurre siempre que ve a Fyon Hawkkyn.

—Muth'lorithin, Mothrin.

Al pasar, saluda con su grave voz a Olilly y a Ghor'li en un formal smaragdalfar. Lleva el pelo verde trenzado y cayendo a su espalda, el peinado es muy parecido al que luce Mora, salvo por las gemas brillantes y la orquídea que ella se ha puesto en el pelo.

Mora observa la esbelta figura de Fyon y se empapa de su imagen. Sus ropas siempre son estrictamente Smaragdalfar, incluso aunque se uniera al ejército vu trin y enseguida se convirtiera en uno de sus hechiceros más valiosos. Probablemente haya salido durante la pausa de mediodía que hace durante su jornada militar, pero Fyon se niega a ponerse ninguna prenda que no sea smaragdalfar.

Y por la dulce diosa Vo que le quedan estupendamente.

Mora le sonríe y se le acelera el pulso, pues solo él es capaz de hacerla perder la cabeza de este modo y desperdigar sus pensamientos como si fueran un puñado de canicas del Xishlon.

—Muth'lorithin, Mora —dice inclinando la cabeza. Mira a Bleddyn —. Muth'lorithin, Bleddyn.

Mora sonríe. Es un saludo smaragdalfar muy formal. Pero es típico del reservado Fyon, que parece decidido a seguir las tradiciones smaragdalfar al pie de la letra. Unas tradiciones un poco desconocidas para Mora, que fue adoptada por una guerrera noi y una pescadora noi cuando sus padres smaragdalfar la mandaron a oriente a la edad de seis años. Unos padres que no consiguieron llegar con vida al Reino de Oriente. Y que dieron todo lo que tenían para salvarla.

—Buenos días a ti también, Fyon —responde Bleddyn imitando con afecto el tono formal de Fyon al tiempo que le lanza a Mora una traviesa sonrisa de soslayo. Esta nota cómo se sonroja y reprime las ganas de poner los ojos en blanco.

—¿Por casualidad te queda algo de té, Mora? —pregunta Fyon en idioma smaragdalfar empleando el enunciado más formal.

Es una costumbre un poco rara que ha adoptado Fyon últimamente, ahora le pide té con absoluta formalidad. Antes de hablar de cualquier otra cosa. Hasta el punto de que Mora siempre tiene preparado un

poco de té por si a él se le ocurre aparecer.

—Tengo un maravilloso té de lavanda, Fyon —responde ella empleando el idioma noi, pues sabe que la runa de traducción que Bleddyn lleva detrás de la oreja no traslada con mucha claridad los registros más formales del idioma smaragdalfar.

Mora se pregunta, y no por primera vez, por qué él querrá hablar de algo tan prosaico como el té con tanta formalidad. Y si en vez de estar pidiendo una sencilla taza de té, no estará pidiendo audiencia con el cónclave noi.

—Estoy convencido de que ese té me sentará como es debido —comenta Fyon de nuevo empleando el registro más alto de su idioma y con una chispa en sus impresionantes ojos verdes.

Mora reprime una risita mientras le sonríe al serio y enigmático Fyon.

—Os dejo para que hagáis planes —anuncia Bleddyn alternando una mirada cómplice entre ellos. Alza el pastelillo que se está comiendo fingiendo un brindis—. Cómete uno de estos, Fyon. Aunque te advierto de que, si lo haces, querrás besarle los pies a Mora y jurarle lealtad eterna.

Fyon muestra su sorpresa.

Bleddyn le dedica una sonrisa traviesa a Mora antes de salir de la cocina. Se detiene para coger unos cuantos de los tradicionales caramelos en forma de luna del Xishlon que se mete, envueltos en papel de aluminio, en el bolsillo de la túnica, y les da varios a Olilly y a Ghor'li antes de cruzar la verja del restaurante y desaparecer entre la multitud mientras el propietario del restaurante de enfrente la fulmina con los ojos.

En cuanto se quedan solos en la cocina, Fyon mira por la ventana del restaurante y pierde la vista de la carretera llena de gente. A continuación, se mete la mano en el bolsillo de la túnica y, con absoluta discreción, le entrega un documento doblado a Mora con el nombre de Ghor'li.

Mora se guarda los documentos en el bolsillo.

—¿Los ha redactado Jules Kristian?

Fyon la mira con ironía.

—Tiene muy buena caligrafía.

—Por suerte —responde Mora antes de servirles una taza de té a cada uno.

Fyon se apoya en el mostrador abarrotado de la cocina cogiendo la taza de té con ambas manos como si fuera un objeto precioso. De la bebida emana un vapor lavanda y el aroma suntuoso y floral del té los envuelve a los dos. Él mira hacia las montañas Vo y frunce el ceño.

—Mora, los magos nos han amenazado, dicen que la invasión de Amazakaran es inminente —anuncia mirándola muy serio—. El mensaje ha tardado varios días en llegar a oriente. Yo me acabo de enterar.

Mora suspira temblorosa.

—Oh, Fyon…

—También han invadido Issan'o —añade mencionando la población Issani que hay al oeste del desierto Agolith—. Parte de los supervivientes están viviendo al otro lado de la frontera rúnica de Noilaan. Acaban de llegar.

—¿Cuántos son?

Mora mira preocupada a Olilly y a Ghor'li, hay muchas personas en situaciones difíciles ahora que les acecha la pesadilla de occidente.

—Hay más de doscientos Issani —responde con tristeza—. Están atrapados detrás de la frontera. Ra'Ven Za'Nor ha pedido al cónclave noi que los dejen entrar en las minas. Pero más de la mitad de los smaragdalfar están en contra. Y el cónclave noi también.

—Pero ¿adónde más pueden ir? —pregunta ella—. Si los gardnerianos han destruido su pueblo…

Él niega con la cabeza.

—No hay un plan claro. Solo la idea de que oriente debería dejar de cargar con los problemas de occidente. Y muchos de los nuestros piensan que las minas deberían ser exclusivamente para los smaragdalfar.

Mora se pone tensa.

—La diversidad es el futuro, Fyon.

—Mora, es complicado…

—¿Ah, sí? Entonces ¿los tuyos también deberían empezar a colgar

banderas smaragdalfar por todas partes? ¿Deberían proclamar la fe smaragdalfar como la única religión verdadera? ¿Deberían expulsar de las minas a todos los que no sean smaragdalfar? —Agita la mano en dirección al restaurante del otro lado de la carretera—. ¿Por qué no? Es lo mismo que están empezando a hacer aquí. Es lo que ya han hecho en occidente.

Fyon le clava los ojos.

—Ya sabes que para nosotros no es lo mismo. La mayor parte de nuestros hermanos smaragdalfar están atrapados en las minas. La mayoría de ellos llegan aquí y disfrutan de la libertad por primera vez en su vida, y están dispuestos a luchar por un hogar smaragdalfar. No es comparable a los noi. O a los gardnerianos.

—Eso ya lo sé, Fyon. De verdad —dice Mora con un discurso cada vez más apasionado—. Pero ¿no te das cuenta? Ahora tenemos la oportunidad de tomar un camino distinto. De demostrar que podría haber otra forma. En esto estoy de acuerdo con Ra'Ven Za'Nor. Considero que ese es el mejor camino.

Mora piensa en Ra'Ven Za'Nor, el joven rey de los smaragdalfar. El único superviviente de la familia real. Con sus controvertidas ideas sobre unas minas para todos, incluyendo a su pareja maga, Sagellyn.

—El camino de Ra'Ven podría llevarnos al caos —le advierte Fyon —. No le veo una buena solución.

Mora le mira fijamente a los ojos.

—Nos sumiremos en el caos pase lo que pase. Así que es mejor que nos dejemos arrastrar por las llamas del caos amando que odiándonos los unos a los otros.

Una repentina chispa salta entre ellos y a Mora se le acelera el corazón.

«¿Me lo estoy imaginando?», se pregunta. Fyon es muy formal y circunspecto. Lo conoce desde que era una adolescente. Siempre ha sido muy valiente. Siempre ha estado dispuesto a arriesgar su vida una y otra vez en occidente, empleando su hechicería rúnica y su habilidad con la metalurgia para ayudar a su gente a llegar a oriente. Sin dejarse intimidar por nada salvo, quizá, por lo que está empezando a surgir entre ellos.

«Los dos estamos intimidados.»

Cuando él regresó a Noilaan hace algunas semanas, después de haber vivido varios años en occidente, Mora se sorprendió de saber que había sobrevivido a tantas misiones para salvar a los smaragdalfar. La última vez que había visto a Fyon era un adolescente alto y desgarbado. Decidido a hacer la revolución. Decidido a luchar por su pueblo sin importarle el riesgo. «Ven conmigo, Mora», le había pedido. Él tenía diecisiete años y ella quince.

Pero Mora no quería abandonar a su familia, quería aprender a pilotar esquifes rúnicos. Tenía mucho talento rúnico y le gustaba la náutica, mientras que la potente hechicería huarga y los vastos conocimientos metalúrgicos de Fyon le convertían en un maravilloso fabricante de armas, cosa que su gente solo necesitaba en occidente.

Así que se despidió de su brillante y valeroso amigo. Su amor de juventud.

Mora echa un rápido vistazo al hombre en el que se ha convertido Fyon. Está muy cambiado. Más alto. Tiene la espalda más ancha. El rostro alargado y anguloso. Sus movimientos desprenden una poderosa elegancia, ya no queda ni rastro de ese chico desgarbado. Cuando apareció en su puerta por sorpresa hace algunas semanas, la dejó sin aliento. Y por espacio de unos segundos, ella percibió que él sentía lo mismo. Pero enseguida adoptó esa recelosa formalidad. Y ahora se muestra tan reservado como valiente.

La amistad que los unía era una de las cosas que más valoraba Mora. Todavía recuerda con toda claridad esa noche en que se despidió de él con lágrimas corriendo por sus mejillas. Imaginando que lo había perdido para siempre. Y ahora, milagrosamente, él está allí. Ha vuelto a su vida. Y está en la cocina de su embarcación rúnica tomando té. Y té del Xishlon, nada menos.

Para el festival del amor de la diosa Vo.

La fiesta del beso.

Cuando piensa en lo poco que le importaría besar a Fyon, el rubor le trepa por el cuello.

«No me importaría en absoluto.»

Pero lo que siente por él es demasiado intenso. Tanto es así que, a

pesar de lo decidida y valiente que es, Mora es incapaz de dar ningún paso en esa dirección, porque si se equivoca en su percepción y él no siente lo mismo que ella, su rechazo podría lastimarla demasiado.

«Fyon tiene que demostrar sus sentimientos.»

—Mora —dice con aparente recelo—. ¿Has pensado en trasladarte a las minas?

A ella se le corta la respiración y se le acelera el pulso.

—¿Por qué lo preguntas, Fyon?

Él toma un sorbo de té mientras la observa, y ella tiene la sensación de que está reprimiendo sus pensamientos.

—Porque estamos construyendo algo allí abajo —dice finalmente—. Y deberías formar parte de ello. —Deja resbalar los ojos por su atuendo esmeralda y siente un hormigueo por todo el cuerpo—. Es evidente que quieres conservar las tradiciones smaragdalfar.

Mora alza una ceja.

—También llevo ropa noi —opone.

—Has elegido alimentar tu embarcación aérea con runas smaragdalfar que creaste tú misma —señala Fyon señalando la aguja rúnica de color verde que ella lleva envainada en la cadera—. Y asistes a los servicios de Oo'na en las minas cada fin de semana.

—Es cierto, amo mi pueblo —admite Mora—. Y adoro las enseñanzas de Oo'na.

Se saca dos collares de debajo del cuello de la túnica. El primero tiene un colgante de Oo'na, una figurita de la diosa smaragdalfar hecha con jade y esmeraldas con una palomita blanca sobre el hombro. El segundo lleva un amuleto en forma de dragón de marfil, la diosa noi, Vo, tallada en una concha, además de dos pájaros sagrados a ambos lados del dragón, el pájaro sagrado propio de ambas religiones.

—Pero también asisto a los servicios Vo'lon con mis madres —continúa—. Me gustan tanto las enseñanzas de la compasiva Vo como las de la compasiva Oo'na. ¿Tengo que elegir?

—Mora…

Guardan silencio unos segundos y Mora desliza la vista por el río un tanto alterada antes de volver a mirar a Fyon.

—Fyon…, no estoy segura de encajar en las minas. Al haberme criado con dos mujeres noi, tan alejada de mi cultura, me siento como si me hubiera perdido algo. Y me duele mucho cuando otros smaragdalfar me llaman impostora o se ríen porque no hablo el idioma tan bien como ellos. Cuando me dicen que soy más noi que smaragdalfar.

Le tiende el brazo.

—Pero si soy noi, ¿por qué tengo esmeraldas en la piel? —Frunce el ceño consternada—. Cada vez en más ocasiones, cuando voy paseando por la calle, la gente me susurra «elfa serpiente». Y me dan ganas de ponerme el atuendo verde smaragdalfar, desterrar las costumbres noi y olvidarme de todo el mundo que no sea smaragdalfar, aunque no acabe de encajar. —Mora mira a las niñas por encima del hombro y después clava su apasionada mirada en Fyon—. Pero lo cierto es que a mi puerta llaman niñas que no son smaragdalfar ni noi. Niñas a las que nadie quiere aquí y a las que no dejan de recordarles que no encajan. Y entonces solo quiero forjar un nuevo camino y demostrarles que sí encajan. Que todos encajamos.

Guarda silencio un momento consciente de que lo que está a punto de decir podría aplastar lo que sea que está floreciendo entre ellos. Si es que hay algo floreciendo entre ellos. Pero debe decirse.

Él debe saber quién es ella realmente.

—Fyon —dice—, soy una elfa de las minas que ama el cielo. No quiero vivir bajo tierra, por muy hermosas que sean las minas. He pasado la mayor parte de mi vida en lo alto de una ciudad montaña y sobre embarcaciones rúnicas cruzando los cielos. Soy una criatura de las nubes, y siempre lo seré.

Fyon frunce un poco el ceño, apenas unos milímetros, y su expresión resulta indescifrable.

¿Lo que ve en su rostro es decepción? ¿Comprensión?

«Es tan misterioso como atractivo y maravilloso, y eso resulta igual de frustrante.»

Mora se siente melancólica. Tratar de no enamorarse del valiente y bondadoso Fyon Hawkkyn es como intentar evitar la llegada de la luna del Xishlon.

«Imposible.» Incluso para los magos.

Nada puede frenar la luz púrpura de la diosa Vo.

Mora se lleva los dedos a los colgantes de sus collares religiosos noi y smaragdalfar y sonríe con tristeza para sí, sintiendo la atracción de ambas direcciones. Ella es una mezcla de las dos creencias, pero funciona. A ella le funciona.

—Ven conmigo a las minas luego, Mora —le propone Fyon—. Tomaremos té smaragdalfar y te enseñaré lo que estamos construyendo.

—Está bien —acepta tocando la cola enroscada del colgante de Vo —. Y después volveremos aquí. Cogeremos mi esquife para surcar el cielo y te enseñaré las estrellas como jamás las habías visto.

Es tarde. Mora deja su esquife al lado de su embarcación rúnica en el muelle después de haber pasado la noche tomando té con Fyon en las minas antes de llevarlo a dar un paseo por las nubes. Después de haber pasado varias horas juntos y sintiendo todo el tiempo lo que a ella le había parecido una crepitante atracción, él se despidió de ella muy castamente, deseándole una buena noche y dejándola más confundida que nunca.

Mora se apoya en la borda de su embarcación y contempla los brillantes niveles de la ciudad, que flotan sobre la negra extensión del río Vo salpicado por una constelación de buques rúnicos de color zafiro; todo ello coronado por un cielo iluminado por millones de estrellas blancas.

Frunce el ceño y se le encoge el corazón. Porque a pesar de lo intensos que son sus sentimientos por Fyon, es muy posible que él solo la vea como una amiga. Y más ahora que ella le ha contado la verdad acerca de sí misma. Fyon había estado muy callado mientras ascendían hacia el cielo, después de haber insistido en que llevasen un poco de té de Xishlon.

El té de la fiesta del amor.

Cuando estaban allí, suspendidos en el aire, ella había estado convencida de que Fyon la besaría. Pero él se había limitado a tomarse el té mientras la nave flotaba por encima de la única nube que había en el cielo, con las luces de la ciudad brillando a sus pies y

la hilera de tormentas sobre la cordillera Voloi con su espectáculo de destellos. Sin dejar de mirarla en todo momento. Inescrutable.

Y Mora se preguntaba: «¿Cómo puede estar ahí tomándose el té tan tranquilo, sin conmoverse, contemplando el cielo? ¿Cómo he podido enamorarme de un hombre que no siente nada por el cielo?».

Se da media vuelta y coge el libro sobre cultura smaragdalfar que Fyon le dio hace algunas noches. Abre la tapa encuadernada con piel verde sintiendo cada vez más deseos de aprender sobre su pueblo, pues los smaragdalfar son personas muy formales con miles de complejas tradiciones, algunas de ellas muy sutiles. Y a pesar de la angustia que siente, Mora está decidida a aprenderlas todas, en especial después de haber visitado las minas esa noche con Fyon para conocer sus hermosas cavernas, las plantas fosforescentes y las granjas de aves que están montando allí. Y para saludar a los refugiados smaragdalfar procedentes del Reino de Occidente, cuyos profundos lazos culturales y su generoso sentido de comunidad ha provocado una melancolía agridulce en Mora, que la ha conmovido incluso después de haber pasado toda la vida alejada de esos lazos.

Quizá ella sea una criatura de los cielos, pero hay una gran parte de Mora que también desea ser una criatura de las minas.

«Lo que soy es una criatura imposible», piensa Mora con picardía hojeando el libro.

El título de uno de los capítulos le llama la atención: «Tradiciones del cortejo smaragdalfar».

A Mora todavía le escuece la actitud distante de Fyon y se entretiene leyendo el apartado por encima. Y abre los ojos de sorpresa al leer el último párrafo.

«Según la tradición smaragdalfar, cuando un hombre está interesado en iniciar un cortejo, debe pedirle té a la persona por la que se ha interesado. Esta es la única forma de interés que debe expresarse, está estrictamente prohibido hablar de ello o hacer nada más. Si la mujer comparte el interés, le ofrecerá treinta tazas de té en treinta ocasiones diferentes. Y solo después de que le haya ofrecido treinta tazas de té, él podrá expresar su deseo de cortejarla.»

Mora se queda sin respiración y, al poco, se le acelera el corazón al

caer en la cuenta de la extraña fijación que Fyon tiene con el té desde que regresó. Desde que volvieron a verse. Entonces recuerda lo último que le ha dicho esa noche cuando daba un paso atrás en el momento en que ella se moría por que la besara. «Mañana vendré a tomar otra taza de té.»

Mora intenta contar las tazas de té que han compartido. ¿Veintinueve? Ya deben de haber sido casi treinta. Está exultante de alegría y se le hincha el corazón. «Pues habrá que incrementar las ocasiones», piensa Mora con una risita.

—¿Mora'lee?

Se vuelve hacia la recelosa voz y se encuentra a Olilly plantada bajo la luz de la luna.

—Hola, preciosa —dice Mora sonriéndole a la adolescente y haciéndole señas para que se acerque.

Olilly le devuelve la sonrisa con timidez y a Mora se le vuelve a encoger el corazón cuando ve sus orejas recortadas. La mera idea de que una panda de magos inmovilizara a esa pobre niña…

«Date prisa, luna de Xishlon —les reza Mora a las compasivas Vo y Oo'na—. Necesitamos vuestra cariñosa y sanadora luz.»

—¿Te gusta tu dormitorio? —pregunta Mora esperanzada después de haberle asignado a Olilly una habitación que da al puerto y con vistas al río. Así la joven podrá disfrutar del precioso efecto cuando las aguas adopten el precioso tono púrpura de la luna Xishlon.

—Me gusta mucho —contesta Olilly con una gran sonrisa.

Entonces Mora recuerda algo. Se saca del bolsillo un pequeño paquete envuelto en pergamino violeta que Bleddyn había traído entre un turno y otro para Olilly.

—Esto es para ti —anuncia entregándoselo y pensando en lo conmovedora que le resulta la maternal protección que Bleddyn muestra hacia Olilly a pesar de lo seca que pueda resultar a veces—. Es de parte de Bleddyn. Me ha pedido que te diga que eres preciosa tal como eres. Dice que es importante que lo sepas.

Olilly abre el paquete y jadea al ver el contenido. Mora también se queda boquiabierta, pues enseguida se da cuenta de lo que es.

Son adornos para las orejas.

Como los que llevan los cambiaformas wyvern durante el Xishlon. Fundas de plata para las puntas de las orejas y aros del Xishlon cubiertos con montones de gemas amatistas.

A Olilly se le saltan las lágrimas. Se limpia las pestañas lilas con la mano temblorosa.

—¿Me los pones? —pregunta con la voz ronca.

Mora también derrama algunas lágrimas al colocarle los aros en las orejas a Olilly, que vuelven a proporcionarle unas puntas que emiten un resplandeciente brillo púrpura.

—Tengo un espejo —dice Mora.

Se mete en su habitación, coge su espejo de mano y se lo acerca a Olilly para que pueda verse.

La joven suspira algo temblorosa, se lleva los dedos a las puntas de las orejas y después se los posa sobre los labios.

—Ellos me ayudaron, ¿sabes? —dice al fin echándose a llorar con una expresión tensa en el rostro.

—¿Quiénes?

—Elloren Gardner y sus hermanos. Además de Bleddyn y otras personas. Esa noche…, la noche que me recortaron las orejas.

Mora piensa en las asombrosas acciones de la progenie de la Bruja Negra.

—Bleddyn me lo contó por encima —admite algo sombría—. ¿Sabes que Trystan Gardner evitó que Ghor'li se ahogara en el Zonor? He oído que estuvo a punto de ahogarse él.

—No son como la gente piensa —insiste Olilly cada vez más exaltada—. Pero ahora Elloren está en peligro. He visto los carteles con su cara. Las vu trin la están buscando. Pero no deberían hacerlo. Ella me trajo medicinas para la gripe roja. Después me ayudó a llegar a oriente. Y a mi hermana también. Al principio le tenía miedo, pero ella está en contra de Vogel, igual que todos nosotros.

—Olilly, solo quieren que si alguien la encuentra la lleve ante las vu trin…

—No —espeta Olilly con énfasis—. No es verdad. Lo presiento. Van tras ella. —A los ojos violeta de la joven asoma una profunda preocupación—. La están buscando para matarla.

2

La bruja mala
ELLOREN GREY

Voloi, Noilaan

Reino de Oriente

Un día para el Xishlon

El esquife rúnico de Bleddyn se posa en los muelles de la ciudad justo cuando el brillo azul del amanecer empieza a trepar por el cielo todavía oscuro. Yo siento un intenso deseo de sobrevivir para poder ir a buscar a Lukas.

A nuestro alrededor bulle la actividad marítima y se me corta la respiración cuando advierto la gran presencia militar del puerto: los soldados registran todas las embarcaciones que llegan y montan guardia en el paseo marítimo. Soy muy consciente de mi glamour elfhollen y de las armas rúnicas que llevo prendidas debajo del atuendo propio del Xishlon. Y de la varita que tengo pegada a la pantorrilla en el lateral de la bota, cuya reafirmante luz de estrellas anida en lo más profundo de mi mente.

Por lo que veo, todas las embarcaciones o esquifes están atracados o a punto de partir, algunos los llevan tripulaciones formadas exclusivamente por mujeres, práctica que no se ve en Gardneria. Muchos de ellos están adornados con guirnaldas de esferas rúnicas del Xishlon, con flores lilas o con brillantes corazones, e iluminadas por lucecitas violetas. Levanto la vista y contemplo la ciudad vertical que se erige ante nosotras como una escalera imposible. Las naves rúnicas nos sobrevuelan envueltas en esferas de bruma azul cruzando el cielo del amanecer.

Me preocupa realmente advertir lo mucho que esta ciudad depende

de las runas, pues la mayor parte de su estructura está basada en unas gigantescas runas circulares de color zafiro que veo brillar debajo de los edificios, aceras y carreteras suspendidas; y esas runas reciben su energía de la cúpula rúnica de Noilaan.

Me recorre la espalda un escalofrío. «Vogel podría destruir la ciudad entera con solo agitar su varita negra.»

Bleddyn termina de amarrar el esquife y después me da unos golpecitos en el brazo para indicarme que la siga. Nos adentramos en el muelle y todos mis pensamientos se evaporan cuando veo el cartel pegado al poste del final.

> LAS FUERZAS VU TRIN DE NOILAAN BUSCAN A ELLOREN GREY, ANTERIORMENTE CONOCIDA COMO ELLOREN GARDNER.
> BRUJA NEGRA DE GARDNERIA

Siento náuseas y se me revuelve el estómago mientras observo el dibujo de mi rostro y el clavo que tengo en la frente. Han exagerado mis rasgos gardnerianos, se ven más ásperos y angulosos de lo que son en realidad. Pero lo cierto es que, si no estuviera oculta bajo el glamour, a nadie le costaría mucho identificarme. Mi mareo se intensifica cuando miro a mi alrededor y veo carteles pegados en casi todos los postes del paseo marítimo. Bleddyn me fulmina con la mirada antes de sujetarme del brazo y tirar de mí para obligarme a moverme. Los carteles se suceden uno tras otro, en algunos han garabateado cosas en noi encima de mi imagen, y en otros han arrancado mi cara.

Bleddyn observa el cartel con la cara mutilada.

—¿No crees que eso va contra la intención del cartel en sí?

Entonces ve algo que le llama la atención y se pone tensa. Sigo la dirección de su mirada hacia las guerreras armadas hasta los dientes que se dirigen a nosotras muy decididas.

Agacho la cabeza con el pulso acelerado. Es evidente que están de servicio, pues escudriñan el muelle y las embarcaciones con atención. Y cuando nos acercamos, nos miran a nosotras con el mismo detenimiento.

Cuando pasan por nuestro lado, se me eriza el vello de la nuca. Me

estremezco y sigo a Bleddyn muy de cerca cuando ella gira por un mercado de pescado lleno de gente y se interna en los amplios jardines que se extienden junto a la orilla del río.

Sin perder de vista las posibles amenazas que podrían acecharnos, mis ojos se pasean por los exuberantes jardines; los fosforescentes capullos de las flores emiten brillos púrpura de todos los tonos posibles que contrastan con el cielo cobalto del amanecer. Las glicinias noi se ciernen sobre nosotras y sus frondosas ramas forman cascadas que se mecen como péndulos en el aire. De pronto noto una caricia en las líneas enredadas, como si unos dedos me provocaran una evidente malicia que se extendiera por la arboleda.

«¡Bruja Negra!»

Me asalta la visión de los árboles rodeándome el cuello con sus ramas, es tan real que casi puedo sentir las punzadas fantasma. La ira me trepa por la garganta. Me pongo tensa y exhalo con fuerza tratando de proyectar mi aura de fuego contra los árboles para contraatacar, pero enseguida descubro que mi magia está tan bien atada que apenas puedo acceder a un ápice de su aura invisible.

La energía asesina de los árboles se desvanece mientras salgo de la arboleda con Bleddyn y llegamos a una plaza circular iluminada por candiles. Aminoro el paso poniéndome completamente rígida al ver lo que hay en el centro.

Ante mí se erige una estatua enorme tallada con piedra negra iridiscente. Representa un ícaro gigante que se parece muchísimo a Yvan. Tiene las alas extendidas y lanza una ráfaga de fuego hacia el cuerpo muerto de la Bruja Negra tendida a sus pies al tiempo que le aplasta la sien con la bota.

Mis emociones se rebelan e imagino una estatua completamente distinta. Una estatua que desafíe las malditas imágenes proféticas de ambos reinos: un alto ícaro de rasgos angulosos y la Bruja Negra compartiendo un apasionado beso.

—¿Te suena? —me pregunta Bleddyn.

La miro inmersa en un abismo de conflictos. Las fuerzas decididas a demonizarme parecen un millón de muros cerniéndose sobre mí.

—Bleddyn, tienes que decirme adónde vamos —le ruego con un hilo

de voz.

Ella frunce el ceño y me mira con una sorprendente compasión en sus ojos esmeralda. Se acerca un poco a mí y dice:

—A la embarcación rúnica de una trabajadora de la Resistencia que conozco. Te he conseguido un puesto para que trabajes en el restaurante durante uno o dos días. —Baja la voz y añade—: La embarcación está protegida por runas huargas smaragdalfar.

Me mira con complicidad y comprendo por qué me lo está explicando: lo más probable es que ni Vogel ni las vu trin puedan encontrarme allí.

—Vamos —me anima Bleddyn, y empezamos a cruzar la plaza.

Vuelvo a mirar la estatua por encima del hombro y se me encoge el corazón cuando me pregunto, de ser cierto que Yvan siga con vida, cómo conseguiremos sobrevivir en un mundo decidido a defender una profecía que nos ha nombrado enemigos mortales. Y entonces pienso en Lukas y me siento como si tuviera una espina clavada en el corazón a causa de ese vínculo de fuego wyvern que me corre por las venas, porque mi corazón siempre estará dividido en dos.

Pero no tengo tiempo de lamentarme de nada de eso mientras Bleddyn y yo nos adentramos en la atestada carretera principal del primer nivel, donde, además, hay carteles de mi malvado rostro en cada tienda, cada poste de luz y cada uno de los hostiles árboles.

Amanece en la cordillera Voloi y la luz del sol ilumina el cielo mientras Bleddyn y yo tomamos un ascensor rúnico tras otro para subir hasta el sexto piso de Voloi, tan alto que casi pueden tocarse las nubes. Bajamos del último ascensor y tomamos una carretera de adoquines amatistas. La claridad de la luz se vierte sobre los comerciantes que empiezan a preparar sus paradas para la fiesta del Xishlon de mañana; las decoran con ramos de rosas de color violeta, guirnaldas de flores en forma de corazón, baratijas de color lavanda, encajes adornados con pequeñas lunas y prendas de todos los tonos púrpura imaginables. Me asombra descubrir lo diferentes que son aquí todos unos de otros, pues hay personas con el pelo y la piel de tonos muy diversos, aunque la mayoría de ellos visten prendas de estilo noi.

Un atractivo joven noi vestido con una túnica color ciruela

estampada con lunas está colgando una guirnalda de esferas lilas de una punta a otra de una pequeña callejuela. Se detiene un momento y sonríe mirando hacia una farmacia que ha aparecido cerca de allí.

—¡Encuentra la luna conmigo, Zara Ko! —le espeta con coqueteo a la joven con la piel verde azulado que atiende en el mostrador del negocio ataviada con un delantal negro.

—¡Tienes que traérmela tú, Mika Sir! —responde ella esbozando una sonrisa traviesa tendiéndole un frasco con raíces marrones a otra joven noi con un vestido confeccionado con varios corazones metálicos superpuestos.

Las jóvenes se echan a reír y yo me quedo mirando el frasco muy asombrada.

«Es raíz de sanjire.» Hay un montón de frascos con esa raíz para evitar el embarazo, algo que en Gardneria es ilegal, pero que aquí se vende en cualquier parte.

—Venden raíz de sanjire —le murmuro a Bleddyn asombrada.

De pronto me acuerdo de Lukas y de cómo él se ocupó de conseguirla para nosotros, y siento una intensa sensación de añoranza.

—Sorprende ver que la venden con tanta naturalidad —admite ella —. A mí también me asombró al principio. Los uriscos tampoco permiten su uso. —Frunce los labios con desdén—. Se supone que debemos tener tantos bebés como…, bueno… —Me mira con tristeza —. Como los magos. Las mujeres no tenemos mucho poder en el Reino de Occidente. —Suelta una carcajada—. A menos que seas amaz.

Asiento con morbosa solidaridad e intercambiamos otra mirada, las dos un tanto sorprendidas de encontrar puntos en común como occidentales.

Me quedo mirando a dos deslumbrantes mujeres noi que se dirigen a nosotras sorteando el tráfico, que es cada vez más abundante. Una de las jóvenes tiene el pelo de punta, de color grafito, y lleva las puntas teñidas de un tono metálico violeta. La otra tiene las trenzas castañas adornadas con flores lilas y luce un vestido adornado con purpurina violeta. Las dos llevan las faldas demasiado cortas para las costumbres gardnerianas, pero todo el mundo las mira con absoluta simpatía.

Se van empujando entre risas, como si estuvieran compartiendo alguna broma privada, y la chica con el pelo de punta abraza a la joven de las flores y le da un apasionado beso.

La sorpresa me provoca un hormigueo por todo el cuerpo y apenas puedo dejar de mirarlas.

Dejan de besarse y se sonríen la una a la otra, mientras una anciana encorvada se asoma sonriendo por la ventana de su pequeña tienda y les ofrece un reluciente iris de color lila con el tallo largo.

Siento una punzada de envidia tan intensa que me asombra el amargo regusto que me deja en la boca.

¿Qué se sentirá al criarse en una cultura tan libre? ¿Qué habría significado para Trystan el crecer en un lugar que lo aceptara en lugar de obligarlo a esconderse? ¿Qué habría supuesto para mí disfrutar de esta libertad sin la amenaza del compromiso cerniéndose sobre mí como una sombra y con tan pocas opciones respecto al trabajo, los estudios o la ropa? ¿Pudiendo acceder con absoluta libertad a la raíz de sanjire?

No quiero enfadarme con los orientales por la enorme libertad de la que disfrutan, pero por un momento lo hago y me pregunto si alguno de ellos sería capaz de entender de dónde vengo. O de dónde viene Bleddyn, cuya situación en occidente era muchísimo peor que la mía. Aquí las mujeres y todo el mundo gozan de muchísima libertad, y vale la pena luchar por ella.

Y no solo por ellos, sino por todos los que hemos llegado huyendo hasta aquí.

De pronto me fijo en el cartel que cuelga de una tienda donde venden gofres en forma de corazón con sirope de lavanda; es el mismo cartel que cuelga de muchas de las tiendas y las terrazas de los restaurantes. Todos están escritos con la misma caligrafía noi sobre pergamino violeta junto a una representación de la diosa Vo, el dragón marfil. A medida que la calleja se va estrechando, me hago una nota mental para preguntarle a Bleddyn por los carteles, y entonces llegamos a una tienda de juguetes donde no veo el cartel.

La propietaria de la tienda, una anciana noi, viste una túnica violeta con runas lilas bordadas y lleva el pelo decorado con encaje de lunas

lilas. Nos sonríe mientras arregla la mesa de la puerta de su tienda, donde expone sus divertidos juguetes. Lleva una colgante de la diosa dragón en el cuello, pendientes con pájaros de color marfil, y el cabello, blanco como el algodón, trenzado y adornado con flores de seda violeta.

Me llaman mucho la atención las figuritas pintadas a mano que está exponiendo y me paro abrumada por una sensación de *déjà vu* un tanto sorprendente. Cojo una hechicera vu trin con el uniforme negro salpicado de runas azules, un par de espadas rúnicas a ambos costados y varias estrellas plateadas pegadas al pecho. Lleva unas preciosas trenzas negras y me mira con una expresión animosa y decidida.

Estos juguetes… Son muy parecidos a los que tienen los niños gardnerianos. Pero las lealtades son completamente diferentes. En lugar de guerreras vu trin con expresiones iracundas y poses amenazadoras, las hechiceras están representadas en actitudes intrépidas. Igual que las figuritas que representan a los cambiaformas wyvern, que posan medio transformados, con cuernos en la cabeza y brillantes alas negras. También se puede jugar con dragones de color zafiro, y todos tienen expresiones osadas y amistosas.

Y hay un ícaro.

Cojo la figurita y se me activan las emociones al pensar en Yvan y en el hilo dorado de fuego wyvern que llevo alojado en las líneas. Como le ocurre a Yvan cuando está oculto por su glamour, el ícaro es un celta con el pelo castaño, los ojos de un brillante color dorado, y extiende sus majestuosas alas.

Dejo la figurita sin decir nada.

Junto a la figura del ícaro, la mujer ha colocado gardnerianos y elfos alfsigr, y todos me miran con gestos amenazadores y violencia en los ojos, empuñando varitas, arcos y espadas rúnicas. A los gardnerianos les han pintado la piel de un color verde enfermizo, y los pálidos alfsigr están deformados y tienen un aspecto fantasmagórico.

«Los Malignos.» Todos somos malvados, sin excepción.

Y allí, alineado en un estante por detrás de la mesa estrecha, está el juguete más maléfico de todos.

La Bruja Negra.

Alargo el brazo y cojo una, fascinada a pesar de las náuseas que me revuelven el estómago.

«Mi cara.» Aunque deformada. Incluso más que en los carteles. Con una mueca rabiosa y una varita negra en la mano alzada.

Un poco mareada, deslizo los dedos por la base de madera de la monstruosa figurita. En mi mente aparece la imagen del extraño árbol de oriente del que se ha extraído la madera para hacerla. «Hojas lilas. Un tronco oscuro y áspero. Flores de color vino.» Algo tan bello ha dado lugar a una cosa tan aterradora. Me fijo en el diminuto mazo de madera que hay atado a cada una de las figuritas de la Bruja Negra con un bramante de algodón.

—Ny'laea —dice Bleddyn con un tono admonitorio. Levanto la vista y me encuentro con su seca mirada, que alterna entre la figurita y yo.

—¿Quieres alguna, toiya? —me pregunta la anciana.

La miro con el corazón acelerado.

—No… no tengo dinero —tartamudeo haciendo ademán de dejarla en su sitio.

Las arrugadas manos de la anciana se posan sobre las mías antes de que yo llegue a soltarla.

—Quédatela —me dice con amabilidad—. Un regalo del Xishlon.

Mira hacia la tienda del otro lado de la calle y en sus ojos asoma lo que parece un brillo rebelde; se le borra la sonrisa un momento.

Sigo la dirección de su mirada, que desemboca en el propietario de la tienda, un hombre noi bastante mayor con una túnica púrpura con un dragón marfil estampado en la tela. Nos está fulminando con la mirada y siento auténtico pánico al ver tanto odio en sus pálidos ojos azules; mi poder de fuego enredado se enciende de golpe.

«Santo Gran Ancestro, ¿acaso sospecha quién soy?»

Del techo de su puestecito cuelga una hilera de banderas de Noilaan con el dragón blanco sobre la tela púrpura, además de una versión gigantesca del misterioso cartel violeta.

—¿Qué pone en ese cartel? —le pregunto a Bleddyn cada vez más preocupada.

Bleddyn frunce el ceño mientras le devuelve al hombre la mirada de odio.

—Noilaan para los noi —espeta.

Y entonces lo entiendo todo. «No me odia porque sepa que soy la Bruja Negra. Me odia sencillamente porque no soy noi.»

Me siento aliviada y horrorizada al mismo tiempo.

—Ignora ese horrible cartel —insiste la mujer fulminando al hombre con la mirada. Señala la figurita de la Bruja Negra que sigo teniendo en la mano—. Quédatela, toiya —dice con un brillo rebelde en los ojos —. Tienes que aplastar a la bruja con el mazo cuando la luna se ponga lavanda. —Me da unas palmaditas en el brazo y le falla la sonrisa—. Lleva un amuleto dentro de la cabeza que te dará buena suerte todo el año. Es nuestra tradición. Has hecho un largo camino para llegar hasta aquí, toiya. Quiero desearte buena suerte y compartir contigo mis buenos deseos. Me alegro de que estés aquí y que estés a salvo de ella —añade clavando los ojos en el juguete.

Me esfuerzo por ignorar la sonrisa incrédula de Bleddyn.

—Toma, llévate una tú también —le dice la anciana a Bleddyn dándole otra figurita.

—Entonces ¿solo tengo que aplastarle la cabeza para tener buena suerte? —aclara Bleddyn sonriendo con más ganas—. ¿Puedo utilizar un martillo más grande?

La mujer asiente entusiasmada.

—Puedes utilizar el martillo que prefieras, toiya. —Hace un gesto con la mano cortando el aire—. Solo tienes que aplastarle la cabeza y coger el premio.

Vuelvo a mirar al vendedor antipático y el hombre se da media vuelta. Veo que básicamente vende figuritas de Vo, la diosa dragón púrpura de los noi, cuya encarnación violeta está rodeada de pájaros blancos.

Cojo la figurita y me vuelvo hacia la anciana, que me sigue sonriendo con cariño. Sé que está intentando ser amable al dejar clara su postura aceptando públicamente a dos refugiadas. Pero mientras miro el diminuto martillo de la figurita, no puedo evitar pensar en las galletas aladas que los gardnerianos hornean para celebrar el Yule y el modo en que mi pueblo les rompe las alas.

—Gracias —le digo algo temblorosa.

Ella asiente y vuelve a darme unas palmaditas en el brazo, quizá pensando que mi azoramiento se debe a lo asombrada que estoy por su gratitud.

Bleddyn le dedica una última sonrisa a la mujer y nos marchamos.

—¡Marchaos por donde habéis venido!

Me sobresalta percibir el veneno en el tono de ese tipo, y tanto Bleddyn como yo aminoramos el paso mirándolo asombradas.

—¡Aseguraos de aplastarle la cabeza a la bruja para que os dé buena suerte! —dice la mujer demasiado alto, y enseguida me doy cuenta de que el comentario va dirigido al hombre y que es su forma de restregarle por la cara lo mucho que nos apoya.

Nos lanza una mirada cargada de solidaridad y su desafiante bondad acentúa mi resolución: voy a liberar mi poder para acabar con Vogel antes de que consiga llegar a estas tierras y a esta bondadosa anciana que vende figuritas de la Bruja Negra.

—Hay muchos carteles de esos —comento mientras Bleddyn y yo avanzamos hacia la carretera del sexto nivel abriéndonos paso entre la multitud de personas que circulan por la calle.

—Es un nuevo movimiento —me explica Bleddyn—. El Vo'nyl. Están intentando hacerse con la mayoría en el cónclave noi. Su líder acaba de hacerse con un puesto empleando el eslogan que ves estampado en esos carteles.

—Oh, Bleddyn… —Caigo presa del pánico al advertir los muchos carteles que hay por todas partes—. Los noi deberían ir con cuidado. O esto se convertirá en Verpacia.

Me mira con tristeza.

—Podría ser incluso peor. Los vo'nyl quieren prohibir cualquier magia que no sea noi. No quieren que nadie practique una religión que no sea la Vo'lon. —Frunce el ceño y la tensión asoma a sus ojos esmeralda—. Son absolutamente reaccionarios, tienen miedo de que todos los occidentales pretendan contaminar su magia y destruir su cultura.

Guarda silencio mientras rodeamos la mesa de una tendera que vende colgantes de la luna púrpura colgados de cadenitas de plata y estampados con brillantes runas noi; y otra que vende estatuas, joyas y

pequeñas fuentes que representan el árbol madre púrpura de la fe Vo'lon, muy parecido al árbol de guayaco tan presente en la fe gardneriana.

—Se han producido algunos ataques a refugiados —confiesa Bleddyn.

Me acomete el pánico y percibo su amargo sabor en la lengua, pues no puedo evitar recordar la noche de las estrellas sagradas, la espantosa imagen de Olilly en brazos de Rafe, con las orejas mutiladas llenas de sangre, el pelo trasquilado, y Bleddyn, apaleada, salpicada de sangre por todas partes y hecha un ovillo en aquel oscuro callejón.

—Antes aquí solo odiaban a los gardnerianos y a los alfsigr —dice Bleddyn cuando pasamos por una tienda donde venden incontables pinzones lilas en jaulas en forma de luna—. Pero ahora el odio se está extendiendo a cualquiera que haya huido del Reino de Occidente.

Agarro con fuerza la figurita de la Bruja Negra, impactada por la terrible noticia, sin apenas advertir el suave zumbido de las naves rúnicas que pasan por encima de nosotras. Cuando nos adentramos en el atestado distrito de los restaurantes, nos envuelven las suntuosas fragancias de comidas muy especiadas, y veo multitud de terrazas a ambos lados de la carretera.

—Ya hemos llegado —anuncia Bleddyn aminorando el paso, y yo alzo las cejas al ver el restaurante más alucinante que he visto en mi vida.

Está en el interior de una gran embarcación rúnica pegada a la colina del sexto nivel, y tiene una cabina de mando con las paredes de cristal en la cubierta principal. Las puertas laterales de la embarcación están abiertas y por ellas se entrevé una cocina muy estrecha con varias ollas humeantes sobre los fogones. Hay un pequeño comedor rodeado de ciruelos decorados con esferas rúnicas, y al otro lado se extiende el imponente acantilado de la colina. Enseguida veo la fluida escritura verde que adorna el lateral de la embarcación y reconozco el abecedario de los elfos smaragdalfar.

—¿Cómo se llama este restaurante? —le pregunto a Bleddyn; yo no sé leer en ese idioma.

—Gylloryyon —responde—. Es una flor de las minas, una orquídea

púrpura que se ha convertido en un regalo muy popular durante el Xishlon.

Una joven smaragdalfar sale de la cocina cargada con una bandeja de humeante sopa para el desayuno. Es preciosa: alta, con unos luminosos ojos plateados y la suave claridad del amanecer se refleja en su piel tachonada de esmeraldas. Tiene las orejas puntiagudas y el larguísimo cabello verde trenzado y decorado con una única orquídea púrpura. Sobre el atuendo smaragdalfar tradicional —una túnica esmeralda decorada con runas y unos pantalones a juego— lleva un delantal violeta con lunas lilas. Calza unas recias botas negras y lleva una aguja verde envainada en la cadera.

Los ojos le brillan como diamantes mientras habla con los clientes. Es evidente que es de sonrisa fácil, pues su desenfadada energía flota en el aire.

Sigo a Bleddyn hacia la verja de la entrada echando una mirada al restaurante de enfrente, donde veo otro de esos espantosos carteles: «NOILAAN PARA LOS NOI».

Hay varias banderas que se agitan por encima de los clientes, y entre ellos veo un hombre noi con el cabello gris ataviado con ropas del Xishlon y un delantal, apuntando un pedido. La mujer smaragdalfar, que debe de ser Mora'lee, deja escapar otra gran carcajada, y el hombre del otro restaurante la fulmina con la mirada, como si su felicidad fuera una afrenta a todo el Reino de Oriente. Me acuerdo de ese tipo tan hostil que tenía un negocio delante del puesto de juguetes de aquella anciana.

Enseguida me doy cuenta de lo distinta que es la clientela en el restaurante de ese hombre, pues en la terraza solo hay clientes noi. En cambio, aquí reina la diversidad: un elegante joven noi vestido con vistosas prendas lilas está sentado con dos mujeres uriscas con la piel azul, las jóvenes también lucen ropas propias del Xishlon, pero las suyas llevan bordadas lunas y corazones de color púrpura. Sentado a una mesa contigua hay un hombre elfhollen con un búho sobre el hombro, enfrascado en una conversación con una mujer issani que lleva muchas armas. Junto a ellos veo a una mujer smaragdalfar con un pañuelo ishkart dorado que está sentada con un niño con sus

mismos ojos verdes. El hombre ishkart con la barba negra que está sentado delante de ellos se ríe de algo que ha dicho la mujer; también lleva prendas doradas y moteadas de runas, y tiene el brazo extendido sobre la mesa y los dedos entrelazados con los de la mujer. Y en la puerta de la cocina veo sentada a una muchacha urisca con el cabello aciano trenzado. Viste prendas smaragdalfar de color verde esmeralda y está pintando muy tranquila.

—Aquí deberías estar segura durante un día —me informa Bleddyn en voz baja—. Solo tienes que integrarte y quedarte en la cocina.

—Está bien —respondo algo recelosa.

—Hay algo más —añade Bleddyn bajando un poco más la voz—. Olilly está aquí.

Me alarmo.

—Bleddyn —espeto—, ella me reconocerá.

—No te delatará.

La miro con preocupación.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Me mira un poco enfadada.

—Lo sé. Aunque tendrás que vigilar con Fyon Hawkkyn.

La cabeza me da vueltas. Me viene a la mente la imagen de mi profesor de metalurgia, el que colaboraba en secreto con la Resistencia de Verpacia. Siempre me trató muy bien, incluso cuando descubrió que yo era la Bruja Negra, pero eso fue cuando pensaba que yo estaba aliada con las vu trin. Que en este momento quieren matarme.

—Es muy bueno con Mora —me explica Bleddyn con una indiferencia muy molesta—, pero está trabajando con los vu trin en el puerto, por lo que no creo que coincidáis. Aunque debes tener cuidado con él de todas formas. Obedece a rajatabla todos los protocolos de las vu trin, por lo que probablemente te obligaría a comparecer ante ellas para que te interrogasen.

La miro con los ojos entornados mientras palpo el cuchillo Ash'rion que llevo envainado debajo de la túnica.

—Primero tendrá que cogerme.

Me mira con incredulidad.

—Es un hechicero rúnico smaragdalfar experto en runas y armas

huargas. Créeme, no podrías contra Fyon.

Pienso en ello muy desconcertada.

—¿La tal Mora'lee sabe quién soy?

A Bleddyn le brillan los ojos.

—No, y será mejor que siga sin saberlo.

—Esto es peligroso —siseo con la voz ronca.

Ella me mira molesta.

—¿Tú crees? Porque si tienes una sugerencia mejor, soy toda oídos.

De pronto aparece un pequeño pelotón de guerreras que bajan por la calle hacia nosotras escudriñando todos los restaurantes a su paso. Me sobresalto y bajo la cabeza con discreción. Bleddyn las saluda con alegría, gesto al que ellas apenas reaccionan al pasar por nuestro lado, y enseguida desaparecen engullidas por la multitud ataviada de púrpura.

Bleddyn me clava sus ojos verdes y se acerca a mí.

—Te están buscando a ti, no te quepa duda. —Lanza una mirada cómplice en dirección a los carteles colgados en todos los ciruelos de la zona—. Esta es la mejor oportunidad que tienes para perderte entre la gente mientras tus aliados buscan la manera de reunirse.

La fulmino con la mirada. Me enfurece que haya esperado hasta ahora para revelarme detalles tan importantes: mi destino, el destino de Lukas y quizá el destino de todo este reino a merced de los deseos de una adolescente urisca y la bondad de una desconocida. Pero ahora no puedo hacer nada al respecto. Cojo mi figurita de la Bruja Negra y sigo a Bleddyn hacia la terraza del restaurante preparada para cualquier cosa.

—Sentaos y os traeré un poco de sopa —nos indica Mora'lee con alegría y una tetera púrpura en la mano. Me dedica una brillante sonrisa y nos hace señas para que ocupemos la mesa que queda junto al borde de la colina.

Bleddyn me sonríe. Más que una sonrisa es un aviso para que me esfuerce por parecer normal.

—Vamos a sentarnos, Ny'laea. —Me enseña su figurita de la Bruja Negra—. Estoy impaciente por aplastarle la cabeza y coger mi premio.

Le clavo los ojos y ella sonríe con más ganas.

Dejamos atrás algunas mesas vacías hasta llegar a la nuestra. Cuando miro al otro lado de la barandilla siento un inicio de vértigo. Hay un buen barranco y desde aquí se ve cómo las nubes flotan por delante de los distintos niveles de la ciudad.

—En el restaurante de delante hay uno de esos carteles —comento con tristeza preocupada por estar tan cerca de alguien que se muestra tan hostil con los extranjeros—. Y el propietario mira muy mal a Mora'lee.

—Entonces ya has visto al viejo Zosh Lyyo —dice Bleddyn—. Un tipo muy agradable.

Observo con atención a Zosh Lyyo y advierto al alto adolescente que está a su lado con un trapo en la mano. El joven tiene el pelo negro y corto, los rasgos cincelados, y viste una túnica y unos pantalones lilas. Y está mirando la embarcación rúnica de Mora como si estuviera buscando algo.

Zosh Lyyo le da una colleja y el chico se encoge. Le asiente con aspecto avergonzado y enseguida se marcha hacia la cocina con los hombros encogidos.

Cuando me vuelvo, veo que Bleddyn me está observando mientras se mece en la silla, que ha apoyado en la barandilla curva de la terraza sin importarle la caída de mil metros que hay detrás.

—A ver si lo entiendo —dice con un brillo en sus enormes ojos verdes—. Has entrado en las tierras Noi ilegalmente y necesitas que yo, precisamente, te ayude a buscar trabajo en una cocina.

Frunzo el ceño.

—Es un poco más complicado.

—Pero, por ahora, me parece que puedo decir que se reduce más o menos a eso.

Me lanza una mirada irónica y me asombra advertir lo mucho que nos ha cambiado la vida.

—Relájate, Ny'laea —susurra acercándose a mí—. No te trataré como tú me trataste a mí en Verpacia.

Me duele oírle decir eso.

—Lo siento mucho —digo muy arrepentida al recordar cómo la traté en las cocinas de la Universidad de Verpax. Cómo Lukas la

amenazó a ella y a todos los demás y yo me quedé allí sin decir nada.

Me mira muy divertida.

—Estabas un poco confundida cuando te conocí.

—Eso es… cierto.

Alza las cejas verdes y adopta una expresión contemplativa.

—Aunque resulta irónico. Este giro del destino. Ahora eres tú la refugiada que necesita mi ayuda.

Me estremezco al recordar lo hostiles que fueron conmigo ella e Iris.

—¿Debería tirarte sobre una montaña de estiércol?

Bleddyn se ríe.

—Fui un poco desagradable contigo en Verpacia.

—Un poco.

Suspira.

—Bueno, quizá deberíamos olvidarnos del concurso para descubrir cuál de las dos fue más idiota…, porque fuiste tú…, y mirar adelante. —Me mira de arriba abajo y se acerca a mí mucho más seria para susurrar—: ¿De verdad eres tan poderosa como temen las vu trin?

Dejo mi figurita de la Bruja Negra junto a la suya en la mesa con toda la intención.

—Peor.

Bleddyn silba por lo bajo.

—Relájate —susurro con amargura—. El bosque me ha bloqueado los poderes.

Me evalúa con frialdad.

—Vaya, estás resultando un absoluto desastre. Como toda esta situación. —Mira hacia occidente y frunce el ceño—. Vogel ha expulsado a las amaz de sus tierras, ¿lo sabías? Acabamos de enterarnos.

El miedo me arrasa como una ola y me contrae la garganta cuando pienso en Wynter y en todas las amaz que he conocido.

—Así es como empezó todo con los lupinos —le advierto rezando para que Kam Vin pudiera llevar mi advertencia a Amazakaran a tiempo.

Bleddyn me clava los ojos.

—Sí, bueno, los gardnerianos y los alfsigr están decididos a expulsar

a cualquiera que no sea como ellos del Reino de Occidente. —Mira hacia la frontera rúnica—. ¿Sabes ese campo de refugiados que hay al otro lado de la frontera? Es pequeño comparado con lo que está por llegar. —Resopla—. Los issani y los ishkartan del sur también se están aislando. —Señala la frontera de Noilaan con el dedo—. Han construido una de esas monstruosas cosas rúnicas. Todo el mundo se está aislando, mientras todos los demás huyen para salvar la vida o mueren a causa de la gripe roja. Ese es el panorama del futuro.

—Hasta que nos invada Vogel —apunto.

Ella asiente.

—Y aquí todo el mundo se está dividiendo en grupos en lugar de unirse en su contra. —Se vuelve para clavar los ojos en el restaurante de Zosh Lyyo—. Todos estos que son como ese pueden regodearse de su «superioridad cultural» mientras los gardnerianos se meten aquí y arrasan con todo. —Frunce el ceño con rabia—. No es momento para escisiones, pero carecemos de un principio que nos unifique. Y temo que nuestra fragmentación vaya a significar la perdición del Reino de Oriente.

—¿Y qué crees que podría unir a todo el mundo? —pregunto asombrada de que hayamos encontrado tantos puntos de coincidencia.

Bleddyn parece meditarlo mientras arruga sus cejas verdes.

—Llegados a este punto, no lo sé. Pero pienso que será mejor que lo encontremos, y rápido. No me cabe ninguna duda de que los de «Noilaan para los noi» no serán capaces de luchar contra lo que viene. —Me mira—. Oriente va a necesitar la magia de todas y cada una de las culturas, tanto como si el cónclave noi quiere aceptarlo como si no. —Señala nuestras figuritas de la Bruja Negra y me mira con complicidad—. Y también vamos a necesitar todas las armas que podamos. Incluyendo a esta pequeña bruja de aquí. Y el poder de los fae.

La mención de los fae me hace pensar en una fae en particular.

—¿Has visto a Iris? —pregunto con cierto recelo. No puedo guardarle rencor a Iris para siempre.

Bleddyn me pone mala cara, como si estuviera adivinando mis preocupaciones.

—Está bastante más al norte, y tardará en ponerse en contacto conmigo. Se ha convertido en una fanática lasair. Ha decidido que los fae lasair son superiores al resto, cosa que ha hecho mella en nuestra amistad.

Miro a Bleddyn asombrada. La amistad que las unía parecía de acero.

—Te odia bastante —apunta—. No se alegrará de descubrir que sigues vivita y coleando.

—Pues agradecería que pudiéramos evitarlo.

Bleddyn sonríe y agita la cabeza presa de una carcajada silenciosa, pero entonces se pone seria y vacilante, como si no estuviera muy segura de cómo decir algo.

—Siento lo de Yvan, Elloren. Me conmocionó mucho descubrir su secreto. Y… sé que Iris lo deseaba…, pero también sé que él estaba enamorado de ti.

En mi interior se levanta una ola de protesta emocional.

«No está muerto. He sentido su fuego. Me está buscando.»

Reprimo las palabras y el acuciante miedo que siento al pensar que quizá no sean ciertas.

—Era mi amigo, y un tío muy valiente —dice Bleddyn con la voz ronca por la emoción—. Es… es una gran pérdida.

Me esfuerzo por encontrar una respuesta, pero descubro que soy incapaz cuando me atenaza el intenso deseo de encontrar a Yvan. ¿Aquellas breves conexiones wyvern bastarían para localizarme? Si de verdad sigue con vida, ¿estará de camino hacia aquí ahora mismo? Imagino que Yvan entra de pronto en el restaurante y me quedo sin aliento al pensarlo. ¿Cómo sería volver a ver esos feroces ojos verdes?

De pronto se desata en mi interior el ardiente deseo de ir a buscar a Lukas, y mi poder de fuego se interna en una bruma contradictoria que arde junto a la acalorada añoranza por reunirme con Yvan.

Pero no hay forma de arreglar nada de esto.

—Ahora tengo un propósito —le susurro a Bleddyn con la voz entrecortada—. Luchar contra Vogel y sus fuerzas.

Bleddyn asiente y me lanza una mirada cargada de solidaridad.

—Es lo que habría querido Yvan. —Las dos guardamos silencio un

momento—. Iris se ha unido a un grupo de fae de fuego revolucionarios —dice finalmente sin duda preocupada por la sorprendente ocurrencia—. Han ocupado una zona del bosque noi del nordeste. Aseguran que tienen derecho ancestral a ella.

Alzo las cejas al oírlo.

—Ahora mismo no nos convienen las luchas internas.

—Ya lo sé. —Mira hacia el restaurante noi y niega con la cabeza—. Ya no sé dónde encajo en todo esto. No estoy de parte de ninguno de los fragmentos. Discuto demasiado con los demás uriscos que hay aquí como para que me acepten. —Me mira con un brillo en los ojos—. Y, aun así, lucharé por ellos. Y lucharé por cualquiera que intente llegar hasta aquí.

—¿Por qué tienes problemas con tu propio pueblo?

Me mira parpadeando como si le hubiera preguntado una tontería.

—¿Has olvidado que pertenezco a la clase urol? Pertenezco al penúltimo nivel del sistema de clases y la religión urisca. Tengo muchos problemas con mi propio pueblo. —Resopla y aprieta los labios—. Ya no sé en qué creer. Todo es muy preocupante. Y confuso. Lo único que sé es que no quiero formar parte de ninguna cultura o religión que se quede mirando cómo los niños mueren de gripe roja al otro lado de un muro rúnico y no haga nada por ayudarlos. —Piensa en la frontera y en sus labios se dibuja una sonrisa rebelde—. Creo que esa es mi religión. Ningún niño puede morir de una enfermedad que tiene cura al otro lado de un muro.

Alzo una ceja.

—¿Esa es tu religión? ¿Toda tu religión?

Se encoge de hombros.

—Es lo único que tengo, Ny'laea. Y ya me tiene bastante ocupada.

Recuerdo a Bleddyn cuidando de los refugiados smaragdalfar en Verpacia, la mayoría eran niños. Lo delicada que era con ellos. Y ahora está en oriente ayudando a personas enfermas, como la familia de Nym'ellia, a cruzar la frontera para que puedan acceder a los medicamentos y cuidados necesarios. Y entonces me doy cuenta de que Bleddyn, a pesar de toda su confusión y su aspereza, es una persona profundamente admirable.

—Es una buena religión —le digo avergonzada.
Se ríe.
—Pues creo que sí. Me parece que es una buena religión.
—Lo digo en serio.
Me mira a los ojos. Ahora se ha puesto más seria. Asiente.
—Quizá sea la única religión que valga la pena ahora mismo.

3

Ny’laea Shizorin
ELLOREN GREY

Voloi, Noilaan

Reino de Oriente

Un día para el Xishlon

—Bienvenida a Voloi —me dice Mora’lee con entusiasmo sirviéndome un cuenco de sopa.

—Gracias por ofrecerme trabajo —digo mirando con recelo los carteles de «se busca» que hay pegados al hostil ciruelo a su espalda, donde veo mi propia cara clavándome los ojos por encima del hombro de mi nueva jefa.

Le resta importancia a mi agradecimiento muy animada mientras deja en la mesa un juego de té decorado con lunas lavanda y, a continuación, nos sirve un té violeta que despide un vapor fragante.

—Me vendrá muy bien tener un poco más de ayuda —confiesa sonriéndome con cariño—. En especial con el festival de mañana.

—Mora todavía tiene que encontrar alguien a quien besar —dice Bleddyn haciendo ondear las cejas de forma sugestiva mientras mete la cuchara en la sopa—. Y yo sé de un joven smaragdalfar destinado en el puerto que se presentaría voluntario. ¿Cuántas tazas de té os habéis tomado ya?

Mora se ríe y se sonroja. Es evidente que esto de besar al melancólico profesor Hawkkyn, precisamente, y la referencia al té es una broma entre ellas. Me esfuerzo para no alzar una ceja.

—¿Cuándo va a venir? —pregunta Bleddyn, y yo me pongo tensa al darme cuenta de que está indagando por mí.

—No vendrá hasta mañana por la tarde —responde Mora’lee

sonriendo para sí; parece un poco nerviosa. A continuación me sonríe haciendo un evidente esfuerzo por recomponerse—. ¿Se te da bien hacer pastelillos, Ny'laea?

Asiento con la sensación de que todo aquello es completamente disparatado.

—Tengo bastante experiencia en la cocina.

«Y también asesinando escorpiones demoníacos, murciélagos fantasma y krakens.»

Me siento culpable al pensar en el trascendental secreto que le estamos ocultando a esta bondadosa mujer. «Solo será durante un día», me justifico algo incómoda.

—Tendremos mucha ayuda con los preparativos para el Xishlon —explica Mora contenta mirando hacia la puerta entornada de la cocina de la embarcación rúnica—. ¿Podremos contar contigo, Olilly?

Una ráfaga de tensión me recorre la espalda al ver a un escuadrón formado por seis vu trin que emerge de entre el tráfico de la calle y se interna en la terraza del restaurante. Y no son las vu trin habituales.

Son kin hoang, las guerreras ataviadas de gris. Las guerreras más mortales de las vu trin.

Se me altera el ánimo y me llevo la mano al cuchillo Ash'rion obligándome a respirar con tranquilidad justo cuando Olilly sale de la cocina. Bajo la vista y dejo que mi cabello gris se descuelgue creando una cortina delante de mi cara, consciente de que todavía están en la mesa esas figuritas de la Bruja Negra.

Olilly se para un momento para limpiarse la harina de las manos mientras las kin hoang avanzan; la que va en cabeza, que luce un corte de pelo agresivo y anguloso, nos mira con un brillo dorado en sus ojos de asesina.

Miro a Olilly un poco alterada.

«Si ella dice una sola palabra, se acabó.»

Es evidente que Olilly no me reconoce al verme, y enseguida desvía la vista preocupada hacia las guerreras. Bleddyn me mira con aspereza.

—Estamos buscando a Mora'lee Starr'lyrion —comenta sin preámbulos la asesina que abre la marcha.

Mora se endereza con la taza de té en la mano.

—Yo soy Mora'lee.

La asesina le clava su punzante mirada.

—Nos han informado de que estás dando cobijo a una gardneriana.

Aprieto un poco más la empuñadura del cuchillo y me preparo para salir corriendo.

Mora'lee frunce el ceño.

—Es mitad maga —reconoce alzando la barbilla con actitud desafiante.

Yo me siento muy confusa.

—Tenemos que hablar con la chica —insiste la guerrera.

Mora frunce el ceño, deja la tetera y se encamina hacia la pasarela exterior del buque. Se detiene ante una puerta que hay después de la cocina y llama a ella.

—¿Nym'ellia? —pregunta esforzándose por parecer serena—. Aquí hay unas guerreras que quieren hablar contigo.

«¿Nym'ellia?», pienso sorprendida. Bleddyn parece igual de perpleja.

Se abre la puerta y de la estancia sale la adolescente con la que crucé el bosque Dyoi. La joven abre los ojos alarmada cuando ve a las guerreras. Se vuelve y nuestras miradas se cruzan.

—¡Ny'laea! —jadea con evidente asombro.

Se me acelera el pulso cuando las guerreras me miran un instante, pero después vuelven a clavarle los ojos a Nym'ellia. Y yo me siento muy culpable al comprender algo: «Creen que ella es yo. Igual que las guerreras del bosque Dyoi».

—Nombre completo —le exige la guerrera al mando.

Nym'ellia mira a Mora'lee con miedo e inseguridad, pero ella le lanza una mirada tranquilizadora.

La joven traga saliva.

—Nym'ellia Elmyllyn.

La guerrera kin hoang observa con atención a Nym'ellia; no parece que se le escape ni un solo detalle. El pánico me asalta de nuevo. Nym'ellia parece haberse transformado. Ahora viste ropas smaragdalfar, las prendas están limpias y son del clásico color verde; y

lleva el pelo muy bien cepillado y trenzado. Doy por hecho que es cosa de Mora. «De esta mujer cuya vida estoy poniendo en peligro. Además de la de Nym'ellia.»

Me siento como si estuviera a punto de saltar por un acantilado y me preparo para proyectar una ráfaga de viento con mi cuchillo rezando para poder vencer a estas asesinas de élite. Pero entonces la hechicera principal parece asombrarse por algo.

—¿Qué les ha ocurrido a tus orejas? —le pregunta a Nym'ellia, cuyas puntas maltrechas asoman entre el pelo de la adolescente.

La joven esboza una mueca de rabia contenida.

—Se las recortaron —espeta Mora con los ojos en llamas.

La hechicera la examina con más atención, después frunce el ceño y niega con la cabeza. La peligrosa tensión que flotaba en el aire se disipa como cuando un grupo de combatientes baja las armas de pronto. Yo suspiro temblorosa sintiendo muchos remordimientos por haber puesto a Nym'ellia en esta situación. Otra vez.

La hechicera se vuelve hacia Mora'lee, parece haber perdido el interés por Nym'ellia.

—Estamos buscando a Elloren Gardner Grey.

Mora'lee se vuelve hacia los carteles de «se busca» que hay clavados en los furiosos árboles.

—Ya he visto los carteles —dice—. Pero Nym'ellia no es ella. Esta chica es mitad urisca, como podéis ver.

Olilly mira las puntas mutiladas de las orejas de Nym'ellia y a sus ojos asoma una expresión desolada.

—¿Tienes la documentación de la chica? —le pregunta la hechicera a Mora'lee.

Advierto que Zosh Lyyo está observando todo el proceso desde el otro lado de la calle como si fuera un halcón; a su lado, su hijo adolescente nos mira muy interesado.

—Claro —contesta Mora'lee con la suavidad de la mantequilla.

Se mete la mano en el bolsillo y saca unos documentos de identificación.

La kin hoang los examina a conciencia y después se los devuelve a Mora.

—Siento haberla molestado —dice, pero no parece que lo lamente en absoluto. Más bien parece alguien a quien le han escamoteado su auténtica presa. Yo.

—Os deseamos un feliz Xishlon —añade la hechicera de ojos dorados antes de darse media vuelta haciendo un gesto con la mano para animar a las demás a seguirla. Todas emprenden la marcha tras ella y se van.

Bleddyn y yo intercambiamos una mirada cargada de tensión. Y siento una repentina sensación de alivio cuando Nym'ellia corre hacia mí. La adolescente me pilla desprevenida cuando me rodea con sus brazos como si fuéramos un par de amigas que hace años que no se han visto.

—Pensaba que habías muerto —dice retirándose para mirarme con evidente alivio.

Su sincera confesión me provoca un súbito sentimiento de culpabilidad y agacho la cabeza para evitar la mirada de Olilly. La observo con el rabillo del ojo y noto un nudo en el estómago. Como le ha ocurrido a Nym'ellia, es una chica distinta. Viste una preciosa túnica lavanda del Xishlon del mismo tono que su piel, y la seda de la prenda lleva bordadas unas minúsculas flores lilas. Durante los últimos meses, le ha crecido un poco el pelo, y lo lleva decorado con pasadores de gemas violetas y una orquídea de color púrpura. Y en las orejas luce unos capuchones de plata que le devuelven sus elegantes puntas.

Al darme cuenta de que tal vez llame más la atención guardando silencio que contestando, intento mantener una conversación normal, aunque cambio mi tono de voz suavizándolo un poco.

—¿Cómo están tu madre y tu hermana? —le pregunto a Nym'ellia en urisco.

En los labios de la joven se dibuja una sonrisa vacilante y señala la puerta de la embarcación rúnica por la que ha salido.

—También están aquí. Un mago les dio unas medicinas cuando cruzamos la frontera ayer por la noche. Llevaba una araña tatuada en la cara. Y esta mañana se han despertado encontrándose un poco mejor. ¡Tibryl ya puede respirar hondo!

—Se están recuperando de la gripe —me aclara Mora sin necesidad —. Pero les han administrado tintura de norfure.

El pecho me estalla de la gratitud que siento tanto por Wrenfir, mi tío farmacéutico, como por Mora'lee, esa mujer tan bondadosa.

—Me alegro por vosotras, Nym'ellia —le digo tropezándome con la furtiva mirada de Bleddyn.

—¡Es una suerte que ya os conocierais! —nos dice Mora a Nym'ellia y a mí con una sonrisa radiante en los labios, pero entonces se le apaga el gesto cuando mira en la dirección por donde se han marchado las kin hoang—. Siento que las presentaciones hayan tenido que hacerse en estas circunstancias. —Se obliga a esbozar una pequeña sonrisa, como si tratara de desembarazarse de la tensión de todo lo ocurrido—. Olilly —dice con complicidad—, como ya has oído, estas son Ny'laea y Nym'ellia. Se unirán a nuestro pequeño grupo de descastados durante uno o dos días. —Nos guiña el ojo—. Quizá más, si ellas quieren.

Olilly me dedica una sonrisa acogedora, pero yo sigo con el corazón desbocado y mantengo la cabeza agachada.

—Pareces muy preparada para el Xishlon —le dice Bleddyn a Olilly muy contenta, en un evidente intento por desviar su atención.

Pero Olilly no muerde el anzuelo. Se acerca un poco más para poder verme mejor con una expresión compasiva en su precioso rostro.

—Bienvenida, Ny'laea. —Me tiende su elegante mano—. Me alegro de…

Palidezco al ver la cara que pone al reconocerme. Me empapa un sudor frío. Olilly tiene mi destino en sus manos.

Mora'lee nos lanza una mirada perspicaz.

—¿Vosotras también os conocéis?

Olilly asiente sin dejar de mirarme fijamente.

—Sí —dice mientras adopta una expresión más natural—. ¿Te… te acuerdas de mí, Ny'laea?

«Bum, bum, bum», mi corazón late con fuerza.

—Sí, emm…, estabas en Verpacia. Yo trabajaba en la ciudad. Y tú estabas en las cocinas de la universidad, ¿verdad?

—Exacto —responde Olilly asintiendo con complicidad—. Me… me

alegro mucho de trabajar contigo.

Se vuelve hacia Mora'lee y le dedica una sonrisa contenida.

Mora'lee alterna la mirada entre Olilly y yo, alza una ceja percibiendo la evidente tensión, pero suspira con fuerza y suaviza la expresión de su cara.

—Muy bien —dice recuperando la sonrisa al volverse hacia Olilly—. Espero que ayudes a Ny'laea a instalarse mientras Nym y yo vamos a llevar un poco de té a su familia.

Olilly asiente con fingido entusiasmo.

—Con mucho gusto.

—Estupendo —responde Mora'lee, dedicándonos a todas otra sonrisa alentadora pero curiosa antes de marcharse con Nym'ellia, que mira con una sonrisa agradecida antes de meterse en la cocina. Entonces miro a Olilly con el pulso acelerado.

—Olilly —dice Bleddyn con un tono grave y suplicante.

Olilly levanta la mano y se quita la orquídea del pelo. Deja la flor ante mí con una evidente gratitud brillando en sus ojos.

—Jamás olvidaré lo que Tierney y tú hicisteis por nosotras —me dice con la voz ronca y cargada de emoción—. Ni mi hermana tampoco. Jamás olvidaré que tú nos ayudaste a llegar hasta aquí. Jamás.

Alargo el brazo y le estrecho la mano conmovida por la intensidad de su gratitud.

—Gracias —jadeo.

—¡Kir Lyyo! —aúlla el odioso hombre del lado opuesto de la calle, y Olilly se sobresalta y separa la mano de la mía.

Cuando nos giramos todas, vemos al adolescente del restaurante mirando hacia nosotras. Embobado con Olilly.

—¡Kirin, te estoy hablando! —atrona el hombre.

Y es como si se rompiera el hechizo: el chico se vuelve hacia el hombre enfadado. Zosh Lyyo lo fulmina con la mirada y gesticula exageradamente en dirección a una de las mesas.

—¿No ves que hay clientes? —le grita.

Kir Lyyo asiente.

—Sí, padre.

Vuelve a concentrarse en el trabajo y se pone a limpiar una mesa, pero, en cuanto su padre se ocupa en servir té a una pareja noi, el chico vuelve a mirar a Olilly con una sonrisa vergonzosa, y advierto que ella le devuelve el gesto con timidez, cosa que no escapa a la atención de Zosh Lyyo. El tipo nos fulmina a todas con la mirada justo cuando Mora'lee y Nym'ellia salen de la cocina, y la patrona lleva un juego de té en sus hábiles manos.

La visión de la alegre Mora'lee parece potenciar la rabia de Zosh Lyyo.

—¿Ahora acoges gardnerianos? —retumba su voz desde el otro lado de la calle.

Mora se queda como paralizada.

—Padre —protesta Kir Lyyo con nerviosismo.

Zosh Lyyo sale del restaurante y se acerca a la verja con filigranas de Mora. La mira con rabia.

—¿Ahora tienes cucarachas? —pregunta clavándole sus pálidos ojos marrones.

Yo me enciendo en favor de Nym'ellia.

Mora deja la bandeja del té en la mesa con mucha serenidad y se coloca delante de Nym'ellia. Se queda mirando al hombre y entorna sus ojos plateados.

—Ven conmigo —le propone Olilly a Nym'ellia con amabilidad. La chica se ha quedado sin saber qué hacer y está mirando a Zosh Lyyo muy conmocionada.

—Marchaos —les dice Mora a Olilly y Nym'ellia señalando la embarcación que tienen a la espalda sin siquiera mirarlas, pues sigue clavándole los ojos a Zosh Lyyo.

Olilly anima a Nym'ellia para que empiece a andar, y ambas desaparecen en el interior de la cocina llevándose con ellas a la pequeña niña urisca de ojos azules, que ha estado observando la escena aterrorizada.

Mora'lee se acerca a Zosh Lyyo y yo casi puedo sentir las chispas que chocan en el aire.

—Vete. De. Mi. Restaurante —espeta apretando los dientes. Los clientes de ambos establecimientos se han quedado mudos, incluso el

tráfico de la calle parece haberse detenido.

—Pienso informar al cónclave de que estás acogiendo magos —le ruge Zosh Lyyo sin inmutarse por la intimidante presencia de Mora'lee —. No me cabe duda de que estarán interesados en venir a comprobar de nuevo que los documentos de ese cuervo estén en orden.

—Adelante —lo desafía Mora'lee.

Se dan media vuelta y se marchan airados en direcciones opuestas, dejando sendos rastros de furia a su paso, y yo no puedo evitar recordar los carteles que he visto diseminados por toda la ciudad, idénticos al que tiene ese tipo en su establecimiento: «NOILAAN PARA LOS NOI». Miro a Bleddyn, cada vez más preocupada por Nym'ellia.

—No le hagas ni caso a ese imbécil —susurra Bleddyn mirándolo con resentimiento—. Los documentos de identidad de Jules son, y perdona la expresión, a prueba de bomba.

Intercambiamos una mirada de serena intensidad conscientes de que acabo de salvarme por los pelos. Mientras las sienes me palpitan a causa del estrés, echo una distraída mirada a la comida.

—Come —me anima Bleddyn—. Necesitamos que estés fuerte y sana.

Como sé que debo fingir tranquilidad, cojo uno de los desconocidos utensilios en forma de uve que deben de utilizar los smaragdalfar para comer.

—Bleddyn —digo mientras toco las cosas alargadas que hay en mi cuenco contenta de tener una distracción—. ¿Qué diantre es esto?

—Son nu'duls. Están hechos de arroz. Son como panes largos. — Señala la cosa que parece un cangrejo y los huevos circulares que flotan por encima de los nu'duls—. Y eso son patas y huevos de araña de las cuevas.

—Oh, no —protesto con repugnancia.

Bleddyn pincha un huevo y se lo mete en la boca.

—¿No era que habías matado unos cuantos escorpiones? —me desafía en voz baja—. ¿Y también krakens? ¿Eres la gran bruja de la profecía y tienes miedo de la comida?

Me la quedo mirando y vuelvo a tomar conciencia de la inmensidad de mi situación al notar el continuo zumbido iracundo de los árboles.

Antes de poder pensarlo mucho, me meto un huevo de araña en la boca, asombrada del sabroso sabor salado que tiene.

—Vale —admito empezando a comer—. Está bueno.

Bleddyn sonríe y empieza a devorar su propia comida.

—¿Cómo está la pequeña Fern? —pregunto obligándome a conversar mientras nos enfrascamos en la desconcertante pero necesaria farsa de una agradable comida del Reino de Oriente.

A lo largo de estos últimos meses, me he preguntado muchas veces cómo le estarían yendo las cosas a la nieta de Fernyllia Hawthorne, la de las cocinas de la universidad. Todavía recuerdo que Fernyllia les pidió a Bleddyn y a Iris que se llevaran a Fern a oriente y cuidaran de ella.

También siento una punzada de dolor al recordar cómo la heroica Fernyllia dio su vida para que muchos otros pudieran escapar a oriente, incluyendo a mis hermanos, Diana y Jarod. Y cómo sus acciones, haciendo las veces de prisionera de la universidad, nos protegieron a mí y a Tierney.

—Fern vive en las minas de oriente —me explica Bleddyn poniéndose seria—. Sagellyn y Ra'Ven Za'Nor la han adoptado.

Alzo las cejas asombrada mientras Bleddyn suspira y toma un sorbo de té.

—Añora a Fernyllia —reconoce mirándome con tristeza—. Pero está bastante feliz. Y aquí está más segura. —Entorna los ojos y mira pensativa hacia el restaurante de enfrente, cuyas numerosas banderas noi ondean azotadas por la brisa—. Fernyllia se alegraría de saber que Fern está aquí —comenta con tono reflexivo y la voz ronca—. A pesar de los problemas.

Se vuelve de nuevo hacia mí con lágrimas en sus ojos esmeralda, y recuerdo lo unida que Bleddyn estaba con Fernyllia.

—Pues creo que debemos brindar por Fernyllia —digo levantando un poco la taza de té—. Creo… creo que le habría gustado esto. —Hago un gesto señalándonos a ambas—. Tú y yo. Aquí sentadas…

—¿Preparándonos para hacer añicos a Vogel cueste lo que cueste? —me interrumpe soltando una abierta carcajada; la emoción tiñe su irreverente voz.

Asiento y sonrío un poco con la emoción en la cara.

—Sí. Eso. Juntas.

Bleddyn levanta la taza.

—Por Fernyllia. Como homenaje…

Se le apaga la voz, niega con la cabeza y deja de hablar, aunque daba la impresión de que fuera a decir muchas más cosas.

Hacemos chocar las tazas y Bleddyn se limpia una lágrima con rudeza y toma un sorbo de té. Sonríe mirándome con los ojos entornados y vuelve a alzar la taza.

—Y por ti, Ny'laea.

Deja la taza de té en la mesa, coge la figurita de la Bruja Negra y desata el pequeño mazo que lleva colgando. A continuación coloca la figurita de lado y yo me estremezco cuando la golpea con el martillito. Se me acelera el corazón cuando veo mi cara en miniatura reducida a esquirlas de madera, dejando entrever el premio escondido en su interior.

Bleddyn coge el diminuto colgante en forma de pájaro blanco que reluce entre las esquirlas de madera. Me lo tiende y señala mi figurita de la Bruja Negra.

—Será mejor que le aplastes la cabeza a esa bruja, Ny'laea. Vas a necesitar toda la suerte que puedas conseguir.

Miro la malvada estatuilla y después observo mis marcas de compromiso ocultas bajo el glamour. «Pronto —me recuerdo dolida de nuevo por Lukas—. Tu poder será liberado dentro de unas horas. De momento debes esperar y sobrevivir.

»Y después podrás cruzar ese portal con destino a occidente. Y luchar hasta llegar a Lukas.»

Movida por una seria resolución, cojo la figurita de la Bruja Negra y desato el mazo.

4

Comprometido con una bruja
LUKAS GREY

Colmena oscura

Un día para el Xishlon

«Elloren.»

El nombre resuena en los confines de su mente mientras Lukas ve cómo Vogel se acerca a los oscuros barrotes de su celda. El deseo de liberarse y encontrarla lo consume. Le clava los ojos al sacerdote y se le eriza el vello de la nuca al advertir el cambio en el atuendo de Vogel, que lleva prendas militares negras en lugar de la acostumbrada túnica propia de un sacerdote mago.

—¿Te han expulsado del sacerdocio? —le provoca Lukas cuando Vogel se detiene al otro lado de los barrotes ondulantes de la celda con ese búho con una docena de ojos posado en el hombro y seguido de un contingente de soldados magos con seis ojos.

Vogel esboza una sonrisa.

—Esta mañana he renunciado a mi llamada sagrada.

Lukas se alarma, pero se obliga a sonreír con los labios hinchados a causa de la última paliza.

—¿El Reino Mágico ya se ha dado cuenta de la clase de demonio que eres?

Algo letal brilla en los pálidos ojos de Vogel.

—Atadlo —ordena.

Los magos alzan las varitas y Lukas recibe el impacto de una red de sombras que lo tira al suelo y lo inmoviliza con los brazos extendidos. Con la respiración acelerada, Lukas fulmina a Vogel con la mirada.

El sacerdote cruza los barrotes de sombras de la celda y, con mucha

elegancia, hinca una rodilla en el suelo al lado de Lukas. Ladea la cabeza mientras lo observa.

—Existen otras llamadas igual de importantes que el bendito sacerdocio.

—Desátame y dame una varita —ruge Lukas—. Y te enseñaré la mía.

Vogel entorna los ojos.

—Tú mancillaste a mi Bruja Negra.

Lo dice con despreocupación, pero Lukas percibe el tono posesivo en su voz.

—Es mi Bruja Negra —le espeta Lukas enseñándole los dientes.

—Es la Bruja Negra del Reino Mágico —le responde Vogel—. Y tú conseguiste que diera la espalda a su verdadera llamada. —Adopta una expresión inquietantemente serena y empieza a deslizar la varita por las marcas de compromiso que Lukas tiene en la palma de la mano. Él se estremece al sentir el contacto, que deja a su paso un gélido resquemor—. Por eso el Gran Ancestro me ha elegido a mí para que rectifique este error.

Vogel entona un hechizo completamente desconocido para Lukas y las marcas de compromiso empiezan a teñirse de gris.

Lukas siente una oleada de pánico que le recorre toda la espalda.

—¿Qué estás haciendo?

Se maldice por dejar entrever su desesperación, pues al rostro de Vogel asoma una expresión complacida.

—Continuar con el proceso —responde mientras sigue resiguiendo las marcas de compromiso—. Voy a devolverle la pureza.

Lukas siente muchísimo miedo por Elloren y tensa los músculos exhalando el aire con fuerza y proyectando hasta la última gota de su poder mágico hacia la varita de Vogel. Sus marcas de compromiso emiten un brillo rojo y el humo que emana de la varita de Vogel se tiñe de un destello carmesí antes de desaparecer.

A los ojos de Vogel asoma una ira plateada. Alza la varita y la apunta directamente al pecho de Lukas.

El mago siente el impacto de una ráfaga de sombras y un asomo de dolor le recorre las líneas; se le escapa un grito gutural y su cuerpo se

convulsiona. De pronto lo ve todo gris y vuelve a alarmarse.

—Muy pronto conseguiré controlar tu mente —lo amenaza Vogel volviendo a posar la punta de la varita en las marcas de compromiso de Lukas mientras el brillo rojo se torna gris—. Y también estoy empezando a acceder a la de ella. Sé que intentaste avisarla en un sueño. Después de intentar seducirla.

—Será mejor que me mantengas despierto —sisea Lukas—. Porque volveré a hacerlo.

El sacerdote esboza una ligera sonrisa.

—De momento, yo seré el único que aparezca en sus sueños.

La rabia de Lukas estalla. Se tensa de pies a cabeza.

—Si la tocas te mataré. Y si no lo hago yo, lo hará ella. No tienes ni idea de a qué te enfrentas.

—Oh, sé exactamente a lo que me enfrento —responde Vogel con aspereza—. Ahora ha huido al Reino de Oriente. Se ha escondido de mí y de esas impías vu trin. Es incapaz de acceder a su poder. Pero pronto lo liberará. Está esperando que suceda. —Sonríe con frialdad —. Y yo también. —Vogel murmura un hechizo mientras Lukas intenta en vano liberar su mano derecha y las sombras se deslizan por sus marcas de compromiso—. Tiene pensado rastrearte mediante sus marcas —comenta repasándole las marcas negras—. Cree que está enamorada de ti. —Lo mira a los ojos—. De ti y de ese ícaro.

Lukas lo fulmina con la mirada, pero se niega a entrar al trapo. Le hiere oír hablar del amor que Elloren siente por Yvan. Pero esos celos… no son más que ascuas comparado con lo que siente por ella.

«No vengas a buscarme, Elloren —ruge con rabia a través de la conexión de las marcas—. Te está esperando.»

—La subyugaré —continúa diciendo Vogel con serenidad mientras Lukas se imagina atravesando la garganta del sacerdote con su varita negra—. Y después la ataré y la purificaré.

Vogel murmura otro hechizo acercando la varita al centro de la palma de Lukas.

El joven ruge empapado en sudor mientras unos esbeltos árboles de sombras brotan de las palmas de sus manos provocándole una agónica acometida de dolor al clavarle las raíces en las venas; de ellas brotan

tirabuzones de sombras.

«Elloren…», jadea Lukas con la sensación de estar a punto de desplomarse por el abismo. Ante sus ojos aparece un parpadeo que lo tiñe todo de un gris más oscuro.

Vogel envaina la varita y coloca las palmas de las manos sobre los árboles. Esboza una sonrisa fascinada cuando las ondulantes copas le rozan la piel. Las ramas de humo se le enroscan en las manos y le hacen sonreír con más ganas. Lukas se interna más y más en el vacío, llamando mentalmente a Elloren una y otra vez mientras el pájaro de los cien ojos observa y espera.

5

Pesadilla
ELLOREN GREY

Voloi, Noilaan

Reino de Oriente

La noche anterior al Xishlon

La cocina de la embarcación rúnica es un mundo púrpura.

Una guirnalda de esferas rúnicas decoradas con flores violeta proyecta un brillo púrpura en el estrecho espacio mientras yo espolvoreo cristales de azúcar lila por encima de las tradicionales galletas en forma de corazón para el festival de mañana; estoy tensa e intranquila.

«Entretente con algo —me digo—. Tus aliados vendrán a buscarte muy pronto.»

Junto a mí hay una enorme olla de cobre donde hierven a fuego lento un montón de pétalos de flores lila iridiscentes para preparar más té de rosas del Xishlon; el aroma floral flota en el ambiente y el vapor es de un violeta etéreo.

Miro nerviosa por la puerta entreabierta, por donde veo el muelle, y oteo el oscuro río Vo en busca del posible tráfico aéreo que pueda venir hacia mí. A continuación me vuelvo y miro por el ventanuco de estribor, que está cerrado ya preparado para la noche, en busca de posibles amigos o familiares que pudieran acercarse a pie. En la carretera principal han colgado esferas rúnicas decoradas con corazones y flores que salpican los ciruelos de hojas lila y los perales silvestres, proyectando un delicado brillo lavanda en el tráfico de la calle.

A babor se oye el tintineo de la porcelana y me vuelvo hacia el

sonido. Por la puerta entornada veo la mitad de la figura de Mora'lee; se sirve un té y a continuación se apoya en la barandilla para tomárselo con un libro encuadernado en piel verde en la mano. Parece perdida en sus pensamientos. De la taza asciende un brillante vapor violeta, y el efecto crea una preciosa imagen melancólica recortada contra el telón negro de la noche.

Me froto los ojos cansados y me acerco a la olla para remover el té de flores, pero entonces noto una intensa acometida de dolor que me inmoviliza ambas manos. Se me separan los dedos y se me cae la cuchara de madera. Me asalta una angustiosa alarma. Extiendo las palmas de las manos al tiempo que veo unos destellos plateados ante los ojos y siento un ramalazo que arde por mis marcas de compromiso. Cierro los puños asustada y la sensación disminuye enseguida, y después desaparece. «¿Qué clase de magia es esta?»

—Hola, Fee —dice Mora, y yo me quedo inmóvil con el corazón acelerado.

Una grave voz masculina que me resulta familiar le dice algo a Mora en un idioma que parece un dialecto smaragdalfar que mi runa koi'lon no acaba de traducir del todo. Solo consigo distinguir las palabras «noches» y «té».

Alarmada, miro por la puerta entreabierta y se me hace un nudo en el estómago. Fyon Hawkyyn, mi profesor de metalurgia de la Universidad de Verpax, está al lado de Mora, y va vestido con las tradicionales prendas verdes propias de los elfos de las minas.

No tengo forma de escapar, así que me quedo allí de pie mientras Mora le sirve una taza de té al profesor Hawkyyn con expresión de suma trascendencia, y él la acepta con mucha seriedad sin despegar de ella sus ojos plateados. Mora parece presa de la expectativa y lo observa mientras él toma un sorbo con el rostro iluminado por el brillante vapor violeta. Entonces él deja la taza y se miran a los ojos.

—Ya van treinta tazas de té, Fyon —le dice Mora casi sin aliento alzando el libro verde que tiene en la mano.

Al profesor Hawkkyn parecen arderle los ojos cuando se acerca a ella y le habla con la voz teñida por la pasión.

—Mora'lee Starr'lyrion, quiero cortejarte. No puedo dejar de pensar

en ti. Tú consumes mis noches.

Mora'lee abre los ojos sorprendida al tiempo que yo también abro los míos.

—Cielos, Fee.

«Santo Gran Ancestro de los cielos —pienso presa de un asombro que se ha abierto paso entre mi agitación—. El severo y reservado profesor Hawkyyn… es un romántico.»

—Te adoro, Mora. —Tiene la voz ronca, como un hombre torturado por un amor tan intenso que lleva demasiadas noches sin dormir—. Daría lo que fuera por besarte…, por abrazarte.

Mora suspira algo temblorosa y la tensión le tiñe la voz:

—Fyon, aclaremos esto antes de que sigas hablando. Tú vives por las minas. Yo vivo por el cielo.

—No deseo alejarte de las cosas que amas —confiesa el profesor Hawkkyn manteniendo una distancia respetuosa, aunque da la impresión de que si ella se lo permitiera él la cogería en brazos y se la llevaría.

Se miran el uno al otro durante unos segundos. Mora está apoyada en la barandilla metálica de la embarcación de espaldas al imponente acantilado de la montaña.

—Entonces ¿no sientes nada por mí, Mora? —pregunta con delicadeza el profesor Hawkkyn como si se estuviera esforzando por contener una vasta oleada de emociones.

Mora se queda muy quieta.

—Eres el hombre más valiente que he conocido, Fyon.

Él aguarda, pero solo se hace el silencio, y el aire entre ellos parece calentarse.

—Mora —jadea el profesor Hawkyyn—. Sé quién eres. Y quiero cortejarte.

Mora hace un ruidito de emoción y en sus labios se dibuja una sonrisa temblorosa.

—Pues es un alivio, Fee. Porque yo no puedo dejar de pensar en lo que sentiría si te besara.

Fyon Hawkkyn abre sus ojos plateados de par en par y se le entreabren los labios presa de un evidente asombro. Y entonces esboza

una gran sonrisa y se echa a reír.

Me doy cuenta de que cuando ríe es bastante atractivo. Durante todo el tiempo que fue mi profesor, raramente le vi sonreír, y jamás como lo está haciendo ahora. Mora se sienta sobre la barandilla y deja colgar las piernas dedicándole una deslumbrante sonrisa y adoptando una expresión traviesa.

—Entonces ¿puedo llevarte a los jardines esta noche? —pregunta él como si ambos estuvieran deslumbrados y dominados por la emoción.

—No, Fee —le contesta ella con un tono sensual—. Esta noche no. Tengo que vigilar a las niñas. Pero puedes llevarme mañana por la noche, durante el Xishlon, cuando un primer beso es una bendición xish'nir especial.

El profesor Hawkkyn traga saliva.

—Y entonces ¿me besarás?

—Oh, Fee —dice Mora bajando la voz hasta adoptar un registro más íntimo—. Te besaré muchísimas veces.

El profesor vuelve a reírse sin dejar de mirar a Mora'lee, parpadeando, como si no terminara de creerlo.

—Te besaría ahora mismo, Mora —afirma sin aliento.

—Y sería maravilloso, Fee —dice ella—. Pero demorar el placer puede resultar muy gratificante. Y llegamos justo a tiempo de recibir la bendición xish'nir de Vo. Bésame mañana por la noche en la arboleda de glicinias del jardín Voling. Hace mucho tiempo que somos amigos. —Se encoge de hombros y se muerde el labio, presa de una deliciosa expectativa—. Mañana por la noche comprobaremos si también nos gustamos en ese sentido.

El profesor Hawkyyn le tiende la mano y, al aceptarla, Mora'lee se pone seria, casi tímida. Baja de la barandilla y en sus ojos arde una intensidad idéntica a la que anida en los de él. El profesor se lleva la mano de Mora a los labios y, sin dejar de mirarla, le besa el dorso.

Yo retrocedo unos pasos abrumada por estar presenciando ese momento tan íntimo entre ellos, incluso mientras peleo contra la posibilidad de que el profesor Hawkyyn pueda encontrarme.

«No va a entrar aquí —me tranquilizo—. ¿Por qué iba a hacerlo? No ha entrado por aquí.»

—Deberías marcharte, Fyon —le dice Mora con delicadeza—. Porque si te quedas aquí mucho más tiempo, no seré capaz de resistirme a besarte. Ven a buscarme mañana, cuando cerremos. —Sonríe y se le ilumina la cara. Cuando él le suelta la mano, ella recupera su entusiasmo juguetón mientras se dirige a proa. Se para un momento y lo mira con un acalorado afecto—. Ve a dormir un poco, Fee. Yo tengo que ocuparme de mis pasajeras. No necesitas que brille la luna sobre mí. Siempre me has gustado.

Y entonces da media vuelta y se marcha.

El profesor Hawkkyn se la queda mirando como si fuera un hombre conmocionado. Un hombre que ha conseguido escapar de las minas alfsigroth y del Reino de Occidente, que ha pasado por solo el Gran Ancestro sabe cuántas cosas para ayudar a tantos otros a llegar hasta aquí, y que de pronto se descubre ante la puerta de lo que siempre ha soñado. Mira a su alrededor y parpadea como si por un momento se hubiera desorientado. Y entonces se dirige directamente hacia mí.

Yo reculo a toda prisa y desenvaino el cuchillo Ash'rion justo cuando la puerta de la cocina se abre y ambos nos quedamos de piedra. Durante unos segundos solo nos miramos fijamente. Él entorna los ojos y después maldice entre dientes en el idioma smaragdalfarin.

—Hola, profesor Hawkkyn —le digo apuntándolo con el cuchillo.

Me fulmina con los ojos en llamas y abre la palma de la mano, donde lleva una runa huarga.

El cuchillo sale despedido de mi mano y vuela directamente hacia la suya. Lo empuña con fuerza y da un paso hacia mí.

—¿Qué estás haciendo en la embarcación de Mora?

—Esconderme —jadeo con la sensación de que el suelo del barco está resquebrajándose a mis pies. Alzo una mano con actitud suplicante y el pulso acelerado—. Profesor Hawkkyn —le ruego—, he venido a luchar por el Reino de Oriente. Vogel puede destruir las runas.

Se pone tenso, presa de una aparente sorpresa.

—Aclara eso —exige, y yo advierto que he captado su atención.

—Vogel tiene un arma, una varita negra. Y podrá destruir la cúpula protectora de Noilaan con su magia. Además de conseguir que las

armas de las vu trin sean completamente inútiles. Es posible que las runas huargas, como las que tú sabes hacer, sean las únicas capaces de detenerlo.

Espero a que el golpe impacte en el objetivo.

—¿Cómo sabes todo esto? —me pregunta.

Me explayo en mi apasionada defensa, le detallo el ataque de Vogel en el desierto, cómo escapé a través del portal de Chi Nam. El poder de la varita negra.

—¿Chi Nam ha muerto? —pregunta con evidente asombro.

Asiento y me pongo tensa de la angustia.

Él suelta otra serie de maldiciones en smaragdalfar y, a continuación, vuelve a mirarme con fuego en sus ojos plateados.

—No voy a delatarte, Elloren —dice—. Pero no puedes esconderte aquí. Te están buscando.

De pronto me siento acorralada.

—¿Te refieres a todo el mundo? ¿Tanto en el Reino de Oriente como en el de Occidente? Sí. Soy bastante consciente de ello.

Nos quedamos mirando el uno al otro.

—Eres la Bruja Negra de verdad —apunta maravillado.

Suspiro. «No hay duda de que he dejado huella en esta maravillosa velada.»

—En realidad soy peor de lo que fue ella. Mucho peor. Pero no puedo controlar mi poder. Los árboles lo han bloqueado. Así que ellos están buscando la forma de solucionarlo.

—¿Ellos?

—La Resistencia. Bueno, la pequeña parte de ella que no quiere destruirme. Es una parte muy pequeña. Familiares, básicamente.

Aprieta los labios.

—¿Mora sabe quién eres?

Me pongo tensa.

—No.

A su anguloso rostro asoma un evidente enfado.

—¿Te has puesto en contacto con Jules Kristian?

Niego con la cabeza.

—Indirectamente. Mis aliados vendrán a buscarme en cuanto

puedan.

—Tenemos que esconderte en otro sitio —insiste—. No puedes estar aquí. No puedes poner a Mora en peligro.

—¿Por qué estoy en peligro, Fee?

Los dos nos sobresaltamos y nos damos media vuelta cuando la puerta se abre.

Mora aguarda en el umbral y nos mira con fijeza. Y cuando formula la pregunta, la desenfadada y bondadosa Mora se esfuma y exige:

—Explícame qué está pasando.

—Así que tengo a la Bruja Negra en mi barco.

Mora adopta un tono duro, preocupada, sin duda, por las posibles consecuencias de la situación. Las consecuencias que puedo provocar yo.

Un tenso silencio se adueña de la cocina. Ahora las dos puertas están bien cerradas. El profesor Hawkyyn está apoyado en un mostrador y tiene los brazos cruzados y una expresión seria en el rostro. Mora se ha sentado en la mesa de preparaciones, justo delante de mí, y me mira con la misma ferocidad que el profesor Hawkkyn. Me asombra descubrir lo amenazadores que son los dos.

—Vogel es capaz de desmantelar runas militares —dice Mora'lee; más que una pregunta es una afirmación teñida de pánico.

Asiento consciente del fatídico peso que conlleva lo que acaba de decir.

El profesor Hawkkyn mira a Mora.

—Al hacernos llegar esta información, es posible que Elloren haya salvado a todo el Reino de Oriente. Tienen el tiempo justo para fortalecer la frontera rúnica y sus armas con protección huarga antes de que lleguen las fuerzas de Vogel.

Mora no deja de mirarme con rabia.

—Bleddyn debería haberme dicho quién eres. Y tú también.

Cuando le contesto, el remordimiento me apaga la voz.

—Pensó que sería más seguro para ti no saber…

—No —me interrumpe con aspereza—. Ambas deberíais habérmelo dicho. Aquí hay niñas.

Asiento avergonzada.

—Tienes razón. Lo siento.

—Hay niñas en todo el reino —le recuerda el profesor Hawkkyn con delicadeza.

Mora le mira fijamente y después me clava los ojos como si estuviera atrapada dudando entre el valor y la indecisión.

—Tú ayudaste a la hermana de Nym'ellia y a su madre. Ayudaste a Olilly y a su hermana a salir de Verpacia. Y a Bleddyn también.

Se me corta la respiración mientras ella me evalúa en silencio.

—Sí —admito.

Me lanza una mirada cargada de astucia.

—Ahora yo te ayudaré a ti, Elloren Gardner Grey. Pienso que has demostrado tu lealtad a nuestro bando, a pesar de las profecías que te atribuyen.

—Las profecías están plagadas de prejuicios —insisto cada vez más enfadada con el bosque—. Se basan en la adivinación de los árboles. Y los árboles me odian.

Mora y el profesor Hawkyyn alzan las cejas.

—Voy a buscar a Jules —le dice el profesor Hawkyyn a Mora—. Hay que cambiarla de sitio.

—Lo más probable es que de momento esté a salvo con este glamour —señala Mora.

—De momento —recela él como si con «momento» quisiera referirse a un «segundo». O un microsegundo.

Mora asiente y vuelve a mirarme.

—Ve al dormitorio que te he asignado y quédate allí. Nosotros vendremos a buscarte.

Contemplo el río desde la ventana circular de mi habitación. La estancia está empapada de la tenue luz verde que brota de un candil rúnico smaragdalfar y las runas huargas de las paredes. Tumbada en la estrecha cama pegada a la pared, me asomo a la ventana pegando la mejilla al cálido cristal, y aguardo sin dejar de pensar en Lukas e Yvan víctima de una añoranza imposible de reprimir. Los dos están ahí fuera, en alguna parte…

El cansancio nubla los puntitos de luz rúnica que flotan sobre el río. Soy incapaz de gestionar las emociones que me provoca todo lo que

siento por ellos, y me golpea una y otra vez. Los minutos van pasando y se funden hasta convertirse en lo que parecen horas; me pesan los párpados y se me cierran cuando el conflicto y la añoranza se hacen añicos a causa del cansancio, y yo me quedo dormida.

Al principio todo es denso y negro. Pero entonces el negro da paso a una bruma gris que se transforma y se retuerce en tirabuzones de sombras. Yo estoy en medio de todo, y los dedos de sombras se me enroscan en las piernas y en las armas. Y en mi varita.

Una figura emerge de la oscuridad fantasmagórica. Es un hombre encapuchado. Lleva la cabeza gacha y oscurecida por la bruma. Entonces levanta la cabeza lentamente y los pálidos ojos verdes de Vogel se clavan en los míos.

Retrocedo. El pánico me resbala por la espalda.

Vogel esboza una sonrisa serpentina y yo veo, petrificada por el miedo, cómo le aparece un tercer ojo en la frente, y a continuación otro en la sien, otro en la mejilla, y así un ojo tras otro, hasta que todo su cuello y su cabeza se han convertido en una masa grotesca de ojos que me miran muy vivaces.

Separa los labios, se le alargan los dientes y se abalanza sobre mí.

Grito al despertar y separo la mejilla de la ventana. Noto cómo el fuego ruge por mis líneas enredadas y mi varita vibra suavemente pegada a mi espinilla. Me duelen las manos, es como si alguien hubiera arrastrado un cuchillo por mis marcas de compromiso.

Bajo la vista y el miedo me atenaza. Mis marcas de compromiso se ven a simple vista, y ya no son negras. Ahora están hechas de tirabuzones de humo, y se enroscan a mi glamour como el vapor.

Jadeo con la garganta rasposa.

—No… Santo Ancestro, ayúdame…

El humo desaparece de golpe, igual que el dolor, pero el fuego de mis líneas aumenta y veo un brillo dorado que me succiona hacia sus llamas. Reconozco enseguida la cualidad dorada de esas llamas y me abruma un deseo tan intenso que lo siento arder en las costillas.

Fuego wyvern.

Y no tiene nada de difuso. No hay ninguna sensación de vasta

distancia que pueda alejar este fuego. Se abalanza sobre mí como un horno procedente del norte y me resulta tan familiar como mi propio corazón, como mis propias líneas. «Es el vínculo de fuego de Yvan. Santo Gran Ancestro.»

Me recorre un escalofrío.

«Está vivo.

»Y me ha encontrado.»

6

Fuego wyvern
ELLOREN GREY

Voloi, Noilaan

Reino de Oriente

La noche anterior al Xishlon

Salgo corriendo de la habitación sintiendo cómo el fuego wyvern me arde en las líneas.

El fuego de Yvan. Tan cerca.

«Está vivo, está vivo», pienso con cada latido de mi corazón.

Recorro las sombras de la embarcación y la vuelta en la proa mientras el aura de fuego se enrosca a mi alrededor como un lazo de lava, mucho más intenso que cualquier cosa que haya sentido por Yvan, incluso durante sus besos más apasionados.

—¿Dónde está la mujer elfhollen?

Me paro en seco al oír la áspera voz de esa mujer y me vuelvo hacia el grupo de guerreras vu trin que aguardan al otro lado de la calle acompañadas del restaurador Zosh Lyyo. Casi sin aliento a causa del ardiente calor de Yvan, me alejo de ellas protegiéndome bajo la oscuridad de los ciruelos. Los árboles enseguida desatan su ira.

«¡Bruja Negra!»

—Allí. —Zosh Lyyo señala con rabia la embarcación rúnica de Mora —. Ahí también hay una chica maga. Una bastarda con sangre urisca. La zorra de la madre se entregó a los cuervos.

—La mujer elfhollen a la que has denunciado —presiona la guerrera ignorando el resto de sus palabras— ¿cuándo ha llegado? Hemos organizado una búsqueda por toda la ciudad.

Se me acelera el pulso y empiezo a pensar en las posibles

consecuencias de aquello mientras noto cómo el tirón procedente del norte es cada vez más intenso.

—Ha llegado esta mañana —ruge Zosh Lyyo—. La ha traído una vu trin. Una mujer urisca con la piel verde, no era noi —puntualiza mirando a las tres guerreras con complicidad.

—¿Y esa mujer elfhollen sigue aquí?

El tipo asiente con entusiasmo.

—Ha estado aquí todo el día. Y esa bastarda maga también.

Me llevo la mano al cuchillo Ash'rion empujada por el instinto. Estas guerreras… No estarían buscando a una única mujer elfhollen entre todos los refugiados occidentales si no sospecharan quién soy.

El fuego de Yvan arde con más intensidad y mi mirada se viste de dorado mientras me asalta un feroz deseo de vivir y luchar. Reculo hasta la verja de Mora protegida por las sombras más oscuras de la calle justo cuando una de las vu trin grita:

—¡Alto!

Se me acelera el pulso y echo a correr mezclándome con la multitud de gente que avanza por la carretera del sexto nivel. No solo estoy desesperada por escapar, también por alejarlas de Mora y de las demás chicas que siguen a bordo de la embarcación. Voy esquivando peatones y carros cargados de mercancías de color púrpura, adentrándome en las calles abarrotadas y siguiendo el tirón de ese fuego del norte mientras, a mi espalda, oigo a las hechiceras aullando:

—¡Apartaos!

El calor de mi aura me envuelve de pies a cabeza. Me interno por una callejuela llena de gente; está decorada con varias hileras de esferas rúnicas que la engalanan como si fueran collares, y todo está envuelto de ese brillo púrpura sobrenatural. Acelero el paso y recorro una calle iluminada de luz púrpura tras otra, esquivando carros y peatones mientras los ciruelos y perales hostiles me proyectan su veneno y los gritos de las vu trin se apagan a lo lejos.

Con todos los sentidos en llamas, aminoro el paso y rodeo un grupo de jóvenes que ya van ataviados con sus mejores galas para el Xishlon. Me miran con curiosidad cuando paso corriendo a su lado. Casi todos llevan bordados de lunas y corazones lila, y los rostros maquillados

con un brillo iridiscente de color lavanda.

Mientras recupero el aliento voy zigzagueando por calles estrechas y callejones oscuros siguiendo la dirección de ese tirón de fuego envuelta en el sudor que me provoca su creciente intensidad. Finalmente, salgo de un callejón oscuro que desemboca en una amplia rambla en el borde de la colina.

Y me paro en seco.

Ante mí veo un grupo de guerreras que pasean despreocupadas junto a una barricada. Justo al otro lado, una hilera de runas azules del tamaño de ruedas de carro rotan suspendidas en el aire. Desde donde estoy, los rostros de las hechiceras se ven oscuros a causa de la luz de las runas, que se proyecta por detrás, y también de las capuchas negras que visten. Una de las guerreras alza una piedra de luz y proyecta su haz en mi dirección, envolviéndonos a las dos con su resplandor.

Me pongo tensa al encontrarme con los ojos de Quoi Zhon, una de las guerreras con las que crucé el desierto Agolith.

Una de las guerreras vu trin que intentaron matarme.

Los segundos gotean mientras Quoi Zhon agudiza la mirada y sus recuerdos se van poniendo en su sitio: «Si te reconoce a pesar del glamour, estás muerta. Date la vuelta muy despacio y márchate. Tú solo date la vuelta y vete».

Giro sobre mis talones con el corazón acelerado, agacho la cabeza y emprendo una controlada retirada rezando para que su recuerdo no cristalice.

—¡Alto! —me grita una voz dominante.

La palabra es como una flecha disparada directamente hacia mi nuca. Me echo a correr otra vez internándome en el siguiente callejón y oyendo cómo ella aúlla «Bruja Negra» a mi espalda. Me persiguen decenas de personas calzadas con botas; resbalo sobre los adoquines. Corro con todas mis fuerzas y apenas soy capaz de pensar debido al fuego que arde en mis costillas y el aura de fuego que me empaña la visión. Echo mano del entrenamiento de Lukas y Valasca, empuño el Ash'rion y deslizo los dedos por las runas de aire mientras murmuro un hechizo rúnico.

Un escalofrío gélido me recorre el cuerpo. Doblo la esquina, me interno por una callejuela a mi izquierda y oigo un zumbido a mi espalda. Sin aminorar el paso, me vuelvo para mirar por encima del hombro y veo que un montón de cuchillos de hielo que me acechan llegan por el aire, además de los destellos de varias estrellas de plata.

El pánico me atenaza y me interno en otro callejón. Las estrellas y los cuchillos impactan contra una pared que he dejado atrás y se me revuelve el estómago.

La callejuela por la que me he metido es demasiado larga. No conseguiré perderlas de vista.

El sabor metálico de la magia rúnica es cada vez más intenso. Lo noto en la base de la lengua. El corazón me late demasiado deprisa mientras el fuego wyvern de Yvan me llega y se interna en mis líneas.

«Enfréntate a ellas —me parece oír decir a Lukas y a Valasca—. No puedes despistarlas, así que ¡plántales cara!»

En mi interior despierta una fuerza animal. Entierro mi miedo, aprieto los dientes, me doy media vuelta y extiendo el brazo. Las translúcidas líneas verdes brotan de la varita y se dibujan con claridad en mi visión teñidas de fuego wyvern. Rujo con rabia, echo el brazo hacia delante y lanzo el cuchillo Ash'rion.

De la hoja brota una potente ráfaga de viento plateado que impacta en las guerreras, les arranca las armas de las manos y las clava contra la pared del edificio de detrás, donde se desploman rugiendo a causa del impacto.

Con la respiración entrecortada por el asombro, me presiono la runa de recuperación de la palma de la mano y el Ash'rion cruza el aire del callejón hasta regresar a mi mano. Me doy media vuelta con intención de echar a correr de nuevo, pero me quedo paralizada al ver el contingente de guerreras mucho más numeroso que me está esperando a la salida del callejón.

—¡Quédate donde estás! —me grita la guerrera que las dirige.

Me tambaleo hacia atrás mientras ellas corren hacia mí desenvainando sus espadas con un aterrador chirrido metálico. El fuego wyvern de mis líneas es abrasador. Estoy empapada en sudor y me esfuerzo por interpretar su poder y preparar un contraataque

mientras ellas convocan una avalancha de poder elemental.

Demasiado poder.

Mientras yo me doy cuenta, con una debilitante certidumbre, de que esto es el fin.

Entonces oigo el batir de unas poderosas alas sobre mi cabeza.

Miro hacia arriba y percibo una feroz ráfaga de fuego wyvern que desciende con un brillo intenso. Observo conmocionada cómo un ícaro desciende del cielo y aterriza colocándose de espaldas a mí; unos cuernos negros asoman por entre su pelo carmesí y tiene extendidas sus imponentes alas negras. Lleva el pecho descubierto y es espectacularmente musculoso; tiene la piel cubierta de brillantes runas de tonos zafiro y esmeralda.

«Santo Ancestro…»

El fuego arde ante mis ojos y oscurece su silueta mientras él extiende las palmas de las manos y dibuja unos círculos en el aire. De sus manos brotan dos tornados de llamas envueltos en humo y viento.

Extiende las palmas hacia delante y los tornados de fuego se abalanzan sobre las vu trin a ambos lados del callejón, impactan contra sus uniformes ignífugos y las hacen retroceder con una fuerza asombrosa. A continuación vuelve a extender las palmas de las manos y proyecta más llamas que forman dos barreras de fuego.

Y entonces se da media vuelta.

Yvan me clava sus ojos dorados y me envuelve con su avalancha de fuego.

—Yvan —jadeo, y todo se desvanece salvo él y su fuego.

Se le encienden los ojos y se acerca a mí. Me abraza y el calor de su vínculo de fuego se torna devastador.

No puedo reprimir un sollozo al sentirlo pegado a mí: cómo me rodea con sus fuertes brazos, su cálida y musculosa espalda bajo las palmas de mis manos, el roce de sus alas en los hombros, el fuerte latido de su corazón contra mi pecho, ese olor a hoguera que me resulta tan familiar.

—¡Agárrate fuerte a mí! —me ordena, y yo me emociono al oír el sonido de la querida voz de Yvan resonando en su pecho y advierto la añoranza que arde en mi interior mientras las llamas me empañan la

vista.

«Nos va a sacar de aquí volando», pienso presa de su abrumador hechizo.

Recuerdo las muchas dudas que tuve la última vez que necesité que me llevara, nerviosa por la escandalosa y prohibida intimidad que suponía rodear con los brazos y las piernas a un hombre con el que no estaba comprometida.

Pero ahora no vacilo ni un segundo.

Me agarro a los hombros de Yvan y él desliza sus calientes manos por debajo de mis muslos levantándome al mismo tiempo que yo le rodeo las caderas con las piernas. Y entonces agita las alas impulsándose.

Y nos elevamos hacia el cielo.

Ascendemos a tal velocidad que me quedo sin aliento. El sexto nivel de la ciudad se aleja y el mundo se inclina cuando Yvan vuela hacia el norte por encima del río. Mientras surcamos el aire noto el poderoso latido de su corazón pegado al mío, tengo la mejilla contra la cálida piel de su cuello, y el olor que desprende, como un fuego de medianoche, me atraviesa el corazón. Lo abrazo con más fuerza y se me saltan las lágrimas al fusionarme con su calor; y recuerdo que puede percibir mis emociones revueltas.

Planea por encima del río más rápido que un halcón. Las montañas que rodean el Vo se ven borrosas, y hemos dejado atrás las luces de la ciudad ahora que las cordilleras iluminadas por la luna nos flanquean.

De pronto vira hacia las cumbres de la cordillera Voloi y se adentra por una depresión rocosa girando las alas contra el aire. Aminoramos la velocidad y aterrizamos. Se le ve completamente iluminado por la luz plateada de la luna. Me suelta y yo resbalo por su cálido cuerpo.

Cuando poso los pies en el suelo de piedra a los ojos de Yvan asoma un brillo dorado y nos quedamos mirando durante un acalorado momento; el aire a nuestro alrededor se carga de tensión a causa de las llamas invisibles.

—Elloren.

Es como si se arrancara mi nombre de lo más profundo de la garganta. El amor que siente por mí me recorre como una ola. Me

abraza con fuerza, me pega la espalda a las rocas de la montaña y me besa muy impetuoso.

Nuestros fuegos colisionan y yo me derrito por dentro. El mundo se tiñe de tonos dorados cuando su arrollador vínculo wyvern me recorre de pies a cabeza, con tanto ardor que no puedo pensar, solo sentir su cuerpo rebosante de poder.

Jadeo y me pego a él mientras la pura emoción de sus llamas nos consume a los dos y nos besamos como si fuéramos a fusionarnos el uno con el otro. Le enredo los dedos en el pelo, mi fuego se abalanza sobre él y la inmensidad de la situación empieza a tomar forma mientras nos abrazamos con fuerza y nos besamos con desesperación.

Cuando todo el dolor por él que he reprimido se desata con violencia, se me escapa un sollozo y se me abre el corazón de par en par. Dejamos de besarnos y no puedo parar de llorar agarrada a sus musculosos brazos, asombrada de nuevo de que esté allí conmigo, tan sólido y real. Me pega la cabeza al hombro y respira hondo. Yo noto el calor de su cuello en la mejilla mientras percibo su fragancia masculina wyvern y, sin terminar de creer que esto sea real, deslizo las manos por su cálida espalda, sus musculosos brazos y las puntas de sus alas.

«Está vivo.»

Tengo la sensación de estar en un sueño imposible. Siento el impacto de una ola de turbación tras otra mezcladas con el abrumador resplandor de su fuego.

—Elloren. —Se le quiebra la voz al decir mi nombre con la boca pegada a mi nuca. Su preciosa y grave voz. La voz que pensaba que jamás volvería a oír—. Mi amor —murmura en un ardiente lasair acariciándome la piel con su cálido aliento. Cuando se retira, veo resbalar algunas lágrimas por su anguloso rostro, y en sus ojos anida una intensa emoción. Me pega los labios a la sien y respira hondo algo tembloroso—. Mi amor —repite otra vez en lasair—. Elloren, mi amor.

—Pensaba que habías muerto —consigo decir pegándome a él—. Me dijeron que habías muerto.

—Vogel estuvo a punto de matarme. —Tiene la voz entrecortada. Me acaricia el pelo con aspecto de estar muy asombrado, como si no

terminara de creer que soy real—. Mandó un asesino que colaboraba en secreto con las vu trin. Permitimos que Marvin, el asesino, me atacara hasta que pareciera que mi muerte era segura. Para engañar a Vogel y a ambos reinos. Para conseguirme el tiempo necesario para sobrevivir y entrenarme. —Pega la frente a la mía y respira con fuerza mientras nos estrechamos con más fuerza—. Me he curado —consigue decir—. Mis poderes de sanación han aumentado tanto como mi fuego.

Se retira unos centímetros y me coge la cara con ambas manos. La trascendencia del momento que estamos viviendo se refleja en su ardiente mirada.

Sollozo y levanto las manos para deslizar los dedos por su pelo escarlata y por sus orejas puntiagudas. Resigo sus pómulos cincelados. Los contornos de su amado rostro anguloso.

Cuando vuelve a hablar, su voz suena grave y ronca, y frunce el ceño, preocupado.

—Elloren…, ¿qué le ha pasado a tu fuego? Está alterado. Lo he sentido al besarte, pero no puedo acceder del todo a él.

Parpadeo, todavía obnubilada por la feroz bruma que nos envuelve, y el mundo que nos rodea empieza a reaparecer.

—Los árboles me atacaron —consigo explicarle tragándome las lágrimas—. Me han bloqueado el poder.

Yvan abre los ojos como platos y veo rugir el fuego en su interior. Ladea la cabeza y vuelve a pegar la frente a la mía. No puede contener las palabras:

—Vang Troi me dijo que probablemente estarías muerta. Yo sabía que no era cierto, porque lo habría percibido. Pero… no se lo dije. —A sus ojos asoma una tórrida llamarada cargada de rabia—. Percibí que habían empezado a considerarte el enemigo. Y entonces empecé a sentir que tu fuego se acercaba, pero no conseguía encontrarte. Incluso a pesar de sentir que estabas en peligro. —Sigue hablando alterado por un torrente de atormentadas y apasionadas emociones—. No he dejado de mandarte mi fuego. De buscarte. Y al final he conseguido sentirte.

—Tengo más poder del que pensaban las vu trin —le digo mientras

nos abrazamos—. Más del que tenía mi abuela. Las vu trin se volvieron en mi contra, y tuve que escapar.

«Y entonces…, Lukas.»

El dolor me trepa por la garganta cuando lo que siento por Lukas colisiona contra el salvaje hechizo de Yvan, además del recuerdo de todo lo que tuve que hacer para llegar hasta aquí. Para seguir con vida. Para evitar que Vogel me esclavizara. Y cómo Lukas lo sacrificó todo para salvarme.

Cómo me uní a él en todos los sentidos.

Y ahora estoy a punto de romperle el corazón a Yvan.

Estoy perdida en un abismo de emociones. Estoy muy furiosa con las vu trin por mentirme acerca de la muerte de Yvan. Estoy muy arrepentida de haber estado con otro hombre. Siento un alivio infinito de haber encontrado a Yvan con vida. Tengo miedo de lo que está a punto de ocurrir en el Reino de Oriente. Y me atenaza el deseo desesperado de encontrar a Lukas y salvarlo.

«¿Cómo puedo contarle lo de Lukas? —pienso desesperada—. ¿Cómo voy a renunciar a Yvan?»

Pero tengo que hacerlo.

Porque a pesar de que lo amo con una pasión desatada, me comprometí con Lukas. Me entregué a Lukas. Y él se entregó a mí. Del todo.

Y también amo a Lukas.

—Te han ocultado bajo un glamour —comenta Yvan asombrado acariciándome la mejilla con una delicadeza que me conturba.

El dolor me arrolla mientras nuestros poderes de fuego se entrelazan y nos envuelven con un deseo inagotable que me parte el corazón.

«Te quiero, Yvan. Te quiero mucho.

»Pero estoy unida a otro hombre.»

—Hay carteles con mi cara por toda la ciudad —le digo deseando poder partirme por la mitad—. Y las vu trin no son las únicas que me buscan. Vogel también va detrás de mí. Sabe que estoy aquí. Y sabe que me he ocultado bajo un glamour.

El aura de Yvan se sacude con fuerza.

—No podemos quedarnos aquí. —Su fuego vibra tan abrumado por

la preocupación como el mío, e Yvan aprieta los dientes con frustración—. Las vu trin nos estarán buscando a los dos. —Su fuego arde con más intensidad y a sus ojos asoman unas llamas que me aceleran el pulso—. No pienso dejar que te cojan, Elloren.

—No podemos declarar la guerra a nuestras aliadas —opino—. Tengo una habitación en una embarcación rúnica protegida por runas huargas. En el centro del sexto nivel de la ciudad. Las vu trin saben que estaba allí, pero es posible que no vuelvan a mirar en el mismo sitio.

—Quizá sea el único sitio al que yo pueda ir sin que me encuentren —dice—. Porque me encontrarán, Elloren. Y no tardarán.

—¿Crees que podemos llegar hasta allí sin que nos vean?

Entorna sus brillantes ojos.

—Sí —me asegura. Respira hondo y sus cuernos se contraen, las orejas se le redondean y las luminosas runas noi y las runas huargas de su pecho desaparecen bajo su glamour parcial—. Agárrate a mí —propone, y yo asiento acercándome a él.

Yvan me aprieta contra su cálido pecho y yo siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo cuando me levanta del suelo sin apenas esfuerzo y vuelvo a sentir su cuerpo caliente. Él observa con atención el río y las montañas que se alzan ante nosotros; a continuación nos acercamos al acantilado.

Y entonces extiende las alas…

Y salta al vacío.

Siento un ramalazo de vértigo mientras caemos antes de que bata sus poderosas alas y empezamos a avanzar. Acelera pegado a la cara oeste de la cordillera Voloi, y el mundo se reduce a un borrón desenfocado.

Volamos por debajo de un fino techo de nubes hasta que viramos en dirección a una gran embarcación rúnica rodeada de luz azul y descendemos bajo su base. Nos quedamos abrazados en el interior de la cavidad rodeada de runas de la nave.

A través de los huecos que se abren entre las runas giratorias vemos los brillantes niveles de Voloi y empiezo a ponerme nerviosa, pues lo más probable es que la ciudad esté llena de vu trin que han salido a

buscarnos a los dos.

La nave vira hacia el sexto nivel y diviso la embarcación rúnica de Mora. Desde esta distancia se ve minúscula, pero sus brillantes runas verdes smaragdalfar son inconfundibles.

—Allí —digo señalando.

Yvan despega como un cohete y el mundo vuelve a verse borroso, todo es como un túnel a nuestro alrededor. Aterriza en las sombras de la plataforma de la embarcación que da al río. Cuando mis pies tocan la madera barnizada, mis ansias por sobrevivir engullen mi miedo.

Nos metemos en la pequeña habitación y cierro la puerta a nuestras espaldas, enciendo el candil rúnico de Mora y corro las cortinas mientras Yvan oculta sus alas bajo el glamour. Me doy la vuelta y lo miro a la luz esmeralda que difunden las runas huargas de las paredes.

Me pierdo en su ardiente mirada y siento un escalofrío, y su poderosa aura de fuego recorre mi cuerpo como una caricia ardiente. Advierto que está mucho más musculado que antes. Y sus rasgos son más angulosos.

Ha dejado de ser un estudiante para convertirse en un guerrero.

Como yo.

Los dos hemos cambiado irremediablemente por todo lo que nos ha tocado vivir.

El dolor me atenaza el corazón al recordar a la otra persona, aparte de Yvan, que me enseñó a ser fuerte y a defenderme.

Lukas.

Tengo que contarle lo de Lukas.

Yvan se acerca a mí con fuego en los ojos. Levanta la mano y me acaricia la cara como si yo fuera un objeto valioso.

—Te he deseado cada día y cada noche —dice con la voz ronca de deseo.

Se me encoge el corazón al percibir el apasionado amor que arde en sus ojos.

—Yvan —digo con la voz temblorosa—. Para sobrevivir a las vu trin tuve que regresar a Gardneria. Y tuve que pedirle protección a Lukas Grey.

Me posa la mano en el hombro y su fuego me envuelve.

—Ya me lo imaginé. He visto los carteles con tu nuevo nombre. Pensaba que era una estrategia.

Trago saliva, tengo el corazón angustiado.

—No fue una estrategia. Nos comprometimos.

Yvan se queda estupefacto y ladea la cabeza apenas un centímetro, se le dilatan las aletas de la nariz y sé que está percibiendo mis emociones revueltas.

—¿Cómo de comprometidos? —pregunta.

Vuelvo a tragar saliva. Me siento como si estuviera a punto de saltar al vacío.

—Del todo.

El fuego de su mirada arde con más fuerza y entorna los ojos.

—¿Te forzó?

Por un momento soy incapaz de contestar y su fuego se contrae hacia dentro, como si estuviera percibiéndolo todo en mis ojos y mi fuego. Empieza a dolerme el corazón y la angustia me atenaza con tanta fuerza que tengo la sensación de que me voy a partir en dos. Y cuando por fin habla, en su voz se adivina una inconfundible crispación.

—¿Qué pasó, Elloren?

—Vogel me acechaba en Valgard —consigo decir con la voz ronca —. Al mismo tiempo que las vu trin y los asesinos ishkart. Lukas y yo tuvimos que crear una distracción para poder escapar.

Le explico lo de la ceremonia de compromiso. Y cómo escapamos. Aunque se me rompe el corazón al decirlo.

Se lo cuento todo.

Yvan guarda silencio un momento. Sigue agarrándome del hombro como si se le hubiera quedado la mano congelada. De pronto su fuego se ha concentrado en una tensa esfera en su interior, pero le arden los ojos. Me atenaza el remordimiento al ver el ardiente dolor en su mirada.

—¿Le amas? —me pregunta con aspereza clavándome los ojos.

Asiento destrozada mientras las lágrimas me resbalan por las mejillas y me esfuerzo por respirar.

—Yvan —espeto—. Pensaba que habías muerto. Y cuando me

comprometí con Lukas tomé una decisión. Decidí aliarme con él, sobrevivir y no permitir que Vogel se hiciera con mi poder. No imaginaba que también acabaría enamorándome de Lukas.

Me siento presa de una intensa agonía recordando las palabras de Valasca:

«Perderás cosas muy importantes. Perderás una cosa tras otra.

»Lo más probable es que pierdas todo lo que te importa».

—Sí —admito—. Le amo.

Yvan guarda silencio durante un insoportable momento, y entonces tengo la sensación de que su fuego se desboca, descontrolado, proyectándose sobre mí y las paredes de la habitación presa de una desoladora devastación.

—Elloren. —Se le rompe la voz al decir mi nombre. A sus ojos asoma una mezcla de pasión, rabia, dolor, celos y amor que es casi insoportable—. Te quiero —dice—. Siempre te querré. —Le tiemblan los labios y el fuego de sus ojos brilla con fuerza—. Tomaste la decisión de sobrevivir y conservar tu poder. Y es la elección que habría querido que tomaras.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras contemplo su expresión angustiada y su mirada incandescente.

—Yo también te quiero —le digo desmoronándome.

—Ya lo sé. —Aprieta los labios y aparta la vista. Su aura de fuego escupe llamaradas de dolor. Me clava los ojos y esboza una amarga sonrisa temblorosa—. Puedo oler tus emociones, Elloren. Sé todo lo que estás sintiendo.

Guardamos silencio mientras él pierde el control de su fuego y las llamas me rodean como una tormenta caótica. Me quita la mano del hombro y da un paso atrás, despliega las alas y le brillan los ojos cuando los cuernos brotan entre su pelo despeinado y sus pupilas se contraen hasta convertirse en dos franjas verticales. Ahora puedo volver a ver las runas que lleva marcadas en el pecho.

—Ahora mismo no puedo ocultarme bajo el glamour —jadea—. Me es imposible.

Esboza una mueca tan dolida que atraviesa el asombro que me provoca verlo no solo con cuernos, sino con ojos wyvern.

—Esto siempre fue más grande que nosotros —susurro con la voz rota.

Yvan asiente y mira al techo arqueando el cuello. Se pasa los dedos por el pelo carmesí. Tiene las mejillas salpicadas de lágrimas y sus alas rozan las paredes de la estrecha estancia.

Observo su belleza sobrenatural. El modo en que la luz rúnica se refleja en sus plumas negras. Su fornido cuerpo.

Mi amor ícaro.

Me vuelven a saltar las lágrimas a raudales y me esfuerzo por contenerlas.

—Somos los dos extremos de las profecías de todas las tierras —consigo decir con la voz temblorosa—. Era evidente que se nos iba a romper el corazón.

«Y también el de Lukas.»

Yvan vuelve a asentir con una devastadora ferocidad en sus luminosos ojos.

—¿Adónde te llevaron las vu trin? —pregunto.

Traga saliva y niega con la cabeza, como si estuviera tratando de superar la angustia para poder contestarme.

—Al principio me llevaron a una base vu trin que está al norte de aquí. Y después, tras el ataque de Vogel…, a una de sus bases militares subterráneas. En el nordeste, más allá de las montañas.

—Sentí tu fuego procedente del nordeste —digo con la sensación de que tengo que controlarme estando con él, incluso aunque mi aura de fuego retroceda y parezca desatarse para abalanzarse sobre él.

Una ráfaga de su poder surge hacia el mío y crepita a mi alrededor. Jadeo al sentir su calor y veo un destello dorado; es una agonía resistirse a la atracción de nuestro vínculo. Quiero abalanzarme sobre él. Quiero abrazarlo y fusionar nuestros fuegos por completo.

Pero ahora debo renunciar a él.

—Yvan —digo con la voz y el fuego teñidos por la prohibición y un deseo imposible—, lo siento…

Me dedica una ardiente mirada apasionada. Y entonces cruza la distancia entre nosotros, me rodea con los brazos y yo le abrazo y me echo a llorar. Nos estrechamos con fuerza y él me acaricia el pelo.

Pega la frente a la mía, pero no intenta besarme, a pesar de que su fuego no vacila: su calor me abrasa los labios y se pasea por mi piel; la sensación es embriagadora. He posado la palma de la mano sobre la piel ardiente de su cintura, y la otra mano sobre su hombro, pero no tiro de él. Porque puedo sentirlo en la fusión de nuestros fuegos: los dos sabemos que tenemos que olvidar lo nuestro.

Yvan me posa la mano en la mejilla y yo siento el roce sorprendentemente delicado de sus uñas. Y entonces dice con la voz ronca:

—Siempre seré tu aliado.

Asiento.

—Ya lo sé. Sé que eres mi aliado.

«Mi amor. Mi apuesto amor alado.»

—Cuéntame —dice adoptando una expresión decidida que me resulta abrumadoramente heroica, pero que vuelve a romperme el corazón—. Explícame todo lo que sepas acerca de Vogel y su poder.

Hablamos hasta bien entrada la noche. Los sentidos wyvern de Yvan siempre están alerta para detectar cualquier amenaza, y yo tengo la sensación de reencontrarme con mi mejor amigo mientras se lo cuento todo. Yvan sigue rodeándome con los brazos y las alas mientras hablamos, y los dos hemos dejado de reprimir nuestro fuego, que se niega a obedecer cualquier restricción moral mientras nos abrazamos con nuestro poder más acaloradamente que antes. Con más calor del que nos volveremos a demostrar jamás.

—¿Te cargaste a tres escorpiones, cuatro murciélagos fantasma y un kraken? —pregunta muy asombrado mientras me pasea el dedo por el brazo y me provoca una lluvia de chispas en la piel.

—Sí.

De pronto vuelvo a sentir esa conocida sensación de añoranza por Lukas, Valasca y Chi Nam.

—Muy bien —me felicita con una sonrisita que me provoca otra feroz ráfaga de emoción.

Le devuelvo su triste sonrisa abrumada por lo guapo que está en este momento.

Y de pronto dejamos de sonreír.

—Elloren… —dice Yvan con un tono grave y ronco.

Una confusa chispa de deseo recorre nuestro fuego y el aire entre nosotros se vuelve combustible.

Se le dilatan las aletas de la nariz de repente y se vuelve hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunto con el corazón acelerado; cojo mi cuchillo.

Yvan se da media vuelta con unos reflejos asombrosamente rápidos, levanta la mano y crea una bola de fuego justo encima, dispuesto a lanzarla a la puerta justo cuando se oye el clic del cierre y se abre.

Bajo el umbral aparece Jules Kristian, ataviado con una capa y acompañado de Lucretia Quillen, con la varita púrpura en la mano, Mora'lee y el profesor Hawkyyn, que lleva colgado a la espalda el arco y el carcaj de los smaragdalfar. Por detrás de ellos vemos a la comandante Kam Vin a bordo de un pequeño esquife rúnico detenido junto a la pasarela. Su hermana Ni Vin pilota los controles rúnicos de la nave, y ambas hermanas llevan capas y el uniforme militar negro. También van armadas con espadas rúnicas y estrellas. Ni Vin lleva un pañuelo negro atado a la cabeza, justo por debajo de la capucha.

Me atenaza la urgencia mientras Yvan reduce la bola de fuego haciéndola desaparecer y baja el brazo. Su aura volcánica me rodea con actitud protectora.

Mora tiene los ojos plateados abiertos desmesuradamente y está mirando fijamente a Yvan y sus alas extendidas, sus cuernos y esos ojos salvajes.

—¿Eres quien creo que eres? —pregunta asombrada.

—Este es Yvan Guryev —contesta Jules Kristian—. Vivito y coleando, por lo que parece. Y ya conoces a Elloren Grey. —Nos dedica a Yvan y a mí una cálida sonrisa conspiratoria—. Mora, estás viendo la profecía con tus propios ojos.

7

Huida

ELLOREN GREY

Voloi, Noilaan

Reino de Oriente

La noche anterior al Xishlon

—Ocúltate bajo el glamour y ponte esto —le indica Jules Kristian a Yvan desde la pasarela de la embarcación rúnica desabrochándose la capa de lana y tendiéndosela.

—Tú también, Elloren —insiste Kam Vin desde donde ella y Ni Vin aguardan cerca de los controles del esquife rúnico suspendido. Se quita la capa y me la tiende—. Por lo visto ahora todas las vu trin han sido alertadas de la presencia de la profecía, que ha descendido sobre el Reino de Oriente. Por suerte para vosotros, os vieron salir volando hacia el norte y de momento han concentrado la búsqueda en esa dirección.

—Daos prisa —nos apremia Ni Vin.

—¿Tienes la varita Zhilin? —quiere saber Kam Vin mientras me pongo su capa.

—Sí —le aseguro sintiendo la presión de su empuñadura en espiral pegada a la pantorrilla.

Asiente con aspereza y le clava los ojos a Yvan al tiempo que gesticula señalando las runas noi que lleva marcadas en el pecho.

—Las vu trin te localizarán antes de una hora a través de esas runas protectoras si no te llevamos a algún sitio más protegido. Han enviado a un dragón rastreador de élite.

Yvan esboza una mueca asombrosamente salvaje. Compartimos una mirada de preocupación y el tono dorado de sus ojos arde con mayor

intensidad.

Cierra los ojos y tensa todos los músculos de su cuerpo hasta que consigue convertir sus alas en un tatuaje y los cuernos desaparecen en su cabeza. Se pone la capa y respira hondo. Ahora tiene el pelo castaño y las puntas de las orejas y las pupilas redondeadas; y han desaparecido las runas de su pecho. Me mira a los ojos y compartimos una ráfaga de calor. Salimos a toda prisa de la diminuta estancia y subimos al esquife junto a Lucretia y Jules. Mora'lee y el profesor Hawkyyn se quedan allí.

Me siento en uno de los dos bancos laterales del esquife. Yvan y yo agachamos la cabeza bajo la capucha y noto su cálido cuerpo pegado al mío.

Ni Vin pone la nave en marcha mientras Kam Vin y Lucretia escudriñan los cielos. Por suerte, el tráfico aéreo de la ciudad es muy denso. Me vuelvo y por encima del hombro miro a Mora y al profesor Hawkyyn, que ahora son dos figuritas diminutas que nos observan partir.

—¿Crees que las vu trin pensarán que Yvan y yo hemos abandonado la ciudad? —le pregunto a Kam Vin.

Asiente.

—Pero el dragón rastreador es peligroso. Dicen que se ha hecho con vuestro olor en el callejón donde os vieron a los dos. Será difícil evitarlo.

—Estamos demasiado expuestos —advierto.

La noche iluminada por la luna es demasiado clara y solo se ven algunas nubes repartidas por el cielo. Me atenaza la preocupación cuando veo cuatro esquifes rúnicos militares que se acercan a nosotros. El aura de fuego de Yvan se enciende y se pone tenso a mi lado.

—Ya es casi la hora… —murmura Kam Vin para sí escudriñando el río sin prestar mucha importancia a la amenaza que se cierne sobre nosotros.

Sobre la superficie del Vo se forma una espesa niebla que avanza hacia nosotros a una velocidad inusitada. Ni Vin gira bruscamente hacia abajo y apaga las luces rúnicas del esquife mientras nos

adentramos en la bruma gris, a continuación gira de golpe hacia la derecha y se me revuelve el estómago por el repentino cambio de dirección. Los esquifes militares que nos seguían quedan reducidos a unos trazos borrosos de luz azul a través de la niebla oscura, y desaparecen rápidamente a lo lejos.

Noto cómo la tensión se apodera del aura de fuego de Yvan e intercambiamos una mirada recelosa. La bruma espesa y reduce el mundo a un tapiz de nubes levemente iluminadas por la luna.

—¿Tienes un aliado zhilon'ile? —le pregunta Yvan a Kam Vin muy sorprendido mientras nos adentramos en el embudo gris.

—Es cosa de Vothendrile Xanthile —confiesa Jules mirándome con complicidad, y yo pienso en el amado de Trystan muy agradecida.

—¿Adónde nos lleváis? —le pregunta Yvan a Jules.

Sus salvajes ojos iluminan parte de nuestro sombrío espacio.

—A un lugar muy protegido en las minas —contesta Lucretia, que está sentada al lado de Jules—. Donde podamos liberar la magia de Elloren. —Mira fijamente a Yvan—. Y darte tiempo a ti mientras negociamos una alianza entre Elloren y las vu trin.

—Teniendo en cuenta que existe una profecía bastante importante que se interpone —añade Jules con picardía.

La magia arde con rebeldía entre Yvan y yo. Su acalorada ráfaga me recorre todo el cuerpo y, por un momento, me pierdo en ella, me vienen a la cabeza los dolorosos recuerdos de todo lo que hemos pasado juntos y lo que empezábamos a ser el uno para el otro en occidente. Yvan se sonroja y su fuego arde con mayor intensidad a mi alrededor a medida que la niebla va espesando.

Aparto la vista muy consciente de que el calor de Yvan está traspasando su ropa con la fuerza de un horno, y nuestros poderes se abalanzan el uno sobre el otro con mucha fuerza. De pronto recuerdo que ocurría lo mismo con la magia de Lukas y siento una mordedura de remordimiento.

Kam Vin se sienta al lado de Lucretia mientras Ni Vin pilota la nave por las nubes de niebla. Todos estamos tensos y aguardamos en silencio. Una ráfaga del poder de Lucretia se libera y rodea a Jules. Tengo la sensación de que todos estamos aguantando la respiración y

reprimo la poderosa necesidad de coger a Yvan de la mano. Le toco el lateral del antebrazo con el dedo y vuelvo a sentirme abrumada al pensar que está de nuevo en mi vida. Vivo.

Tropiezo con sus ojos y advierto que está percibiendo mi espiral de fuego emocional.

Posa la mano sobre la mía en lo que, imagino, es una casta muestra de apoyo, pero no hay ninguna inocencia en el modo en que su fuego rodea nuestras manos y se desliza por mi piel. Su calor es tan apasionado que me arden las mejillas y se me acelera el pulso.

Yvan aparta la mano y los dos miramos hacia otro lado.

—Elloren —jadea con la voz rota. Me clava sus ojos en llamas y su aura se intensifica y resbala por mi piel con lascivia—. Lo siento —murmura—. Me está costando mucho reprimir la atracción wyvern. Como estamos unidos…

—Silencio —susurra Kam Vin—. El dragón rastreador podría oírnos si está lo bastante cerca.

—Yo percibiría su presencia —afirma Yvan dilatando las aletas de la nariz, y Kam Vin asiente con la mano posada sobre la empuñadura de su espada rúnica.

Las nubes de niebla se separan un momento y de pronto veo un único puntito azul. Surca la superficie del río y a continuación vuela hacia nosotros como si fuera una estrella fugaz de color azul. Cuando la bruma vuelve a espesar, la lucecita desaparece de nuevo.

Yvan me coge con más fuerza de la mano antes de que yo pueda expresar mi alarma. Se pone completamente tenso y su poder de fuego brota mientras él sisea. Me siento muy perturbada al oír ese escalofriante sonido reptiliano. De pronto es un ser completamente nuevo, con el rostro letalmente serio, los ojos ardientes clavados en la niebla a nuestros pies, que ahora se mueve, y volvemos a ver la lucecita azul, esta vez más grande y mucho más cerca.

El pánico me atenaza.

«Es un dragón. Y viene directamente hacia nosotros.

»Nos ha encontrado.»

Se me acelera el pulso cuando la bruma vuelve a ocultar al dragón y alargo la mano hacia mi cuchillo rúnico.

El fuego de Yvan empieza a centellear con tal ferocidad y violencia que el aura que emana de él me deja sin aliento. Me suelta la mano mientras él, Kam Vin y Lucretia se levantan tranquilamente; Lucretia empieza a murmurar hechizos y el poder de agua flota en el aire. Yo también me levanto, desenvaino el cuchillo Ash'rion y conjuro mi poder de hielo para combatir el poder wyvern.

La bruma se disipa un poco y volvemos a ver al dragón. Me doy cuenta alarmada de que podría ser tan grande como Naga.

O mayor.

Yvan se quita la capa de un manotazo y frunce los labios rugiendo con rabia. Aprieta los puños y los cuernos brotan otra vez de su cabeza. Sus manos se cubren de un ardiente brillo que se ve más intenso en las puntas de los dedos, y enseguida le aparecen las zarpas negras.

—Está buscando a Elloren —ruge.

El dragón empieza a descender rápidamente hacia nosotros con los flancos marcados con runas noi.

—¿Puedes con él? —le pregunta Kam Vin a Yvan desenvainando la espada con un rechinar metálico.

—Sí —afirma desplegando las alas de par en par—. Voy a ahuyentarlo.

Apoya el pie en la barandilla del esquife y pliega un poco las alas.

«Bruja Negra.»

Las palabras aparecen en mi mente empujadas por un fuego carmesí. Y mientras esa conocida llama roja brilla con más fuerza y despliega sus tonos morados, lo entiendo todo: no es un dragón azul, es un dragón rúnico blanco.

Me alarmo.

—¡Espera! —grito abalanzándome sobre Yvan para cogerlo del brazo antes de que pueda lanzarse sobre Raz'zor. Miro a Kam Vin y a Lucretia—. ¡Envainad las armas! ¡Conozco a este dragón! ¡Me ha jurado lealtad!

Yvan se vuelve hacia mí con impresionante rapidez. La sorpresa le recorre el poder.

—¿Este es el dragón que era del tamaño de una cabra?

—Sí —admito asombrada del enorme tamaño de Raz'zor.

Raz'zor cruza la bruma y planea hasta que vuela junto a nosotros. Y al verlo siento el efecto de la euforia en el pecho. Es como un rayo de luna. Su luminoso cuerpo cubierto de escamas de color marfil está teñido de azul debido a la gran cantidad de runas noi que lleva dibujadas en los costados y la pequeña runa púrpura que luce en la base del cuello. Sus poderosos músculos baten las gigantescas alas blancas con un zumbido rítmico. Estoy alucinada de volver a verlo.

«Muerte a Vogel», me proyecta Raz'zor a la mente mientras una ráfaga de fuego rojo y púrpura chispea en mis líneas, y siento un alivio embriagador. Me acerco a él colocándome en la borda del esquife.

«Raz'zor —le proyecto con el pensamiento—. ¿Tú eres el dragón que las vu trin han mandado a buscarme?»

Siento el calor de una ráfaga de fuego iracundo.

«Con la misión de rastrear y capturar. Pero no saben que tienes mi lealtad.»

Vuelvo a sentir una oleada de alivio al pensar en este improbable golpe de suerte.

«Te han quitado el collar rúnico», pienso alucinada al advertir que ya no luce el dogal que no lo dejaba crecer y lo condenaba a ser del tamaño de una oveja.

«Or'myr Syll'vir, amigo de los dragones, me liberó de mis ataduras —comenta en mi mente, y me asombra oírlo mencionar a mi primo—. También he recuperado todo mi fuego, que él ha potenciado con su llama púrpura. Y ahora lucharé a tu lado y juntos reduciremos a cenizas la carne de esos gardnerianos y consumiremos sus huesos.»

—Elloren —dice Yvan posándome la mano en la espalda—. ¿Estás conectada mentalmente con este dragón?

—Sí —respondo a su mirada inquisitiva—. Somos una manada.

Jules suelta una carcajada incrédula y me vuelvo hacia él.

—Estás llena de sorpresas —dice observándome divertido por detrás de sus gafas.

—¿Cómo diantre has conseguido la lealtad de un dragón vish'nile? —pregunta Kam Vin evidentemente confusa—. Eso lleva años.

—Me parece que nos saltamos algunas formalidades debido a una grave limitación de tiempo…

Me quedo sin palabras distraída por la roja magia de fuego que se está sumando a la mía y cabalga por mis líneas junto a las llamas doradas de Yvan.

El fuego de Yvan se intensifica y me recorre rodeando la ráfaga de fuego de Raz'zor. Todo ese fuego wyvern combinado provoca una chispa de color azafrán y púrpura en mis ojos, y noto cómo Yvan la utiliza para evaluar la fuerza de Raz'zor.

Raz'zor levanta la cabeza, olfatea el aire y mira a Yvan entornando sus ojos rasgados.

«Otro dragón —piensa sin dejar de mirar a Yvan—. Es tu pareja. Es muy poderoso. —Me clava sus ojos carmesíes y noto cómo se estremece su poder—. Te desea, brujilla. Pero tú estás comprometida con otro.»

Yvan le sisea algo a Raz'zor en un idioma sibilante, y el dragón le ruge algo a él. Me los quedo mirando asombrada mientras ellos se sisean algunas frases y sus respectivos fuegos brotan hacia el del otro con la energía de una repentina y feroz alianza. Y es entonces cuando me doy cuenta de que Yvan no solo es capaz de hablar el idioma lasair, también el de los dragones.

—¿Qué le estás diciendo? —le pregunto a Yvan.

Me mira con sus ojos dorados.

—Le he dado las gracias por salvarte la vida, Elloren.

Se me enternece el pecho al advertir la apasionada mirada que me está dedicando, y de pronto recuerdo cuando Yvan me besó por primera vez y nos convirtió en pareja wyvern. Un beso que ardió en mi interior. Lo recuerdo como si acabara de suceder. Lo que sentí al rozar sus labios. Esa primera e íntima caricia de su fuego…

—¿Tienes algún otro dragón bajo tu dominio? —pregunta Kam Vin internándose en mi ensoñación.

—¿Bajo mi dominio? —La miro aturdida y asombrada—. ¿Como un ejército?

Percibo la sonrisa de Raz'zor.

«Sí, Bruja Negra. Como un ejército.»

Busco mi vínculo de fuego rojo con Raz'zor, pues ningún otro dragón se ha unido a nuestra manada.

«¿Has encontrado a Naga?», indago.

El fuego carmesí de Raz'zor centellea.

«Todavía no —piensa con rebeldía—. Pero Naga la Libre regresará gloriosa para hacer justicia en toda Erthia.»

—Raz'zor y yo somos una manada de dos —le contesto a Kam Vin mientras volamos hacia el norte.

En mi interior brillan tantas llamas doradas y lilas que me cuesta pensar. Me cuesta pensar en otra cosa que no sea el creciente hechizo de Yvan, cuyo fuego es el más explosivo de los presentes.

Y eso que el de Raz'zor es muy poderoso.

—Este dragón no puede seguir con nosotros —insiste Kam Vin—. Si se queda aquí acabará llamando la atención de las vu trin.

El poder de Raz'zor brota con resentimiento y lanza una mirada iracunda a Kam Vin.

—Volved a encontraros cuando Elloren haya recuperado el control de sus poderes —nos sugiere Jules a Raz'zor y a mí con su habitual y serena diplomacia.

Yo siento una fuerte reticencia a separarme de mi manada, y de mi fuego enredado brota una llamarada caótica, pero la reprimo, pues sé que la preocupación de Kam Vin es lícita.

«Tiene razón —le digo a Raz'zor con el pensamiento—. Aleja a las vu trin de mí. Yo te buscaré cuando haya recuperado mi poder. Y lucharemos juntos contra Vogel.»

De pronto me viene a la cabeza una retahíla de imágenes de soldados gardnerianos incinerados por llamaradas de fuego wyvern.

«Di mi nombre y acudiré —ruge Raz'zor en mis pensamientos con la fuerza de un juramento—. Amiga de Naga la Libre.»

«Pronto, Raz'zor —le aseguro—. Muy pronto.»

«Muerte a Vogel», me dice antes de alejarse de nuestro esquife.

«Muerte a Vogel», contesto con empatía.

Raz'zor proyecta por mis líneas una última ráfaga de su fuego rojo salpicado de tonos púrpura y a continuación se aleja de nosotros dibujando un arco en el cielo, dirigiéndose al sur, en dirección al

Wyvernguard.

Todos guardamos silencio mientras le vemos marchar. Siento el fuego protector de Yvan brillando en mis líneas, y él también mira fijamente a Raz'zor, que desaparece engullido por la niebla. A continuación da un paso atrás, encoge los hombros, recoge las alas, los cuernos y las garras; recupera el glamour, salvo por el tono dorado de sus ojos. Me dedica una mirada luminosa mientras se rodea el cuerpo musculoso con la capa. Flexiona el cuerpo captando mi atención y un calor distinto recorre nuestro vínculo, un calor que soy incapaz de sofocar.

Yvan me mira con complicidad. Aparto la vista y me ruborizo cuando una nueva ráfaga de fuego me recorre y la confusión asoma la cabeza.

Vuelve a sentarse a mi lado, hombro con hombro, y noto cómo intenta recuperar el control de su fuego, igual que yo. Pero es inútil. Es imposible resistirse a este vínculo.

—Ahora eres… más dragón —le digo nerviosa y recelosa de mirarlo a los ojos mientras nuestra historia me recorre con una fuerza arrolladora.

Una ráfaga del fuego de Yvan me rodea y yo reprimo el impulso de abandonarme a ella.

—Sí —admite.

—Tus manos —digo mirando la que tiene apoyada sobre el muslo peleando contra el deseo de cogerla—. Me ha sorprendido ver cómo se te ponían doradas. Y ahora tienes garras. Y cuernos…

De pronto noto cómo el deseo de ver cómo se transforma de nuevo me calienta las líneas de fuego. Quiero abrazarlo en esa forma, deslizar los dedos por su pelo carmesí y agarrarle los cuernos, sentir esas garras resbalando por mi piel…

Aparto la vista confundida por la aparición del tortuoso deseo y se me contrae el corazón tratando de combatirlo.

—Lo siento —le digo mientras mi aura de fuego se desliza por su piel—. Nuestra atracción de fuego…

—No puedes evitarla —reconoce con aspereza—. Yo tampoco puedo. Es nuestro vínculo wyvern. Me parece que se ha potenciado

tanto como mi poder. —Guarda silencio un momento, tiene la voz enronquecida—. Yo también lo siento.

—Será mejor que os agarréis —nos aconseja Ni Vin poniéndose en la mirada privada que compartimos Yvan y yo.

Nuestro esquife rúnico desciende abruptamente. Finalmente, la guerrera detiene la nave en el agua y las tenues runas de los laterales nos remontan río arriba.

Nos adentramos en una cueva rocosa y después nos desviamos por un pasadizo cavernoso, cuyas oscuras y brillantes paredes se ciernen sobre nosotros. Finalmente llegamos a un muro de ópalo negro; y en la parte inferior veo un puente sobre el agua que pasa por debajo. Ni Vin pilota el esquife pegándose todo lo que puede al muro y Kam Vin se baja de un salto. Se mete la mano en el bolsillo de la túnica y saca una piedra rúnica con una runa esmeralda. Y la pega a la pared.

En la superficie de la pared aparecen varias runas huargas smaragdalfar de un brillante color verde. Rotan emitiendo zumbidos hasta que la pared opalescente desaparece. Y en la cornisa, justo donde antes estaba la pared, vemos dos figuras apostadas ante una gruta iluminada por runas huargas.

Se me escapa un ruidito asombrado y se me acelera el corazón.

Sagellyn Gaffney me mira emocionada al reconocerme. Está resplandeciente toda vestida de púrpura. Lleva una varita violeta en la mano y sobre la punta flota una esfera de luz lila, y con el otro brazo rodea al alto joven smaragdalfar que está a su lado.

8

Minas de ópalo
ELLOREN GREY

Minas de oriente

Reino de Oriente

La noche anterior al Xishlon

—¡Elloren! —exclama Sage desde la cornisa de ópalo negro.

En su rostro púrpura adivino un gesto tenso, y la expresión del hombre que aguarda junto a ella —el hombre que imagino será su amor smaragdalfar, Ra'Ven Za'Nor— es igual de intensa. Empatizo con ellos gracias al glamour elfhollen que me proyecta mi collar rúnico smaragdalfar, que es el mismo que utilizó Ra'Ven para ocultarse durante tantos años en occidente.

Cuántas vueltas da la vida.

Sage y Ra'Ven se acercan a nuestro esquife rúnico mientras Ni Vin lo acerca a la cornisa.

—No tenemos mucho tiempo para liberar tu poder —me advierte Sage. Su voz resuena en las brillantes paredes de ópalo de la cueva.

—Las vu trin han mandado contingentes de búsqueda también a las minas —nos advierte Ra'Ven con un acento ligeramente smaragdalfar que me recuerda al del profesor Hawkyyn.

Observo con atención los ojos plateados de Ra'Ven; en sus pupilas se ve con toda claridad su linaje wyvern, pues las tiene rasgadas en vertical, como las de Yvan. También tiene un porte parecido al suyo, poderoso y contenido. Viste el atuendo tradicional de los smaragdalfar, tiene las orejas puntiagudas, el pelo verde corto y lleva una brillante aguja rúnica verde envainada en la cadera.

—Este sitio está alejado de las principales minas de oriente —

explica Sage cuando nuestro esquife colisiona contra la piedra y el agua negra se balancea debajo—, pero quizá no estemos a salvo por mucho tiempo.

Yvan tensa la mano y el fuego que compartimos y yo nos volvemos hacia él. Me clava su ardiente mirada dorada y noto cómo un escalofrío me recorre la espalda. Se le contrae la garganta, aparta la mirada y se levanta para colaborar con Jules, Lucretia y conmigo, que ayudamos a Kam Vin a sostener el esquife mientras Ni Vin y Sage lo amarran con cadenas a las runas.

Ra'Ven me tiende la mano salpicada de esmeralda. La acepto y percibo su fuerza cuando me ayuda a saltar hasta la cornisa. También noto el calor de Yvan a mi espalda, pues me sigue de cerca.

Cuando recupero el equilibrio, le pongo la mano a Sage en el hombro para saludarla.

—Sabía que el mundo te conduciría hasta aquí —me dice con la voz teñida por la magnitud de la situación—. Lo he visto en sueños. ¿Todavía la tienes?

Asiento agachando la cabeza hacia el lugar donde llevo la varita escondida en el lateral de la bota.

—Sí —le aseguro—. Gracias a ella tengo una puntería perfecta con las armas.

—Y pronto serás capaz de empuñarla —afirma con serena autoridad.

—¿Te han explicado que Vogel ya es capaz de desactivar la mayoría de las runas? —le pregunto con urgencia—. ¿Y que se ha internado en mis marcas de compromiso?

—Trystan nos lo ha contado todo.

Alterna la mirada entre Yvan y yo mientras observo su silueta intensamente púrpura. Lleva la túnica cubierta por un caleidoscopio de brillantes runas conectadas entre sí y procedentes de multitud de sistemas rúnicos distintos. Todas han adoptado un tono púrpura, como si se hubieran rendido a la potencia de su magia de luz. Su varita está confeccionada con madera de ciruelo, como la de mi primo Or'myr, y también lleva varias agujas rúnicas envainadas en la cadera, junto a una espada rúnica imponente.

Pero… sus manos.

Me embarga la preocupación al advertir que las heridas de las marcas de compromiso de Sage siguen muy presentes. Incluso parece que estén peor que la última vez que la vi. Advierto las delicadas cadenas de lo que imagino serán runas para aliviar el dolor que lleva por las manos y las muñecas, y me pregunto si seguirá sufriendo en todo momento o si ya estará acostumbrada.

—Levántate la manga de la mano derecha, Elloren —me ordena Sage desenvainando su brillante aguja rúnica verde—. Tengo que cortar temporalmente la conexión entre tu mano derecha y tu poder bloqueado. De lo contrario, cuando te proyectemos los hechizos para desbloquearlo, podríamos haceros explotar a ti y las minas. Hay que ponerte la runa inmediatamente, pues tardará casi una hora en cargarse.

Le tiendo la mano derecha y una oleada de nerviosa expectativa me recorre el poder de fuego. Sage me sujeta de la muñeca y empieza a dibujarme una runa verde en la palma de la mano. Noto un pequeño pinchazo que resigue los movimientos de su aguja.

—Yvan Guryev —dice Ra'Ven con un tono conmovedor mientras Sage trabaja.

Una parte del fuego de Yvan fluye hacia Ra'Ven y me sorprende advertir la emoción que lo embarga.

—Ha pasado mucho tiempo, amigo —dice Yvan cuando se acercan el uno al otro y se funden en un abrazo.

—Por fin vamos a poder vernos como realmente somos —dice Ra'Ven cuando se separan agarrados del hombro mientras Sage termina con la runa—. Si quieres, puedes desprenderte del glamour —le propone mirándolo con complicidad—. Sé muy bien lo pesado que es.

Yvan mira fijamente a Sagellyn y a Ra'Ven, se quita la capa y agacha la cabeza. Se me escapa un jadeo cuando sus alas negras emergen de su musculosa espalda y reprimo la tortuosa necesidad de internarme en el calor de su aura. Cuando Yvan flexiona las alas, me trepa por el cuello un ardiente rubor, y Sage y Ra'Ven lo observan con atención momentáneamente cautivados.

—Menudo cambio —murmura Sage mirándonos a ambos con complicidad—. Tenemos la profecía ante nosotros.

La rebeldía se adueña del fuego de Yvan.

—Yo no creo en profecías —afirma cortante mientras un tirabuzón de su poder me rodea y su efímera caricia enciende todavía más mi rubor.

—Yo tampoco —admite Ra'Ven.

—¿Vuestro hijo ícaro también está en las minas? —le pregunta Yvan a Ra'Ven.

El otro asiente.

—Bajo una estricta vigilancia, como imaginarás.

—Me carcomía que Vogel fuera tras él —le dice Yvan—. Ra'Ven…, siento que el niño se viera envuelto en todo esto.

—Todos estamos envueltos en esto —afirma el otro con una convicción inamovible en sus ojos plateados—. Y las atrocidades de los magos no son cosa tuya.

Agarra a Yvan del hombro y este asiente mientras le recorre el aura un calor tortuoso que me impresiona.

—¿Fyn'ir está bien? —le pregunto a Sage recordando al dulce bebé alado que conocí en las tierras amaz.

—Sí —me asegura—. Pero como ambos sabéis, las garras de Vogel también llegan al Reino de Oriente. Y los gardnerianos no son los únicos fanáticos religiosos que desean ver muertos a todos los ícaros.

—Cosa que supone un problema —tercia el profesor Kristian por detrás de nosotros—. Viendo que Yvan ha dado a conocer su presencia en el Reino de Oriente de este modo tan dramático.

Le lanza a Yvan una mirada incisiva, pero el otro la recibe impasible.

—Mi pueblo ha declarado que las minas de oriente son un refugio seguro para los ícaros —dice Ra'Ven—. Y yo quiero que se conviertan en un refugio para cualquiera que esté huyendo de la persecución de ambos reinos.

—Tenéis que llevaros a Elloren y a Yvan a las profundidades —opina Kam Vin mirando a Ra'Ven—. Donde la protección sea mayor. Nilon y yo nos quedaremos aquí haciendo guardia.

Ra'Ven se mete la mano en el bolsillo de la túnica y le da una piedra rúnica smaragdalfar.

—Utilízala para ponerte en contacto conmigo si lo necesitas, Kamitra.

Kam Vin se la mete en el bolsillo y se marcha seguida de Ni Vin.

Miro a Sage.

—El yugo de los árboles es muy fuerte. Chi Nam, Lukas y Valasca no pudieron hacer nada para liberarme, ni siquiera colaborando. Y me parece que cada vez es más fuerte.

Asiente.

—Por eso estamos reuniendo aliados que poseen mucha magia elemental. —Vacila—. Aun así, liberarte es una tarea peligrosa, Elloren, no hay forma de evitarlo.

—¿Cómo de peligrosa? —pregunta Yvan con una preocupación protectora que se interna en su fuego.

Sage le mira fijamente.

—Peligrosa. La base del poder elemental de Elloren es dríade. Está completamente conectada a los árboles.

Le toco el brazo a Yvan y entre nosotros salta una chispa cuando me mira con sus feroces ojos. Bajo la mano y se me acelera el pulso, arrepentida una vez más al sentir el efecto que tenemos el uno en el otro.

Me vuelvo hacia Sage.

—Quiero recuperar mi poder. Libérame del bosque.

Sage gesticula en dirección a un túnel.

—Pues vamos. —A sus ojos asoma una intensa luz violeta—. Nos reuniremos con los demás y desbloquearemos tu poder.

Seguimos a Sage y a Ra'Ven por una serie de escaleras de caracol excavadas en la piedra y nos adentramos en un túnel estrecho que nos conduce hasta una resplandeciente gran sala de la caverna que asombra. Del techo bajo de la cueva cuelgan una serie de estalactitas negras cristalinas. Junto a nosotros resbala otro río negro. Y todo está iluminado por el etéreo brillo verde de las runas huargas que vemos marcadas en las paredes.

Siento un gran alivio al comprobar que tanto Trystan como mi tío

Wrenfir y mi primo Or'myr ya están aquí.

Junto al elfo alfsigr más raro que he visto en mi vida.

Está apoyado en la pared de la cueva con una sonrisa irreverente en sus labios de marfil. Eso ya es muy sorprendente, pues, normalmente, los alfsigr son personas muy inexpresivas. Además, tiene unos esculturales rasgos blancos como el marfil y en su pelo, corto y blanco como la nieve, veo franjas de todos los colores del arcoíris, cosa que me parece revolucionaria, pues en la fe alfsigr está escrito que sus adeptos solo pueden llevar prendas plateadas y blancas, de la misma forma que los magos estamos ligados a nuestro sagrado color negro y algunos tonos permitidos. El elfo lleva los ojos decorados con un escandaloso toque de purpurina de colorines, y su finísima túnica marfileña está cubierta de runas alfsigr que lo iluminan con su resplandeciente luminiscencia, además de llevar un sinfín de gemas de todos los colores en las bocamangas. Tiene que ser el hechicero rúnico elfo del que me habló Or'myr. El elfo que sabe rastrear hechizos y que se unió a la Resistencia del Reino de Oriente.

Rivyr'el Talonir.

El elfo que puede ayudarme a encontrar el camino hasta Lukas.

De pronto recuerdo lo que ocurrió cuando estuve en el sueño de Lukas y siento de nuevo la añoranza por él. Me asombra lo intensa que es. El vínculo wyvern que me une a Yvan es algo muy potente, me cuesta pensar o sentir nada cuando estoy cerca de él, pues el caos se apodera de mis emociones.

—Yvan —jadea Trystan cuando se dan un emotivo abrazo.

Or'myr y Wrenfir nos miran a Yvan y a mí muy asombrados. Tienen delante a la Bruja Negra y al ícaro de la profecía, los dos seres potencialmente más poderosos de ambos reinos, vivos y unidos como aliados.

El brillante elfo se separa de la pared y se acerca a mí esbozando una sonrisa desconcertada y con su aguja plateada envainada al costado.

—La Bruja Negra —dice arrastrando las palabras, que pronuncia con un ligero acento alfsigr. Me tiende la mano; lleva las uñas cortas pintadas con purpurina de colorines. Le estrecho la mano—. La famosa

destructora de reinos —sigue diciendo con entusiasmo mientras me mira—. Y ya veo que estás oculta bajo el glamour de Ra'Ven. Yo soy Rivyr'el Talonir. El más peligroso e injuriado de los elfos alfsigr. Siempre es un placer conocer a otra descastada.

—Me parece que en eso te supero —apunto.

Suelta una breve risa y me gira la mano lentamente para observar la runa verde que Sage me ha hecho en la palma.

—¿Cuánto falta? —le pregunta a Sage; su tono divertido ha desaparecido.

—Una hora —afirma—. Dos a lo sumo.

—¿Estás preparado para enfrentarte a todo el bosque? —lo desafío.

Esboza una sonrisa seductora.

—Oh, querida, yo siempre estoy preparado. —Entonces se vuelve hacia Yvan con una mirada traviesa en los ojos—. No sé si el reino está preparado para vosotros. Apenas es capaz de entender que un elfo alfsigr esté de parte de las vu trin. —Me mira con complicidad—. Esperad a que descubran que os estáis riendo de su preciosa profecía.

De pronto brota una ráfaga de agua del río que corre por el fondo de la cueva. Se me acelera el corazón al percibir el torbellino de poder de agua que flota en el aire. Y antes de poder expresar sorpresa alguna, tres kelpies saltan a la cornisa. Tierney Calix monta una de ellas vistiendo un uniforme color zafiro del Wyvernguard.

Me siento eufórica. Tierney sonríe de oreja a oreja.

—¡Elloren!

Empieza a acercarse murmurando algunas palabras en asrai. Sus kelpies se disuelven y ella se posa en la piedra del suelo; echa las manos atrás para secarse y yo corro hasta ella.

Nos abrazamos y advierto cómo las auras duales de poderosa magia se abalanzan sobre nosotras.

Tierney se retira un poco y me coge de los brazos mientras su poder me rodea. Me mira con los ojos azules brillantes de emoción.

—Te dije que volveríamos a vernos en tierras Noi. —Esboza una sonrisa burlona—. Aunque nunca imaginé que las vu trin al completo querrían asesinarte.

Resoplo y sonrío abrumada.

—Eso ha supuesto un pequeño inconveniente en mi adaptación.

—Sí, bueno. A eso hemos venido, a provocar nuestros propios inconvenientes —responde con descaro mientras Yvan se acerca a mí.

—Tierney —la saluda extendiendo las alas y proyectando un escalofrío de deseo a través de mi fuego.

—Las vu trin fingieron tu muerte demasiado bien, lasair'kin —le dice Tierney mientras lo abraza con una expresión muy aliviada.

—Me alegro de verte, asrai'kin —contesta con sinceridad, y a mi mente acude el recuerdo de cuando se sentaron juntos en la hoguera de Verpacia, ambos ocultos bajo un glamour y corriendo un terrible peligro. Me conmueve verlos reunidos en el Reino de Oriente, donde pueden vivir en su verdadero yo.

Las auras que se ciernen sobre Tierney se intensifican llamando mi atención, y me vuelvo buscando el origen de ese invisible relámpago y el cálido fuego. Rastreo el apasionado relámpago hasta llegar a Or'myr, que observa a Tierney con una expresión fría y analítica. A continuación sigo el rastro de poder de fuego hasta Wrenfir. La expresión arácnida de mi joven tío se ve estudiadamente impasible, pero su poder fluye hacia ella con una fuerza intensa. Incluso Rivyr'el parece un tanto fascinado.

Me vuelvo hacia Tierney y me doy cuenta de que, ahora que puede ser ella misma, es de una belleza impresionante, pues ya no tiene que vivir atrapada en ese despiadado y doloroso glamour. No puedo evitar preguntarme si ella será consciente de la atención que está recibiendo y, de ser así, cómo la gestiona.

Se oye el eco de unos pasos a lo lejos y las conversaciones se apagan. Todo el mundo se vuelve hacia el sonido y siento un escalofrío nervioso por todo el cuerpo.

—Ren —dice Trystan con delicadeza tocándome el codo.

Le miro y advierto que en la mirada de mi hermano pequeño anida una cálida expectativa. Me vuelvo hacia la terraza con el corazón acelerado justo cuando de la oscuridad emergen varias figuras que se abren paso entre las sombras. Todos avanzan con seguridad mediante movimientos fluidos y uniformes. La luz rúnica los ilumina y a mí me flaquean las piernas.

Rafe y Diana abren la marcha. Los siguen Jarod, Andras y Aislinn. Todos tienen los salvajes ojos dorados de los lupinos del sur. Y todos visten uniformes negros vu trin.

Se me contrae el pecho y me tambaleo delante y atrás antes de echar a correr justo cuando mi hermano Rafe hace lo propio. Se me escapa un sollozo cuando me rodea con sus fuertes brazos y me abraza con fuerza.

—Eres lupino —exclamo asombrada estrechándolo un momento antes de alejarme un poco para poder mirarlo de arriba abajo.

No quiero volver a separarme de mi hermano nunca más.

Rafe se ríe con lágrimas en sus ojos ambarinos.

—Pues sí. Así es, Ren.

Me cuesta un poco acostumbrarme a su cambio, pero también me resulta increíblemente positivo. Sus ojos ya no son del conocido verde propio de los magos, sino que irradian un tono dorado, y el brillo verde de su piel está teñido de un resplandor carmesí. Mi hermano mayor siempre ha irradiado un gran poder físico, pero nunca ha sido tan intenso como ahora, que parece más corpulento y más fuerte que nunca.

Me vuelvo hacia Diana, que me mira con esa resplandeciente sonrisa lupina que tiene.

—Oh, Diana… —consigo decir viéndola borrosa a causa de las lágrimas.

Nos abrazamos mientras Rafe, Jarod y los demás se abalanzan sobre Yvan expresando el alivio que sienten al ver que sigue con vida.

—Mi hermana —dice Diana cuando nos separamos; me encuentro con su exultante sonrisa.

Me vuelvo hacia Rafe.

—¿Ya sois pareja lupina?

Rafe le lanza a Diana una mirada traviesa.

—Podría decirse que sí.

—Y tanto —admite Diana poniéndose seria y alzando la barbilla con formalidad—. Es un hombre fuerte y viril. Mi familia habría estado orgullosa de nuestra unión.

Por extraño que me resulte oírla hablar de mi hermano de esa

forma, asiento derramando algunas lágrimas más y perdiendo la sonrisa al recordar la espantosa tragedia: la última vez que Diana y yo nos vimos fue el día después del brutal asesinato de toda su familia, sus amigos lupinos…, casi todos sus seres queridos.

—Lo siento —le digo con la voz enronquecida—. Tu familia, Diana… Lo siento mucho.

Ella asiente y Rafe la rodea con el brazo. Diana se apoya en él y en su mirada asoma un duro brillo agresivo.

—Hemos reunido una manada en el Reino de Oriente. Una manada Gerwulf nueva. Ya somos más de cien y el número va en aumento.

Los miro asombrada.

—¿Tantos?

—Somos una nueva rama de las fuerzas vu trin —afirma Rafe también muy serio—. Estamos creando un ejército.

Diana adopta una expresión agresiva.

—El ejército que Vogel temía que creásemos.

—Bien —digo—. Porque ya viene.

Diana esboza una sonrisita.

—Pues que venga. —Enseña los dientes y su gesto me intimida tanto que se me eriza el vello de la nuca—. Quiero tener una charla con él —ruge—. Con los dientes.

Un escalofrío me resbala por la espalda y percibo, debido a la intensidad de su expresión, lo alterada que la ha dejado la espantosa tragedia. Ahora se la ve más seria, pero también advierto que es más feroz, y me alegro mucho.

Entonces se acercan Aislinn, Andras y Jarod. Aislinn me mira con los ojos ambarinos llenos de lágrimas. Nos abrazamos y me satisface mucho ver que su frágil aspecto ha cambiado un poco, pues su piel irradia un brillo más saludable y se la ve un poco más musculada.

—Tus marcas de compromiso han desaparecido —le digo mirándole las manos mientras Yvan abraza a Diana, Rafe y a los demás y se enfrasca en una conversación con ellos.

Mi amiga asiente y en sus ojos llorosos asoma una expresión más dura.

—Desaparecieron cuando me convertí en lupina, igual que mis

líneas de afinidad. —Me clava los ojos—. Es parte del motivo por el que estamos aquí, Ren. No hemos venido solo a protegerte. Si algo se tuerce cuando liberen tus poderes…, podemos convertirte en una de las nuestras.

Me quedo sin respiración y mi poder se estremece. Yvan me mira a los ojos y el fuego arde entre los dos. Me asombra lo poco que me gusta la idea de perder mis líneas. De perder mi conexión con la madera y la tierra. Además de la conexión mágica que me une a Lukas y a Yvan, fuego con fuego.

En los ojos de Yvan parece brillar una conflictiva comprensión y sé que está entendiendo a la perfección mi conflicto repentino. ¿Cómo me sentiría si me arrebataran mi fuego? ¿Si me arrebataran mi poder? Me vuelvo hacia Rafe muy preocupada.

—Ren, si las cosas se complican —me dice mi hermano con una mirada de apoyo—, deja que te transformemos.

Mi mente se rebela. En especial porque mis marcas de compromiso desaparecerían al mismo tiempo que mis poderes, y son la forma más clara que tengo de llegar hasta Lukas. Pero también sé que lo haré si tengo que hacerlo. Si es la única forma de sobrevivir o de evitar que mi poder caiga en manos de Vogel.

Asiento con reticencia incapaz de mirar a Yvan, aunque noto cómo su fuego brilla en mi interior.

—¿Cómo fue lo de… la transformación? —le pregunto a Aislinn; la tensión me altera la voz.

—Duele un poco —admite—. Pero entonces… —A sus ojos asoma un emotivo brillo—. Elloren, es espectacular. —Se le humedecen los ojos y se le rompe la voz—. No debería haber esperado tanto para unirme a ellos. Fue un error.

Mira a Jarod con timidez y yo levanto la mano para tocarle el brazo abrumada por la sensación de volver a estar con todos ellos y poder ver sus queridos rostros.

—Hermano —digo con lágrimas en los ojos, pues ahora ellos dos también forman parte de mi familia.

—Mi hermana —responde Jarod con cálido énfasis.

Le abrazo con fuerza, atormentada al recordar la última vez que le

vi, encorvado y conmocionado tras haber perdido a su familia de ese modo tan espantoso. Cuando se retira, sus ojos también brillan por la emoción.

—¿Ahora estáis juntos? —le pregunto mirándolos esperanzada.

Aislinn esboza una pequeña mueca de dolor y Jarod la coge de la mano.

—Todavía no —afirma, pero se lo dice más a ella que a mí—. Ya habrá tiempo.

Enseguida lamento haberlo preguntado, pues soy incapaz de imaginar el trauma que debió de pasar Aislinn con ese sádico de Damion Bane. Un destello de rabia me recorre las líneas al pensar que mi amiga estuviera comprometida con ese monstruo.

Diana se ríe de algo que ha dicho Tierney unos pasos más allá y el inesperado sonido de su grave risa es como un bálsamo luminoso que me levanta el ánimo. Y entonces me viene una pregunta a la cabeza.

—¿Quién es el alfa? —le pregunto a Jarod.

Jarod sonríe mirando a Rafe y a Diana.

—Ellos.

Le miro con sorpresa.

—¿Qué? ¿Los dos?

Asiente con un brillo divertido en los ojos.

—Ninguno de los dos era capaz de vencer al otro. Estuvieron peleando durante casi un día entero. Él es más fuerte que ella, pero ella es más rápida y… más avispada. Finalmente, después de muchas horas de tratar de dominarse, acabaron echándose a reír y se internaron en el bosque para unirse. Es algo que no tiene precedentes.

—Dos alfas —comento asombrada.

Me tropiezo con los ojos de Andras, cuya alta silueta se cierne sobre nosotros.

—¿Tú no competiste por el puesto de alfa?

Se ríe mirando a Rafe y a Diana.

—¿Contra alguno de ellos? —Alza una de sus cejas púrpuras—. Los he visto pelear. No les haría ni sombra.

—Me alegro mucho de verte, Andras —le digo dándole un cariñoso abrazo.

—¿Tu hijo está bien?

Recuerdo la última vez que vi a Konnor, el hijo de Andras. Y me vuelve el dolor al recordar el trauma que se adivinaba en el rostro del pequeño aquella espantosa mañana. Cómo encontraron a Konnor, la noche anterior, tumbado bajo los cuerpos de sus padres adoptivos.

—Está bien —me asegura Andras tensando su ceño salpicado de runas—. Mi madre se ocupa de él la mayor parte del tiempo. Está viviendo con nuestra manada.

No lo puedo creer. Su madre, la profesora Volya, había criticado a los lupinos y su forma de vida. Había criticado la idea de que Andras se uniera a ellos y no le había gustado que los lupinos acogieran a su hijo.

—No creo que esperase descubrir que tiene tantas cosas en común con la cultura lupina —me dice—. Pero lo ha hecho. Más de las que jamás creyó posible. Y ella y Konnor están muy unidos.

Se me alegra el alma al oírle decir eso, es un rescoldo de esperanza que demuestra lo que podría suceder en el mundo a la larga. Si la profesora Volya puede aprender a cruzar barreras culturales, amar a un nieto y abrazar una cultura que la habían enseñado a odiar, quizá otras personas también puedan lograr esa unidad.

Sage y Tierney se acercan a mí y no puedo evitar darme cuenta de que mi amiga asrai evita saludar a Andras e incluso mirarlo, a pesar de que percibo cómo su afinidad de agua se abalanza sobre el escultural cuerpo del lupino. Andras la mira a ella de soslayo con una expresión de incómoda preocupación, y me pregunto qué habrá ocurrido entre ellos.

Sage me toca el brazo colándose en mis pensamientos. Dejo que compruebe la runa de mi mano, que ahora proyecta un brillo rojo más intenso.

—Vamos —dice, y me hace señas en dirección a un pasadizo iluminado por runas. Su seria mirada me provoca un escalofrío en la espalda—. La runa ya está casi cargada.

9

Un beso del aura

ELLOREN GREY

Minas smaragdalfar

Reino de Oriente

La noche anterior al Xishlon

Observo el pelo irisado del elfo que ha hincado una rodilla ante mí. Rivyr'el ha pegado la aguja rúnica a la palma de mi mano. Del techo circular de la caverna cuelgan algunas estalactitas de ópalo que brillan a la luz de los candiles; y estamos rodeados por la mayor parte de nuestro grupo; Or'myr y Wrenfir están de espaldas a las brillantes paredes de la caverna.

Yvan aguarda un poco alejado de mí con las alas desplegadas contra la piedra a su espalda.

Rivyr'el mira a Sage con los ojos salpicados de purpurina de colores.

—Los árboles la han atado bastante bien. —Esboza una mueca irreverente—. Qué listo es el bosque.

—¿Qué estructura tiene? —pregunta Ra'Ven, que aguarda junto a Sage.

Rivyr'el pasea la punta de su aguja por la palma de mi mano con suavidad, dibuja un óvalo y me provoca un hormigueo en la piel.

—Lo que han hecho los árboles, básicamente, es proyectar barreras mágicas a través de sus líneas —responde—. Luego han conjurado un hechizo caótico que ha enredado los poderes de Elloren. —Levanta la punta de la aguja y la desliza hacia mi abdomen—. Y de este modo han orientado su magia hacia tu centro. —Vuelve a mirar a Sage—. El bosque está utilizando su falta de equilibrio dríade para descentrarla. Los poderes dominantes de Elloren son el de fuego y tierra, pero los de

agua y aire son más débiles, y apenas tiene poder de luz. Tendremos que potenciarle los poderes elementales más débiles antes de poder deshacernos de las ataduras del bosque.

Sage asiente.

—A continuación le proyectaremos poder de custodia para protegerla de otro ataque mágico antes de conjurar un hechizo de redirección para volver a conectar sus poderes a su mano derecha.

—Hay un problema —nos advierte Rivyr'el. Sage alza una de sus cejas púrpura—. Tendremos que ocultarle al bosque lo que estamos haciendo hasta el último momento, porque podría contraatacar. Se ha internado lo suficiente en su poder como para poder hacerlo.

—Muy bien —conviene Sage con una luz obstinada en los ojos—. La ocultaremos durante todo el tiempo que podamos. Y si tenemos que hacerlo, ahuyentaremos juntos al bosque.

—¿Podréis localizar a mi pareja cuando terminéis? —le pregunto a Rivyr'el.

El poder de Yvan se contrae y a mí se me estrecha la garganta al percibir su destello de incomodidad.

—Podrás localizarlo tú misma —me aclara Rivyr'el—. Gracias a la runa de localización que te pondré.

—¿Cuánto tardaremos en liberar a Elloren? —pregunta Diana desde donde aguarda junto a Rafe y los demás lupinos.

—Un día —afirma sin vacilar—. Como mucho.

Me quedo un segundo sin respiración y noto cómo el fuego de Yvan centellea a mi alrededor, quizá haya percibido el tono determinante de la situación. Libre. En un día. Con acceso al poder de la Bruja Negra.

—Volaré hasta la base de Vojuun. Está al nordeste —me dice Yvan —. Puedo hacerle llegar a Vang Troi la noticia de que queremos pactar una alianza. —Lo miro fijamente y él extiende un poco más las alas—. Le diré que no pensamos obedecer la profecía, Elloren. La estamos utilizando para luchar contra Vogel. Y las vu trin pueden elegir entre aliarse con nosotros dos o apartarse de nuestro camino.

Siento un feroz chispazo de amor por él que me recorre el poder envolviéndome en una intensa calidez; de pronto siento un vehemente

deseo de unirme a él, fusionar nuestros fuegos e incinerar toda la maldad del mundo.

—Estoy preparada para darle la vuelta a la profecía —admito.

Le miro fijamente y noto cómo en mi interior brotan unas ramificaciones de acero que avanzan hacia el centro de mi cuerpo.

Las runas noi del pecho de Yvan emiten un intenso destello.

Todo el mundo se vuelve hacia ellas con preocupación.

—Tienes que marcharte —afirma Ra'Ven. Gesticula hacia las runas de Yvan mirando a Rivyr'el—. Las vu trin deben de haber conjurado un hechizo de búsqueda. Me sorprende lo rápido que han ido.

—¿Cuánto tengo antes de que me encuentren? —pregunta Yvan.

—No mucho —responde Sage mirándolo con los ojos entornados—. Pueden rastrear tus runas en menos de una hora.

—Elloren… —dice Yvan con una llamarada contradictoria en la mirada.

—¿Nos dejáis un momento? —les pregunto a Sage y a Ra'Ven mostrándoles la runa todavía sin cargar que tengo en la palma de la mano.

—Sed rápidos —nos advierte Ra'Ven. Señala un pequeño pasadizo que hay al final de la cueva—. Sigue ese pasadizo —le indica a Yvan —. Hay una abertura al cielo. Mándanos halcones rúnicos para informarnos de la decisión de la comandante Vang Troi. —Se saca un medallón de halcón rúnico del bolsillo de la túnica y se lo lanza a Yvan—. Nos reuniremos donde ella elija después del Xishlon.

—¿Y si no quiere aliarse con nosotros? —pregunto.

—Entonces romperemos las relaciones con las vu trin —dice Rafe con los ojos ambarinos rebosantes de decisión—. Y formaremos nuestro propio ejército. Elloren, es importante que no luches sola contra Vogel.

—¿Adónde llevaréis a Elloren? —les pregunta Yvan a todos mientras su fuego me rodea con una feroz intensidad—. Vogel la está buscando y las vu trin están al acecho.

—Cuando la liberemos —tercia Or'myr— orientaremos sus líneas de luz hacia el púrpura y la ocultaremos con un glamour del mismo color. Lo que le permitirá entrar en mi Vonor de Voloi. —Mi primo

habla con una frialdad razonable y no puedo evitar admirar su imperturbable serenidad—. Está protegido y rodeado por un glamour que lo convierte en un lugar solo accesible a aquellos que poseen una línea de poder púrpura intrínseca. Las vu trin y Vogel no podrán encontrarla allí. Y estará a salvo hasta que recupere el control de su poder.

Yvan vuelve a mirarme con una emoción rebelde ardiendo en los ojos, pero noto un cambio en él.

—Ya no soy la chica indefensa que era en Verpacia —le aseguro llevándome la mano al Ash'rion—. Si Vogel viene a por mí, haré lo que hice con sus escorpiones y sus kraken. Lo haré pedazos.

Yvan me clava los ojos.

—Volveré a por ti, Elloren —me promete—. En cuanto consigas recuperar tu poder. —Su poder emite un ardiente destello cargado de dolor—. Y después cruzaré el portal hacia occidente contigo y te ayudaré a liberar a tu pareja.

Yvan y yo salimos de un túnel que da a una enorme caverna negra como el ópalo. Se eleva hacia arriba hasta alcanzar una altura imposible. En lo alto se divisa un retal de cielo estrellado. Hay una runa huarga en la pared que proyecta una luz verde sobre nosotros, y los luminosos ojos de Yvan proyectan un brillo dorado en su rostro. Extiende las alas y me mira a los ojos. Es como el impacto de una llama que carga el aire entre nosotros.

—Me cuesta mucho volver a separarme de ti —reconoce con la voz ronca por la emoción—. Si te sucediera algo cuando liberen tu poder… Es peligroso.

—Y tú no puedes hacer nada para evitarlo —le recuerdo sintiendo el mismo conflicto que él respecto a nuestra inminente separación—. Pero ellos sí.

Pero eso no aplaca su rigidez.

—La última vez que nos separamos, nada salió como lo habíamos planeado. Tú estuviste a punto de morir a manos de las vu trin. Y después te mandaron de vuelta a Gardneria. Intentaron matarte dos veces, y luego…

Se pasa los dedos por el pelo carmesí y me abrasa con los ojos.

«Lukas. Y después, Lukas», pienso presa de una creciente agonía.

—La seguridad nunca es permanente —consigo decir con un nudo en la garganta—. Cada vez soy más consciente de ello.

Yvan me mira con frustración y aprieta los dientes.

—Una vez me dijiste que debíamos poner la seguridad de nuestros seres queridos por delante de nuestros deseos —le recuerdo.

Se le escapa una risa amarga.

—Tu madre está aquí, ¿verdad? —pregunto.

—Sí —admite con la voz tomada.

—Igual que todas las personas que nos importan. Y todas las personas que hay aquí… Sabes tan bien como yo lo que les sucederá si Vogel consigue invadir estas tierras. Sembrará el terror. Y quizá nosotros podamos evitarlo.

Yvan reprime un suspiro.

—Ya lo sé, Elloren.

De pronto puedo sentir el revolucionario espíritu que compartimos erigiéndose en nuestro fuego mientras nosotros peleamos contra nuestro destino.

—Conseguiré que Vang Troi negocie contigo —dice.

Asiento esforzándome por tragarme todas las palabras que no puedo decir. De pronto su fuego me envuelve con más intensidad y se acerca a mí proyectando un flujo de calor ardiente.

—No puedo volver a besarte, Yvan —le digo presa de impulsos opuestos.

—Lo sé —responde con aspereza y una sonrisita a pesar de la agonía que cabalga por su fuego—. También sé que quieres hacerlo.

Las lágrimas me trepan por la garganta impidiéndome hablar. Aprieto el puño derecho y noto que la runa sigue sin estar cargada, lo que nos proporciona un poco más de tiempo.

—Siento seguir teniendo tu vínculo de fuego —le digo con la voz rota por el remordimiento—. Ojalá supiera cómo liberarte.

—Elloren…

Su fuego se estremece. Pronuncia mi nombre como si fuera algo precioso y me abraza. Cierro los ojos y le estrecho entre mis brazos; él me apoya sus labios en mi sien y yo me doy cuenta de que este

momento es una cimentación de nuestra alianza y una despedida de lo que jamás podrá haber entre nosotros.

—Me parece imposible dejarte —reconoce con un susurro entrecortado—. Aunque sé que ahora eres suya.

El remordimiento me atenaza y se me parte el corazón.

—Soy la Bruja Negra por encima de todas las cosas —digo con aspereza separándome de él y parpadeando para evitar derramar más lágrimas—. Y es imposible saber lo que me depara el futuro.

En sus ojos arde un infierno.

—Siempre seré tu aliado —promete.

La fuerza de su poder me coge por sorpresa y arde por mis líneas. Y por un momento se lleva mis lágrimas, mi dolor y todas las cosas espantosas que están sucediendo en el mundo, todo arrasado bajo una ola de amor.

Yvan se aleja a pesar de que su fuego se abalanza sobre mí y el mío hace lo propio sobre el suyo. Sus llamas escapan a su control y me rozan los labios besándome apasionadamente. Pero Yvan se esfuerza por alejarse, cosa que me provoca un pinchazo de dolor en el corazón.

Y entonces extiende las alas, las agita con fuerza y se eleva en el aire, deteniéndose un momento justo por encima de mí mientras proyecta una rítmica ráfaga de viento.

Me quedo quieta con un nudo en la garganta. Me siguen ardiendo los labios mientras nos miramos el uno al otro durante un apasionado momento. Y entonces Yvan se marcha volando en dirección a la abertura estrellada que hay en lo alto.

Una ráfaga de su fuego me rodea por última vez.

Y entonces desaparece.

—¿Estás preparada? —me pregunta Ra'Ven con una aguja rúnica de color esmeralda en la mano mientras yo aguardo ante él parcialmente desnuda en una caverna circular.

Tengo la túnica hecha un ovillo y pegada al pecho, y me siento muy agradecida de que Valasca me ayudase a enfrentarme a mi implacable timidez gardneriana.

Todas las personas que me ayudarán a liberar poder están colocadas en círculo a mi alrededor: Sage, Rivyr'el, Or'myr, Tierney, Trystan,

Lucretia, y también su hermano Fain, que acaba de llegar. Los lupinos se han apostado en la entrada de la caverna para protegerla.

—Estoy lista —le aseguro.

Ra'Ven va colocando la punta de la aguja a las cadenas tatuadas que llevo en el cuello. Noto un hormigueo en la piel cuando cada una de las cadenas deja de ser un tatuaje para convertirse en una sucesión de runas huargas smaragdalfar tridimensionales. Coge una de las cadenas con delicadeza y la levanta.

Siento un alivio de la tensión en mis orejas cuando pierden las puntas y me hormiguea todo el cuerpo. Ra'Ven coge otra de las cadenas y una ráfaga de energía me recorre el cuero cabelludo; cuando bajo la vista veo que mi pálida melena gris vuelve a ser morena. Al levantar la siguiente cadena veo un destello de luz verde, y el glamour va desapareciendo a medida que me van quitando las cadenas una a una. Y de pronto sé, cuando veo que Ra'Ven se yergue ante mí, que he recuperado el aspecto de la Bruja Negra.

Levanto la mano verde y contemplo las intrincadas marcas de compromiso que vuelven a verse en mis manos y mis muñecas, y se me contrae el corazón. Me costaba mucho sentir nada por encima del fuego wyvern de Yvan cuando él estaba tan cerca de mí, pero ahora que se ha marchado, el recuerdo de encontrarme con Lukas en su sueño vuelve a mí como una ola. Me aprieto las marcas de compromiso como si quisiera agarrarme desesperadamente a lo que pronto será mi forma de volver a Lukas.

Sage y Rivyr'el ocupan el lugar de Ra'Ven y se colocan delante de mí mientras yo vuelvo a ponerme la túnica. Sage clava una rodilla en el suelo y me hace señas para que me levante el dobladillo de la túnica. A continuación pone la punta de su varita púrpura en la runa para rastrear demonios que llevo en el abdomen. En ese momento, Sparrow Trillium y Thierren Stone entran en la caverna.

—Estáis aquí —les digo asombrada de reencontrarme con mi antigua doncella de Valgard y el mago de nivel cinco que se alió con Lukas. Ahora Thierren viste el uniforme de los soldados vu trin—. Me alegro mucho de que consiguierais llegar a oriente —digo abrumada por el recuerdo de cómo escapamos de Valgard mientras Sage me

borra una parte de la runa que me hizo en Amazakaran provocándome un pinchazo que me hace estremecer.

—Aislinn me pidió que viniera —explica Thierren—. Dijo que ibais a necesitar poder de aire.

—Queremos ayudarte, Elloren —añade Sparrow—, y a Lukas también. Haremos todo lo que podamos.

Asiento agradecida mientras advierto lo mucho que ha cambiado Sparrow. Viste un resplandeciente vestido lila con lirios bordados y sus delicadas orejas están decoradas con brillantes gemas de color púrpura.

—Estás muy distinta —exclamo asombrada.

—No me ha costado mucho establecerme aquí como modista y diseñadora —me dice cuando empiezo a notar una serie de dolorosas punzadas por toda la piel. Me estremezco y Sparrow me mira el abdomen con evidente preocupación.

—Está a punto de liberarse bastante poder en esta estancia —advierte Or'myr antes de hacerle señas a Sparrow para que se retire por su seguridad, pero Thierren se queda en su sitio. Cuando ya ha retirado la runa para rastrear demonios, Sage se pone en pie y mira a Rivyr'el.

—¿Lista? —me pregunta.

A continuación me desliza la punta de la aguja rúnica por el estómago delineando el contorno de una enorme runa plateada circular. Enseguida se afana con el interior de la runa: una corona de cinco runas más pequeña que orbitan alrededor de un disco plateado central. Coloca la punta de la aguja en el disco y murmura un hechizo.

Dos de las cinco runas interiores empiezan a rotar hasta convertirse en sendos borrones plateados. Otras dos giran más despacio mientras la última de las runas interiores permanece inmóvil.

Rivyr'el toca con la aguja las runas borrosas y mira a Sage.

—Esto calibra sus líneas de fuego y tierra. —Desliza la aguja hacia las runas que rotan más despacio—. Y aquí están reflejadas sus líneas de agua y aire. —Por último coloca la aguja en la runa inmóvil—. Y aquí tenemos su poder de luz, todavía latente. —Me sonríe—. Vamos a equilibrarte, brujilla. Y empezaremos por el agua. Para eso

necesitaremos la ayuda de una fae con poder elemental de agua. Por suerte, contamos con la ayuda de tu amiga asrai. —Mira a Tierney con complicidad—. Y además es preciosa.

Tierney le lanza una mirada que parece decir: «¿En serio, Rivyr'el?».

Él sonríe impasible.

—Si necesitas un xishlon'vir para mañana por la noche, mi oferta sigue en pie…

—Rivyr'el —lo interrumpe mi primo Or'myr con un tono sorprendentemente molesto—. ¿Te importaría no flirtear con nadie en este preciso momento?

Rivyr'el le sonríe y empieza a dibujar un círculo de pequeñas runas de protección en mi abdomen alrededor de la runa elemental del centro.

—Deberías flirtear de vez en cuando —comenta mirando a Or'myr de soslayo—. A menos que disfrutes siendo un hechicero solitario encerrado en una torre secreta. —Coloca la aguja sobre una de las runas elementales y se pone serio de nuevo—. Venga, Or'myr, haz algo útil y crea un camino.

—Se da la casualidad de que disfruto mucho de mi torre secreta —responde Or'myr sacándose una amatista del bolsillo para después presionarla sobre la runa de agua al tiempo que recita un hechizo urisco.

Una ráfaga de su poder de fuego violeta me recorre las líneas y yo respiro hondo. Se me pone la piel de gallina y la runa de agua plateada se torna de color lavanda.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Proyectando un hechizo de desviación a través de la runa —me explica Or'myr—. Eso nos permitirá alimentar tu poder a través de las líneas de agua. —Mira a Tierney, Trystan y Lucretia—. ¿Estáis listos?

Trystan y Lucretia desenvainan sus varitas mientras Tierney da un paso adelante y Or'myr sigue presionando la amatista sobre la runa de agua, que gira lentamente. Se acercan todos a mí. Tierney roza a Or'myr cuando se coloca en su sitio frente a él.

La línea de fuego de mi primo emite una potente ráfaga de relámpagos y me asombra tanto su intensidad que vuelvo a

preguntarme si Tierney se habrá dado cuenta del efecto que causa en mi enigmático pariente.

Or'myr traga saliva y le tiende la mano a Tierney perdiendo un poco la compostura.

—Esto…, mmm —tartamudea—. Tienes que cogerme de la mano.

Tierney lo mira con incredulidad, asiente y pone la mano sobre su palma.

Noto el impacto de una asombrosa convergencia de poder en el momento en que el aura de fuego de Or'myr crepita hasta unirse al poder de agua de Tierney provocando una acalorada explosión invisible de vapor violeta. Se miran asombrados. Los dos sienten un escalofrío que los recorre de pies a cabeza y los dos parecen muy estupefactos de sentir la acalorada amplificación de sus poderes. Or'myr murmura un hechizo y ambos parecen serenarse un poco cuando consiguen dirigir el poder de Tierney hacia el cristal que tiene pegado a mi abdomen.

—Atentos. —Sage alza la palma de la mano. Trystan y Lucretia acercan las puntas de las varitas a la piedra de Or'myr y murmuran sendos hechizos—. ¡Ya! —ordena Sage, y las varitas se colocan sobre la amatista.

Jadeo al notar la ráfaga del poder de Tierney que se interna en mi interior al tiempo que noto cómo entra el poder de agua de Trystan y Lucretia. Tengo la sensación de haberme sumergido en las profundidades del océano y suspiro algo temblorosa. Mis líneas de agua se fortalecen hasta que en ellas anida tanto poder como en mis líneas de tierra y fuego.

Or'myr alza la mano.

—Se ha equilibrado —anuncia cuando la runa de agua de color lavanda gira con tanta fuerza que se ha convertido en un borrón.

Trystan y Lucretia despegan las varitas de la piedra y dan un paso atrás junto a Tierney. Mi amiga mira a Or'myr durante un breve y estremecedor momento y el aura de rayos lila de él centellea alrededor de la asrai, y me asombra percibir el poder asrai de Tierney abalanzándose sobre él con fuerza.

Mi primo se esfuerza por reprimir sus poderes encandilados y coloca

la amatista sobre la runa de viento. Fain me sonríe con cariño cuando se acerca junto a Thierren y ambos alimentan mis líneas de aire con sus poderes. Noto una abrumadora corriente de aire que fluye por mi interior y mi runa de aire acelera hasta convertirse también en un borrón.

—Te toca, Sagellyn —anuncia Or'myr, y pone la piedra sobre la runa inmóvil.

Luz.

Sage me mira con sus ojos lila mientras coloca la punta de su varita sobre la piedra de Or'myr, cierra los ojos y empieza a entonar una serie de hechizos.

De la runa emanan una serie de rayos de luz púrpura que se internan en mis líneas.

Sage retira la varita y Or'myr aparta la piedra. Las cinco runas elementales emiten un brillo lavanda y me provocan un zumbido en la piel, que se ha teñido de color violeta; ya no puedo ver mis marcas de compromiso. Sage pasea los ojos por las runas como si estuviera leyendo una compleja fórmula matemática. La tensión aumenta.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Voy a conectarlas.

Alza la varita y dibuja una serie de runas para unir las cinco marcas elementales, y la cadena de runas adopta un tono violeta más brillante.

De pronto percibo algo y se me eriza el vello de la nuca. Las hojas empiezan a agitarse.

Siento una punzada de miedo.

—Sage —jadeo—. Los árboles… lo saben.

Los muros de la caverna se arquean hacia dentro y yo grito. Reculo al ver la imagen de los árboles en la pared. Del suelo brotan las raíces y todas las personas que me rodean desaparecen.

—¡Están aquí! —grito—. ¡Los árboles están atravesando las paredes!

—¡Es una ilusión! —me ruge la voz de Or'myr desde la nada mientras noto cómo unos fuertes brazos invisibles me rodean por detrás y me agarran de las muñecas.

Las ramas negras como el ópalo atraviesan las paredes de la cueva y

el techo. Yo forcejeo para soltarme, desesperada por empuñar mis cuchillos, mientras el bosque de piedra se transforma en un bosque real de oscuras ramas vivas que me inmovilizan.

Se me enroscan en el cuello, el pecho, las piernas. Las ramas más pequeñas se internan en mi cuerpo y se me cuelan en las líneas provocándome un dolor espantoso.

Grito presa de una intensa agonía y forcejeo contra los árboles mientras ellos me agarran de las líneas y tiran en todas direcciones, como si el bosque estuviera tratando de arrancármelas. Las ramas que me rodean el cuello y el pecho se estrechan y empiezo a quedarme sin aire en los pulmones.

—¡Me están atacando! —jadeo con la voz ronca—. Ayudadme…

Un relámpago violeta centellea en el dosel del bosque al mismo tiempo que unas llamas lila emergen del suelo. El calor se va intensificando mientras el bosque ruge con rabia, y mis extremidades, las hojas y las raíces se dejan arrastrar por la tempestad púrpura.

—¡Rafe! ¡No! —grita Sage justo cuando vuelvo a ver la cueva y desaparece la presión que sentía en el pecho y la garganta.

La fuerza que me estaba reteniendo las líneas desaparece tan de golpe que me dan ganas de devolver.

Estoy empapada en sudor. Mi hermano mayor me está rodeando con los brazos y me tiene cogida de las muñecas. Separa los dientes de la base de mi cuello y yo jadeo tratando de respirar. Y hay una multitud de varitas —además de la aguja rúnica de Ra'Ven— apuntando hacia las runas de mi abdomen. Los lupinos siguen rodeando la estancia.

Todo el mundo tiene la respiración acelerada. Todos parecen asustados y me miran todavía escépticos. El brazo de Sage emite un reluciente brillo violeta incandescente.

—Se han ido —jadeo.

—De momento —ruge Or'myr entornando sus ojos verdes como si estuviera fulminando con la mirada al bosque a través de mí—. Volverán. ¡Tenemos que protegerla, rápido! —apremia a Sage.

—Si vuelven a asfixiarla, la transformaré —advierte Rafe por detrás de mí.

Sage asiente con la frente salpicada de sudor y murmura un hechizo

con los dientes apretados pegando la punta de la varita al centro de la runa que tengo en el abdomen y dibuja una oscura runa púrpura en el disco central.

Todas las runas elementales emiten luz y las siluetas del bosque vuelven a proyectarse en las paredes de la caverna al tiempo que ante mis ojos aparece un joven con las orejas puntiagudas y la piel verde, la mirada iracunda y unos cuernos hechos con ramas de árbol. Se me escapa un grito de sorpresa al mismo tiempo que los árboles aúllan en mi cabeza y mis líneas se enredan con fuerza. Las ramas del bosque intentan internarse de nuevo, pero ahora mis líneas parecen de un cristal resbaladizo y percibo la incapacidad del bosque para aferrarse a ellas.

Y entonces, empujada por un arrebato, la magia del bosque desaparece.

La imagen del bosque desaparece de las paredes de la caverna y me fallan las rodillas.

Rafe me agarra con fuerza mientras yo intento recuperar el equilibrio.

—Estoy bien —le digo casi sin aliento—. Rafe…, estoy bien.

Me suelta un poco y yo respiro hondo notando cómo algo nuevo anida en mi interior…

Equilibrio.

Me recorre las líneas como una marea.

Yo respiro hondo asombrada y la sensación de ese equilibrio perfecto va ganando terreno; ahora mi magia puede volver a respirar.

Sage está algo pálida. Me coge la mano y dibuja una meticulosa hilera de runas lila desde mi palma hasta mi hombro.

—Son runas de flujo. Conectarán tu poder con tu mano derecha —me explica señalando la hilera de runas que me está haciendo en el brazo—. Se iluminarán cuando se carguen, empezando desde el hombro hasta llegar a la mano. Cuando la carga llegue a la palma de la mano, habrás recuperado el control de tus poderes.

Rivyr'el me pega un disco con una runa plateada en el dorso de la mano.

—Y esta runa que te estoy transfiriendo te ayudará a rastrear a tu

pareja.

Pega la aguja rúnica al disco y de este emana un destello de luz plateada. Separa el disco y yo abro los ojos, sorprendida de ver la intrincada runa plateada que tengo en la mano, cuyo círculo exterior encierra algo que parecen dos pequeños compases entrelazados.

Me abruma pensar en las posibilidades que eso me proporciona y cierro mi mano púrpura preparada para empuñar una varita.

«Ya vengo, Lukas.»

Rivyr'el se pone en pie sin soltarme la muñeca.

—Cuando recuperes tu poder, esta runa rastreadora se alimentará de tu magia y adoptará un brillo plateado. Y cuando lo haga, podrás hacerte una idea de la distancia a la que se encuentra tu pareja, aquí —señala uno de los dos compases internos—, y la dirección, aquí.

Mientras sigue explicándome los detalles, Diana nos interrumpe y, con las narinas dilatadas, dice:

—Viene alguien.

Se oyen los pasos de unas botas que se acercan a toda prisa y Ni Vin entra en la caverna.

—Han llegado las vu trin. —Ha desenvainado la espada rúnica. Lo primero que le llama la atención es mi nueva apariencia púrpura. Entonces mira a Or'myr—. Llévatela a tu Vonor. ¡Ahora!

Mi primo me sujeta del brazo y desenvaina la varita. Salimos corriendo por el mismo pasillo estrecho que crucé con Yvan. Y a nuestra espalda oímos el eco de la voz de Sage:

—¡Or'myr, hagas lo que hagas, aléjala de los árboles!

10

Vínculo oscuro
LUKAS GREY

Colmena oscura

La noche anterior al Xishlon

—Elloren Grey se hará con el control de su magia dentro de unas horas.

Las palabras de Vogel provocan un reguero de fuego que recorre el poder de Lukas. Evalúa con precisión al enviado demoníaco que se cierne junto a Vogel sobre su maltrecho cuerpo. Van acompañados de cuatro magos oscuros de brillantes ojos grises. La luz plateada de los candiles se refleja sobre todos ellos.

Lukas ve destellos grises. Los colores de la escena empiezan a apagarse y él trata de morder la mordaza negra que lleva. Cada vez tiene más ganas de desembarazarse del poder de Vogel. El sacerdote sonríe, cosa que solo sirve para aguijonear la rebeldía de Lukas, que nota el potente latido de su corazón contra las costillas.

Porque sabe que está librando una pelea contra reloj, luchando contra el poderoso avance de su corrupción.

Una carrera hacia Elloren.

Una carrera por el Reino de Oriente.

La engreída y venenosa voluntad de Vogel se pasea por los confines de la mente de Lukas y roza el escudo defensivo que este ha tejido allí. Puede sentir la presencia del sacerdote en su cabeza, pérfida y rastrera; Lukas forcejea contra las ligaduras de sombras que lo tienen inmovilizado contra el suelo de la celda. Ha intentado proyectar su poderosa aura contra las ataduras y contra los barrotes de sombras de la celda. Ha echado mano de todos los recursos mágicos y no mágicos

para liberarse.

Pero necesita una varita.

«Comete un solo error, Marcus, y te empalaré con mi magia. Comete un solo error», ruge mentalmente Lukas mirando a Vogel a los ojos.

—La Bruja Negra se nos ha escapado —le dice el demonio a Vogel con un tono grave que resuena en las paredes; parpadea con sus ojos rojo fuego—. Le perdimos la pista en Voloi.

—La han llevado al Vonor del hechicero Or'myr Syll'vir —afirma Vogel sin dejar de mirar a Lukas—. Seguro que la ha protegido.

—Es poderoso —le advierte el enviado demonio—. Y si no quiere que lo encuentren, es imposible de rastrear.

—De momento —tercia Vogel con aspereza volviéndose para mirar al demonio antes de agacharse junto a Lukas para pasear la punta de la varita por una de sus marcas de compromiso—. Muy pronto ella impondrá su propio rastro.

Lukas se aparta con fuerza al percibir el contacto. De sus líneas brota un tirabuzón de sombra que le provoca una dolorosa punzada en las marcas de compromiso de las manos y las muñecas.

—Cuando Elloren recupere el control de su poder, ya será mía —anuncia Vogel repasando las marcas casi con cariño y sin dejar de mirar a Lukas.

Lukas observa cómo se marchan sus captores a través de los oscuros y ondulantes barrotes de su celda. Vogel agita su varita negra con despreocupación una última vez.

Las ataduras negras de Lukas desaparecen de golpe y él aprieta los dientes al sentir la ráfaga de dolor que le provocan al desprenderse de su piel, lo que le deja una serie de marcas rojas. Se obliga a incorporarse y se masajea la mandíbula dolorida. No deja de darle vueltas a la cabeza.

Se acerca un poco más a los barrotes de la celda y observa a los soldados que pasan y a los que emergen de las celdas insectiles pegadas a los enormes muros de las paredes negras. Pasea la vista hacia el numeroso enjambre de murciélagos fantasma que hay colgados del techo de la caverna, y después observa a los escorpiones negros que están pegados a las paredes, quietos como estatuas.

Lukas se concentra en la magia oscura que se ha pegado al compacto escudo con el que se ha protegido las líneas. Es la misma magia que está intentando colarse en su mente y que le oscurece la visión.

«No contabas con mi gran habilidad con los escudos, ¿verdad, Marcus?», piensa Lukas con rabia.

«No eres el único que usa la cabeza, bastardo fanático.»

Lukas se obliga a respirar con tranquilidad, cierra los ojos y se concentra para extender su poder y escudarse por encima de la capa de poder oscuro que Vogel le ha pegado a las líneas.

Los segundos se convierten en minutos y los minutos en horas.

Se concentra con más fuerza. Se le oscurece la vista y cada vez es más consciente del paso del tiempo. No deja de proyectar su poder hacia el yugo oscuro de Vogel. Y entonces empieza a emerger en su mente un mapa completo de toda la colmena. La red de poder es demasiado grande como para que Lukas pueda con ella, incluso con una varita.

Pero él no necesita a toda la colmena.

Retira su poder para escudarse y proyecta un tirabuzón de este por encima de una de las ligaduras de Vogel. Se desliza muy despacio.

En dirección al escorpión más cercano.

Lukas interna su magia en la cabeza y el tórax del escorpión, y continúa bajando por una de sus poderosas patas delanteras. Exhala con fuerza con la espalda empapada y apretando los dientes con tanta fuerza que le duelen las muelas; y proyecta su voluntad en el escorpión.

El animal vuelve la cabeza muy lentamente hacia Lukas, le tiembla la pata delantera un momento. Pero entonces la conexión se rompe y la bestia vuelve a quedarse inmóvil.

Lukas siente una vengativa satisfacción mientras jadea a causa del esfuerzo.

El sacerdote no es el único que puede controlar esa oscuridad.

«Baja la guardia una sola vez, Marcus. Solo una vez», ruge mentalmente preparándose para volver a proyectar su magia de tierra una vez más.

«Y te estaré esperando.»

11

Hechizo del Xishlon

ELLOREN GREY

Voloi, Noilaan

Reino de Oriente

Xishlon

Me agarro con fuerza a la cintura de mi primo mientras salimos del túnel de las minas en dirección a la cumbre de la cordillera Voloi. Nuestro esquife rúnico se interna en los tonos azul cobalto que despliega el cielo antes del amanecer. Se me atenaza la garganta cuando veo la gran cantidad de esquifes militares que aguardan a los pies de la montaña, y el pánico me paraliza cuando bajo la vista hacia nuestra embarcación.

Hemos desaparecido.

O, más bien, el hechizo de camuflaje de Or'myr nos ha fusionado con la piedra púrpura de la montaña con tal exactitud que es como si hubiéramos desaparecido. Me agarro con fuerza al torso de mi primo y me esfuerzo por entender que nos estamos propulsando por el aire sin nada debajo.

—No mires abajo —me sugiere por encima del hombro—. Concéntrate en algún punto de la montaña.

Trago saliva y me concentro en las tenues estrellas que salpican el cielo pensando preocupada en lo que les ocurrirá a todos si los detienen.

Finalmente, doblamos una curva en la cordillera, y los distintos niveles de Voloi se erigen ante nosotros. El cielo está empezando a aclararse por el este. Me estremezco al ver una explosión de luz púrpura a nuestro alrededor. De pronto aparece ante nosotros una

pequeña vivienda de dos pisos justo por debajo de la cumbre de la montaña y alzo las cejas al ver el fantástico Vonor de mi primo. Está excavado en la piedra como la casa de Fain y tiene una torre circular que hace las veces de piso superior con un montón de runas en la fachada.

Or'myr aterriza con suavidad en la terraza del Vonor, desembarcamos en la piedra púrpura y nos dirigimos hacia una puerta de oscuro color ciruela. Mi primo coge el candil que está colgado junto a ella y lo sigo hasta el pequeño vestíbulo, desde donde subimos por una escalera de caracol. A medida que ascendemos observo los preciosos paisajes que hay colgados en la pared; son retratos hechos con lápiz violeta, la mayoría de naturaleza romántica: tormentas impresionistas, amaneceres místicos y etéreos, noches de luna… Y todos están firmados por Or'myr.

La escalera desemboca en una estancia abarrotada en la torre y no puedo evitar cerrar el puño con deseo. El Vonor de Or'myr es un auténtico bosque púrpura. En las paredes hay árboles lilas empotrados. Extienden las ramas por el techo y enmarcan las ventanas abovedadas de la torre, desde las que se ven unas vistas panorámicas de la ciudad además del vasto río Vo; incluso de las lejanas islas verticales conectadas del Wyvernguard. Y se ven más ramas rodeando las puertas de cristal amatista que conducen a un pequeño balcón de piedra.

Clavo la vista en la multitud de estanterías que anidan entre los huecos de los árboles, donde descansan innumerables libros y una gran variedad de utensilios científicos, muchas gemas de distintos tonos lila, muchísimos utensilios artísticos y varias varitas y armas rúnicas de color violeta.

Aprieto el puño derecho sintiendo el hormigueo de mi poder de tierra y me reprimo para no tocar la madera y proyectar mi poder a través de ella.

Or'myr desenvaina la varita y se pone a encender candiles, que proyectan su luz violeta en la estancia. A continuación, coge una ristra de piedras lila cristalinas y un libro de hechizos y murmura en urisco algo sobre «encontrar una buena forma de geoamplificar los hechizos

de Sage» mientras hojea uno de los tomos.

—Vamos a probar con la zoisita —comenta deslizando su largo dedo por la página. Deja el libro de hechizos y me mira—. Extiende el brazo, Elloren.

Hago lo que me pide y Or'myr empieza a rodearme el brazo con la ristra de piedras que tienen un tono ciruela tan oscuro que parecen negras. A continuación pega la punta de la varita a una de las piedras.

—Tengo una corazonada —me explica mientras un intenso brillo violeta ilumina la piedra—. Esto debería restar algunas horas al proceso para liberar tu poder. Mientras esperamos, podemos repasar algunos hechizos de defensa y colocarte un buen geoescudo. Tenemos tiempo de sobra, prima, pero debemos terminar con esto antes de que la luna del Xishlon reine en el cielo. Es frustrantemente difícil concentrarse bajo su hechizo…

—Or'myr —le interrumpo presa de una ansiedad que se abre paso por su verborrea y la atracción que siento hacia toda la madera de la habitación—. ¿Qué les pasará a mis hermanos y a todos los demás si las vu trin los detienen?

Or'myr me clava sus ojos verdes. Advierto una luz sombría en su mirada.

—Los interrogarán y es posible que los retengan durante algunas horas. Pero no les ocurrirá nada malo, Elloren. Las vu trin no van a asesinar a los alfas del ejército lupino y a su mago de luz más poderoso, ni a ninguno de sus magníficos aliados; y nosotros solo queremos que Vang Troi hable contigo.

—No es tan simple, Or'myr.

—Ya lo sé, prima —admite con tristeza.

—Y luego está la profecía…

—Vang Troi no está ligada a ella —contesta iluminando otro cristal —. Estamos hablando de la misma mujer que dejó entrar a tu hermano en el Wyvernguard a pesar de las múltiples peticiones y protestas, además de a un buen número de magos y soldados con sangre maga, yo incluido. Es una inconformista, pero también es el genio militar responsable de conseguir que tu abuela no pudiera entrar en el Reino de Oriente durante la guerra de los Reinos, por lo que se ha ganado

que el cónclave noi le conceda bastantes libertades. Y no olvides que el ícaro de la profecía está de tu parte.

—Aun así…, si ella no reconoce a Yvan —insisto—, ¿en qué lugar te deja eso a ti?

Se detiene un momento para mirarme.

—Elloren, yo estoy contigo.

—Pero si acabas de conocerme.

Se encoge de hombros.

—He tenido ocasión de conocer bastante bien a Trystan en un periodo de tiempo muy corto. Y también a Tierney. —Advierto que su poder se erige cuando dice el nombre de mi amiga—. Y suelo dejarme llevar por mis instintos en estas cosas —añade—. Estoy contigo.

Suspiro algo temblorosa.

—Gracias, Or'myr.

Me dedica una sonrisita mientras termina de cargar los cristales y después se encierra un momento en sí mismo murmurando para sí y preguntándose cuáles de las piedras mágicas serán las mejores para proyectar un geoescudo. Miro a mi alrededor y clavo los ojos en un estante confeccionado con virutas de todas las maderas imaginables. Mi poder da un fuerte tirón hacia ella.

Alargo la mano para tocar algunos de los fragmentos: pino, ciprés, cedro, fresno, roble. Por mis líneas se internan varias oleadas de éxtasis y cada uno de los árboles se proyecta en mi mente hasta formar un bosque entero. Embelesada, cojo un precioso fragmento de madera gris fascinada con las vetas plateadas. Me sobrecoge la imagen del olmo alfsigr que aparece en mi mente. Cierro los ojos y respiro hondo perdida en el brillante dosel del bosque.

—¿Puedes visualizar los árboles? —pregunta Or'myr internándose en el trance que me provoca la madera con un tono de absoluto asombro.

Abro los ojos; me está mirando fijamente.

—¿Tú también? —le pregunto.

Traga saliva y asiente.

—Jamás pensé que conocería a otra persona capaz de hacerlo.

Nos miramos el uno al otro con mutuo asombro. El mundo se ha

parado de golpe ante la increíble perspectiva de compartir esta habilidad con otra persona.

—Cuando era niña tenía una colección de pedacitos de madera —le digo al fin—. Los escondía por todas partes.

—Yo también —confiesa sin aliento.

—Ven. —Le acerco el pedacito de madera—. Tócala conmigo.

Abre un poco más los ojos, pero acepta enseguida y pone la mano sobre la mía, desliza los dedos por mi piel hasta llegar a la madera.

En cuanto entra en contacto con ella, la visión del árbol se intensifica y resoplo sin querer. Las ramas cargadas de hojas plateadas nos rodean a los dos y una arboleda de olmos toma forma a nuestro alrededor. Los dos respiramos hondo y un escalofrío embelesado se desliza por nuestra magia combinada.

Or'myr suelta la madera al mismo tiempo que yo y la visión de la arboleda se desvanece mientras los dos nos miramos a los ojos con asombro.

—Me pregunto… —me aventuro a decir algo vacilante—, si hubiéramos podido crecer juntos… —Esbozo una triste sonrisa—. Me pregunto si hubiéramos podido tener una colección secreta.

Noto una repentina sensación de dolor en el pecho, y por la cara que pone mi primo me doy cuenta de que él siente lo mismo. Porque no deberíamos estar descubriendo estas cosas ahora.

Or'myr guarda silencio un momento.

—Lamento que no tuviéramos la ocasión de hacerlo, prima.

—Yo tenía que ocultar mi afinidad —le confieso dubitativa—. Porque es una atracción fae.

—Yo también la ocultaba en oriente. —Me lanza una mirada mordaz—. Es como una bofetada para mi sangre gardneriana. —Mira a su alrededor contemplando el espacio rodeado de árboles—. Es parte del motivo por el que nunca dejo que nadie venga aquí, aunque pudieran hacerlo. Aquí puedo ser yo mismo sin que nadie vea esas partes «contaminadas» de mí.

El dolor que anida bajo el tono de su voz me resulta demasiado familiar.

—Yo también sé demasiado sobre eso de que te juzguen por cosas

que no puedes controlar —digo notando cómo empieza a formarse entre nosotros un vínculo de afinidad.

Or'myr suelta una carcajada.

—Sí, prefiero juzgar a las personas por las cosas que sí pueden controlar, y te aseguro, prima, que sigo pudiendo juzgar muchas cosas.

Bajo la vista para contemplar la madera lila del suelo y, entre las sombras, veo un violín de color vino apoyado entre dos troncos de árboles. La emoción me acelera el pulso cuando observo la estancia circular y veo la gran cantidad de violines que hay entre los árboles. Algunos de los instrumentos tienen un diseño noi que no conozco, están lacados en negro y lucen grabados de dragones de color perla, y algunos tienen más cuerdas de las que son habituales.

Se me encoge el corazón al recordar al tío Edwin, que, pacientemente, me enseñaba a tocar y compartía conmigo el arte de la confección de violines. Y después me viene a la cabeza el sueño de Lukas, cómo me puso el violín y el arco en las manos…

—Yo también toco el violín —le digo a Or'myr con la voz entrecortada—. Y soy lutier.

—Lo sé —me dice en voz baja—. Me lo contó Trystan.

«Me enseñó el tío Edwin, Or'myr —pienso, pero no encuentro las fuerzas para decirlo—. Pero él debería haber podido enseñarte a ti también.» Con los ojos llenos de lágrimas, me vuelvo hacia el violín que tengo más cerca y a las partituras apiladas de cualquier forma a su lado. Leo los títulos de las primeras piezas pasando las partituras sin pensar. Me quedo de piedra cuando me topo con una que conozco muy bien.

Winter's Dark.

—Esta era la favorita del tío Edwin —murmuro temblorosa recordando la melancolía de la pieza—. Solíamos tocarla muchas veces…

De pronto me viene a la cabeza el recuerdo del tío Edwin, Trystan y yo tocando la melodía junto a un fuego de invierno en nuestra acogedora casita de Halfix mientras Rafe nos escuchaba tomando sidra caliente.

—Mi madre también es músico —comenta Or'myr—. Esta es la canción que ella y mi padre eligieron para su *luth'yllion* privado en Gardneria.

La runa que llevo detrás de la oreja traduce el significado de la palabra urisca: su unión como compañeros de vida. Y es en ese momento cuando por fin comprendo la expresión de tristeza que se apoderaba del rostro de mi tío cada vez que tocaba esta pieza.

Cada vez que lo hacía estaba de duelo. Se lamentaba por su amor, Li'ra. Y también por Or'myr.

Me llevo la mano a la boca y apenas soy capaz de reprimir las lágrimas.

—Él tendría que haber podido estar con vosotros —consigo susurrar negando con la cabeza y maldiciendo mentalmente a los gardnerianos. Y a mi abuela—. No estuvo bien que lo separaran de vosotros.

—Lo sé —contesta Or'myr sucintamente. Su aura emite varios rayos de luz violeta.

Miro los ojos tristes de mi primo.

—Le encantaría ver el hombre en el que te has convertido —le aseguro; y la certeza hace que la tragedia sea todavía más insoportable —. Te querría mucho.

Or'myr asiente con aspereza y aparta la vista con la mirada vidriosa. Aprieta los labios con una mezcla de amargura y profunda tristeza. Sorbe por la nariz, se pasa la mano por los ojos y vuelve a mirarme reprimiendo el discordante pulso de su poder.

Inclina la varita hacia la hilera de piedras que tengo enroscada en el brazo.

—Deja que estas piedras hagan su trabajo, prima —dice recomponiéndose con decisión—. Deberíamos dormir una o dos horas mientras podamos. Antes de que tu poder se libere y todo el mundo cambie.

Despierto poco más de una hora después, cuando el día del Xishlon ya se ha abierto sobre Noilaan y la luz del sol se cuela por las ventanas del Vonor. Me siento en el sofá de esta habitación de la torre y mi despeinado primo me ofrece una taza humeante de lo que según él es un «té de setas rejuvenecedor», cosa que me resulta increíblemente

prosaica dadas las circunstancias.

Pasamos toda la mañana repasando libros de hechizos y seguimos con algunos conceptos acerca de protección mágica mientras las notas de la música y la celebración del Xishlon empiezan a colarse por las ventanas abiertas. Los repetidos trinos de lo que Or'myr me explica que son «campanitas de bienvenida para la encarnación del amor de Vo» resuenan en el aire y nos detenemos periódicamente para que él pueda proyectar magia en los cristales de zoisita que llevo enroscados en el brazo. La tensión va creciendo. De pronto advertimos, intercambiando una mirada cómplice, que ya están encendidas un cuarto de las runas que Sage me puso en el brazo.

—¿El hechizo de la luna del Xishlon tiene algo que ver con los espíritus? —le pregunto a Or'myr mientras carga la zoisita, cuyo intenso brillo púrpura se ha atenuado un poco.

Mi primo niega con la cabeza y mira las piedras con el ceño fruncido.

—No, no es algo embriagador, es más bien como un cambio en la concentración. Dirigida hacia el amor. De cualquier tipo. Y…, bueno… —aprieta los labios—, al romance —dice con bastante desdén—. Ya lo verás. Es exasperante. Cuesta muchísimo pensar en cualquier otra persona. —Se ruboriza un poco—. Quería decir… en cualquier otra cosa. —Guarda silencio un momento; parece molesto consigo mismo —. En especial para mí, con todo este maldito púrpura. Es como si todo este festival se hubiera montado con el único propósito de volverme loco.

De pronto aterriza en la barandilla del balcón un halcón rúnico con el plumaje lavanda y yo miro a Or'myr muy sorprendida. Salimos corriendo al balcón y él coge el mensaje que trae el pájaro y desenrosca el papel para leer lo que pone. Me mira a los ojos con una sonrisa en los labios y a mí se me acelera el corazón.

—¿Es de Yvan?

—Sí —admite con cierta incredulidad—. Vang Troi va a cruzar un portal que la traerá hasta aquí desde occidente. Esta noche. Está dispuesta a aliarse contigo, Elloren. Ha accedido a reunirse con todos nosotros en el Wyvernguard mañana por la mañana. Después del

Xishlon. —Sonríe con más ganas tendiéndome la notita—. Bueno, prima. Parece que este Xishlon tendremos algo que celebrar después de todo.

Or'myr y yo esperamos en su balcón esa noche. Parece que nos acompañe toda la ciudad. Sobre las montañas Vo brilla una gran luna llena blanca, y yo siento brillar la esperanza en el centro de mi pecho como si fuera una baliza.

Me parece surrealista poder disfrutar de este momento de descanso en compañía de mi primo después de haber pasado todo el día estudiando hechizos con tanta dedicación antes de que llegara el hechizo de la luna. Y todavía es más surrealista pensar que yo podría estar a punto de aliarme con las fuerzas vu trin.

—Ya llega… —murmura Or'myr contemplando el brillante astro.

De pronto aparecen algunas estrellas en el cielo, y al poco se ven unas cuantas más.

Y entonces aparece un luminoso tono lavanda por las esquinas de la luna que empieza a flotar hacia dentro, y tanto la luna como las estrellas se visten de un intenso y embriagador color púrpura.

Jadeo viendo cómo la luz violeta se extiende por todo el reino al tiempo que una oleada de vítores y música estalla en la ciudad. Noto una creciente euforia en el pecho al ver las muchísimas esferas rúnicas encendiéndose en todos los niveles de la ciudad y la gran cantidad de embarcaciones rúnicas que salpican el río. Los fuegos artificiales lilas estallan sobre el agua y la ciudad cobra vida dejándose arrastrar por la feliz celebración.

Me vuelvo otra vez hacia la luna del Xishlon y la contemplo embelesada. Su exuberante luz se desliza sobre mí y me envuelve con una sutil caricia. La tensión de mis hombros va desapareciendo y en mi cabeza se forma un ardiente pensamiento: un gráfico recuerdo de los labios de Lukas sobre los míos, los dos entrelazados en el bosque, la fusión de nuestras afinidades fusionándose. Me ruborizo sintiendo una creciente añoranza por él bajo el brillo de la luna, y entonces la imagen de mi cabeza da paso a otro recuerdo: el apasionado abrazo de Yvan en la Torre Norte aquella noche en mi cama…

Me preparo para sentir el aguijón del conflicto que deberían

provocarme esos pensamientos, pero entonces advierto que están empapados en una sensación más delicada: como si la luna del Xishlon me estuviera dando permiso para admitir sin ambages el amor y el deseo que siento por ambos.

Y los árboles…

Todos los árboles del extenso primer nivel de la ciudad brillan con distintos tonos de lila. Noto un hormigueo en la mano derecha, que se muere por tocarlos a todos. La inesperada atracción que siento por el bosque me resulta casi tan seductora como el hechizo de la luna.

«Bruja Negra.» Oigo el mantra flotando en el aire de la noche, pero esta vez no es furioso, sino delicadamente atractivo, y se repite mientras la música del Xishlon me rodea.

«Contrólate, Elloren —me advierto con aspereza—. No eres una dríade que pueda pasarse la noche retozando por el bosque bajo la luz púrpura de la luna como si se hubiera citado con alguien.»

De pronto recuerdo la advertencia que Sage le hizo a Or'myr:

«Hagas lo que hagas, no dejes que se acerque a los árboles».

—¿Notas la atracción de la luna? —me pregunta mi primo.

Me vuelvo hacia él sin dejarme engañar por su tono despreocupado. Su aura se ha encendido a su alrededor como una esfera rúnica del Xishlon.

—Es más potente de lo que imaginaba —admito.

Suspira con fuerza.

—Pues lo único que podemos hacer es esperar a que se acabe el Xishlon. Sería casi imposible concentrarse en nada importante en este momento. —Señala el té púrpura que ha preparado para los dos—. Te serviré un poco de té, prima.

Acepto el té encantada de tener alguna distracción. La oscura destilación de setas me recuerda al chocolate.

—Está muy bueno, Or'myr.

Le brillan los ojos con satisfacción.

—Poseo un criadero de setas. Como ves, tengo bastantes pasatiempos. —Baja la voz y susurra—: No se lo digas a nadie. Quiero que todo el mundo imagine que en el interior del glamour de esta torre ocurren todo tipo de misterios y perversiones.

Intercambiamos sonrisas divertidas.

—Supongo que cultivar setas en cavernas húmedas arruinaría tu faceta de hechicero místico —bromeo.

Se le escapa una breve risa.

—No es algo que tenga mucho atractivo sexual.

Lo miro asombrada. Esta clase de bromas no suelen hacerse en el Reino de Oriente, y es una de las muchas cosas que pone de manifiesto los mundos tan distintos en los que ambos crecimos.

Levanto el brazo derecho cuando noto que el dolor que me recorre la piel aminora un poco.

—Noto cómo la magia de Sage me resbala por el brazo.

Or'myr asiente y me sujeta de la muñeca con delicadeza. Pasea los ojos por la hilera de runas y advierte que el intenso brillo ciruela de las zoisitas que llevo en el brazo se ha vuelto a atenuar.

—Todavía quedan doce horas contando con la geoamplificación —apunta mirando los cristales con el ceño fruncido—. Voy a necesitar zoisitas nuevas. Estas se agotarán dentro de algunas horas.

Entonces mira la runa rastreadora que me ha hecho Rivyr'el, la que me conducirá hasta Lukas.

Me mira con una curiosidad vacilante.

—¿Le amas? —me pregunta en voz baja.

Guardo silencio un momento. Sé que lo más probable es que Or'myr esté influido por el hechizo amoroso de la luna, pues esta clase de pregunta tan personal no es propia de mi reservado primo. Vacilo algo incómoda, porque sé que todo el mundo se dio cuenta de lo que siento por Yvan cuando estábamos en la cueva.

—Quiero mucho a Lukas —admito con la voz temblorosa—. Pero también amo a Yvan. Pensaba que había muerto. Y tuve que aliarme con Lukas para conseguir su protección, y entonces… —Trago saliva abrumada por el repentino brote de emoción—. Y entonces nos comprometimos. Y acabé enamorándome de él en muy poco tiempo.

Los dos guardamos silencio durante unos momentos.

—Es una situación complicada —admite Or'myr con un tono compasivo.

Asiento incapaz de seguir hablando. La bondadosa presencia de mi

primo está despertando en mí un caos de sentimientos irreconciliables.

—Tengo miedo por Lukas. Intento no pensar demasiado en ello, porque… Cuando lo pienso me siento paralizada, o como si quisiera coger un trozo de madera y hacer estallar algo.

—Pues olvídalo de momento —me anima Or'myr.

Asiento abrumada y contemplo la luna lavanda, las estrellas lilas y la brillante ciudad púrpura que se extiende ante nosotros. Apoyo los codos en la fría barandilla de piedra del balcón. Estoy peligrosamente cerca de abrirle mi corazón a Or'myr.

—La luna es asombrosamente hermosa —digo para evitar seguir sincerándome.

—Supongo que sí —admite él con cierta ironía.

—¿Alguna vez has participado de todo esto?

Alza una ceja con actitud burlona.

—Emm…, no. Yo no participo en su festival.

Me sorprende el modo tan exclusivista con el que lo llama «su festival». El púrpura es el color de Or'myr, todo su poder está orientado hacia ese tono. Y es evidente que es romántico, teniendo en cuenta las cosas personales que he descubierto de él al conocer su espacio privado. He visto bastantes libros de poesía entre la gran cantidad de libros de hechizos y otras publicaciones que llenan la casa.

Y no es cualquier clase de poesía.

Son poemas de amor.

También he visto otra cosa, antes de que él la escondiera. Un dibujo de Tierney emergiendo de las aguas del Vo, parcialmente desnuda. Con su hábil trazo, mi primo ha plasmado perfectamente la intensidad de su enamoramiento. Fingió despreocupación cuando puso el dibujo boca abajo, pero se sonrojó muchísimo.

—Pensaba que todos los noi'khin debíais salir a buscar a alguien a quien besar durante el Xishlon —bromeo con delicadeza mientras observamos la multitud de gente que pasea por las calles vestida de lila.

Me lanza una mirada exasperada.

—Eso sería una absoluta pérdida de tiempo.

Parpadeo asombrada.

—¿Por qué dices eso?

Suspira y frunce el ceño.

—Yo no suelo estar en la lista de xishlon'vir de nadie. —Niega con la cabeza y se sonroja; me mira avergonzado—. Ya sé que has visto mis dibujos de Tierney. Sí, me gusta. Pero te aseguro que es un amor no correspondido. —Aprieta los labios con fuerza—. Preferiría que quedara entre nosotros. Tierney y yo llevamos más de un mes trabajando juntos y se ha convertido en… una amiga. No quiero perder eso.

—Es muy buena amiga.

Mi primo se vuelve hacia las espectaculares vistas y el cielo salpicado de fuegos artificiales.

—Es una de las pocas personas que no me juzga por mi linaje.

Asiento, presa de un creciente afecto por Tierney, potenciado por la luz de la luna, que parece amplificar todas las formas de amor.

—No hay duda de que Tierney es una chica con ideas propias.

—Pues es increíblemente refrescante. Ella no acepta esas rígidas normas que dictan de quién debe preocuparse o de quién debe ser amiga. Y eso me encanta de ella.

Guarda silencio y se pone tenso. Es evidente que ha pensado mucho en esto. Que ha pensado mucho en Tierney. Y que estos sentimientos tienen más que ver con la persona que es Tierney que con su aspecto.

—La maldita luna me está empujando a hablar más de la cuenta —se queja fulminándola con los ojos, y después me mira de soslayo un poco avergonzado.

—Conmigo puedes hablar más de la cuenta, Or'myr.

Adopta una expresión más amable al asentir y nos miramos a los ojos con complicidad y aceptación antes de que él vuelva a levantar la vista a la luna.

—Así que tú conocías a Tierney cuando vivía atrapada bajo ese glamour.

—Estaba bastante distinta. Fue muy duro para ella.

—Me dijo que era fea.

—Allí todo era muy distinto. Para todos. —Observo su perfil con

atención; es mi perfil, pero en varón y con las orejas de punta—. Pero es evidente que oriente también tiene sus desafíos.

Esboza una mueca amarga.

—Yo he tenido las cosas más fáciles que Wrenfir, porque aparte de los ojos verdes, tengo aspecto de urisco. —Me mira fijamente—. Pero, aun así, algunos de los uriscos consideran que estoy bastante «contaminado». Y no hay duda de que muchos de los noi'khin odian a mi madre por amar a un gardneriano. Digamos que soy moderadamente aceptado.

Cuando percibo su rabia en la forma en que sus poderes escupen relámpagos, decido no insistir.

—¿Sabes una cosa? —comento cayendo presa yo también de la coacción de la luna—. Puedo percibir las atracciones de los demás.

Me mira con cierto escepticismo.

—¿Como un cambiaformas?

Ladeo la cabeza al pensarlo.

—No exactamente. Puedo percibirlas a través del flujo de poder, no a través del olfato. Y… —Me encojo de hombros—. Creo que quizá deberías dedicar un momento para ir en busca de Tierney esta noche de Xishlon.

Or'myr abre un poco más los ojos.

—¿Por qué?

Me muerdo el labio consciente de que el hechizo de la luna me está empujando a cruzar los límites de la discreción, pero ¿de verdad importa? Estamos a punto de entrar en guerra, y este primo mío tan simpático se merece vivir un momento de felicidad antes de que eso ocurra. Y Tierney también. Le miro con complicidad.

Parpadea. Parece confundido.

—¿Percibiste algo en ella?

Vacilo un poco.

—Podría haber una atracción mutua.

Or'myr mira el suelo y después el río, como si no estuviera seguro de lo que debe hacer con esta información. Pero entonces me mira fijamente y recupera su expresión cínica. Unas cuantas esferas rúnicas de color violeta aparecen flotando desde el nivel inferior.

—Esta es una conversación frívola provocada por una luna frívola —insiste mientras los relámpagos centellean en su aura—. Aunque Tierney sintiera el mismo interés que yo, bastaría con un beso para ahuyentarla.

Parpadeo muy confundida.

—¿Por qué dices eso?

—Mi línea de fuego —contesta mirándome con incredulidad, como si yo ya debiera saber la respuesta—. Es demasiado fuerte para que nadie pueda aceptarla. —Suspira con desesperación y se apoya en la barandilla—. Hubo una mujer noi —admite de mala gana—. Hará unos tres años. Fuimos al Wyvernguard juntos. Y… sentíamos algo el uno por el otro. Una noche, en el laboratorio rúnico, le confesé mi amor y nos besamos. —El dolor asoma a sus ojos—. Me apartó horrorizada. Y por eso sé que besarme resulta físicamente doloroso para los demás. Como una quemadura. Pero no es una quemadura buena y apasionada. Es una quemadura de verdad. La clase de quemadura de la que cualquiera se apartaría y evitaría.

Vuelve a perder la vista por la ciudad y se queda inmóvil, pero no hay nada de relajado en el modo en el que crepita su fuego violeta. Los fuegos artificiales siguen estallando en el cielo y dibujan gigantes estrellas lila; desde los distintos niveles de la ciudad se oyen los gritos estridentes de la gente.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —pregunto viendo cómo la luz azul ilumina su rostro anguloso—. Cuando hayamos derrotado a Vogel y hayamos sometido a los gardnerianos y a los alfsigr, te encontraremos una buena chica lasair. O quizá una cambiaformas wyvern. Alguien a quien no le asusten unos relámpagos.

Or'myr suelta una carcajada y parte de la amargura desaparece de su expresión. Me lanza una mirada cargada de sarcasmo.

—Sí, las mujeres wyvern y las fae de fuego se mueren de ganas de besar al nieto de la Bruja Negra. —Niega con la cabeza, como si estuviera resignado a su destino—. No, me parece que Rivyr'el tiene razón. Estoy destinado a ser el Solitario Anciano Hechicero de la Torre Escondida.

—Qué trágico —me burlo, pues el precioso embrujo de la luna me

impide aceptar su melancolía.

—Mmmm.

Sonríe.

Una de las esferas rúnicas flotantes se acerca a nosotros y yo le doy un empujón con el hombro.

—Siento que tu beso sea tan aterrador, primo.

La diversión le ilumina el rostro.

—Supongo que eres consciente de lo ridícula que es esta conversación teniendo en cuenta que nos enfrentamos a la destrucción de todas las cosas buenas de Erthia. Además, imagino que tu beso será tan aterrador como el mío. Probablemente más.

Alzo las cejas.

—¿Me estás diciendo que si besara a alguien sin poder de fuego podría lastimarlo?

—Sin ninguna duda. —Or'myr me mira entornando los ojos—. Es evidente que no lo has hecho.

Me embarga una ligera intranquilidad, incluso a pesar del hechizo de la luna.

«No, solo a Lukas.

»Y a Yvan.»

Vuelven a asaltarme los recuerdos de los apasionados besos que he compartido con los dos. Además del modo en que Lukas me escudó y me protegió una y otra vez a través de todos esos besos.

—Es cierto, no lo he hecho —admito más tranquila mientras intento enterrar la preocupación que siento por Lukas, que amenaza por abrirse paso a través de la luz de la luna como una marea. Miro a Or'myr—. ¿Crees que a Trystan le pasa lo mismo?

—Sin ninguna duda —contesta con seguridad—. Pero él ha encontrado un zhilon'ile wyvern. Quizá el más poderoso de todo el Reino de Oriente. Vothendrile es famoso por su poder tormentoso. Tiene muchísimos relámpagos. Dudo que tu hermano vaya a asustarlo.

—Entonces ¿sabes lo suyo?

Me mira con astucia.

—Todo el mundo sabe lo suyo, Elloren. —Ladea la cabeza y me mira con curiosidad—. Ah…, claro. Tú vienes del Reino de Occidente,

donde tienen esas espantosas creencias acerca de los hombres como Trystan y Vothe. —Resopla con desdén—. Toda la familia de Vothe desprecia a Trystan, pero por motivos que no tienen nada que ver con sus preferencias. Aquí, en el progresista Reino de Oriente, tenemos otros motivos para odiar a la gente —afirma con cinismo.

—La familia de Vothe le ha prohibido ver a Trystan —comento indignada.

Or'myr suelta una carcajada.

—Sí, el ultimátum está funcionando muy bien. Porque los amores prohibidos no tienen ningún atractivo.

Sonrío al escucharlo decir eso.

—Supongo que la familia de Vothe está destinada a perder esa batalla.

Or'myr también sonríe.

—Están absolutamente destinados a perder esa batalla.

Con el rabillo del ojo veo un violín apoyado contra el balcón y lo señalo.

—¿Tocas aquí fuera?

Mi primo le echa una ojeada al instrumento.

—Sí. Trágicas piezas de amor no correspondido.

Vuelve a sonreírme un poco, pero advierto que ha vuelto a caer presa de la melancolía.

—He visto que tienes un montón de libros de poesía amorosa —bromeo.

El rubor le tiñe las mejillas y sonríe.

—Bueno, ese es el peligro de dejar que alguien invada este lugar sagrado y privado. Ahora conoces mi mayor secreto. Bajo este frío e insensible exterior, se oculta el corazón de un auténtico romántico. Cuyos besos son como un racimo de relámpagos. Y, como ya he dicho, no en el buen sentido. Más bien en el sentido de advertencia, algo de lo que más vale huir.

No puedo evitar sonreír agradecida de que se lo tome con humor. Y de pronto me siento agradecida de que la luna esté haciendo que esta espera sea soportable.

—Me alegro de haberte encontrado, primo —le digo conmovida,

pues me doy cuenta de que he entablado una rápida e inesperada amistad con este pariente que tanto se parece a mí—. Me caes muy bien.

—Tú también me caes muy bien a mí, prima Ren —responde con cariño alejándose de la barandilla—. Y ya que estoy destinado a ser el Solitario Anciano Hechicero de la Torre, voy a necesitar todos los familiares y amigos que pueda conseguir.

Me río, pero nuestra diversión se desvanece cuando los dos miramos el agua.

En dirección a Gardneria.

Donde Vogel está reuniendo su ejército para cruzar el desierto hacia el Reino de Oriente.

Ni la luna del Xishlon puede remediar eso.

—Debería ir a por más zoisitas —dice Or'myr poniéndose serio—. Ahora vuelvo.

Yo protesto.

—Espera…, Or'myr…, no puedes dejarme aquí sola.

Sonríe observando los cuchillos rúnicos que llevo prendidos por todo el cuerpo.

—Elloren, no solo estás en un Vonor invisible y bien protegido, vas armada hasta los dientes y tienes una puntería perfecta. Y te he enseñado a utilizar los explosivos rúnicos que tengo almacenados aquí.

—Vogel me está buscando…

—Aquí no. Y a menos que sea capaz de borrar el color púrpura del mundo, es imposible que pueda llegar hasta aquí. Este es el lugar más seguro de todo el reino en el que puedes estar. —A sus ojos asoma una advertencia—. Pero no salgas de aquí.

—Está bien —accedo a regañadientes.

—Solo estaré fuera una hora —dice mirando la luna como si fuera un contratiempo encantador. Se mete la mano en el bolsillo y saca una piedra púrpura con una runa—. Si me necesitas, presiona el centro de esta piedra. Te guardo las espaldas, prima.

Asiento y él se da media vuelta en dirección a la puerta abierta de la terraza.

—Or'myr —digo, y él se detiene en el umbral de la puerta—. Si el mundo no termina, encontraremos a tu chica wyvern.

La diversión le ilumina los ojos.

—Te tomo la palabra —responde antes de desaparecer en el interior del Vonor.

Al poco le veo subir al esquife rúnico aparcado en la terraza inferior. Las runas de los laterales de la embarcación empiezan a zumbar y Or'myr parte hacia los muelles despidiéndose con la mano. Sigo observándolo mientras cruza la barrera invisible del Vonor y tanto él como el esquife se pierden un momento en la pared púrpura de la montaña para reaparecer mucho más abajo, donde enseguida se fusiona con el denso tráfico aéreo del Xishlon.

Mientras me agarro el brazo derecho, disfruto observando el ambiente festivo de la ciudad durante un buen rato y de vez en cuando alzo la mirada hacia las dos islas montaña del Eyvernguard que se erigen sobre el río, pues son los dos únicos lugares a los que no han llegado las decoraciones lila del Xishlon. Ya se han desplegado muchas guerreras vu trin al oeste de las montañas Vo y hay muchas más de camino al desierto en dirección al Reino de Oriente.

«Vulnerable.»

La palabra flota en los confines de mi mente y se abre paso por la cautivadora luz púrpura justo cuando la runa de rastreo que llevo en la mano emite un destello plateado.

Clavo los ojos en la runa.

Está completamente plateada y las agujas de su interior giran dentro de los confines circulares. Esto no debería haber ocurrido hasta dentro de algunas horas.

—¿Qué? —jadeo—. ¿Cómo…?

Las agujas se paran y observo alarmada y confusa la localización de Lukas en la runa de rastreo.

PARTE IV

La luna del Xishlon

1

Beso de relámpago
OR'MYR SYLL'VIR

Noche del Xishlon, veintiuna horas

Or'myr se adentra en la densa arboleda de glicinias púrpura tratando de no perder la concentración. Se apresura por los vastos jardines del primer nivel en dirección a su esquife rúnico con el bolsillo lleno de zoisitas.

«Santísima Vo, este maldito púrpura.»

Está rodeado por las brillantes hojas de los árboles y en su interior despierta una euforia abrumadora. El camino está salpicado de luminosas flores violetas de todas las variedades nocturnas imaginables: rosas del Xishlon, jazmines, orquídeas lilas. Los luminiscentes lirios lavanda se enroscan en los troncos de los árboles en una elástica caricia.

Or'myr frunce el ceño y tensa las líneas tratando de resistirse al hechizo de los colores. El cautivador brillo de la luna lavanda no ayuda. Por mucho que se esfuerza, no puede evitar que la luna despierte los deseos amorosos de su corazón. Vuelve a conjurar tristes pensamientos sobre Tierney. Le resulta imposible reprimir los deseos que tiene de ser más que un amigo para ella.

Y ahora que sabe que ella podría sentir el mismo interés…

Or'myr resopla con desdén y fulmina la luna con los ojos, pero enseguida se siente atraído de nuevo por sus embriagadores tonos lilas. Relaja un poco los ojos, como presa de una reticente rendición.

«Solo es una noche. ¿Tan terrible sería que te dejaras arrastrar un poco?»

Mañana todo cambiará. Tendrá lugar el despliegue más numeroso

de fuerzas vu trin desde la guerra de los Reinos. Or'myr piensa que probablemente él también se desplegará con su prima, la Bruja Negra, y sus aliados, incluyendo el ícaro de la profecía y varias guerreras vu trin.

Menuda sorpresa.

De pronto pasa por su lado un grupo de niños vestidos de lila. Se ríen encantados y van arrastrando cadenas flotantes de esferas rúnicas de color lavanda. Desde el paseo del muelle le llegan las notas de la música que flota en el aire.

En la arboleda de glicinias se abre un claro donde ve un espectáculo de marionetas. El titiritero sostiene una marioneta en forma de dragón Vo'Zish con dos palos que asoma por encima de un escenario decorado con una cortina, y alrededor del dragón hay un cuervo púrpura, un lagarto y una rana. Los titiriteros empiezan a pasearse por entre la multitud que aguarda sentada sobre una brillante alfombra de musgo violeta, y los espectadores exclaman encantados. También hay vendedores que ofrecen guirnaldas de rosas lilas y collares propios de la luna del Xishlon, que se compran a pares, pues se supone que están hechizados para animar a quien los lleve a expresar sus sentimientos.

Or'myr observa la hilera de collares encantado con la idea y burlándose al mismo tiempo, pues la familiar punzada amarga siempre se acaba abriendo paso por el embrujo de la luna. A él nunca le han ofrecido uno de esos collares, y probablemente no le ocurra nunca por culpa de ese beso de relámpago y su relación con el linaje de la Bruja Negra. Y hay parejas besándose por todas partes. Esos jardines son un lugar conocido por ser el espacio al que las parejas escapan a disfrutar de sus encuentros íntimos secretos, incluso cuando esta innecesaria festividad amorosa no los incita a comportarse con ese excéntrico descaro.

Or'myr observa celoso a las parejas de enamorados que va dejando atrás entre las sombras de la arboleda. Algunas de las mujeres son tan hermosas…

Se le sonrojan las mejillas y una corriente de deseo se interna en sus líneas.

«¿De verdad te estás lamentando de no tener a nadie a quien

manosear bajo un árbol? Por amor de Vo, estás intentando ayudar a tu prima, la Bruja Negra, a detener la aniquilación de todo el Reino de Oriente. En este momento, no tener a alguien a quien poder besar es un problema muy insignificante. Contrólate.»

Or'myr gira por un estrecho camino y se le acelera el corazón cuando ve a Tierney Calix. Ya sabía que ella estaría de servicio allí esa noche, pero verla en medio de todos aquellos destellos púrpuras provoca una llamarada de relámpagos en su corazón.

Está apostada junto al arroyo que recorre los jardines, con su elegante mano azul apoyada en la barandilla de piedra que rodea el afluente. Su uniforme azul zafiro del Wyvernguard contrasta con la ropa púrpura de todos los demás. Alza la cabeza contemplando las vistas panorámicas que se ven desde un claro entre los árboles, y los muelles se extienden a sus pies.

La brisa procedente del Vo agita la cascada de tirabuzones azules que resbala por su espalda y a Or'myr se le acelera el pulso. La luna lavanda flota sobre ella como si fuera una esfera rúnica gigantesca cuyo único propósito es iluminar a la preciosa Tierney con su delicado tinte violeta.

Pero no hay nada festivo en la expresión de Tierney, y la tensión de su rostro provoca una punzada de preocupación y seducción en Or'myr. «Santo cielo, es preciosa.»

El rubor le sube por la nuca y él pelea frustrado contra la intensa atracción que siente por ella.

«Nunca será tuya, así que ni lo pienses —se advierte mentalmente —. Aunque la atracción sea mutua. Si la besaras, la asustarías. Igual que asustaste a Yysh Nuu. Además, la mitad de las personas solteras de Voloi irán tras Tierney esta noche, todos deben de estar desesperados por convertirla en su xishlon'vir. Es tu amiga. Tu compañera de investigación wyvern. Nada más. Y tienes que aceptarlo.»

Se acerca a ella a grandes zancadas decidido a mantener la calma.

—Tierney —la saluda algo vacilante.

Ella se da la vuelta y la inteligencia que brilla en sus profundos ojos azules amenaza con volver a desestabilizar a Or'myr. Es una mujer

brillante. Además de justa y valiente.

Y por si fuera poco… tiene las ideas muy claras.

Cuando se acerca, Or'myr ve el par de collares rúnicos del Xishlon que tiene en la mano y siente una punzada que le atraviesa el corazón. Evidentemente alguien le ha regalado los collares de amor del Xishlon. Y evidentemente ella ha elegido pasar esta noche con alguien antes de que empiece la guerra.

Se detiene delante de ella y se sorprende al verla tan seria. No parece que vaya muy en consonancia con las enigmáticas joyas.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Tierney con ese descaro que a él le resulta tan refrescante.

Or'myr observa pasar a las parejas y espera a encontrar un hueco antes de responder. Dos mujeres pasan por su lado riendo y le dan un golpe en el hombro al pasar. Llevan guirnaldas de brillantes lunas lilas en el pelo y varios collares del Xishlon. Visten con vivos tonos púrpura y van cogidas del brazo. Cuando pasan por su lado, les sonríen a Or'myr y a Tierney.

—¡Encontrad la luna! —les gritan antes de estallar en seductoras carcajadas, y Or'myr se sonroja al oír el tradicional saludo del Xishlon, una invitación a besarse y… a mucho más.

Vuelve a concentrarse en Tierney decidido a no perder la compostura.

—Necesitaba coger más zoisitas. —Baja la voz y susurra—: Está acelerando los hechizos rúnicos. Imagino que ya sabrás que Vang Troi ha accedido a reunirse con ella, ¿no?

Tierney asiente mirando ella también a su alrededor.

—Nos tuvieron detenidos unas horas hasta que llegó la noticia. ¿Cuánto falta para que sea liberada?

—Pronto lo estará. Antes de que amanezca. De momento lo único que podemos hacer es darle tiempo. —Levanta la vista y mira a Tierney un tanto atribulado—. Y esperar a que desaparezca esta ridícula luna.

Tierney sonríe y asiente con evidente complicidad.

—Es surrealista —admite haciendo ondear la mano—. Este pequeño respiro. Antes de que llegue la batalla. —Le clava los ojos—. Busca un

momento para encontrar tu xishlon'vir, amigo.

Él señala los collares que ella lleva en la mano.

—¿Tú también estás buscando tu xishlon'vir?

Se arrepiente de sus palabras en cuanto las dice. Esperaba parecer despreocupado, no quería que ella se diera cuenta de lo incómodo que se siente y de las ganas que tiene de besar a alguien.

De besarla.

Reprime las ganas que le dan de esbozar una mueca de dolor.

Tierney lo mira asombrada, pero frunce el ceño, niega con la cabeza y reprime un ruidito triste, mirando los collares con evidente inquietud.

—Me los ha dado Thurryy Nim como regalo del Xishlon. Pero me parece que solo es una broma.

—No lo creo. —Le dedica una sonrisa juguetona—. Tienes muchos pretendientes.

—Nunca he sido correspondida en el amor, Or'myr. —Tierney clava la mirada en algún punto por detrás de él y observa los jardines del amor del mismo modo que lo hace él, como alguien que siempre se queda fuera de la fiesta. Levanta los collares con desdén—. No tengo ningún interés en ponerme una de estas cosas e ir por ahí en busca de que alguien me dé un beso superficial la noche del Xishlon. Aunque no estuviéramos a punto de entrar en guerra, a mí no me interesa un amor que no siente un verdadero interés por mí. —Guarda silencio; de pronto parece avergonzada—. Yo… normalmente no hablo de estas cosas. —Levanta la vista desconcertada—. Me parece que es esta maldita luna. Nada de eso tiene importancia ahora mismo.

La luz de la luna también le suelta la lengua a Or'myr, que de pronto siente la imperiosa necesidad de sincerarse con ella.

—Es verdad, es muy raro sentir esta alteración de las prioridades. Pero de todas formas, yo podría hablarte de alguien que te corresponde, si te interesa.

Tierney alza la ceja con curiosidad.

Las palabras brotan de sus labios como el agua escapando por la brecha de una presa.

—Yo estoy sinceramente interesado en ti, Tierney'lin. Eres preciosa,

de eso no hay duda, pero es por ti por quien me siento atraído. Y… cuando nuestros poderes conectaron en las minas… me dio la impresión de que esa atracción podría ser… mutua.

Or'myr se asombra de su propio atrevimiento y se le cierra el corazón de golpe al tomar conciencia del riesgo que está corriendo.

«La acabas de llamar Tierney'lin —advierte espantado—. Mi querida Tierney.» Y lo peor de todo es que Tierney se ha quedado de piedra y lo mira con evidente asombro.

«Muy bien, Or'myr —se reprende mentalmente—. Acabas de destrozar vuestra amistad.»

Tierney entorna los ojos y lo observa con afectuosa especulación. Cosa que lo coge completamente desprevenido.

—Sí que me pareces atractivo, Or'myr —admite.

Está tan sorprendido que se le acelera el corazón.

—¿Ah, sí?

Ella asiente y se sonroja un poco.

—En realidad nunca lo había pensado hasta que nuestros poderes se fusionaron en las cuevas. La sensación ha sido increíble. —Le dedica una mirada apasionada antes de volverse para mirar a la gente con el ceño fruncido, como si estuviera peleando contra sus propios pensamientos—. Oh, qué diantre —exclama volviéndose de nuevo hacia él—. Me atraes, Or'myr. Eres tan distante y misterioso… —La diversión brilla en su mirada—. Eres un tipo recluido, con ese Vonor secreto que tienes y esos poderes de geomancia que solo entiendes tú. —A sus ojos asoma una chispa de intensa emoción—. Y te preocupas. Te preocupas por las personas que llegan aquí huyendo desde occidente. Te preocupas por los demás y no te dedicas a encasillar a las personas en esas absurdas categorías.

Or'myr suelta una risa cínica presa del asombro.

—Bueno, en realidad yo tampoco pertenezco a ninguna categoría.

—Cosa que te convierte en una persona más profunda —insiste Tierney—. Y eso me gusta mucho de ti. —Su mirada adopta una intensidad diferente y entre ellos flota una calidez que le provoca un escalofrío por la espalda a Or'myr—. Confieso que he acariciado la idea de besarte. —En los labios de Tierney se dibuja una sonrisa

cariñosa—. Imagino que sería muy agradable.

La realidad destruye la hermosa promesa del momento y Or'myr resopla con amargura.

—En realidad, imagino que sería bastante espantoso.

Tierney retrocede ofendida.

—Me has malinterpretado —le aclara Or'myr sintiendo una punzada de agrio remordimiento—. Lo que ocurre es que besarme es muy desagradable. Tengo mucho poder de fuego que, además, está magnificado por mi geomancia. Y… todo está en mi beso. —El deseo crece; solo ansía poder cogerla en brazos y llevársela a las sombras de la arboleda—. Me han dicho que besarme es como recibir el impacto de un relámpago. Es la maldición de mi existencia. Bueno, eso y la amenaza de la supremacía gardneriana. Pero la maldita luna del Xishlon parece haber reducido eso a una nimiedad.

Tierney observa atentamente a Or'myr. La luz lavanda de la luna se pasea por el cambiante tono azul de su piel.

—Entonces ¿tus besos son dolorosos? —pregunta con un brillo especulativo en los ojos.

Él vuelve a sorprenderse cuando se da cuenta de que ella podría estar acariciando la idea de besarle allí mismo y en ese momento a pesar de lo que acaba de decirle. El poder de fuego se estremece en el interior de sus líneas; tiene la cabeza embotada.

—No —consigue responder—. Es una sensación de afinidad fantasma.

—Toma —dice ella ofreciéndole uno de los collares lilas—. Si hay alguna noche propicia para los relámpagos lilas es esta.

Or'myr mira el collar, presa de un embelesamiento arrebatador.

—Tierney…, ¿eres consciente del efecto de los collares? Dicen que aumentan la atracción de la luna…

Ella resopla con incredulidad.

—¿Y te lo crees? Yo creo que solo son baratijas. Pero si de verdad hay algo, por lo menos nos darán una excusa para besarnos y después… echarle la culpa a los collares.

A él se le escapa una carcajada y se le acelera el corazón cuando acepta el xishlon'lure. Al tocar la cadena siente en los dedos el

hormigueo de la energía rúnica, y cuando mira a Tierney advierte, sorprendido, que a sus ojos asoma una luz seria.

Y cariño.

Por él.

—A la de tres —dice Tierney con una sonrisa. Se coloca la cadena sobre la cabeza y él hace lo mismo; se siente como si estuviera a punto de saltar desde un acantilado—. Uno, dos…, tres.

Or'myr se pone el collar al mismo tiempo que ella.

Una ráfaga de intenso deseo le recorre la sangre. La atracción de la luna hacia el amor se multiplica por mil. Las palabras escapan de sus labios teñidas de pasión.

—Me tienes fascinado, Tierney —confiesa sin aliento liberando todo el deseo contenido—. Ya hace tiempo que me siento así. Y no es solo porque seas preciosa. Eres brillante, lista, valiente y tienes mucho talento. Y siento ganas de besarte cada vez que te veo. Por las noches me quedo despierto imaginándolo. Imagino lo que sentiría si posaras tus suaves labios sobre los míos…

Or'myr se quita el collar al mismo tiempo que ella. Su enamoramiento enseguida da paso a una asombrada vergüenza.

—Lo siento —dice apenas capaz de soportar la mirada asombrada de Tierney.

«Esos preciosos ojos asrai. Unos ojos en los que podría perderme.» Respira hondo algo tembloroso, desesperado por recuperar la compostura. Levanta un poco el collar.

—Parece que funcionan de verdad.

Ella asiente y el rubor trepa por sus mejillas tiñéndolas de un intenso color púrpura. Or'myr reprime la necesidad de levantar la mano y acariciar su preciosa mejilla. Aparta la mirada y observa a la feliz multitud de personas vestidas de lila que pasan por su lado mientras el deseo le atenaza el corazón.

—¿Cuánto hace que te sientes tan atraído por mí, Or'myr?

El bochorno que siente se intensifica hasta provocarle algo parecido al vértigo, pero ¿qué más da, si ahora ella ya lo sabe todo? La mira a los ojos.

—Desde la primera noche que entraste en mi laboratorio del

Wyvernguard y me desafiaste a odiarte porque eras amiga de Trystan Gardner.

Ella lo mira fijamente durante un buen rato. Y entonces, y para gran confusión de Or'myr, se acerca a él muy despacio, de un modo casi ceremonioso, y le tiende la mano para que le dé el collar xishlon'lure. Se lo entrega desconcertado y observa, muy sorprendido, cómo ella vuelve a ponerse el collar y se acerca para volver a ponerle a él el suyo, deteniéndose un momento, con la cadena extendida, a que él le dé permiso.

—Tierney… —susurra apenas capaz de decir su nombre, pero la sincera mirada de sus ojos lo anima a recuperar el valor. Agacha un poco la cabeza y la mira fijamente mientras ella le vuelve a poner el xishlon'lure.

La luz púrpura que lo tiñe todo se intensifica. Or'myr se relaja y el afecto reprimido que siente por Tierney vuelve a embargarlo de nuevo. Respira hondo y el mundo púrpura se estremece cuando ella se acerca.

—La verdad es que esto es bastante agradable —dice ella mientras toca la cadena del collar de Or'myr y le lanza una mirada invitante. A continuación alza la mano y pasea la yema del dedo por la base del cuello de Or'myr.

Él se estremece.

—Pues sí —admite mientras se acercan con timidez para abrazarse.

Tierney le posa la mano en el hombro y él deja resbalar la suya hasta la cintura de la asrai. A él se le acelera la respiración al sentir el cuerpo de la chica pegado al suyo y el mundo que los rodea se desvanece tras una bruma púrpura.

—Muy bien, Or'myr —dice Tierney levantando la vista—. Estoy preparada para tus relámpagos.

A Or'myr casi se le para el corazón cuando se inclina para posar sus labios sobre los de Tierney tratando de reprimir sus líneas de fuego y sintiendo cómo su afinidad púrpura le crepita por todo el cuerpo.

Los labios de Tierney son cálidos y suaves, y el mundo lavanda se queda suspendido por su seductor beso, pero Or'myr consigue reprimir su poder a medida que va profundizando en el beso, muy despacio,

estrechándola entre sus brazos al mismo tiempo que lo hace ella mientras se besan durante un mágico momento. Tierney lo besa con mayor firmeza y emite un ruidito irresistible de asombrado placer. Or'myr nota el contacto de sus pechos pegados a su cuerpo y cómo le posa la mano en el cuello para acariciarlo con evidente deseo.

Los relámpagos se liberan de sus confines mágicos y crepitan en el interior de Or'myr, se proyectan a través de sus labios y se internan en ella.

Tierney grita y se retira rompiendo el beso. Se lleva la mano a la boca y se tambalea hacia atrás con algunos relámpagos todavía en los labios; Or'myr siente un gran remordimiento.

Se arranca el collar con aspereza.

—Lo siento —dice mientras la magia de fuego palpita en su interior —. Tierney…, lo siento mucho.

—Or'myr…, estoy bien —insiste ella contradiciéndose; se masajea la boca y lo observa con una preocupación teñida de compasión. Y, al advertirlo, él se siente todavía más contrariado, aunque por nada del mundo se lo dejará ver.

Tierney se quita el collar y lo observa un poco asombrada.

—Bueno…, por lo menos ya puedo decir que alguien me ha besado.

—¿Ha sido tu primer beso? —Or'myr niega con la cabeza presa de otra ráfaga de remordimiento—. Tierney, lo siento mucho. De verdad.

Aparta la vista. No soporta ver la compasión en los ojos de Tierney. Tiene ganas de arrancar hasta la última flor púrpura del suelo, alzar la varita y hacer estallar la maldita luna del Xishlon.

Tierney le toca el brazo y él la mira a los ojos con cierta reticencia.

—Si yo fuera una fae de fuego —dice con una sonrisita triste—, imagino que nos llevaríamos bastante bien.

Su tono sugestivo solo consigue que él se sienta diez veces peor.

—Da igual —espeta él con brusquedad mirando hacia las montañas y después a la maldita luna—. Por suerte, este absurdo festival terminará muy pronto. Está consiguiendo que todos perdamos la cabeza, y el ejército se ha convertido en un desfile de esqueletos vivientes.

Se miran con triste complicidad y la maldita calidez vuelve a

resurgir entre ellos.

Tierney ladea la cabeza como si estuviera pensando en algo.

—¿Si te beso en la mejilla, provocaré más relámpagos?

—No lo sé —responde con frustración.

La asrai levanta la mano para tocarle el hombro y a Or'myr se le acelera la respiración y siente otra ráfaga de relámpagos crepitando por sus líneas. Ella posa los cálidos labios en su mejilla y le da un beso delicado. A continuación le da otro en la mandíbula. Y otro más justo al lado de la boca mientras pasea el pulgar por encima de sus labios.

—Feliz Xishlon, dulce Or'myr.

Or'myr traga saliva.

—Cuando hayamos derrotado a las fuerzas de Vogel, puedes venir cuando quieras a verme al laboratorio de geomancia —propone—. O a cualquier sitio, para hablar… o tomar el té… o para besarme la mejilla siempre que quieras.

Tierney le dedica una mirada sugestiva.

—Quizá te tome la palabra. Me gusta bastante cómo me estás mirando.

Se mete el xishlon'lure en el bolsillo, le dedica una sonrisa cariñosa y después se aleja de él subiéndose con habilidad a la barandilla de piedra que rodea la orilla del afluente.

—¿Adónde vas? —le pregunta él completamente atrapado en su hechizo y deseando poder pasar toda la noche púrpura con ella.

Tierney frunce el ceño mirando las montañas Vo.

—Al bosque Vo. Mis kelpies han encontrado algo curioso. —Señala con la cabeza al soldado del Wyvernguard que acaba de llegar para reemplazarla—. Mi turno ha terminado, así que creo que iré a echar un vistazo. Me están mandando imágenes muy confusas a través del agua, y no sé qué pensar.

—¿Qué clase de imágenes?

Ella niega con la cabeza, como tratando de comprender.

—Una pequeña laguna de agua estancada. No es que sea una imagen extraordinaria, eso es lo que me confunde. Además de contener vida, el bosque está lleno de muerte. Es natural.

Or'myr alza una ceja.

—Hablas como un fae de la muerte.

Tierney sonríe un poco.

—Supongo que sí.

—Entonces ¿vas a pasar la noche investigando una laguna de agua estancada? —Sonríe a pesar de lo mucho que está sufriendo por ella —. Y yo que pensaba que iba a pasar el Xishlon menos romántico del mundo.

—No, yo te gano —bromea ella. Vuelve a mirarlo con tristeza—. Excepto por este momento que he pasado contigo, Or'myr. Me gustas, y no me arrepiento de haberte besado. Quizá algún día encontremos la forma de volver a besarnos.

Y entonces se interna en el arroyo disolviéndose en el agua y su brillante silueta azul fluye en dirección a su río de camino al bosque.

Or'myr se la queda mirando hasta que su resplandeciente silueta desaparece. Alza la vista hacia las montañas Vo sintiendo el chisporroteo de los relámpagos que todavía crepitan por sus líneas. Cierra los ojos tratando de recomponerse. Entonces respira hondo y retoma el camino hacia el esquife rúnico sin dejar de preguntarse qué habrán encontrado los kelpies de Tierney.

2

Bosque vacío
TIERNEY CALIX

Noche del Xishlon, veintiuna horas

Tierney contempla la luna púrpura. Se ha arrodillado para meter la mano en la pequeña laguna del bosque, y el intenso color ciruela de los árboles está salpicado por la brillante luna violeta del Xishlon.

Aunque no hace ningún ruido al acercarse, ella percibe la presencia de fae de la muerte que desprende Viger, pues las graves vibraciones que emite su aura le hormiguean en la piel. Se preguntaba cuándo aparecería, pues recordaba que él le había prometido que la buscaría la noche del Xishlon para demostrarle que la oscuridad de Vogel podía ser también una amenaza para la propia muerte.

Pero en ese momento tiene otras preocupaciones. Está muy concentrada en el agua del estanque, porque algo va mal. Del curioso estanque oscuro brotan unos tirabuzones de humo negro apenas perceptibles. Todo lo que hay en el agua está muerto.

Tierney siente un escalofrío de aprensión. Es la misma corrupción oscura que ha percibido en otras ocasiones. Pero en esas ocasiones, el sutil trazo de magia gris era efímero y distante. Ahora esa oscuridad ha vuelto. Y, curiosamente, está aislada. En el interior de aquella minúscula laguna estancada.

Nota cómo el río intenta aislarla. Trata de depositar la mayor cantidad de sedimentos posible para aislarla de la corriente principal.

«¿Qué estás sembrando aquí, Vogel? ¿Por qué estás asustando a mi río?»

Tierney mira por encima del hombro y ve a Viger, que se ha materializado envuelto por su bruma negra. Su pálido rostro la

observa desde las sombras del bosque. Cuando lo ve, Tierney siente un pequeño escalofrío que recorre sus poderes, como le ocurre siempre, una mezcla de miedo y de la inquietante atracción que siente por él. También alberga cierto conflicto al percibir esas emociones respecto a Viger cuando todavía nota el hormigueo de los relámpagos del beso de Or'myr en los labios.

Mira al fae a los ojos y parte del conflicto desaparece cuando se abandona a su atracción sobrenatural y nota la oscura inquisición de su mirada. Es como si fuera capaz de atravesarla con los ojos y adentrarse en todos y cada uno de sus rincones secretos.

Y esos ojos de cuervo…

«Contrólate, asrai —se reprende mentalmente—. Estás bajo el influjo de esa maldita luna. ¿Acaso pretendes que todos los jóvenes de oriente sean tus xishlon'virs? Hay cosas mucho más importantes que hacer esta noche que dejarte embelesar por todos los jóvenes que se crucen en tu camino.»

Mira a Viger a los ojos. Sigue completamente inmóvil entre las sombras.

—Me alegro de que hayas venido —dice sin dejarse alterar por su seductora presencia—. Algo va muy mal. —Saca la mano del agua de la laguna y le hace señas para que se acerque frunciendo el ceño con preocupación—. Viger…, dime si eres capaz de percibir lo que les han hecho a estas aguas. Porque esta pequeña laguna ha asustado a mis kelpies.

Viger se acerca a ella, se agacha y mete su pálida mano en el agua. Cierra los ojos.

Tierney observa su atractivo rostro. Los tres fae de la muerte del Wyvernguard desprenden la misma elegancia macabra: el poderoso Viger, la cambiaformas arácnida Sylla, y el misterioso y refinado Vesper.

Viger abre los ojos y saca el agua de la laguna.

—Aquí no anida la muerte limpia propia del mundo natural —afirma frunciendo el ceño—. Esto es más retorcido.

Frota las gotas de agua oscura entre los dedos al tiempo que saca las zarpas.

Del bosque emerge un murciélago imponente que se posa sobre su hombro. Tierney enseguida se da cuenta de que no es uno de esos murciélagos tan monos con cara de perrito a los que les encanta devorar fruta. A este le gusta la sangre. Viger levanta la cabeza y de las ramas que los rodean desciende una bandada de cuervos que agitan las hojas lilas con las alas. Cierra los ojos y les susurra algo a las aves que parece brotar de las profundidades de su garganta. Tierney nota las vibraciones por todo el cuerpo.

—Vialyrr —les dice, y todos los cuervos y el murciélago alzan el vuelo.

—¿Adónde los has mandado? —le pregunta ella poniéndose en pie.

—Les he pedido que rastreen el bosque —responde volviéndose hacia ella.

Tierney suspira algo temblorosa.

—Yo también he mandado a mis kelpies a investigar todos los afluentes y las lagunas.

Viger se la queda mirando sin apenas un parpadeo.

—Estas aguas oscuras podrían matarlos.

Lo dice con una rotundidad que solo está al alcance de un fae de la muerte. Sin inmutarse por el final de la vida.

—Les he advertido que se alejen de eso si lo perciben —responde Tierney con sequedad, molesta al pensar que algo pudiera sucederles a sus kelpies—. Ya saben que este poder podría haberse quedado aquí cuando Vogel hizo su breve visita a estas tierras cruzando por algún portal.

Viger asiente, como si todo hubiera quedado aclarado, y Tierney trata de olvidar lo mucho que le inquieta oírlo hablar con esa naturalidad sobre la muerte y la pérdida. Una parte de ella comprende que las prioridades de Viger y de los demás fae de la muerte son únicas. Ellos no pretenden evitar la muerte, sino restaurar el equilibrio natural. Después de haberlo observado con atención en el Wyvernguard, Tierney sospecha que, a su extraña manera, Viger está tan unido al mundo natural como cualquier fae. Y en ese sentido se siente identificada con él. También se identifica con la intensa certeza de que él no es ajeno al dolor emocional.

—Tenemos que advertir al Wyvernguard sobre esta laguna —comenta—. A pesar de lo pequeña que es.

Viger la mira ladeando la cabeza, como si estuviera reflexionando.

—¿Tienes algún recipiente?

Ella asiente y se saca una botellita de un bolsillo interior de la túnica. El recipiente está pegado a una cadena de plata que siempre lleva puesta por si tiene que transportar algún kelpie.

—Mete un poco de agua en esta botellita y llévasela a las vu trin —le sugiere.

Tierney mira la luna púrpura y suspira antes de volver a concentrarse en la inquietante mirada de Viger.

—Somos un par de insólitos centinelas del reino, Viger. Dos inadaptados que están pasando el Xishlon en el bosque. Rastreando los trazos de oscuridad que puedan haber quedado aferrados en los confines de un mundo apacible donde el resto pasa el tiempo escribiéndose sonetos de amor.

—¿Eso es lo que hacen? —pregunta con cierta curiosidad, como si la idea lo fascinara.

Tierney lo mira con los ojos entornados.

—Llevan semanas hablando de eso.

—A mí no me importa su festival.

Ella siente una pequeña punzada de sorpresa, porque percibe que está ahí, enterrado bajo la monotonía de su voz.

Dolor.

La asrai señala el cielo preguntándose si Viger será de verdad inmune al hechizo de la luna.

—¿No notas su efecto?

Él la mira fijamente.

—Lo percibo —admite, y una chispa de tensión salta entre ellos.

—Se supone que da buena suerte, ¿sabes? —dice tratando de reprimir sus sentimientos alterados—. Lo de besar a alguien bajo la luna del Xishlon. Y si dos personas se aparean del todo, la bendición será todavía mayor.

—Tonterías románticas —se burla Viger bajando la vista para mirar las aguas oscuras—. Inventadas por un mundo que pretende negar la

muerte, la destrucción y la desesperación.

Ella lo mira, pero no consigue reprimir la risita que se le escapa; la extravagante actitud lúgubre de Viger le resulta extrañamente tranquilizadora esa noche. Se miran a los ojos y la gravedad parece desequilibrarse mientras Tierney se pierde en sus ojos de medianoche. Vuelve a quedarse atrapada en esa sensación de sentirse atraída por él y todo desaparece a medida que el mundo va oscureciendo.

Nota cómo pasea sus tirabuzones de bruma negra por su piel desnuda, pero la inquietante sensación no le resulta del todo desagradable.

—Me pregunto qué se sentirá al besar a un fae de la muerte —piensa en voz alta antes de darse cuenta, abrumada por el hechizo de Viger y el de la luna.

Él esboza una lenta y felina sonrisa que le provoca un escalofrío a Tierney. Los cuernos le brotan de la cabeza.

—Es aterrador, por lo que me han contado —dice, y Tierney tiene la sensación de que sus ojos se pegan a los de él como por arte de magia, y en el aire flota un peligro diferente.

De pronto le vienen a la cabeza todas las advertencias que ha oído murmurar en el Wyvernguard: si besas a un fae de la muerte este invadirá tus pesadillas. Si besas a un fae de la muerte quedarás enterrada en una absoluta oscuridad.

Si besas a un fae de la muerte te convertirás en la misma muerte.

Viger alza la mano y le coloca el pelo por detrás del hombro con una caricia asombrosamente sedosa. Le toca la base del cuello con las uñas y la hace estremecer, es como si una sombra le resbalara por la piel. Y su olor… es el mismo que reina en los lugares frescos y silenciosos. Como los secretos. El rubor trepa por el cuello de Tierney: la oscura y penetrante mirada de Viger es como un hechizo apasionado.

—Viger. —Traga saliva y se le acelera la respiración. Su poder de agua se calienta mientras él dibuja círculos con las uñas en la base de su cuello—. Yo soy una fae de agua hermanada con la vida de mi río. Y tú eres un fae de la muerte. ¿De verdad queremos hacer esto?

Él sonríe y deja resbalar una única uña por el cuello de Tierney.

—Me parece que ya conoces la respuesta, asrai.

Ella traga saliva presa de su embrujo y la luz púrpura del bosque se oscurece.

—Me parece que quizá sería mejor que encontraras a otro fae de la muerte a quien besar durante el Xishlon —sugiere tratando de parecer irónica mientras lucha contra el creciente atractivo de Viger.

—Los fae de la muerte no se aparean con otros fae de la muerte —murmura pegándose más a ella—. No habría equilibrio.

—¿Sabes qué, Viger? —dice ella incapaz de reprimir el hipnótico hechizo del fae—. Me siento atraída por ti. Me resulta confuso, pero… hay algo hermoso en ti.

Viger le pasa las puntas de las uñas por el pelo. Se inclina sobre ella y espera, está muy cerca…

«Esta es la noche de besar a los chicos peligrosos», piensa Tierney suspirando al entregarse y acercar los labios a los de Viger.

—Deja que te enseñe —le susurra él rozándole la boca con sus labios negros—. Deja que te muestre lo que somos realmente.

—Me muero de ganas —susurra ella.

Viger la besa con un remolino de oscuridad y la luz púrpura se apaga.

Ella se deja arrastrar por sus brazos hasta su deliciosa oscuridad. Es como si la estuviera arrastrando más allá de las profundidades del océano, más y más abajo, rodeándola con los brazos mientras ella lo estrecha con fuerza. Se besan con apetito hasta que Tierney se descubre completamente pegada al duro cuerpo de Viger, arrastrada por ese deseo que la ha fusionado por completo con el hechizo del fae.

Y el mundo desaparece.

Cae presa del pánico cuando se queda suspendida en la nada durante un intenso momento.

Viger ha desaparecido. Todo ha desaparecido. No hay colores. No hay sensaciones. No percibe nada ni a nadie.

Es como si la hubieran arrastrado al centro de Erthia.

Y entonces tiene la sensación de que los labios de Viger se separan de los suyos, que la suelta, y ella regresa de nuevo al mundo de los sentidos, los olores, los besos, Viger y el bosque púrpura.

A todo.

Palpitando con una imponente y abrumadora vida espectacular.

Tierney se agarra a los brazos de Viger, se siente un tanto inestable y jadea mirando a su alrededor.

Él la mira muy serio sin dejar de abrazarla. El reflejo de la luz púrpura de la luna es tan hermoso que casi resulta insoportable. La fragancia terrenal del bosque. La percepción intrínseca que tiene Tierney de los ríos y arroyos de esas tierras, todo está potenciado. Y ese apuesto joven fae que está con ella. Esperando. Esperando a que ella abra los ojos y vea el mundo de verdad. Es como si hubiera despertado en un mundo completamente nuevo, ahora tiene los sentidos agudizados. Todas y cada una de las sensaciones se internan en ella. Hay vida por todas partes. La vida alimentada por la muerte natural.

Asombrada, busca la intensa mirada de Viger.

—¿Ahora ya lo ves? —le pregunta mostrándose extrañamente emocional.

Tierney asiente abrumada.

—Tú eres la pausa —jadea—. No eres el fin. Eres el comienzo. La semilla.

Viger tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Ahora lo ves.

—La gente que vive aquí…, ellos no te entienden —dice con pasión percibiendo el bosque, a él, el latido de su propio corazón, percibiéndolo todo—. Tú eres la semilla de todo. De todo el equilibrio del bosque. La decadencia. La muerte. El suelo podrido. Es el comienzo de todo.

—Ahora vuelve a la laguna —dice Viger señalando el charco de agua oscura con la cabeza.

Tierney mira el agua sin vida muy excitada. Se arrodilla junto a la laguna estancada, mete la mano en el agua y cierra los ojos.

Unos tirabuzones de sombras se le cuelan en las líneas y de pronto nota una atracción distinta que tira de ella hacia abajo. No hacia la tierra. No hacia una profunda e intensa pausa.

Sino hacia un vacío infinito. Un abismo.

El fin de todas las cosas.

Tierney saca la mano del agua y se deja caer al suelo aterrorizada; ahora ve la laguna con otros ojos. Los árboles agitan las hojas y la bandada de cuervos desciende de nuevo; uno de ellos se posa en el hombro de Viger y se le pega al cuello. El fae se queda inmóvil y cierra los ojos, como si estuviera escuchando al cuervo con atención.

Cuando abre los ojos, hay un aterrador miedo en su mirada.

—Esta no es la única laguna oscura del bosque —anuncia—. Hay aguas como estas por todo el bosque.

Tierney se alarma.

—Está aquí —dice con la voz ronca—. De alguna forma, Vogel está aquí. Y va a destruir el equilibrio natural.

—Ellos piensan que está lejos, más allá del vasto desierto —comenta Viger mirando la laguna negra como un depredador observaría a otro depredador mucho más poderoso—. Pero de algún modo, ya está aquí. Y no solo está en los animales alterados que han encontrado. Esas bestias con muchos ojos. Está arraigado en el mundo natural del Reino de Oriente.

—Tenemos que proteger el Vo —afirma Tierney cada vez más aterrada. Se levanta y se coge del brazo de Viger bajo la atenta mirada de los cuervos—. Te necesito, Viger. Sé que los deathkin pueden conjurar escudos muy poderosos. Ayúdame a proteger las aguas y la vida del río. Y después ayúdame a avisar a las vu trin y a mis asrai'kin. Tenemos que proteger todas las aguas de Noilaan. El Xishlon debe terminar ahora mismo.

Viger asiente y Tierney le estrecha el brazo con más fuerza sellando una absoluta alianza fae.

—Ayúdame como puedas —le ruega mirándolo mientras los ojos del fae se ponen completamente negros—. De lo contrario, Vogel destruirá todo el mundo natural.

3

Tormenta del Xishlon
VOTHENDRILE XANTHILE

Noche del Xishlon, veintiuna horas

—El hechizo de la luna… es fuerte —dice Trystan un tanto vacilante observando la brillante esfera púrpura, cuyo reflejo crea un imponente espectáculo sobre el agua del río.

«Pero no es tan impresionante como Trystan», piensa Vothe cautivado por el mago que está sentado a su lado a la mesa de la tetería. Trystan mira la luna, que le tiñe el pelo con su luz violeta. Los *piercings* que tiene en la ceja y el labio reflejan la luz lila, y lleva una túnica del Xishlon de un oscuro tono púrpura con un dragón de un violeta más intenso bordado en el costado. Y su piel… parece brillar con más intensidad, y desprende un tono verde tan fascinante que a Vothe le dan ganas de pasear los dedos por sus brillantes labios y darle un tironcito del *piercing*.

Con los dientes.

Porque esa noche se ha convertido en un inesperado motivo de celebración, ahora que han recibido la noticia de que Vang Troi tiene la intención de aliarse con Elloren Gardner.

Sí, es la noche perfecta para la luna púrpura.

—¿Sabes…? Podrías abandonarte al hechizo de la luna —se aventura a decir Vothe apenas sin aliento; no está acostumbrado a que nadie lo ponga tan nervioso.

Trystan deja de mirar la luna con una expresión tensa, como si estuviera esforzándose por evitar su hechizo.

—Las fuerzas de Vogel no dejan de crecer en la frontera del Reino de Occidente —dice con un duro brillo en sus ojos perfilados. Unos

ojos en los que Vothe podría perderse para siempre—. Mañana descubriremos si Vang Troi está considerando en serio aliarse con mi hermana. ¿Y tú quieres que ignore todo eso y me abandone a la luna púrpura?

Pero a pesar de todo, Vothe puede sentir la línea de fuego que ha despertado en las líneas de Trystan. Se acerca un poco más a él. Un ciruelo del Xishlon les da cobijo en ese rincón del acantilado, y los dos disfrutan de las vistas desde el sexto nivel apoyados en una barandilla. La terraza de la tetería Kraken Zafiro está abarrotada de fiesteros vestidos de púrpura, y la cacofonía de las conversaciones, la música de la calle y la celebración general les proporciona a ellos cierta privacidad.

Vothe intenta no mirar el amenazante retrato de Elloren Gardner Grey que hay pegado al árbol que tienen al lado.

—Conozco a Vang Troi, una vieja amiga de mi familia —dice—. Es una mujer de palabra. Supongo que se aliará con ella.

La débil chispa de esperanza en los ojos de Trystan le encoge el corazón a Vothe, y los dos se observan con sendas miradas líquidas y adictivas que amenazan con secarle los pensamientos.

—Tu hermana ya sabía que tenía el poder de la Bruja Negra cuando huyó de Vogel —añade—. Podría haberse aliado con los magos. Pero eligió venir aquí. Con una información militar de vital importancia. Y el ícaro de la profecía está de su parte. Vang Troi lo habrá tenido muy en cuenta.

Vothe pierde la vista por las calles atestadas de gente y ve a un contingente de guerreras vu trin que toman nota de la presencia de Trystan y Vothe.

No le cabe ninguna duda de que están controlando a los aliados de Elloren Grey.

Vothe se acerca un poco más a él y baja la voz.

—Lo único que podemos hacer ahora es esperar. Por lo que quizá abandonarse al Xishlon y mezclarte con la gente sea lo mejor que puedas hacer por tu hermana en este momento.

Trystan suelta una breve risa.

—¿Quieres que me mezcle con la gente?

Alza su brillante mano de mago y Vothe no puede evitar fijarse en los permanentes moretones que siempre le quedan después de los entrenamientos.

Y, sin embargo, no han dejado de recibir miradas hostiles. Y sigue habiendo demasiadas miradas hostiles en aquella terraza, pues el odio y el miedo se abre paso incluso por la cautivadora luz de la luna del Xishlon. Cuesta mucho ignorarlo, y Vothe no deja de sentir rabia por Trystan. Y sabe, por las repetidas ráfagas tormentosas en el poder de Trystan y por muy impasible que permanezca él, que el mago siente su ira.

Profundamente.

—Estoy preocupado, Vothe —confiesa—. Y no solo por mi hermana. Todo el Reino de Oriente subestimó a Vogel. Y entonces él asesinó a casi todos los lupinos. Niños. Bebés. A toda la familia de Diana y Jarod. A toda su familia, Vothe…

—Y estaremos preparados para recibirlo —insiste Vothe—. Gracias a tu hermana.

El cambiaformas alza la mirada hacia la cúpula translúcida; las runas de la superficie teñidas por la luz violeta de la luna apenas se ven. Mira la luna sintiéndose muy agradecido de que las fuerzas de Vogel estén al otro lado del desierto y de saber que el único portal que podría conducirlos hasta allí ha sido destruido. Tienen tiempo para prepararse y fortalecer todo el poder rúnico que protege el reino. Es como si oriente hubiera esquivado una flecha gigantesca en el último segundo. Y ninguna de las personas que están fulminando a Trystan con la mirada tienen ni idea de la suerte que han tenido.

Vothe piensa en el repentino cambio que ha dado su vida. No solo por haberse enamorado del hermano de la Bruja Negra, además ahora está aliado con él para proteger a su hermana.

—Tómate la noche libre —insiste Vothe—. Solo una noche antes de volver a la lucha mañana. Has trabajado para oriente sin descanso desde que llegaste. Te mereces encontrar la luna.

Trystan lo mira asombrado y Vothe le sonríe. Sabe que Trystan lleva allí el tiempo suficiente como para saber lo que significa eso en esta noche tan señalada.

—Ahora también es tu festival —le recuerda Vothe cada vez más consciente del deseo que siente por Trystan.

—¿Ah, sí? —espeta el otro con la voz rota por la emoción y presa de un poder turbulento que cabalga por sus líneas.

—Claro —insiste Vothe con empatía.

La luna le está dando valor. Lo que siente por Trystan le está dando valor.

—Me encantaría sentir que pertenezco a este lugar —admite el mago con un ronco susurro; en su afirmación se adivina una frágil esperanza. Separa los labios como si estuviera a punto de decir algo más, pero los vuelve a cerrar cuando su poder lo rodea a trompicones.

—Ya perteneces a este lugar —afirma Vothe pensando que si estuvieran en cualquier otro lugar, lo rodearía con los brazos y le besaría en ese mismo momento—. Y esta también es tu luna.

—¡Cómo te atreves a vestir ropa del Xishlon!

Vothe y Trystan se dan la vuelta. La airada voz femenina es como un martillo impactando contra el cristal. Vothe percibe el odio de Heelyn, colisiona contra ellos como un ciclón.

La rabia lo atenaza y Vothe mira con incredulidad a Heelyn, que se acerca a su mesa seguida de tres amigas. Todas visten sus uniformes del Wyvernguard y le clavan los ojos a Trystan. A los ojos de Heelyn asoma un fuego indignado. Se detiene con una mueca de desprecio en la cara, se apoya un puño en la cadera de la túnica vu trin y posa la otra mano en la empuñadura de su sable rúnico; está tan erizada como las puntas de su cortísimo pelo negro.

«Oh, por la dulce y santa Vo, ¿de verdad vas a hacer esto ahora? —piensa Vothe enfurecido—. ¿Es que no podemos descansar ni una sola noche?»

Pero cada vez es más complicado. A pesar de que la comandante Ung Li hiciera público su apoyo hacia Trystan, el odio sigue existiendo y no deja de crecer, y la mayoría de los habitantes del Wyvernguard quieren que Trystan se marche.

El mago no mira a Heelyn, no contesta. Conserva su habitual calma y aguarda tan tranquilo como un lago en un día sin viento, con los ojos clavados en la mesa. Pero Vothe percibe cómo crece el poder

tormentoso de Trystan; y basta un ápice de ese poder para superar con creces la ferocidad con la que Heelyn está tratando de intimidarlo. La guerrera espera con el puño en la cadera, pero Trystan no se disculpa por vestir esa túnica púrpura.

«Ten cuidado, Heelyn. —Vothendrile casi siente ganas de avisarla—. No tienes ni idea de a qué te enfrentas. Es muchísimo más poderoso que tú.»

—Heelyn —dice Vothe con una serenidad peligrosa—. Está en las tierras Noi. ¿Qué pretendes que se ponga? Te desafío a que compres alguna prenda de ropa que no sea púrpura en esta época del año.

Heelyn se vuelve hacia Vothe con una mirada que intimidaría a la mayoría del Wyvernguard, en especial dado que ella posee el poder rúnico suficiente como para secundarla. Pero ahora mismo está en inferioridad de condiciones. Muy por debajo.

—¿Acaso estoy hablando contigo? —espeta con fuego en los ojos negros.

—Parece que estés hablando con todos los clientes del restaurante —le contesta con despreocupación y manteniendo a raya la ira que está creciendo en su interior.

Heelyn vuelve a clavarle los ojos a Trystan, que sigue mirando la mesa con esa calma impertérrita tan propia de él. Una calma dolida.

—Ponte tu ropa —le espeta con rabia—. No la nuestra. No puedes vestir de color púrpura. Tú no tienes nada que ver con el Xishlon. Y no tienes cabida en el templo de Vo.

Se inclina hacia delante y pasa el dedo por debajo del collar religioso vo'lon que asoma por debajo del cuello de la túnica de Trystan. Da un tirón para que se vea del todo.

En el interior de Vothe estalla un relámpago y lo empieza a ver todo plateado. Reprime las ganas de abalanzarse sobre la mesa y apalear a Heelyn. Pero Trystan no reacciona. Él sigue mirando la mesa a pesar del fuego que arde en sus líneas.

—Eres gardneriano. No eres noi —insiste Heelyn con un tono venenoso—. Vuelve a ponerte tu ropa negra. La diosa Vo os odia.

—Piensas que debería llevar ropas gardnerianas —dice Trystan en voz baja. Es una afirmación, no una pregunta. Ha adoptado un tono

neutral, pero Vothe está a punto de retirarse al percibir la intensidad con la que rugen sus líneas de agua.

—Sí —suelta ella—. Cíñete a tu cultura.

—¿Crees que esa es mi cultura?

—¡Pues claro que lo es!

Trystan sigue mirando la mesa con una expresión fría, y a Vothe le asombra percibir la gran cantidad de poder que el mago está conteniendo.

—Heelyn, déjalo… —le advierte Vothe.

—No, Vothe. No. —Se vuelve de nuevo hacia Trystan con los ojos llenos de lágrimas cargadas de rabia—. ¡Tu abuela mató a mis padres!

Trystan esboza una mueca de dolor.

—También mató a los míos —dice con un hilo de voz apenas audible.

Heelyn esboza una mueca temblorosa con la boca.

—¡No te creo! —sisea—. Y ahora podría ser que tu hermana también estuviera en el reino. ¿Dónde está, cuervo? ¿Dónde está la Bruja Negra?

Silencio.

—Tú lo sabes, ¿verdad? —insiste. Clava su hostil mirada en Vothe —. ¿Tú también lo sabes? ¿Has decidido traicionar a tu gente?

A Vothe le brotan los cuernos de la cabeza y se le alargan los dientes.

—Yo estoy con el Reino de Oriente —afirma con un tono grave y peligroso—. Y Trystan también.

Heelyn se inclina hacia Vothe.

—Pues no necesitamos que ningún cuervo esté de nuestra parte. — Le clava el dedo en el pecho para dar mayor énfasis a sus palabras—. ¡Y tú tienes que empezar a vigilarlo como el enemigo que es! Y no flirtear con él. ¡Cualquier cambiaformas que esté a menos de tres metros de vosotros sabe lo que hay!

«Déjalo. En. Paz.»

Vothe se vuelve al mismo tiempo que toda la clientela del restaurante. Todos se han quedado igual de sorprendidos al oír esa resonante voz femenina tan amenazadora.

Sylla Vull está algunas mesas más allá. La menuda fae de la muerte aguarda preparada para atacar y en su rostro aparecen seis ojos más alrededor de los dos que ya ha clavado en Heelyn. Vesper está sentado a su lado, el elegante fae de la muerte tiene su brillante bastón negro en la mano y sus inquietantes y atractivos ojos se han convertido en dos pozos negros.

Heelyn intenta no achicarse ante la mirada de la cambiaformas arácnida Sylla, pero Vothe percibe el destello de miedo que le resbala por la espalda. Un miedo muy justificado.

Una multitud de arañas bajan por los pantalones negros de Sylla y corren hacia Heelyn mientras algunos de los clientes del restaurante gritan asustados, se levantan de sus mesas y se alejan de los fae de la muerte.

—A vosotros tampoco os queremos aquí —le ruge Heelyn a Sylla con imprudencia, pero Vothe advierte que a la guerrera le tiembla la voz al ver a las arañas que se acercan.

—La muerte siempre es una visita incómoda —afirma Sylla.

La mirada de Vesper es igual de intensa que la que asoma a los muchos de los ojos de Sylla, y Vothe nota cómo a Heelyn le falla el valor.

La guerrera le lanza una última mirada cargada de hostilidad a Trystan y se marcha seguida de sus silenciosas e igual de hostiles compañeras antes de que las arañas consigan alcanzarla. Sylla y Trystan intercambian una mirada y la fae de la muerte asiente, vuelve a sentarse con Vesper, y las arañas regresan con ella.

Cuando Heelyn y sus adláteres desaparecen en la multitud del Xishlon, Vothe percibe que parte del control que Trystan tenía sobre sus líneas se ha fracturado, nota lo mucho que le ha afectado el odio de Heelyn en la violenta turbulencia que se pasea por sus líneas. El mago levanta la cabeza y mira a Vothe con abrasadora resignación.

—Trys… —dice Vothe.

El mago niega con la cabeza.

—No —insiste con la voz áspera y levantando la mano.

Vothe guarda silencio, sabe que en ese momento la situación es demasiado intensa; cada vez tiene más ganas de subirse a la mesa y

abrazarlo. Y demostrarle que él también pertenece a ese lugar.

«Que su lugar está a mi lado.»

Pero el cambiaformas se reprime y maldice mentalmente a todas las personas que están consiguiendo que Trystan se sienta como un apestado.

«Entre los cuales te encontrabas tú mismo no hace tanto tiempo.»

Se estremece recordando cómo peleó contra la aceptación de Trystan y lo decidido que estaba a odiar al nieto de la Bruja Negra. Y ahora le cuesta mucho mirar a Trystan sin sentir una punzada de deseo tan intensa que amenaza con desmontarlo. Porque Vothe ve la verdad. Trystan Gardner es decente, valiente y bueno, además de asombrosamente atractivo. Y si su hermana se parece a él en lo más mínimo, el riesgo que está asumiendo al ayudarlo a protegerla vale la pena.

Trystan pierde la vista por el agua, continúa por las montañas y acaba clavando los ojos en la luna del Xishlon.

—Tengo miedo por Elloren —admite—. Si a mí me tratan así…

Vothe no necesita oír el resto de la frase.

«A ella la tratarán mucho peor. Aunque Vang Troi acceda a aliarse con ella, otras guerreras podrían unirse, desafiar las órdenes de la comandante y matarla.»

—Ahora mismo está con uno de los hechiceros más poderosos de Erthia —le recuerda Vothe bajando la voz—. Está a salvo. Y como ya te he dicho, ahora mismo solo podemos esperar.

Trystan no le quita ojo a la luna, pero Vothe percibe cómo le está afectando su cercanía por el modo en el que el aura de agua del mago ondea por la suya acompañada del crepitar de unos relámpagos que le provocan un hormigueo en la piel alimentando sus deseos de borrar todo el odio que anida en esas tierras.

Y besarlo.

Le viene un recuerdo a la cabeza. Aquella conflictiva noche en la que Trystan se plantó ante su habitación del Wyvernguard con los ojos recién perfilados y la delicada luz del candil rúnico resbalando por su alto y esbelto cuerpo. Estaba tan imponente que Vothe se quedó paralizado al verlo. Los ojos del mago ardían rodeados por esa línea

negra que transformaba su intenso color verde en un feroz brillo esmeralda.

Y el tatuaje. Santísima Vo.

Muchos aprendices de militar estaban y siguen estando muy molestos por ese tatuaje, por el hecho de que este gardneriano se haya atrevido a repudiar las costumbres gardnerianas con la rapidez de una persona que se desprende de algo que lo está asfixiando lentamente.

Vothe recuerda lo mucho que vaciló al otro lado de la puerta de Trystan aquella noche. Recuerda la ardiente mirada de Trystan mientras él contemplaba su tatuaje y cómo dejaba resbalar los ojos por su cuerpo.

«Pero no hice nada.

»Fui un cobarde», se arrepiente Vothe dolido al recordar cómo dejó que los muros que se erigían entre ellos se interpusieran. Dejó que se interpusiera el miedo por lo que pudieran pensar los demás; el miedo a la reacción que pudiera tener su familia al hecho de que él se aliara con el nieto de la última Bruja Negra. ¿Le prohibirían regresar a Zhilaan, como le hicieron a su tío Sholin cuando se enamoró de Fain Quillen?

La magia de Vothe se erige al pensarlo.

«Estoy harto de fronteras —ruge mentalmente—. Estoy harto de ser un cobarde. Estoy harto de fingir que no me he enamorado de Trystan Gardner.»

—Trystan —dice, y el mago le clava sus feroces ojos. Esos abrasadores ojos esmeralda… Vothe se queda sin habla un momento.

«Lánzate, Vothe. Tú lánzate.»

—Sé mi xishlon'vir —le pide acercándose a él y bajando la voz; ya se lo había pedido antes, pero Trystan no le había contestado—. Antes de que los infiernos se fusionen. Sé mi xishlon'vir, Trystan Gardner.

Trystan se queda de piedra y la energía de sus líneas se enciende y se abalanza hacia el cambiaformas.

—Y no solo mi xishlon'vir —continúa Vothe mientras la sangre wyvern le palpita en las venas—. Quiero cortejarte. Quiero que sea un cortejo zhilon'ile formal.

A Trystan se le corta la respiración. Su poder de agua palpita con

tanta fuerza que la escena se licua a su alrededor.

—¿Con la guerra a la vuelta de la esquina? —consigue decir al fin con un tono desafiante a pesar de que sus relámpagos se abalanzan sobre Vothe.

El cambiaformas se acerca a él cada vez más apasionado.

—¿Por qué crees que estaremos luchando? —Gesticula entre ellos—. Por esto. Esto es lo que vamos a defender.

—¿Por una unión prohibida?

—Por la libertad.

Trystan traga saliva. Sus poderes son un torrente que rodea a Vothe.

—¿Y qué… qué conlleva un cortejo?

—En primer lugar, un mordisco.

A los ojos de Trystan asoma una incrédula diversión.

—¿Un mordisco?

La confusión del mago coge desprevenido a Vothe, como de costumbre.

—Sí. Es la manera formal de declararse para un wyvern.

Trystan se ríe y lo mira entornando los ojos.

—No es una oferta muy común.

Vothe sonríe.

—¿Acaso nosotros somos gente común?

—Pero tu familia… —dice el mago, dolido. Aunque también preocupado—. Me dijiste que te desterrarían.

En el interior de Vothe crepita un relámpago cargado de rebeldía.

—Me da igual. No me importa lo que nadie pueda pensar de esto. Ya no.

Vothe alarga el brazo, le coge la mano a Trystan y una repentina ráfaga de poder los recorre a ambos. A Trystan se le acelera la respiración y mira a su alrededor como un animal arrinconado, después aparta la mano y Vothe se duele al sentir el aguijón del rechazo.

Trystan niega con la cabeza como si estuviera refutando los pensamientos de Vothe, y cuando habla tiene la voz apelmazada:

—Tú no lo entiendes. Aquí nadie lo entiende. En Gardneria, si tú y yo hubiéramos dado alguna muestra de intimidad en público…

Aprieta los labios y aparta la vista frunciendo el ceño.

Vothe se inclina hacia él con actitud comprensiva.

—Pero no estamos allí. Aquí nadie te odia por eso.

A Trystan le asalta una risotada amarga.

—Oh, no. Solo me odian por todo lo demás.

Vothe hace acopio de valor y vuelve a alargar el brazo en busca de la mano de Trystan. Un ofrecimiento y un desafío. Trystan mira la mano de Vothe y aparta la mirada. Traga saliva y el cambiaformas nota la ráfaga de calor del interior del mago, que se abalanza sobre él al mismo tiempo que las turbulencias de sus líneas de agua.

—No quiero seguir resistiéndome a esto —insiste Vothe.

Trystan niega con la cabeza y contesta con la voz rota:

—Yo tampoco.

—Pues abandónate a ello —le dice Vothe—. Y bésame bajo la luna del Xishlon, porque es de muy mal gusto no besar a alguien esta noche.

Trystan alza una ceja con actitud irónica, pero Vothe percibe el inquieto fuego que se ha erigido en su interior.

—Vothe, piensa bien en lo que esto significará para ti. Y… todo el mundo se precipitará al caos.

—¿Y qué importancia tiene un poco más? —Vothe le coge la mano a Trystan y saltan unas chispas invisibles cuando el mago hace ademán de apartarla de nuevo, pero Vothe la retiene—. No estás en Gardneria —insiste—. Y tienes que superar esto. Esta noche. Vamos al centro de la plaza. —Gesticula con la cabeza señalando la plaza, donde se erige una inmensa estatua de la diosa Vo—. Bésame allí. Justo allí, Trystan. En medio de la ciudad. Donde nos vea todo el mundo. Eso te ayudará a olvidarte de Gardneria.

El mago hace un ruidito desdeñoso.

—¿Tan fácil crees que es conseguir que olvide Gardneria?

—No, claro que no. Ya sé que jamás llegaré a comprenderlo. Pero eso no cambia el hecho de que deberías besarme ahí. Porque aquí sí que puedes hacerlo, Trystan. Y sé que tienes tantas ganas de besarme como yo a ti.

Trystan mira los apasionados ojos de Vothe mientras su poder de

fuego los envuelve a ambos y los relámpagos crepitan bajo su piel.

—Vothe, tú eres una tormenta wyvern y yo un mago de nivel cinco con poderes de agua y fuego. Nuestras afinidades se abalanzarán las unas sobre las otras. —Su ardiente mirada se torna fulminante—. Podríamos llegar a provocar relámpagos de verdad.

«Santa Vo.»

—Está bien —dice Vothe acariciándole el dedo pulgar con el suyo —. En ese caso tendremos que encontrar un lugar privado donde no le hagamos daño a nadie. Besarse durante el Xishlon es una tradición sagrada. Por eso es tan importante que me beses esta noche, Trystan Gardner. No querrás insultar al pueblo noi, ¿verdad?

Trystan se echa a reír y parece hablar medio en broma cuando dice:

—Mi mera presencia parece un insulto.

Los relámpagos de Vothe se erigen enfurecidos y se pone serio de golpe.

—No deberían tratarte así —insiste—. Y yo no debería haberte tratado como lo hice cuando llegaste. Y cuando me di cuenta de lo mal que estaba, lamento haber guardado silencio durante tanto tiempo. —La emoción le quiebra la voz—. Una vez dijiste que querías luchar por esta intolerante tierra tolerante. —Trystan lo mira con tristeza, pero Vothe no se inmuta—. Creo que ha llegado el momento de hacer algo distinto. Ha llegado la hora de hacer de este lugar una tolerante tierra tolerante. —Vothe mira fijamente sus manos entrelazadas—. Y quizá este sea el puente que nos conduzca a conseguirlo.

La rebeldía de Trystan parece mitigarse y a sus ojos asoma una pizca de resignación.

—No me importa que nunca lleguen a aceptarme del todo. Las cosas siguen siendo mucho mejores aquí.

—Tampoco es que no tengas amigos.

Trystan esboza una sonrisa fugaz y mira a los fae de la muerte.

—¿Te refieres a los descastados?

—Noooo —responde Vothe con fingida censura—. Me refiero a las personas interesantes que no son borregos. Confía en mí, los demás se acaban cansando con el tiempo.

Vothe suelta a Trystan, se levanta y le tiende la mano.

—Ven a dar un paseo conmigo —«ser apuesto, poderoso y valiente»—. Déjame demostrarte que en esta noche hay mucho más que cobardes que van por ahí amedrentando al personal dándose aires de superioridad.

Vothe pasea tranquilamente con Trystan. Caminan cogidos de la mano y se pasean entre los festivos ciudadanos atrayendo miradas de censura y expresiones amables por igual, hay quien asiente con actitud de apoyo, incluso hay quien saluda a Vothe con simpatía. Descienden hasta el primer nivel y cruzan los límites de la ciudad hasta una ensenada rocosa muy solitaria. Desde allí se ven los dramáticos acantilados que se elevan por tres costados iluminados por la luz púrpura del Xishlon; cuya luna ha vestido todo el río Vo de tonos violetas y negros.

Vothe se detiene sobre la amplia roca salpicado por las gotas de agua que brotan de las olas al impactar en las piedras negras.

—Yo vengo aquí a menudo —le explica Vothe señalando el peñasco escarpado que se erige sobre ellos—. Vuelo hasta allí y contemplo la marea. Me gusta sentir su energía dentro de mí.

Vothe alarga el brazo y le coge la mano a Trystan con la repentina sensación de que se avecina tormenta. Cuando entrelazan los dedos, los relámpagos crepitan entre ellos y Trystan mira a Vothe con tanto fuego y un poder de agua tan intenso que podría rivalizar con la marea.

—Trystan…

Vothe no consigue terminar. Trystan se abraza a él y le besa. Los relámpagos los engullen y estallan provocando una ola de calor que recorre al cambiaformas de pies a cabeza.

Trystan se retira temblando y agarra con fuerza los brazos de Vothe, vacilando, con una mirada casi dolida.

El cambiaformas lo coge de la túnica y tira de él con aspereza, y vuelven a besarse mientras la fuerza de sus respectivos poderes colisiona y Vothe se queda sin respiración.

Nota los firmes músculos de Trystan bajo las manos y lo estrecha con fuerza. Su cálido aliento se abre paso por la gélida brisa del mar

que los rodea a medida que Vothe va profundizando en el beso y le acaricia la lengua a Trystan con la suya, cosa que parece asombrar y excitar al mago. Vothe nota cómo el rugido del poder de Trystan se apodera de él, se apodera de los dos mientras se besan una y otra vez. Y de pronto Vothe quiere poseer del todo a Trystan y que el mago lo posea a él. Solo a él.

Cuando por fin paran a tomar aire, Vothe está apoyado en el acantilado y Trystan está pegado a él.

El mago esboza una sonrisa ladeada.

—¿He honrado correctamente tus tradiciones, Vothendrile?

Mira la luna púrpura por encima del hombro, pero bajo su intenso deseo Vothe puede percibir su vulnerabilidad y el ligero temblor que le recorre el cuerpo.

El cambiaformas levanta la mano para acariciarle la cara y a continuación le besa el pómulo, la sien, la mandíbula…, y su poder de agua fluye por las líneas de Trystan como una caricia.

—Me estoy enamorando de ti, toiyanon.

Trystan se pone tenso y se echa a llorar en silencio.

Vothe se pega a él y lame sus lágrimas saladas con la lengua.

—Permíteme cortejarte.

Trystan asiente mientras sus respectivos poderes de agua fluyen hacia el otro empujados por una apasionada corriente revuelta.

—Recuérdame otra vez lo que supone eso —dice Trystan algo tembloroso y llevándose la mano a los ojos para limpiarse las lágrimas —. Has dicho algo de un mordisco.

Vothe esboza una sonrisa traviesa.

—También hay que besarse mucho. Muchísimo. Muchos besos que serán necesarios cada día del cortejo. Es una parte de la tradición que se remonta muchos siglos y hay que respetar.

Trystan sonríe.

—Me parece que te lo estás inventando a medida que se te va ocurriendo.

—¿Hay algo que te parezca mal?

—No —reconoce sin aliento—. Dios, no.

Vothe lo estrecha con fuerza y Trystan le besa apasionadamente. Sus

lenguas se rozan con mucha sensualidad y las reservas desaparecen cuando Trystan se hace con el control. Como si los relámpagos que desprende hubieran estado retenidos toda la vida.

—Esto es nuevo —dice el mago al fin con la frente pegada a la de Vothe y la voz ronca; el deseo y el amor palpitan con fuerza en el interior de los dos—. Esto de sentirse tan… feliz. No es una emoción que haya sentido a menudo.

—Quiero jurarte fidelidad —le asegura Vothe apasionadamente.

Trystan se inclina hacia delante y roza los labios de Vothe con la boca mientras su marea de calor conjunta se alza sobre ellos.

—Y yo quiero besarte hasta que los dos nos ahoguemos.

4

Casamentera
LUCRETIA QUILLEN

Noche del Xishlon, veintiuna horas

—¿Vas a besar a Jules Kristian esta noche?

Lucretia por poco derrama el té. Mira a su amiga y compañera de la Resistencia, Soollyndrile. La joven casamentera wyvern tiene una expresión petulante en el rostro y la contempla reclinada sobre los almohadones bordados de terciopelo púrpura que hay repartidos en la terraza de la Pastelería del Dragón Pintado. Soo toma un sorbo de té de Xishlon sin dejar de mirar a Lucretia con sus ojos rasgados en vertical.

—Claro que no —protesta Lucretia—. Solo somos buenos amigos.

Soo se ríe y toma otro sorbo del té con aroma de rosas. Las dos mujeres son aliadas desde hace años. Ambas forman parte de una red que se extiende de occidente a oriente con el objetivo de ayudar a jóvenes fae, entre otros, a escapar a oriente.

Soo tiene los labios, los párpados y los cuernos negros, y los lleva decorados con purpurina lila del Xishlon. En la ropa luce innumerables gemas lilas, y en su larguísima cabellera negra se ve alguna mecha púrpura. La cambiaformas ha adoptado una apariencia mixta, y la mitad de su cuerpo de dragón está recubierto de escamas negras. La excepcional habilidad de Soo para mantener esa apariencia mixta durante un periodo prolongado de tiempo está atrayendo muchas miradas, igual que el brillo verde de la piel maga de Lucretia, pero ella está demasiado asombrada por la pregunta de Soo como para darse cuenta de nada de eso.

—Toiya —dice Soo arrugando su amplia nariz con aparente

incredulidad al advertir la ingenuidad de su amiga—. Jules Kristian no es solo tu amigo. Tenéis que aparearos. Inmediatamente.

Lucretia la mira y parpadea; se ha quedado sin habla.

Soo se ríe.

—Conviértelo en tu xishlon'vir, Lu. Hazlo esta noche.

Lucretia sabe que se está sonrojando.

—Ya sabes que soy gardneriana —espeta—. Nosotros no nos limitamos a decidir… —mira a su alrededor; le resulta escandaloso decir esa palabra en voz alta—… que nos apareamos. ¿Estás segura de que él siente lo mismo por mí?

En los brillantes labios lilas de Soo se dibuja una sonrisa.

—Soy una cambiaformas, toiya. Una casamentera nata. Claro que estoy segura. Quiere devorarte entera.

A Lucretia se le escapa una risa asombrada.

«No puede ser.» Es imposible que el reservado Jules quiera devorarla entera. El poder de agua de Lucretia brota en espirales de excitación y tiene los nervios de punta.

Soo se pone seria y alarga el brazo para cogerle la mano a su amiga; le posa las puntas de las garras pintadas de lila en la piel con una delicadeza asombrosa.

—Te quiero, Lu —le dice Soo con su cálida y aterciopelada voz—. Y yo sé cuántos jóvenes fae están en oriente gracias a ti.

Mira a su alrededor y enseguida encuentra a quien mira a Lucretia entornando los ojos con desaprobación.

Soollyndrile frunce el ceño.

—También sé que te repudian por el color verde de tu piel. —Suaviza la expresión—. Lulu, concédete un momento de felicidad este Xishlon. Jules Kristian te corresponde. Ve a pedirle que sea tu pareja.

A Lucretia se le saltan las lágrimas.

«¿Será verdad? Después de haber trabajado juntos en secreto para la Resistencia durante todos esos años, quebrantando juntos las leyes de ambos reinos, arriesgando sus vidas juntos…»

—Ya te he dicho que soy gardneriana —repite Lucretia tratando de ser irónica, pero se le apelmaza la voz al hablar—. No sé cómo se hace eso.

—Pero tú también quieres devorarle —apunta Soo con un brillo en los ojos plateados.

Lucretia se encoge avergonzada, se siente como si ella misma fuera un diario que su amiga estuviera leyendo a todos los clientes de la pastelería.

Soo sonríe enseñando sus afilados dientes.

—Tienes que olvidarte de las costumbres magas en este sentido. Ya lo has hecho en todo lo demás. Ve a buscar a tu pareja y llévale la luna.

Lucretia levanta la vista al cielo y contempla la esfera del Xishlon. La luminosa luna púrpura ilumina el río Vo, donde se proyecta una deslumbrante mezcla de tonos lilas. Esa noche, el mundo se ha transformado en un jardín púrpura rebosante de posibilidades románticas. Y de pronto Lucretia nota cómo despierta su piel, que se ha desperezado a causa del hechizo de la luna del mismo modo que despierta los afectos ocultos de un corazón y entierra las sombras de la vida.

—Escúchame, Lu —dice Soo inclinándose hacia ella con una actitud más empática—. La guerra está a punto de llegar. Quién sabe cuánto tiempo nos queda a cada uno de nosotros. Y este festival puede parecer algo frívolo, pero nada de esto es trivial. Este, toiya —gesticula a su alrededor acompasando a las parejas noi que se besan sentadas a las mesas que hay bajo los ciruelos—, este es el motivo por el que queremos luchar por un mundo mejor. —Se ríe y le estrecha la mano a su amiga—. Es todo por amor.

Lucretia se siente inesperadamente conmovida; le resbala una lágrima por la mejilla. Y en ese momento se da cuenta de que Soo, su compañera de la Resistencia, con su dramático estilo wyvern, sus conjuntos imposibles y su irreverente sentido del humor, podría tener el trabajo más importante de los dos reinos: dar a conocer el amor que los demás sienten los unos por los otros.

Porque hay mucho.

Por todas partes.

—Ve a buscar a Jules —insiste Soo esbozando una sugestiva sonrisa con sus brillantes labios púrpura—. Abraza la luna y ve a buscar a tu

pareja.

—Es la noche de la luna del Xishlon —dice Lucretia cuando entra en el apartamento que Jules tiene en el primer nivel.

La mayoría de las personas recién inmigradas viven en ese atestado primer nivel de Voloi. Mira hacia la ventana que se abre junto a él, desde la que hay unas impresionantes vistas al río, pero las cortinas están corridas, como siempre.

Jules no levanta la vista. Está escribiendo documentos de residencia en papel de pergamino, pero esboza una sonrisita.

—Ah, sí. Su luna lavanda del amor. Su hechizo es… interesante.

—Es púrpura de verdad.

Jules levanta la vista y le dedica otra sonrisa reservada sin dejar resbalar los ojos ni una sola vez por el brillante y ajustado vestido de encaje lavanda que Soo le ha regalado; lleva rosas del Xishlon bordadas por toda la tela. A Lucretia le falla la resolución. Sabe que parece un jardín resplandeciente, que ha ido a ofrecerse a Jules como si fuera un deslumbrante ramo de flores esperando a que él lo acepte: lleva purpurina lila en el pelo negro y se ha aplicado en los labios el mismo brillo púrpura que Soo.

—Me han dicho que es muy bonita —comenta Jules con cordialidad sin todavía darse cuenta de nada.

—Pero ¿la has visto? —insiste Lucretia.

—No. Estoy intentando terminar estos…

Su diminuto apartamento está lleno de mapas. Los hay colgados a la pared y extendidos por la mesa. Mapas oficiales del Reino de Oriente y mapas secretos de las minas. Y también hay montones de documentos de identidad preparados para partir hacia el Reino de Occidente. Para ayudar a los refugiados desesperados por llegar a las tierras Noi.

Donde Vogel no pueda atraparlos.

—Ven a ver la luna —insiste ella.

Jules ladea la cabeza y la observa con curiosidad.

—Lucretia, mañana a esta hora estaremos defendiendo la causa de la Bruja Negra. Tengo que acabar esto…

—Y lo harás —lo interrumpe con un tono cada vez más emocionado —. Yo te ayudaré a terminarlos. Pero tenemos que parar de vez en

cuando para recordar por qué estamos haciendo todo esto. Y es por estos festivales de la luna lavanda por lo que los niños se visten de lila y van corriendo por todas partes con sus ristras de esferas rúnicas, y los jóvenes salen a buscar a alguien a quien besar. Este es el motivo por el que estamos haciendo todo esto. Para que todo el mundo pueda disfrutar de estas cosas tan hermosas. Todo el mundo. Sin excepciones.

Jules se queda de piedra y la observa con atención.

—Está bien, Lucretia —dice—. Enséñame la luna.

Lucretia se acerca a la ventana, descorre las cortinas y la estancia enseguida se viste de luz violeta; contemplan el río Vo y sus infinitos tonos lilas deslizándose a sus pies y la cordillera justo enfrente.

Y la luna del Xishlon suspendida en el cielo.

Jules deja la pluma y contempla la luna en silencio. Después mira a Lucretia muy serio.

—Es muy bonita. ¿Qué te preocupa, Lucretia?

Ella respira hondo algo temblorosa; está muy nerviosa.

—He hablado con Soo. Me… me ha dicho que te sientes atraído por mí. Ha dicho que es una de las atracciones más fuertes que ha percibido.

No solo le está costando muchísimo hablar, es que apenas puede siquiera respirar.

A Jules le cambia la mirada y en sus ojos brilla algo muy poderoso que ella no había visto hasta entonces. Aparta la vista apretando los dientes.

—Lo siento. Siempre he intentado ser discreto. Pero no puedo cambiar lo que siento por ti.

Las palabras están teñidas de remordimiento, está rígido, contenido.

Y entonces Lucretia se da cuenta de lo mucho que él se ha esforzado por reprimir sus sentimientos. No es de extrañar que se malinterpretaran el uno al otro durante tantos años. Contempla el precioso rostro de Jules teñido de luz lavanda. Su pelo castaño despeinado, la ropa arrugada y las gafas viejas.

—Verás —empieza a decir ella algo vacilante—, lo que ocurre es que… yo siento exactamente lo mismo.

Jules la mira asombrado, en silencio.

—Llevo muchos años enamorada de ti —admite Lucretia con un descaro apasionado.

Jules respira hondo y traga saliva.

—Lucretia —dice con la voz más ronca que nunca—, cada vez que te veo yo…

Se le apagan las palabras, como si la emoción fuera demasiado intensa como para poder verbalizarla. Como si llevara guardándola demasiado tiempo.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunta ella.

Él la mira con arrepentimiento.

—Porque jamás imaginé que tú pudieras sentir por mí lo que yo estaba sintiendo por ti.

—¿Por qué? —pregunta Lucretia asombrada—. ¿Porque yo no dejaba de fingir interés por un maldito pretendiente gardneriano tras otro para escapar del compromiso?

—No. —Niega con la cabeza—. Porque nunca me diste ningún indicio.

Lucretia suspira.

—Si pudiéramos percibir las afinidades como los lupinos y los wyvern, todo esto hubiera sido mucho más fácil.

—¿Y qué hubiera percibido en ti, Lucretia?

—Que te he amado desde la primera vez que te vi —admite con la voz ronca—. Te habrías visto arrastrado por una corriente abrumadora.

Lucretia se mete la mano temblorosa en el bolsillo de la túnica, saca un pequeño frasco de hierbas y lo deja sobre la mesa que hay entre los dos.

Jules se queda inmóvil con los ojos clavados en la botellita y mira a Lucretia con asombro.

—Raíz de sanjire —anuncia con la voz temblorosa mientras el rubor le trepa por el cuello—. Me gustaría pasar la noche contigo. Sé mi xishlon'vir, Jules Kristian.

Jules traga saliva mirando las hierbas. Sigue sin moverse.

—No tengo nada que ofrecerte, Lucretia —dice con la voz apelmazada por la emoción—. Soy un profesor de historia sin poderes

en un mundo que está a punto de ser engullido por el caos.

—Si quieres poder, podrías convertirte en lupino.

Jules asiente divertido. La mira con complicidad.

—Prefiero ser el alfa de mi propia vida. Eso me compensa.

Lucretia se ríe sin reparo.

—Sí. No te imagino siguiendo directrices que no sean las tuyas propias.

Él le devuelve la afectuosa sonrisa.

—Y tú eres igual. Aunque con poderes de nivel cuatro.

—Pues yo te protegeré.

Jules sonríe y se miran el uno al otro unos momentos.

—Podrías elegir al hombre que quisieras —le dice poniéndose serio de nuevo—. Un hombre con una vida más normal.

—¿Ah, sí? —responde ella—. He pasado la mayor parte vestida como una gardneriana de la casta Styvian. Y durante la mayor parte del año pasado, llevé uno de esos espantosos brazaletes en apoyo a Vogel. ¿A qué clase de hombres crees que atraje?

Jules sonríe.

—¿No eran precisamente la flor y nata?

—No exactamente.

—Pero ya no estás en occidente. —Deja resbalar los ojos por su cuerpo y mientras resigue las curvas de su cuerpo admirando el ceñido vestido salpicado de rosas, a su mirada asoma un brillo imprudente—. Y no hay duda de que ya no parece que pertenezcas a la casta Styvian. —Le dedica una sonrisa sugerente—. ¿Ves lo que ocurre? Me das un poco de cuerda y ya te estoy mirando con descaro.

—¿Cuánto hace que te fijaste en mí? —le pregunta encantada.

—Hace mucho tiempo —admite con delicadeza; después guarda silencio conteniéndose, pero el evidente deseo de su mirada provoca una ráfaga de calor que recorre el poder de agua de ella—. Lucretia —dice al fin con un tono grave—. Yo me he erigido contra el poder de los gardnerianos. Y los elfos alfsigr. ¿Cómo crees que va a quedar eso?

Lucretia lo piensa ladeando la cabeza.

—No muy bien. Pero como yo no pienso dejar de ayudar a los refugiados que quieren llegar a oriente y estoy a punto de ser

desplegada en occidente, diría que mi destino parece tan predecible como el tuyo.

—Yo estoy trayendo caos al tranquilo Reino de Oriente.

—El caos ya viene a por el tranquilo Reino de Oriente —lo corrige Lucretia—. Tú les das la única oportunidad que les queda de tener futuro. Están demasiado divididos y dependen de un sistema mágico monolítico. Si el sistema cae y los gardnerianos los invaden, su mejor forma de protegerse vendrá de manos de los smaragdalfar y de todos esos jóvenes fae de las fuerzas vu trin, y todos están aquí gracias a ti.

—No lo he hecho solo.

Más silencio.

—Te quiero, Jules —admite con los ojos vidriosos—. Ya hace muchos años que te quiero, y ahora ya lo sabes.

Jules la mira fijamente.

—Yo también te quiero, Lucretia.

Ella esboza una sonrisa ladeada rebosante de felicidad.

—Bueno, por lo menos ahora ya se sabe. Nuestro sórdido secreto.

Jules se ríe y se reclina en la silla mirándola con cariño.

—Según la tradición de este festival —dice ella exaltada y más animada—, todo el mundo debe besar a la persona que ama bajo la luna lavanda. Da buena suerte para todo el año, además de la bendición de Vo.

Jules alza las cejas.

—¿Me estás pidiendo que te bese, Lucretia?

Mira de soslayo la botellita con la raíz de sanjire.

—Sí, Jules —admite ella sin aliento—. Te estoy pidiendo que me beses siempre que quieras a partir de ahora.

La mira divertido.

—Entonces no te quedaría tiempo para hacer nada.

Lucretia es incapaz de reprimir la sonrisa boba que se dibuja en sus labios.

—En ese caso quiero que me beses todo lo que quieras esta noche. Mañana ya seguiremos dedicando nuestras vidas a intentar que nos arresten o nos maten.

Él adopta una expresión ardiente.

—Me he estado reprimiendo mucho tiempo, no quería que se notara.

—Yo también.

Jules sonríe, se levanta, se acerca a su pequeña cocina rúnica y coloca su abollada tetera sobre el fuego.

—¿Te apetece una taza de té? —le ofrece. Señala con despreocupación la botellita de hierbas que sigue encima de la mesa y a sus ojos asoma un brillo travieso—. Para acompañar la raíz de sanjire.

Lucretia nota cómo un escalofrío le recorre la espalda rodeado del agua caliente de sus líneas, y se queda sin habla un momento viendo cómo sonríe Jules.

—Claro, Jules —dice al fin incapaz de reprimir una sonrisa—. Me encantaría tomar una taza de té.

5

Lupina
AISLINN

Noche del Xishlon, veintiuna horas

Aislinn nota con todas las fibras de su ser lupino cómo Jarod se acerca en silencio. Su afecto la envuelve como la caricia del bosque y su cálido aroma de verano le provoca un hormigueo que le acelera la respiración.

Se apoya en la barandilla del Wyvernguard y lo espera contemplando el río Vo. Todo está bañado por el suntuoso brillo púrpura de la luna del Xishlon, y su delicado hechizo ayuda a olvidar la inminente amenaza de Vogel solo por una noche. Solo una pausa antes de que el poder de Elloren quede liberado, se forje una alianza y todos puedan desplegarse en occidente.

Juntos.

Aislinn aguarda a que Jarod se acerque un poco más. Están en el más alto de los pasillos que conectan las dos islas montaña del Wyvernguard como si fueran los peldaños de una escalera. Por debajo pasan algunas nubes teñidas de tonos lavanda que se marchan flotando lentamente.

Piensa que nunca se acostumbrará del todo a la impresionante belleza de las vistas del río Vo que se ven desde el Wyvernguard.

Se agarra con más fuerza a la barandilla cuando Jarod aparece a su lado vestido también con el uniforme vu trin y el pelo rubio despeinado por el viento. Le roza un poco el brazo y ella mira sus preciosos ojos ambarinos. Jarod le sonríe.

—Tengo una cosa para ti —le dice tendiéndole un paquete rectangular envuelto en pergamino púrpura y atado con un lazo

violeta con una diminuta rosa del Xishlon.

Aislinn acepta el regalo y se le dilatan las aletas de la nariz. Sus afilados sentidos lupinos aspiran el embriagador aroma de la rosa púrpura mezclado con ese olor a pergamino seco que siempre le ha gustado tanto. Transforma su mano en una zarpa con la que rasga el lazo fácilmente y a continuación recupera su mano para retirar el papel.

En su interior descubre un tomo negro grabado con la luz púrpura del Xishlon. En el lomo ve unas flores lilas y en la portada una escritura noi en tonos plateados. Debajo del libro hay un curioso cuadrado de cristal rodeado de diminutas runas noi.

Cuando se da cuenta de lo que es, a Aislinn se le acelera el pulso. Coloca el cristal sobre la escritura noi y se transforma automáticamente en idioma común.

«El jardín lavanda de mi corazón.»

Aislinn conoce ese texto, es una de las colecciones de poesía noi clásicas, las que se leen en todo Noilaan la noche del Xishlon.

—Oh, Jarod —jadea mirando sus preciosos ojos—. Gracias.

Estrecha el regalo contra su pecho y alarga la mano para sujetarlo del brazo, se pone de puntillas y le da un beso que va más allá de un simple «gracias» mientras Jarod la rodea por la cintura. Cuando nota esa conocida chispa de deseo que estalla entre los dos, a Aislinn se le acelera el corazón.

Quiere llevárselo al bosque púrpura y besarlo durante horas. Quiere pegarse a él, todo lo que pueda…

Aislinn vacila y Jarod se retira un poco. La mira con curiosidad mientras a ella la embarga esa conocida excitación, que se interna en el momento como un lazo que los une con fuerza. Sabe que Jarod puede percibir su deseo con la misma claridad con la que ella percibe el de él. Pero también sabe que Jarod es consciente de que la atracción que siente por él está mezclada con tantos traumas y rabia por lo que le hizo Damion que Aislinn teme que eso pueda interponerse entre ellos para siempre.

Cuando Jarod la suelta, ella se estremece como si se le hubiera colado dentro la brisa del Vo. Ahora ya solo le toca el brazo con

suavidad.

Aislinn frunce el ceño contemplando el río y ve cómo la multitud que hay en un barco a lo lejos suelta un montón de esferas rúnicas que se marchan flotando por el cielo.

No puede mirar a Jarod.

Le desea más que nunca, pues saber que la guerra es inminente potencia su deseo. Y quisiera convertirse en la auténtica pareja de Jarod antes de que estalle el conflicto.

Pero cada vez que se acerca el momento, le vienen a la cabeza un montón de recuerdos de Damion Bane. Aislinn esboza una mueca de dolor mientras trata de luchar contra las imágenes que intentan asaltarla incluso en ese momento. Cómo Damion la forzó y la humilló. El espantoso daño que le hizo. Su crueldad. Su infinita crueldad.

Y, sin embargo, tanto el inquebrantable amor de Jarod como el amor del bosque han sido para ella un continuo y tranquilizador bálsamo durante el último mes que, gradualmente, ha ido limando las asperezas de todo lo que le robó Damion Bane como un continuo arroyo de agua resbalando por las piedras de su lecho. Y ha ido creando un espacio seguro en el que ella ha podido ganar fortaleza y sanar.

Y en el interior de Jarod anida un cariñoso deseo arrollador. Aislinn lo nota deslizarse por su interior mientras contempla los infinitos tonos lilas del río Vo. Al principio, esta nueva habilidad lupina para percibir el abrumador deseo que Jarod siente por ella le resultó un poco intimidante. Incluso inquietante, pues es evidente que él desea mucho más que un beso y algunas caricias.

Pero la percepción de ese deseo se ha convertido en su propia fuente de tranquilidad, pues la intensa pasión de Jarod está desprovista de crueldad. A pesar de la suavidad con la que le está tocando el brazo en ese momento, ella puede sentir el eco de sus fuertes brazos a su alrededor, noche tras noche, como una huella empoderadora. Como no querían volver a separarse nunca, los dos se han quedado dormidos juntos cada noche desde que se reencontraron, aunque, al principio, ella se despertaba llorando aterrorizada a causa de las continuas pesadillas, y también a pesar de los problemas que

Jarod tenía para dormirse debido al ardor de su deseo recorriéndole todo el cuerpo.

Aislinn lo ha visto desnudo tanto antes como después de transformarse, y una vez incluso vio la prueba definitiva del deseo que siente por ella. Y, sin embargo, él siempre se está reprimiendo y trata de ser cuidadoso y respetar sus ataques de pánico y sus destellos de asco y rabia. Y espera.

«Te esperaré siempre», le ha dicho en más de una ocasión mientras la abrazaba.

Y así es como Aislinn se ha quedado dormida una noche tras otra, mientras Jarod la abrazaba en la oscuridad, con sus sentidos lupinos potenciados mientras inspiraba su embriagador aroma masculino, y él le acariciaba el brazo, le besaba la frente y los labios. Con tanta delicadeza, cuando, en realidad, el deseo que ruge en su interior no lo es en absoluto.

Y, poco a poco, Aislinn ha ido sintiendo cómo empezaba a sanar. Hasta el punto en que, esos últimos días, las cosas han empezado a cambiar, y el amor y el deseo que siente por Jarod han empezado a ser más fuertes que el trauma.

Aislinn deja de mirar el río y se vuelve hacia Jarod. Cuando se miran a los ojos la embarga una oleada de calor. Traga saliva, de pronto está sedienta de amor por él, y tiene los nervios de punta a causa de lo que está a punto de ofrecerle.

—Quiero aparearme contigo.

Jarod respira hondo y Aislinn percibe la ardiente llamarada de su deseo. Sigue sin perder el control pero se muere por ella.

El lupino asiente muy despacio con una expresión ligeramente asombrada. No necesita preguntarle si está segura. Aislinn sabe que él puede oler sus sentimientos y su deseo con la misma claridad que ahora puede hacerlo ella. También sabe que ella se está reprimiendo tanto como él. Asustada y sin estarlo al mismo tiempo. Y está preparado para hacerla suya.

—No puedo anunciárselo al grupo —le dice algo temblorosa y cargada de arrepentimiento sintiendo cómo en su interior se desata una tormenta emocional—. Ya sé que es la costumbre lupina, pero…

no puedo.

Lo hablaron hace ya algunas noches, pasada la medianoche, mientras Aislinn seguía despierta, atrapada de nuevo entre el deseo que sentía por él y el miedo a abrir la puerta a esos espantosos recuerdos y su peligrosa vulnerabilidad. Jarod despertó a su lado, quizá al percibir sus emociones revueltas y la batalla que se libraba en su interior. Pasaron toda la noche hablando y ella le acabó confesando entre lágrimas todo por lo que había tenido que pasar.

—Eso era violencia —le dijo Jarod abrazándola con fuerza y presa de una indescriptible rabia por ella—. Eso no tiene nada que ver con el apareamiento.

Aislinn regresa al presente con lágrimas en los ojos y Jarod le toca el brazo con delicadeza, tan suave como la gasa, como si supiera lo frágil que es el momento. Tira de ella para que lo mire y le acaricia la cara.

—Para nosotros no hay reglas —dice en voz baja y con mucha delicadeza.

Ella se siente mal.

—Pero… yo sé que es importante para ti. Honrar las costumbres lupinas.

No puede seguir hablando. También percibe el dolor de Jarod. Su pueblo, todos murieron. Sus padres, su hermana pequeña, fueron asesinados. Y después de ese espantoso trauma, a ella le duele mucho tener que decir que no a esa básica tradición lupina: la declaración, a toda la manada, de la intención de una pareja de aparearse.

Las lágrimas brillan en sus ojos. Jarod está siendo muy bueno, pero ella le está pidiendo mucho. Siempre le está pidiendo demasiado.

Él la abraza con suavidad y la observa con sus ojos dorados mientras a ella le resbala una lágrima por la mejilla.

—Aislinn —dice—, a veces las tradiciones deben rendirse a algo más importante.

Ella consigue esbozar una sonrisa vacilante.

—¿Como el verdadero amor?

Jarod también sonríe.

—Sí. Como el amor. Siempre deben rendirse al amor.

Y entonces Aislinn se echa a llorar de veras sintiéndose cada vez más segura.

—Te quiero —confiesa, y su corazón se abre a pesar de que el miedo intenta cerrarlo de nuevo.

Jarod la rodea con sus musculosos brazos y ella nota cómo sonríe pegado a su pelo, y el beso que le da después mientras ella se abraza a él.

—Yo también te quiero —afirma.

—Estoy preparada, Jarod. —Se retira un poco para mirarlo más decidida de lo que lo ha estado en toda su vida—. Vámonos.

—¿Adónde quieres ir? —le pregunta casi sin aliento y mirando hacia los barracones de los soldados—. ¿A la habitación que tenemos aquí?

—No —responde ella con rebeldía—. No quiero hacerlo en un espacio cerrado como una gardneriana. Quiero que nos apareemos como los lupinos. En brazos del bosque.

Jarod la coge de la mano con cariño, como si fuera lo más delicado del mundo, aunque Aislinn sabe que lo que realmente desea es estrecharla entre sus brazos y besarla apasionadamente. La mira con complicidad.

—Podemos ir a esa arboleda que a los dos nos gusta tanto. En el norte de Voloi.

Aislinn posa la otra mano sobre las que ya han entrelazado y le acaricia los dedos mientras lo mira. A su atractivo, paciente y abrumador amor. Su amor eterno.

—Llévame allí —dice.

6

Encuentra la luna
SPARROW TRILLIUM

Noche del Xishlon, veintiuna horas

Sparrow está ante el espejo de cuerpo entero de la famosa tienda de ropa de Mii Vun, asombrada por la transformación Xishlon que ve reflejada en él.

La transformación Xishlon que ha sufrido ella.

Han desaparecido el vestido de sirvienta y el rostro sin maquillar del Reino de Occidente. Porque ya no vive en un mundo donde su belleza la pone en peligro. Aunque sabe que el maquillaje que lleva es muy descarado para su primer Xishlon: luce una intrincada orquídea violeta dibujada en un lateral de la cara y los labios coloreados con un tono púrpura más intenso que su tono natural y salpicados con purpurina lila. Y se ha adornado la melena púrpura con flores iridiscentes del Xishlon.

Pero la mayor insubordinación es el vestido que Sparrow ha tardado una semana en confeccionar. Lo ha diseñado en honor al famoso poemario noi, *El jardín lavanda de mi corazón*, cuyas composiciones están dedicadas a las emblemáticas trece flores púrpura del Xishlon. Todo el vestido está hecho con rosas, jacintos, pensamientos y cosmos de seda, además del resto de las flores del festival de la luna lavanda. La falda es larga por detrás y corta por delante, y se le ven las piernas desde la mitad del muslo hasta abajo, lo que en Gardneria hubiera sido un escándalo y totalmente prohibido. Lleva orquídeas violetas bordadas en las medias de seda y sus delicados zapatos de terciopelo ciruela están decorados con flores de azafrán pintadas a mano.

Sparrow está muy nerviosa por mostrarse así de atrevida, pero se

niega a dejarse acobardar por el pasado. Porque allí, en el Reino de Oriente, las mujeres pueden ponerse lo que quieran, pues su seguridad está vigorosa y despiadadamente garantizada por el cuerpo de seguridad vu trin, formado, en su mayoría, por mujeres. Y también le da mucho valor el cuchillo rúnico que lleva al costado, pues allí también es muy común que las mujeres vayan armadas.

«A ver si los gardnerianos se atreven a venir aquí para volver a esclavizarme —piensa Sparrow observando el reflejo del cuchillo asociado a su rebelde imagen—. Pienso morir luchando y juro que me llevaré a algunos por delante.»

—Ay, pajarillo, eres un auténtico espejismo.

Mii Vun, la propietaria de la tienda y protectora de Sparrow, aparece en el reflejo del espejo. La bondadosa mujer noi lleva la cabellera blanca recogida en un montón de trenzas adornadas con flores lilas, y la túnica y los pantalones de seda lavanda salpicados de violetas bordadas.

—¡Todos hablan de ti, Sparrow! —exclama la joven Fyya Lo abriéndose paso por el lado opuesto del espejo. La joven aprendiz de costurera posa la barbilla en el hombro de Sparrow con una traviesa sonrisa en su hermoso rostro—. Las prendas que diseñaste… ¡Te has hecho famosa de un día para otro!

Sparrow se siente muy agradecida. Se gira un poco para poder observar mejor el hermoso reflejo de Fyya Lo, cuyo vestido del Xishlon es uno de los diseños que Sparrow ayudó a diseñar. La joven lleva el pelo negro adornado con esferas rúnicas llenas de luz rúnica violeta. El vestido está confeccionado con un terciopelo púrpura tan oscuro que parece casi negro. En el torso luce una brillante luna lavanda, y en la falda se ve el bordado del río Vo y su ondulante reflejo lila.

—Tengo algo jugoso que contarte —presume Fyya Lo cogiéndola de las manos. Su tono vivaracho adopta un matiz confidencial—. Syr Vho quiere verte esta noche.

Sparrow le recuerda muy bien. El arquitecto noi. Otra de las jóvenes promesas de la ciudad, a quien conoció durante el banquete que celebró Mii Vun para apoyar a los diseñadores más talentosos y

prometedores.

—Está coladito —afirma la joven sin dejar de sonreír—. Me parece que se muere de ganas de darte tu primer beso del Xishlon.

Sparrow se eriza. Sabe muy bien a qué se refiere Fyya Lo. Y también sabe que su respuesta será el equivalente a poner un explosivo rúnico en medio de aquella tienda tan elegante.

—Y agradezco el cumplido —responde obligándose a hablar con serenidad—. Pero he decidido pasar la noche del Xishlon con Thierren Stone.

A Fyya Lo se le borra la sonrisa y a los ojos de Mii Vun asoma un brillo serio que le atenaza el corazón a Sparrow. Las dos saben que es amiga de Thierren, pero en el Reino de Oriente, pasar la noche del Xishlon con alguien…

Sparrow sabe que eso es algo muy distinto.

Se preocupa un poco más cuando ve que Mii Vun suspira algo temblorosa y aparta la vista como si estuviera reflexionando sobre ello. La anciana modista ha sido increíblemente amable desde que Sparrow puso los pies en la enorme y bulliciosa ciudad hace apenas unas semanas; ella acogió a la joven bajo su protección tras ver solo algunas muestras de sus bordados y diseños. Y el sueldo que le dan allí le ha cambiado la vida por completo. Jamás olvidará la sensación del peso de ese primer monedero lleno que Mii Vun le puso en la mano. En él había suficiente dinero como para poder pagarse un pequeño apartamento de una habitación en el distrito de los artistas del primer nivel de Voloi, con un balcón con vistas al río. Había el dinero suficiente para comprar buena comida y utensilios de arte y costura: hilos de seda de todos los colores, telas, una máquina de coser y algunos lienzos, además de un juego de acuarelas y pinceles.

Pero el Reino de Oriente ha significado mucho más para Sparrow, no ha sido solo la bendición de un sueldo justo a cambio de su duro trabajo.

Significa libertad.

Una libertad que Sparrow no está dispuesta a perder. Y eso incluye también la libertad para amar a quien ama.

Fyya Lo ha fruncido sus brillantes labios lilas.

—Vas a pasar la noche del Xishlon con un gardneriano —espeta.

—Sí, Fyya Lo —responde Sparrow—. La voy a pasar con un gardneriano. Y voy a pedirle que sea mi xishlon'vir.

Mii Vun reprime un suspiro y Fyya Lo mira a Sparrow entornando sus ojos amatista. Cuando vuelve a hablar, su tono es mordaz:

—No conseguirás el favor de ningún benefactor si te relacionas con un cuervo, y yo no podré seguir siendo amiga tuya.

Sparrow se indigna. Se endereza y fulmina a Fyya Lo con la mirada, pues ya no necesita fingirse tímida y recatada. Aquí no. Sparrow no tiene ninguna intención de volver a fingirse intimidada.

—No le llames cuervo —espeta al fin.

—Yo estoy de acuerdo —tercia Mii Vun, y Sparrow se vuelve hacia la anciana modista perpleja de ver la mirada de censura que le está lanzando a Fyya Lo.

—¡No deberían estar aquí! —insiste Fyya Lo mientras un grupo de personas vestidas de púrpura pasan por delante de las puertas abiertas de la tienda festejando el Xishlon—. Dejarlos entrar es un grave error.

—¿Dejar entrar a quién? —la desafía Sparrow cada vez más enfadada—. ¿A los refugiados del Reino de Oriente? ¿Como Effrey? ¿Como yo?

—Cielos, no —exclama la otra, que parece sinceramente desconcertada—. Tu sitio está aquí. Y Effrey también es bienvenido. Pero los gardnerianos y los alfsigr son nuestros enemigos. ¡Ellos no son como nosotros! ¡Y si te relacionas con ellos, tú también te convertirás en una enemiga!

Sparrow ve a Thierren y a Effrey cruzando la multitud en dirección a la entrada de la tienda. El uniforme naval negro de Thierren destaca en medio de ese mar de prendas lilas, donde también se ve con claridad el brillo esmeralda de su piel. Effrey brilla a su lado, parece una baliza del Xishlon con su atuendo lila, y emite el suave brillo violeta propio de los geomantes.

Los ojos verdes se posan sobre Sparrow y entre ellos pasa una energía que parece potenciada por la luz de la luna del Xishlon. Ella lo observa con atención con el aleteo de mil mariposas en el estómago. Porque allí todo es diferente, y lo que siente por él también está

cambiando.

Ha pasado de una sólida amistad a la admisión de algo mucho más fuerte.

—Thierren, querido —lo saluda con entusiasmo Mii Vun dando un paso adelante, y a Sparrow se le seca la garganta presa de un inmenso y agradecido alivio.

La modista le da dos cariñosos besos en las mejillas y Fyya Lo lo fulmina con los ojos cruzando los brazos sobre la luna del Xishlon que lleva bordada en el pecho.

—Me alegro mucho de verte —sigue diciendo Mii Vun dándole una palmadita en la cabeza a Effrey con sus manos llenas de anillos—. Os deseo un feliz Xishlon.

Thierren inclina la cabeza con una evidente gratitud en los ojos.

—Igualmente, nor Mii Vun.

Fyya Lo lo funde con la mirada al oír ese respetuoso saludo noi. Hace un ruidito disgustado, se da media vuelta sobre sus tacones decorados con sendas lunas y desaparece en la trastienda dando un portazo a su espalda.

Sparrow siente una indignación salvaje. Se vuelve desconcertada hacia Effrey, que la mira con sus ojos amatistas por detrás de las gafas, y parte de la ira de la joven desaparece cuando piensa en lo mucho que él ha cambiado allí en tan poco tiempo, pues los poderes del chico han despegado como una estrella fugaz, hasta el punto de que está rodeado por esa aura coloreada que suele manifestarse en todos los artilleros, la clase de uriscos geomantes más poderosa que existe. Ha estado haciendo de aprendiz con Or'myr Syll'vir, se ha cortado el pelo lila y sus enormes orejas puntiagudas asoman por entre sus mechones. Y esta noche va vestido para la ocasión y lleva varias lagartijas brillantes bordadas en uno de los costados de la túnica lila.

Effrey le hace un gesto a Sparrow pidiéndole, preocupado, que se agache; y cuando ella lo hace, el chico le pone una mano en el hombro para que se acerque un poco más.

—Algunos noi'khin han insultado a Thierren cuando veníamos hacia aquí —le confiesa susurrando—. Le han escupido. Le increpaban y le decían que este no era su sitio. Como nos hacían a nosotros en

occidente.

—Lo sé —contesta Sparrow entre susurros—. Es duro oír esas cosas.

Effrey frunce el ceño preocupado.

—Or'myr es medio gardneriano y a él no lo tratan así. Y es el nieto de la Bruja Negra.

—Es verdad —admite Sparrow—. Pero para Or'myr todo es diferente, ya lo sabes.

Y es verdad, la mayoría de los noi'khin parecen concentrarse en la evidente parte urisca de Or'myr e ignorar sus ojos gardnerianos y su parecido con el rostro de la Bruja Negra. Pero Sparrow sabe que muchos de los uriscos recelan de Or'myr e injurian a su madre, Li'ra, por haber tenido relaciones con un mago.

—Thierren es amigo mío —afirma Effrey con rebeldía.

Sparrow asiente emocionada. Mira a Thierren a los ojos y se le colorean las mejillas a causa de la intensidad que crepita en el aire siempre que ella y el mago están cerca.

Mientras Mii Vun y Thierren intercambian cumplidos, Sparrow advierte las expresiones de los noi que entran en la tienda, se quedan mirando al gardneriano y muchos se marchan a toda prisa, y sus airados insultos llegan a oídos de la joven, provocándole una amarga punzada de dolor. Es muy injusto, Thierren se está preparando para desplegarse en occidente y luchar contra los gardnerianos. Y ella misma ha visto los moretones que tiene en el brazo derecho después de entrenar con otros soldados para que puedan aprender a controlar el poder de los magos.

Se acerca a Thierren y observa cómo él pasea los ojos por su ajustado vestido del Xishlon con evidente pasión. Sparrow disfruta de su reacción y es incapaz de reprimir una sonrisita.

Thierren se acerca a su oído y le pone la mano en el brazo con delicadeza consiguiendo que aumente el calor de su interior con su grave voz al decir:

—Estás demasiado guapa.

—¿Eso significa que no quieres salir conmigo? —susurra Sparrow.

Thierren suspira asombrado. Ella ya sabía que lo cogería por sorpresa, que él no esperaría encontrar a esta nueva Sparrow renacida

en el Xishlon. Envalentonada por el hechizo de la luna, que consigue que todo el mundo se concentre en las necesidades de su corazón. Además del difícil e inexcusable hecho de que Thierren se marcha mañana.

El mago contempla a Sparrow con mayor descaro y una mirada líquida.

—Estás tan guapa que… que me cuesta pensar.

La mira con complicidad.

—Marchaos —dice Mii Vun colándose en su repentino hechizo con una sonrisa cómplice en los labios—. Effrey pasará la noche conmigo.

—¿Ah, sí?

Effrey mira a Mii Vun y se muestra asombrada al valorar la posibilidad.

Sparrow sonríe. Mii Vun es un encanto con los niños, paciente y rebosante de buen humor. Y tiene muchísimos contactos, cosa que significa una noche del Xishlon llena de preciosas vistas y todo tipo de chucherías lilas.

—A menos que no te interese ver la exposición de lagartos del Xishlon —bromea Mii Vun—. O conseguir una salamandra de cuadros violeta. Y comer rollitos de cangrejo al vapor en los jardines. Ah, y es posible que también podamos conseguir una ristra de esferas rúnicas y hagamos una visita al mercado de gemas del puerto.

Les guiña el ojo a Sparrow y Thierren.

La joven se queda sin aire en los pulmones al comprender lo que está haciendo Mii Vun, y Thierren parece igual de sorprendido.

«A solas. Con Thierren. Toda la noche.»

—Ve a la parte de atrás a ver qué encuentras —anima Mii Vun a Effrey—. Quizá haya un pedacito de ágata de la luna púrpura para ti.

Los ojos lila de Effrey se encienden como dos balizas y el niño sale corriendo hacia la trastienda.

Mii Vun se acerca a Sparrow cuando el niño ya no puede oírla.

—He pedido que te manden un buen vino del Xishlon a tu apartamento. —Les guiña el ojo a los dos—. Marchaos. Encontrad la luna. Esta noche es para los jóvenes amantes. —Mira esperanzada la luna lavanda del Xishlon—. Recuerdo el primer Xishlon que pasé con

mi amor. Feng Loi. Era… preciosa. Fue la noche que le dije que quería pasar el resto de mi vida con ella. Que quería que fuera mi toiyanon. —La emoción brilla en sus ojos—. Y me dijo que sí.

Sparrow se conmueve al oír la atípica confesión de Mii Vun.

—¿Es la guerrera del cuadro? —pregunta algo vacilante recordando el retrato que Mii Vun tiene junto a su máquina de coser preferida.

A Mii Vun se le borra la sonrisa y en su lugar asoma una incómoda y dolida mirada. Se vuelve hacia Thierren y parpadea como si quisiera borrar las lágrimas antes de que se formen, antes de volver a mirar a Sparrow.

—Era una guerrera vu trin. Murió en la guerra de los Reinos.

«La mataron los gardnerianos.»

Es como un golpe seco.

Thierren frunce el ceño y aprieta los dientes. Aparta la vista y tensa las cejas con evidente pesar.

Mii Vun se acerca a él.

—Thierren —le dice con delicadeza.

—Lo siento. —Él niega con la cabeza, parece incapaz de mirarla a los ojos—. Siento que le ocurriera eso.

—No es culpa tuya —insiste Mii Vun—. Y tú encontrarás tu lugar aquí. Ya verás.

Thierren vuelve a mirarla con una expresión torturada en los ojos.

Mii Vun levanta los brazos, coge el colgante de la diosa dragón Vo que lleva colgado al cuello con esos diminutos pajarillos blancos junto a la figura de Vo.

—Agáchate —le pide sosteniendo el collar.

Thierren suspira algo tembloroso y obedece. Mii Vun le pone el collar.

—Quiero que estés aquí —le dice posándole la mano en el hombro cuando él se endereza—. Y hay más personas que piensan igual. Te agradezco lo que estás haciendo.

El mago asiente con sequedad.

—Gracias, Hoiyon nor.

Ella sonríe como si estuviera complacida de oírlo emplear el respetuoso título.

—Esta no es noche para tener pensamientos tristes —insiste—. Mañana partirás para occidente, pero esta noche debes disfrutar del amor de Vo. Id, *Zish hoi'enin'lianon*.

«Id a encontrar vuestra luna.»

Mii Vun le da un emotivo abrazo a Thierren y después le da otro cariñoso abrazo a Sparrow.

—Gracias por todo —le dice la joven limpiándose la lágrima que se le ha escapado.

Mii Vun hace un gesto con la mano para quitarle importancia y se dirige a la trastienda con lágrimas en los ojos.

—Os quiero, chicos —dice por encima del hombro con la voz áspera por la emoción mientras abre la puerta de atrás. Les dedica una sonrisa cargada de ánimo—. Id a tomaros ese vino.

Sparrow hace acopio de valor y le ofrece su mano a Thierren ignorando las miradas de censura de los paseantes. El mago entrelaza los dedos con los de ella y la mira asombrado. Siempre habían evitado el contacto físico, salvo por aquella noche que durmieron juntos en el desierto.

—Sparrow… —empieza a decir—. ¿Qué significa esto?

—Significa —responde ella acariciándole la mano con el pulgar muy emocionada por abandonarse al fin al deseo de tocarle— que quiero pedirte… —vuelve a estar muy nerviosa y se siente vulnerable— que seas mi xishlon'vir.

Thierren abre como platos sus ojos verdes. Suspira y se queda muy quieto.

—Será un honor ser tu xishlon'vir, Sparrow Trillium —dice al fin en urisco y pronunciando su nombre con evidente deseo.

—Pero antes de ir a otro sitio —tercia ella ruborizándose al pensar en ir a su apartamento—, quiero llevarte a la taberna Vuulish.

Lo tiene todo planeado, y la famosa coctelería con todas esas flores y las vistas al río Vo es el sitio perfecto para compartir un beso del Xishlon.

Su primer beso.

Sparrow se sonroja al pensar en su descarado plan mientras Thierren pasea los ojos por su vestido de seda con un brillo ardiente

en los ojos.

—Es el sitio perfecto para ti esta noche —consigue decir con la voz ronca—. Un sitio bonito lleno de flores, como tú. Ni con un cuervo del brazo serán capaces de negarte la entrada.

Sparrow tiene en la mano un fragante refresco violeta. Está sentada junto a Thierren a una mesa de la esquina del balcón de la taberna, y la cálida brisa del Vo los acaricia a ambos. A su alrededor hay varias celosías de madera cubiertas de vides y salpicadas de flores lila, por donde se cuela la luz púrpura del Xishlon.

Y allí sentada, con su precioso vestido de flores, Sparrow se siente como si formara parte de aquella explosión floral. Y el agradable hechizo de la luna hace mucho más sencilla la tarea de dejar atrás las sombras del mundo solo por una noche. Y, aun así, Sparrow no deja de mirar hacia la cordillera que se alza a lo lejos rodeada de tormentas.

Hacia occidente.

Donde se está empezando a fraguar una pesadilla que amenaza el milagro que es ese reino.

«Oriente todavía tiene tiempo de preparar su defensa», se tranquiliza Sparrow. Y como Elloren e Yvan Guryev están aliados con ellos, la profecía está de su parte.

La joven mira a Thierren y se emociona de nuevo.

—No hace tanto tiempo que estábamos en el desierto peleando contra arañas de tormenta y murciélagos fantasma —le dice—. Y no sabíamos cuándo llegaría nuestra hora. Y ahora… aquí estamos.

Siente una oleada de calor alimentada por el afecto que comparten al mirarse intentando ignorar las miradas de odio y los desagradables murmullos procedentes de las mesas contiguas. Thierren mira hacia el río y sube los ojos por las montañas. Frunce los labios con preocupación y Sparrow se da cuenta de que él está pensando en lo que vendrá desde occidente.

—Deberíamos luchar con ellos —dice Thierren mirando hacia occidente.

—Estamos a punto de hacerlo —responde ella confusa por sus palabras.

El mago se vuelve hacia ella.

—Me refiero a los fae dríades. Nunca llega ninguno con los refugiados que vienen. ¿Te has dado cuenta? —Y escudriña hacia el noroeste—. Pero están ahí fuera. Probablemente en el bosque del norte. Los gardnerianos parecían convencidos de ello. Y si no lo han hecho ya, irán a por ellos.

A Thierren se le oscurece la mirada y Sparrow se da cuenta de que está pensando en la masacre que presenció en la frontera nordeste de Gardneria, donde no dejaron ni a un solo fae con vida.

La joven le estrecha la mano, pues lo que hay entre ellos va mucho más allá de la atracción física. Le encanta que el trauma de Thierren haya dado paso a una rebeldía desatada.

Porque a ella le ocurre lo mismo.

Entre ellos se forjó una alianza la primera vez que lo vio hace ya tantos meses. La noche en que ella y Effrey hicieron esa travesía en barca desde las islas Fae al continente, enfrentándose al océano salvaje y a los krakens, y se escondieron en los establos vacíos que la familia de Thierren tenía en Gardneria. Y esa noche Thierren entró tambaleándose en las cuadras, hasta arriba de nilantyr y alcohol.

Sparrow se armó de valor y evitó que él se prendiera fuego esa noche. Lo convenció de que había otro camino. Otra forma de canalizar la culpa y la desesperación que se lo estaban comiendo vivo.

La rebelión.

Una rebelión absoluta.

—Pues convence a las vu trin para encontrar a los dríades —le anima con lágrimas en los ojos—. Y lucha con ellos.

A Thierren también se le saltan las lágrimas al mirarla, y asiente.

—Pero concédeme esta noche —le pide Sparrow, que es capaz de absorber su intensidad porque comprende su oscuridad. Ella entiende esa torturada parte de él que ha visto demasiadas cosas—. Y bésame —le dice—. Aquí. Delante de todo el mundo.

Thierren abre los ojos como platos.

—¿Estás segura? —pregunta—. Si hacemos eso a la vista de todos, podría perjudicarte.

A los ojos de Sparrow asoma una chispa de asombro.

—Ya tuve que esconder mi verdadero yo durante demasiado tiempo en occidente. Se acabó. El Reino de Oriente tiene que aceptarme tal como soy, y no al revés.

Una ardiente pasión ilumina los ojos de Thierren.

—Te quiero, Sparrow.

—Yo también te quiero, ish'sholuun. —Sparrow levanta la mano para acariciarle la mejilla y a Thierren se le corta la respiración—. Esto es lo que los gardnerianos, los alfsigr e incluso algunas personas de por aquí quieren destruir. El amor. La clase de amor que derriba sus fronteras y desafía sus normas. Así que bésame y ven a mi apartamento conmigo. Nos tomaremos el vino de Mii Vun y esta noche lucharemos contra el Reino de Occidente sin necesidad de armas.

—*Ish'uuldur imorz ish'sholuun* —murmura Thierren con ardor, pronunciando a la perfección las palabras uriscas para decir «te quiero».

A continuación, se acerca a ella y Sparrow se deja llevar por su apasionado beso mientras los murmullos de desaprobación se marchan flotando tras la luz lavanda de la luna Xishlon.

7

Jardín del Xishlon
MORA'LEE STARR'LYRION

Mora'lee observa cómo Fyon se acerca a ella. Lo mira con diversión mientras él avanza por el jardín violeta, donde Mora lo espera bajo su árbol preferido: la gigantesca glicinia que crece en los confines del jardín de Voloi.

Su restaurante, que normalmente solo ofrece desayunos y comidas, acaba de cerrar tras un exitoso Xishlon. Se ha vendido hasta el último pastelillo, y Mora ha quedado muy contenta de lo que parecen haber disfrutado de la comida Olilly, Nym'ellia, e incluso la tímida Ghor'li, además de gozar del hermoso abrazo de la luna.

Y ahora está todavía más contenta, pues espera que Fyon la bese esta noche.

A duras penas consigue mantener los pies en el suelo.

A Fyon le arden los ojos plateados al verla. Aparta el velo floral que cae en cascada del árbol y clava los ojos en el corto y ajustado vestido del Xishlon que luce Mora. Lleva una glicinia en flor bordada con hilo fosforescente sobre la brillante tela de terciopelo violeta.

Mora también lo mira a él, que viste la formal túnica verde smaragdalfar, un diseño que solo se lleva durante los días que dura el cortejo.

«Ahora que por fin nos hemos tomado un millón de tazas de té», piensa divertida y tan excitada que apenas puede reprimir la ilusión. Se apoya en el tronco de la glicinia, suspira y se deja arrastrar por el hechizo de la luna, que la ayuda a concentrarse en los asuntos del corazón, y agradecida de que su influjo la ayude a olvidarse de la guerra y de la inminente partida de Fyon. Pero la inminente verdad no se puede negar del todo: tiene demasiado claro que quizá esa sea la

última oportunidad que tengan ella y Fyon, y todos los habitantes del Reino de Oriente, para abrazarse antes de que empiece la guerra.

—Mora, tia'lin —susurra Fyon al acercarse. «Mora, querida mía»—. Eres lo más hermoso de este jardín.

Ella sonríe y alza la mano para pasearla con delicadeza por su túnica de seda. Se le hace un nudo en la garganta al verlo delante de ella.

—Lo de antes iba muy en serio —le dice obviando la nerviosa resistencia que revolotea en su interior—. Puedes besarme todo lo que quieras.

Fyon le clava los ojos y cuando contesta lo hace con una voz grave y empática, como si no fuera capaz de controlar sus emociones.

—Hace tanto tiempo que te deseo, Mora…

Ella sonríe animada.

—Pues tómame —lo desafía divertida.

—Mora —dice él más serio—. Me parece que no me entiendes. No te deseo solo para tocarte y abrazarte.

La mira con tanta pasión que a Mora se le saltan las lágrimas.

—Ya lo sé, Fee. Pero la verdad es que soy tuya desde hace mucho tiempo y sería agradable dejar de imaginar qué sentiría al besarte y besarte de verdad.

Él traga saliva algo vacilante, como si su deseo fuera demasiado intenso como para poder manejarlo. Mira por un momento hacia occidente, a la luna lavanda que flota en el horizonte, y tensa su elegante rostro. Se vuelve hacia ella y la mira con mucho sentimiento.

—Separarme de ti…

—Ya lo sé —admite Mora; una parte de ella no quiere que él se marche a occidente ahora que se han encontrado de ese modo, pero sabe que debe hacerlo.

Fyon levanta la mano y le acaricia la mejilla con delicadeza, como si estuviera tocando algo precioso y muy frágil.

—Tia'lin…

Se le rompe la voz al decir el cariñoso término smaragdalfar. Deja resbalar los dedos y los pasea por el cuello salpicado de purpurina de Mora; la acaricia con tanta delicadeza que ella apenas lo advierte,

pero nota un delicioso escalofrío que le recorre todo el cuerpo.

Y entonces Fyon la coge de la mejilla, agacha la cabeza y la besa.

El momento en que se besan se queda suspendido en el aire, envuelto en una magia brillante, y Mora nota cómo una ráfaga de calidez resbala por todo su cuerpo. Las manos de Fyon —esas elegantes manos de hechicero— se pasean por su cintura y por su pelo trenzado mientras profundiza en el beso. Mora desliza los dedos por su larguísimo cuello y continúa por su espalda emocionada de, por fin, tocar a su amigo como tanto había deseado. Con el que tantas noches ha soñado. Pasea la mano por el musculoso pecho de Fyon disfrutando de su cuerpo masculino mientras se besan bajo la glicinia y pierden la noción del tiempo.

Ella lo estrecha con más fuerza; desea más de él. Separa los labios invitándolo a besarla también con la lengua.

Fyon emite un rugido asombrado, la estrecha con fuerza y su beso pierde delicadeza. La urgencia del hechicero le provoca un agradable placer a Mora, que se deja llevar notando cómo él la abraza apasionadamente.

—¿Qué me dices, Fee? —le pregunta sin aliento a causa del deseo, sintiéndose como un delicioso pastelillo—. ¿Te gusta mi sabor?

Fyon sonríe; sus ojos son dos pozos de lava plateada.

—Sí, Mora. ¿No se nota?

Ella le dedica una sonrisa sugestiva y agarra a Fyon de la túnica para tirar de él.

«Sí, Fee, se nota —piensa—. Me asombra lo mucho que lo noto.»

Sin embargo le dice:

—Tengo una corazonada. —Fyon se ríe—. Ven a mi barco —lo invita con la voz ronca—. Tengo raíz de sanjire…

Fyon se retira frunciendo su ceño verde.

—¿Tan rápido, Mora? ¿Estás segura? Me parece que el hechizo de la luna no te está dejando pensar con claridad. Lo que hay entre nosotros… Para mí no es un amor fugaz propio de una fiesta noi. Deberíamos esperar…

—¿A qué, Fyon?

La mira parpadeando.

—Los veinte días del tia'linel. Todos los rituales del cortejo. A que te presente mis intenciones.

Mora lo mira de arriba abajo con actitud sugestiva.

—Me parece que ya las has dejado muy claras.

Él frunce los labios.

—Mora…

—Fee —insiste ella poniéndose seria de golpe—. Ya sabes que soy una elfa de las minas que adora el cielo. Fui criada por una guerrera vu trin y una pescadora noi. ¿De verdad piensas que voy a regirme por las convenciones smaragdalfar?

Fyon arquea una ceja.

—Lo de los veinte días es muy romántico.

Mora se ríe presa de un creciente afecto por él. «Ay, Fee. Eres un romántico.» Pero una sombra se cierne sobre sus pensamientos y Mora suspira.

—Sí que es romántico —admite—. Pero ¿quién sabe lo que nos depara el futuro? —Mira preocupada hacia occidente y después lo mira a él, al hombre que está destinado a ser su gran amor—. Mañana te marchas. Quién sabe cuándo volveremos a vernos.

«O si volveremos a vernos siquiera.»

Mora ignora el insistente pensamiento a pesar de lo mucho que le atenaza el corazón.

—Quiero una noche contigo. No quiero arrepentirme de nada.

Fyon posa la frente sobre la de ella y la coge con cariño de ambas mejillas con el clásico gesto de cariño smaragdalfar.

—Tief'lia'lin, te quiero con todo mi corazón. Siempre te he amado. Y siempre te amaré.

—Ya lo sé, Fyon —responde con los ojos llenos de lágrimas. Le sonríe con descaro acuciada por el amor que siente por él—. Ahora ámame con el resto de tu cuerpo.

8

Esperanza
OLILLY EMMYLIAN

Noche del Xishlon, veintiuna horas

Olilly se asoma al balcón de la embarcación y contempla el asombroso color violeta del río Vo. Todavía siente la inesperada euforia que le ha provocado pasar todas esas horas inmersa en el feliz alboroto de la cocina, preparando y sirviendo comida acompañada de la encantadora Mora todo el día. La luna púrpura del Xishlon flota en lo alto del cielo y la pequeña Ghor'li ya está durmiendo con la familia de Nym'ellia.

Oye un sollozo amortiguado al otro lado de la puerta de su habitación.

«Es Nym'ellia», piensa preocupada. Le da la espalda a la hermosa noche y llama a la puerta.

—¿Nym'ellia? —pregunta con vacilación—. ¿Puedo entrar?

Como nadie responde y no deja de oír llorar a Nym, empuja la puerta con delicadeza.

Nym'ellia está hecha un ovillo en la estrecha cama de Olilly, abrazada a una manta, y tiene un moretón en la sien.

Olilly se alarma, se acerca a ella y posa su delicada mano sobre el hombro de la chica.

—¿Qué ha pasado?

—He… he intentado salir —se esfuerza por explicar Nym'ellia—. Para ver las marionetas. Pero… pero me han llamado cucaracha y cuervo. Me han dicho que vuelva a Gardneria. Y entonces… uno de ellos me ha tirado una piedra y me ha hecho daño.

Nym'ellia contrae el rostro al recordarlo y cierra los ojos con fuerza

sin dejar de llorar.

A Olilly se le saltan las lágrimas y se le encoge el corazón. En un solo día ya ha visto el trato que Nym'ellia recibe allí, y es mucho peor que el que reciben otros occidentales. Por lo menos, la mayoría de las personas han sido agradables con Olilly, en algunos casos abiertamente. Pero Nym'ellia… A ella la odian muchas personas porque parece gardneriana, en especial con las puntas de las orejas recortadas.

Olilly tiene una idea muy atrevida: brota de su corazón con tanta intensidad que le resulta imposible reprimirla. Con el corazón acelerado, se lleva las manos a las orejas y se quita los capuchones puntiagudos que las adornan.

—Tengo un regalo para ti —anuncia mostrándole los adornos en la palma de la mano.

Nym'ellia observa los aros con la cara llena de lágrimas. Respira hondo y niega con la cabeza.

—No puedo aceptarlos.

Olilly se los acerca un poco más.

—Por favor. Quiero que los tengas tú. Es un regalo. Por el Xishlon.

—Pero… —A Nym'ellia le tiemblan los labios y se echa a llorar de nuevo—. Te esquilaron.

—Ya lo sé —admite Olilly recordando el trauma de aquella noche, pero consigue superarlo. Porque este momento le parece mucho más importante que todo eso—. Igual que a ti. Pero todo el mundo sabe que soy urisca. Porque soy púrpura.

Nym'ellia se sienta y deja que Olilly le entregue los adornos para las orejas. Se queda mirando los capuchones plateados un buen rato y después mira a Olilly con curiosidad, pero ella no se retracta.

—Si me los pongo —dice la chica con una expresión dolida—, la gente me gritará todavía más. Me los arrancarán de las orejas y me dirán que no tengo derecho a llevarlos. Igual que me dicen que no tengo derecho a llevar prendas noi.

Pero Olilly no se inmuta.

—Pues póntelas cuando estés sola. Para recordar quién eres. Y para recordar que es decisión tuya. Y no de ellos.

Nym'ellia se echa a llorar otra vez, aprieta con fuerza los aros y se los pega al corazón.

Olilly rodea a la chica con los brazos y Nym'ellia le devuelve el abrazo con cariño. A continuación se retira y le dedica una sonrisa vacilante.

—Venga, póntelos —la anima.

Nym'ellia duda un momento, pero luego empieza a manipular los aros. Olilly se acerca para ayudarla; se siente un poco abrumada, pues sabe que el momento está teñido de una importancia mucho más profunda que la mayoría de las cosas.

Alarga el brazo hacia una mesita y coge un pequeño espejo de mano. Se lo sostiene a Nym'ellia, que se queda de piedra, como fascinada por la chica de orejas puntiagudas que la está mirando desde el otro lado del espejo.

—Eres preciosa —susurra Olilly, y Nym'ellia le dedica una sonrisa temblorosa—. Voy a bajar al puerto —se ofrece Olilly devolviéndole la sonrisa—. Y traeré collares del Xishlon para las dos.

La joven asiente limpiándose las lágrimas con aspereza.

—Olilly, me alegro mucho de que seas mi amiga —dice con sinceridad pasándose el dedo por uno de los brillantes capuchones plateados.

—Para siempre —le promete Olilly tendiéndole la mano que tiene libre.

Nym'ellia la acepta y las chicas entrelazan los dedos.

—Para siempre —promete a su vez devolviendo la amplia y radiante sonrisa de Olilly.

Olilly cierra la puerta de la habitación de Nym'ellia y la belleza de la noche del Xishlon vuelve a impactarla cuando ve todos esos tonos púrpura deslizándose por la superficie del río Vo.

«Es precioso.»

Se para un momento y se asoma al balcón fascinada. Hace un bailecito incapaz de reprimir la felicidad que brilla en los confines del dolor, el trauma y el miedo siempre tan presentes en su vida. El recuerdo de la crueldad del Reino de Occidente es tan intenso que tiene el poder de arrasar con todo lo demás. De internarse en el

corazón de una persona y no soltarlo jamás.

Pero esta noche no.

Se lleva las manos a las orejas para tocarse las puntas cicatrizadas y espera a asentir la habitual tristeza que la embarga al hacer ese gesto, pero solo percibe una pequeñísima parte de esa sensación. Y, extrañamente, en ese momento, Olilly se siente más urisca que nunca. A pesar de no tener las orejas puntiagudas. A su rostro asoma una gran sonrisa y de pronto siente una felicidad infinita de poder estar en ese lugar nuevo, con tantas posibilidades.

—Olilly.

Una tímida voz masculina la llama desde la otra punta de la pasarela de la embarcación.

Olilly se endereza con la velocidad de un pajarillo asustado y se da media vuelta con el corazón acelerado.

El apuesto Kir Lyyo, del restaurante que hay al otro lado de la calle, se acerca a ella, pero de pronto se para como si se sintiera inseguro. Parpadea al mirarla con la fijeza con la que acostumbra a hacerlo. Ella le ha estado observando durante todo el día: sus miradas se iban encontrando mientras los dos recogían las mesas y servían comida. Los dos restaurantes acaban de cerrar sus puertas, y a medida que la luz de la luna púrpura ganaba intensidad en el cielo, las miradas y sonrisas que los chicos compartían a escondidas cada vez eran más atrevidas.

Olilly se separa del balcón metálico y se vuelve hacia él. El chico lleva un lirio de río fosforescente en la mano, y de la elegante flor brota una nube de luz violeta.

—Esto… esto es para ti —dice tendiéndole la flor con cara de embobado y el brillo de la luna reflejándose en las puntas de su pelo negro.

A Olilly se le acelera el corazón. Coge la hermosa flor y, al hacerlo, sus dedos rozan los del chico, y ella nota el contacto resbalando directamente hasta los pies.

—Te he… te he visto desde el otro lado de la calle —dice atropellándose con las palabras—. Eres… muy bonita y… quería desearte un feliz Xishlon.

De pronto Olilly se queda sin aliento. Aparta la mirada con las emociones revueltas, pero enseguida hace acopio de valor para volver a mirar sus fascinantes ojos perfilados de negro.

—Me llamo Kir Lyyo, pero puedes llamarme Kirin —la invita, y Olilly se conmueve agradecida de poder emplear la forma informal de su nombre noi.

—Ya lo sé —responde con timidez con la cabeza hecha un lío.

«Me ha regalado una flor.»

Kirin frunce el ceño.

—Tus orejas —dice señalándole la cabeza—. No tienen puntas.

El Reino de Occidente regresa de golpe y a Olilly se le cierra la garganta provocándole de nuevo ese dolor que siempre está merodeando por los confines de cualquier felicidad que intente abrirse paso en su corazón. Le viene a la cabeza una imagen del rabioso padre de Kirin. Del cartel que hay en su restaurante: «NOILAAN PARA LOS NOI». Y las banderas noi. Los estandartes religiosos. Olilly sabe perfectamente lo que pretenden expresar esas banderas y esos estandartes, y no es el amor que siente su padre por la religión Vo y el Reino de Occidente.

Olilly mira a Kirin a los ojos.

—Un grupo de gente me cortó las puntas de las orejas en occidente. Y mientras lo hacían cantaban «Erthia para los gardnerianos».

Advierte cómo él se encoge, como si la espantosa verdad le hubiera sentado como un golpe.

Kirin traga saliva, parece asombrado.

—Lo siento —susurra.

—Le he regalado mis capuchones plateados a Nym'ellia —le explica muy serena—. Porque a ella también le recortaron las orejas. Es urisca, igual que yo.

Más sorpresa, casi puede ver cómo a él le da vueltas la cabeza.

—Siento que os pasara eso a las dos —dice al fin evidentemente espantado, pero sin moverse. Sigue allí. Se empeña en seguir allí.

—A tu padre no le gustaría saber que estás hablando conmigo —le dice con un tono desafiante y lágrimas en los ojos mientras la realidad del mundo se cuela en ese momento que comparten. Esa infinita

exclusión de su vida.

«Se marchará.»

Pero Kirin la mira con fijeza y, a pesar de estar alterado, a sus ojos asoma algo parecido a la rebelión.

—Ya lo sé —admite.

Olilly se siente dolida. Es un dolor que lleva reprimiendo mucho tiempo.

—Tu padre —dice—. Tiene ese cartel. Es la misma clase de cartel que había en occidente.

Kirin asiente con una mirada cargada de remordimiento.

—Yo no creo nada de eso —espeta—. Me alegro mucho de que estés aquí.

—Hay muchos que no se alegran. Nos insultan.

—Pero yo no. Y jamás lo haré. Y no soy el único que piensa así.

Ya está. Se ha sincerado.

De pronto Olilly se siente más tranquila. Y siente cierta esperanza, como si se hubiera abierto una ventana en su interior para dejar entrar algo completamente nuevo.

—¿Te apetece dar un paseo conmigo hasta el puerto? —le pregunta; él también parece iluminado de repente, y en sus labios se dibuja una sonrisa—. Eres del mismo color que el festival. Deberías formar parte de él.

Olilly sonríe con modestia. La sinceridad del chico la ha hecho muy feliz y, sin embargo, sigue sintiendo una pizca de dolor. Le falla la sonrisa.

—No es mi festival…

—Claro que sí —la interrumpe él con empatía—. Ahora formas parte del Reino de Oriente. Y también te pertenece.

—Es una fiesta para besarse —le recuerda con timidez y valentía al mismo tiempo; se ruboriza, no puede creerse que acabe de decir eso. Tiene la sensación de que acaba de confesarle que últimamente no para de imaginarse lo que sería cogerlo de la mano y besarle. Que ha advertido cómo él la mira con sus inteligentes ojos desde el restaurante del otro lado de la calle y que ella le ha mirado también a él, encantada con su discreción.

Kirin alza una ceja, como sorprendido de oírla decir algo de lo que quizá él ya sea muy consciente, y Olilly observa admirada su pelo revuelto preguntándose si será suave al tacto. Es encantador. Y ella supone que besarlo será igual de encantador.

—Podemos dar un paseo por la plaza del jardín Voling —propone tartamudeando un poco—. Hay bailarines, marionetistas y comida de todo tipo.

Olilly frunce el ceño.

—Pero tu padre…

Kirin le tiende la mano muy serio.

—Él se equivoca. Acerca de todo este asunto. Y nosotros deberíamos ir a ver el festival.

Olilly se queda mirando la invitante mano del apuesto y rebelde Kirin, y un nudo de su interior se deshace por primera vez. Y ahí está, despertando de pronto en su interior, como un pajarillo que lleva demasiado tiempo enjaulado levantando por fin el vuelo.

Esperanza.

Esperanza por el futuro.

Da un paso adelante, esboza una radiante sonrisa observando los preciosos ojos negros de Kirin y le da la mano.

9

Marcas oscuras
ELLOREN GREY

Noche del Xishlon, veintiuna horas

La música y los ruidos de la fiesta brotan desde los niveles inferiores mientras yo contemplo asombrada la runa de rastreo que llevo en el reverso de la mano. No me lo puedo creer.

La runa dice que Lukas está justo aquí.

Pero ¿cómo es posible?

Desenvaino el cuchillo Ash'rion y escudriño los brillantes niveles lila, como si pudiera encontrar el camino hasta Lukas a través del caos que reina en la ciudad solo empujada por la fuerza de la voluntad.

Noto una punzante ráfaga de poder recorriéndome el brazo derecho.

Me estremezco, me agarro el brazo y se me cae el Ash'rion provocando un pequeño estruendo metálico en el suelo de la terraza. La energía crepita en mi interior. Se me abren los ojos desmesuradamente. Las últimas runas que Sage me ha marcado en el antebrazo se iluminan, y toda la hilera de runas se enciende y cobra vida emitiendo un brillo luminiscente.

De mis pies brota una segunda ráfaga de poder que me recorre las líneas arrancándome un jadeo y dirigiéndose directamente a mi brazo derecho. Es como una ola. Mi poder elemental se consolida con fuerza y observo, asombrada, cómo mi glamour púrpura desaparece y reaparecen mis marcas de compromiso; ya solo queda una fina línea de color púrpura alrededor de mi muñeca. Aprieto el puño con la certeza de que este es mi destino mientras mi poder empieza a brotar hacia mi mano derecha como la corriente de un río.

«Soy la Bruja Negra», pienso notando cómo unas chispas de energía

crepitante estallan en mi mano derecha. Me miro la palma de la mano y observo con atención las líneas grises que me han aparecido y que enseguida conectan entre ellas para formar una serie de delicadas líneas rodeadas por un círculo.

El pánico me encoge el estómago. «Es una runa…»

Levanto la otra mano disponiéndome a presionar la runa que me ha dado Or'myr para llamarlo, pero cuando la miro me doy cuenta de que la runa púrpura es ahora de color gris. Antes de que mi alarmada mente pueda comprender lo que está ocurriendo, recibo el impacto de una ola de poder procedente de occidente.

La fuerza del impacto arrasa con todo. Rujo retrocediendo un paso. En mi mente aparece la imagen de un árbol negro, y la energía negra que brota de la runa se cuela por mi poder de afinidad.

Tiro de la mano para mirármela y palidezco.

Mis marcas de compromiso me serpentean por la mano. Han perdido el color negro y ahora son grises, salvo por algunos tirabuzones de mis muñecas. Las líneas grises se enroscan alrededor de la runa negra.

—No —jadeo con frenesí clavándome las uñas en la piel para rascarme la runa—. No, no, no…

La protesta se congela en mi garganta cuando vuelvo a ver ese árbol negro ante mis ojos. Me tambaleo hacia atrás, desorientada, y de mi mano brotan unos tirabuzones de humo gris. Me rodean dibujando un diseño idéntico al de mis marcas de compromiso. Siento una rabia feroz y alargo la mano para desenvainar la varita.

—¡Elloren!

Me doy media vuelta con la varita en la mano y me quedo de piedra. El suelo amenaza con desplomarse a mis pies y las emociones contenidas se desatan en mi pecho como una ola gigantesca.

En la otra punta de la terraza, encerrado en la esfera que brota de mis manos y de las suyas, veo a Lukas. Se le ve extrañamente translúcido y en sus ojos verdes brillan unas franjas plateadas. Tiene el pecho descubierto y cubierto de heridas, y lleva una varita en la mano.

—¡Lukas! —grito tambaleándome hacia él abrumada por una

melancolía tan intensa que siento vértigo.

En los ojos ahora ligeramente grises de Lukas brilla un intenso sentimiento; él también se acerca a mí. Pero sus movimientos… son raros, le basta con un solo paso para llegar a mí, y la distancia se encoge como si estuviera atrapada en un sueño. Alargo la mano para cogerlo del brazo, pero mis dedos se cierran alrededor de la nada, pues sus extremidades son tan insustanciales como el humo.

—Santo Ancestro —jadeo tratando de agarrarlo sin conseguirlo.

—Elloren —dice Lukas mirándome con tanta pasión que me transporto automáticamente a Agolith. A su apasionado abrazo—. Escúchame —insiste con la voz ronca.

—¿Por qué no puedo tocarte? Santo Ancestro… Estoy soñando…

—No estás soñando —dice con empatía mientras nuestras marcas de compromiso nos rodean a ambos—. Pero no estoy aquí del todo.

—¿Y dónde estás? —espeto—. Tengo una runa rastreadora. —Le enseño la muñeca—. Y dice que estás justo aquí.

—Eso es por la conexión del compromiso.

—Lukas…, tus ojos…

Adopta una expresión torturada y frunce los labios, apenas capaz de contener la agonía.

—Vogel me está convirtiendo en uno de sus zánganos. Y es estupendo que no puedas tocarme todavía. Pero eso va a cambiar.

Me siento muy confusa y me desespero.

—No entiendo qué…

—Escúchame —insiste Lukas, y su imagen brumosa adquiere una mayor solidez—. Me parece que estoy cerca de Amazakaran. Vogel va y viene desde allí. Amazakaran ha caído.

La devastadora realidad me impacta con fuerza y enseguida pienso en Wynter.

—Vogel ha estado internando poder oscuro en nuestro compromiso —ruge, y sus músculos tiran hacia mí, como si quisiera abalanzarse a través de nuestro vínculo de compromiso—. Lo único que le impedía controlarte del todo era el bloqueo del bosque, que te había enredado las líneas. —Aprieta los labios con rabia—. Quiere controlarnos a ambos.

Niego con la cabeza muy decidida.

—Vendré a buscarte antes de que lo consiga. —Alzo la varita y el poder fluye por mis líneas—. Voy a venir a buscarte esta misma noche —insisto presa de una feroz ola de amor por él—. Y nada podrá detenerme. Volaré hasta el Wyvernguard y me haré con un portal…

—No hay tiempo —me interrumpe Lukas con aspereza—. Elloren, mírame a los ojos. Vogel me subyugará hasta conseguir que forme parte de su colmena.

—¿Su colmena?

—Intentaré enseñártelo. Puedo fusionarte conmigo a través del vínculo oscuro de Vogel.

Estoy hecha un lío.

—¿Cómo?

—A través de mi poder para escudarme. Es más fuerte que el de Vogel y puedo utilizarlo para rastrear sus vínculos mágicos. —Me enseña la varita que lleva en la mano—. Así es como conseguí esto.

Recuerdo la fuerza de los escudos de Lukas cuando los usó para protegerme mientras escapábamos y cómo los iba alimentando una y otra vez.

—Enséñamelo —insisto.

Lukas cierra los ojos y respira hondo tensando los músculos del cuello. Los tirabuzones de sombras que nos rodean se contraen y el poder de tierra de Lukas nos rodea a mí y a las sombras. Toda la energía de mis líneas brota de repente hacia Lukas y mi cuerpo se arquea hacia él: de pronto tengo la inquietante sensación de que mi esencia está saliendo de mi cuerpo para internarse en el suyo.

La figura translúcida de Lukas resbala por la mía y la terraza desaparece.

Parpadeo sin comprender lo que tenemos delante: es una alcoba oscura y cavernosa que da paso a una cueva más grande. Por nuestro lado pasan un montón de escorpiones alargados de un modo grotesco, pero no se fijan en nosotros. Delante vemos otro escorpión corrompido por las sombras, parece que esté de guardia, y tiene las poderosas patas llenas de sangre. Lukas se vuelve y los dos vemos al soldado mago muerto hecho un ovillo en las sombras, mutilado, como si lo

hubieran destrozado antes de arrastrarlo a la caverna para dejarlo ahí tirado en la oscuridad.

Recuerdo este lugar, es la cárcel donde estaba Lukas cuando conecté con él a través de la runa negra que llevaba aquel murciélago fantasma. Siento una pequeña esperanza. De algún modo, Lukas ha conseguido hacerse con una varita y ha acabado con los barrotes de sombras de la celda…

Lukas se adelanta y el movimiento tira de mí. Miramos en el interior de una abertura gigante que da a la cueva del otro lado de la alcoba… y el pánico me atenaza. Es descomunal, no parece terminar nunca, y la altura del techo abovedado es tal que se pierde en la oscuridad. Pegadas a las paredes de piedra obsidiana hay un montón de algo parecido a las celdas de un avispero, siempre que las abejas fueran tan grandes como los humanos.

De esas celdas hexagonales no dejan de salir soldados que caen al suelo con un brillo gris en los ojos. Y no veo solo soldados magos, algunos son alfsigr, y brotan de las celdas con sus cuerpos de color marfil alargados y los ojos de color gris propio de los insectos.

Lukas nos hace observar la escena con atención y yo me fijo en los marfoir que se pasean por los confines más altos de la caverna. De sus cuerpos alargados han brotado unas patas de araña blancas como el hueso. También hay dragones con docenas de ojos que aguardan en formación, murciélagos fantasma alterados colgados de los salientes de piedra, y escorpiones alineados y dispuestos en fila en la base de la cueva: es un ejército propio de una pesadilla y está listo para atacar.

La escena se descompone y estoy a punto de perder el equilibrio al regresar de golpe a mi cuerpo en el balcón del Vonor. La imagen translúcida de Lukas vuelve a estar delante de mí.

—Mi primo Or'myr volverá en cualquier momento —consigo decir recuperando el equilibrio y la determinación—. Es un mago muy poderoso y tiene poderes de geomancia. Encontraremos un portal y viajaremos a occidente esta noche. Una vez allí te buscaremos y…

—No hay más tiempo —ruge Lukas—. No podré resistirme mucho más al control de Vogel. Y cuando se haga conmigo, podrá controlarte a ti también. —A Lukas lo embarga la agonía y a sus ojos asoma un

amor tan torturado que me asusto—. Elloren, tenemos que romper el vínculo de compromiso.

—¡No se puede quitar!

Me clava los ojos.

—Ya lo sé. Pero hay una forma de romper el vínculo entre nosotros.

La cabeza me da vueltas. Como mujer, mis marcas de compromiso son para siempre. Pero el vínculo entre nosotros…

De pronto lo entiendo todo.

«Se refiere a su muerte.»

—No, Lukas. No —protesto con tanta intensidad que el fuego ruge en mis venas.

—Para —me ordena—. Cuando este hechizo haya madurado lo suficiente y yo ya pueda tocarte, tendré que alimentarme de tu poder todo lo que pueda. Voy a conseguir tiempo para ti y para el Reino de Oriente. —A sus ojos vuelve a asomar el mismo amor torturado de antes—. Elloren, tú tenías razón. Hay cosas más importantes por las que luchar que el poder. Cosas más grandes por las que morir. —Le cambia la expresión, que se vuelve dura como el acero—. Voy a matar a Marcus Vogel y a destruir la mayor parte de esta colmena. Y después tú serás libre para terminar lo que empezamos.

La espantosa realidad me atenaza como una soga. Casi no puedo respirar. Lukas ya ha puesto las ruedas en marcha al liberarse del encarcelamiento de Vogel. Y eso significa que tiene que atacarlo ahora mismo, antes de que lo descubra.

Un pánico nauseabundo me encoge el corazón.

—Lukas…

—Esa varita verde… —Posa los ojos en la varita espiral que tengo en la mano—. Vogel quiere hacerse con ella. Debe de tener más poder del que creemos. Elloren, aléjala de él…

La advertencia de Lukas se corta cuando siento una repentina ráfaga de poder tan fuerte que tengo que apretar los dientes. El árbol negro de Vogel cobra vida en mi mente y una luminosa magia gris se cuela en mis líneas. Lukas se tensa y el poder de compromiso que flota entre nosotros se contrae volviendo a internar mi esencia en su cuerpo y de regreso a la cueva.

—Ya viene —murmura Lukas moviendo los labios contra mi esencia mientras observamos juntos la gigantesca gruta—. ¿Lo sientes?

Y sí que lo siento, es un flujo de poder gris. Lukas mira en dirección al origen y el pánico me atenaza cuando veo a Marcus Vogel emergiendo de entre el mar de soldados. No entiendo por qué ya no lleva la túnica de sacerdote, pero ahora va vestido con las prendas negras propias de los soldados. Lleva la varita negra en la mano y va custodiado por los mismos enviados demoníacos magos que lo acompañaban en el desierto Agolith; tienen los ojos de color rojo fuego y de la cabeza les brotan unos cuernos hechos de humo.

Vogel alza la varita y los soldados con los ojos grises se vuelven hacia él y se quedan inmóviles.

Me quedo horrorizada cuando Lukas presiona su poder contra mí. Jadeo con fuerza al regresar de nuevo al balcón de Or'myr, los tirabuzones de compromiso vuelven a vibrar a nuestro alrededor. Miro a Lukas a los ojos con el corazón acelerado.

—Elloren —dice con una expresión de brutal rotundidad—. Alíate con Yvan Guryev. Alíate con cualquiera que sea lo bastante poderoso para ayudarte a luchar contra las fuerzas de Vogel.

Me asombra y me confunde oírlo mencionar a Yvan.

—Lukas…

—Te vi con él.

Siento una punzada que se me clava justo en el corazón.

—¿A qué te refieres?

—Vogel puede conectarse a tu mente —dice con la voz ronca—. Me obliga a verte con Yvan para ponerme en tu contra.

El remordimiento me fulmina, es como si me hubiera caído un relámpago en el pecho. Por la cara que pone, sé que ha visto cómo me besaba con Yvan. Sé que lo ha visto todo.

—Lo siento —consigo decir con un nudo en la garganta.

Él niega con la cabeza y aprieta los dientes.

—No lo sientas. —Y entonces a sus ojos asoma una pasión tan rebosante de amor por mí que apenas puedo soportarla—. Elloren —dice—, ya sé que me has elegido a mí.

Y como si de pronto se olvidara de todo, alarga la mano hacia mí

y…

… y su mano me rodea el brazo, el contacto es real y firme, y ya no se le ve translúcido.

Los dos nos quedamos de piedra y todo el mundo se queda suspendido en este momento de aterradora conciencia. Y entonces la mirada aterrorizada de Lukas adopta un tinte más feroz cuando me clava los ojos.

—Te quiero —declara con una voz gutural—. Siempre te querré.

Y entonces me coge con fuerza, me estrecha entre sus brazos y me besa apasionadamente.

Las chispas arden hasta provocar un pequeño infierno, rápido y ardiente, y todo mi cuerpo se estremece en respuesta al repentino tirón de mi poder, y una radiante ráfaga de amor por él me atraviesa el corazón. Mis líneas se contraen hacia las suyas con tanta fuerza que me siento como si me estuviera convirtiendo en acero fundido, y me fusiono con su cuerpo engullida por la excitación, mientras mi infierno de fuego, la tormenta de viento y agua, y una brillante esquirla de luz violeta, se internan en Lukas con una fuerza catastrófica. Sus líneas se encienden como una antorcha invisible debido a la fusión de su poder con el mío, y vuelvo de nuevo a la caverna y a él.

Lukas alza el brazo derecho con el mío dentro y oigo vibrar en mi interior su grave voz, que murmura el hechizo para disparar fuego, y la magia brota hacia la varita con un nivel de poder devastador. Entonces sale de la alcoba de la caverna y echa el brazo derecho hacia atrás justo cuando los pálidos ojos de Vogel nos miran. Lukas lo apunta con la varita rugiendo y nuestros poderes combinados brotan a través de ella con toda la fuerza de Erthia.

Nuestro poder fluye hasta la punta de la varita y brota hacia delante.

Se nos encienden los ojos y la fuerza del hechizo nos arranca un rugido cuando el retorno de nuestro poder combinado nos dilata las líneas con una fuerza imparable, y el dolor es como si se me hubiera prendido fuego en todas las venas del cuerpo. Nos caemos y desplomamos en el suelo de piedra. Los ojos se nos llenan de estrellitas a causa del impacto.

Vogel sonríe y nos apunta con su varita mientras nosotros nos convulsionamos con una ardiente agonía. La varita que tenemos en la mano crepita y queda reducida a cenizas. Vogel murmura otro hechizo y nosotros rugimos cuando los tirabuzones negros nos rodean con firmeza, nos estiran el brazo con fuerza y aparece una mordaza que nos tapa la boca.

Vogel se cierne sobre nosotros seguido de sus enviados de ojos rojos mientras Lukas y yo forcejeamos contra las ataduras. Lukas lo fulmina con los ojos, pero yo noto la áspera desesperación que le recorre el poder.

Vogel lo mira con una serenidad venenosa.

—¿De verdad pensabas que no sabía que te habías internado en poder? —Ladea la cabeza con un brillo en sus ojos pálidos—. ¿De verdad pensabas que le daría a tu guarida una varita que no estuviera bloqueada? —Le clava los ojos—. No pienses ni por un segundo que no puedo sentirla a ella dentro de ti. —Les hace una seña a sus escoltas demoníacos agitando la varita—. Acabad con él.

—¡No! —grito hacia Lukas mientras los escoltas se adelantan adoptando su verdadera y aterradora forma.

Nos clavan sus dientes de fuego y nuestra espalda se convulsiona, el dolor es equivalente al de docenas de puñaladas. De nuestras gargantas brota un rugido al sentir cómo nos clavan sus garras de fuego. El dolor es insoportable. Nuestra visión se fractura y el mundo se funde en negro.

10

Compromiso oscuro
ELLOREN GREY

Noche del Xishlon, veintiuna horas

Cuando recupero la visión del mundo, ocupo otro cuerpo. Lukas está tendido a mis pies, le brota sangre de las heridas que tiene en el cuello, los hombros y los costados, tiene la expresión vacía y los ojos llenos de fuego gris.

Mis emociones se amotinan empujadas por un amor tan desesperado que escapa a mi control. «¡Lukas!», quisiera gritar, pero no puedo moverme; me siento destrozada y muy confusa.

Estoy paralizada. Las sombras de Vogel brotan por mis líneas de afinidad con fuerza y su árbol muerto aparece en mi mente. Agacho la vista y veo que estoy vestida con ropas magas, llevo el pájaro blanco bordado sobre el pecho, ahora masculino, y tengo una esfera plateada de Erthia en el hombro.

La marca que identifica al Gran Mago de Gardneria.

Me engulle la rabia.

«¡Te voy a matar!», rujo desde donde estoy atrapada en el interior de Vogel mientras su árbol gris se pasea por mis líneas con firmeza. Y entonces empezamos a movernos. El odioso sentimiento de triunfo de Vogel se apodera de mis revueltos pensamientos mientras él me obliga a contemplar sus infinitas formaciones de soldados, dragones y criaturas oscuras. Se pasea por delante de ellos sin detenerse ni aminorar el paso y todos se vuelven hacia él con aterradora sincronía. Se da media vuelta y nos internamos por un túnel estrecho de piedra negra. Al final de este brilla una luz violeta que se ve más intensa cuando el pasadizo se abre para dar paso a una pequeña terraza.

Vogel sale a la cornisa azotada por el viento. Ante nosotros hay un precipicio. La brisa fresca nos azota el pelo mientras contemplamos las cordilleras negras que se erigen a ambos lados.

Y la brillante luna púrpura suspendida en el cielo.

La espantosa comprensión me golpea con fuerza, es como una daga que se me clava en el corazón, y me quedo sin aire en los pulmones mientras contemplo el vasto río ante nosotros, salpicado de un sinfín de embarcaciones rodeadas de luz violeta, y delante de este la reluciente frontera azul y el oscuro campamento de tiendas. Y la ciudad montaña con sus niveles erigiéndose sobre la orilla del río; todos los niveles bañados en la festiva luz púrpura, y por encima de todo la protectora cúpula de Noilaan.

«Vogel está aquí —pienso asombrada—. Ha estado siempre aquí.»

Construyendo un ejército dentro de las montañas Vo.

Vogel pasea nuestros ojos por el río hasta llegar a la cumbre de la cordillera Voloi y se detiene justo donde yo imagino que debe de estar el Vonor de Or'myr.

El pánico me clava las garras al mismo tiempo que un pensamiento se abre paso en mi cabeza:

«Eres una guerrera, Elloren. Pelea contra él».

Las palabras de Lukas arden en mi cabeza, y yo me resisto a ellas atenazada por el miedo, pero las palabras se aferran a mi mente con firmeza.

«Él querría que te levantaras.

»Él querría que pelearas.»

Me sereno sintiendo cómo el amor por Lukas me arde por todo el cuerpo reduciendo mi miedo a cenizas: a mis ganas de luchar le salen unas relucientes garras. Con una rabia creciente, tenso todas mis líneas de afinidad hasta el límite, tiro de todo el poder de fuego que no se ha vuelto gris y después proyecto mi aura hacia fuera con todas mis fuerzas.

Hacia el árbol negro de Vogel.

El árbol estalla proyectando un montón de relámpagos negros, y el poder de Vogel me araña por dentro mientras yo expulso su oscuridad de mis líneas y la escena parpadea y desaparece.

Un segundo después me encuentro de nuevo en el balcón de Or'myr, con las palmas apoyadas en el suelo de piedra, tratando de respirar grandes bocanadas de aire y junto a la varita de la profecía y el cuchillo Ash'rion. Veo una sombra ante los ojos y noto una punzada de dolor en las manos. Me pongo de rodillas, extiendo las palmas de las manos y el miedo me atenaza.

Mis marcas de compromiso siguen pobladas por las sombras y veo algunos tirabuzones de humo brotando de ellas.

Cojo mi varita y me pongo en pie con el pulso acelerado. Pierdo la vista por el mundo púrpura del Xishlon hasta llegar a las montañas Vo.

Hasta Vogel y su espantoso ejército.

El poder oscuro de Vogel se interna en mi compromiso y en mis líneas, y sus bifurcaciones invisibles se me clavan arrancándome un grito de dolor. Me agarro a la barandilla y a la varita, aprieto los dientes y proyecto mi poder de viento con todas mis fuerzas. Me quedo sin aire en los pulmones, pero consigo volver a expulsar la magia de Vogel de mi cuerpo.

«Te veo, Elloren.»

Me quedo de piedra al oír la voz de Vogel resonando en mi cabeza al mismo tiempo que un zumbido cargado de energía brota de la empuñadura de la varita de la profecía calentándome la mano.

Me miro la mano derecha justo cuando todas las runas que Sage me ha marcado en el brazo desprenden un estallido de luz verde. Me estremezco; la energía de las runas brota hacia la varita, y su luz se va apagando a medida que el brillo verde de la varita se intensifica.

Me siento esperanzada. Estrecho con fuerza la empuñadura espiral de la varita. Se me escapa un emotivo suspiro y se me saltan las lágrimas.

«Por fin.

»La varita ha conectado con su poder cuando más lo necesito.

»Ya está lista para salvarnos a todos.»

Noto una brillante quemazón en la mano derecha y una bruma verde emana de ella. Grito dolida y confusa, se me separan los dedos y la varita se me cae de la mano y rueda por el balcón.

Me asusto y me lanzo contra la barandilla tratando de cogerla, pero se cuela por una grieta.

«¡No, no, no!»

De pronto aparece un cernícalo añil que coge la varita con las garras y se marcha volando hacia el nordeste. Tanto el pájaro como la varita desaparecen enseguida de mi vista.

El corazón se me acelera en el pecho y me quedo mirando el cielo alucinada.

«No está. La varita de la profecía no está.»

Me agarro a la barandilla mientras las marcas de compromiso se me deslizan por las manos, y mis ojos se tiñen de gris al tiempo que me invade una certeza:

«Me ha dejado.

»Porque sabe que estoy a punto de convertirme en un ser oscuro.

»La Bruja Negra de Vogel».

Aterrorizada, miro hacia las montañas Vo.

«La profecía es cierta —comprendo con el pulso acelerado—. Vogel me va a consumir tal como ha consumido a Lukas. Y me convertirá en la espantosa Bruja Negra de la profecía.»

Me derrumbo.

Esbozo una mueca recordando la rebeldía de Lukas, que arde con fuerza en mi interior.

«Muy bien —le digo a la varita mientras mi creciente rebeldía culmina en una tormenta de fuego—. Pelearé contra Vogel sin ti.»

Sé que probablemente esta sea mi última oportunidad antes de que Vogel se haga con el control absoluto de mi poder y mi mente.

Y la voy a aprovechar.

Vuelvo corriendo al interior del Vonor de Or'myr, me meto en su laboratorio circular de hechicería y sopeso todas y cada una de las varitas que encuentro mientras el mundo se va volviendo gris, pues el poder de Vogel sigue recorriéndome las líneas. Echo la cabeza hacia atrás presa de una repentina presión. Me veo reflejada en un espejo con un marco de amatistas violeta y siento una nueva punzada de sorpresa.

Tengo los iris rodeados por un brillante círculo plateado.

Vuelvo al balcón convencida de que todo mi mundo se ha reducido a una única posibilidad de ganar la guerra, liberar a Lukas y acabar con Vogel. Clavo los ojos en las montañas Vo, comprimo mi aura con firmeza y a continuación proyecto toda su fuerza tras una única palabra que lanzo al aire para que recorra todo el Reino de Oriente.

«¡Raz'zor!»

PARTE V

Luna vacía

1

Invasión oscura
VOTHENDRILE XANTHILE

Noche del Xishlon, veintidós horas

—Estamos brillando —comenta Vothe posando los labios en la base del cuello de Trystan mientras las olas púrpuras del Vo impactan contra las rocas que los rodean.

El mago vuelve a besarlo apasionadamente agarrándolo por detrás de la cabeza y enredando los dedos en su pelo al tiempo que proyecta una ráfaga de brillantes relámpagos que Vothe siente resbalar por la espalda.

El cambiaformas ruge y se estremece pegado a Trystan. Tiene todos los músculos del cuerpo duros como piedras y de los dos brota una lluvia de chispas invisibles.

—Santa Vo, qué bien besas —consigue decir con la respiración acelerada.

Sonríe. El deseo que siente por ese mago no tiene precedentes.

En los labios verdes de Trystan se dibuja una sonrisa. Sus ojos verde bosque son dos pozos de deseo contenido.

—Antes me has dejado muy claro que este cortejo requiere muchos besos —murmura con voz entrecortada por los nervios.

Vothe asiente completamente atrapado en su hechizo.

—Es una tradición que debemos obedecer…

Trystan interrumpe las palabras de Vothe con otro beso tormentoso. El fuego y los relámpagos estallan alrededor de ambos y Vothe se rinde al apuesto y embriagador Trystan Gardner.

El aire a su alrededor estalla y se oye un estruendo.

Vothe se encoge pegado a Trystan y deja de besarlo asustado por la

imagen que ha visto por encima del hombro del mago. Trystan vuelve la cabeza para ver lo que su compañero está mirando completamente horrorizado.

El lateral de las montañas Vo ha estallado y en su fachada ha aparecido una grieta gigantesca. Ve una hilera de runas enormes en la cumbre que emiten un brillo gris, pero la cima de la montaña sigue intacta. De la grieta está brotando una nube de humo negro como si fuera una marea diabólica, y de sus fauces emana una bruma gris que se eleva hacia la luna púrpura del cielo.

Los amantes se abrazan con fuerza oyendo los gritos procedentes de la ciudad. La marea oscura resbala rápidamente por la montaña en dirección al río Vo. Las vu trin hacen sonar sus cuernos avisando del peligro, del Wyvernguard despegan varios dragones y las embarcaciones rúnicas regresan a Voloi a toda prisa mientras la luna empieza a teñirse de gris.

Vothe intercambia una mirada espantada con Trystan.

—Está aquí —anuncia el mago con absoluta certidumbre—. Vogel está aquí.

El cambiaformas se quita la túnica. Los relámpagos brillan en sus ojos, y en su piel le brotan los cuernos y extiende las alas. Mira a Trystan a los ojos y su poder crepita con controlada ferocidad.

—Voy a transformarme —dice agitando una cola wyvern a su espalda.

—Bien —responde Trystan desenvainando la varita—. Porque vamos a volver volando con nuestro batallón, uniremos nuestro poder al de las vu trin y expulsaremos a esos malditos magos de nuestras tierras.

2

Muerte inminente
TIERNEY CALIX

Noche del Xishlon, veintidós horas

Se oye una explosión ensordecedora procedente de la cordillera. Tierney se abalanza hacia la orilla del arroyo y Viger salta hacia ella.

Su duro cuerpo impacta contra el de la asrai empujándola hacia el suelo del bosque justo cuando una enorme roca de la montaña atraviesa los árboles y aterriza con un ruido sordo donde antes estaba Tierney seguida de varios pedazos más de la montaña.

Viger pega su suave frente a la de ella, la agarra con fuerza de los brazos y ella nota cómo se le hincha el pecho agitado mientras la abraza. Tierney puede sentir el aguijón de sus afiladas uñas, que han atravesado la tela de su túnica.

«Contrólate», se ordena Tierney presa del pánico.

Cuando consigue aplacar un poco el miedo, se obliga a incorporarse en cuanto Viger se aparta de ella. Oyen las alarmas sonando en la frontera rúnica. Los dos se levantan con mucha cautela.

—¿Cómo sabías dónde estaríamos a salvo? —le pregunta Tierney asombrada y sin aliento observando las enormes rocas que hay a su alrededor.

Los ojos negros de Viger brillan bajo la luz cenicienta.

—Yo percibo la muerte inminente.

Se oye un extraño zumbido y los dos se asoman por el agujero que las rocas han abierto entre las ramas. Una hilera de gigantescas runas grises brilla justo por encima de la grieta que se ha abierto cerca de la cima de la cordillera, y Tierney observa aterrorizada cómo una ola de niebla oscura brota de la hendidura y desciende en forma de cascada

directamente hacia ellos.

Reculan dándose la mano mientras ven cómo una fina bruma brota de la grieta y flota hacia el cielo.

Y la luz púrpura de la luna del Xishlon se apaga.

Empieza a descender una oscuridad más intensa y Tierney se pega un poco más a Viger; él la abraza. A ella se le acelera el pulso. Coge una luz rúnica del bolsillo y la agita para encenderla.

La runa noi que hay dentro de la ampolla proyecta un brillo zafiro sobrenatural en el duro rostro de Viger mientras una ola de ondulante bruma espesa avanza por entre los árboles. A Tierney se le seca la garganta y los dos dan otro paso atrás. Las sombras se enroscan en los troncos de los árboles y los matorrales y avanzan sin remedio.

Viger ruge cuando los envuelve también a ellos, y el tono azul de la piel de Tierney y la luz zafiro de la ampolla se tiñen de gris. La asrai alza la botellita con su mano gris.

«Oscuridad demoníaca —afirma Viger en su cabeza, y su voz le vibra por todo el cuerpo. Su mirada negra cada vez es más intensa—. Vogel está en las montañas.»

El poder interior de Tierney estalla arrastrado por el caos. De pronto recuerda la magia combinada que ella y Viger proyectaron hacia los ríos Vo y Zonor para protegerlos.

—¿Crees que nuestros escudos protectores aguantarán? —pregunta.

La duda de Viger se cuela en el temor de Tierney mientras un tirabuzón de sombra se enrosca alrededor de su runa de luz. La luz parpadea y se apaga dejándolos completamente a oscuras.

La asrai traga saliva y se aferra con fuerza a su luz inútil.

—Es lo que dijo Elloren —jadea—. La oscuridad de Vogel inutiliza las runas.

Percibe cómo Viger le clava los ojos.

«¿Elloren Grey está aquí?»

Tierney se queda de piedra al darse cuenta de que acaba de revelar la presencia de Elloren a un fae de la muerte de quien todavía desconoce sus verdaderas alianzas.

—Viger, tú no lo entiendes —espeta—. Tú solo has leído mis miedos…

Viger la agarra del brazo.

—¿La Bruja Negra está en el Reino de Oriente?

—Es nuestra aliada —le aclara mientras la gélida oscuridad los rodea.

Un grave y ondulante lenguaje brota de Viger y resuena en el interior de Tierney. Guarda silencio y un coro de gritos ensordecedores se oye en el cielo.

Una ráfaga de hielo recorre el poder de Tierney.

«Dragones amaestrados.»

Oyen un zumbido que surca la oscuridad y una criatura enorme se acerca volando haciendo crujir las ramas de los árboles. Tierney intenta separarse de Viger; está muerta de miedo. «¿Ha llamado a alguno de los dragones amaestrados? ¿Los fae de la muerte están aliados con Vogel? ¿Fyordin estaría en lo cierto todo este tiempo?»

La bestia se acerca a ellos haciendo crujir las ramas a su paso.

—Viger —le suplica Tierney en la oscuridad—. Por todos los dioses, dime que estás de mi parte.

En el interior de la marea oscura aparecen unos puntos de tenue luz plateada que cobran vida a su alrededor, trepan por las piernas de Viger, y la nube de humo que se enrosca en la parte inferior del cuerpo del fae emite de repente un brillo fantasmal. De pronto Tierney se da cuenta de que esas cosas brillantes que se arrastran por el suelo son ciempiés fosforescentes.

Con un nudo en la garganta levanta la vista hacia la bestia que acaba de aterrizar.

No es un dragón, sino un gigantesco cuervo del tamaño de un caballo, cuyas plumas están iluminadas por el brillo de los ciempiés.

Viger suelta a Tierney y empieza a canturrearle al pájaro en ese extraño idioma resonante mientras ella observa asombrada a la bestia de la profecía. El cuervo ladea la cabeza como si estuviera escuchando con atención a esa otra criatura de la noche. Luego agacha el cuerpo y Viger se sube a él mientras los ciempiés siguen paseándose por su cuerpo y los tirabuzones de humo brotan del suelo.

—Estoy de tu parte —dice con su voz grave tendiéndole la mano—. Vamos, asrai. Reforzaremos los escudos protectores de los ríos y

encontraremos a tu Bruja Negra.

3

Depredadora
AISLINN ULRICH

Noche del Xishlon, veintidós horas

Aislinn está abrazada a Jarod sobre una suave cama de hojas; en el cielo, la luna púrpura ilumina el dosel oscurecido por la noche. Respira hondo. La exuberante fragancia del bosque se mezcla con el fresco olor masculino de la piel de Jarod y la nota almizclada más intensa producto de su apareamiento. Ahora los dos yacen empapados en sudor y abrazados bajo la luna del Xishlon.

La alegría burbujea en el interior de Aislinn. Todavía nota el feroz placer que ha sentido al aparearse con Jarod palpitando por todo su cuerpo, rodeados de la caricia protectora del bosque. Jarod tiene el rostro acalorado y le cuesta respirar. A sus ojos asoma una especie de asombro que le ilumina la mirada. Esboza una adorable sonrisa:

—Te quiero mucho —dice paseándole los dedos por la espalda desnuda a Aislinn, cosa que le provoca un escalofrío que él percibe con un calor cómplice en los ojos.

Estar con él ha sido mucho más de lo que esperaba. Ha sido una revelación.

Los sentidos lupinos de Jarod podían leer su deseo y sus emociones con total claridad, y percibía las cosas que potenciaban su deseo y las que debía evitar para que ella no conectara con el conflicto. Por lo que enseguida se han dejado arrastrar por un ritmo frenético que los ha llevado al clímax. El miedo de Aislinn iba desapareciendo paso a paso a medida que la embargaba el placer. Y ella también podía leer a Jarod.

Ha leído lo mucho que deseaba poder sentir su cuerpo desnudo

pegado al suyo, hundirle la nariz en el cuello, inspirar su fragancia y deslizarle la boca por la piel. Besarla despacio, conteniéndose. No ha dejado de contenerse hasta que ha sentido que los miedos y conflictos de Aislinn desaparecían, y entonces se ha internado en ella. Aislinn jadeó asombrada al percibir el sorprendente placer y él se quedó inmóvil esperando a que el deseo de ella regresara como una marea comparable a la suya; entonces ella se arqueó contra él y ambos se dejaron llevar por un ritmo más intenso.

Aislinn es incapaz de reprimir la sonrisa que se le dibuja en los labios al tiempo que se le saltan las lágrimas. Se acaricia la base del cuello, justo donde Jarod la mordió aquella noche bajo la luna para transformarla en lupina y despojarla de las marcas de compromiso y las líneas de afinidad. Para convertirla en una criatura del bosque. Una criatura de sensaciones nuevas, conocedora del mundo natural. Una criatura con el palpitante deseo de aparearse con su verdadero amor.

—Yo también te quiero —responde abrumada. Sintiéndose como una persona completamente nueva.

De pronto una explosión hace vibrar el suelo del bosque bajo sus cuerpos.

Se abrazan con más fuerza. Oyen los cuernos militares procedentes del Wyvernguard e intercambian una mirada de alarma. Se ponen en pie y echan a correr a la velocidad propia de los lupinos hasta llegar a un pequeño claro que hay ante un precipicio desde el que se ve una panorámica perfecta de la ciudad.

Aislinn se sujeta al brazo de Jarod. Una gran cascada de oscuridad fluye de la grieta que ha aparecido en la montaña Vo, desde la que se eleva un velo de bruma oscura en dirección a la luna del Xishlon; y, por encima de la escisión, se ve una hilera de runas grises.

Observan paralizados cómo desaparece la luz púrpura de la luna. Aislinn se tensa de pies a cabeza sintiendo cómo se apaga el maravilloso hechizo de la luna. Los gritos antinaturales de los dragones amaestrados surcan el aire, y de la grieta de la montaña brota un ruido espantoso. Y Aislinn y Jarod se miran con asustada complicidad.

—Vogel —jadea Jarod asombrado mientras el enjambre de dragones, que apenas son unos puntitos a lo lejos, brotan de la abertura de la montaña.

Aislinn percibe una sensación completamente nueva que potencia su fuerza procedente del suelo del bosque. Entorna los ojos observando la invasión presa de una serenidad depredadora.

—Si Damion Bane va subido a uno de esos dragones —dice con un grave tono mortal mientras aparecen unas garras donde antes estaban sus uñas y una gruesa capa de pelo le cubre los brazos—, le voy a arrancar las extremidades una a una.

Se vuelve hacia Jarod consciente de lo increíblemente letal que es ahora su cuerpo, incluso en forma humana. Consciente de que, probablemente, ahora sea capaz de arrancarle la cabeza a uno de esos dragones.

—Tenemos que reunirnos con la manada —ruge Jarod, y Aislinn siente cómo la fuerza del bosque brota también en él.

—Estoy preparada —afirma sintiendo cómo retumba en ella la salvaje fuerza del vínculo de la manada. Enseña los colmillos y mira a Jarod—. Estoy preparada para luchar.

4

Libros y varitas
LUCRETIA QUILLEN

Noche del Xishlon, veintidós horas

Lucretia se termina el té. La nota amarga de la raíz de sanjire sigue danzando en su lengua como la brillante nota temeraria de una promesa.

Como una cerilla encendida.

Mira a Jules a los ojos. Está apoyado en el mostrador de su cocina y la contempla con pasión. La luz púrpura de la luna del Xishlon los envuelve a ambos.

Desde el exterior se cuelan las notas de una canción y el erótico ritmo acelera el deseo que siente Lucretia por su amor secreto de toda la vida. Mira por la ventana y contempla el sinfín de embarcaciones decoradas con esferas rúnicas que hay en el puerto; en el aire flota una mezcla de risas y conversaciones festivas.

Lucretia piensa encantada que esa noche todo es muy sensual. Incluso el apartamento abarrotado de Jules tiene su encanto. Con todos esos libros. Le sorprende la rapidez que tiene Jules para acumular libros: ya ha llenado dos estanterías. Le encanta cómo es. Siempre le ha gustado. Es como si los libros lo amaran y corrieran hacia él empujados por una atracción tan intensa como la que siente Lucretia por él.

Rebosante de amor, deja la taza en la mesa de segunda mano de Jules. El sonido que hace la taza al tocar la madera llena de rozaduras es rotundo, y ella puede ver el descaro de su decisión reflejado en la mirada de deseo que ve en los ojos de Jules.

Lo mira a los ojos durante un largo y delicioso momento, y lo siente:

la amorfa atracción de la maravillosa luna del Xishlon. Lucretia deja que la preciosa luz púrpura tire del afecto y el amor que siente por Jules Kristian y, de pronto, las palabras que jamás se ha atrevido a decir brotan sin dificultades de sus labios.

—Me encanta que siempre lleves las gafas manchadas y apenas te des cuenta. —Esboza una sonrisa embobada abandonándose al Xishlon —. Y me encanta que siempre lleves la ropa arrugada porque te pasas el día ayudando a otras personas a huir hacia oriente y no tienes tiempo para plancharla.

Jules cabecea riendo en silencio y le devuelve su ardiente mirada.

A ella se le borra la sonrisa presa de una ardiente pasión.

—Me encanta que tengas problemas de vista debido a las muchas noches que te has quedado despierto redactando documentos para ayudar a todas esas personas. Y me encanta que siempre huelas a tinta de nogal, a pergamino y a té del fuerte.

A Jules se le borra la sonrisa mientras se acerca a ella. A Lucretia se le acelera el pulso al sentirlo tan cerca después de haber pasado tantos años manteniendo las distancias. Respira hondo y él levanta la mano para pasear el dedo por el cuello de su túnica, cosa que le provoca un escalofrío caliente por la espalda.

—Tú siempre has sido completamente contraria a mí —bromea—. Siempre llevas la ropa tan bien planchada y siempre tan ordenada.

Lucretia le dedica una mirada invitante.

—Me parece que ya va siendo hora de que me desordenes.

A Jules se le escapa una risa ronca y Lucretia se sonroja al pensar en su repentino descaro incapaz de reprimir una sonrisa encantada al ver que Jules la está mirando de un modo completamente distinto, como si ella fuera un dulce del Xishlon que quisiera devorar. Y cuando levanta sus ojos marrones para volver a mirarla, en su interior brilla una luz derretida que convierte el poder de agua de Lucretia en un hormigueo.

Jules se dirige a ella con la voz grave:

—Me he entretenido pensando en desordenarte más veces de las que me gustaría admitir.

La luz púrpura de la luna se refleja en sus gafas y Lucretia se

emociona al oír su tono sugestivo.

Jules deja resbalar el dedo por su cuello hasta llegar al pájaro blanco que cuelga de su cadenita de plata.

—Todavía lo conservas —dice mirándola con duda en los ojos—. A pesar de todo.

Ella se encoge de hombros; es muy consciente de que él le está tocando el collar y el cuello de la túnica con absoluta libertad. Tomándose su tiempo. Como si estuviera saboreando la invitación que ella le ha hecho esa noche.

—He renegado de la mayor parte de mis creencias religiosas —admite—, pero todavía creo en esto. —Le clava los ojos—. Y en ti.

Le posa la mano en el pecho un tanto vacilante y la pasea por la suave tela de su camisa. Nota el calor de su cuerpo a través de ella, el fuerte latido de su corazón, su respiración agitada. Le asombra advertir lo suave que es su camisa de lana marrón. Una camisa que le ha visto llevar un sinfín de veces a lo largo de esos años, pues ella conoce la ropa de Jules tan bien como la suya propia. Pero lo que subyace bajo esas prendas y lo que sentiría dejándose arrastrar por la pasión es un misterio sobre el que ella ha meditado mucho más que en los misterios de la religión.

Con la respiración acelerada, pasea la mano por la camisa y juguetea con el botón de arriba. Lo desabrocha. La madera de caoba es suave y sensual. Mira a Jules a los ojos y se le acelera el pulso, emocionada al sentir el escalofrío que le ha provocado al tocarlo.

—Lucretia —dice con la voz ronca.

Acerca la mano a su cintura y la desliza hacia arriba acariciándole la espalda para acercarla a él y besarla.

El poder de agua de Lucretia brota hacia él mientras besa los cálidos labios de Jules y percibe el evidente sabor a bergamota en su aliento. De su pecho emerge una ráfaga de calor y su magia tira hacia él; se le escapa un ruidito de placer.

Jules sonríe un poco al oírlo mientras la besa lenta y apasionadamente, y Lucretia se abandona a él inmersa en el deseo que sienten el uno por el otro. Él deja resbalar los labios hasta besarle la mejilla y le acaricia la cara muy despacio.

Se detiene con los labios pegados a su sien.

—¿Alguna vez has estado con alguien, Lu?

Lucretia sonríe al escuchar la pregunta de Jules, encantada de percibir el deseo que hierve bajo sus delicadas caricias, y ansiando entregarse a él.

—Soy una doncella gardneriana buena y pura.

Jules suelta una sensual carcajada.

—Pues ya es hora de poner fin a eso.

Lucretia le devuelve la acalorada mirada.

—Estoy de acuerdo.

Un brillo afectuoso le ilumina la mirada.

—Te estoy tomando el pelo. —Levanta la mano y le acaricia la cara con delicadeza poniéndose serio—. Es un honor ser el primero.

—Y el único —insiste Lucretia sin olvidar que lo que está ocurriendo en el mundo merodea por los confines de su feliz paréntesis del Xishlon.

Una sombra oscurece la mirada de Jules y deja de acariciarle la mejilla con una expresión cada vez más ardiente.

—Ese sería mi mayor deseo.

Lucretia le devuelve la mirada apasionada y después mira hacia la cama deshecha de Jules; de pronto está nerviosa. Y, sin embargo, está preparada para cruzar el umbral después de haber deseado a Jules durante tantos años.

Él advierte sus dudas y la dirección de su mirada, la abraza con fuerza y le besa la sien acariciándole la espalda.

—Iré con cuidado, Lu.

Las amenazas que asedian al reino se erigen de pronto en el interior de Lucretia.

—No lo hagas —espeta retirándose un poco para mirarlo a los ojos siendo muy consciente de lo brillante y posiblemente delicado que es ese momento—. No soy frágil —insiste—. Y Vogel vendrá a por todos nosotros. Así que no te reprimas. Quiero saber exactamente cuánto me has deseado durante todos estos años.

Jules la observa con atención frunciendo el ceño.

—¿Estás segura?

Ella asiente y nota cómo una ola de calor le recorre la piel y se interna en sus líneas.

—Demuéstrame lo que has imaginado todas esas noches que hemos pasado juntos trabajando.

Jules se ríe y de pronto la mira con un calor especulativo. En sus ojos brilla un apetito más intenso, como si alguien hubiera descorrido una cortina, y esa certeza le provoca a ella una corriente de deseo que le resbala hasta los dedos de los pies.

«Ah —piensa Lucretia—. Siempre supe que había algo más allá del reservado Jules.» Ya había visto algún indicio de esa pasión que anida en él. Miradas fugaces robadas por entre los tirabuzones de vapor del té que la atravesaban con ardor, unas miradas que él ocultaba tan rápido que ella siempre se quedaba pensando si no se las habría imaginado.

Vuelve a mirar hacia su cama. A la pila de libros que hay en la mesita de noche y los dos que tiene sobre las sábanas: dos libros que ella le ha regalado hace poco. Son de historia militar de los reinos, uno está escrito por un wyvern zhilon'ile y el otro por una hechicera noi.

Lucretia siente una ráfaga de calor que la recorre de pies a cabeza.

Cómo le gusta su forma de ser. Tiene una mente deliciosa. Ya hace muchos años que están conectados intelectualmente. Y se han quedado despiertos muchas veces, compartiendo teteras humeantes, perdidos en discusiones sobre historia, filosofía y religión. Pero manteniendo siempre esa distancia tan prudente.

Lucretia se pega a Jules.

—¿Qué es lo que deseas?

Jules levanta la mano y le empieza a desabrochar los botones delanteros de su túnica floral del Xishlon. El sonido de sus respectivas respiraciones agitadas contra el seductor ritmo de los tambores provoca a Lucretia una ráfaga de febril ardor.

Jules le abre la túnica y los dos se miran a los ojos durante un apasionado momento antes de que él deje resbalar la vista por su fina camisola lavanda con violetas bordadas. Él se toma su tiempo observando las curvas de sus pechos, visibles a través de la tela

translúcida. Suspira algo tembloroso y el deseo le nubla la vista.

Se miran a los ojos y el calor estalla en llamas.

Lucretia tira de Jules al mismo tiempo que él la abraza besándola con urgencia. El calor cabalga por las líneas de Lucretia. Se agarra con fuerza a la vieja camisa de lana mientras él profundiza en el beso rozándole la lengua de un modo sorprendentemente seductor; cuando ella se da cuenta de lo hábil que es el silencioso e intelectual Jules, sus rodillas amenazan con doblarse. Un océano de olas se cuela en sus líneas. De pronto, las manos de Jules están por todas partes y le desabrocha la camisola con impaciencia mientras ella le quita la camisa con los dedos temblorosos.

De pronto se oye una explosión que retumba en las paredes. Dejan de besarse y se miran con aprensión.

Corren juntos a la ventana… Y descubren que la guerra ha llegado al Reino de Oriente.

Lucretia observa la espantosa escena, parpadea y se le hace un nudo en la garganta cuando oye las alarmas del Wyvernguard viendo la grieta que se ha abierto en la montaña Vo, la hilera de runas que flota sobre ella y la marea de oscuridad que resbala por la roca.

—Oh, Dios —murmura Lucretia horrorizada cuando la luz púrpura de la luna empieza a disiparse—. Pensaba que teníamos tiempo.

—Vogel ha estado en la cordillera todo este tiempo —afirma Jules.

Se miran con complicidad.

Se oye un coro de gritos procedente de la montaña y un sinfín de dragones amaestrados emerge de la cumbre. La multitud que festejaba en el puerto echa a correr despavorida.

Un velo de fría resolución se apodera de Lucretia y su poder de agua se intensifica cuando la sorpresa inicial da paso a esa intensa rebeldía que tan bien conoce. Se abrocha los botones de la ropa rápidamente, da media vuelta, coge la varita y le tiende la otra mano a Jules justo cuando oyen una alarma inconfundible.

—Están llamando a mi batallón —dice—. Ven conmigo. Tengo poder de agua de sobra para matar dragones.

Jules sonríe y a sus ojos asoma un brillo feroz.

—Pues me alegro mucho, porque yo solo puedo lanzarles un libro.

Lucretia le devuelve la sonrisa asombrada de que puedan estar bromeando en un momento como ese, pero los dos han tenido siempre la extraña capacidad de permanecer en absoluta calma hallándose en medio de las situaciones más horribles.

—No vas a necesitar el libro —le dice ella—. Yo te protegeré. Voy a ayudar a las vu trin a borrar todos esos dragones del cielo. Ya me desflorarás cuando hayamos terminado.

—Esa es mi chica —exclama Jules con una expresión tan astuta como la de ella—. Vamos a por Marcus Vogel.

5

Mago oscuro

SPARROW TRILLIUM Y THIERREN STONE

Noche del Xishlon, veintidós horas

—¿Qué quieres hacer? —le pregunta Sparrow a Thierren.

Los dos tienen mucha vergüenza de estar completamente solos en el pequeño balcón de su apartamento del primer nivel observando cómo la luna púrpura proyecta su luz sobre todas las cosas.

Sparrow se apoya en la barandilla metálica del balcón y se agarra a ella con fuerza.

Por debajo pasa una multitud escandalosa, y el cielo en lo alto de la cúpula está salpicado de estrellas lila. La música flota en el aire y los ritmos asincopados y esos acordes sugestivos provocan una dulce y casi dolorosa expectativa en ella. Thierren la está mirando. Parece quedarse un momento sin respiración cuando ella abre la botellita de raíz de sanjire y se mete un trocito de la amarga raíz en la boca mientras el rubor le trepa por las mejillas.

Le dedica una sonrisa reservada y le contesta susurrando:

—Quiero hacer todo lo que esté prohibido.

Sparrow se estremece, pero sonríe divertida.

—En Gardneria está todo prohibido, Thierren. No nos daría tiempo.

Él se ríe en silencio e intercambian una mirada cómplice. Porque en muchos sentidos, los dos tienen más cosas en común como occidentales que con los atrevidos orientales y su preciosa y descarada celebración del amor. En Gardneria está prohibido incluso el color púrpura, pues es uno de la larga lista de colores «impíos» prohibido en *El Libro de la Antigüedad* de los magos. Y el vino de color rubí que Mii Vun les ha regalado también está prohibido.

¿Y la raíz de sanjire? Sparrow se queda sin aliento con solo pensarlo. Eso está en una categoría de cosas prohibidas distintas en el mundo en el que vivían Thierren y ella.

Los dos tomaron conciencia de que tenían la raíz que se emplea para prevenir el embarazo cuando ella le hizo saber que la había comprado. Todavía no se cree que tuviera el valor suficiente para hacerlo, pues tenía la sensación de que estaba haciendo algo sórdido que no solo la llevaría ante las autoridades, sino que toda la ira de los dioses caería sobre su cabeza. Al principio estuvo dudando escondida entre las sombras, observando cómo unas jóvenes noi charlaban y bromeaban con el anciano farmacéutico mientras compraban la raíz de sanjire sin una pizca de vergüenza e incluso intercambiando dichos e historias del Xishlon. Con una actitud completamente abierta.

Fue toda una revelación. Y Sparrow sintió una punzada de profundo resentimiento al preguntarse por qué no podían gozar todas las mujeres de la misma libertad y el mismo poder. Tanto en occidente como en oriente.

—Podríamos empezar tomando un poco de vino prohibido —sugiere Thierren con delicadeza alejándola de sus propios pensamientos. Y en el repentino tono sedoso de la grave voz de Thierren adivina cierta comprensión de su tumultuoso choque cultural. Le sonríe—. Y después besaré la purpurina prohibida de tus preciosos labios.

Sparrow la mira asombrado. Thierren le sonríe sonrojándose un poco, aparentemente complacido de su atrevido comentario. A ella se le hincha el corazón con afecto al darse cuenta de que los dos están haciendo lo mismo: aprovecharse de la luz de la luna del Xishlon para experimentar con la osadía. Para experimentar demostrándose y confesándose sus verdaderos deseos, pues los dos están en plena revolución contra occidente.

Porque Sparrow se ha dado cuenta de que tiene todo el derecho a las bromas picantes, a utilizar la raíz de sanjire y a entregarse al hombre que ama, con el que quiere compartir su corazón y su cuerpo. De la misma forma que Thierren tiene derecho a desear a alguien y a amar a esa persona profundamente. A la persona que él quiera.

Y al cuerno con occidente.

—Pues, sírveme un poco de vino, Thierren Stone. —Su osadía enciende el rubor de su rostro—. Y después repartiré mi prohibida purpurina violeta por todo tu cuerpo.

Completamente embobado, Thierren sirve el vino en las copas de tallo alto que les ha dejado Mii Vun en la mesita del balcón, cuyo cristal púrpura está decorado con lunas de color lavanda.

—Oh, Thierren —exclama Sparrow como hechizada por la reluciente belleza de la bebida rosácea—. Es como si estuvieras sirviendo la luz de la luna en la copa.

Él sonríe encantado con su observación y le tiende una copa del iridiscente líquido púrpura. Sparrow le roza los dedos y él siente un hormigueo cuando se miran a los ojos con ese perpetuo deseo ardiendo entre ellos.

Sparrow respira hondo algo temblorosa, vuelve a apoyarse en la barandilla tomándose el vino, y él sigue la dirección de su tímida mirada hasta Voloi. Hay miles de esferas rúnicas lilas colgadas de cualquier saliente y de las ramas de los perales que crecen en la calle y rodean su balcón.

—¿No tienes la impresión de que occidente está muy lejos?

Ella cierra los ojos y respira hondo; el aire está perfumado con una delicada fragancia de rosas mezclada con incienso de jazmín y peras dulces. Uno de los perales está tan cerca de Thierren que, si el mago quisiera, podría alargar la mano y coger una de sus frutas maduras.

Precisamente como quiere hacer con Sparrow. De pronto, él piensa que ya llevan un tiempo persiguiéndose el uno al otro, y que lo que siente por ella es tan fuerte que jamás podría volver a negarlo.

Sparrow lo mira con cariño y la purpurina violeta de sus ojos y sus labios brilla de un modo que le acelera el pulso y le calienta las líneas.

—Es interesante —dice ella observando la esfera violeta del cielo—. El hechizo de la luna y cómo nos proyecta hacia el amor. —Mira a Thierren con complicidad—. Me parece que esto de estar en oriente…, donde uno es tan libre…, nos está haciendo comportarnos con un descaro ridículo.

—Yo no necesito una luna ni cambiar de ciudad para sentirme atraído por ti —afirma con la voz ronca.

A continuación deja la copa, se abandona por completo a la luna del Xishlon y la abraza, y los dos se ríen tirando del otro hacia el interior del apartamento.

Thierren cierra las puertas del balcón y la música amortiguada solo sirve para amplificar la ardiente atracción entre ellos. Sparrow levanta la mano para acariciarle la mejilla y el deseo que el mago siente por ella arde como un incendio forestal. Se abrazan y se besan con apetito olvidando por completo la compostura de los besos que han compartido en la terraza del bar. Están envueltos por el brillo lavanda procedente de un candil del Xishlon rodeado por una pantalla de lunas y estrellas recortadas que proyecta toda una constelación de brillantes astros lilas sobre ellos.

—*Il'nyylia iv'riel fhir'lion nur*… —murmura Thierren en urisco besando la base del cuello de Sparrow. «Mi preciosa flor lavanda. Mi amor. Mi corazón…»

A ella se le llenan los ojos de lágrimas al escuchar las sinceras palabras de Thierren, unas palabras que son todavía más poderosas por haberlas dicho en su propio idioma.

—*Il'nyylia ar'gyn zu'lia, fhir'lion nur*… —responde con la voz entrecortada al reproducir la cita de un famoso poema de amor urisco, una poesía reservada para el gran amor de una persona.

«Mi brillante joya. Mi amor eterno… Mi corazón.»

Una explosión sacude el mundo.

Sparrow se encoge pegada a Thierren y su precioso momento se hace añicos cuando el suelo tiembla a sus pies y los utensilios de cocina de la joven tintinean dentro de los armarios. Se separan un momento con la mirada angustiada. La música se apaga, se oyen un montón de gritos amortiguados y las alarmas de las vu trin resuenan en el aire.

El mago coge la varita de la mesita de Sparrow y corre hacia el balcón seguido de la joven. Abre las puertas y sale. A ella se le encoge el estómago al ver el caos que se ha adueñado de la ciudad. Toda la gente que festejaba en el puerto corre despavorida en una marea púrpura, y los niños lloran arrastrando sus ristras de esferas rúnicas mientras sus padres se los llevan a toda prisa.

La joven alza la vista hacia las montañas Vo y se le encoge el corazón.

Una cascada de humo negro brota del gigantesco cráter que se ha abierto junto a la cima de la montaña y una ligera cortina de bruma flota hacia el cielo. Las guerreras vu trin gritan órdenes y corren por la calle en sentido contrario al de la muchedumbre. Es evidente, por la enorme hilera de runas grises que coronan el cráter, que no ha sido una casualidad.

—Thierren —consigue decir Sparrow mientras la luna púrpura se vuelve gris—, ¿crees que los magos nos están invadiendo? —Se vuelve para mirarlo con la evidente certeza de la pesadilla que se cierne sobre ellos—. Effrey y Mii Vun… —jadea desesperada—. Están en los jardines Voling.

Se oyen unos chirridos a lo lejos y Sparrow observa espantada las decenas de puntitos negros que brotan de la escisión oscura de la montaña.

«Dragones amaestrados.»

Y de pronto se transporta de nuevo a las islas Fae, decidida a poner a Effrey a salvo sin importarle a qué tenga que enfrentarse para conseguirlo. Desenvaina su cuchillo rúnico embargada de una valentía forjada a partir de la traumática experiencia que le tocó vivir.

Thierren la agarra del brazo con una expresión depredadora en los ojos.

—Sparrow, escúchame. Iremos juntos a buscar a Effrey, pero debes quedarte pegada a mí. Si Vogel atraviesa la cúpula rúnica… —mira el arma rúnica—, ese cuchillo será inútil por muchas runas que tenga. Y la ciudad se convertirá en un arma contra sí misma cuando desaparezca su apoyo rúnico.

Sparrow se deja arrastrar por una desesperación todavía más profunda cuando la preciosa luna púrpura del Xishlon se desvanece. Presa del pánico, salta por encima de la barandilla del balcón hasta la escalera metálica de incendios y baja a toda prisa con el corazón acelerado.

Thierren salta a la calle detrás de ella y la alcanza justo cuando iba a ser arrollada por una mujer noi que escapaba corriendo cubierta de

purpurina violeta.

—Quédate conmigo —insiste—. Todas las runas perderán su poder, pero mi varita no. Quédate conmigo.

Sparrow asiente y los dos echan a correr hacia el puerto cogidos de la mano esquivando la multitud de gente que huye en dirección contraria. Sobre sus cabezas se oyen los estridentes gritos de los dragones, que son de un espantoso color gris acero. Sparrow y Thierren paran en seco cuando uno de los dragones se dirige hacia ellos, echa su serpentina cabeza hacia atrás y la agita con fuerza hacia delante.

De la boca de la bestia brota una ráfaga de fuego negro y Thierren tira de Sparrow para pegársela al pecho, ruge un hechizo y un escudo translúcido aparece a su alrededor antes de que el fuego impacte en el edificio que tienen detrás. El suelo tiembla bajo sus pies y los escombros golpean su escudo. Cuando se dan la vuelta descubren que el edificio de apartamentos de Sparrow está envuelto en llamas negras.

A Thierren se le encoge el corazón, pero vuelve a echar a correr junto a Sparrow. El piso que a ella tanto le había costado conseguir ha desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Y las personas que estuvieran dentro del edificio…

Aparece otro dragón y de sus estridentes fauces brota otra ráfaga de llamas que impactan en el edificio que hay al otro lado de la calle. Thierren coge a Sparrow y juntos esquivan las llamas, y los escombros golpean el escudo con tanta fuerza que están a punto de caerse al suelo.

Thierren agarra a Sparrow con fuerza; el corazón le late con rabia contra la espalda de la joven y la estrecha con firmeza mientras el humo se desvanece y la gente grita a su alrededor. Se queda horrorizado al ver a una familia entera envuelta en llamas al otro lado de la calle. Hay un niño con el pelo en llamas, grita aterrorizado y su madre le golpea la cabeza tratando de apagarlas. A su lado ve un niño pequeño que grita con la ristra de esferas rúnicas en llamas mientras su padre trata de arrancársela de la mano.

Antes de que Thierren pueda reaccionar, la calle se levanta y un

fuego sobrenatural brota del suelo y los edificios empiezan a derrumbarse.

El mago ruge un hechizo, echa el brazo hacia atrás y lanza un arco de agua en dirección a la familia en llamas apagando el fuego de acero antes de que él y Sparrow echen a correr de nuevo y el pánico de la gente dé paso a un pavor caótico. Thierren clava los ojos en la horrorizada mirada de Sparrow antes de que los dos doblen a la derecha, aprietan el paso y se internan en los jardines Voling.

Llegan a la plaza justo cuando la estatua del ícaro y la Bruja Negra del centro estalla en mil pedazos envuelta en una bola de fuego negro. Sparrow se encoge de miedo. Los dragones gritan surcando el cielo mientras empiezan a librarse docenas de batallas entre magos y guerreras vu trin, tanto en la tierra como en el aire; están rodeados de explosiones de colores zafiro y negro.

—¡Sparrow! —grita la conocida voz de un niño.

Sparrow suspira aliviada al ver a Effrey en la esquina de la plaza. Está acurrucado con Mii Vun bajo un escudo translúcido de color lila que sin duda ha conjurado él. Effrey lleva una amatista brillante en la mano, que tiene alzada hacia arriba, y la base del escudo está inteligentemente unida a unas joyas amatistas del Xishlon que Effrey debe de haber requisado de algún carro volcado de por allí.

Mii Vun está abrazando a otros tres niños aterrorizados bajo el escudo que está pegado al muro de piedra del jardín.

—¡Effrey! ¡Quédate ahí! —le grita Thierren—. ¡Mantén el escudo!

Un dragón gris surca el aire: vuela muy bajo y escudriña las copas lilas de las glicinias. Thierren se pega a Sparrow al pecho y alza la varita al mismo tiempo que un mago de ojos grises que va a lomos del dragón alza la suya. Sparrow observa aterrorizada cómo se acercan los cuatro ojos del dragón.

Thierren echa el brazo hacia delante y de su varita brota una ráfaga de aire que impacta en el mago y el dragón y los hace recular envueltos en una bola de chispas plateadas. El dragón se recompone enseguida y tanto la bestia como el mago oscuro atacan de nuevo; el mago agita la varita y de la punta brota una ráfaga de fuego negro que se cierne sobre ellos.

Thierren crea otra ráfaga de viento que desvía el fuego y este impacta contra la arboleda de glicinias que tienen al lado, provocando un infierno de chispas plateadas, y el dragón aterriza ante Sparrow y Thierren con un ruido seco.

Él empuja a Sparrow con insistencia.

—¡Vete! ¡Métete debajo del escudo de Effrey! —ruge.

Ella vacila un momento, pero enseguida corre hacia Effrey y Mii Vun. Llegan más dragones. La siguiente ráfaga de fuego negro desestabiliza a Sparrow y por poco pierde el equilibrio sobre sus delgados tacones. Una espesa capa de humo empieza a desplegarse por los árboles y Sparrow se estremece viendo cómo cambia el color púrpura de las glicinias hasta convertirlo en gris y adueñarse del resto de la plaza justo cuando llegan tres dragones más. Aterrizan alrededor de Sparrow; los repetidos impactos que hacen al aterrizar resuenan en su interior mientras la bruma gris le rodea el cuerpo.

Mira al mago que tiene más cerca, que le está clavando los ojos a través de la espesa bruma. El pánico le atenaza el pecho a la joven cuando ve la sonrisa del mago.

«¡Tilor!»

El joven que la atormentaba en las islas Fae, uno de los principales motivos por el que Sparrow y Effrey se arriesgaron a morir a manos de los krakens para llegar hasta el continente.

Recula aterrorizada.

—¡Te he encontrado! —se jacta Tilor desmontando del dragón a una velocidad sobrenatural mientras pasea los ojos con lascivia por el ajustado vestido de Sparrow—. Mírate ahora, pequeña zorra.

Sparrow reacciona indignada y empuña su cuchillo, pero enseguida se da cuenta de que las runas se han apagado y que de pronto son asombrosamente grises.

Tilor alza el brazo derecho y lo agita hacia delante enseñando los dientes. De la punta de la varita brota un tirabuzón de sombras que se enrosca en la muñeca de Sparrow y le tira el cuchillo. Grita mientras un segundo tirabuzón se le enrosca en los tobillos y se cae al suelo de piedra de la plaza.

Se queda a ciegas al desplomarse en el suelo y las sombras se

cierran sobre ella.

—¡Thierren! —grita notando cómo las ataduras le rodean el cuerpo y tiran de ella como un animal.

De pronto vuelve a ver la cara de Tilor, que la eleva de la bruma con una fuerza sobrenatural y la lanza sobre el lomo de su dragón. Su estómago impacta con las escamas grises de la bestia y Tilor la ata rápidamente al animal mientras la bruma crece a su alrededor.

—¡Thierren! —aúlla Sparrow entre la multitud de explosiones forcejeando contra las ataduras incapaz de ver nada más allá de dos metros.

Nota cómo la agarran del pelo y jadea cuando ve los brillantes ojos grises de Tilor.

—Él te ha estado mimando, ¿no? —se burla—. Pero yo seré el próximo. Vogel te va a utilizar para atraer a Thierren Stone. Eres como un bonito señuelo. Vogel sabe todo lo que tú y Thierren hicisteis en Valgard. Y va a encontrar hasta el último traidor staen'en para castigarlos: Thierren Stone, Mavrik Glass, los hermanos Gardner, Gareth Keeler… Y yo podré castigarte a ti. Deberías haberme esperado, Sparrow. Vogel me ha dado mucho poder. Deberías haberte entregado a mí en las islas.

—¡Thierren! —grita Sparrow a través de la cacofonía de explosiones y el caos de la batalla mientras Tilor le pasea la mano por el cuerpo.

Sparrow le ruge con rabia y forcejea contra las ataduras. Tilor se ríe, sube a lomos del dragón y coge las riendas.

El dragón extiende sus alas grises y las baja de golpe. El suelo de la plaza empieza a alejarse debajo de ella, se le revuelve el estómago a causa del vértigo y el pánico desesperado.

Una ráfaga de aire procedente de la plaza abre un claro en la bruma y de pronto puede ver la escena a sus pies: tanto la plaza como los jardines se han quedado sin colores, y los árboles que los rodean están envueltos en llamas negras.

Thierren está rodeado de tres dragones muertos y varios magos yacen sin vida junto al centro vacío de la plaza, y Effrey y los demás han desaparecido. Thierren alza la vista al cielo y él y Sparrow se miran aterrorizados.

—¡Es una trampa! —le grita ella cuando lo ve alzar la varita y correr hacia ella antes de que la bruma oscura se cierna sobre él y se lo vuelva a tragar la marea negra.

6

Batalla naval smaragdalfar

MORA'LEE STARR'LYRION

Noche del Xishlon, veintidós horas

Una explosión ensordecedora agita la embarcación rúnica de Mora. Se sobresalta pegada al pecho de Fyon. Siguen abrazados bajo las suaves sábanas de la estrecha cama de Mora.

—Santa Vo —exclama retirándose para mirar los ojos plateados de Fyon.

Tiene la piel colorada del febril encuentro y los labios esmeralda hinchados debido a los apasionados besos que han compartido.

Él retira la manta y se levanta de un salto, tira de la cortina que oculta el ventanuco circular mientras Mora se pone su vestido de glicinias alarmada al oír cómo empiezan a sonar los cuernos de las vu trin.

—Mora —dice Fyon volviéndose hacia ella; flota tanta tensión en el aire que ella no termina de ser consciente del todo de la desnudez de su compañero—. ¿Todos los niños están a bordo?

—Creo que sí —responde ella con la voz entrecortada y corriendo hasta la ventana para ver la grieta que se ha abierto en la montaña y el humo negro que brota de ella acompañado de una bruma pálida.

Mira a Fyon horrorizada.

El brillo púrpura de la luna que se refleja en su piel esmeralda se oscurece y sus rasgos cincelados quedan empañados por las sombras. Vuelven a mirar por la ventana circular y ven que la luna del Xishlon se ha convertido en una esfera oscura y que de la montaña Vo brota una avalancha de oscuridad en dirección a la ciudad.

—Vogel nos está invadiendo. —Fyon aprieta los dientes y señala la

segunda hilera de runas oscuras que están apareciendo sobre la franja de tormentas de la cumbre de la montaña, donde de pronto se ve el reflejo de unos extraños relámpagos. Vuelve a clavarle los ojos a Mora —. Se ha apoderado de las tormentas. Ha dejado a nuestras fuerzas atrapadas al oeste de las montañas Vo.

De pronto las piezas encajan con una asombrosa claridad dentro de la mente de Mora. Cómo las fuerzas magas parecían estar reuniéndose en la franja occidental del desierto central para atraer a las fuerzas de Noilaan hacia occidente, dejando oriente básicamente desprotegido y hechizado por el Xishlon…

—Por todos los dioses, Fyon…

—Tenemos que subir a este barco a los niños y a todo el que podamos —dice—. Y después los llevamos a las minas. —Señala la frontera con el dedo—. Luego volaremos hasta allí para ayudar a los que se hayan quedado atrapados al otro lado de la frontera, para que puedan llegar también hasta las minas.

Mora asiente tan decidida como Fyon y los dos se ponen en marcha.

Él se pone la túnica y los pantalones de color verde esmeralda, y después se abrocha el cinturón con el cuchillo rúnico smaragdalfar y la aguja antes de coger el carcaj y el arco. Mora abre el cajón de una mesita y saca su cuchillo y su daga rúnica. Las runas huargas que hay en las armas proyectan su brillo verde mientras ella se abrocha el cinturón en la cintura y envaina las armas.

Fyon la agarra del brazo cuando ella se dirigía a la puerta.

—Mora, escúchame. Tendremos que ir por la entrada fyyl'vor'in de las minas, porque está protegida por runas huargas. Prepara el barco para despegar y yo le conectaré una runa huarga más potente. Esas son las únicas runas que tienen alguna posibilidad de sobrevivir.

—Cosa que significa que la nuestra será la única embarcación que quedará en el cielo —le advierte Mora—. Y eso nos pondrá un blanco gigantesco en la espalda.

Fyon entorna los ojos proyectando una serenidad letal.

—Lo superaremos.

Mora asiente. No hay tiempo para discutir sobre probabilidades. Fyon abre la puerta y los dos salen corriendo a cubierta.

Nym'ellia y Ghor'li están agarradas a la barandilla del barco junto a Emberlyyn, la madre de Nym'ellia, que aguarda envuelta en una manta, y también su hermana pequeña Tibryl. Todas observan aterrorizadas el avance de la marea oscura.

Mora siente un escalofrío de pánico que le resbala por la espalda.

—¿Dónde está Olilly?

Oyen el ruido de unos pasos y Mora suspira aliviada cuando ve a Olilly y al adolescente del restaurante del otro lado de la calle, Kir Lyyo, corriendo por la popa de la embarcación cogidos de la mano. Olilly tiene las trenzas lilas adornadas con brillantes flores lilas, y él lleva algunos pétalos por el pelo negro.

—Nym'ellia —dice Mora con absoluta serenidad buscando los asombrados ojos de la adolescente y advirtiendo que los capuchones metálicos que Bleddyn le regaló a Olilly ahora adornan las orejas de Nym'ellia—. Nos marchamos a las minas. Ve a soltar las amarras. —La joven asiente y sale corriendo mientras Mora mira a su madre—. Emberlyyn, por favor, llévate dentro a Ghor'li y a Tibryl y quedaos allí.

Emberlyyn asiente y se lleva a las dos niñas, que han empezado a sollozar.

—Olilly —le dice Fyon a la adolescente, que está muy asustada y tiene los ojos tan abiertos como dos lunas del Xishlon—. Quiero que te lleves todos los utensilios de cocina de cobre y aluminio a popa. Y voy a necesitar dos de los recipientes de cerámica de Mora y una cuchara para mezclar.

—Nosotras te lo traemos —afirma Mora intercambiando una breve mirada con él antes de que se marche hacia la popa de la embarcación con el arco en la mano.

En el aire flota un coro de gritos espantosos. Todo el mundo se vuelve hacia las montañas y Mora ve la horda de dragones que ha brotado de la grieta; por un momento, el pánico le seca la garganta. Agita la cabeza para olvidarlo y vuelve a mirar a Olilly.

—Tienes que ser fuerte, Olilly. ¿Podrás hacerlo por mí?

La joven asiente.

—Pues ve —la anima Mora.

Olilly y Kir Lyyo intercambian una mirada antes de que la joven se marche corriendo hacia las cocinas.

—Mi padre… —empieza a decir el chico con la voz ronca cuando comienza a desatarse una batalla en el Wyvernguard y las explosiones brillan a lo lejos.

—Ve a buscarlo, y traed a todos los que podáis a mi barco —le ordena Mora—. Ahora.

Kir Lyyo niega con la cabeza.

—Mi padre nunca se subirá a un barco smaragdalfar… y está en contra de las minas…

—Entonces morirá —espeta Mora mientras una sombra gris empieza a engullirlo todo y la luna se viste de color pizarra.

Kir Lyyo la mira con una expresión dura.

—Iré a buscarlo —dice—. Aunque tenga que subirlo a bordo a rastras.

—Hazlo —insiste Mora, y Kir Lyyo se marcha corriendo al restaurante de su familia mientras Mora sigue caminando en dirección a la escalera que conduce a la sala de control acristalada de la embarcación. Sube los escalones y mira a Nym'ellia a través del cristal, está soltando las amarras.

«Buena chica», piensa agradecida de que Nym'ellia sea capaz de mantener la calma bajo presión. Desenvaina su brillante aguja rúnica y enciende el panel de control tomando nota de todo lo que los rodea. Una numerosa horda de dragones se dirige a Voloi, y la embarcación de Mora está en esa dirección.

Calibra las runas de control justo cuando el primer dragón llega a la orilla. Ella tensa el cuello al oír los gritos y ve cómo los dragones escupen fuego en el primer nivel de la ciudad. Se obliga a respirar con tranquilidad y sigue mirando a Nym'ellia mientras una multitud de civiles van subiendo a la nave y la marea oscura llega a Voloi avanzando por el puerto; Mora advierte, con horrorizado asombro, que la bruma va apagando todos los colores a su paso. Mira por encima del hombro y ve a Olilly llevándole los utensilios de cobre y aluminio a Fyon; entretanto, Kir Lyyo y su odioso padre corren hacia la embarcación junto a un grupo de civiles justo cuando Nym'ellia

suelta la última amarra.

—¡Listo! —grita la joven mientras la embarcación cabecea junto al acantilado.

—Que suba todo el mundo —le pide Mora a Nym'ellia.

A continuación golpea una serie de runas. Seis enormes runas huargas cobran vida alrededor de la nave, tres a cada lado, y todas empiezan a rotar.

Se vuelve otra vez y ve cómo Fyon agita el brazo con habilidad al terminar de fabricar una runa huarga esmeralda adicional por encima de la popa de la nave. Da un golpecito sobre la runa flotante y de ella brota un escudo verde translúcido que rodea toda la embarcación. Después se da la vuelta y mira a Mora a los ojos con una expresión de ardiente solemnidad.

Muy decidida, Mora hace girar con fuerza la runa de aceleración y la nave empieza a avanzar. Mira hacia las montañas Vo justo en el momento en que la frontera azul emite un brillo plateado y estalla en una explosión gris con un grave ¡bum! que le resuena en los huesos. De la nueva frontera gris brota algo parecido a una telaraña de sombras que se desliza por encima de la cúpula de Noilaan.

Las runas de la cúpula se apagan con un parpadeo y toda la ciudad queda engullida por una oscuridad que le provoca a Mora un escalofrío aterrador.

Empiezan a oírse gritos cuando todas las naves que flotaban por el cielo se van desplomando una a una. Las pasarelas y los edificios se derrumban cayendo sobre los pisos inferiores. Se oyen una serie de explosiones y Mora jadea asustada cuando los restaurantes rúnicos del sexto nivel se vienen abajo.

Con lágrimas en los ojos, Mora pilota su nave en dirección noroeste. Mira por la ventana de cristal a su espalda y ve la bandada de dragones que se han separado de la horda principal: seis de esas bestias oscuras se dirigen directamente hacia su nave.

7

Dragones oscuros
OLILLY EMMYLIAN

Noche del Xishlon, veintidós horas

—Meted todos los utensilios de cobre en esta maceta —indica Fyon Hawkkyn mientras su embarcación rúnica surca el cielo.

Alza la aguja rúnica esmeralda agachado junto a Olilly, Nym'ellia y Kirin en la popa del barco, donde está creando dos runas smaragdalfar del tamaño de un plato en las macetas de cerámica que tiene delante sin dejar de vigilar a los dragones que nos acechan. Pone la punta de la aguja rúnica sobre una de las runas y señala la otra olla.

—Meted los de aluminio dentro de esta otra.

Olilly se pone a trabajar con el corazón acelerado y, con ayuda de Nym'ellia y Kirin, llenan las macetas enseguida.

—¿Podrán atravesar nuestro escudo? —le pregunta Kirin a Fyon con la voz un poco temblorosa.

—Es posible —admite Fyon proyectando energía en las runas—. Pero tendrán que acercarse mucho. Y vamos a evitar que lo hagan.

A Olilly le cuesta respirar con tranquilidad mientras Fyon pone las runas en rotación y un poder verde crepita en el aire. De pronto advierte que él está descalzo y que lleva la túnica mal abrochada, pero la joven no tiene tiempo de asombrarse.

—Muy bien, retiraos —les ordena Fyon justo cuando el dragón que va en cabeza suelta un grito malvado y el mago que va a lomos de la bestia se ve con mayor claridad. Fyon señala una de las macetas de cerámica—. El cobre que hay dentro de esa maceta se va a poner muy caliente.

Las runas emiten una potente luz verde y Olilly percibe la oleada de

calor. Los utensilios de cobre quedan reducidos a un montón de cenizas negras y los de aluminio a un montón de minúsculas virutas.

Fyon crea una nueva runa sobre las cenizas de cobre y esta emite un zumbido proyectando una nube gélida.

—Esto es para enfriar la reacción —explica muy tranquilo—. No vaya a ser que hagamos estallar la nave. —Pasea la aguja rúnica por encima de las runas y desaparecen. Luego coge una de las macetas de cerámica y vierte la ceniza de cobre dentro de la maceta llena de virutas de aluminio justo cuando el dragón en cabeza empieza a acercarse—. Muy bien, Olilly —dice clavándole sus ojos plateados—. Necesito que mezcles esto.

Olilly asiente y se pone a ello: le cuesta mucho respirar. Entretanto, Fyon vacía el carcaj en el suelo y las puntas metálicas de las flechas tintinean al caer sobre las planchas de madera de la nave.

—Tenemos que llenar las flechas con la mezcla de metales, y rápido —los apremia Fyon.

—¿Para qué servirá? —pregunta Nym'ellia mientras desenroscan las puntas cónicas de las flechas y las llenan con la mezcla antes de volver a cerrarlas.

—Las puntas de estas flechas son de magnesio —dice Fyon trabajando a toda velocidad—. Las runas que llevan a ambos lados explotarán cuando alcancen su objetivo, cosa que provocará una reacción aluminotérmica.

—¿Y qué conseguiremos con eso? —insiste Nym'ellia mientras Fyon coloca una flecha en su arco y se vuelve de rodillas en dirección a los dragones.

—Esto.

Apunta y dispara.

La flecha se clava en la cabeza del dragón y la bestia vira hacia el este y estalla envuelta en una bola de llamas verdes.

Olilly se queda boquiabierta envuelta por el calor que ha emanado de la explosión.

—Por todos los dioses —jadea Nym'ellia mientras se acercan dos dragones más y Fyon coloca otra flecha en el arco—. Me alegro de que seas un hechicero experto en metales.

—Es bastante útil —reconoce Fyon muy concentrado. Dispara y alcanza al segundo dragón, provocando otra explosión que vuelve a dejar a Olilly con la boca abierta—. Meteos dentro —les ordena, pero Olilly sigue de piedra.

Alguien la agarra con fuerza del brazo y ella levanta la cabeza para encontrarse con los ojos de Kirin.

—Vamos —le dice apremiándola y animándola al mismo tiempo cogiéndola de la mano con decisión.

Envalentonada, la joven sale corriendo con él y con Nym'ellia en dirección a la proa de la nave justo cuando se oye otra explosión a su espalda. Se meten corriendo en la habitación y Olilly vuelve a quedarse de piedra al ver al odioso padre de Kirin, Zosh Lyyo, que está tirado en su cama apretándose la herida que tiene en la cabeza con un trapo lleno de sangre.

Mira a Olilly a los ojos y ella retrocede al ver a ese hombre tan desagradable. Parece aturdido. Parpadea observando las manos entrelazadas de Olilly y Kirin con una mirada de auténtica disonancia cognitiva. La pequeña Ghor'li también está allí acurrucada en una esquina; tiene los ojos azul zafiro fijos en suelo y no deja de sollozar, y a Olilly se le encoge el corazón al verla.

Suelta la mano de Kirin y se acerca a la niña justo cuando la nave se tambalea y se desploma contra la ventana circular. Nym'ellia y Kirin se caen a ambos lados de ella. Ghor'li grita y gatea hasta Olilly para aferrarse a su túnica. La chica la envuelve en sus protectores brazos mientras la embarcación vibra y se tambalea, hasta que siente tanto miedo y tanta rabia que a duras penas es capaz de respirar.

La nave recupera el rumbo y entonces ella mira a Zosh Lyyo recordando cómo los había insultado. Cómo les dijo que debían marcharse del Reino de Oriente.

«Noilaan para los noi.»

—¿Ahora lo ves? —le espeta Olilly—. ¿Ya has entendido de qué estábamos huyendo? ¿Por qué no nos quedó más alternativa que venir aquí? —Se le saltan las lágrimas, presa de una ira desbocada—. ¿Por qué tenías que insultarnos por ello? ¿Por qué?

Zosh Lyyo mira a Olilly con una expresión tensa y la joven no

distingue si es a causa de la rabia o el remordimiento.

La nave se desploma unos metros y Olilly grita sin querer cuando el suelo desaparece a sus pies. Se le revuelve el estómago. Kirin y Nym'ellia la agarran para ayudarla a conservar el equilibrio. Y entonces la caída libre de la nave da paso a un ascenso y la oscura montaña Vo empieza a verse a lo lejos. Por encima del amenazador paisaje flota una luna oscura, el ondulante mar de sombras se desliza por el río Vo y de la grieta de la montaña no dejan de salir dragones.

A Olilly le parece surrealista y le tiemblan las piernas. De pronto se fija en un plato de galletas del Xishlon en forma de corazón que está volcado en el suelo. Los dulces están salpicados de flores violetas cubiertas de azúcar.

Le trepa un grito de protesta por la garganta y amenaza con abrirse paso por sus labios.

El hermoso festival. Tonos púrpura por todas partes. El dulce Kirin bajo la luz lavanda de la luna inclinándose para darle el que sería el primer beso para ambos. Su arrebatada sonrisa de enamorado de después, mientras entrelazaban los dedos con fuerza presa de una felicidad infinita albergando la esperanza de un futuro mejor.

Todo destrozado.

Arrasado.

Olilly pega la cara al cristal circular del ventanuco y observa el mundo gris mientras sus amigos la agarran por la espalda y la nave gira de nuevo y vuelven a ver un momento la ciudad de Voloi. Hay explosiones de fuego plateado en todos los niveles y del suelo brotan columnas de humo. Y el Wyvernguard…

Olilly respira hondo.

La isla sur ha desaparecido, ya solo queda un cráter humeante, y una batalla feroz se ha apoderado de la isla norte, que está envuelta en una especie de telaraña de algodón.

—No puedo volver a vivir al servicio de los magos —jadea Olilly desesperada por cerrar los ojos a esa nueva realidad. Desesperada por volver atrás solo unas horas, a su precioso mundo del Xishlon.

Nym'ellia la coge de la mano y Kirin la rodea por los hombros.

—Lucharemos contra ellos —le promete Nym'ellia abrazándola con

fuerza.

Olilly niega con la cabeza.

—Nos matarán a todos. Para ellos solo somos un puñado de criaturas malignas.

Presa del pánico se lleva las manos a la cabeza para tocarse las orejas mutiladas, y revive todo lo ocurrido. Aquel grupo de magos gritándole insultos mientras la inmovilizaban para cortarle las puntas de las orejas.

«¡Murciélago! ¡Zorra urisca!¡El Reino Mágico es de los magos!»

Se echa a temblar agarrada a sus orejas mientras observa la ciudad salpicada de explosiones de llamas negras.

Por su lado pasa volando un enorme dragón pálido, tan blanco como la diosa noi Vo, y vuela en dirección al caos.

Olilly contempla alucinada cómo el dragón va eliminando a las bestias amaestradas lanzándoles una ráfaga de fuego carmesí tras otra y surcando el río a una velocidad increíble, esquivando las ráfagas de fuego negro. Olilly frunce el ceño deseando con todas sus fuerzas que sobre el lomo de ese dragón vaya un poderoso soldado noi.

Y entonces le viene una duda a la cabeza.

—¿Dónde está? —piensa en voz alta viendo cómo el dragón blanco vuela hacia Voloi dejando una estela de bruma pálida a su paso.

—¿Dónde está quién? —pregunta Nym'ellia.

Olilly se vuelve hacia ella. Las palabras le queman en la lengua.

—La Bruja Negra.

El brillante rostro verde de Nym'ellia se tensa.

—¿A qué te refieres con eso de la Bruja Negra?

—Está aquí —le asegura la otra con el pulso acelerado—. En tierras Noi.

8

Guerra
ELLOREN GREY

Noche del Xishlon, veintidós horas

Raz'zor aterriza en el balcón de Or'myr con un golpe seco y su ardiente aura wyvern roja y púrpura crepita por mis líneas. La runa púrpura que Or'myr le puso en el cuello brilla con fuerza.

Me clava sus ojos rojos como el fuego mientras las explosiones resuenan por toda la ciudad y a mí se me revuelve el estómago horrorizada. Raz'zor mira las varitas que llevo en la mano y el humo negro que me brota de las marcas de compromiso, y enseguida advierte mis brillantes ojos grises. El turbulento flujo de mi fuego se intensifica y el poder de Vogel crepita por mis líneas con más intensidad.

Soy muy consciente de que me queda poco tiempo para seguir controlando mi voluntad, me agarro a la poderosa pata marfileña de Raz'zor y le abro mi mente. Raz'zor se queda inmóvil durante un larguísimo segundo, agacha la cabeza y me clava sus ojos rojos como la lava mientras su mente empática lo lee todo, incluso el poder demoníaco que me ruge en las líneas. Y la posesión de Lukas.

Incluso que la varita me ha abandonado.

Y ahora la única posibilidad que me queda de luchar contra todo y salvar a Lukas y a oriente con mi poder de Bruja Negra está delante de mí.

De pronto noto cómo me recorre las venas una ráfaga del fuego wyvern de Yvan. Es mucho más potente que el de Raz'zor y se me apelmaza el corazón al pensar que Yvan puede estar percibiendo que estoy en peligro y viene volando en mi ayuda.

«¿Lucharás conmigo?», le pregunto a Raz'zor reprimiendo la angustia y abrazando el terrible poder que estaba destinado para mí.

En los ojos de Raz'zor brilla un fuego escarlata y me proyecta un poderoso pensamiento con una intensidad asesina.

«Muerte a Vogel.»

Y con ese pensamiento y el océano de odio que lo rodea, Raz'zor se tumba en el suelo de la terraza y extiende las alas a modo de silenciosa invitación.

«Voy a detonar la montaña, rescataré a Lukas y destruiré las fuerzas de Vogel —le advierto viendo unos destellos grises ante los ojos—. Existe el riesgo de que nos haga volar a todos en pedazos al hacerlo.»

Raz'zor me proyecta el siguiente pensamiento con tanta fuerza que casi me caigo de espaldas a causa del impacto del calor.

«Muerte. A. Vogel.»

—Muy bien —digo sintiendo como nuestra ferocidad conjunta me arde en el pecho—. Le mataremos. Pero…, Raz'zor. —Nuestras llamas conjuntas arden con fuerza, como si el dragón pudiera adivinar lo que estoy a punto de pedirle con el corazón en un puño—. Si me convierte del todo, tienes que matarme.

Me lanza una mirada dolida. A continuación noto una ráfaga de ferviente afirmación que calienta nuestro fuego.

«Lealtad», proyecta Raz'zor en mi mente mientras lo miro con mis ojos grises y entre nosotros brota un inquebrantable respeto.

El tiempo se queda congelado en ese segundo mientras yo observo sus ojos con atención: sus estrías de brillante color carmesí y los trazos púrpura sobre ese ardiente brillo escarlata. Y esas pupilas rasgadas en vertical que brillan como las piedras mojadas por la lluvia en plena noche.

Una punzada de dolor me atenaza el pecho. Estas podrían ser algunas de las últimas imágenes de mi vida.

Pero estoy dispuesta a morir luchando por Erthia.

Decidida, me meto las varitas en el bolsillo de la túnica, me subo a lomos de Raz'zor y me agarro a los cuernos de marfil que tiene sobre los hombros. El dragón alza el vuelo con un poderoso movimiento y nuestro fuego conjunto se eleva al mismo tiempo que nosotros, y en

ese justo momento la puerta del balcón se abre de par en par.

—¡Elloren!

La voz de Or'myr suena con fuerza y siento el impacto de su aura de relámpago. Raz'zor y yo nos volvemos para mirar a su silueta congelada; Or'myr me ha clavado sus horrorizados ojos verdes.

—Prima —dice con la voz apelmazada y cautelosa—. ¿Qué te ha pasado?

Se lo explico y levanto mis varitas.

—Raz'zor y yo vamos a volar a las montañas Vo para rescatar a mi pareja, matar a Marcus Vogel y destruir su ejército.

Or'myr me mira perplejo. Corre hacia mí desenvainando su varita púrpura con gemas incrustadas y su aura de relámpagos violetas crepita a mi alrededor.

—Espera —dice cogiéndome del brazo con firmeza—. No puedes ir sola.

Me enfado y la ira me engulle mientras miro su mano; el gris de mi visión se intensifica y el poder de Vogel resbala por mis líneas.

—Quítame las manos de encima, Or'myr.

—Elloren. —Ahora ha adoptado un tono grave y controlado, pero no afloja la presión—. Tienes un brillo gris en los ojos. Eso no es buena señal, prima.

—Sé exactamente dónde está Vogel. —Señalo con el dedo el centro de la cordillera profanada—. Tengo una oportunidad de acabar con él y voy a aprovecharla.

Las explosiones rugen por toda la ciudad. Mi primo me mira con una expresión dura.

—Voy contigo.

—Es demasiado peligroso…

—Razón por la cual necesitas ayuda —responde con cierta aspereza —. No tienes ni idea de cómo proteger como es debido a tu dragón con un escudo. Te derribarán antes de que llegues a la mitad del río. Y… y aunque estés a punto de convertirte en la Bruja Negra más malvada que el mundo haya conocido…, eres familia. Y la familia permanece unida.

Parpadeo asombrada y conmovida por esa extraña y exagerada

muestra de lealtad familiar.

—Tengo la intención de arrasar toda la montaña con fuego mago y wyvern —le advierto.

Or'myr mira las varitas. Suspira de nuevo y luego asiente, como si por fin aceptase la situación.

—Me escudaré yo, si es necesario. O quizá yo también acabe volando por los aires. Pero, pase lo que pase, pienso venir contigo.

—Con una condición —insisto con el poder interior en llamas—. Si Vogel me convierte del todo…, tú y Raz'zor tenéis que matarme.

A su expresión asoma un terror nuevo, pero entonces asiente con aspereza. A continuación mira a Raz'zor, que asiente una vez y después se tumba del todo en el suelo para que Or'myr pueda subirse a él con mayor facilidad. Mi primo me rodea la cintura y se agarra al cuerno de marfil del dragón rodeándolo con su mano púrpura, que planta por encima de la mía. Desliza los dedos de la otra mano por encima de los cristales que lleva pegados a la varita y murmura un hechizo.

De su varita brota una funda púrpura acuosa que nos rodea a ambos y me provoca un hormigueo en la piel. Or'myr agita la varita y de la punta salen unos tirabuzones lilas que se nos enroscan a las piernas y nos sujetan a la espalda de Raz'zor.

—Intentaré reprimir mi poder hasta que esté cerca de Vogel —le digo mientras las sombras del Gran Mago se aferran a mi poder—. No quiero destruir Voloi o el campamento que hay al otro lado de la frontera. Pero si te toco, lo más probable es que amplifique mi magia.

—Pues agárrate a mí, prima —me anima Or'myr con un tono desafiante—. Burlaremos esa marea negra y le daremos un precioso color púrpura.

Raz'zor bate sus poderosas alas y yo me agarro a la mano con la que Or'myr ha rodeado el cuerno del hombro del dragón. Siento cómo el fuego wyvern rojo y púrpura de Raz'zor y las apasionadas llamas doradas de Yvan nos recorren a todos.

—Muy bien, Bruja Negra —dice Or'myr con la boca pegada a mi mejilla mientras ese fuego multicolor arde como un volcán—. Vámonos a la guerra.

PARTE VI

La marea negra

La profecía gardneriana

(adivinada mediante la cleromancia de la madera de guayaco por el sacerdote seers de los Primeros Hijos)

Un gran ser alado pronto se alzará y proyectará su temible sombra sobre la tierra.

Y tal como la noche termina con el día y el día termina con la noche, también se alzará una nueva Bruja Negra para enfrentarse a él, con un poder inimaginable.

Y cuando sus poderes se enfrenten en el campo de batalla, los cielos se abrirán, las montañas temblarán, y las aguas se teñirán de carmesí.

Y sus destinos determinarán el futuro de Erthia.

1

Batalla de magos

ELLOREN GREY

Voloi, Noilaan

Raz'zor surca el cielo en dirección a las montañas Vo como una flecha disparada por un arco. No estaba preparada para la velocidad de su vuelo y Or'myr y yo vamos completamente agachados para evitar el impacto del viento contra el geo-escudo que nos escuece en la piel. El poder me recorre como una tormenta a punto de descargar de mi piel mientras me agarro a la muñeca de mi primo para potenciar su poder con el mío.

Raz'zor desciende por los niveles de Voloi con tanta fuerza que se me revuelve el estómago, y esquivamos los pilares de humo en dirección al río Vo y la creciente horda de dragones de Vogel.

Or'myr maldice en voz alta cuando un mago a lomos de un dragón vira hacia nosotros con los ojos grises iluminados. El mago alza la varita y de pronto me asalta un aura de árboles negros envueltos en llamas grises.

—Es un mago de tierra y fuego —rujo por encima del hombro.

Or'myr murmura un hechizo y su aura púrpura se contrae hacia dentro con una fuerza letal. Agita la varita al mismo tiempo que lo hace el mago y de ella brota una ráfaga de iridiscente aire violeta; de la varita del mago emerge un chorro de oscuras llamas plateadas. La ráfaga de Or'myr impacta contra el fuego oscuro y lo repele con un chorro de chispas lila. El dragón del mago extiende sus alas grises cuando mi primo vuelve a agitar su varita creando un relámpago púrpura que rodea el escudo plateado del mago.

El dragón alterado grita cuando el relámpago de Or'myr penetra en

su escudo. Raz'zor gira con brusquedad para evitar una colisión justo cuando el mago y su dragón estallan envueltos en llamas lila.

Mientras la explosión todavía resuena en mis oídos, descendemos y surcamos la niebla oscura del primer nivel para después deslizarnos por encima del río Vo. El cielo se llena de dragones oscuros que vuelan hacia Voloi luchando contra las escasas fuerzas de Noilaan. Se oyen explosiones por todas partes, la pasarela que unía las dos islas del Wyvernguard se ha desplomado y cuelga como un montón de ramas rotas de la isla norte, que todavía sigue en pie.

Siento una nueva ráfaga del fuego wyvern de Yvan por mis líneas que me provoca un brillo dorado en los ojos, cada vez más grises, y se me acelera el corazón. Se acercan dos dragones más que nos atacan por ambos flancos y me pongo muy nerviosa al darme cuenta de que se están acercando demasiado rápido como para que podamos preparar el contraataque. Los magos nos apuntan con las varitas y noto la vibración de sus oscuras líneas de magia de tierra.

Raz'zor pliega las alas y se lanza en picado.

Sacudo la cabeza hacia arriba justo cuando las lanzas de los magos colisionan y sus dragones aúllan cuando las magias chocan entre ellas. Raz'zor extiende las alas deteniendo nuestro rapidísimo descenso y evita que lleguemos a impactar con la creciente bruma oscura.

Miro por encima del hombro con el corazón acelerado y veo que los dos magos y sus dragones están enredados en una bola de cintas negras y caen en picado dando vueltas por el cielo en dirección al río cubierto de niebla.

De pronto percibo un aura de niebla ciclónica y me doy la vuelta hacia el mago que se acerca proyectando su oscura magia con relámpagos negros.

—Ese tiene aire y fuego… —consigo decir justo antes de que el mago agite la varita haciéndose con una porción de la marea oscura para envolvernos con su bruma negra. El diáfano escudo amatista de Or'myr escupe relámpagos lila y desaparece, y yo noto cómo la sombra me resbala por la piel.

—Elloren —jadea mi primo alzando la mano derecha para observar los tirabuzones de humo que se han enroscado en ella.

La alarma me seca la garganta. Or'myr ha perdido su habitual color púrpura y lo mismo le ha sucedido a su geo-varita, y en él ya no se ven más colores que los tonos verdes gardnerianos de sus ojos.

Cosa que significa que el poder púrpura de mi primo ya no funciona.

Or'myr maldice entre dientes cuando advierte que las ataduras que nos aferraban a Raz'zor empiezan a aflojarse y el dragón sale volando por encima de la marea oscura. La inercia me pega al pecho de mi primo y me quedo sin aire en los pulmones cuando veo que se acerca otro mago con una gélida aura de hielo que me atraviesa.

—¡Hielo! —grito, y Raz'zor vira hacia la izquierda justo cuando una lanza negra surca el aire a nuestro lado con un silbido que pasa rozando el ala de Raz'zor. Otra lanza de hielo nos ataca por la derecha y Raz'zor gira para evitarla, y esta por poco impacta contra la cabeza de Or'myr.

Raz'zor se eleva y el río queda a mi espalda, y entonces veo la espantosa luna vacua flotando en el cielo, como si fuera un ojo de Vogel gigantesco que lo controla todo.

Descendemos y observo con atención el cráter que se ha abierto en la montaña que tenemos delante, del que no paran de salir dragones. En el interior de Raz'zor arde un infierno rojo como la sangre mientras acelera en dirección al enjambre, y sus escamas arden como nunca.

Abre las fauces, echa la cabeza a un lado y después la agita hacia delante proyectando una ráfaga de fuego rojo que dibuja un arco, y los dragones que se acercan estallan envueltos en bolas de fuego carmesí.

«Muerte a Gardneria», ruge Raz'zor en mi cabeza, y yo respiro hondo notando cómo el poder de Yvan crepita con más fuerza bajo mi piel a medida que nos acercamos. Ya hemos cruzado la mitad del río y Raz'zor empieza a recuperar sus llamaradas. El árbol muerto de Vogel se proyecta en los confines de mi mente rodeado de un halo de fuego plateado y negro.

«Me estás viendo, ¿verdad?», rujo mentalmente cargada de rabia.

Presa de la rabia, me meto la mano en el bolsillo de la túnica gris y cojo mis varitas. Una ola de poder cataclísmica se abalanza hacia la

varita y yo me preparo para murmurar el hechizo para disparar fuego mientras mi temblorosa mano se fusiona con la madera y las varitas adquieren un brillo rojo muy caliente.

Surcamos la frontera oscura y Raz'zor sale por un agujero que hay en la cúpula de sombras que se extiende sobre ella. Se me amotinan todas las emociones cuando veo los pilares de humo que emanan del campamento arrasado, pero entonces siento un pequeño alivio: de pronto me parece distinguir a un montón de gente que corre para meterse en unos agujeros rodeados de runas huargas que se internan en la tierra. Una guerrera vu trin con la piel verde que me recuerda mucho a Bleddyn está ayudando a la gente a entrar en uno de ellos, y los smaragdalfar ayudan a otras personas a entrar por el otro. «Son rutas de escape hacia las minas.»

Sobrevolamos el bosque Vo y yo entorno los ojos en dirección a Vogel cuando otro enjambre de magos a lomos de dragones emana de la abertura de la montaña y se dirige hacia nosotros. Se me acelera el pulso al notar que Raz'zor está intentando recuperar su poder y Or'myr jadea con dificultad tratando de conectar con el poder púrpura que está atrapado en su interior.

Yo alzo las varitas con el corazón encogido y me preparo para atacar rezando para que Lukas sobreviva a él. El numeroso enjambre de dragones pasa de largo y se dirige directamente a Voloi.

Me quedo de piedra mientras me asalta una oleada tras otra de las afinidades alteradas de esos magos que nos pasan de largo y me quedo asombrada al percibir sus poderosas auras de bruma negra, ramas muertas, vides enroscadas y hielo y fuego gris.

«Mi Bruja Negra.»

Mis líneas de afinidad dan un violento tirón hacia delante y jadeo con la espantosa sensación de que Vogel me está tirando de las líneas y arrastrándome en dirección a las montañas Vo.

Y entonces le veo.

Una diminuta figura vestida con prendas magas negras que aguarda en medio de una cornisa de piedra negra a los pies del enorme cráter de la montaña. De ambos lados de su figura brota una incesante hilera de magos a lomos de sus respectivos dragones, además de la marea

oscura y el creciente velo de sombras. Y Vogel aguarda en el centro de todo, como si hubiera habilitado un espacio para nosotros. Como si hubiera habilitado un espacio para mí.

«Elloren.»

Aprieto las varitas con fuerza en respuesta a su sedosa voz resonando en mi cabeza. Raz'zor vuela más rápido hacia él y mi poder se intensifica mientras mi mente se despoja de todo pensamiento salvo uno: acabar con Vogel. Aprieto los dientes, echo el brazo derecho hacia atrás y me paralizo a medio hechizo presa del pánico, pues no solo veo como de pronto aparecen dos magos arrastrando el cuerpo maniatado de Lukas, también tienen a Sparrow Trillium.

La emoción me oprime el pecho al ver a Sparrow con la piel gris y forcejeando contra sus captores. Se me acelera el pulso convencida de que Lukas podría sobrevivir a mi infierno, pero arrasaría a Sparrow. Como si percibiera mi aterrorizada indecisión, Raz'zor extiende las alas y el mundo desaparece envuelto por una oscura y cenagosa bruma.

Raz'zor pelea por frenar agitando las alas en la oscuridad, y yo parpadeo resistiéndome al repentino picor que la bruma me ha provocado en los ojos, desesperada por localizar a Lukas y a Sparrow mientras toso debido al agrio sabor del vapor. Raz'zor vuelve a volar hacia arriba, quizá tratando de emerger por encima de la cegadora sombra, pero parece infinita.

De pronto aparecen unas ataduras alrededor de mi cuerpo y me quedo sin aire en los pulmones, algo me arranca las varitas de las manos y me separa de Or'myr y Raz'zor con tanta fuerza que me interno en el ciclón de bruma a una velocidad aterradora. Me desplomo hacia abajo en caída libre notando cómo las ataduras se estrechan más y más a mi alrededor.

Entonces noto una tensión en las ataduras y se me escapa un grito al sentir el tirón hacia arriba que me deja suspendida en las sombras como un péndulo; el humo se va disipando. Miro desesperada a mi alrededor tratando de poner orden a esa espantosa situación. Estoy colgada en una red de sombras, atada a un dragón gris que vuela por encima de mí. Con el pulso acelerado trato de divisar algo por entre la

bruma hasta que consigo localizar a Raz'zor y Or'myr, que también están atrapados en las redes de sombras. Or'myr también cuelga de un dragón, y Raz'zor cuelga de cuatro.

Y nos llevan a todos ante Marcus Vogel, que nos espera con la varita negra en la mano.

2

El alzamiento de la Bruja Negra

ELLOREN GREY

Cordillera Vo

Me sueltan en la cornisa de la montaña como si fuera un saco de grano cerca de las botas de Vogel, e impacto contra las piedras completamente maniatada.

En mis ojos grises vuelvo a ver esos destellos dorados y el fuego wyvern me abrasa por dentro mientras percibo a Yvan cada vez más cerca. Parpadeo haciendo desaparecer los tonos dorados y veo a Sparrow atada delante de mí, tan asustada que vuelvo a sentir una punzada de pánico. Me vuelvo hacia Lukas muy alterada y miro sus brillantes ojos grises.

—¡Lukas! —grito con el corazón en llamas de las ganas que tengo de abalanzarme sobre él, pero su mirada permanece gélida y vacía.

Me derrumbo emocionalmente unos segundos al verlo tan distinto. Apenas puedo pensar en nada más. Pero entonces me invade una rabia animal.

Tenso todos los músculos contra las ataduras negras, alimento mis líneas de poder y me preparo para proyectar mi aura contra las ligaduras oscuras de Vogel. Pero antes de que pueda moverme contra él, su magia se contrae y yo solo consigo resoplar, pues su poder es como una sofocante espiral ardiente.

Vogel agita la varita por encima de mí y de la punta brotan unos tirabuzones que me inmovilizan en el suelo de piedra como si fuera un insecto capturado. Una parte de las ataduras trepan por mi cuerpo, me amordazan y me pegan la cabeza al suelo, y otra parte me quita los cuchillos y los tira al suelo, donde vienen a recogerlos los soldados

que nos rodean.

Intento mirar más allá de Lukas y Sparrow y mentalmente rujo: «¡Raz'zor!».

Una ráfaga de fuego carmesí me abrasa las líneas. Inclino la cabeza hacia atrás y veo a Or'myr y a Raz'zor justo detrás, pegados al borde de la cornisa, también maniatados y pegados al suelo de piedra. Raz'zor está rugiendo contra las ataduras con las que le han cerrado las fauces, y sus ojos son dos pozos de carbón rebosantes de ira; y Or'myr está fulminando a Vogel con los ojos y ya no tiene su varita.

El fuego de Yvan ruge con más fuerza y me atenaza la desesperación.

«¡Yvan! ¡No!»

Vogel da un paso adelante y su alta figura se recorta contra la luz que emana de las antorchas de fuego negro que hay en la caverna de la montaña. Lo sigue un contingente de magos oscuros. Lo miro a los ojos temblando de rabia. Veo asomar la excitación a sus pálidos ojos verdes y me dan ganas de soltarme y sacárselos; me cuesta mucho pensar debido al violento calor que emana de mi aura.

«¡Naga la Libre! —ruge Raz'zor en mi mente con un tono desafiante mientras su aura escupe un montón de chispas carmesíes y violetas—. ¡Te convoco, defensora de todos los dragones! ¡Amiga de los seres alados cautivos!»

—¿Qué hacemos con el dragón, excelencia? —pregunta uno de los magos oscuros.

—Los blancos están especialmente malditos —contesta Vogel con despreocupación sin dejar de mirarme fijamente—. Domesticadlo. Después podéis utilizarlo como cebo para entrenar a otros más grandes.

—¡No! —rujo forcejeando mientras Raz'zor intenta desprenderse de la mordaza a mordiscos.

«¡Naga la Libre!», ruge a los cielos.

Vogel se acerca a las fauces amordazadas de Raz'zor, pone la punta de la bota sobre ellas y aprieta mientras el dragón respira con el pecho agitado. La rabia me engulle y varias olas procedentes del aura de fuego de Raz'zor fluyen por mis líneas. Lo rodean un montón de

soldados.

«¡Naga la Destructora!», proyecta mentalmente Raz'zor justo cuando uno de los soldados alza la varita y dispara un rayo de poder de tierra negro directamente a su cabeza.

Reculo al oír el impacto y el fuego de Raz'zor se disipa cuando se queda sin sentido y nuestra conexión se bloquea cuando el mago dispara una segunda ráfaga de tirabuzones que rodean al dragón. Todavía aturdida por el eco del impacto, observo incapaz de detener a los soldados que se llevan a mi aliado hacia la montaña con una fuerza sobrenatural.

Me pongo muy agresiva y proyecto hasta el último ápice de mi fuerza contra las ataduras, pero es en vano. A continuación, Vogel se acerca a Or'myr. Se agacha junto a mi primo amordazado, que lo está mirando con una rabia infinita. Vogel lo coge de la cara y le clava las uñas en las sienes. Levanta la cabeza de Or'myr con sorprendente facilidad, tira de las ataduras negras sin ningún esfuerzo y le golpea la cabeza contra la piedra con tanta fuerza que me estremezco al oír el espantoso impacto.

Vogel aparta la mano y de la sien de Or'myr brota un reguero de sangre. Los ojos verdes de mi primo siguen letalmente concentrados en Vogel, da la impresión de que quisiera atravesarlo con ellos.

—Sometedlo —les ordena Vogel a sus soldados al levantarse—. Después llevadlo a la colmena pequeña con los demás impíos.

—Excelencia —dice el mago oscuro que está al lado de Sparrow con una sonrisa malvada en los labios—. Me prometió que podría quedarme con esta.

Vogel se vuelve hacia el joven mago y Sparrow me clava sus ojos grises completamente desesperada.

—Haz lo que quieras con ella, Tilor —dice Vogel mirando a Sparrow con evidente desprecio—. Pero mantenla con vida y llévala a occidente. Seguro que Thierren Stone irá a buscarla enseguida.

Veo el dolor que brilla en los ojos de mi amiga y aprieto el puño derecho con tanta fuerza que me clavo las uñas en la piel desesperada por hacerme con un pedacito de madera y sintiendo, una vez más, otra ráfaga del fuego de Yvan. El pánico me atenaza la garganta. «¡No

vengas aquí, Yvan!»

Se llevan a mi primo y a Sparrow a la caverna. Vogel se acerca y clava una rodilla a mi lado con una calma serpentina. Les hace señas a los soldados que lo acompañan para que acerquen también a Lukas. Se me encoge el corazón al advertir que Lukas no reacciona a nuestra cercanía, solo le veo fruncir un poco los labios.

—¡Lukas! —grito con la boca pegada a la mordaza y desesperada por llegar hasta él.

«¡Soy yo, Lukas! ¡Vuelve conmigo! ¡Te quiero!»

Vogel cierra los ojos y murmura un hechizo.

Mis emociones giran a una velocidad caótica cuando posa la punta de la varita en la mano de Lukas, luego en la mía y a continuación en la suya. Una serie de tirabuzones negros muy finos se enroscan a nuestras tres manos conformando una compleja red ondulante. Entonces Vogel murmura otro hechizo y la red se estrecha. Nuestras manos se unen y yo me siento cada vez más confusa.

Observo lo que está ocurriendo y mi confusión se convierte en un pánico absoluto cuando veo que las marcas de compromiso de Lukas se vuelven grises…

… y se transfieren a la piel de Vogel.

A Lukas ya solo le quedan las oscuras marcas de compromiso en las muñecas, pues ahora sus humeantes marcas están en las manos de Vogel.

—Mi pareja —canturrea Vogel deslizando un dedo por mis marcas de compromiso, completamente idénticas a las suyas—. Elloren Vogel.

La rabia me enloquece y siento el poderoso impulso de arrancarle el dedo a Vogel mientras mi poder se agita presa de un vengativo caos que forcejea contra la invasión del sacerdote en mis líneas. Vogel se estremece un poco y me clava los ojos, es como si estuviera percibiendo mi amotinamiento. Agita el dedo y dos magos se adelantan, agarran a Lukas de sus ataduras y se lo llevan arrastrando.

—¡Dejadlo en paz! —grito por detrás de la mordaza con lágrimas en los ojos y abrumada por el deseo de ir tras él.

—Silencio —espeta Vogel colocando la punta de la varita en mi cuello y murmurando otro hechizo.

Noto una aguda punzada de dolor cuando el poder de Vogel se interna en mis líneas con una fuerza despiadada. Me castañetean los dientes contra la ligadura que tengo en la boca.

El fuego wyvern de Yvan se intensifica, como si él percibiera mi agonía, y a los ojos de Vogel asoma un destello plateado.

—Su vínculo wyvern… está por todo tu cuerpo. —Hace una mueca que parece teñida de celosa traición antes de agarrarme del pelo clavándome las uñas en la cabeza—. ¿Te obligó a que le besaras? —espeta con rabia—. ¿Te metió su lengua serpentina en la boca por la fuerza?

Murmura otro hechizo y mi mordaza desaparece tan rápido que por poco me muerdo la lengua.

Le clavo los ojos con rabia.

—Yvan Guryev no me forzó —rujo enseñándole los dientes y percibiendo el sabor a sangre en ellos—. Yo deseaba su beso ícaro.

Los ojos de Vogel escupen fuego plateado. Levanta la mano y me abofetea con tanta fuerza que me quedo sin aire en los pulmones. Me muero de rabia.

—Ahora estamos comprometidos —espeta Vogel mirándome con una serenidad escalofriante—. No volverás a hablar de tu impureza impía. Y pronto estaremos comprometidos del todo.

Me quedo perpleja al advertir lo que implica su advertencia.

—¡Eres sacerdote!

Él sigue mirándome con absoluta calma.

—Renuncié a mi cargo antes de aceptar este compromiso, tal como permite hacer el libro sagrado. —A su mirada asoma una intimidad alarmante—. Elloren, el Gran Ancestro me lo ha dejado muy claro. Estamos predestinados.

No puedo respirar de lo aterrorizada que estoy.

—Los dos estamos mancillados —reflexiona mientras yo lo miro confundida—. Lo entenderás con el tiempo —añade adoptando un tono más oscuro—. Pero cuando estemos juntos, el Gran Ancestro nos devolverá la pureza. Expiaremos nuestros pecados cumpliendo con la profecía. Y después uniremos nuestros poderes mediante nuestra Consumación Sagrada, por la gloria del Gran Ancestro.

Mi asombro es como un volcán en erupción.

—Tendrás que atarme más fuerte, Marcus —le rujo—. Jamás me comprometeré contigo voluntariamente.

A los ojos de Vogel asoma ese extraño fuego plateado justo cuando el aura de Yvan proyecta una nueva llamarada. Me clava los ojos.

—¿Sientes cómo él viene a por ti, Elloren? —se jacta clavándome su poder en las líneas.

«¡Yvan! ¡No te acerques!»

—Deja que venga —dice con ironía—, porque estás a punto de destruirlo.

Me clava la punta de la varita en el cuello y yo grito. El dolor es insoportable. Las ramas oscuras se internan en mis líneas y el mundo desaparece. Clavo las uñas en la piedra del suelo mientras el poder de Vogel me atraviesa y el gris me nubla la vista por completo.

Y entonces veo un feroz brillo plateado.

Emerjo de la oscuridad y el dolor me recorre de pies a cabeza. Mi poder se convierte en sombras y mi fuego se vuelve gris como el acero.

—Eres mía, Bruja Negra —dice Vogel con un tono grave y firme—. Nadie puede doblegar la voluntad del Gran Ancestro.

Me pone la punta de la varita en la frente, a modo de solemne bendición, y mis ataduras negras desaparecen.

Hago ademán de abalanzarme sobre él, quitarle la varita y acabar con él, pero descubro que no soy capaz. Y en lugar de atacarlo, me levanto lentamente del suelo de piedra presa del pánico, pues soy incapaz de evitarlo. Me doblo y forcejeo contra la prisión de mi propio cuerpo mientras me detengo ante Vogel.

Él levanta la mano y me acaricia la mejilla con una intensa mirada en sus pálidos ojos verdes. Yo protesto interiormente, quiero clavarle la varita negra en el ojo; pero él deja resbalar la palma de la mano por mi cuello, se agacha un poco y me besa.

Todo mi cuerpo ruge contra el contacto y él me sujeta por detrás de la cabeza. Su fuego negro se interna por todos los rincones de mi cuerpo y me hace suya como lo haría un wyvern. La conexión con las llamas doradas de Yvan desaparece.

De pronto advierto asombrada que no solo me ha robado mi compromiso con Lukas, también se ha apoderado de mi vínculo wyvern con Yvan. Y me ha convertido en su pareja de fuego.

Pero esta conexión wyvern alterada está espantosamente mal. Rebosa un deseo desesperado y controlador. Vogel me estrecha con fuerza e interna su fuego en mi boca por la fuerza, y sus llamas crepitan por mi cuerpo con un ansia devoradora.

Se retira con la respiración acelerada y un brillo desequilibrado en los ojos mientras su fuego de acero corre a través de mí mediante una caricia nauseabunda.

—Mi pareja —jadea dilatando las aletas de la nariz.

Una explosión de fuego dorado estalla en el cielo y las llamas recorren el río eliminando a varios de los dragones de Vogel, que quedan envueltos en brillantes bolas de fuego. Mi mundo implosiona cuando Vogel me obliga a mirar la figura alada que avanza hacia mí dibujando un surco de fuego dorado en el cielo.

«¡Yvan!»

Ya no estamos conectados por el fuego, pero percibo el furioso poder de Yvan.

—Dadle una varita a mi prometida —ordena Vogel sin dejar de clavarme los ojos.

Un mago oscuro se acerca y me tiende una varita de roble blanco. Se me cierra el estómago al recordar que el roble blanco es una madera que potencia el poder, y me viene a la cabeza el collar con madera de aquel árbol que Lukas me regaló en la universidad.

«¡Defiéndete! —Es como si pudiera oír a Lukas rugiendo en mi cabeza—. ¡Expulsa a ese bastardo de tu cuerpo!»

Me tenso y forcejeo tratando de proyectar mi aura de poder contra el yugo de Vogel, pero esta vez él ni se inmuta y me obliga a alargar la mano y empuñar la varita. Mi poder corrupto brota hacia la varita con una fuerza apocalíptica y mis dedos se fusionan con el arma al tiempo que mi mano queda envuelta por un brillo plateado.

Veo que viene otro soldado con un dragón con varios ojos seguido de un ejército de magos a lomos de sus respectivos dragones. Se colocan todos en formación en la cornisa acompañados de un

enjambre de murciélagos fantasma.

Vogel observa su ejército corrupto y me clava su intensa mirada mientras Yvan se enfrenta a los magos oscuros.

—Tú vas a traer la era del esquilado, querida mía —entona con voz sedosa—. Destruye al ícaro, Bruja Negra. Y conquista oriente para el Reino Mágico.

Y entonces mis pies empiezan a moverse y me subo al dragón oscuro mientras el resto de los magos forman a mi alrededor. Vogel coloca la varita en el flanco de mi dragón y de ella brotan unas ataduras que me sujetan a su espalda. A continuación me rodea con un escudo gris translúcido que me hace estremecer.

Un soldado se acerca con la bandera del pájaro blanco de Gardneria y se la pone a mi dragón mientras yo aúllo interiormente asqueada.

—Álzate, mi Bruja Negra —me anima Vogel con un tono triunfal sonriéndome mientras él y su soldado reculan—. Álzate por todo el Reino Sagrado.

Tenso las líneas hasta casi hacerlas estallar y forcejeo para recuperar mi poder mientras mi dragón avanza hacia el borde de la cornisa. El pánico cabalga por mis venas. Los dragones extienden sus alas, aceleran por la cornisa y saltan, y siento mucho vértigo cuando empezamos a surcar el cielo acompañados de un enjambre de murciélagos fantasma. Todos baten las alas al unísono y yo avanzo en dirección a la cúpula cubierta de sombras y el río, mientras por dentro no dejo de gritar:

«¡Acaba conmigo, Yvan!».

3

Tormenta noi'khin

TRYSTAN GARDNER

Voloi, Noilaan

Me apoyo en la espalda llena de escamas de Vothe mientras él vuela por encima de la multitud de guerreras vu trin que hay en la plaza Voling del primer nivel, y me agarro con fuerza a una de las púas de su hombro sintiendo cómo los relámpagos nos recorren a ambos. Muerto de rabia, observo la oscuridad que barre la plaza borrando los colores de todo salvo el verde de mi piel maga.

La plaza es un oasis temporal precariamente controlada por las fuerzas vu trin. Alrededor de ella hay apostadas varias wyvern vu trin, y dos de ellas están proyectando un escudo recubierto de relámpagos que se extiende por toda la plaza.

Vothe y yo penetramos el escudo con facilidad y nuestra magia conjunta se abre paso por la espesa capa de relámpagos. Veo un montón de cadáveres de magos y dragones oscuros. Pero los magos siguen acercándose en oleadas interminables y, aunque Vothe y yo no dejamos de derribarlos a medida que nos acercamos, es evidente que nos superan en número.

De todos los niveles de la ciudad brotan columnas de humo, y a mis ojos asoman racimos de relámpagos azules cuando tomo conciencia de la aniquilación, de los dragones corruptos que sobrevuelan los cielos y luchan contra las pocas unidades de fuerzas vu trin apostadas en esta fachada de las montañas Vo.

Vothe aterriza y yo me bajo de su espalda mientras él vuelve a adoptar forma humana ocultando sus escamas negras pero conservando las alas y los cuernos. Heelyn, la capitana de nuestro

batallón, me mira a los ojos con una espada rúnica en la mano y un corte ensangrentado en su duro rostro. Corremos hacia ella a través del humo oscuro.

Heelyn alza la palma de la mano para detenernos y las vu trin que la rodean preparan sus flechas, cuchillos y estrellas al unísono, y todas me apuntan a mí.

Me paro en seco.

—¡Heelyn, no hay tiempo para esto! —grita Vothe con los relámpagos crepitando por su poder.

—¡No des ni un paso más, cuervo! —me ordena ignorándole.

—No, Hee Mur —respondo con empatía empleando su nombre de pila—. ¡Lo que debería hacer es empuñar esa varita!

—¡Escúchalo! —insiste Vothe antes de que ella pueda protestar. Heelyn le lanza una mirada asesina.

—Durante nuestro entrenamiento —aúllo por encima del estruendo y sin prestar atención a las armas que apuntan directamente a mi pecho—, ¿recuerdas que mi magia extraía la hechicería de vuestras armas y las rellenaba con mi poder?

El odio en sus ojos es cada vez más intenso.

—¿Pretendes alimentarte de nuestra magia? ¿Es eso, cuervo? ¿Ese ha sido siempre tu plan?

—No —le espeto con la misma rabia—, ¡pero ahora sí debería serlo!

La confusión se apodera de ella y Vothe se acerca un poco.

—Heelyn, ¡permítele conectar su poder al vuestro para cargarlo, de ese modo podréis crear una barrera rúnica!

Lo mira a los ojos.

—¿Te has vuelto loco?

Jules Kristian y Lucretia Quillen se abren paso por entre las vu trin que nos rodean. Me asombra verlos cogidos de la mano, pero ahora no hay tiempo para preguntas.

—Hay un precedente histórico —le dice Jules a Heelyn alzando un texto—. Historias de poder dríade conectado a magias distintas durante las guerras élficas para formar barreras contra el poder demoníaco. Y el poder de Trystan es, en esencia, poder dríade.

Heelyn reacciona a su comentario fulminando con los ojos la mano

de Jules, que va cogida de la mano verde de Lucretia.

Lucretia mira a Heelyn con absoluta tranquilidad.

—Trystan tiene la tormenta necesaria como para absorber el poder de todos y proyectarlo a cualquier estructura que podáis crear —comenta.

—Y cualquier poder huargo smaragdalfar del que podáis disponer —añade Jules.

—¡Ayúdame a proteger la ciudad! —insisto mirando a Heelyn y envalentonado por el apoyo.

Heelyn vuelve a clavar su ácida mirada en Vothe.

—¡Está mintiendo! —ruge—. ¡Todos mienten!

—¿Es que te has olvidado de que soy un émpata? —le ruge Vothe a ella con absoluto asombro—. ¡No mienten!

—¡Trystan!

Me vuelvo hacia esa conocida voz ronca y me siento muy aliviado de ver a mi hermano Rafe, cubierto de sangre y corriendo hacia nosotros completamente desnudo.

Nos agarramos de los brazos y él mira a Hee Mur. La marea oscura ha sido incapaz de borrar el color dorado de sus ojos, y el brillo verde de su piel sigue siendo tan visible como el mío.

—No podremos seguir conteniéndolos —le advierte Rafe—. No dejamos de matarlos, pero siguen llegando. Son demasiados.

Un dragón zafiro vu trin aterriza a nuestro lado.

—Nor Hee Mur —dice la joven militar vu trin que va a lomos del animal—. La fae de la muerte, Sylla Vull, ha protegido la isla norte del Wyvernguard con una barrera de telarañas, pero los magos han empezado a atravesarla. Los magos vu trin Fain Quillen y Wrenfir Harrow y el wyvern Sholindrile Xanthile han asegurado parte del tercer nivel con una horda de dragones Vish'nile, pero nos han informado de que no podrán seguir conteniendo a las fuerzas de Vogel por mucho más tiempo. Y en ese nivel hay cientos de civiles atrapados.

De pronto se acerca corriendo un fae asrai. Se trata de Fyordin Lir, que me clava sus ojos azul lago.

—¿Dónde está Tierney? —pregunta, y en su mirada puedo percibir

su hostilidad, pero también una intensa preocupación.

Niego con la cabeza.

—No lo sé.

Mira a Heelyn.

—Tierney Calix ha protegido el río Vo. Los guardias son deathkin, pero el poder que los recorre es de ella. La magia oscura de Vogel no puede traspasar esas protecciones, pero nosotros tampoco. Y eso significa que no podemos alimentarnos de su poder.

—Entonces permitidnos verter vuestra magia en la barrera que Hee Mur y yo vamos a crear —le propongo.

Heelyn se vuelve hacia mí.

—¡Yo no he dicho que vaya a trabajar contigo!

—Si no nos protegemos de los magos —insiste la exploradora vu trin—, van a arrasar con la ciudad.

Los dragones chillan sobre nuestras cabezas y Heelyn levanta la vista al cielo. Hay un buen número de bestias dirigiéndose directamente al tercer nivel.

—Por favor, noi'khin Hee Mur —le suplico—. ¡No puedo luchar contra ellos yo solo! Y tú tampoco. Ninguno de nosotros puede hacerlo. ¡Tenemos que unir nuestros poderes!

Heelyn me mira, me mira de verdad, y su rabia da paso a una expresión de torturada indecisión. De pronto vemos una ráfaga de fuego dorado que recorre el río procedente del norte. Todos nos volvemos y me quedo de piedra cuando distingo la luminosa figura a lo lejos. Tiene las alas extendidas y escupe una ráfaga de fuego a los magos que se acercan, envolviéndolos en bolas de fuego dorado.

—Cuánto poder… —comenta Vothe asombrado—. Solo puede ser Yvan Guryev.

Heelyn resopla aliviada.

—Ha llegado el ícaro. —Me clava los ojos—. Parece que ya no vamos a necesitar tu magia, Trystan Gardner.

Vothe se estremece con rabia. Le miro preocupado y veo que cierra los ojos con fuerza y tensa hasta el último de sus músculos, y su piel escupe relámpagos plateados como si hubiera recibido el impacto de un poder mucho más fuerte que su tormenta interior.

Vuelve a abrir los ojos y en ellos anida puro terror.

—¡Levanta esa barrera, Heelyn! —ruge con la piel llena de relámpagos—. ¡Ya no hay tiempo para divisiones! ¡Levanta esa barrera ahora mismo!

Yo alargo la mano para coger la varita.

—Vothe… ¿qué…?

Me mira a los ojos y en ellos veo arder un dolor que me deja sin palabras y me provoca un gélido escalofrío por la espalda.

—Trystan —dice—, la profecía ha llegado. Vogel está controlando a tu hermana.

4

El ícaro de la profecía

ELLOREN VOGEL

Sobre el río Vo

«¡Yvan, no!», grito mentalmente mientras él se abre camino hacia mí surcando el río, eliminando magos y dragones, proyectando su fuego wyvern en la tenebrosa noche.

Yo avanzo hacia Yvan cada vez más horrorizada y acompañada de la horda de dragones de Vogel. La gélida brisa golpea mi escudo mientras veo cómo las escasas vu trin luchan contra las fuerzas magas y van desapareciendo del cielo envueltas en explosiones de luz plateada.

Me agacho y forcejeo contra el yugo de Vogel viendo cómo Yvan avanza lanzando una bola de fuego tras otra. De pronto puedo ver sus brillantes ojos dorados y mi desesperación se intensifica. Sus ojos son como dos feroces estrellas que se me clavan. La malvada excitación de Vogel se estremece dentro de mí y en mi mente resuena un pensamiento venenoso:

«Acércate un poco más, bestia».

«¡Es una trampa!», intento gritarle a Yvan notando cómo me arde la mano derecha a causa de mi catastrófico nivel de poder.

Yvan lanza un gran arco de fuego wyvern que ilumina la noche gris e incinera a los magos. Pero Vogel sigue agarrándome de la mano derecha. Cada vez noto más su presencia, y cuando tira de mi poder me arden los pulmones.

De pronto se encienden tres runas enormes en la orilla del río de Voloi de las que brotan relámpagos azules. De ellas surge un caótico muro de tormentas que se extiende por la costa. La sorpresa de Yvan

me alcanza incluso a pesar de la distancia que nos separa.

El muro de tormentas brota hacia el cielo y la magia que la alimenta es tan poderosa que noto la brillante energía que emana desde el otro lado del río, además de la evidente energía maga que hay en ella.

«Es Trystan.»

El miedo me golpea con la fuerza de un yunque. Porque sé, sin ninguna duda, que el poder que crece en mi interior supera en mucho cualquier muro de tormentas que mi hermano y sus aliados puedan conjurar.

Percibo el regocijo brutal de Vogel. Proyecta una orden a través de su conexión oscura y nos obliga a mí y a la horda de dragones oscuros a detenernos hasta que nos quedamos suspendidos en el aire como si fuéramos uno solo.

Yvan vuela hacia mí con renovadas fuerzas y toda la escena adquiere una intensidad espantosa. Vogel me alza el brazo derecho y empieza a murmurar un hechizo a través de mi mente concentrado en las alas de Yvan.

«¡Apártate, Yvan! —quiero gritar—. ¡Está tratando de atraerte!»

Y entonces Vogel agita mi brazo hacia delante con mucha fuerza.

Me recorre el brazo una ráfaga de energía con la fuerza de una tempestad que ruge dolorosamente bajo mi piel. Brota de mi varita en dirección a Yvan materializada en un chorro negro que impacta en su pecho y lo empuja hacia atrás. Se me revuelve el estómago al ver cómo agita las alas con fuerza tratando de compensar el impacto y percibo la sorpresa crepitando en su aura de fuego.

Se recupera rápidamente y, aunque nuestra conexión ha desaparecido, percibo su apasionada determinación duplicándose en la fuerza de su fuego. Sus manos emiten un potente brillo dorado. Elimina tres dragones más y vuelve de nuevo a por mí.

El odio sísmico de Vogel estalla. «¡Maldito demonio alado!»

La horda de dragones se separa ante mí y yo vuelo hacia Yvan. Vogel solo está extrayendo una fracción del poder que en realidad soy capaz de proyectar, y entretanto va formando una bolsa de poder aplastante en mi centro. La rancia certidumbre despierta en mi pecho: «El amor que Yvan siente por mí será su perdición».

Porque Vogel me obligará a atacarlo una y otra vez mientras que Yvan no me atacará ni una sola vez.

Vogel vuelve a obligarme a apuntar a Yvan con la varita. Tengo el corazón destrozado.

De la punta de la varita brota una gigantesca ráfaga de tirabuzones afilados, pero Yvan la esquiva y le lanza un chorro de fuego que la reduce a cenizas. Dibuja un arco en el cielo y me clava sus ardientes ojos. Siento un pánico atroz cuando Vogel se apropia de todo mi poder; me tiembla todo el cuerpo.

—¡Elloren! —ruge Yvan acercándose un poco para observar mi cuerpo escudado—. ¿Puedes hablar a través de su yugo?

Yo apunto a su pecho con la varita.

Yvan extiende las alas y me clava los ojos con una abrasadora intensidad. Ruge y extiende las palmas de las manos a ambos lados.

De sus manos brotan sendas llamaradas. Mi dragón forcejea debajo de mí mientras Yvan crea una gran esfera protectora a nuestro alrededor y dejamos de ver a los demás magos y el mundo oscuro.

—Suelta la varita, Elloren —me ordena apretando los dientes—. Conéctate a mi poder, expulsa a Vogel y suelta la varita.

Vogel utiliza mis labios para esbozar una cruel mueca de desdén mientras la vacua presencia de mi interior no deja de crecer. «Bestia», consigue decir Vogel a través de mis labios, y todo mi ser se rebela contra esa palabra. «¡Asquerosa. Bestia. Alada!»

La expresión asombrada de Yvan se alarga durante un segundo insoportable y en su lugar aparece otra mucho más decidida. Entorna los ojos con rabia.

Se abalanza sobre mí y todo pasa al mismo tiempo.

Vogel me obliga a levantar la mano y de la varita emana un torrente de poder plateado. Oigo un rugido en mis oídos y el poder brota de mi cuerpo en una asombrosa oleada de dolor. Tanto Yvan como la esfera de fuego que nos rodea retroceden empujados por la ráfaga de magia y a mí se me revuelve el estómago cuando veo que sale despedido por el cielo junto al resto de las fuerzas vu trin que siguen a este lado del muro de tormentas de Trystan. Ahora la horda de magos de Vogel está apostada justo por encima de la marea negra.

Mi ráfaga de poder impacta con la cúpula oscura de Noilaan y se extiende por toda su superficie.

La cúpula se hace añicos y su oscuridad se interna en las esferas plateadas de fuego oscuro que hay suspendidas por todo el cielo. Las esferas se solidifican y se iluminan, como si fueran cientos y cientos de lunas explosivas.

La superioridad moral de Vogel resbala por mi interior y yo deduzco el ferviente castigo que está a punto de imponer a esta tierra. Va a castigar a los noi por su festival amoroso de la diosa Vo. Y lo que pretende es burlarse de lo mucho que esta gente adora la luna púrpura del Xishlon.

Yvan emprende el regreso a mí por el cielo con los ojos en llamas, y yo noto cómo Vogel sonríe mientras tira de mi poder de tierra corrupto por la oscuridad.

Se me revuelve el estómago al oír el hechizo y al advertir que vuelve a obligarme a apuntar con la varita en dirección al río.

El poder estalla a través de mí con una fuerza sísmica y mi grito silencioso me recorre las líneas con la fuerza brutal de la magia, y de mi varita brota una rama oscura que impacta con violencia en el río que tengo a mis pies.

La rama se sumerge en el agua y provoca una gran columna de oscuridad. Brota hacia arriba a través de la marea oscura y se dirige hacia mí; es tan grande como una isla del Wyvernguard, y mientras se eleva, de ella brotan unas ramas colosales.

Yvan se ve obligado a retroceder y va esquivando ramas hasta que el pináculo de la columna se clava en mi dragón. El impacto me deja sin aire en los pulmones. Y yo sigo elevándome hacia el cielo mientras el Gran Árbol oscuro va tomando forma. Las ramas impactan con el muro de tormentas de Trystan y una explosión de luz azul estalla y el muro se derrumba envuelto en una nube de bruma. Las ramas de mi árbol oscuro se multiplican y van ganando grosor hasta que forman una nueva cúpula que encierra todo Noilaan.

Los gritos de los dragones retumban en el cielo, los hay que salen sin parar de las montañas Vo, y los dragones oscuros que estaban reunidos sobre el río se van volando hacia Voloi, que ahora está

desoladoramente vulnerable.

Vogel me obliga a agitar la varita hacia Yvan y mis emociones se amotinan cuando mis ramas oscuras lo alcanzan y lo inmovilizan. El pánico me atenaza al ver cómo Vogel tira de él hasta que está suspendido ante mí, lo obliga a extender las alas y los brazos, y él aprieta los puños y me clava sus ojos dorados.

Me quedo todavía más horrorizada cuando me doy cuenta de lo que ha hecho Vogel. Yvan no puede proyectar fuego o soltarse maniatado de esta forma.

La profecía ha llegado.

El triunfo de Vogel me recorre con una fuerza abrasadora mientras Voloi es arrasada por las explosiones. El odio que Vogel siente por las alas de Yvan alcanza un nivel febril cuando me obliga a decir:

—¡Maldita bestia asquerosa, yo te arranco las alas del cuerpo en nombre del Gran Ancestro que está en los cielos!

Se me escapa un grito cuando mis ramas oscuras atraviesan las alas de Yvan. Él me mira desesperado y arquea la espalda con agonía. Se me rompe el corazón al verlo. Pierdo el control emocional y una devastadora rabia ruge con fuerza provocándome un velo blanco ante los ojos.

«¡Suéltalo! —le grito a Vogel forcejeando contra su yugo—. ¡Te voy a matar!»

Su voluntad atenaza la mía y su oscuridad crece en mi interior obligándome a tomar conciencia de sus espantosas intenciones. Me va a obligar a arrancarle las alas a Yvan. Me va a obligar a empalar a cientos y cientos de noi'khin con las ramas oscuras. Y después dejará caer las lunas de fuego plateado y abrasará todo Voloi, convirtiéndolo en una trampa espantosa para cualquiera que se haya quedado atrapado allí, pues la ciudad quedará reducida a cenizas.

A continuación quiere desplegar el numeroso ejército que ha estado reuniendo en las montañas Vo y lo mandará a conquistar los desiertos de oriente y central, haciéndose así con el resto de Erthia para el Reino Mágico.

El pánico me atenaza. Forcejeo contra el yugo de Vogel tratando de recuperar el control de mi mano derecha, desesperada por apuntarme

con ella y borrarme de la faz de Erthia antes de que pueda cometer un asesinato en masa.

Antes de que acabe con todo y con todas las personas que me importan.

La voluntad de Vogel se me clava con más fuerza en la conciencia y su yugo se intensifica. Miro los agónicos ojos de Yvan y su imagen se emborrona cuando me deslizo hacia el abismo de las sombras: la voluntad de Vogel empieza a destruirme la mente y mi concentración empieza a desvanecerse.

Yvan me mira entornando los ojos con una intensidad peligrosa y su abrasador fuego arde en el aire. Tensa los músculos forcejeando contra las ataduras con tanta fuerza que le empieza a salir sangre de las heridas.

Y entonces su sangre se prende fuego y quema las ramas que le inmovilizaban las manos.

Sin previo aviso, proyecta fuego por todas las ataduras y tira hacia delante liberándose, y las ramas le rasgan las alas salpicándolo todo de sangre. Con la velocidad de un relámpago, extiende sus zarpas negras y corta las ataduras negras que me ataban al dragón, me tira de los lomos del animal y me lleva hasta el pináculo del árbol negro, me quita la varita de la mano y se la clava en el cuello a la bestia alterada. El dragón ruge e Yvan lo desclava de la punta del tronco.

Me quedo de piedra cuando Yvan levanta el brazo y vuelve a rodearnos con su esfera de fuego, a continuación me rodea con los brazos y me besa.

Yo jadeo pegada a sus labios. Las chispas se encienden con rapidez y el poder de Yvan fluye por mi interior y presiona el de Vogel. El cuerpo de Yvan se estremece contra mí mientras Vogel proyecta toda la fuerza de su horda contra el escudo de Yvan. Yo noto la rabia que recorre el poder del Gran Mago, que ruge y grita alarmado a través de mi mente y queda envuelto en llamas.

Recupero la voluntad y siento el calor de los labios de Yvan pegados a los míos. El fuego wyvern ruge en mi interior erigiéndose contra el yugo de Vogel y en mi sangre arde un fuego salvaje mientras Yvan me besa con tanta intensidad que tengo la sensación de que mis huesos

están a punto de fundirse bajo su feroz abrazo.

Yvan parece envalentonado. Me estrecha con más fuerza y proyecta su fuego por mi interior con renovada intensidad. Mi poder también ruge y el corazón me late con fuerza. Ahora noto un calor ardiente que me recorre las marcas de compromiso de las muñecas.

De pronto veo a Lukas, su imagen se sobrepone a lo que tengo delante. Su musculoso cuerpo está atado contra una piedra negra y sus marcas de compromiso emiten un brillo dorado. Lukas abre los ojos y me quedo de piedra.

Ya no son grises, ahora son verdes.

El fuego wyvern verde ilumina los confines de los ojos de Lukas mientras nuestro vínculo me arde en las muñecas y la red oscura que lo tiene atado a la pared emite un brillo dorado. También percibo la sorpresa de Yvan y su repentina conciencia de Lukas al retirarse con un temblor en el brazo con el que sujeta el escudo.

Intercambiamos una mirada ardiente. Una mirada que lo transmite todo mucho mejor de lo que podrían hacerlo las palabras: nuestra completa y absoluta rendición a un dios superior, y la alianza de los tres uniendo nuestras fuerzas.

Yvan vuelve a besarme una vez más proyectándome una ráfaga de poder que hace retroceder a Vogel un poco más. Jadeo con la boca pegada a sus labios y de pronto recupero el control de mis extremidades. Me engulle la rabia y estrecho a Yvan con fuerza, cogiéndolo del pelo, tirando de su fuego y del mío con una fuerza sorprendente, alimentando el vínculo de compromiso y a Lukas. Percibo la sorpresa de Yvan al advertir mi renovada voluntad a través de sus ráfagas de fuego. Me abraza con fuerza y unimos nuestros fuegos proyectando nuestro poder combinado a mis marcas de compromiso.

Y a Lukas.

Las ataduras de Lukas se incendian. Sin perder ni un segundo, él tira de ellas y se pone en movimiento: derriba a su guardia de un puñetazo, después le da una patada en la cara y le quita la varita. Un montón de soldados corren hacia él alzando sus varitas, incluido Vogel, que escupe fuego plateado por los ojos con la varita negra en

alto.

Veo a Lukas con una claridad cristalina en mi mente. Alza la varita y crea un escudo de fuego a su alrededor mientras Yvan y yo proyectamos fuego en todos nosotros.

La magia golpea los escudos de Yvan y de Lukas, tratando de penetrarlos mediante destellos plateados. Lukas cierra los ojos, respira hondo e interna en sus líneas el fuego wyvern de Yvan y mi fuego de Bruja Negra mientras el poder oscuro impacta contra la cúpula de fuego de Yvan y el escudo de Lukas. El pánico me atenaza cuando me doy cuenta de que ambos escudos están a punto de ceder.

Lukas me mira fijamente en mi mente y su pasión arde con intensidad mientras Yvan y yo seguimos proyectándole todo el poder que tenemos. Los tres nos hemos fusionado en un conducto de ardiente revolución. Y yo lo percibo en nuestra voluntad conjunta con tanta claridad como noto que las ramas exteriores del Gran Árbol oscuro empiezan a debilitarse y se fracturan: todos estamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas para acabar con Vogel.

Y entonces los ojos de Lukas vuelven a cambiar de color y se me para el corazón.

Ahora sus ojos son dorados.

El color dorado del fuego wyvern.

Me sonríe a través del vínculo de nuestro compromiso y articula:

«Te quiero».

Noto su devastador triunfo en esa sonrisa apasionada y mi amor por él ruge en el interior de nuestro fuego. Y entonces Lukas alza la varita y murmura un hechizo sin dejar de mirarme con sus luminosos ojos dorados, y yo lo miro asombrado cuando me doy cuenta de lo que está a punto de hacer.

«¡Lukas, no!»

Se oye una explosión espantosa que hace temblar nuestro trance de fuego y el dolor me recorre las marcas de compromiso cuando tanto el fuego de Yvan como el mío brotan de nuestros respectivos cuerpos. Jadeo tratando de respirar, Yvan y yo dejamos de besarnos y mi visión de Lukas desaparece al mismo tiempo que el escudo de Yvan, y por encima de nosotros vemos un destello dorado. La punta de las

montañas Vo erupciona con un gran estallido y yo me estremezco. La cordillera implosiona junto a sus tormentas corruptas y el estallido me resuena por todo el cuerpo.

Siento un dolor atroz que me atraviesa el pecho.

—¡Lukas!

El grito arranca de mi garganta cuando mis marcas de compromiso desaparecen, y las rodillas me flaquean al darme cuenta de que no solo habrá muerto Lukas, lo más probable es que Or'myr, Raz'zor y Sparrow también hayan sido destruidos.

Yvan deja de abrazarme. Su aura vacía es caótica. Me preocupo mucho por él. De pronto tiene los ojos de un frío tono verde y se le ve muy pálido. Por encima de su hombro veo que el árbol oscuro que nos rodea está empezando a hacerse añicos, y sus ramas se convierten en humo. El pánico me atenaza y me abalanzo sobre él; el tiempo parece pasar muy despacio. Yvan abre la boca y se le cierran los ojos cuando la oscuridad sólida que tenía bajo los pies se convierte en humo.

Se desploma hacia atrás y yo no puedo sujetarlo.

—¡Yvan! —grito; el mundo vuelve a retomar su ritmo con una claridad espantosa y yo intento cogerlo, pero soy incapaz de luchar contra la gravedad. Se me encogen los pulmones, la pequeña parte de tronco que tengo bajo los pies se marchita—. ¡Yvan, no! —vuelvo a gritar mientras se me escapa y se desploma hacia el río cubierto de sombras. Sus alas rasgadas se agitan en el aire.

Noto el impacto de un calor dorado procedente de más arriba y jadeo al sentir la fuerza elemental y el espasmo ardiente que me recorre las líneas. Me vuelvo para mirar hacia arriba justo cuando las lunas de fuego plateado estallan convirtiéndose en bolas de fuego amarillo, y un sinfín de dragones negros cruzan de pronto las lunas de oro en llamas.

La sorpresa se abre paso por mi mente asolada por el dolor. Porque no son dragones amaestrados.

Son wyverns de occidente. Un dragón más grande que los demás va en cabeza. Le falta una oreja, en sus ojos arde un fuego dorado y tiene la M del Consejo de Magos grabada en el costado.

«¡Es Naga la Libre!»

El feroz poder de la horda de dragones se concentra en mí con violenta intensidad.

Siento mucho miedo cuando veo que los dragones se dirigen hacia mí y echan sus cabezas hacia delante con las fauces abiertas. Entretanto, los restos del árbol oscuro se convierten en humo y se disipa.

Grito con el corazón en un puño al ver que los dragones lanzan un sinfín de ráfagas de fuego wyvern en mi dirección y yo me precipito hacia el vacío agitando brazos y piernas, y todo mi mundo se reduce a un único y doloroso pensamiento.

«Voy a morir.»

Con las emociones destrozadas, siento cómo la magia gris vuelve a colarse en mis marcas de compromiso al desplomarme e impacto contra la marea negra del río. La magia oscura se pasea por mis líneas y en mi cabeza aparece un pensamiento aterrador: «Santo Gran Ancestro. Vogel ha sobrevivido».

La rabiosa necesidad de pelear se enciende en mi interior y me recorre al mismo tiempo que me envuelve el humo gris de la marea oscura. Un destello dorado se ilumina en la oscuridad que flota por encima de mí cuando el fuego wyvern alcanza la superficie de la marea y se dirige hacia mí.

—¡No! —grito en vano sabiendo que no sobreviviré al feroz impacto.

Unos brazos muy fuertes me rodean por detrás y yo me sobresalto al notar el impacto de un musculoso pecho a mi espalda. El abrupto freno de mi descenso me cierra la boca de golpe y el dolor retumba en mis dientes. Una poderosa aura de fuego wyvern me recorre de pies a cabeza y noto cómo tiran de mí hacia un lado a una velocidad increíble.

«Yvan.

»Pero ¿cómo?»

Los rayos de fuego wyvern impactan contra el espacio que yo ocupaba hace un segundo y mientras me desplazo por la marea oscura, veo cómo el fuego dorado desaparece tras el humo. Trato de respirar con normalidad notando cómo Yvan me rodea el cuerpo con

más fuerza, y el calor de su aura me recorre mientras nos desplazamos como una flecha. Yo sigo atónita.

«¿Cómo ha sobrevivido?»

Viramos hacia arriba y emergemos por la superficie de la oscuridad. Entonces es cuando veo la batalla que se está librando en el cielo oscurecido por las sombras entre los wyvern de Naga y las vu trin supervivientes, y las fuerzas de Vogel.

Un áspero viento golpea la batalla y limpia el aire. Sin aliento y abrumada por la tristeza, veo a Trystan a lomos de un dragón cubierto de relámpagos, con la varita alzada. Él y su dragón derriban un mago tras otro con ráfagas de relámpagos azules y plateados. Una mancha blanca pasa por su lado procedente de las montañas destruidas, y yo rezo para que sea Raz'zor con Or'myr y Sparrow sobre su lomo.

Y entonces aparece Naga, que emerge volando de la marea oscura con un joven ícaro con el pelo rojo agarrado a las patas, está inconsciente y tiene las alas destrozadas.

«¡Yvan!»

La cabeza me da vueltas y el miedo me atenaza mientras me alejo del caos. Y de Yvan.

«Porque si no es Yvan… ¿quién me ha cogido?»

Me vuelvo entre los musculosos brazos desconocidos tratando de ver algo.

—¡No te muevas, Bruja Negra! —me ruge una voz que me resulta sorprendentemente familiar.

Me agarra con más fuerza y a nuestro lado aparece un pequeño cuervo; yo me esfuerzo por volverme para poder ver.

Y me quedo de piedra:

—¡Ariel! —grito con la voz ronca.

«Ariel Haven.»

Sus brillantes alas negras se agitan en el aire.

«Ariel.»

No está muerta.

Está vivita y coleando.

5

Alas wyvern
ELLOREN VOGEL

Bosque Vo

—¡Ariel! —aúllo mientras ella se aleja volando del caos y la despiadada batalla a nuestra espalda enseguida queda reducida a una serie de explosiones amortiguadas y nubes de luz brillante.

Veo una tela gris ante los ojos cuando vuelven a mi cabeza las imágenes de Lukas estallando en una esfera dorada e Yvan desplomándose de entre mis brazos. Y se me rompe el corazón cuando me doy cuenta, con creciente devastación, de que el yugo de Vogel se ha vuelto a poner en marcha y está ganando terreno.

Ariel surca la frontera rúnica gris en dirección al bosque oscurecido por la noche, y yo cada vez siento más pánico notando cómo el poder de Vogel se entierra en mi cuerpo. Presa de una guerra interior, contraigo con fuerza las líneas, desesperada por huir de él, y apenas me doy cuenta de que Ariel está virando hacia un claro y ha empezado a descender. El oscuro dosel de los árboles se eleva para recibirnos. Cuando aterrizamos en un claro y Ariel me suelta, empiezo a notar el sofocante peso del odio del bosque.

Me tambaleo tratando de recuperar el equilibrio, y después me doy la vuelta hacia ella mientras los tirabuzones de oscuridad se me enroscan a las líneas. Entonces comprendo la realidad de la situación: yo misma he destruido a la única persona que podía expulsar a Vogel de mi cuerpo con su beso de fuego wyvern. He perdido a Yvan, probablemente le haya asesinado.

Y Lukas…

Apenas consigo terminar de pensarlo, soy incapaz de creer lo que ha

pasado.

Se ha ido para siempre.

Una desesperación brutal y despiadada me atenaza y me cuesta respirar. Pierdo el control de mis emociones y trato de no derrumbarme.

Una repentina explosión de luz plateada y dorada ilumina el claro y yo me sobresalto. Hay una bola de fuego flotando justo por encima de la palma de Ariel, que me mira con su cuervo posado en el hombro.

La sorpresa se abre paso por mi dolor y, por un momento, solo consigo mirarla con la boca abierta.

Es maravillosa: de su espalda brotan un par de fuertes y brillantes alas, y tiene los ojos dorados debido al fuego wyvern que arde en su interior. Ha ganado peso y se la ve más musculosa, su mandíbula parece más recia, lleva el pelo negro de punta y desde donde estoy puedo ver las zarpas negras de sus dedos. Tiene la misma mirada desafiante, pero ya no tiene ojos de loca. Se la ve firme y fuerte, irradia poder, y puedo percibir la llama que arde en su interior.

Un fuego que arde con un calor increíble.

Me mira de arriba abajo con sus ojos salvajes. Parece preocupada.

—No parece que estés muy bien, Bruja Negra.

Me tambaleo hacia ella.

—Ariel, mátame —jadeo—. Vogel se está adueñando de mi poder y de mi mente.

Alzo la mano con las marcas de compromiso y palidezco al ver los ondulantes tirabuzones que se pasean por mi piel.

—¿Qué te ha hecho? —ruge Ariel.

Noto cómo se interna en mí otra salvaje ráfaga del poder de Vogel, que se clava en mis líneas de afinidad como una marea implacable. Grito y me desplomo en el suelo del bosque.

En cuanto las marcas de compromiso tocan el suelo, Ariel y el bosque iluminado por el fuego wyvern desaparecen de mi vista. Me asombro alarmada al descubrir la nueva escena que se abre ante mis ojos. Estoy viendo el mundo a través de otros ojos, y ahora veo esas conocidas marcas de compromiso deslizándose por una mano masculina que emite un brillo verde.

Se desata el caos.

«Vogel.»

Rujo con rabia contra su mente, pero él no me presta ninguna atención. Se apodera de mi voluntad y se interna con energía por un túnel de piedra mientras los sonidos de la guerra se apagan a nuestra espalda. Ante nosotros aparece un portal cuyo marco está hecho con runas oscuras, y en su interior hay una tela de humo. Está protegido por cuatro escoltas militares con cuernos y un brillo rojo en los ojos.

Protesto y forcejeo, pero Vogel me arrastra al centro humeante del portal… y emergemos en otro lugar.

Es una cueva de alabastro gigantesca. Mucho más grande que la grieta de las montañas Vo. Sus muros blancos parecen infinitos y están cubiertos por colmenas; las celdas están repletas de soldados oscuros. Hay elfos marfoir paseando por toda la cueva, y sus siluetas marfileñas se fusionan con la piedra rodeados de criaturas con docenas de ojos.

«¿Dónde estamos?», le rujo a Vogel mentalmente.

«Cállate, Elloren.»

Una ráfaga de la ira de Vogel me ciñe las líneas y noto cómo arde con fuerza su sed de venganza. De pronto da un giro, se acerca al muro rocoso que tenemos delante y pone la punta de la varita en la piedra. El muro se disuelve y Vogel lo cruza obligándome a recorrer un pasadizo blanco. Al poco vemos un contingente de soldados magos de nivel cinco con los ojos verdes propios de los gardnerianos; los jóvenes saludan a Vogel al pasar, y él sigue hasta el final del pasillo hasta emerger a la noche.

Las estrellas brillan en el cielo y todo el claro del bosque que tenemos delante está salpicado de estructuras militares iluminadas por antorchas hechas con madera de guayaco. Las ramas oscuras de los árboles se enredan en los techos de las construcciones.

—Excelencia, la hemos cogido.

Vogel se vuelve hacia una voz que me resulta espantosamente familiar y veo cómo se acerca a nosotros un sonriente Damion Bane acompañado de Fallon Bane, que camina con actitud arrogante. Ambos hermanos visten las capas propias de los comandantes magos, con sendas bandas plateadas. Damion agita la varita y un prisionero

envuelto en cintas negras se desliza por la tierra oscura hasta detenerse ante sus pies.

Los ojos azules de Valasca Xanthrir nos fulminan con rabia.

Se me acelera el pulso. Y todavía me horroriza más descubrirla allí al levantar la vista y ver que la cordillera Norte se alza por encima de la escena. Sus afiladas cumbres blancas brillan iluminadas por la luz de la luna. Estas montañas superan con creces a cualquier otro pico, tanto en tamaño como en extensión. Y entonces me doy cuenta con el estómago revuelto de que lo que Vogel ha construido en las montañas Vo del Reino de Oriente no es más que una pequeña muestra de lo que se avecina.

El resentimiento de Vogel me recorre de pies a cabeza y de pronto tengo la horrible sensación de que su poder me está acariciando las líneas.

«Mi prometida —susurra paseando los ojos por la imponente cordillera Norte—. ¿De verdad pensabas que podrías huir de la sagrada voluntad del Gran Ancestro? Es tu destino, Elloren. Este es tu ejército.»

Se concentra más en mí, como un disparo directamente entre los ojos.

«Sé dónde estás.»

6

Descenso
ELLOREN VOGEL

Bosque Vo

Vogel me suelta de golpe y vuelvo a ser yo misma.

Jadeo tratando de recuperar la respiración con las manos apoyadas en las rodillas, la visión cada vez más gris y viendo cómo todo a mi alrededor va adquiriendo un espeluznante brillo metálico. Ariel ha clavado una rodilla en el suelo a mi lado y me sujeta del brazo. Me sacude los hombros repitiendo mi nombre una y otra vez con la esfera de fuego que ha conjurado encima de mí.

La atención de Vogel me obliga a concentrarme en todas las ramas muertas.

Mi mano derecha se cierra sola y yo me la llevo al pecho aterrorizada. Agarro a Ariel con fuerza.

—¡Mátame ya! ¡Y avisa a Naga y a las vu trin de que Vogel se ha adueñado de la cordillera Norte y está creando un ejército entero!

—¡Ya lo sé! —espeta Ariel mirando hacia el sinfín de cuervos que se han posado en los árboles a nuestro alrededor; y todos me están clavando sus brillantes ojos negros—. Los parientes alados de Wynter me lo dijeron. ¡Tenemos que ir a occidente a luchar contra él y encontrar a Wynter!

Antes de que pueda protestar, las ramas de Vogel vuelven a impulsarme y la agonía me arranca un jadeo cuando las sombras se internan en mis líneas. De pronto siento un apetito abrumador y paseo la vista por el claro. Hay ramas por todas partes.

Hay varitas por todas partes.

«Solo tienes que tocar una, Elloren —entona Vogel en mi mente

mientras su poder provoca un calor plateado en mis líneas, tan potente que me estremezco—. Haya noi. Cedro ciruela. Solo tienes que tocarlas y sentirás todo el árbol…», me susurra con delicadeza. Aprieto los dientes con fuerza y me tambaleo hacia atrás apretando las líneas para deshacerme de su yugo. Porque si cojo cualquiera de estas ramas, todo habrá terminado.

—Él está en mi mente, Ariel —digo temblando de pies a cabeza—. Se ha infiltrado en mis marcas de compromiso y está dentro de mí. No me dejes tocar la madera…

La presencia de Vogel me embiste con fuerza. Pongo los ojos en blanco y pierdo el control de mi cuerpo. Me obliga a avanzar hacia delante con un grave rugido, y me dirijo hacia una rama forcejeando contra su invasión. Rodeo la madera con los dedos.

Ariel me tira al suelo y me pone de espaldas clavándome el codo en el brazo. Me quita la madera y la tira lejos, a continuación me inmoviliza las manos sobre el pecho, sentándose encima de mí y fulminándome con la mirada mientras Vogel me obliga a pelear contra ella. Acerco la boca a ella tratando de clavarle los dientes. Quiero arrancarle esas alas de la espalda.

—Demonio ícaro —rujo con el grave tono masculino de Vogel mientras ella sigue inmovilizándome contra el suelo—. Te veo.

Ariel sonríe enseñándome los dientes y abre los ojos encantada.

—Así que me estás viendo, ¿eh? —Extiende las alas y se acerca un poco más—. Pues mírame bien, Marcus. —Sonríe con más ganas; sus ojos son dos brasas letales—. Vete al infierno, maldita escoria maga. Cometiste un error al no acabar del todo conmigo.

Vogel se ríe en los cofines de mi mente y yo siento un ataque de rabia. A pesar del dolor que me produce, contraigo las líneas con fuerza y recupero parte de mi voluntad.

—Se está riendo de ti —jadeo forcejeando contra Vogel mientras Ariel sigue inmovilizándome las manos con una rodilla y se arranca una tira de tela del dobladillo de la túnica.

—Ya puedes reírte todo lo que quieras, sacerdote —espeta Ariel dedicándole una sonrisa beligerante al tiempo que me ata las manos con fuerza—. No pienso dejar que te la lleves.

Vogel vuelve a internarse con fuerza en mi interior ciñéndome las líneas con fuerza y apoderándose del control de mis labios. Le enseño los dientes a Ariel.

—Te voy a arrancar las alas —le siseo con una sonrisa malvada—. Y luego te obligaré a comértelas, maldito engendro. Cuando termine, te obligaré a tomar nilantyr hasta que me supliques más y más.

Ariel me mira aterrorizada al oírle mencionar la poderosa droga y se le escapa un rugido. Yo forcejeo contra la crueldad de Vogel y tenso las líneas contra su yugo insoportable hasta que consigo recuperar de nuevo el control de mi voz y mi cuerpo.

—Ariel —espeto con aspereza—. No puedo contenerlo.

—Pues tendremos que encontrar la forma de acabar con su yugo —afirma decidida con un intenso fuego dorado en los ojos.

—Acaba conmigo y ponte a salvo —insisto—. Vuelve con Naga. Él viene a por mí.

—No —ruge Ariel, y me asombra su absurda tenacidad—. Te voy a llevar con mi horda de dragones. Naga puede librarte de él.

«¡Maldita bestia alada!»

Se me saltan las lágrimas y noto su calor en mi mirada vidriosa. El árbol negro de Vogel parpadea ante mis ojos.

—No puedo arriesgarme a que vuelva a controlarme del todo —insisto—. He estado a punto de matar a todos los habitantes de Voloi. La profecía es cierta, Ariel. Mi poder es… malvado. Y si por algún milagro Yvan ha sobrevivido, alguien tiene que acabar conmigo para que él pueda ser quien prevalezca y luche contra Vogel.

La rabia del sacerdote estalla en mi interior.

—¡Yo no creo en profecías! —ruge Ariel con una rebeldía abrasadora.

—¡Pero no importa que tú creas en ella o no! —grito—. ¡Es real!

La mirada de Ariel es como un relámpago de fuego.

—¡Pues dale la vuelta!

Se oye el zumbido de unas poderosas alas en lo alto y Ariel y yo levantamos la vista en dirección al sonido. Ella se pone de pie cuando tres dragones oscuros aparecen en el claro con sendos magos de ojos grises sobre sus lomos. El pánico me atenaza cuando Ariel se abalanza

hacia delante, pliega las alas y alza sus garras. Sus dedos emiten un brillo dorado y los ojos de los magos centellean con fuerza alzando las varitas al unísono.

Ariel ruge y echa las manos hacia delante y de ellas brota una ráfaga de fuego. Los magos disparan rachas de oscuridad que colisionan con las llamas de la ícara estallando en chispas amarillas. De las incesantes rachas de magia gris brotan unas ramas oscuras que forman un muro, y el fuego de Ariel se erige contra este formando otro muro de llamas doradas que lo empuja con fuerza. Ariel recula con los brazos extendidos dirigiendo su poder abrasador mientras el muro de sombras estalla con un fuego metálico.

El muro de fuego gris se derrumba hasta enterrarse en el suelo del bosque. El suelo bajo los pies de Ariel empieza a desmoronarse a medida que la oscuridad avanza contra su fuego y una grieta llena de llamas oscuras se forma justo a su espalda.

Ariel me mira por encima del hombro reculando directamente hacia la abertura.

—Corre —me dice.

Con el corazón acelerado echo a correr hacia el bosque apretando las manos contra el poder de Vogel. Me destroza tener que dejarla, pero tengo muy claro que si esos magos me cogen, todo se echará a perder. El odio y el miedo de los árboles me asalta desde todos lados mientras corro por entre las ramas y la maleza. Cada vez veo el bosque más iluminado debido a mi extraña visión plateada.

«Bruja Negra. Bruja Negra. Bruja Negra», entona el bosque mientras corro acuciada por las explosiones de la batalla a mi espalda.

De pronto meto el pie en una raíz enorme, se queda atrapado, y yo me desplomo hacia delante. Se me escapa un grito y el tobillo atrapado se me retuerce con tanta fuerza que oigo cómo se me rompe el hueso. Caigo de bruces en el suelo embarrado y el dolor me palpita en la pierna. Me vuelvo para mirar hacia los magos con el pulso acelerado, consciente de que solo tengo una salida.

Aprieto los dientes y pego las manos atadas al tronco del árbol, una pícea de Noilaan gigantesca.

El odio del bosque adquiere proporciones sísmicas.

«Enrédame las líneas —le suplico—. Enrédalas y yo formularé un hechizo a través de ellas que duplicará su fuerza y me destruirá.»

Se hace una pausa colectiva. Como si todos los árboles del mundo me estuvieran mirando.

«Por favor», le suplico al bosque mientras el poder de Vogel se interna en el mío.

Un vasto poder elemental brota hacia mí procedente de todas direcciones que convergen en un único objetivo: la Bruja Negra.

La agonía estalla en mi interior provocándome el dolor de mil lanzas. Aprieto los dientes para no gritar clavando las uñas en la corteza del árbol mientras el bosque se apodera de mis líneas corruptas e intenta anudarlas en mi interior.

El poder de Vogel se erige proyectando oscuridad contra la magia de los árboles, y yo jadeo presa de un espasmo agarrándome a la picea con fuerza mientras la batalla se libra en mi interior con una ferocidad insoportable; mis líneas enredadas están a punto de rendirse a la fuerza superior de Vogel. Consciente de que es ahora o nunca, preparo el hechizo elemental que acabará conmigo.

Una brillante luz blanca me ilumina desde el cielo cubriendo el bosque de un brillo estrellado. Levanto la vista asombrada.

«Vigilantes.» Me están mirando desde los árboles con absoluta serenidad.

Y con eso basta, solo con un segundo de distracción.

Vogel le arrebata mis líneas al bosque, las desenreda y vuelve a conectarlas a mi mano derecha. Noto una ardiente agonía que me recorre todo el brazo y grito; su poder oscuro se me clava todavía con más fuerza. Me miro las manos atadas con absoluto espanto: la oscuridad brota de mis marcas de compromiso por debajo de las ataduras, y es más espesa que antes.

Me embarga una espiral surrealista. Alzo la vista para mirar a los vigilantes.

—¿Qué queréis? —les digo desolada, agachando los hombros bajo el peso de toda la situación. Lukas. Yvan. Tantos inocentes de Voloi…

La rabia me engulle y se alza con furia:

—¿Sabéis lo que habéis hecho? —les espeto.

Pero ellos no se inmutan. Solo se quedan allí, con su inmaculada presencia sobrenatural.

—¿Para qué estáis aquí? —sigo gritando—. ¿Para conseguir que siga conectada a mi poder? ¿Por qué? ¿Para que Vogel pueda destruirlo todo?

Nada. Ni un movimiento. Ni una reacción. Siguen inmóviles como estrellas.

—¿De qué me servís? —me lamento—. ¡Los gardnerianos van a ganar! ¡Todas las personas que me importan van a morir! ¡Uno de los mejores hombres que he conocido acaba de sacrificar su vida para salvar la mía, tratando de salvarnos a todos, mientras vosotros os quedáis aquí vigilando y vigilando mientras el mal se apodera de todo, y vosotros no hacéis absolutamente nada! —Intento levantarme, pero me duele muchísimo el tobillo roto—. Vogel va a destruir el mundo —digo con la voz ronca a causa de las lágrimas—. Y lo va a hacer con vuestra imagen bordada en cualquier cosa. ¡Porque vuestra imagen es más fuerte que vosotros!

Y entonces los vigilantes desaparecen y todo vuelve a quedarse a oscuras, cosa que solo sirve para desesperarme todavía más.

—¡Adelante! —les rujo—. ¡Desapareced! ¡Es lo que se os da mejor!

—¡Elloren!

Abro los ojos perpleja y me vuelvo en dirección a la voz de Ariel. Parpadeo para deshacerme de las lágrimas y entorno los párpados en la oscuridad. Oigo los pasos de sus botas abriéndose camino por los matorrales y me parece imposible.

Ha sobrevivido. Y ahora, después de todo por lo que ha pasado, después de todo por lo que le hice pasar en Verpacia, ha vuelto para ayudarme.

Me asalta un pensamiento desesperado: quizá tenga razón. Quizá haya que luchar contra las profecías en lugar de aceptarlas sin más. Sin importar las probabilidades de éxito que una tenga. Lukas nunca dejó de luchar. Ni Yvan tampoco. Y después está Ariel, quien, a pesar de todo, se alza una y otra vez.

—¡Ariel! —le grito—. ¡Estoy aquí!

Más crujidos entre los arbustos. Y entonces oigo un montón de

ruido, pero no viene solo de la dirección de Ariel, también de ambos lados de ella.

Ariel ruge. Los cuervos graznan. Los ruidos de pelea crepitan en la maleza y se oye un gran golpe seco antes de que los cuervos alcen el vuelo asustados. Y se hace el silencio.

El pánico me engulle.

—¿Ariel? —la llamo con un tono agudo rebosante de temor.

Oigo más susurros a mi espalda y me vuelvo justo cuando un golpe impacta contra mi cabeza. Los ojos se me llenan de estrellitas y el mundo desaparece tras un fundido en negro.

PARTE VII

El bosque

La profecía dríade

(extraída directamente de imágenes y emociones proyectadas por los árboles)

¡El ícaro se alza!
¡Fuego! ¡Humo! ¡Incendios!
¡Y la Bruja Negra regresa!

¡FUEGO! ¡FUEGO! ¡FUEGO!

La marea negra de la perdición.
El poder oscuro se interna en el bosque.
!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

1

El bosque
ELLOREN VOGEL

El bosque

De lo primero que tomo conciencia es del balanceo rítmico de mi cuerpo envuelto en una red. Tengo clavado un áspero cordel por todo el cuerpo. Tengo las manos atadas a la espalda y las piernas juntas, y me duele muchísimo el tobillo roto.

Y la oscuridad se pasea por mi cuerpo como una ola.

Ahora es mucho más fuerte. Su presencia gris me ha invadido todas las líneas, hasta tal punto que ahora soy incapaz de conectar con un solo ápice de poder que no esté contaminado por ese tono gris. Mi visión es cada vez más y más plateada, y no dejo de adentrarme en este estado corrupto. Tengo la continua sensación de que Vogel habita mi mente, y solo piensa en su anfitrión oscuro cerniéndose sobre mí…

«Bruja Negra.»

Las palabras proceden del bosque y abro los ojos despertando de mi estupor. Esbozo una mueca dolorida, pues me palpita la cabeza justo en el lugar del impacto.

Miro a mi alrededor buscando a Ariel con desespero. Mis ojos brillantes me permiten ver un poco en la oscuridad. Veo pasar de largo el bosque sombrío por los agujeros de mi red. Me están arrastrando como si fuera un animal que hubieran capturado, y al pasar veo la luz que parpadea en los árboles más cercanos.

Y quienes tiran de mí son un grupo de fae con la piel verde y brillante.

También veo soldados ataviados con armaduras hechas con hojas y corteza, y el tono verde de su piel se cuela en mi visión teñida por la

oscuridad.

«Son dríades.»

La asombrosa revelación toma forma mientras recuerdo las ilustraciones de los libros que Aislinn tenía cuando estábamos en la universidad: representaciones a lápiz y pluma de los fae del bosque. Unos fae que, supuestamente, habían sido eliminados durante la guerra de los Reinos…

Se me acelera el corazón cuando miro al corpulento joven que lleva la parte delantera de mi red, cuya armadura está confeccionada con planchas de corteza negra. De su cabeza brotan unos cuernos que parecen ramas, lleva el larguísimo pelo verde recogido y tiene las orejas puntiagudas. Lleva un bastón verde brillante asido a la espalda y lo acompaña un gigantesco oso que avanza pesadamente a su lado.

Al otro lado del joven veo a una mujer menuda. En lugar de pelo, lleva una planta en flor en la cabeza, y las vides en flor le resbalan por los brazos. Sus movimientos son tan elegantes como los de una bailarina y sostiene una rama en lo alto de la que brota una nube de luz esmeralda. Lleva un arco y un carcaj colgados a la espalda, e incluso a pesar de mi maltrecho estado, cuando se vuelve para mirarme con una expresión de recelosa preocupación, su fantástica belleza me cautiva por un momento.

Algo me obliga a volver a mirar su arco cuando la cruel atención de Vogel se concentra en el arma, y mi mano derecha se cierra con fuerza por debajo de las ataduras por voluntad propia.

Se me acelera más el pulso.

Oigo unos pasos a mi izquierda y vuelvo un poco la cabeza al ver aparecer un joven dríade delgaducho. Irradia intensidad, como el aceite caliente crepitando en una sartén. Él no me mira. Su áspero rostro masculino mira hacia delante con una expresión de decidido propósito. Su piel verde bosque está cubierta por una pátina de un intenso brillo verde, lleva el cabello de pinaza recogido a la espalda, y de su cabeza brotan unas sólidas ramas a modo de cornamenta. Lleva una armadura de corteza negra hecha de gruesas hojas pegadas entre sí. Porta un arco confeccionado con fragmentos de madera irregular, y también veo varias ramas envainadas a su cintura, cada una de ellas

emite un intenso brillo verde distinto. Su severa conducta y su potente aura de poder elemental me provocan un escalofrío que resbala por mi espalda.

El poder de Vogel se interna dolorosamente en mis líneas. La oscuridad es muy fuerte. Y me recorre de pies a cabeza como si nunca hubiéramos conseguido expulsarla. Como si Lukas, Yvan y yo nunca hubiéramos luchado contra él.

El recuerdo de la expresión triunfal en el rostro de Lukas antes de que hiciera estallar la montaña y se sacrificara para salvar el reino se apodera de mi mente y el dolor me atenaza la garganta con una fuerza opresiva al mismo tiempo que asoma un pensamiento a mi mente:

«Los sacrificios de los demás no tendrán ningún efecto mientras Vogel siga controlándome».

La devastación me oprime el pecho y me abruma el espantoso recuerdo de Vogel obligándome a empalar las alas de Yvan. La crueldad con la que lo atravesé, cómo se apagó el fuego de sus ojos cuando él se desplomó hacia la marea oscura y sus alas destrozadas agitándose como un trapo roto.

La angustia me consume y me interno más profundamente en el abismo de Vogel consciente de que solo es cuestión de tiempo hasta que se haga con el control absoluto de mi mente. Sé que Lukas e Yvan me animarían a luchar hasta el final, pero yo estoy segura de que ahora ya solo hay una forma de derrotarlo.

Hay que destruir mi poder. Yo debo ser destruida.

Y necesito que lo hagan los fae que me han capturado.

Observo al joven soldado larguirucho mientras el odio que Vogel siente por él crepita en mi interior como un relámpago. Como si hubiera percibido mi atención, el dríade con la cornamenta de ramas se gira y me clava su mirada furiosa.

«Bruja Negra», entonan los árboles, y su condena se refleja en los ojos pálidos del joven.

—Vogel está a punto de controlarme del todo —le susurro, y tengo la sensación, mediante la ráfaga estática de su poder, del ardiente odio que le produce oírme hablar.

El fuerte golpe que impacta contra mi cabeza me provoca estrellitas

en los ojos. Grito y una voz detrás de mí ruge algo en un idioma agresivo que me resulta seco y chispeante, como las hojas del otoño rozándose las unas con las otras. Un idioma que podría camuflarse con los sonidos del bosque. Vuelvo la cabeza por encima del hombro esforzándome por ver quién me ha asestado el golpe.

Otra guerrera dríade me está fulminando con los ojos, es una joven atlética con una larga melena verde recogida en moños; de la cabeza le brotan unas ramas salpicadas de bellotas y va acompañada de un lobezno con el pelaje marrón oscuro. Me enseña los dientes y alza un bastón de roble de río que emite un brillo verde, y tiene aspecto de querer asestarme otro golpe en la cabeza. Le grita algo al joven larguirucho y él le contesta con rabia.

—¿Me estáis oyendo? —les grito a los dos.

Mi arrebato parece sorprenderlos. Todos aminoran el ritmo hasta detenerse y me observan con atención mientras yo aguardo suspendida en mi red.

—¡El líder gardneriano, Marcus Vogel, está dentro de mí! —les advierto—. Tiene una varita negra y se ha hecho con el control de mi poder. Quiere acabar con cualquiera que no sea mago y hacerse con el control de los reinos. ¡Así que no dejéis que me acerque a la madera!

El soldado delgaducho se abalanza sobre mí, coge la red y tira de mi cabeza.

—Silencio —me ordena en idioma común pero con mucho acento—. Guarda silencio, Bruja Negra.

Me lo quedo mirando asombrada de que haya empleado mi idioma. Cierra el otro puño alrededor de la tira de su arco y me pregunto si estará pensando en emplear el arma contra mí.

Suelta la red y mi cabeza rebota contra las cuerdas. Después da un paso atrás y sigue fulminándome con los ojos mientras yo vuelvo a pensar en Ariel.

—¿Qué le habéis hecho a la ícara que iba conmigo? —le pregunto.

Me fulmina con la mirada muy indignado.

—La liberamos.

Suspiro aliviada, pero la espantosa realidad enseguida se impone de nuevo.

—Tenéis que matarme antes de que llegue Vogel —insisto—. Me está buscando otra vez. Seguro que me sigue hasta aquí…

Otro fuerte golpe en las costillas me hace callar. La guerrera con la cornamenta de roble alza el bastón y grita algo en idioma fae.

«¡Bruja Negra!» Un torrente de la rabia del bosque me asalta junto a las beligerantes palabras de la chica y me doy cuenta de que es muy probable que los árboles hayan guiado a esos fae hasta mí.

—¡Terminad con esto y destruidme! —le grito al bosque y a los dríades al mismo tiempo notando cómo la oscuridad de Vogel se ciñe a mi poder—. ¡Las fuerzas de Vogel están de camino!

La joven rabiosa vuelve a golpearme el costado y grita algo con aspereza.

Me obligo a mirarla sin importar que la áspera red me rasque la cara.

—¿Tú crees que yo he pedido algo de esto? —Me vuelvo hacia el joven de mirada airada incapaz de controlar mi devastación—. ¿Crees que quiero tener este poder malvado? —rujo dejando escapar algunos salivazos y notando los espasmos del poder oscuro—. ¡Pues no quiero! ¡Y he intentado luchar contra ello!

A los ojos del joven asoma una evidente indecisión, pero entonces el brillo gris de mis ojos se intensifica y Vogel me obliga a esbozar un gélido rugido. El dríade abre los ojos aterrorizado y recupera su expresión lívida. Hace una señal a los demás y seguimos adentrándonos por el bosque.

—¿Adónde me lleváis? —pregunto al fin con la voz teñida por la aterrorizada resignación.

Él me fulmina con la mirada y esboza una mueca de brutal decisión.

—A morir.

Nos adentramos en el bosque y contemplo las constelaciones de las estrellas brillando en el cielo mientras me esfuerzo preparándome para afrontar mi final.

«Noroeste —pienso apenada—. Nos dirigimos al noroeste.»

Ha aparecido una dríade nueva. Está hablando en voz baja con la guerrera del pelo de flores con la rama de luz, a la que he decidido llamar Flora por su elegancia y su expresión, asombrosamente amable.

Pero la dríade nueva no es nada agradable. Es estilizada y musculosa, tiene la piel de un pálido color menta y en lugar de pelo tiene un montón de setas iridiscentes. A ambos lados de la cara se le ven unos relámpagos verdosos. Lleva una armadura hecha con abedul blanco, dos bastones asidos a la espalda y, como todos los demás, tiene un árbol estampado en la palma de la mano. Exuda una energía compacta, tiene una expresión depredadora y va acompañada de una pantera plateada. Cuando me mira, no veo ni un ápice de compasión en sus ojos, y decido llamarla Relámpago.

«¿Cuál de ellos me matará? —me pregunto preparándome mentalmente para lo inevitable—. ¿Será Relámpago? ¿O será Pino?» Así es como he llamado al joven larguirucho con el cabello de pinaza que parece estar al mando. O quizá lo haga el alto y silencioso dríade con la cornamenta de ramas que va delante de mí acompañado del oso encargado de llevar la parte delantera de la red. A ese guerrero lo he llamado Sithoy, por los enormes árboles que pueblan el bosque occidental de Sithoy. Y después está el pensativo dríade que lleva la parte de atrás.

Ese dríade es como un escalofrío que se desliza por mi espalda.

He conseguido verlo mirando de soslayo, pero me ha bastado con un único vistazo para grabarme su imagen en la cabeza. Es un joven delgado y enjuto con un rostro triangular de rasgos muy definidos, y su mirada verde lima está ensombrecida por la capucha de su capa de hojas oscuras.

Pero sus ojos…

Están rodeados de dos círculos oscuros y sembrados de malicia. Y las sombras que tiene bajo los ojos no le confieren un aspecto demacrado y enfermizo.

No.

Hacen que parezca que se ha tragado la noche entera y prácticamente irradia violencia. Lleva cuchillos de madera asidos por todas partes, viste ropas oscuras y lo he llamado Oscuridad. Se me ocurre pensar que quizá sea él quien acabe conmigo. O quizá lo haga la furiosa joven decorada con bellotas que no deja de golpearme con su bastón. A ella la he llamado Rabiosa.

Estoy convencida de que Flora no me matará. Ella no. Me mira con los ojos rebosantes de conflicto. Y entonces cae presa de la melancolía. Me desmorono, y mi dolor se hace añicos mientras murmuro los nombres de las personas que tanto me importan y a las que nunca volveré a ver:

«Rafe. Trystan. Lukas. Yvan. Tierney. Diana. Aislinn. Or'myr…».

Mis captores se detienen.

Ante nosotros se alzan dos enormes robles negros con las ramas entrelazadas.

Pino se adelanta. Coge una de las ramas que lleva envainadas a la cintura, murmura unas palabras en su idioma y hace un gesto con la rama en dirección a los dos árboles, dibujando un círculo en el aire. De pronto se levanta un poco de viento y las hojas y la maleza del bosque se dejan arrastrar por la ráfaga circular que cada vez gira más rápido hasta que veo cómo se forma un óvalo borroso perfecto entre los árboles.

La escena que hay en el centro del óvalo ondula y enseguida se empaña, y de pronto advierto el intenso asombro de Vogel. «Es un portal.» Una sensación de abrumadora finalidad se adueña de mi alma. Porque sé que, allí donde sea que conduzca este portal, será donde hallaré mi final.

Pino me fulmina con los ojos mirándome por encima del hombro y a continuación les hace señas a los demás para que sigan avanzando. La ira del bosque palpita como el tambor de un verdugo: «Bruja Negra. Bruja Negra. Bruja Negra».

Me preparo mientras cruzamos el viento y el portal se cierra a mi alrededor.

2

III
ELLOREN VOGEL

Bosque del Norte

Los guerreros dríades me llevan a través del portal y emergemos en un bosque antes del amanecer; a mis ojos oscuros, las hojas que me rodean mudan el negro plateado por un gris más pálido. A pesar del color alterado, los gigantescos árboles tienen esa corteza llena de muescas que reconocería en cualquier parte.

«Guayacos.»

Se ciernen sobre mí abrumados al reconocerme: «¡Bruja Negra!».

Percibo su odio, que me asalta con un peso sofocante mientras su fuerza elemental se desliza por mis líneas de afinidad corruptas.

El veneno de Vogel levanta la cabeza. Mis líneas se tensan por voluntad propia y yo me estremezco. Mi aura de fuego oscuro se abalanza sobre el bosque con tanta violencia que la intensidad me arranca un jadeo. La energía de los gigantescos árboles recula al unísono y los recorre un escalofrío tan potente que el aire parece ondular a su alrededor.

Los fae observan alarmados el dosel del bosque antes de volver a clavarme los ojos, pues no hay duda de que han percibido el impacto emocional de los árboles. Flora mira a Pino; le tiemblan los labios cuando le dice algo apasionado en su frondoso idioma. Pino me dedica una mirada asesina y a su rostro verde asoma una mueca de odio.

—III te va a destruir antes de que puedas lastimar a nuestro bosque, Bruja —espeta con rabia.

Antes de que pueda siquiera preguntarme quién será el tal III que va a acabar conmigo, el bosque se abre y me llevan a un claro iluminado

por la luz de las estrellas. Un escalofrío asombrado me resbala por la espalda.

En medio del claro hay un guayaco que sobresale por encima de los demás árboles.

Es más alto que la catedral de Valgard y está rodeado por una fina bruma verde. Sus majestuosas ramas se alzan hacia el cielo del amanecer. Enseguida noto cómo la atención del árbol se vuelve con una fuerza planetaria cuando se concentra en mí.

Una gran marea mágica brota del árbol. Se me agrandan las pupilas cuando noto cómo su poder cataclísmico se interna en mí y cabalga por mis líneas con lo que parece una gigantesca ola en la que confluyen todos los poderes elementales del mundo.

Vogel se erige de nuevo con rabia.

Su magia gris golpea mis líneas con una fuerza insoportable, tratando de aferrarse a ellas. Echo la cabeza hacia atrás y grito pensando que me van a partir por la mitad: mis líneas se estiran debido a la increíble fuerza del árbol y la reacción de Vogel, que tira de ellas a su vez. Y entonces lo entiendo todo…

Se trata del III de la profecía. Descendiente del árbol sagrado primigenio de todas las religiones sobre las que leí en los libros de Jules Kristian. El árbol primigenio de los magos. El árbol primigenio de todos. El corazón del bosque que contiene el poder de todos los elementos combinados.

Y me tiene en el punto de mira.

El poder de III es como una tormenta infinita. Me golpea con una oleada de magia tras otra, un poder con la fuerza de un tifón. El poder de Vogel se inclina a su paso como un arbolito azotado por el viento, cosa que me proporciona cierto control sobre mi asediado cuerpo aprovechando que el sacerdote forcejea contra el ataque elemental.

Los dríades sueltan la red y yo resoplo dolorida y temblando a causa de la lucha que se está librando por el control de mis líneas. Pino y Rabiosa me sacan de la red y me obligan a levantarme, lo que me provoca un intenso dolor en el tobillo. Pino coge una de las ramas que lleva envainadas al costado, murmura algo que debe de ser un hechizo y las ataduras de mis piernas quedan reducidas a cenizas. Me empujan

hacia el Gran Árbol. Yo voy arrastrando el tobillo notando cómo el poder de Vogel y el de III pelean con una intensidad arrolladora.

Vogel trata de controlar mi voluntad y clava mis pies en unas raíces para evitar que siga avanzando.

—¡Maldito árbol impío! —me obliga a gritar perdiendo el control.

Oigo el batir de unas alas a mi espalda y percibo el impacto de un aura de fuego wyvern procedente del cielo.

Vogel me obliga a girarme y los dos nos quedamos muy asombrados al ver cómo Yvan desciende en el claro con las alas negras extendidas y una mirada vengativa en los ojos.

Se me abre el corazón de par en par cuando la sorpresa se estremece a través del poder elemental combinado de los dríades y el odio de Vogel estalla con la fuerza de mil explosivos rúnicos.

«¡Maldito demonio alado!»

La fuerza del poder de Yvan recorre mis emociones cuando lo miro y advierto las vetas de fuego dorado allí donde antes tenía los desgarrones en las alas. «Se está curando solo», advierto completamente asombrada. Ahora Yvan es mucho más fuerte de lo que era en Verpacia.

El ícaro de la profecía es muy fuerte.

—¡Elloren!

Da un paso adelante y su aura de fuego se abalanza sobre mí.

—Aléjate, wyvern —le ordena Pino.

Tanto él como Rabiosa me agarran de los brazos con fuerza mientras el Gran Árbol sigue peleando contra el yugo de Vogel.

Yvan alza la mano envuelta por un brillo dorado y los mira con los ojos encendidos como estrellas.

—Soltadla o yo os la arrebataré —les advierte, y la violenta amenaza es evidente, tanto en el tono de su voz como en su postura.

Vogel me obliga a sisear y noto una punzada de dolor en las uñas. Antes de que pueda darme cuenta de lo que está ocurriendo, las manos se me agitan con una fuerza infinita y me rasgo las ataduras con las garras que me han aparecido. A continuación, Vogel me obliga a darme la vuelta y me fuerza a atacar a los dríades con las manos, y consigo alcanzar a Pino en el hombro y a Rabiosa en el brazo.

Los dos reculan con sendas expresiones asombradas. De mis zarpas diabólicas brotan tirabuzones oscuros.

Mientras el Gran Árbol lucha contra el yugo de Vogel y Rabiosa alza su bastón, yo miro a Yvan. Pino desenvaina una rama iluminada por un brillo verde, y el olor del poder elemental crepita en el aire. Yvan se abalanza sobre mí muy alarmado y les arrebata las armas a los dríades.

Por increíble que parezca, el yugo de Vogel desaparece justo en ese mismo segundo y yo recupero el control de mi cuerpo a pesar de que el sacerdote sigue peleando contra III. Y el motivo me asalta de pronto.

«Es una trampa.»

Vogel quiere que me acerque a Yvan.

Quiere que me aleje del Gran Árbol.

Porque en cuanto lo haga, él recuperará el control sobre mí, se apoderará de mi voluntad y de mi poder, cogerá un arma dríade y acabará con todos.

Miro a Yvan un segundo. El conocido calor brilla en el aire entre nosotros y ese segundo se extiende para recordármelo todo: esa ocasión en las cocinas de la universidad cuando le vi sonreírle a la pequeña Fern. Cómo empecé a amarlo en ese momento, y todos los meses que los dos pasamos peleando en vano contra esa marea de afecto. Cómo me estuvo desafiando durante todo el año siguiente para que cambiara de parecer acerca de casi todo. Cómo colaboramos para liberar a Naga y lo mucho que nos costó soltar a Ariel. Y entonces… aquella noche en la Torre Norte, cómo él se negó a aparearse conmigo, a pesar de las ganas que nos teníamos el uno al otro, a pesar de que su cuerpo dejaba entrever su poderoso deseo. Él me antepuso a sus deseos. Él siempre me antepone a cualquier cosa.

Y ese primer beso wyvern…, la sensación de su fuego resbalando por mi cuerpo mientras nos abrazábamos. Yvan se lanzó con todo su corazón. Él siempre se lanza con todo su corazón y su fuego.

Y en ese preciso segundo es cuando me doy cuenta de que tanto en su amor como en el de Lukas es donde he encontrado una verdad irrevocable.

Es posible que la fuerza del bien no esté a la altura de la oscuridad de Vogel. Lo único que tenemos es una débil varita verde que huye y unos Vigilantes que solo vigilan. Pero este amor de nuestros corazones…, eso es más fuerte que toda la oscuridad del mundo.

Y yo quiero que triunfe el amor.

El mundo entero se arquea en ese preciso segundo y toda mi historia queda reducida a esta última oportunidad de mi voluntad mientras las lágrimas empañan mi mirada gris y me envuelve una mayor comprensión del cariñoso y valiente sacrificio de Lukas.

—Te quiero —le digo con el corazón roto por tener que dejarlo.

Por tener que dejarlo todo.

Y entonces Yvan se abalanza sobre mí llamándome por mi nombre, pero yo me vuelvo hacia el Gran Árbol y me lanzo sobre él.

3

La oscuridad infinita
ELLOREN

Bosque del Norte

Choco contra el tronco del árbol. Y entonces, y de forma inexplicable, cruzo la corteza como si fuera tan insustancial como un velo de vapor. Se me rompe el corazón cuando pienso que he perdido a Yvan, a Lukas y a todas las personas que me importan… He perdido mi vida. Y cuando pienso en la destrucción de Voloi y la devastación de sus habitantes. Consumida por la tristeza, navego por la oscuridad del Gran Árbol. Oigo el grito de Vogel brotando de mi garganta y su rabia alcanza niveles aterradores.

Y entonces caigo en la oscuridad del árbol dentro de un cuerpo que no puedo controlar, con las extremidades extendidas y las líneas consumidas por la oscuridad. Noto cómo el Gran Árbol toma conciencia de mi oscuridad al tiempo que me engulle la rabia de III y comprendo que es el fin.

«Has ganado —le rujo al Gran Árbol presa de una rabia infinita—. ¡Estás matando a la Bruja Negra! Para mí ya es demasiado tarde, pero quiero que sepas que yo nunca he querido convertirme en un ser oscuro. ¡Así que adelante! ¡Mátame! Porque de lo contrario, Vogel me utilizará para destruiros a todos.»

Vogel da un gran alarido cargado de rabia y las garras de su poder se aferran a mis líneas con una fuerza desesperada y codiciosa. Una punzada de dolor me recorre la magia. Y entonces siento una desgarradora libertad cuando su magia se despega de mí engullida por un remolino.

Me esfuerzo por volver a respirar. Estoy muy confusa. Recupero el

control de mi cuerpo y consigo detener mis extremidades agitadas en la oscuridad infinita.

Y me pregunto si es lo que se sentirá al morir justo antes de ser engullida por la tristeza, y todo el mundo se queda en silencio.

Estoy suspendida en la gran nada y no distingo lo que está arriba de lo que está abajo.

Estoy completamente sola.

La espesa bruma rabiosa del árbol se va desvaneciendo hasta desaparecer del todo.

La punzada de dolor de mis marcas de compromiso se disipa y se dispersa en la gran oscuridad junto a los últimos tirabuzones del poder oscuro de Vogel. El vínculo wyvern que Vogel me había robado desaparece de mis líneas y ya no siento esas garras en las puntas de los dedos. Extiendo las extremidades libres de cualquier atadura.

Estoy suspendida en la oscuridad infinita.

Y entonces…

… la repentina y creciente sensación de unas ramas que me elevan, rodeándome como un capullo, pero sin confinarme.

Acunándome. Esperando.

Escuchando.

El corazón se me abre de par en par en el pecho.

«Yo quería ayudarles —le susurro a III sintiéndome demasiado débil como para moverme, y con la mejilla pegada a algo que parece una rama empiezo a sollozar—. Yo quería utilizar mi poder para ayudar a mis seres queridos y luchar contra la crueldad. Pero… no podía controlar el poder…»

Me debato en los confines de la conciencia aferrada a III, abriéndole mi corazón. Lloro, me enfado y me entristezco contándole al Gran Árbol toda la historia de mi vida, mis dificultades, mi dolor.

Mi fracaso.

Y después de un buen rato, me quedo en silencio, completamente exhausta. Las extremidades de III me rodean y yo empiezo a dejarme arrastrar por la inconsciencia.

Y entonces, como la oscuridad que me rodea, yo también me pierdo tras un fundido en negro.

4

Guardiana de los bosques
ELLOREN

Bosque del Norte

Me despierto rodeada de una oscuridad diferente.

Tengo la sensación de que me están llevando al centro del mundo, al centro de la magia; se me abre el corazón y por mi mente desfilan imágenes de todas las personas a las que quiero y por las que me preocupo. Mis hermanos. Mis queridos amigos y los familiares que acabo de conocer. Olilly, Nym'ellia y todas las personas cuyas vidas están en peligro en ambos reinos.

Lukas e Yvan.

El doloroso deseo de tener otra oportunidad para estar con ellos y luchar a su lado me ahoga las emociones. Además de la angustiosa necesidad de trabajar para conseguir un futuro distinto para Erthia. Un futuro sin divisiones y opresión.

Un futuro libre de la marea negra.

De pronto, como si brotara de ese amor y la añoranza, la vida vuelve a mi cuerpo. Un calor vigorizante fluye por mis venas, es como la savia cálida recorriendo un tronco que empieza a descongelarse. Y eso me ayuda a tomar una profunda y temblorosa bocanada de aire, al tiempo que algo que parecen tirabuzones de ramas se me enroscan a las piernas y los brazos.

Por todo el cuerpo.

Reconstruyendo hasta el último pedacito de mi maltrecho cuerpo, incluso mi tobillo roto.

Jadeo sintiendo cómo el aliento del Gran Árbol fluye por mi interior y empieza a verter magia en mis líneas de afinidad, elemento a

elemento, y mis maltrechas líneas se van recomponiendo mientras yo tomo conciencia, asombrada, de lo que han sido siempre esas líneas.

No son venas en la isla de mi cuerpo.

Son raíces.

Yo no soy una isla. Estoy conectada a algo mucho más grande que yo.

Mi aliento empieza a tomar fuerza en mis pulmones, mi boca me resulta ajena cuando pongo a prueba mi mandíbula, aprieto unos dientes desconocidos, paseo la lengua por unas afiladas muelas que nunca habían sido afiladas. Mis orejas se alargan como si un hilo tirase de ellas, y la suave caricia de las hojas alivia el dolor de mi tobillo roto.

«Dríade. Guardiana dríade.»

La voz de III es tan suave como una llovizna de primavera y tan poderosa como una tormenta violenta. Y de pronto puedo sentir la extensión de III, lo lejos que llegan sus raíces, que recorren todo el Reino del Norte y continúan más allá. Por todo el mundo.

Y se internan en mí.

En mi mente empieza a formarse una visión borrosa compuesta por árboles y bosques. Una mente que vuelvo a dominar por completo. Y mis raíces de afinidad van cogiendo fuerza en mi interior…

Fuego, tierra, aire, viento.

Y luz verde.

Las visiones son cada vez más claras, unas imágenes que siguen la red de bosques del Reino de Oriente, continúan por las leguas de vida vegetal marina y llegan a la orilla de un reino que hay al otro lado del gran mar. La imagen brota del suelo y se eleva hacia el cielo. Ahora veo la masa de tierra desde lo alto, como si la contemplara a través de las mentes de los pájaros, y el continente desconocido parece más grande que los reinos de oriente y occidente juntos.

A mi mente acuden los recuerdos de los árboles.

Ciudades y pueblos habitados por infinidad de celtas y rodeados por bosques exuberantes y mucha vida. La visión cambia y en mi mente aparece una arboleda de pinos en la orilla del mar. Tienen una extraña pinaza dorada en lugar de verde, como es habitual en el Reino de

Occidente. El árbol dorado crece en la desierta orilla del mar, cuya arena se ve de color cobre iluminada por la luz que conjura el cielo antes de una tormenta, mientras en el mar reina una marea espumosa.

Sopla una brisa gélida que empuja una varita gris con la empuñadura espiral, y se ve un joven. El desgarbado celta de pelo castaño ve la varita, se agacha y la coge, sacándola de la espuma del agua. De la punta de la varita brota un tirabuzón de humo negro.

Se me revuelve el estómago y me embarga un mal presentimiento. El joven no puede apartar los ojos de la varita. Yo quiero saltar del árbol dorado, correr hasta él y arrebatarle la varita. Advertirle que lo que acaba de coger no es una ramita inofensiva.

Lo que tiene en las manos es una fuerza invasora.

En el cielo parpadea un relámpago y la escena desaparece y es reemplazada por una secuencia de imágenes espantosas. La varita en la mano de un rey celta de brillantes ojos grises a lomos de un caballo con docenas de ojos. Un ejército de soldados celtas oscuros sigue al rey en dirección a una ciudad.

Muerte por todas partes.

Niños y familias que gritan. Animales asesinados. Visiones de la caída del bosque y la mutilación de la naturaleza al paso de la marea oscura, que avanza como una niebla tóxica arrasando con la vida. Destruye las granjas. Envenena las aguas. Corrompe el aire.

Me asaltan las imágenes de la hambruna cuando la comida se acaba y todos los elementos se vuelven oscuros. Grandes extensiones de aguas vacías. Grandes tormentas de viento vacío salpicadas de relámpagos oscuros. Un fuego vacío que consume todo lo que encuentra a su paso y se adentra en Erthia, provocando enormes hendiduras en el suelo. Y solo consiguen escapar algunos celtas, que zarpan en barcos camino del reino de Occidente.

Finalmente, cuando zarpa el último barco, desciende la gran Nada.

El paisaje quemado se torna gris. Los árboles negros alzan sus ramas carbonizadas, como si suplicasen, hacia un cielo plomizo.

Estoy horrorizada.

Porque en lo más profundo de mí sé que esto no es solo una visión de algo ocurrido en un reino lejano al otro lado del mar, es una

premonición de lo que ocurrirá en los reinos de oriente y occidente.

La visión se disipa y vuelvo a estar suspendida en la silenciosa oscuridad, abrumada por la desesperación de lo que ha ocurrido… y por lo que podría volver a pasar. Pero esta vez ya no quedan reinos a los que huir.

Pero entonces toma forma una invitación.

No he oído nada, pero la siento suspendida en el aire a mi alrededor, recorriendo con delicadeza las ramas que mecen mi cuerpo. En los confines de mi mente brilla una silueta espiral verde que reemplaza la espantosa visión de antes.

La varita de la profecía.

La varita que aparece en las historias religiosas de todas las religiones, suspendida y brillante como si estuviera iluminada desde dentro. Su empuñadura espiral se tiñe de un verde más oscuro e intenso, y yo observo cómo ese tono verdoso avanza hasta la punta de la varita.

De las espirales brotan unas ramas. De ellas salen hojas y flores de colores al tiempo que un árbol aparece en mi campo de visión y me doy cuenta de que la varita de la profecía solo ha estado inactiva todo este tiempo.

«Verdillón.»

La varita del bosque.

Su verdadero nombre resuena en mi cabeza y en mis raíces.

La visión retrocede y la varita adopta la forma de III, rodeada por infinidad de personas oriundas de cada uno de los grupos de Erthia, y todos tienen en la mano la imagen de III. Y entonces me elevo hacia arriba hasta que estoy flotando por encima de la enorme copa de III, por encima del bosque de guayacos, hasta que de pronto me engulle una punzante ráfaga de terror.

Un muro de oscuridad rodea el bosque, leguas de árboles negros tras la creciente corrupción de la marea negra, las ramas carbonizadas de los árboles vacíos vertiendo un humo venenoso en el cielo gris. Y a mí me embarga la poderosa sensación de que el poder colectivo de las personas que rodean a III es lo único que puede mantener a raya esta oscuridad.

Y de pronto se hace una claridad cristalina, brillante y reluciente a medida que la invitación que sigue suspendida en el aire va ganando potencia. Puedo sentir su poder colosal en el interior de mi alma.

Es una invitación a unirme al poder de la vida. A la frágil, completa y compleja magia que recorre a III, al bosque y a todos los seres vivos. Y es una llamada a recibir a otros. Para conectar el bosque a otros que no sean dríades.

A conectar el bosque a todos.

Los pájaros de luz de estrellas cobran forma y aparecen posados en los huecos del árbol de la varita. Se giran todos juntos hacia mí. Vigilando. Esperando. Y las flores de guayaco se abren por las ramas de III y mi corazón se llena de una alegría inexplicable.

Y de esperanza.

Es muy fina. Pero está ahí, incluso aunque la amenaza de las sombras siga presionando y la certidumbre cada vez sea mayor, que no exista más que una garantía…

La historia todavía no ha terminado.

La invitación silenciosa brilla en el aire, como una mano boca arriba extendida en señal de ofrecimiento.

Una línea de vida.

Una posibilidad.

Y yo acepto sin decir una sola palabra.

5

Renacer
ELLOREN

Bosque del Norte

Sigo suspendida en la oscuridad, en el centro del Gran Árbol, y la energía de un hormigueo me recorre la mano derecha. Una ráfaga de poder sólido se desliza por mis raíces confiriéndoles una asombrosa plenitud, y ahora mis cinco afinidades elementales no solo están equilibradas, además están conectadas a las raíces de III. Respiro hondo y me lleno los pulmones con aire dulce y un poder puro.

El poder de III.

Vigorizada, cierro los ojos y veo el destello de una luz brillante ante los ojos. Noto el contacto de una superficie dura y áspera pegada a mi espalda, del suelo bajo mis manos y mi cuerpo, palpitando con la energía de la vida. Abro los ojos y parpadeo a la luz dorada del alba, ya no lo veo todo gris, ahora todo está resplandeciente y claro. Mucho más claro y nítido que nunca.

—Elloren.

La grave y áspera voz de Yvan me provoca una apasionada emoción en el pecho; le miro a los ojos y una ráfaga de calor arde entre nosotros. Me incorporo hasta sentarme y él se pone de pie en el claro, con los músculos tensos y las alas extendidas. Enseguida me doy cuenta de que sus alas están curadas y que las espantosas cicatrices han desaparecido.

Los dríades me miran fijamente, con la mirada inquisitiva, dispuestos en forma de arco alrededor del claro, y el bosque iluminado por la luz del alba nos rodea envuelto en exuberantes colores vivos.

Se me acelera el corazón, presa del éxtasis. El color verde de las

hojas moteadas por el sol es muy intenso. Veo pájaros con las plumas de color escarlata saltando entre las ramas. La hierba verde jade del claro está moteada por los tonos azules del cielo y flores blancas.

Las pulsaciones del Gran Árbol suenan en mi interior.

Echo los brazos hacia atrás y toco a III mientras respiro hondo y mis raíces espesan, mi poder se refuerza y se extiende hacia fuera, y la brillante savia del poder del bosque se desliza cálida por su interior. Noto un ligero hormigueo en las orejas y me llevo las manos a la cabeza para descubrir que ahora son más largas y tienen unas pequeñas puntas.

Miro a mi alrededor asombrada, parpadeo bajo la nutritiva luz del sol, y miro a Yvan a los ojos con ardiente intensidad. Pensaba que jamás volvería a ver sus ojos.

Mi corazón se hincha emocionado. Noto el asombro del bosque y cómo las hojas dejan de agitarse; los dríades siguen mirándome fijamente con los ojos abiertos y sin comprender lo que está ocurriendo. Del dosel de III cae una rama que aterriza en mi regazo.

La cojo con la mano derecha y percibo el tranquilizador y controlado poder del Gran Árbol que fluye por ella.

«Una varita viva.»

Me llevo la varita al pecho presa de una euforia agridulce y con el corazón un poco encogido. El poder de III palpita por el bosque en todas direcciones. Una gran pausa engulle a los guayacos y al bosque que se extiende a lo lejos, es como si toda Erthia hubiera dejado de girar por un momento.

Y entonces… el eco de una ráfaga de poder. Que fluye desde el bosque hacia mí.

Jadeo engullida por ella. El aura del bosque ya no está teñida de odio.

Ahora es un poder hermano y sólido que se adentra en mis raíces. Cierro los ojos y me arqueo contra III abriéndome a la magia del bosque. Y sin darme cuenta enredo sus líneas.

—¡No! ¡No puede ser!

Abro los ojos y veo a Rabiosa apuntándome con su bastón de roble. El hombro que le arañé con las uñas se ha curado milagrosamente, y

ya solo se ve una rasgadura en sus prendas de hojas. Tiene una mueca nerviosa en su rostro del color de los helechos, y el lobezno que la acompaña ruge por lo bajo. Yvan se vuelve hacia mí a la velocidad del rayo y su aura de fuego se erige cuando él se coloca entre mí y los dríades.

—¡Ha hechizado al bosque! —les ruge Rabiosa a los demás guerreros dríades—. ¡Tenemos que matarla antes de que pueda blandir la rama!

El fuego de Yvan se prepara en silencio, listo para atacar. Miro a Rabiosa asombrada, pues ahora soy perfectamente capaz de comprender el idioma de los dríades.

—No —responde Pino mirándome fijamente—. III la ha aceptado.

Me levanto abrumada y me apoyo en III sintiendo cómo mi poder transformado palpita en mi interior. Presiono los pies contra el suelo cenagoso recuperando rápidamente el equilibrio y descubro que tengo las extremidades más firmes que nunca.

Arraigadas.

—Elloren, tus marcas de compromiso… —dice Yvan con evidente sorpresa.

Lo miro a los ojos y mi aura de fuego brinca entre los dos. Es un fuego completo. Un fuego que no está corrupto. En sus llamas arde un verde luminoso con tonos carmesíes. «El fuego de Raz'zor. Hemos recuperado el vínculo de nuestra manada.»

Me miro las manos y suspiro alucinada. Mis marcas de compromiso han desaparecido. Y el brillo verde de mi piel es más intenso, ahora es de un brillante verde bosque.

«Soy libre.»

Pero una punzada de dolor se abre paso por mi liviana euforia cuando me miro las muñecas, de donde también han desaparecido las marcas de compromiso. Sí, estoy desesperadamente contenta de haberme liberado de mi compromiso oscuro con Vogel, pero la pérdida de mi vínculo con Lukas me provoca una punzada de dolor en el pecho y se me encoge el corazón. Se me saltan las lágrimas al imaginar la expresión de triunfo que tendría Lukas si pudiera verme aquí ahora, con mis líneas de afinidad arraigadas al bosque, impolutas

y completas. Totalmente transformada gracias a sus sacrificios, que ha hecho una y otra vez. Gracias al sacrificio que ha hecho por todo oriente.

—Soy libre —consigo decirle a Yvan con la voz ronca, pero entonces guardo silencio y jadeo.

«Su idioma.» Saliendo de mis labios. Seco y frondoso.

El rostro rojizo de Yvan y las siluetas verdes de los dríades se vuelven borrosas. Es como volver a casa, sentirme arraigada a III. Arraigada al bosque. Arraigada a la dríade que siempre fui.

El dolor que me atenaza el corazón se intensifica cuando me embarga el deseo imposible de que Lukas esté allí conmigo, arraigado a III, como yo. Arraigado al dríade que siempre fue.

Rabiosa señala a Yvan con el dedo.

—¡Tú también estás hechizado, como el bosque! —le grita en idioma común, y me sorprende oírla utilizar mi lengua. Se vuelve para mirar al resto de los dríades—. ¡Es la Bruja Negra que auguraron los árboles! ¡Su gente está destruyendo a nuestro pueblo! —Le clava los ojos a Pino—. ¡Sylvan, tenemos que acabar con ella ahora mismo!

—Estoy de vuestra parte —insisto mientras la aceptación del Gran Árbol fluye en mi interior rodeándome como una ola. Rabiosa mira a III perpleja, como si ella también lo hubiera sentido.

Sylvan señala el tronco negro del Gran Árbol y le clava los ojos a Rabiosa.

—III la ha arraigado. —Se vuelve hacia mí con los ojos en llamas—. Enséñale la palma de la mano.

Confusa, me envaino la rama en el cinturón de la túnica y extiendo la palma de la mano. Y se me corta la respiración cuando veo la imagen que ahora llevo grabada en la piel verde bosque.

Es una imagen de III. Es idéntica a la que ellos llevan grabada en sus palmas.

Vuelvo a mirar a Sylvan asombrada.

—No te mataremos, Bruja Negra —dice con un tono concluyente—. Ahora eres como nosotros, formas parte del bosque. III te ha nombrado guardiana.

6

El círculo se amplía
ELLOREN

Bosque del Norte

Miro la imagen de III que tengo en la palma de la mano. El color verde de mi piel brilla bajo la reluciente luz del sol del alba. Yvan se acerca y su ardiente aura nos rodea a los dos.

—Me siento como si te estuviera conociendo por primera vez —dice.

Se me saltan las lágrimas al notar cómo el vigorizante poder de III fluye en mi interior.

—Y yo siento como si me estuviera conociendo por primera vez. —Guardo silencio un momento, abrumada de saberme allí, viva, con él. Viva con el bosque—. Pensaba… —Consigo decir mientras las lágrimas me resbalan por las mejillas—. Pensaba que todo había terminado.

—No, no ha terminado —responde con aspereza estrechándome entre sus brazos; yo le devuelvo el abrazo y me echo a llorar contra la ardiente piel de su hombro.

—Lukas ha muerto —me lamento abrazándome a Yvan, que arquea las alas hacia delante para envolvernos a los dos.

—Lo sé —dice con la boca pegada a mi pelo y la voz rota—. Lo siento, Elloren.

Y noto en las discordantes llamas de su fuego que él también pudo sentir el sacrificio de Lukas en ese momento en el río. Que sabe que Lukas sacrificó su vida no solo por mí, sino por todo el reino. Y también por Yvan.

Me retiro poco a poco agarrada a sus musculosos brazos. Lo siento

increíblemente vivo bajo las palmas de mis manos, y su fuego me rodea con una fuerza arrolladora.

—¿Cómo me encontraste?

Respira hondo, suelta el aire y proyecta una ráfaga de fuego a mi alrededor salpicada de llamas rojas.

—Raz'zor —murmuro atando cabos.

—Él y Or'myr consiguieron huir cuando hicimos estallar la magia de Vogel —me explica Yvan—. Raz'zor me unió a su manada, cosa que me dio acceso a su vínculo contigo; además, me permite rastrearte. Él se quedó luchando contra los magos e intentando conseguir que la manada de Naga se pusiera de tu parte.

Abro la boca asombrada.

—Entonces… ¿ahora tú, Raz'zor y yo somos una manada?

Yvan asiente mientras su fuego me rodea apasionadamente.

Pero Sparrow…, no ha mencionado a Sparrow. Hago una mueca de dolor al recordar que Vogel ordenó que se la llevasen de vuelta a occidente. ¿Se la han llevado de vuelta a Gardneria? ¿O murió en la explosión? Y entonces siento otra punzada de angustia.

—Mis hermanos y mi familia…

—Vi a Trystan antes de venir a por ti —me asegura Yvan—. La batalla…, se habían cambiado las tornas. La horda de Naga y las vu trin estaban acabando con las fuerzas de Vogel. Y es muy probable que los lupinos también sobrevivieran.

Me aferro a la esperanza que me está ofreciendo. Yvan nunca ha sido dado a huir de las desgracias. Levanta la mano para acariciarme el hombro y su aura de fuego ruge dentro de la mía, pero ya no está anclado a mis líneas. La punzada agridulce se me clava con fuerza.

—Nuestro vínculo… —digo—. Ya no está.

Busco en sus ojos. No solo me he liberado de todos los vínculos y compromisos, también me he liberado de él.

—Lo sé —dice con un dolor en su aura de fuego al que acuden mis llamas. A su mirada asoma un ardor más líquido—. Lo que percibo en tu fuego… ahora es distinto. Es como una luz solar verde. —Levanta la mano y me pasea las yemas de los dedos por las puntas de las orejas —. Y tus orejas… —Esboza una sonrisa dolida y afectuosa—. Son

puntiagudas. Como las mías.

Alargo la mano para tocarme la punta. Estoy alucinada.

—Me siento como… como si hubiera vuelto a nacer.

Miro a Sylvan, el dríade de la mirada salvaje, y veo que él y otros tres fae nos están mirando a Yvan y a mí con absoluta incredulidad, y, por un momento, puedo vernos a Yvan y a mí a través de sus ojos.

La temida Bruja Negra y el venerado ícaro de la profecía, vivos contra todo pronóstico.

Y abrazándose como sólidos aliados.

—No comprendo lo que me ha pasado —le digo a Sylvan en idioma dríade. Me resulta mucho más natural que hablar en idioma común, me sale sin ningún esfuerzo, como si esas fueran las auténticas palabras para nombrar las cosas—. ¿Por qué he cambiado tanto? —pregunto—. ¿Y por qué de pronto puedo hablar vuestro idioma?

—¿Es que no conoces tu historia, pequeña maga? —dice una sonora voz masculina; su extraña vibración parece tirar de mis líneas directamente hacia el centro de Erthia.

Me vuelvo hacia el dríade con la piel de color lima al que había nombrado Oscuridad, me está mirando con sus oscuros ojos y todos los colores del mundo parecen apagarse a su alrededor. Advierto que él es el único que tiene los ojos negros en lugar de verdes, y que no lleva la armadura de árbol que utilizan los demás.

Olvido el recelo inconsciente que me provoca ese fae, pues estoy desesperada por encontrar respuestas.

—Sé que los gardnerianos tienen sangre dríade. —Me toco la oreja —. Pero ¿por qué me he transformado de este modo?

Esboza una sonrisita, pero eso no disminuye su aura de peligro. Al contrario, la aumenta. Igual que su silueta vestida con ropas negras permanece sombría incluso bajo la luz del sol del alba.

—Estabas latente —afirma con dureza—. Como todos los magos gardnerianos. Desarraigada del bosque.

Sus mordaces palabras provocan una alteración en el poder elemental colectivo de los dríades y sé, por la llamarada temblorosa de Yvan, que él también lo ha sentido.

A los ojos de Rabiosa asoma una expresión incendiaria.

—¡Estás tergiversando las cosas, Hazel!

Frunzo el ceño mirando a Oscuridad-Hazel muy confundida.

—¿A qué te refieres cuando dices que están desarraigados?

Entorna sus ojos medianoche y me arrastra a lo que parece un yugo mientras todo lo que hay a nuestro alrededor oscurece y la luz del sol se apaga.

—Hace cientos de años —empieza a decir—, los dríades maldijeron a tu pueblo. Proyectaron su poder elemental contra los magos para manteneros latentes y separaros de la fuente de vuestro *lentulym*.

«*Lentulym.*» Comprendo por instinto la palabra dríade: nuestras raíces de afinidad. Las líneas elementales de mi interior que ahora siento por fin, ahora que estoy conectada a los árboles. Y a III.

—¿Y por qué querrían los dríades desconectarnos del bosque? —pregunto desconcertada mientras Yvan entrelaza los dedos con los míos para darme su apoyo.

—Por el mismo motivo por el que los celtas os odiaban —responde Hazel. Esboza una mueca de desdén—. Vuestra sangre no es pura.

—¡No es por eso! —tercia Rabiosa.

Hazel le enseña los dientes y adopta una expresión agresiva que me provoca un escalofrío en la espalda.

—Sí que es por eso —ruge—. Los celtas odiaban a los fae y los fae odiaban a los celtas. Y cuando algunos celtas se aparearon con fae dríades para crear a los magos, todo el mundo repudió a esos magos. Igual que repudiaron a los fae de la muerte. —Le clava sus ojos negros a Rabiosa mirándola con rabia—. ¿No es cierto, Oaklyyn?

El nombre de Rabiosa cobra sentido y comprendo que su pelo salpicado de bellotas y su bastón de roble son símbolos de su conexión con todos los robles.

La airada mirada de Oaklyyn arde con fuerza.

—Los celtas estuvieron a punto de acabar con nuestro pueblo. ¿O es que tu memoria de mestizo ya lo ha olvidado?

Hazel se abalanza sobre ella con tanta rapidez que apenas se le ve. Le enseña sus dientes alargados a Oaklyyn, y Sylvan se tiene que poner entre ambos. Sylvan fulmina a Oaklyyn con los ojos.

—Te has pasado —le advierte.

Me asombra el intercambio y esa evidente fractura del grupo.

«División. Otra vez.»

Hazel vuelve a clavarme su penetrante mirada y veo la ferocidad que anida en ellos.

—Mi madre era una fae primordial. Y los primordiales viven mucho tiempo. Ella presenció cómo expulsaban a los magos. Y estaba en el bosque cuando los magos acudieron en masa a suplicar a los dríades, porque fue así, les suplicaron que los protegieran cuando los celtas empezaron a asesinarlos y a esclavizarlos.

Miro a Yvan, que es medio celta, y los dos intercambiamos una mirada de asombro.

La mirada acusadora de Hazel vuelve a posarse en Oaklyyn y yo percibo que esta es una vieja fuente de resentimiento entre ellos.

—Pero en lugar de ayudar a los magos, los dríades emplearon su poder combinado para cortar la conexión de los magos con el bosque. —Me mira y cuando vuelve a hablarme lo hace con aires de importancia—. Los dríades os alejaron de los árboles justo cuando más lo necesitabais.

—¿Y qué querías que hiciéramos? —espeta Oaklyyn con una expresión rabiosa en su rostro verde—. ¡Los celtas nos estaban aniquilando! —Me señala con rabia—. Si hubiéramos aceptado a todos los descendientes bastardos de los celtas, nuestra magia hubiera desaparecido en solo unas cuantas generaciones. Nuestra magia se debilitó tanto que tuvimos que poner madera muerta en las varitas de los magos…

—¿Y adónde te ha llevado esa búsqueda de pureza mágica? —espeta Hazel, y el aire vibra con una repentina oscuridad que apaga un poco más la luz—. ¿Adónde? ¿Adónde ha llevado a nadie?

—¡Nos hubieras dejado morir! —le contesta Oaklyyn.

La niebla oscura se intensifica y a los ojos de Hazel asoma una expresión dolida.

—No, Oaklyyn. ¡Os habría dejado vivir!

—Ya. —Oaklyyn suelta una risa desdeñosa—. ¿Ahora el fae de la muerte primordial va a ayudar a los dríades a vivir?

Miro a Hazel muy sorprendida.

—¿Eres un fae de la muerte?

Recuerdo que Trystan me ha hablado de la amistad que lo une a algunos de estos misteriosos fae, unos fae cuyas cabezas tenían generosos precios durante la primera guerra de los Reinos.

Hazel se vuelve lentamente hacia mí con otra sonrisa triste en los labios.

—Yo también tengo antepasados prohibidos como tú, pequeña maga. —Sus palabras parecen gotear ácido. Mira a Yvan—. Y como tú, ícaro. Mi madre era una fae de la muerte. Mi padre era dríade.

Guarda silencio, pierde la sonrisa y mira al suelo. Respira hondo y echa los pies hacia atrás, como si estuviera tirando de la tierra. De pronto, unas serpientes se pasean por el suelo y se le enroscan en las piernas, trepan por su cuerpo hasta llegar al cuello y a sus hombros.

Cuando vuelve a hablar, lo hace con un tono sereno, casi triste.

—La muerte es la semilla que permite vivir al bosque. —Levanta la cabeza y mira a Oaklyyn. Y entonces adopta un tono inapelable—. El círculo se está expandiendo. Así lo ha decidido el bosque. Tanto si os gusta como si no.

—Pero la bruja maga no tiene semejantes —tercia Flora extendiendo su mano verde hacia mí con una expresión confusa en su delicado rostro. Va acompañada de una garza gris—. ¿Cómo es posible que sea guardiana si no le han asignado ningún espíritu afín?

—III la ha tutelado —explica Sylvan—. Y eso significa que no tardará en manifestarse alguno.

Su voz es firme, pero cuando me mira puedo ver el conflicto en sus ojos de pino.

—¿Y qué pasa con la profecía, Sylvan? —interviene la guerrera de los relámpagos señalándonos a Yvan y a mí mientras su pantera de pelaje plateado deambula alrededor de sus piernas—. Los árboles habían profetizado la guerra de la Bruja Negra contra el gran ícaro. —Le lanza una dura mirada a Yvan—. Según la profecía ella debe acabar contigo.

—¿Te parece que están a punto de hacerse pedazos, Lyptus? —pregunta Sylvan.

Yvan tensa las alas.

—Yo no creo en vuestra profecía —dice, y sus llamas se abalanzan sobre mí con un ardor cargado de rebeldía—. Yo amo a Elloren.

Su salvaje declaración se me clava en el corazón y el deseo que recorre su fuego es tan intenso que provoca un destello de emoción en mi poder de afinidad.

Oaklyyn está mirando a Yvan con la boca abierta, como si hubiera dicho la blasfemia más espantosa. El lobezno que la acompaña eriza el pelaje y enseña los dientes.

—¡Eso es imposible! —insiste señalándome con su bastón—. ¡Seguro que ha hechizado al ícaro y a III de alguna forma! —Mueve el bastón hacia Sylvan como si se tratara de un dedo acusador—. ¡Si la dejamos vivir será el fin de nuestro bosque!

—Dríade —dice Yvan alzando la palma de su mano brillante. Yo respiro hondo al percibir la potencia de su poder—. Nosotros no somos tus enemigos —le advierte con seguridad—. No me obligues a atacarte.

Oaklyyn da un paso hacia Yvan sonriéndole con rabia al mismo tiempo que dos lobeznos más salen del bosque y se internan en el claro con el pelaje erizado, y el bastón de la dríade empieza a emitir un palpitante brillo verde.

—Ten cuidado, hombre alado —le advierte ella también—. Para nosotros no eres ningún salvador.

—Pero ¿has decidido que Elloren es el demonio de la profecía? —tercia Yvan con rabia dándome su cálida mano.

—Oaklyyn —interviene Sylvan con aspereza—, III la ha marcado.

—Tiene que aparecer un espíritu afín —insiste Lyptus clavándome una mirada depredadora.

Hago ademán de empuñar la rama que me hace de varita y mi poder y el de Yvan se erigen con actitud defensiva. Y justo en ese momento un graznido estalla en el cielo. Todos levantamos la cabeza y yo me quedo sin aliento cuando un grupo de cuervos más grandes que caballos atraviesan el dosel de hojas. Alzo la mano para protegerme de las ramas que caen sobre nosotros mientras la gigantesca bandada nos rodea y aterriza con fuertes golpes secos.

Y a lomos de uno de estos cuervos gigantescos veo a Tierney Calix,

que asoma su cabeza de trenzas azules por encima del hombro de un varón fae vestido con ropas oscuras, con los ojos negros, los labios y el pelo negros como la medianoche. De su cabeza brotan unos cuernos oscuros como las obsidianas y lleva un pequeño cuervo posado en el hombro.

—Tierney… —consigo decir emocionada.

Todos los cuervos gigantescos me clavan sus brillantes ojos negros.

—Elloren…, eres fae —se asombra Tierney mientras a mi mente empieza a asomar una retahíla de imágenes del libro sagrado gardneriano, historias del cuervo gigantesco sobre el que montaba la profetisa Galliana cuando hizo la guerra contra los demonios.

—El Errilor ha regresado —dice Sylvan con un grave tono rebosante de asombro.

Se oye otro graznido y me vuelvo cuando el cuervo más grande se acerca pavoneándose hacia mí. El pájaro negro inclina su gran cabeza en señal de ofrecimiento. Los demás pájaros permanecen inmóviles y en el aire flota una tensión cargada de trascendencia.

—Toca el Errilor'kin, guardiana —murmura Flora, y me asombra la aceptación de su voz.

Sintiéndome como si me hubiera adentrado en territorio mítico, doy un paso adelante, alargo el brazo y toco la sedosa cabeza del cuervo.

En cuanto lo toco, percibo la exhalación colectiva de la bandada por mis líneas de raíces, una conexión que hace clic, como cuando se abrocha un cierre.

«Mi bandada Errilor.»

La sensación de triunfo de III brota a mi espalda e interna mi poder de afinidad en el suelo. El cuervo alza la cabeza y la luz del sol se refleja en su pico negro y sus ojos brillantes.

«Errilith.»

Su nombre resuena en mi cabeza y yo lo miro asombrada.

—¿De dónde han salido estos cuervos? —pregunto.

El compañero de Tierney me clava sus ojos de tinta negra.

—Está a punto de cumplirse un presagio —dice con una voz grave mientras una bruma oscura se empieza a extender por el claro—. Y el Errilor ha regresado. Su enemiga, la Muerte Oscura, viene a por el

mundo natural. ¿No lo sientes?

Un ansioso reconocimiento me recorre las líneas.

—III compartió conmigo la visión de una gran sombra —le digo—. Rodeaba el último bosque. —Miro a Yvan—. Vogel ha reunido un ejército en la cordillera. Y es mucho más grande que el que tenía escondido en las montañas Vo. Además, su poder oscuro no para de crecer.

Vacilo tratando de describir la premonición de III.

El fuego de Yvan me estrecha con fuerza y él vuelve a cogerme de la mano.

—¿Qué viste, Elloren?

—Personas de todas las etnias de Erthia alineadas con el bosque. Todos tenían esto en la palma de la mano. —Abro la mano para enseñarle la marca de III—. III quiere que todos nos unamos al bosque…

—¡Solo los dríades pueden ser guardianes! —aúlla Oaklyyn, y cuando la miro, advierto que me está fulminando con los ojos. Me asombra ver el dolor que brilla en sus ojos y cómo se le rompe la voz al hablar—. Tú llevas un minuto preocupándote por el bosque —espeta gesticulando con aspereza en dirección a los demás dríades—. Nosotros llevamos cuidando de él miles de años. Y seguiremos cuidando de él cuando vosotros terminéis de mataros los unos a los otros y dejéis de intentar acabar con nosotros. —Frunce los labios y esboza una mueca temblorosa—. Ocurrirá lo mismo que en las ocasiones anteriores. Nosotros nos quedaremos aquí para nutrir los rescoldos de vida que vosotros hayáis dejado a vuestro paso tras vuestra absurda destrucción.

—Esta vez no quedará ningún rescoldo de vida —tercia Tierney—. He visto la oscuridad vacía en el agua. La he sentido. —Guarda silencio un momento, como si estuviera tratando de expresar algo demasiado espantoso como para ponerle palabras—. Lo que el Árbol le ha dicho a Elloren es cierto. Hay una gran lucha por debajo de la evidente. Y tenemos que unirnos para combatirla. Todos. Aliados y enemigos por igual.

La rabia que brilla en los ojos de Oaklyyn se intensifica.

—¡Vosotros no sabéis lo que es unirse con nuestro bosque!

—Pues enséñanos —le suplico.

—¡No se puede enseñar! —me espeta Oaklyyn.

Empuño la rama que llevo envainada en el cinturón y la alzo, la magia brota de mis pies hacia ella en un grave murmullo.

—Tengo el poder de la Bruja Negra. Y ya no estoy vinculada a nada, salvo a la conexión que he establecido con el bosque y mi manada. Enseñadme a utilizar mi magia dríade para poder luchar con vosotros para salvar Erthia. —Los miro a todos—. Os necesito. Nos necesitamos los unos a los otros.

Noto la mirada de Sylvan y busco sus formidables ojos.

—¿Qué buscas, Bruja Negra? —pregunta.

—Busco la forma de aprender los hechizos del bosque y cómo utilizarlos. —Aprieto la rama con fuerza mientras en mi mente aparece la imagen de una rama muy distinta—. Y hay una varita. Una varita verde. III me la mostró en su visión. Antes la tenía yo, pero me dejó. Sin embargo…, III quiere que la encuentre. Creo que es la gran varita de todos los mitos religiosos.

A sus ojos asoma un sincero interés.

—¿Qué aspecto tenía tu varita?

Cuando la describo, su penetrante mirada se intensifica.

—¿Y dónde la viste por última vez?

—En un balcón de las montañas con vistas a Voloi. Cuando Vogel se apoderó de mi poder, la varita huyó y se cayó. La cogió un cernícalo que se la llevó volando.

—Hasta las varitas quieren huir de ella —espeta Oaklyyn con rabia.

Sylvan hace caso omiso de su comentario hostil.

—¿Qué te mostró III?

Describo la visión de III, las ramas, las hojas y las flores que brotaban de la varita.

—¿Podría tratarse de Verdillón? —le pregunta Flora a Sylvan muy asombrada.

Cuando la oyen decir el verdadero nombre de la varita, la sorpresa se adueña del poder colectivo de los dríades, y yo respiro hondo, la palabra es como un bálsamo para el alma.

«El corazón del bosque.»

Sylvan fulmina a Oaklyyn con la mirada.

—¿La aceptas ahora, Oaklyyn?

La joven tuerce el gesto.

—Jamás, Sylvan. No la aceptaré nunca.

Sus palabras me hieren, pero no tengo tiempo de dejar que su hostilidad me afecte.

—¿Qué es la varita en realidad? —presiono a Sylvan al percibir que se ha abierto un poco.

—La varita es una línea central con acceso a todo el poder del bosque.

—Pues parece que tenemos que encontrarla —afirma Tierney mirando a todos los presentes con complicidad—. Y prepararnos para la oscuridad de Vogel. Juntos.

—Hay algunas cosas contra las que el poder de Vogel no tiene nada que hacer —le dice Yvan a Sylvan confiando en él de pronto, como si fueran compatriotas de toda la vida, y su energía constante me provoca una dolorosa admiración—. Las runas huargas smaragdalfar, el fuego wyvern y vuestra magia pueden repeler la oscuridad —dice.

—Y como Vogel vendrá a por su Bruja Negra —añade Tierney con un tono desafiante—, será mejor que vinculemos a Elloren con las cosas que pueden defenderla de la oscuridad, y rápido. Y tenemos que colaborar todos.

Yvan se vuelve hacia mí con fuego en los ojos.

—Yo conozco una forma —dice rodeándonos con sus alas, y noto una línea de tensión que resbala por su fuego—. Elloren —dice en voz baja—, nuestro vínculo wyvern, creo que deberíamos recuperarlo.

Mi fuego se erige con ardor reaccionando a la pasión que arde en sus ojos y sus llamas. Estoy confundida. Niego con la cabeza.

—Tu vínculo de fuego no es solo un arma defensiva. Sé muy bien lo que significa para ti…

—Significa que te quiero —insiste con la voz alterada por la emoción, y me estrecha la mano con más fuerza—. Nunca he dejado de quererte. Y estoy aliado contigo. Para siempre.

Las lágrimas me empañan la vista y el dolor me atenaza mientras el

amor que siento por Yvan y por Lukas arde por mis líneas de raíces, rompiéndome el corazón y reconstruyéndolo al mismo tiempo.

Apenas soy capaz de comprender el caos que fluye por mi interior. Pero estoy completamente segura de algo que sé que Lukas también sabía con toda seguridad: ya no hay tiempo para nada más que no sea esta lucha y el salvaje e inquebrantable amor que todos llevamos en el corazón.

Le sonrío a Yvan mientras nuestros fuegos arden a nuestro alrededor con toda la fuerza de nuestras emociones, pues los dos hemos ido al infierno y hemos vuelto, más de una vez. Y, sin embargo, aquí sigue, este ícaro al que solo estoy empezando a conocer y comprender, y cuyo amor y su amistad son para mí tan certeros como una estrella que me guía.

—Ariel me dijo que teníamos que darle la vuelta a la profecía —le confieso con la voz rota.

Yvan me acaricia la mejilla y yo me estremezco al notar su cálido contacto. Me tiembla el aliento cuando ladeo la cabeza hacia su mano.

—Yo no quiero darle la vuelta sin más —me dice con un brillo rebelde en los ojos—. Yo quiero reducirla a cenizas.

Asiento decidida y mi resolución arde alrededor de la suya. También estoy convencida de que esto es lo que Lukas querría para mí. Él querría que me erigiera como guerrera, lo más fuerte posible, con todas las ventajas posibles.

Que desafiara las profecías de todas partes.

—Muy bien —digo abriendo mi poder y mi corazón a todo ello—. Vamos a reducir la profecía a cenizas.

La conciencia colectiva de la importancia de este momento recorre nuestro poder cuando Yvan me estrecha contra su cuerpo y nos rodea con sus alas. Agacha la cabeza con fuego en los ojos y me besa.

Los dos ardemos como en un incendio salvaje y yo jadeo con los labios pegados a los suyos sintiendo cómo su fuego ruge en mi interior y la intensidad nos engulle a los dos. Mi cuerpo se arquea contra el suyo, nuestros poderes se fusionan y arden en una mezcla de fuego dríade y wyvern, y noto cómo el cuerpo de Yvan también tiembla a causa del intenso poder de la acalorada ráfaga de fuego.

Tiemblo pegada a él mientras proyectamos una infernal espiral de llamas a través del otro. Mi fuego dríade y el de mi manada potencian el de Yvan, y el desafiante calor de nuestra alianza rebelde e inquebrantable aumenta la conflagración, y los dos volvemos a estar conectados, vinculados.

Unidos por el vínculo wyvern.

Pero de una forma completamente nueva.

El ícaro y la bruja dríade.

Dispuestos a reducir a cenizas la maldita profecía.

EPÍLOGO

Migración
EL CERNÍCALO

Voloi, sobre el río Vo

Noche del Xishlon, veintiuna horas

«Verdillón.»

El nombre de la varita del bosque resuena como una baliza en la mente del cernícalo añil. Vira hacia occidente por encima del río Vo con la varita entre las garras, la misma varita que se le cayó a esa mujer verde con los ojos grises que estaba alterada, pues en su interior se retorcía esa cosa oscura.

Pero el vínculo con la varita fue inmediato y bastó para que el pájaro superase el miedo que sentía por esa oscuridad y se dejara arrastrar por la constante y satisfactoria llamada de su instinto migratorio.

La dulce migración. La dulce corriente que lo arrastra.

El cernícalo vuela hacia arriba, en dirección al bosque Vo y la cordillera Vo, sobrevuela sin problemas la banda de tormentas que descarga en la cumbre, pues el fenómeno climático creado por los wyvern está hechizado para permitir el paso de los hijos de la naturaleza.

El ave sobrevuela el río Zonor y la cordillera Dyoi, a cuyos pies se extiende una larga planicie donde se encuentra la base militar de las vu trin. El cernícalo desciende y sobrevuela una hilera de tiendas marcadas con runas en dirección a un edificio central construido con madera púrpura.

En el extenso centro del edificio hay cuatro portales enmarcados por brillantes runas azules, y el interior es dorado. Las guerreras vu trin,

algunas a caballo, se dirigen hacia los cuatro portales, junto a los que aguardan varias hechiceras ancianas que alzan sus brillantes agujas rúnicas de color azul.

Una de las ancianas aúlla asombrada cuando el cernícalo vuela hacia el portal central y desaparece en el mar dorado.

El cernícalo sale volando del brillo del portal y aparece en otra base vu trin situada en una caverna de piedra blanca. Una de las guerreras exclama asombrada cuando el ave se interna por un túnel y emerge a la serena humedad de la noche. El bosque ya no es púrpura, sino de un exuberante color verde muy sugerente. El pájaro se deja guiar por la varita y se aleja de la base escondida volando por debajo de las nubes.

Poco después, el cielo se despeja y se ven las cordilleras paralelas, cuyas pálidas cumbres están rodeadas de espesas arboledas. El cernícalo vira hacia occidente siguiendo la dirección de la cordillera Norte. El sol va desapareciendo del todo y el pájaro advierte la bruma oscura que rodea las cumbres centrales y asciende hacia el cielo. El cernícalo se sobresalta cuando se da cuenta de lo que es.

Es la oscuridad.

El pájaro vira hacia el norte esquivando la niebla y sigue la dirección que le marca la varita hacia el nordeste, después sigue hacia el norte y deja atrás las cordilleras y la bruma.

Unos días después, las alas del pájaro surcan un crepúsculo sonrosado. Cruza varios pinos alfsigr con las hojas plateadas y desciende siguiendo la dirección de un arroyo del bosque. El cernícalo siente una dolorosa punzada en los pies. Separa las garras y suelta la varita.

La varita cae en el agua del arroyo y se deja arrastrar por la corriente mientras el pájaro da la vuelta y regresa camino de oriente.

La Verdillón succiona su poder.

Se rinde al tirón de la corriente, que la ayuda a cruzar el bosque. De pronto se detiene de golpe al quedar atrapada entre dos piedras del río.

La varita convoca el poder rúnico que tiene almacenado y emite un brillo verde, a continuación azul y luego plateado, y el poder que extrajo de las marcas de las runas de la Bruja Negra la recorre hasta que dispara una ráfaga de aire por la punta y se libera de las rocas. Avanza contra corriente un rato y se desliza hasta el centro del arroyo.

Cuando el poder rúnico se acaba, la varita sigue avanzando arroyo abajo hasta que llega a un remolino espiral. Empieza a rotar y el bosque que la rodea gira cada vez más deprisa hasta que desaparece cuando la varita del bosque es succionada por el agua.

Hasta las minas que hay debajo.

El abismo

WYNTER EIRLLYN

Maeloria, capital de Alfsigroth

Una semana después del Xishlon

Wynter Eirllyn grita cuando la cuerda plateada que le rodea el cuello tira de ella con fuerza. Se tambalea hacia delante y está a punto de desplomarse en los azulejos opalescentes. Sus ropas amaz están muy sucias y llenas de desgarrones, y tiene varios cinturones ensangrentados alrededor de las maltrechas alas. Y bajo la piel se le ven algunos tirabuzones de sombras.

«Ícara asquerosa, ícara asquerosa.» Es incapaz de olvidar los insultos y las espantosas imágenes de los magos y los marfoir que asesinaron a la noble reina Alkaia, a la que atravesaron con sus patas insectiles una y otra vez…

La rodean trece asesinos alfsigr marfoir que la arrastran por la capital alfsigr. Los elfos extrañamente alargados avanzan con inquietante uniformidad. Van armados con afiladas espadas espirales que portan en sus manos de largos dedos, y todos clavan sus ojos insectiles de color gris en la carretera que los conduce directamente al salón real de los alfsigr.

A ambos lados de la carretera aguardan multitud de elfos alfsigr que abuchean a Wynter, pero no consiguen apagar del todo el sonido que hacen los talones de sus botas arrastrándose sobre la piedra. Observa a la rabiosa multitud muy apenada; todos están extrañamente animados mientras insultan a la maldita ícara.

Wynter nota cómo se le clava la punta de una espada en el costado y aúlla de dolor. Sus parientes alados chirrían y gritan dando vueltas sobre su cabeza en una caótica nube, desde donde descienden tratando de atacar a los marfoir una y otra vez, pero solo consiguen

arder envueltos por los destellos de los relámpagos de acero cuando colisionan con el escudo rúnico translúcido que los marfoir han proyectado alrededor del grupo. Aunque el escudo de fuego oscuro no impide que traspasen las piedras.

Una roca enorme impacta en la sien de Wynter y ella vuelve a aullar afligida, se encoge de dolor y está a punto de tropezar.

—¡Demonio! —le grita una mujer alfsigr.

—¡Deargdul! —aúlla otra.

—¡Cortadle las alas!

Wynter no consigue reprimir las lágrimas que se le escapan cuando nota el impacto de más piedras en los hombros y la cabeza. Encoge los hombros y forcejea tratando de protegerse con las alas mientras las piedras impactan contra sus delicadas y sensibles plumas. Le asombra advertir lo alterados que están los alfsigr, cuando normalmente son tan apacibles. Es como si de pronto se hubiera desatado algo común a todos ellos.

Algo que emana de sus zalyn'ors.

Wynter nota cómo la oscuridad se retuerce en su mente a través de la marca de su zalyn'or. Intensificando el asco que siente por su cuerpo alado. Una parte de ella quiere unirse al resto de la multitud: «¡Cortadle las alas!». La necesidad de coger un cuchillo y expiar su grotesca apariencia alcanza nuevas magnitudes, y su vil existencia le parece una vergüenza para Erthia.

El salón real aparece ante sus ojos. Sus muros de granito en espiral le dan la apariencia de una caracola gigante. Wynter observa el edificio con creciente pánico mientras tiran de ella; por el rostro le resbalan cálidas gotas de sangre. Está mareada y desorientada. La obligan a subir por una escalinata reluciente, cruzan una entrada abovedada blanca como el hueso y vuelven a emerger a un patio de mármol blanco. Con la piel del cuello completamente arañada, la obligan a avanzar hasta un círculo de runas que hay marcadas justo en el centro rodeado por un contingente de soldados alfsigr. Y a su alrededor, dispuestos en un solemne semicírculo, aguardan el monarca Iolrath Talonir, la gran sacerdotisa alfsigr, el concilio real de elfos…

… y sus padres.

Wynter se siente devastada cuando advierte la evidente vergüenza en el rostro de su madre. Se da cuenta de que su padre no se digna ni a mirarla. El rey, las sacerdotisas y el consejo de elfos contemplan a Wynter con sus fríos ojos plateados y pasean la vista por sus alas demoníacas. Ella se ciñe las alas al cuerpo deseando tener el poder de hacerlas desaparecer mientras los insultos de la multitud siguen resonando en su cabeza. «¡Escoria alada! ¡Basura demoníaca!»

Los marfoir la arrastran hasta el círculo de runas y la obligan a ponerse de rodillas. Wynter grita dolorida cuando sus rótulas impactan con el mármol blanco.

Perdida y desolada, la elfa levanta la vista y ve que la sacerdotisa la está fulminando con una mirada implacable. Lleva una brillante corona sobre su larga melena blanca, y en la joya está representada la bandada de pájaros sagrados de los iluminados volando en círculos. En sus ropas blancas como el alabastro se distinguen varias runas plateadas.

—Supongo que esta es su hija —entona un miembro del consejo dedicando una mirada reprobadora al padre de Wynter, que la está mirando con desprecio.

Su padre hace una mueca de desdén y señala a Wynter, que aguarda temblando en el suelo.

—Eso no es mi hija —espeta con un tono afilado como el cuchillo que a Wynter se le clava en el corazón—. Es una abominación. Nos hemos arrepentido de haberla concebido y nos hemos sometido a la eliminación sagrada de su mancha.

La gran sacerdotisa asiente con aprobación.

—Habéis honrado los mandatos sagrados de los iluminados, y ahora nosotros la eliminaremos a ella.

La sacerdotisa se acerca a Wynter con la aguja rúnica plateada en la mano y se agacha con elegancia mientras la elfa sigue temblando en el suelo. La sacerdotisa hace un gesto en el aire agitando su elegante dedo.

Los marfoir se acercan y agarran con brusquedad las alas de Wynter. En cuanto la tocan, una bruma gris envuelve la visión de Wynter. Grita aterrorizada cuando la oscuridad abre una docena de

ojos en esa bruma gris y sonríe.

Horrorizada, Wynter trata de protestar en vano cuando la obligan a extender las alas; le duele tanto que empieza a ver estrellitas. La gran sacerdotisa la agarra del cuello de la túnica y tira de ella.

—¡No, por favor! —suplica la elfa cuando se rasga la tela de la túnica y deja a la vista la marca del zalyn'or que lleva tatuada en la piel.

—Hemos traído aquí a la criatura deargdul para borrarla de nuestra existencia, tanto en esta vida como en la siguiente —entona la gran sacerdotisa a los que están allí reunidos. Le clava su fervorosa mirada —. Ningún deargdul volverá a llevar nunca el zalyn'or sagrado.

Y entonces alza la aguja, coloca la punta sobre el tatuaje zalyn'or de Wynter y murmura un hechizo rúnico.

Ella no puede dejar de sollozar mientras el zalyn'or parpadea y se convierte en un collar tridimensional dejándole un picor en la maltrecha piel.

La sacerdotisa coge el zalyn'or y tira de él rompiendo la cadena.

Cuando se rompe el collar, Wynter siente una violenta ráfaga de vértigo y el mundo parece inclinarse sobre su eje; los marfoir le sueltan las alas. La sombra con todos esos ojos desaparece de repente y ella se desploma hacia un lado impactando contra la piedra. Se le ilumina tanto la vista que resulta doloroso.

—Wynter Eirllyn —dice el rey Talonir mientras el mundo gira alrededor de Wynter—. Eres una deargdul maldita repudiada por los benditos iluminados. Una mancha en el sagrado suelo de Elkin, el intachable reino élfico. Eres mala y estás corrompida sin remedio, y supones un peligro mortal para la existencia de Alfsigroth y para su alma. —Se endereza y en sus ojos prismáticos se refleja la luz del sol —. Te sentencio al destierro en las minas, demonio deargdul. El reino de los demonios. Que es donde perteneces.

Y antes de que Wynter pueda plegar las alas, la sacerdotisa la agarra del brazo y la obliga a levantarse. Y la elfa obedece muy mareada.

—¿Quieres relacionarte con impíos? —le ruge la sacerdotisa—. Pues que así sea. Te mandaremos a las profundidades de la tierra con los malvados. Y ellos te destrozarán, te arrancarán las extremidades una a

una.

La sacerdotisa señala el centro de runas que hay ante Wynter y aparece un agujero justo en el centro, tan oscuro como las profundidades de Erthia.

La elfa recula con miedo, pero los marfoir la cogen de los brazos, la empujan hacia delante y la tiran por el agujero.

Wynter grita mientras se desploma en la oscuridad sin dejar de agitar sus maltrechas alas. Impacta contra una piedra y se queda sin aire en los pulmones al aterrizar con la cadera y una pierna torcida. El agujero en lo alto se cierra y la luz se apaga del todo.

Está completamente aterrorizada. Trata de recomponerse, pero el vértigo le dificulta la capacidad para discernir lo que está arriba de lo que queda abajo en la espesa oscuridad que la rodea. Muy despacio consigue incorporarse hasta sentarse, y cerca de allí oye el ruido del agua goteando, pero por lo demás…

Silencio.

Un tenue halo de luz verde penetra en el abismo.

Wynter se vuelve hacia su origen y ve un pequeño arroyo que se interna en una cueva de techos altos. Hay algo junto a la orilla que proporciona al agua un brillo verde luminiscente.

Desesperada para no quedarse en la aterradora oscuridad, Wynter gatea hacia la luz.

Se queda de piedra. Allí, atrapada en medio de unas rocas, hay algo largo y espiral. Una forma que ya ha visto antes, y brilla como si estuviera iluminada desde dentro por una luz estrellada y verdosa. Wynter mete la mano en el agua helada y, con el corazón acelerado, empuña la varita.

Jadea al notar la crepitante energía que le recorre el brazo, se desliza por su cuerpo y se interna en sus alas. Ante sus ojos brillan una serie de runas plateadas y los tirabuzones de sombras desaparecen de su piel de alabastro. De pronto aparece un grupo de Vigilantes translúcidos, emiten un brillo blanco y están apostados en las crestas de la cueva.

A Wynter se le iluminan los ojos al contemplarlos.

La varita brilla con más fuerza. La empuñadura emite un verde más

intenso que rodea su longitud espiral y Wynter nota cómo en los confines de su mente aparece un árbol hecho de luz de estrellas del que brotan hojas nuevas. Cuando vuelve a ver esas runas palpitando ante sus ojos, se da cuenta de que no es solo una varita, también es una aguja rúnica.

La elfa observa detenidamente la varita-aguja verde mientras los serenos pájaros la miran a ella. Wynter nota cómo se expande y se eleva, el vértigo empieza a desaparecer y ella se va acostumbrando a la repentina libertad de su mente, que ya no está bajo el yugo del zalyn'or.

—Yo no soy un demonio deargdul —le murmura en voz baja a la varita notando cómo desaparecen su vergüenza y el odio que sentía por sí misma, y en su lugar empieza a sentir un estimulante amor por sus alas que la deja sin respiración—. Soy Wynter Eirllyn —susurra—. Elliontore de Alfsigroth.

En ese momento brilla más luz verde a su espalda y oye el ruido de muchas botas avanzando.

Wynter mira por encima del hombro y ve a varios hombres smaragdalfar. Se detienen delante de ella empuñando sables huargos confeccionados con luminosas runas de color esmeralda.

Y por detrás de ellos aparece su hermano Cael acompañado de su segundo, Rhys Thorim. Los dos visten las ropas propias de los elfos de las minas, igual que el resto de los hombres smaragdalfar, y ambos tienen un brillo feroz en los ojos que Wynter hacía mucho tiempo que no veía.

El amor que siente por ambos le hincha el corazón.

—¡Mi hermana! —jadea Cael con una asombrada y apasionada energía en los ojos plateados.

Wynter se vuelve muy despacio hacia el arroyo y mira a los Vigilantes. Y entonces se pone derecha del todo y extiende sus alas heridas sintiendo el brillo de un fuego wyvern ardiendo en su pecho.

«Mis alas —piensa mientras su incipiente poder se enciende y un calor sanador le recorre todas y cada una de las plumas—. Mis preciosas alas Elliontoran.»

Empuña con fuerza la varita-aguja, sonríe sintiendo la fuerza del

creciente poder ícaro y se vuelve hacia ellos.

La profecía zhilon'ile

(extraída de los elementos tormentosos de aire, fuego, agua y luz)

La oscuridad se erige
envenenando el aire,
corrompiendo el fuego,
contaminando las aguas,
empañando la luz.
¡Alzaos, oh, hijas e hijos de los wyvern,
y luchad contra la marea oscura!

Título original: *The Demon Tide*

© 2022, Laurie Forest

Edición publicada en acuerdo con Harlequin Books S. A.

Primera edición: abril de 2023

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas de la actualidad, vivas o muertas, establecimientos o hechos es mera coincidencia.

© de la traducción: 2023, Laura Fernández
© de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417167776

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Mapas
PRÓLOGO
- El continente perdido
- La oscuridad

PRELUDIO
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5

PARTE I
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16

PARTE II
- 1

2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
PARTE III
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
PARTE IV
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
PARTE V

1
2
3
4
5
6
7
8
PARTE VI
1
2
3
4
5
6
PARTE VII
1
2
3
4
5
6
EPÍLOGO
El abismo
La profecía zhilon’ile